

LA SEDUCCIÓN DE MARCO ANTONIO

Memorias de Cleopatra N°2

Tras la muerte de César, Cleopatra vuelve a Egipto. La reina ha alcanzado su madurez humana y política, y disfruta de una apasionada relación con Marco Antonio, uno de los hombres más poderosos del momento. Cleopatra cuenta con la ayuda de Marco Antonio para alcanzar aún mayores glorias, pero el camino es arduo y Octavio se anuncia ya como una clara amenaza.

Autor: Margaret George

ISBN: 9788466623506

Margaret George

La seducción de Marco Antonio

Memorias de Cleopatra II

EL QUINTO ROLLO

— ¡Primero César y ahora Antonio! —exclamó Mardo, enarcando las cejas—. ¿Tienes alguna extraña dolencia que te hace entrar en celo cada vez que aparece un romano por el horizonte?

— Pero sólo romanos de alto rango —terció Olimpo con sequedad.

— No, tienen que ser algo más que de alto rango, tienen que ser los de arriba de todo, los que mandan —dijo Mardo. Me miró, sacudiendo la cabeza y meneando un dedo.

— ¡Creo que sois muy crueles! —dije apenas ofendida. Jamás me habían importado las bromas.

— No, somos tus amigos. Nos limitamos a decir justo lo que dirán los romanos. —Olimpo soltó una carcajada—. Para que te vayas acostumbrando y sepas defenderte.

Estábamos sentados junto a una de las ventanas que daban al puerto. Era invierno y se avecinaba una tormenta por el oeste sobre el mar. Vi su línea de demarcación, mellada y oscura, avanzando resueltamente hacia nosotros. Me arrebujé en mi manteleta de lana y me acurruqué en sus suaves profundidades.

— Arquelao era un príncipe, pero tú no lo quisiste —dijo Mardo en tono despectivo—. Por consiguiente, creo que tú tienes razón en lo del alto rango, Olimpo. Es el poder lo que la atrae. Arquelao era de estirpe real pero carecía de poder. En cambio esos romanos son poderosos, aunque no pertenecen a ninguna estirpe real. Sí, amiga mía, a ti lo que te atrae es el poder.

— Bueno, ¿y qué? —repliqué con cierta irritación.

Olimpo se encogió de hombros.

— Supongo que no serías una Lágida si no ambicionaras el poder.

— Pero también cabe la posibilidad de que la atraigan los hombres casados —apuntó Mardo—. Al fin y al cabo, Arquelao...

— ¡Ya basta de Arquelao! Me gustó, era un hombre muy amable, pero...

— Pero no era un hombre casado y no gobernaba el mundo. ¡Tenía unos pequeños defectos! Has reconocido la atracción que el poder ejerce en ti. ¿Qué me dices respecto a los hombres casados?

— Suponen un reto, naturalmente —dijo Mardo con semblante afligido.

— Os tomáis muchas libertades en la interpretación de mis motivos —dije, un poco molesta.

— Es una de nuestras aficiones —dijo Mardo—. Algo teníamos que hacer para distraernos en tu ausencia.

— ¡Cuando Antonio venga a Alejandría, no quiero que le digáis ni una sola palabra al respecto! —les ordené. Y hablaba en serio.

— Por supuesto que no —dijo Olimpo con la cara muy seria—. Nosotros no diremos ni una sola palabra. Faltaría más.

Después estallaron en una sonora carcajada.

Cuando se retiraron todavía riéndose para dirigirse a las caballerizas, yo permanecí sentada junto a la ventana, contemplando el cielo cada vez más oscuro y las aguas del puerto. Lo que habían dicho era cierto. Ni yo misma me lo sabía explicar. Los aspectos políticos eran comprensibles. Me sentiría mucho más tranquila en el trono y Egipto estaría más seguro si el sucesor de César fuera un leal amigo nuestro. Pero eso se habría podido resolver fácilmente por la vía diplomática. Yo no hubiera tenido por qué acostarme con él.

Casi maldecía los deleites que había experimentado con Antonio. Cuánto mejor —¿mejor?— hubiera sido que fuera apagado, áspero, aburrido, soso e incluso repulsivo como amante. Entonces me hubiera ido con un estremecimiento y sin volver la mirada hacia atrás, pensando que la vida en solitario era preferible a unos amores decepcionantes.

Pero tenía que reconocer que yo me había empeñado en seguir adelante. La primera noche hubiera podido llamar a los guardias. Y a la siguiente y a la otra no habría tenido por qué mantener ningún trato con él. Ahora me encontraba en una situación delicada, por no decir otra cosa peor. Una fría ráfaga de viento penetró a través de la ventana. Me acerqué al brasero, que todavía daba un poco de calor, para calentarme las manos.

«¡Isis me guía! —pensé—. Todo eso me llevará a donde tenga que llevarme; lo peor es tratar de impedir lo que tiene que ser y será. El futuro está escondido; sólo veo lo que tengo directamente delante de mí: que Antonio vendrá a Alejandría y que no tardará en hacerlo.»

Fuera estaba arreciando la tormenta. No se podría navegar durante muchas semanas. Pero Antonio vendría por tierra.

— Ya está hecho, mi señora —me dijo Mardo, de pie delante de mí, con un informe que inmediatamente me entregó—. Arsinoe ha muerto.

Lo dijo sin la menor inflexión en la voz. Rompí el sello del mensaje y leí los detalles. Arsinoe había sido sacada a rastras del altar del templo de Artemisa donde estaba refugiada y había sido asesinada por orden de Antonio.

— Asesinada en las gradas del templo —dijo Mardo en tono remilgado.

Me estremecí al pensarlo. O sea que aquella promesa hecha frívolamente en la oscuridad se había cumplido.

César jamás había hecho semejantes promesas y no se habría dejado convencer tan fácilmente.

Me di cuenta del poder que había encontrado en la servicial naturaleza de Antonio.

— No tenía ningún derecho a pedir refugio en aquel lugar —dije.

César ya la había indultado una vez; no podía esperar un segundo indulto. La gente siempre se había aprovechado de la célebre clemencia de César, pero incluso él castigaba a los que cometían delitos por segunda vez.

— La han enterrado junto a la calle principal de Éfeso, en una tumba cuya forma reproduce el Faro de Alejandría —explicó Mardo.

— Ahora podrá ser todo lo alejandrina que quiera —dije, reanudando la lectura.

El impostor que se hacía pasar por Tolomeo también había sido ejecutado, y el gobernador Serapio había huido a Tiro, aunque de nada le había servido pues había sido ejecutado. Antonio había cumplido los tres puntos de su promesa.

Recibí unos informes sobre las actividades de Antonio en Siria, donde Decio Daxa había sido nombrado gobernador. Desde allí se había dirigido a Tiro y a Judea, donde había nombrado príncipe a su amigo y aliado Herodes. Ya se estaba abriendo paso hacia el sur, camino de Egipto.

A continuación había visitado Ascalón, desde donde había iniciado con su guardia pretoriana la travesía del desierto del Sinaí en dirección a Pelusio. Allí había encabezado catorce años atrás la carga de caballería, gracias a la cual mi padre había recuperado la ciudad. Pero Antonio había perdonado la vida a las tropas egipcias que estaban dentro y que mi padre deseaba ejecutar por traición. Aquel acto le había granjeado el afecto de los egipcios.

Llegó a Alejandría en un claro y frío día invernal. Unos mensajeros se habían adelantado para anunciar su llegada, y yo había ordenado que la Puerta del Sol se engalanara con guirnaldas y que se limpiara y adornara el Camino Canópico. Mandé también que unos guardias flanquearan el camino y lo guiaran hasta el palacio, cuyas puertas se deberían abrir en cuanto él llegara. Unos heraldos irían anunciando su presencia.

Me pareció que transcurría una eternidad entre el primer toque de trompeta y el último, ya en la entrada del palacio. Los alejandrinos lo habían recibido cordialmente y él había tenido que interrumpir varias veces el paso debido a que la multitud se arremolinaba a su alrededor para saludarlo.

— ¡Antonio, guárdate la trágica cara romana para Roma! —oí que le gritaba la gente—. ¡Aquí ponte la cómica!

Inmediatamente subió a grandes zancadas las anchas gradas del palacio para acercarse a mí. Su paso era seguro y confiado, mantenía los hombros echados hacia atrás y la cabeza de rizado cabello muy erguida; toda su figura rebotaba de fuerza y optimismo. No llevaba corona de laurel, yelmo ni adorno alguno, ni siquiera su uniforme de soldado. Avanzaba sólo con su orgullo y su espíritu animal, vestido con su ropa de todos los días. Hubiera podido ser cualquiera, un ciudadano anónimo, dotado de la belleza de un atleta y con un brillante futuro por delante. Mi corazón se llenó de gozo al verle.

Se detuvo a medio subir las gradas y me miró con una radiante sonrisa en

los labios. Después alargó los brazos en gesto de alegría y saludo mientras la capa volaba a su alrededor.

— ¡Mi muy benévola Reina! —exclamó, subiendo las pocas gradas que le quedaban.

— Mi estimadísimo invitado —contesté, ofreciéndole mi mano.

Se la acercó a los labios.

— Vuelves finalmente a la ciudad que te ama —dije, indicándole por señas que se situara a mi lado.

Desde la ventajosa posición que ocupábamos podíamos ver buena parte de la ciudad de Alejandría: los largos pórticos del Gymnasion, el impresionante edificio del Museion, el majestuoso templo de Serapis hacia el sur. Más allá brillaban las aguas del lago de Mareotis.

— ¿Lo recuerdas?

— Lo recuerdo todo —contestó.

Todo el mundo menos Olimpo esperaba en fila para saludarle: Mardo, Epafrodito, el comandante de mi Guardia Macedonia, el principal gimnasiarca, el principal responsable del Museion, los sumos sacerdotes de Isis y Serapis. Separado de todos ellos y sentado en un trono estaba Cesarión, con la cabeza ceñida por una diadema.

Antonio se acercó a él y Cesarión le dijo:

— Bienvenido, primo Antonio.

En efecto, eran primos lejanos en cuarto grado, y muy propio de Cesarión el haberse enterado del parentesco.

Antonio hincó la rodilla en tierra delante de él.

— Gracias, mi regio primo —dijo. Después introdujo la mano entre los pliegues de su túnica y sacó rápidamente una cosa. Vi que los guardias que flanqueaban a Cesarión se ponían tensos y agarraban con fuerza las empuñaduras de sus espadas—. Un lagarto que habitaba en mi cuartel general de Tiro, Majestad —añadió, ofreciéndole una verde criatura llena de protuberancias cuyos ojos giraban en todas direcciones—. Pensé que sería una novedad en Alejandría.

Cesarión bajó sonriente del trono para recibirlo. Mientras lo hacía, yo observé en Antonio una mirada de asombro que inmediatamente disimuló.

— Espero que tú y él os hagáis muy amigos —dijo Antonio—. O ella. Confieso que no los sé distinguir.

Cesarión soltó una carcajada como cualquier otro niño de seis años.

— Yo tampoco —reconoció—. ¡Pero ya aprenderé!

— Estoy seguro de que los lagartos no tienen ningún problema —dijo Antonio—. Pregúntaselo a ellos.

Más tarde, después de la ceremonia de bienvenida, el intercambio de obsequios y la instalación de los guardias personales, nos sentamos a solas en mi espaciosa cámara. Le había asignado unos aposentos en otro edificio del recinto del palacio para que pudiera gozar de intimidad y disponer de un lugar en el que poder entregarse a los inevitables asuntos que lo acompañarían. Pero de momento estaba libre. La cena ya había terminado y era todavía un poco temprano para retirarse a descansar. Los últimos vestigios del ocaso aún teñían el cielo, pero las lámparas de todas las estancias ya estaban encendidas.

— Llevo mucho tiempo soñando con regresar a Alejandría —dijo, mirando a través de la ventana.

— ¿Pues por qué me resultó entonces tan difícil convencerte? —le pregunté.

— Porque Alejandría no es simplemente una ciudad; eres tú. Y todo el mundo sabrá que no he venido a ver el Museion ni a visitar el Faro sino a ver a la Reina.

— Era una broma —le dije—. Sé muy bien lo que eso significa. —Recordé su breve conversación con Cesarión—. ¿Qué piensas de mi hijo? He visto en tu rostro una extraña expresión, muy fugaz pero la he visto.

Antonio sacudió la cabeza.

— Su parecido con César es asombroso, sobre todo cuando se mueve. Su manera de andar es exactamente la misma. Pensaba... pensaba que jamás la volvería a ver.

— Sí, es un consuelo y al mismo tiempo una fuente de dolor.

— Nadie que lo viera podría dudar de que es hijo de César.

— ¿Ni siquiera Octavio? —pregunté.

— Octavio menos que nadie —contestó Antonio.

— ¿Qué voy a hacer, Antonio? —Las palabras me salieron espontáneamente—. No puedo permanecer impassible viendo cómo el hijo de César es despreciado y apartado a un lado. Sé que legalmente no puedo exigir nada, pero... tú le has visto moverse. Tú lo sabes.

— Sí, lo sé. —Hizo una pausa—. La verdad tiene mucha fuerza. Sé que llegaré un día en que...

— ¡Tenemos que procurar que llegue! —dije con vehemencia—. ¿No te das cuenta de que el destino sólo tiene un llavero, y de que el deseo y la determinación tienen otros? El destino no está grabado en una piedra sino que espera a ver con cuánta intensidad deseamos que ocurra algo.

Me miró sorprendido.

— Yo también sé que las puertas del destino no se pueden forzar. César nos lo hubiera tenido que enseñar. Todo su talento, toda su fuerza... destruidos por accidente, por el azar, por unos hombres mezquinos. —Tomó mi mano y la

estrechó entre las suyas—. Haré todo lo posible para que Cesarión sea reconocido como heredero de César. Pero de momento es rey de Egipto e hijo tuyo, lo cual no está nada mal...

Me miró sonriendo. Tenía razón. ¿Qué madre hubiera querido que su hijo se arrojara a las procelosas y turbulentas aguas de la política romana, unas aguas letales en muchos casos? Egipto era mucho más seguro.

— Estás cansado —le dije—. No hubiera tenido que molestarte con cuestiones de tipo político. —Tomé su mano—. Ven, necesitas descansar.

— Me temo que en tu presencia no podré hacerlo.

Parecía extenuado.

— Pero te podrás recuperar —dije.

Lo acompañé a mi dormitorio, que después de César creía sellado para siempre a cualquier otro hombre. Así conseguí librarme del pasado, y Antonio del agotamiento del viaje. Lo estreché en mis brazos, rodé con él por la amplia cama y acabamos con su rostro junto al mío sobre la almohada. Entonces vi en sus ojos oscuros el reflejo de todo lo que yo era, había sido y sería. Él era mi destino y yo el suyo, pero tendríamos que luchar para configurarlo a nuestro gusto porque no tendría que ser necesariamente ni obediente ni benigno.

Me entregué por entero al puro placer y a la pura sensación, y en el momento culminante pensé que aquel que no ha conocido más que eso en la vida no ha hecho un mal negocio. El más bajo de mis súbditos podía saborear un placer tan grande como aquél... y probablemente lo saboreaba. En este sentido, los dioses eran benignos.

Alejandría pertenecía a Antonio. Ambos se habían enamorado el uno del otro desde el primer momento. Los alejandrinos habían aprobado su manera de llegar a la ciudad como un simple ciudadano particular o un huésped en lugar de desembarcar con todas sus galas y autoridad romana, como había hecho César. Y apreciaban su amabilidad, su adopción del estilo de vestir griego —cosa que César jamás hubiera hecho—, su asistencia a las conferencias y a las representaciones teatrales, y su carácter abierto.

La admiración era mutua pues Antonio se sentía cautivado por la ciudad, lo cual me hacía temer que la amara más que a mí y sin reservas. Se desprendió de su personalidad romana, dobló sus togas y despidió a sus guardias. Comía platos egipcios y griegos, se paseaba por los templos, vagaba por las calles y seguía unos horarios totalmente distintos de los romanos. Era como si llevara mucho tiempo echando de menos Alejandría y como si la ciudad respondiera a una necesidad de su naturaleza.

— Guárdate del hombre que adopta con entusiasmo una cultura extranjera —dijo amargamente Olimpo—. Eso puede ser su ruina.

Olimpo evitaba a Antonio. Sólo le veía desde lejos y rechazaba todos mis intentos de presentarlos, alegando como excusa que tenía muchos pacientes que atender y que le faltaba tiempo.

— Tendrías que conocerle —le dije—. Me resulta muy raro que mi médico y uno de mis mejores amigos se mantenga a distancia.

— No necesito conocerle —replicó Olimpo—. Lo podré estudiar mejor si él no me conoce.

— ¿Qué quieres decir?

— Pues que se trata de un espléndido ejemplar físico. No se parece a Hércules. ¿No dice que desciende de Hércules?

— Una respuesta muy evasiva —dije—. ¿Qué me puedes decir de este hombre si tanto sabes de él?

— Comprendo por qué razón lo encuentras atractivo.

— Dime algo que yo no sepa.

— No te fíes de él —me soltó—. No es de fiar.

Me llevé una gran sorpresa pues no esperaba aquella respuesta.

— ¿En qué sentido? ¿Qué quieres decir?

— Parece un buen hombre, lo reconozco —me contestó como si lamentara tener que confesarlo—, pero tiene una naturaleza que...

— Hizo una pausa—. En realidad no le apetece ser el amo del mundo, él lo que quiere es vivir tranquilo. Una naturaleza más fuerte que esté cerca de él siempre lo dominará y gobernará. Ahora eres tú. Cuando esté con Octavio, será Octavio.

Volví a sorprenderme.

— Tú jamás has visto a Octavio. ¿Cómo puedes hablar de su naturaleza si no la conoces?

— Lo sé —contestó Olimpo en tono obstinado.

— Igual te envió a Roma para que puedas estudiarlo directamente —le dije en tono burlón, porque no me gustaban los comentarios que estaba haciendo sobre Antonio.

Sin embargo, lo peor era que ambos percibíamos algo duro, intransigente y temible en Octavio. Hasta aquel momento, yo había pensado que eran simples figuraciones mías, teñidas probablemente por motivos personales.

Llegó el día de mi vigésimo noveno cumpleaños, pero no lo celebré ni le dije nada a Antonio. Temía que organizara unos grandes festejos en mi honor, y la idea no me atraía. El espectáculo de Tarso me había colmado para muchos años. Mardo me regaló un nuevo juego de escritura con sellos de amatista labrada, y Cesarión enseñó a su lagarto a tirar de un carrito en miniatura para mi deleite, pero eso fue todo. Olimpo me envió una gran jarra del mejor laserpicio de Cirenaica, con una nota que decía: «¡Aquí tienes! ¡Un regalo que te va a ser muy útil!» Me avergoncé tanto que lo guardé en una caja y lo escondí. ¿Por qué estaba tan obsesionado con aquel tema? Ya era hora de que se casara y centrara su

atención en su propio lecho.

Pero yo sabía que Antonio querría celebrar fastuosamente su propio cumpleaños, por cuyo motivo sugerí que se reservara todo el Gymnasion para él y sus invitados.

— Podríamos celebrar nuestros propios Tolemaieia —dije una noche—. Aún faltan tres años para su celebración, pero ¿qué más da?

Cada cuatro años se celebraban en Alejandría los juegos atléticos y las competiciones más importantes después de los que se organizaban en Olimpia, con carreras de caballos, competiciones al aire libre, ejercicios gimnásticos y tragedias y comedias en el teatro.

— ¿Cómo los vas a llamar, Antonieia? —me replicó, riéndose en tono despectivo. Entonces comprendí que deseaba celebrarlos.

— Los llamaré *Natalicia Nobilissimi Antonii* —le contesté—. La Fiesta del Cumpleaños del Nobilísimo Antonio.

Antonio arqueó las cejas.

— Sabes más latín de lo que parece.

Siempre me encantaba sorprenderle.

— Y tú tendrás que competir en todas las pruebas. Por consiguiente tendrán que ser unos juegos un poco más reducidos que los normales —añadí—. A fin de cuentas, tú no conduces carros ni realizas ejercicios acrobáticos, ¿verdad?

Confíaba en que no. La organización de las carreras resultaba muy cara.

— No —contestó—. Pero debes recordar cuál será mi cumpleaños: el cuadragésimo segundo. No creo que me convenga competir, a no ser que quiera hacerme a mí mismo el regalo de perder.

— ¡No digas disparates! —protesté—. Tendrás que competir con tus propios hombres y oficiales, no con corredores y luchadores que se pasan el día entrenando. De otro modo, sería injusto.

El hecho de tener que entrenarse le serviría de distracción. Yo sabía que era demasiado orgulloso como para salir a la pista sin estar preparado. Ahora trasnochaba mucho y se pasaba media mañana durmiendo, en unas perpetuas vacaciones.

— Serán unos juegos griegos de atletismo —le advertí—. Nada de todas esas muertes a las que los romanos sois tan aficionados.

— Donde fueres, haz lo que vieres —dijo—. Suele ser más civilizado.

— Hablas como un converso —dije—. Si te limitaras a abrazar la armonía griega de una vida equilibrada...

— ¡Bah! —exclamó riéndose—. Dioniso es el exceso, nada más. La serenidad de la embriaguez, la licencia artística, la libertad de los sentidos...

— Pero Hércules tiene que llevar una vida muy sobria para poder cumplir todas sus fatigas y convertirse en dios. Las dos facetas de tu personalidad tendrán que turnarse.

— Ya lo hacen, ya lo hacen —dijo—. ¿Acaso no te has dado cuenta?

En realidad, Antonio sentía un gran interés por el teatro; le gustaban las comedias y se tomaba muy en serio su patrocinio de la agrupación de actores de Dioniso. Le gustaban los disfraces y las interpretaciones teatrales, y en Roma había sido muy amigo de actores y actrices que lo acompañaban por todas partes para gran disgusto de Cicerón. En Alejandría asistía no sólo a representaciones teatrales sino también a conferencias y exhibiciones en el Museion, y yo solía acompañarle en sus salidas nocturnas. Ambos estábamos haciendo cosas impropias de nuestro carácter en nuestro afán de complacernos mutuamente.

El 14 de enero, el día de los *Ludi et Natalicia Nobilissimi Antonii*, los Juegos y las Celebraciones del Cumpleaños del Nobilísimo Antonio, amaneció sereno y con un despejado cielo intensamente azul. Me sorprendió el entusiasmo que aquella diversión había suscitado en todo el mundo. Las mujeres estaban deseosas de que las invitaran a sentarse en la tribuna de piedra para poder contemplar los cuerpos untados de aceite de los hombres, mientras que los hombres, incluso los más veteranos, se mostraban inesperadamente dispuestos a quitarse casi toda la ropa y participar en las competiciones. Un hombre de sesenta y cinco años —oficial de suministros de la guardia de Antonio— pidió permiso para participar. Un campeón de carreras de unos Ptolemaieia de veinte años atrás también pidió permiso. Pero otros contendientes eran amigos míos o de Antonio y en eso consistiría el principal interés de las pruebas. Conocíamos a aquellas personas en otras actividades, y de repente ahora las veríamos quitarse las túnicas e imitar a los famosos atletas. Tal vez siempre habían tenido el secreto deseo de hacerlo.

Puesto que no se trataba de unos juegos oficiales sino de un acontecimiento de carácter privado, pensamos que no sería necesaria la exigencia de la desnudez absoluta.

— ¡A no ser que te guste! —le dije a Antonio.

A fin de cuentas, yo le había visto prácticamente desnudo en las Lupercales, aunque eso había sucedido en otros tiempos, cuando ocupaba una posición mucho menos encumbrada.

— No, me podré contener —contestó—. No quisiera ser el único en presentarse de esta guisa, y no creo que los demás estuvieran dispuestos a hacerlo.

Tenía razón. Los únicos que se sentían a gusto con la desnudez eran los griegos; los romanos, los egipcios y —¡horror!— los bárbaros la evitaban. En cuanto a los judíos, la sola idea les parecía repulsiva, y ni siquiera les gustaba pasar por delante de un gimnasion.

Habría un pentatlón, la prueba del perfecto atleta, una carrera a pie y competiciones de salto, lanzamiento de disco y jabalina, y lucha.

— ¿Ya está preparado Hércules? —pregunté en el momento en que nos disponíamos a dirigirnos al Gymnasion.

Nos acompañaría un numeroso grupo de invitados, que utilizarían todas las literas y todos los carros que había podido encontrar en las caballerizas reales.

— Sí —contestó en tono insólitamente apagado.

— ¿Qué ocurre?

¿Le habría entrado miedo de repente? ¡Qué mal momento!

— Estaba pensando que casi le doblo la edad a Octavio. Por cada año que él ha vivido, yo he vivido dos. Y no sé cuál de ambas cosas es mejor, si mi experiencia o todos los años que a él aún le quedan por delante.

— Éste es un Antonio romano y meditabundo que raras veces tengo ocasión de ver. —Su melancolía empañaría los festejos. Tenía que librarle de ella —. Octavio es tan enfermizo que jamás alcanzará los cuarenta y dos años. No es fuerte como tú; no sólo jamás hubiera podido cruzar los Alpes sino que a duras penas podría trasladarse desde su casa al Foro.

Antonio se rió.

— Exageras un poco, amor mío.

— ¿Acaso no es cierto que siempre se pone enfermo, en los momentos más trascendentales? Se puso enfermo en la batalla de Filipos y tú libraste todos los combates. Se puso tan enfermo en Brundisium durante el viaje de regreso a Roma que nadie pensaba que viviera. La enfermedad le impidió acompañar a César a Hispania. ¡Siempre está enfermo!

— Sí, pero sólo en los momentos más trascendentales, como tú bien has dicho. A lo mejor son sus nervios los que están enfermos, no su cuerpo. —Antonio se rió—. Toma, mi pequeña guerrera. ¿Por qué no llevas mi espada, la que utilicé en Filipos? Póntela esta noche; si te vistes como yo, harás juego con toda esta bobada que te has inventado.

Me la entregó y yo la tomé casi con miedo. Era una espada muy importante, la espada vengadora.

— ¿No la usarás durante los ejercicios?

— No, no la puedo usar en los juegos. Pero quiero que esté presente. Tómala. —Me ajustó el talabarte alrededor de la cintura, aplastándome la túnica—. ¡Vamos! —Parecía de mejor humor—. Toma el yelmo también. —Me lo puso en la cabeza—. ¡Ya está! ¡Ya eres un temible soldado!

— Puedo matar en caso necesario —dije muy despacio.

Convenía que él lo supiera.

— ¿Y ahora quién está de mal humor? Destiéralo de tu mente. —Soltó una carcajada—. Condúceme a donde tú quieras, reina mía.

— Hoy tenemos que ir al Gymnasion —contesté—, lo cual no tiene nada de

siniestro.

Sonaron las trompetas anunciando el comienzo de las competiciones. Casi cincuenta hombres se encontraban en la pista, vestidos de muy diversas maneras. Algunos sólo llevaban un taparrabos, otros unos cortos calzones de estilo bárbaro que casi les llegaban hasta la rodilla, otros una especie de falditas y otros vestían túnicas. Todos ellos habían sido untados con aceite en una sala especial destinada a este menester, el *heliothesium*, y en sus cuerpos brillantes resaltaban ahora todos los músculos y tendones.

— Me encanta el aceite de oliva sobre el cuerpo de un hombre —murmuró Carmiana—. Es más excitante que el sudor.

— Pues a mí me gustan las dos cosas —dijo la esposa del segundo tesorero, dejándome de una pieza.

Siempre había pensado que lo que más le gustaba eran los libros mayores.

Mientras miraba a Antonio, me llamó la atención lo bien proporcionado que estaba a pesar de sus poderosos músculos. Era uno de esos hombres que están mejor cuanto menos ropa llevan encima pues las prendas de vestir normales les confieren una apariencia un poco rechoncha. La edad no había dejado en él la menor huella; tenía un físico que se conservaba sin apenas esfuerzo. Y era evidente que su dionisiaco avance por las provincias orientales hubiera sido capaz de acabar con un cuerpo más frágil que el suyo.

En los juegos participarían varios romanos pertenecientes a la guardia pretoriana de Antonio, todos ellos soldados escogidos; el principal conductor de carros de Egipto y varios arqueros; algunos funcionarios griegos del Tesoro; algunos miembros del grupo de artistas dionisiacos; el preceptor que Antonio se había llevado de Siria, un tal Nicolaus de Damasco; mi filósofo preferido del Museion, Filóstrato; y quizá lo más sorprendente de todo, el viejo Atenágoras, un médico que estaba al frente de una sociedad dedicada a la conservación de las momias. Con todo el cuerpo untado de aceite, él mismo parecía una momia, fibrosa y reseca. Pese a ello, trotaba con sorprendente rapidez, riéndose y gritando:

— ¡Miradme en la carrera! ¡Me llaman el Rayo del Natrón!

Fue acogido con una lluvia de flores y vítores de las mujeres.

Observé que Carmiana no le quitaba el ojo de encima a un guardia romano que permanecía de pie al lado de Antonio, un hombre de elevada estatura y cabello rubio que conocía todas las idas y venidas de Antonio, aunque las mantenía en secreto.

— Veo que hay alguien que te interesa —le comenté.

Ella asintió con la cabeza.

— Tendrás que entregarle la corona de laurel si la gana —dije.

Los participantes empezaron a hacer toda una serie de ejercicios de precalentamiento que resultaban casi cómicos: pegar saltitos, golpearse el pecho,

hacer una carrerilla y detenerse bruscamente. Después se situaron junto a la línea de salida de mármol, colocando los dedos de los pies en el hueco de las piedras, y salieron disparados al grito de *Apite!* —¡Adelante!— para participar en la carrera de los seiscientos pies. Al principio, no fueron más que un reluciente grupo de cuerpos que se mantenían unidos, pero muy pronto se separaron y un egipcio de elevada estatura tomó la delantera seguido por un griego, y sorprendentemente por Antonio. No pensaba que fuera capaz de correr con tal rapidez pues los hombres de grandes músculos no suelen ser ligeros de pies, pero a lo mejor las poderosas piernas le proporcionaban la fuerza adicional que lo propulsaba hacia delante.

El Rayo del Natrón se quedó a dos largos de los demás, con la faldita volando a su alrededor, pero recibió la más sonora ovación. Al pasar por delante de nosotros gritó:

— ¿Qué se puede esperar de un hombre de sesenta y dos años? ¿Que sea Hermes?

El antiguo campeón de los Ptolemaieia, que sólo tenía cuarenta y tantos años, terminó en cuarto lugar.

Después vino el lanzamiento de disco, una prueba en la que se necesitaba no sólo fuerza sino también gracia. La forma en que un lanzador giraba y movía el cuerpo revestía la máxima importancia, y el atleta no podía girar repetidamente como una peonza. Las estatuas que reproducían la posición de un discóbolo eran muy populares. Mientras los hombres practicaban, las mujeres solían contemplarlos con admiración.

— Es como ver una estatua en movimiento —dijo Carmiana.

Su participante preferido también intervendría en aquella competición. No todos competirían en todas las pruebas; eso sólo lo haría el pobre Antonio.

Únicamente quince hombre tomaron el disco y, girando los torsos bien a la izquierda, se estiraron en un armonioso arco y lo lanzaron lo más lejos posible. El preferido de Carmiana ganó por un palmo, seguido por el principal conductor de carros, y en tercer lugar, una vez más, por Antonio. La fuerza de su torso había conseguido que el disco se elevara prodigiosamente en el aire al abandonar su mano izquierda.

Los invitados vitorearon con entusiasmo a todos los participantes en aquella prueba, que era la más estética de todas las que se celebraban.

A continuación vino el lanzamiento de jabalina, una de las pruebas preferidas de los soldados. De entre todas las competiciones atléticas, aquélla era la que más arraigada estaba en la guerra real. Sin embargo, las jabalinas de competición estaban hechas con madera de saúco y eran mucho más ligeras que las militares, hechas con madera de tejo. Aparte de ser más ligeras, las que se utilizaban en las pruebas tenían unas tiras de cuero enrolladas en la parte central del fuste para que volaran con más firmeza, y los extremos afilados para que se clavarán en el suelo y poder de este modo medir la distancia. Cada hombre estaba autorizado a efectuar tres lanzamientos.

Curiosamente, Antonio quedó una vez más en tercer lugar. Los otros dos ganadores fueron miembros de la guardia y de las tropas reales.

Cuando se anunció la prueba del salto de longitud, otro grupo de hombres saltó a la pista. Al final se adelantaron el joven Nicolaus de Damasco y el filósofo Filóstrato. Filóstrato se exhibió haciendo flexiones y saltando arriba y abajo.

— ¡Oh, cómo te he olvidado, mi fiel cuerpo! —le oí decir—. ¡La mente te tenía prisionero! ¡Cuerpo, véngate ahora de ella!

No era probable que ocurriera tal cosa pues había descuidado su cuerpo durante demasiado tiempo, confiando en que solamente existiera a través de las quimeras de la mente, pero por lo menos se lo tomaba a broma. Los holgados calzones le colgaban alrededor de la escuálida cintura, y las pálidas y delgadas piernas asomaban patéticamente por debajo de ellos.

Los hombres tenían que saltar hacia delante, balanceando unas pesas en cada mano para darse impulso, y caer sobre un alargado hoyo de arena. Como era de esperar, Filóstrato sólo consiguió efectuar un salto muy corto; fue una suerte que saliera en último lugar, pues de este modo no tuvo que pasar por la vergüenza de ver cómo todos los demás saltaban por encima de su marca. La prueba estaba considerada una de las más difíciles, pues sólo se contaban las marcas claramente visibles en la arena. Cualquiera que cayera hacia delante o hacia atrás quedaba descalificado, y de ahí que la elección del momento y el equilibrio tuvieran tanta importancia como la velocidad y la fuerza. Siempre sonaban unos caramillos para ayudar a los atletas a seguir un ritmo.

En las muecas y gruñidos de los hombres se notaba que se estaban empezando a cansar. Ya no se mostraban nerviosos ni bromeaban sino que permanecían en silencio mientras esperaban a que les tocara el turno.

Antonio no parecía visiblemente cansado. Le vi reírse y hacer ejercicios de estiramiento, sosteniendo las pesas en los brazos, extendiéndolos muy despacio y volviéndolos a doblar. Debía de tener una resistencia extraordinaria, y se notaba comparándolo con los demás.

El joven Nicolaus tuvo una actuación admirable y alcanzó una excelente marca. El oficial de suministros de sesenta y cinco años pasó volando por su lado. Estaba claro que se había estado entrenando. Cuando el preferido de Carmiana lo superó, ésta lanzó un suspiro. A continuación, un gigantesco galo perteneciente a la guardia de Antonio estableció la mejor marca. Antonio que fue el último en participar, se acercó muy despacio a la línea de salida, moviendo las pesas hacia delante y hacia atrás para sentir las pesas en sus manos por última vez. Se inclinó como si quisiera soltar los músculos, después se agachó como si recogiera una enorme bola de energía, se disparó hacia delante, voló sobre la arena y sus pies se posaron justo detrás de la marca del galo. El público prorrumpió en vítores ante la impresionante fuerza de su actuación. Sus pies se habían posado perfectamente sobre la arena sin perder el equilibrio. Finalmente se incorporó muy despacio y se apartó de la arena.

— ¡Es extraordinario! —dijo Carmiana como si se acabara de dar cuenta en

aquel momento.

Puede que así hubiera sido.

Me removí en mi asiento, y la pesada espada que llevaba al cinto resonó con un seco sonido metálico. Me extrañaba que Antonio se hubiera empeñado en que yo la llevara, pero quizá la presencia de la espada le había infundido fuerza. El yelmo descansaba a mis pies. Su hazaña en Filipos hubiera sido suficiente para otorgarle un lugar en la historia.

La última prueba del pentatlón era la lucha. Ahora cada participante tuvo que llamar a su asistente para que le cubriera el sudoroso cuerpo untado de aceite con unos polvos para que el contrincante pudiera agarrarlo. Lucharían de pie y agarrarían al contrincante, tratando de derribarlo al suelo. Se necesitaban tres caídas para ganar, y el solo hecho de tocar la arena con la espalda, los hombros o la cadera se contaba como caída, los reveladores granos de arena adheridos a aquellas zonas del cuerpo servían como prueba. Los luchadores estaban autorizados a poner la zancadilla pero no a causar heridas al contrincante.

Los contendientes echaron a suertes quién lucharía con quién, y Antonio terminó enfrentado a un hombre que parecía un buey. Doblando la cintura, ambos se rodearon el uno al otro con los brazos extendidos, buscando la mejor manera de agarrar y hacer perder el equilibrio al adversario. Las piernas del hombre parecían nudosos troncos de árbol, y sus hombros eran tan anchos como un yugo. A su lado, Antonio parecía menudo y delgado. Para mi sorpresa, Antonio consiguió ponerle la zancadilla; a continuación lo pilló desprevenido, y la tercera vez, empujándole las poderosas piernas mientras ambos se abrazaban como si fueran amantes, consiguió que su cuerpo se doblara y le hizo perder el equilibrio. Unos entusiastas gritos estallaron en las gradas y entre los demás participantes en la prueba, pues ambos formaban una pareja absolutamente desigual.

En ninguna de las demás parejas se había dado una victoria tan clara. Antonio fue declarado ganador no sólo de la prueba de lucha sino de todo el pentatlón, pues sólo él había participado en las cinco competiciones. El pentatlón estaba destinado a poner a prueba a un atleta completo y requería una considerable resistencia, cosa que a Antonio le sobraba. Casi hubiera deseado que el ganador no fuera él por temor a que la gente pensara que las pruebas habían sido amañadas, pero yo sabía que todas se habían ganado honradamente y mi corazón estallaba de gozo. Me alegraba de que se me hubiera ocurrido la idea de los juegos, pues, ¿qué mejor regalo le habría podido hacer?

Yo tendría que ofrecer a Antonio la guirnalda de su cumpleaños, pero había premios para muchos otros, entre ellos los destinados al más veterano y al más joven de los participantes, al más delgado y al más grueso, y al que hubiera sufrido la mayor magulladura.

— ¡Gracias, amigos míos! —gritó Antonio levantando los brazos—. ¡Jamás olvidaré este cumpleaños! Y ahora, ¡todos a Canopo y a los jardines del placer! ¡Vamos al canal, donde navegaremos al encuentro de nuestros premios!

Canopo. Elevaba años sin visitar la ciudad, y la última vez que había estado

allí había sido con mi padre y de día. ¿Cómo se habría enterado Antonio?

Los invitados salieron del Gymnasion y bajaron por la blanca escalinata de mármol para subir a los carros y las literas que los aguardaban. Antonio me hizo subir a su carro, donde me envolvió en su capa con una mano mientras conducía con la otra. Aún estaba acalorado a causa de los juegos y olía a victoria y a exultante esfuerzo. Era un olor mágico, un olor de fuerza, alegría y deseo. La capa volaba a su espalda mientras recorría velozmente las calles, gritando jubilosamente a la gente que las flanqueaba, con la corona del vencedor torcida sobre un ojo.

— ¡Conduces como Plutón! —le dije, agarrándome a la barandilla del carro mientras éste avanzaba entre sacudidas—. ¿Es que nos vamos al Hades?

— ¡No, a los Campos Elíseos! ¿No se llama así el lugar que hay al otro lado de las murallas de la ciudad, donde están todas las casas de placer, el lugar donde penetra el canal?

— Se llama Eleusis —le dije, levantando la voz para que me oyera sobre el trasfondo del ensordecedor ruido de las ruedas del carro—. ¡Las personas refinadas evitan ir allí!

— ¡Muy bien! —contestó, estimulando a los caballos a seguir adelante.

Navegamos hacia Canopo en una flota de embarcaciones de recreo que sus picaros barqueros usaban para trasladar a la gente deseosa de divertirse a través de aquel canal que discurría paralelo al mar, entre Alejandría y la ciudad situada en la boca del Brazo Canópico del Nilo. Allí se levantaba un impresionante templo dedicado a Serapis e Isis, el cual no tenía muy buena fama debido a las actividades que se desarrollaban en sus alrededores. Allí florecían todos los vicios humanos imaginables, e incluso algunos inimaginables. Por el camino se veían bellísimos palmares, playas de blanca arena y, en Eleusis, grandes mansiones con vistas al mar y decadentes moradores. Todos nos saludaron al vernos pasar pues las linternas de las embarcaciones señalaban nuestra presencia en medio de las sombras del anochecer.

— ¡Que os divirtáis! —nos gritaban, y una casa nos envió a un muchacho para que nos interpretara una canción mientras un compañero contaba una letra tremendamente subida de tono.

— ¿Cómo sabes lo de Canopo? —le pregunté a Antonio.

— Hace años estuve aquí, cuando era un joven soldado —me recordó—. Y mis hombres me han estado pidiendo con insistencia que los trajera.

— Pero no conmigo y mis mujeres —dije—. No creo que les interese nuestra presencia.

— Que vuelvan otro día por su cuenta —dijo Antonio—. ¡Ya son mayorcitos! —Se rió y me atrajo hacia sí—. ¡Eso ofrecerá a las mujeres de alto linaje que te acompañan la ocasión de hacer una visita segura y con escolta a este antro de perdición! ¿Acaso no estabais deseando verlo? ¡Vamos, sé sincera!

— Pues... sí —reconocí.

— Vuestro secreto y vuestras augustas personas están a salvo con nosotros. ¡Protegeremos vuestra virtud!

— ¡Nos protegeréis de los bribones de allí, pero nos la robaréis vosotros!

— Estoy seguro de que tus damas sabrán librarse de unos cuantos romanos bien educados. Podrán denunciar ante mí cualquier comportamiento impropio y yo, como comandante, castigaré a cualquiera que se atreva a tomarse libertades. Te doy mi palabra de honor —añadió, haciéndome una burlona reverencia.

— Estoy segura de que se tranquilizarán al saberlo, aunque habrían estado más contentas si hubieras advertido a tus hombres de antemano.

Una expresión de incredulidad se dibujó en su rostro.

— Pareces un preceptor de palacio, firmemente decidido a defender la virtud de su alumna de diez años. ¿Acaso no somos todos hombres y mujeres adultos? Por cierto, no veo a Cesarión por aquí. —Fingió mirar a su alrededor como si lo buscara—. Tu preocupación por su sensibilidad es conmovedora, fuera de lugar y ofensiva. En resumen, mi dulce reina, mi misteriosísima reina egipcia, ocúpate de tus asuntos.

Se reclinó sobre los almohadones de la embarcación y agitó un dedo en gesto de advertencia.

Me eché a reír. Siempre me ocurría lo mismo con él.

Tanto los hombres de Antonio como nuestros invitados no paraban de cantar y se llamaban los unos a los otros desde las embarcaciones, bebiendo vino de Mareotis de unos odres que algunos de ellos se habían traído. Y entretanto seguíamos navegando rumbo a Canopo.

No había pérdida: las luces brillaban desde la orilla y todos los edificios parecían bañados por un siniestro resplandor de color rojo. Las calles estaban llenas de gente, a diferencia de lo que solía ocurrir en casi todas las ciudades en cuanto oscurecía. Las embarcaciones cruzaron una zona pantanosa donde la boca más occidental del Nilo vertía sus aguas al mar. Unas bandadas de asustadas aves levantaron el vuelo al pasar las embarcaciones con sus luces y sus ruidos. La proa de nuestra barca chocó contra el embarcadero e inmediatamente empezamos a bajar. El grupo se separó. Algunos fueron a una taberna y otros a otra pues no había ninguna lo bastante grande como para acogernos a todos, aunque todas nos hacían señas de que nos acercáramos.

— ¡Las visitaremos por turnos! —dijo Antonio—. ¡Y al final las compararemos! —Se volvió a mirarme y me arrojó un manto—. ¡Toma, cúbrete! Por la noche refrescará, y además sería mejor que nadie supiera que la Reina está aquí entre nosotros.

Yo no tenía por costumbre disfrazarme. Siempre era la Reina y no podía ser nadie más. Pero aquella noche acepté la sugerencia de Antonio para no

contrariarlo durante la fiesta de su cumpleaños. A su lado había aprendido a prescindir de mis costumbres habituales y hacer otras cosas. Me puse el manto y me cubrí la cabeza con la capucha.

La primera taberna estaba oscura y llena de humo debido a la mala calidad del aceite de las lámparas. Por si fuera poco, el vino era tan malo como el aceite.

— ¡Es malísimo! —exclamó Antonio, revolviéndolo en el interior de su boca—. Sabe como un mejunje con el que mi madre rociaba la ropa para matar las polillas.

— ¿Acaso te lo has bebido?

— No, pero he aspirado su olor. —Levantó la mano—. ¡Oye, a ver si nos sirves algo un poco mejor!

El tabernero se acercó presuroso, con el rostro iluminado por una ancha sonrisa que le tensaba las mejillas.

— Mi señor —dijo—, ¿deseas el mejor que tenemos? —Estudió detenidamente a Antonio, tratando de adivinar si podría permitirse aquel lujo.

Antonio sacó una moneda de oro y la hizo rodar sobre la mesa.

El hombre la atrapó ávidamente.

— ¡Sí, sí!

Les hizo señas a sus criados y éstos se acercaron con una jarra de vino, sólo ligeramente mejor que el primero.

— Eso ya es otra cosa —comentó Antonio mientras el hombre inclinaba la cabeza sonriendo—. Es casi tan bueno como el que se sirve en las raciones del ejército.

Apuró el resto y les hizo señas a los componentes de su grupo.

— ¡Vámonos a otro sitio!

Me rodeó con su brazo y me llevó casi en volandas hasta la puerta.

El aire nocturno resultaba muy agradable después del olor a rancio que se respiraba en la taberna. Pero aquel aire tampoco era muy puro pues estaba lleno del perfume de las rameritas que salían de sus casas para iniciar su recorrido por las calles. Sus finas y transparentes túnicas de seda barata con los hilos de la urdimbre separados para permitir el paso de la luz dejaban ver sus cuerpos casi con más claridad que si hubieran ido desnudas. La luz de las antorchas del muelle confería un curioso brillo a sus túnicas y pintaba sus labios de un rojo aún más intenso que el que llevaban. De algunas casas se escapaba una música que pretendía ser desenfadada pero que tan sólo resultaba aburrida. Unos hombres permanecían agachados en el suelo con unos cestos que contenían unas serpientes que ellos podían encantar y hacer salir a cambio de un par de monedas.

— ¡Te digo la buena ventura! —Una mano que parecía una garra tiró de mi manto, y al volverme vi un arrugado rostro y unos brillantes ojos de mono. Pero no

era un rostro viejo sino muy joven, quizá de sólo nueve o diez años—. ¡Te puedo predecir el futuro!

Apuré el paso, tomando la mano de Antonio mientras la fría y pesada espada me golpeaba el costado.

— ¡Te lo puedo decir todo!

«Y yo también, hijo mío —pensé—. Te puedo decir tu fortuna, tu pobreza y tu desesperación.» Mi corazón sufría por aquellas gentes. No me resultaban tentadoras ni atrayentes sino dignas de compasión.

— Dale una moneda —le pedí a Antonio, obligándole a detenerse.

Le dio una moneda de oro con indiferencia. Para él no era nada.

— ¡La buenaventura! ¡La buenaventura! —gritó el niño corriendo detrás de nosotros para ganarse la paga.

— Prefiero no saberla —le aseguré.

Bajamos a toda prisa al paseo que bordeaba la playa, dejando absorto al niño en la contemplación de la moneda.

El segundo local que visitamos estaba lleno de clientes que seguramente llevaban bebiendo desde la puesta del sol. Hacía calor y me hubiera gustado quitarme el manto, pero comprendí que en cierto modo me protegía de los empujones y el roce de los cuerpos.

Una danzarina semidesnuda estaba divirtiendo a un grupo de clientes, agitándose, estremeciéndose y dando vueltas al son de un caramillo hecho de caña cuyo sonido semejaba los balidos de un macho cabrío en celo. Los miembros de nuestro grupo, con las copas en la mano, se abrieron paso hacia el círculo central. Estudié los arrebolados rostros de los presentes y me di cuenta de que a los miembros de nuestro grupo se les estaba empezando a poner su misma cara, una cara en la que se mezclaban por igual el deseo y el afán de desenfreno.

También a mí empezó a hacerme efecto el vino, y noté que la reserva y la frialdad empezaban a disolverse. Poco a poco la taberna ya no me pareció tan sucia ni ordinaria sino seductoramente perversa. Incluso sentí que mis brazos seguían los movimientos de la danzarina bajo la capa. De repente experimenté el deseo de moverme, dar vueltas, danzar y hacer el amor.

— ¡Más, más! —gritaron los clientes, batiendo palmas.

La muchacha, con el cuerpo completamente sudado, accedió a la petición. La mezcla del sudor con el perfume resultaba tan embriagadora como los vapores del vino barato.

— ¡Vamos a comer algo! —les gritó súbitamente Antonio a sus compañeros. Todos se dirigieron en masa hacia la puerta, a pesar de los denodados intentos del tabernero por convencerles de que él también servía comida—. ¡No, tenemos que probarlos todos! —dijo Antonio—. ¡Todos los sitios!

Elegimos una casa de comidas al azar porque nadie conocía ningún

establecimiento en concreto. Antonio se guió por su nariz, husmeando en el aire algo que se estaba asando. Resultaron ser los restos de un rabo de buey, y nuestro grupo pidió que lo sacaran del espetón y nos lo sirvieran. Estaba exquisito.

— Creo... creo que deberíamos constituir una sociedad —dijo Antonio de repente, con la boca llena de deliciosos trozos de carne—. Una sociedad en la que nos prepararían comidas, buey asado todos los días si quisiéramos. Haríamos excursiones, disfrutaríamos de todos los placeres e intentaríamos superarlos cada día. ¿Quién se apunta?

— ¡Todos! —gritaron los invitados a la fiesta de cumpleaños.

— ¿Y cómo se llamaría esta... esta sociedad? —pregunté.

— Pues la *Amimetobioi*, la Sociedad de los Vivientes Incomparables —contestó de inmediato.

Supuse que ya lo debía de tener preparado pues el nombre le había salido de inmediato.

— Ya —acepté.

— ¡Quiero convertirme en una leyenda de los placeres y la extravagancia! —dijo, besándome en la mejilla—. Exactamente igual que tú con la perla.

— Yo creía que querías completar la tarea de César y conquistar la Partia —dije—. No creo que eso esté muy de acuerdo con los placeres y la extravagancia.

— Bueno, Alejandro también se entregaba a las borracheras de vez en cuando y conquistó el mundo entero. Ambas cosas no son incompatibles.

— Tal vez no lo fueran para Alejandro, aunque de todos modos no vivió mucho tiempo.

— ¡Pero vivió espléndidamente!

Levantó la copa y la apuró de un solo trago.

— No grites tanto —le pedí.

Me estaban doliendo los oídos.

Depositó otra copa en mi mano y empecé a beber muy despacio. No quería emborracharme más de lo que ya estaba.

Al salir nuevamente a la calle, atiborrados de vino y comida, nos cruzamos con otros invitados de nuestra fiesta. Los grupos se juntaban y volvían a separarse, buscando más diversión en otros lugares. Vi a Carmiana y al romano de elevada estatura en el otro grupo, pero ellos no se fijaron en mí. También estaba allí Nicolaus y el veterano oficial de suministros, celebrando su victoria. Se alejaron y nosotros volvimos a las calles de la zona portuaria. Allí todo estaba más tranquilo, aunque en cierto modo era más depravado pues el vicio ni siquiera intentaba disfrazarse de falsa alegría sino que iba directamente a lo suyo sin el más mínimo asomo de imaginación. Las mujeres se asomaban a las ventanas, nos seguían con sus ojos oscuros y nos hacían señas agitando los brazos

mientras bajábamos por las calles.

Se nos acercó una anciana.

— Elixires de amor —dijo en voz baja, exhibiendo su mercancía—. Elixires de amor.

Depositó en la mano de Antonio un frasco con un líquido de color verde.

Él lo sostuvo en alto y lo examinó.

— Es muy poderoso, mi señor —dijo la vieja, alargando la mano para pedir dinero.

Él le dio unas monedas y tomó impulsivamente un sorbo del brebaje.

— ¡No lo hagas! —le pedí—. Podría ser venenoso...

— No, nada de eso —me contestó, secándose la boca—. Toma un poco. — Me lo ofreció—. Tienes que acompañarme en la bebida.

Todas las fibras de mi ser me advertían de que no lo hiciera, pero algo me inducía a ceder a la tentación. Tomé un sorbo y noté que era pegajoso y dulzón, con un gusto residual a uvas pasas.

— Ven, vamos a visitar el sagrario del templo.

Avanzamos por el pedregoso suelo y subimos las gradas del templo de Serapis. La luz era tan escasa en medio del bosque de columnas que yo apenas podía ver el lugar donde mi antepasada Berenice había hecho la famosa ofrenda de su cabello, una ofrenda que los dioses habían llevado al cielo, donde se había convertido en una constelación.

Poco a poco se fue apoderando de mí una extraña sensación de apremio a la vez que de letargo. Rodeé con mi brazo la cintura de Antonio, percibí su carne a través de la túnica y me sentí las piernas muy pesadas. Quería tenderme y notaba que las inhibiciones, el sentido del tiempo, del decoro y del orden estaban desapareciendo. La cabeza me daba vueltas. Bajamos a trompicones las gradas del templo. Antonio estaba tan alterado como yo.

Nos llamó la atención una puerta, donde esperaba una mujer. Entramos. Se efectuó un pago.

Nos encontrábamos en una espaciosa estancia de alto techo con dos ventanitas y una cama con unas tiras de cuero que hacían las veces de colchón. Me levantaron el manto y éste cayó pesadamente a mis pies. Me quitaron la espada. Me abracé a Antonio, presa de un extraño arrobamiento. Sabía que estaba drogada, pero me daba igual. Flotaba. Él había tomado más cantidad que yo y estaba más alterado.

Sus movimientos eran lentos y se quedaban como en suspenso o quizás ocurría simplemente que yo los percibía de aquella manera.

Lo abracé, y el mundo empezó a dar vueltas. Me parecía que sólo existía aquel hombre, aquel lugar y aquel momento. El mundo dejó de dar vueltas y quedó reducido a aquella estancia. Ya no tenía ni pasado ni futuro, sólo aquel

presente.

Me estaba besando, me obligaba a volverme hacia él una y otra vez, notaba su aliento —casi la única realidad que percibía— muy cálido en mis hombros, mi cuello y mis pechos. ¿Me estaba diciendo algo? No podía oírle. Parecía que tuviera los oídos tapados. Todos mis sentidos habían desaparecido menos el del tacto. Percibía todas las sensaciones en mi piel, pero no oía, no olía, no saboreaba ni veía nada. Todas las partículas de mi carne estaban vivas, por dentro y por fuera.

Sé que me hizo el amor y que yo se lo hice a él durante muchas horas de aquella larga y extraña noche, pero los efectos de la droga nos hicieron sentir que todo se resumía en una extraordinaria unión de nuestras personas, sublime y prolongada. No puedo tomar ningún ejemplo por separado, sólo puedo captar fugazmente en sueños el recuerdo del todo.

Nunca sabré cómo abandonamos aquella estancia y cómo regresamos a Alejandría, pero lo hicimos. Y a la mañana siguiente —o quizá fue a la otra— me desperté en la cama de mi dormitorio mientras la clara luz del puerto danzaba en las paredes y Carmiana se inclinaba ansiosamente sobre mí.

— ¡Al fin! —exclamó al verme abrir los ojos. La luz me deslumbraba—. Ya está. —Me colocó sobre los párpados un apósito de jugo de pepino. Su fresco y astringente olor fue como un milagro después de los artificiales y densos olores de Canopo—. ¿Qué bebiste? ¿Un brebaje para dormir?

Aquel líquido verde y espeso... Recordaba su brillo de esmeralda y su sabor dulzón.

— Me hizo este efecto —dije. De hecho, aquél había sido el menor de sus efectos. Me hubiera ruborizado de vergüenza por mi comportamiento en la habitación alquilada si hubiera podido recordar los detalles. Lancé un suspiro—. Cometí el error de beber algo que me ofrecieron por la calle.

Antonio había tomado más que yo.

— ¿Y Antonio? ¿Dónde está?

— Nadie le ha visto —contestó Carmiana, apoyando sus manos sobre las mías—. Pero se encuentra de nuevo en su cuartel general, no temas. Sus guardias le vieron entrar.

Confiaba en que no se encontrara muy mal. Levanté un extremo del apósito para mirar a Carmiana.

— Te vi... con... con...

— Flavio —dijo Carmiana, terminando la frase.

— ¿Era tan... simpático como tú imaginabas?

La había visto muy contenta al cruzarme con ella por la calle.

— Sí —me contestó en un susurro.

Me pregunté qué habría ocurrido y si todo aquello llevaría a alguna parte. No era exactamente el Apolo que ella decía estar buscando, pero podría ser un buen sustituto terrenal.

A los pocos minutos me levanté. Saqué los pies por la parte lateral de la cama y los puse en el frío suelo de mármol. A pesar de todo lo ocurrido, me sentía extrañamente descansada.

Fuera, el mar golpeaba el rompeolas y azotaba la base del Faro. Estábamos a mediados de enero y los mares permanecían cerrados a la navegación. Muy pocas cosas podían entrar en el puerto, y casi nada podía salir de la ciudad como no fuera por tierra. Las caravanas seguían llegando de Oriente con sus mercancías de lujo, pero las cartas, los cereales, el aceite y el vino estaban inmovilizados. Era el período del año que Epafrodito y sus ayudantes dedicaban a los inventarios y los resúmenes en preparación para el siguiente.

Mandé llamar a Cesarión, que acudió a verme en cuanto terminó sus lecciones de aquella mañana.

Tenía un anciano preceptor del Museion, Apolonio, el mismo que yo había tenido. Era muy aburrido pero eficaz, y yo pensaba que sería un buen comienzo para los estudios de Cesarión. Jamás levantaba la voz, y a veces esto provocaba el sueño.

— He pensado que podríamos comer juntos, y así me podrás contar qué tal van tus estudios —dije—. Y de paso me dirás cómo está tu lagarto.

Su rostro se iluminó.

— ¡El lagarto está muy bien! Acaba de aprender otra cosa. Hoy se ha escondido en la bota y por poco lo aplasto al ponérmela.

Estalló en una cantarina carcajada.

— ¿Y tus estudios? —le pregunté.

Carmiana nos estaba sirviendo pan con pasta de higos, queso de cabra y aceitunas. Cesarión alargó ávidamente la mano.

— Uf... —respondió con cara de aburrimiento—. Me estoy aprendiendo la lista de los faraones, pero hay tantos... —Mordió un trozo de pan sin dejar de hablar—. Y hace tanto tiempo... Me gustaría aprender algo más que los nombres. Me gustaría saber cómo eran, si tenían los pies grandes, y si alguna vez se les había metido algún lagarto en los zapatos.

— ¿Qué tal la gramática?

Me miró perplejo.

— ¿Es que Apolonio no te enseña gramática?

— No, sólo la lista de los faraones —contestó—. Y otra lista de batallas. Y algunas veces me hace aprender de memoria un discurso. Escucha: «No seas arrogante por tus conocimientos, y habla tanto con el ignorante como con el sabio. El buen hablar está más escondido que la malaquita, pero a veces lo poseen las esclavas que están junto a las ruedas del molino.»

Según aquellas sentencias, la propietaria de Canopo hubiera podido impartir perlas de sabiduría. Y puede que lo hiciera. Pero estaba claro que yo tendría que sustituir a Apolonio. Era demasiado viejo y sus enseñanzas no eran las más apropiadas para el niño. Unté el pan con un poco de pasta de higos.

— Bueno, pues tendremos que seguir este consejo —afirmé solemnemente.

Justo en aquel momento se produjo un alboroto y oí la voz de Carmiana que decía:

— Sí, están aquí dentro, pero...

Antes de que pudiera anunciarle, Antonio entró en la estancia. Se le veía perfectamente normal, sin huella ni de un dolor de cabeza. Le miré asombrada.

— Salve, Majestad —saludó, dirigiéndose directamente a Cesarión. Después inclinó la cabeza hacia mí y me guiñó el ojo—. He pensado que a lo mejor estarías aburrido en un día tan frío y ventoso como éste. Hace tiempo que no navegas por el puerto ni sales a dar un paseo a caballo, ¿verdad?

Qué bien conocía a los niños, tal vez porque él aún lo era en muchos aspectos.

— Pues sí, es un día muy aburrido —convino Cesarión—. ¡Y mis lecciones son muy pesadas!

— ¿Te gustaría aprender otro tipo de lecciones? —preguntó Antonio, sacando un pequeño escudo y una espada—. ¿Unas lecciones de soldado?

Cesarión contempló extasiado lo que Antonio le mostraba.

— ¡Oh, sí!

— Los acabo de mandar hacer para ti —explicó Antonio—. La hoja es roma. No hay peligro de que le cortes a alguien la cabeza sin querer.

Sólo entonces me di cuenta de que alguien había seguido a Antonio. Era Nicolaus de Damasco, oculto en las sombras.

— Y cuando no te apetezca seguir combatiendo, hay alguien muy aficionado a contar historias para entretener a los niños —dijo—. Sabe algunas que ni te imaginas. —Le hizo señas a Nicolaus de que entrara en la estancia—. Te lo contará todo sobre los demonios persas del fuego.

Seguro que eso sería mucho más interesante que la lista de los faraones.

— ¡Oh, sí! —exclamó Cesarión, olvidándose de la comida—. ¿Cuándo podemos ir a practicar con la espada? ¿Podemos ir ahora?

— Cuando diga tu madre. —Antonio me miró, ladeando la cabeza—. Lo llevaré esta tarde. Creo que tiene madera de soldado. Me sorprendería que no la tuviera siendo hijo de César y de una reina tan guerrera como tú.

— Quizá convendría que me enseñaras también a mí. No sé manejar muy bien la espada.

— Pues la otra noche la manejaste muy bien.

La tenía todavía en mi poder, y ahora él me estaba pidiendo que se la devolviera.

— Está a salvo. Trímela, Carmiana. —La cogí y se la entregué a Antonio—. Sigue llevándola con honor —le dije.

Cuando regresaron al anochecer, Cesarión estaba excitado y tenía el rostro arrebolado por la emoción. Llevaba una pequeña armadura, blandía la espada arriba y abajo y daba tajos en el aire. Después se acercó corriendo a las cortinas y las rasgó.

— Lo haremos muy a menudo —dijo Antonio—. Le gusta y creo que lo necesita. Demasiado tiempo en el interior del palacio no lo convertirá en un

hombre. Cuando sea mayor podrá acompañarme en mis campañas... no en los combates, claro, sólo para que vea lo que es una batalla.

Sentí unas ardientes lágrimas que pugnaban por asomar a mis ojos. ¡Eran todas las cosas que César hubiera hecho por él! Gracias fueran dadas a los dioses de que Antonio estuviera allí. Sabía tratar a los niños y haría por él lo que yo no podría hacer. El hecho de crecer entre mujeres y eunucos no era suficiente para un hijo de César, que estaría llamado a hacer grandes cosas como un hombre entre hombres.

— Gracias —dije sin poder añadir nada más.

Los días seguían pasando. Al recordarlos ahora me parecen una mezcla tan multicolor como los velos de una danzarina en vertiginoso movimiento. La tranquilidad del invierno nos permitía hacer una pausa en los negocios del mundo. Los *Amimetobioi* —los Incomparables— se reunían muy a menudo y se superaban unos a otros en el juego de los dados, la bebida y los banquetes. En palacio siempre había varios bueyes asándose en diferentes fases de cocción de tal forma que, cualquiera que fuera la hora o el número de invitados, en un momento pudiéramos sentarnos a comer. Un miembro del grupo tenía siempre patos en el espetón y otro un surtido ininterrumpido de pasteles de miel, cada uno de ellos con una variedad distinta, de la Auca, de Rodas, de Caria y del monte Himeto, además de oscuras mieles de Híspanla y Capadocia. Corrían deliciosos vinos, desde el dulce y pegajoso Pramnio hasta el vino con aroma de manzana de la isla de Tasos, el de Biblos y el de Quíos, escanciado desde unas ánforas con una esfinge grabada. Se organizaban partidas de caza, paseos con elefantes y carreras de carros con unas panteras amaestradas que corrían a su lado, bajando por las calles de la ciudad para salir al otro lado de las murallas hasta llegar a las dunas de arena. Antonio y yo recorríamos por la noche las calles de Alejandría, disfrazados, tal como a él le gustaba. Pasábamos por delante de los edificios monumentales y las residencias privadas y escuchábamos las conversaciones, las canciones y las disputas del pueblo llano. Nos intercambiábamos la ropa en nuestros aposentos y yo me convertía en un hombre mientras él se disfrazaba de cortesana lujosamente ataviada. Todo era un confuso torbellino de simulaciones y engaños, y nosotros jugábamos tan en serio como Cesarión con su escudo y su espada. De esta manera pude disfrutar finalmente de la infancia que jamás había tenido, pues la mía había sido demasiado seria y peligrosa como para que yo me hubiera podido permitir el lujo de hacer las tonterías propias de mi edad sin tener que preocuparme por mi seguridad.

Cuando bien entrada la noche nos hallábamos juntos en nuestro aposento a oscuras, era como si todo el mundo estuviera concentrado en aquella estancia; todo lo demás se desvanecía hasta perderse sin invadir nuestra intimidad.

— No sé lo que hacía antes de conocerte —dijo Antonio una vez mientras sus dedos trazaban dibujos en mi espalda.

— No creo que estuvieras solo —le contesté.

Pero no estaba celosa de las que me habían precedido. Nada podía haber sido como lo nuestro.

— No, no estaba solo. —Soltó una leve carcajada—. Pero todo aquello no fue más que un ensayo. Ahora cada mujer me parece sólo un sueño de lo que tú eres.

Lancé un suspiro y volví la cabeza. La tenía apoyada contra su hombro y parecía tan feliz como si aquél fuera su hogar.

— Los sueños —dije—. Eso también parece un sueño. Esta estancia, esta cama, parecen un reino mágico.

— En el que tú y yo somos el Rey, la Reina y los únicos ciudadanos —dijo, trazando el perfil de mi nariz y mis labios—. Un reino muy insólito.

— Oh, Antonio, cuánto te quiero. —Las palabras me brotaron atropelladamente de la boca—. Tú me has liberado.

— ¿Cómo se puede liberar a una reina? —preguntó.

— Me has dejado en libertad en un jardín, un jardín de delicias terrenales que florecen sin el menor esfuerzo.

Sí, desde que él apareciera en mi vida tenía la sensación de encontrarme en un jardín, un jardín lleno de flores exóticas de múltiples pétalos que abrían sus perfumadas gargantas sólo para complacerme cada vez que yo pasaba por delante de ellas. Jamás había la menor sombra, y a la vuelta de cada esquina me encontraba con frescas brumas y recónditas enramadas.

— Yo las llamaría delicias sobrenaturales —puntualizó Antonio—, porque en la tierra no ocurre nada sin nuestro esfuerzo, amor mío. —Volvió la cabeza y me dio un beso largo y apasionado—. Ni siquiera eso.

Tuve que hacer efectivamente un esfuerzo para levantar la cabeza.

El invierno fue aflojando poco a poco su presa y terminó nuestro aislamiento. Sentí que se iba perdiendo con el creciente calor del sol y la disminución de las violentas olas y tormentas. Siempre había deseado que terminara el invierno, pero ahora lo lamentaba. No quería que mi mágico reino se quebrara. Quería vivir en él para siempre, o hasta que estuviera tan saciada de amor y de placer que no tuviera más remedio que gritar: «¡Ya basta! ¡Ya basta!»

No me encontraba todavía en semejante fase cuando empezaron a llegar los primeros barcos desde Italia y Siria. Unos mensajeros con las insignias del ejército romano bajaron apresuradamente a tierra y se presentaron inmediatamente ante Antonio para transmitirle unas inquietantes noticias.

— Todo se ha ido al infierno —me dijo sacudiendo la cabeza cuando fui a verle. A sus pies se encontraban los rollos de las cartas de Tiro y de Roma.

— ¿Qué es eso?

Me incliné para recoger las cartas, pero esperé a que él me lo dijera.

— Una guerra en Italia —me contestó—. Mi mujer... —Hizo una pausa.

Sí, el reino mágico ya se había roto. El mundo estaba nuevamente con nosotros.

— Al parecer, mi mujer Fulvia y mi hermano Lucio han declarado la guerra a Octavio.

— ¿Cómo?

Empecé a leer la carta pero era muy larga.

— Todo es muy complicado, pero por lo visto pensaron que Octavio se estaba aprovechando de la situación para asentar a sus veteranos, concediéndoles las mejores tierras, y atribuyéndose incluso el mérito de aquello por lo que me fue reconocido el mío. Por eso han lanzado una campaña contra él, y en estos momentos están poniendo sitio a la montañosa ciudad de Perusa. —Se pasó las manos por el cabello—. Todas mis legiones están esperando por los alrededores, pero no se moverán sin una orden mía. Y es bueno que así sea.

— ¿Y por qué es bueno? —pregunté. Nunca era bueno que a uno lo derrotaran.

— Pues porque quebrantaría mi pacto con Octavio. —Se extrañó de que se lo preguntara—. No olvides que somos socios. Las guerras civiles ya han terminado.

— Pues parece ser que no. —Hice una pausa—. No han terminado desde el momento en que él está intentando desacreditarte.

Antonio frunció el ceño.

— No es que quiera desacreditarme, es que...

— ¿Pues por qué le han declarado entonces la guerra Fulvia y Lucio?

— Son demasiado celosos de mis derechos.

Más bien parecía que fuera él el celoso de proteger a Octavio.

— ¿Y no crees posible que Octavio haya obrado mal?

— Bueno, él... —Antonio hizo una pausa—. Necesito más información para poder llegar a una conclusión. —Se inclinó hacia delante para recoger la otra carta—. En ésta, en cambio, no hay nada de ambiguo —me dijo, entregándomela.

Le eché un vistazo. Era terrible. Los partos habían invadido Siria, habían matado a Saxa, el gobernador que Antonio había dejado allí, e incluso habían tomado Jerusalén. Todo se había perdido menos Tiro. Las dos legiones de Siria, junto con sus águilas, pertenecían ahora a la Partia. Los partos habían aumentado su colección, añadiéndolas a las de Craso.

— ¡Oh, las legiones! —exclamó Antonio—. ¡Qué ignominia!

Sus reyes clientes, los que tan servilmente le habían rendido homenaje en otoño, no habían resultado demasiado fieles. Y tal vez ya fuera hora de que los sustituyera.

— Sólo Herodes ha demostrado tener iniciativa —dijo Antonio—. Consiguió escapar y se hizo fuerte en Masada.

— Es muy encomiable.

Al menos, alguien había resistido.

— Una guerra en dos frentes —comentó Antonio, sacudiendo la cabeza—. Estoy implicado en una guerra en dos frentes.

La de Italia fue una pequeña guerra muy desagradable. Octavio se cubrió de ignominia hasta el extremo de mandar que sus honderos arrojaran piedras al campamento enemigo con inscripciones tales como: «¡Dádselo a Fulvia!»

También hizo circular un obsceno epigrama que decía:

Glafira por Antonio fue follada, y Fulvia reclama
que yo la folle para compensarla.
Manio pregunta: ¿le doy por el culo con tu permiso?
Pero yo no quiero que le preste este servicio.
¡O follas o peleas!, dice ella con porfía.
Suenen las trompetas, pues mi polla vale más que mi vida.

Debía de estar desesperado, pues de lo contrario no hubiera dejado al descubierto su verdadera naturaleza. Me pareció que a Antonio le hacían gracia los versos.

— Octavio se ha divorciado de Claudia —dijo Antonio inesperadamente—. Eso significa que realmente se ha vuelto contra mí.

— ¿Qué estás diciendo? —le pregunté.

Habían pasado varios días desde que se recibiera la primera carta, y entretanto se habían recibido otras. Una vez abierta la temporada de la navegación, las cartas no paraban de llegar.

— Le gusta confirmar los tratados con lazos personales. Cuando nos convertimos juntos en triunviros, pidió casarse con alguien de mi familia. Lo mejor que pude ofrecerle fue Claudia, la hija de Fulvia, pues nosotros sólo teníamos hijos varones, y por si fuera poco de corta edad. Por consiguiente, se casó con ella.

Octavio casado. ¡Qué extraño me parecía!

— No lo sabía —dije.

— Pero ya se ha divorciado de ella y se la ha devuelto a su madre, Fulvia. Le dijo que estaba «intacta», o sea que todavía era virgen. ¡Tres años casado con ella y ni la tocó!

— Lo debía de tener todo planeado —sugerí yo. El control que ejercía sobre sí mismo y sus planes a largo plazo eran casi inhumanos—. Siempre lo piensa todo por adelantado.

Antonio sacudió la cabeza.

— Tiene una sangre tan fría...

— Sí. Es un enemigo temible.

La opinión que yo tenía de él, por muy exagerada que hubiera parecido en

algunos momentos, siempre se quedaba corta. Superaba cualquier cosa que yo jamás hubiera visto: decidido, implacable, resuelto en la persecución de su objetivo. Recordaba sus denodados esfuerzos por reunirse con César en Hispania después de su naufragio. Octavio siempre salía de algún naufragio, mojado, débil, herido... pero salía.

Me estremecí al pensarlo.

— No es mi enemigo —puntualizó Antonio con firmeza—. Te agradecería que no insistieras tanto en ello.

Se recibieron otras noticias. Se había producido una insurrección de esclavos en la Campania, pero Octavio la había aplastado. Cientos de personas de todas las clases sociales habían huido y se habían puesto bajo la protección del rebelde rey—pirata Sexto Pompeyo, que prácticamente gobernaba las islas de Cerdeña y Sicilia. Incluso la madre de Antonio se había unido a ellos.

— ¡Mi madre obligada a huir por su seguridad! —se lamentó Antonio amargamente—. ¡Eso es una deshonra para mí!

— ¡Ya basta! ¡Castiga a Octavio y endereza la situación!

— Pero si el culpable no es Octavio sino Fulvia... ¡Incluso ha reunido unas legiones contra él y ha acuñado sus propias monedas! Ya me imaginaba a la ardiente Fulvia.

— Lo está haciendo en tu nombre.

— ¡Eso es lo que tú crees! —replicó—. La verdadera razón de lo que ha hecho es su deseo de sacarme de Egipto. Está enojada contigo.

— ¿Reúne un ejército y pone en peligro tus intereses para arrancarte de mi lado? ¡Qué extraña suerte de lealtad!

— Tú no la conoces.

— Creo que sí.

Recordaba las historias que me habían contado sobre su sanguinario temperamento y su vengativo carácter.

— Será mejor que no averigües nada más ni te acerques demasiado a ella.

— ¡Divorciate! —le dije de repente. Me miró, escandalizado.

— ¿Cómo? —preguntó finalmente.

— Te está perjudicando —contesté, pensando en voz alta—. Es ambiciosa por ti y ha puesto los ojos en la pieza más codiciada. Ella se da cuenta, a diferencia de ti, del peligro que supone Octavio. Pero en este caso es un cero a la izquierda porque no te podrá ayudar a conseguir lo que debería ser tuyo. En cambio yo sí puedo.

Trató de tomarlo a broma.

— ¿Te me estás declarando?

— Junta tus fuerzas con las mías —dije—. Deja que te enseñe lo que yo te puedo ofrecer. No una legión aquí y allá reunida a toda prisa sino todo lo que necesitas para comprar cincuenta legiones, una flota entera de barcos, un ejército todo lo grande que tú quieras. —Apreté su fuerte y musculoso brazo—. Elévate hasta donde estás destinado a subir.

— Repito mi pregunta: ¿Te me estás declarando?

Me miró sonriendo, como si todo aquello fuera un simple juego amoroso.

— Sí —contesté—. Cásate conmigo, unamos nuestras fuerzas y yo jamás te traicionaré ni te abandonaré. Todo lo que tú quieras lo puedo depositar en tus manos.

— ¿Todo lo que yo quiera? No deseo más de lo que ya tengo.

— Pero corres peligro de perderlo —le puntalicé—. Para conservar lo que tienes, tendrás que aspirar a más.

— Yo no soy ningún César —dijo finalmente—. Lo que a él le hacía saltar el corazón de entusiasmo, a mí no me tienta. Si crees haber encontrado a un segundo César, tendré que decepcionarte.

— No es un segundo César lo que yo quiero sino un Antonio que pueda alcanzar el rango que se merece. No te conformes con menos de lo que el destino te tiene preparado.

— ¡Qué sublime suena todo eso! El destino. El rango. Muy noble. Siento que la sangre me hierve en las venas, pero yo tengo que ver lo que eso significa realmente.

— ¿Tanto te repugna una alianza conmigo?

Se echó a reír.

— ¿Cómo puedes decir eso?

— Porque parece que te echas hacia atrás, aunque yo sé que en realidad te sientes atraído. —Hice una pausa—. ¡Ten cuidado no vaya a ser que me alíe con Octavio! El no lo dudaría. Está ávido de gloria y es capaz de seguir cualquier camino con tal de alcanzarla.

— Confío en que sea una broma —dijo Antonio, alarmado.

— Yo jamás me podría casar con Octavio —le aseguré—, a no ser que me garantizara el mismo trato que a Claudia.

— No es probable. Sé que le gustas.

Jamás lo hubiera podido imaginar.

— ¿Cómo lo sabes?

— Lo intuí —contestó Antonio—. Y antes preferiría matarte que permitir que él satisficiera su curiosidad.

Su arrebató me pilló por sorpresa, tanto su afirmación a propósito de

Octavio como su afán posesivo.

— Pues entonces quédate conmigo. Legalmente —añadí.

— Semejante matrimonio no sería reconocido en Roma —dijo.

Sí, ya me lo habían dicho una vez. Pero lo tendrían que aceptar si él sólo tuviera una esposa.

— Te lo he ofrecido y lo has rechazado. —Me levanté e hice ademán de abandonar la estancia—. Confieso que me ha dolido un poco —añadí, simulando tomármelo a broma.

— No te rechazo, pero desde un punto de vista político...

— Lo sé. Nuestro reino mágico termina donde empieza la política.

Aquella noche me pasé tanto rato paseando arriba y abajo en mi habitación que Carmiana me preguntó con inquietud si quería un brebaje para dormir. Pero yo quería justamente lo contrario: algo que me avivara el ingenio y me despertara las ideas. Necesitaba pensar, pensar con más claridad de lo que jamás hubiera pensado anteriormente.

A Antonio se le ofrecía una oportunidad que a un hombre sólo se le presenta una vez en la vida, y no a todos los hombres sino únicamente a unos cuantos. A pesar de lo mucho que se había hablado de la buena suerte de César, si éste no hubiera tenido la audacia suficiente como para atraparla al vuelo se hubiera quedado sentado al borde del camino. Pero la atrapó, luchó con ella y nació un nuevo orden mundial. Ya no podíamos volver atrás.

Roma se había apoderado de Occidente y de una parte de Oriente. Era más fácil adueñarse de territorios vírgenes y primitivos como la Galla que de reinos cuya antigüedad se perdía en la noche de los tiempos: Babilonia, Siria, Arabia y Egipto, el más antiguo y fuerte de todos ellos. ¿Qué iba a hacer Roma con ellos? Jamás podrían ser romanos, hablar latín y pensar como los romanos. Y sin embargo yo sabía que eso era lo que Roma intentaría obligarles a hacer. Enviaría administradores, empadronadores, cobradores de impuestos y constructores de calzadas y acueductos, acabaría con todas las antiguas costumbres y destruiría todos los conocimientos que tan necesarios les hubieran sido para enfrentarse con la nueva era.

Alejandro se había guardado de hacerlo; en vez de ello había intentado forjar una nueva raza a partir de la antigua sin destruir nada y conservándolo todo intacto. César también se había guardado de hacerlo, y sus amplios puntos de vista habían sido en parte la causa de su muerte. Octavio era más estrecho de miras, más provinciano, y estaba enteramente centrado en Roma y en Italia. Si se impusieran sus criterios, Oriente moriría aplastado por las botas claveteadas de los soldados romanos que lo ocupaban.

¿Y Antonio? En muchos sentidos tenía los mismos amplios criterios de César. No tenía prejuicios contra las cosas por el simple hecho de que no fueran romanas. Su disfraz de Dioniso era contemplado con desdén en Roma, pero apreciado por sus súbditos orientales. Era sensible a sus puntos de vista y a sus

creencias; era el único romano dispuesto a prescindir de su toga. Ni siquiera César había llegado tan lejos.

Contemplé el parpadeo de la almenara del Faro. Teníamos tantas cosas, una historia tan gloriosa, todo el intelecto y el espíritu colectivo del mundo griego. No era posible que se estuviera apagando la estrella de nuestro país. Pero eso era justamente lo que ocurriría si se impusiera Octavio.

Ningún imperio podía ser gobernado por dos hombres. Al final uno de ellos siempre trataba de adueñarse del poder supremo. No me cabía duda de que Octavio lo haría, aunque iba a necesitar tiempo para consolidar su fuerza. Si la contienda hubiera tenido lugar en aquellos momentos, él la hubiera perdido.

Antonio estaba en mejores condiciones que él para seguir a César, teniéndome a mí como aliada. Lo que yo había dicho acerca de dos personas no se aplicaba a la situación de marido y mujer. Éstos podrían gobernar conjuntamente: yo representaría a los pueblos orientales y Antonio a los occidentales. Y nuestros hijos lo heredarían todo, como precursores de una nueva raza de ciudadanos internacionales.

Nuestros hijos... Acababa de darme cuenta de que tendría que haber un hijo, un hijo que llevara el manto de los dos mundos pero que no se sintiera atado a ninguno.

En aquellos momentos Antonio ocupaba el lugar más sobresaliente del mundo civilizado pues era el vengador de César, el vencedor de Filipos y el socio más antiguo de Octavio. Todo aquello estaba a su alcance. Y por el bien de todos los reinos que se encontraban bajo su protección era necesario que él asumiera el poder. Yo sería su fiel aliada, el equilibrio del peso romano en el otro platillo de la balanza. ¿Cómo era posible que no lograra hacérselo entender?

Me acosté en mi lecho y empecé a balancearme hacia delante y hacia atrás. Era un hombre demasiado modesto y demasiado empeñado en cumplir con su obligación con Octavio y el Triunvirato, que no tardaría ni tres años en expirar. Tres años en cuyo transcurso Octavio consolidaría sus ganancias y adquiriría más fuerza. Y entonces, ¿qué? La fuerza siempre se adquiere a costa de alguien. Octavio sólo podría ser más fuerte a costa de la debilidad de Antonio.

«¡Oh, Antonio —pensé—, despierta! Toma lo que la fortuna te ofrece, porque nunca lo ofrece dos veces.»

LAS alargadas sombras de la tarde cubrían oblicuamente el recinto del palacio cuando Antonio y yo regresamos de nuestra excursión. Bajo la guía de Epafrodito, me había pasado el día mostrándole a Antonio los inmensos tesoros de Egipto: los graneros reales para el almacenamiento del trigo y los productos del campo, las almazaras, la flota mercante y los almacenes de papiros, lana, sal y especias. Quería darle a conocer toda la estructura financiera de Egipto y mostrarle todas nuestras propiedades.

Había sido una jornada muy larga. Me di cuenta de que Antonio estaba perdiendo el interés. La concentración prolongada no era uno de sus puntos fuertes. Debía de estar deseando darse un buen baño y entregarse a algún festín, probablemente con los Incomparables. Pero yo todavía no había terminado pues aún tenía que enseñarle lo que a mi juicio sería el convincente remate de todo lo que le había mostrado aquel día. Y para ello necesitaba quedarme a solas con él y hacerle una de las más importantes peticiones que jamás hubiera hecho en mi vida.

Tomé su mano y le sugerí un paseo por los verdes prados que rodeaban los distintos edificios del recinto de palacio.

— Quiero enseñarte un edificio especial que estoy construyendo —le dije, guiándolo hacia él.

— ¡Ya basta de edificios! —se quejó en tono quejumbroso, echándose hacia atrás.

— ¡Por favor! ¡Éste es distinto!

— ¿Por qué? —preguntó sin la menor curiosidad.

— Porque es mi sepulcro, mi mausoleo. Está conectado con el templo de Isis, el que mira al mar...

— ¡Qué morboso! ¡Sólo tienes veintinueve años y ya te estás construyendo el sepulcro!

Me miró, horrorizado.

— Recuerda que estamos en Egipto. Las tumbas están de moda.

Me lo había empezado a construir a mi regreso a Egipto, cuando tras la muerte de César empecé a ser consciente de mi propia mortalidad.

Cogí su mano y tiré de él, pisando la fresca hierba en la que ya estaban empezando a brotar las primeras flores silvestres. Llegamos al soberbio edificio de mármol con sus altas gradas y su entrada de pulido pórfido rojo, flanqueada por unas esfinges. Aún no estaba terminado pues le faltaban el primer piso y el tejado.

— Tendrá unas puertas especiales que jamás se podrán volver a abrir —

dije—. Se deslizarán por un surco del marco y, una vez en su sitio, no se podrán mover.

— ¿Por qué me lo enseñas? —me preguntó, haciendo una mueca de desagrado.

— Porque quiero que veas en qué lugar yo permaneceré encerrada por toda la eternidad junto con mi tesoro personal... a no ser que se gaste en otro sitio. Eso lo deberás decidir tú. O se utiliza para un buen fin o aquí se quedará, encerrado para siempre.

— Yo no tengo nada que ver con eso.

— Ya lo creo que sí —le aseguré.

Era de noche, una fría noche sin luna. Habíamos disfrutado en privado de una larga y lánguida cena con todos sus platos preferidos. Habíamos tomado pescado especial de Alejandría a la parrilla, con salsa de damascos deshuesados, ligustros, vino con miel y el vinagre que tanto le gustaba. Después saboreamos unos gruesos granos de uva que se mantenían húmedos a lo largo de todo el invierno, sumergidos en agua de lluvia en el interior de jarras selladas, huevos cocidos sobre brasas de leña de manzano, natillas de miel y, como es natural, el suficiente vino de Quíos como para llenar un pequeño estanque. Nos sirvieron en la sala de mis aposentos que yo usaba para las cenas privadas, cuyas paredes estaban decoradas con incrustaciones de medias lunas de carey. Antonio permanecía recostado en uno de los triclinios y era la viva imagen de la satisfacción. Ahora era el momento.

Me levanté de mi triclinio y me acerqué al suyo, sentándome a su lado y entrelazando los dedos de mi mano con los de la suya. Con la otra mano le acaricié el cabello más por mí que por él, pues me encantaba la sensación de su espeso cabello contra mi piel.

— Quiero enseñarte una cosa —le dije en voz baja, pese a que nadie nos podía escuchar.

— Oh, no, ya basta —protestó—. Ya he visto suficiente por hoy.

Pero yo me aparté del triclinio y regresé con una caja adornada con incrustaciones de piedras preciosas y una cerradura de bronce. Hice girar la llave en la cerradura, abrí la tapa y le mostré el montón de joyas que contenía: perlas, esmeraldas y collares.

— Mete la mano aquí dentro —le pedí, cogiendo su mano e introduciéndola en la caja. Las piedras resbalaban entre sus dedos, y algunas cayeron al suelo cuando retiró la mano. No me agaché a recogerlas—. Tengo muchas más como éstas —dije—. Y grandes almacenes con maderas preciosas, marfil, plata y oro. Todo acabará conmigo en la tumba.

— ¿A no ser? —preguntó—. Porque no me enseñarías todo esto si ya tuvieras decidido, definitivamente y de una vez por todas, esconderlo.

— A no ser que yo pueda utilizar todos estos recursos para otro propósito

mejor —contesté.

— ¿Como qué?

— Deja que compre el mundo para los dos.

Soltó una carcajada.

— Pero si yo no quiero el mundo. Y aunque lo quisiera, tú no podrías comprarlo.

— Puedo comprar ejércitos, y los ejércitos pueden comprar el mundo... — Dejé la frase en el aire para que pensara en ello—. Imagínate, se acabarían todas las obligaciones y todas las discusiones con Octavio sobre esta o aquella legión o sobre quién se quedará con el barco tal o el barco cual. Todo podría ser tuyo.

— ¿Y cuál sería tu precio? Estoy seguro de que todo eso no lo ofrecerías gratuitamente.

Estaba empezando a hablar como un mercader, aunque no parecía demasiado ávido de tomar lo que yo le estaba ofreciendo.

— Me gustaría ocupar el lugar de Octavio —respondí finalmente.

Antonio se partió de risa.

— ¿Y ponerte sus sombreros para protegerse del sol y sus camisas de franela para abrigarse el pecho? El sol de verano es demasiado fuerte para él, y el frío invernal demasiado cruel, por eso se tiene que proteger antes de salir de casa. ¡Menuda pinta tiene!

— ¿Y este hombre te parece adecuado para gobernar todo el mundo? ¿Un hombrecillo que no puede enfrentarse ni con el sol ni con el viento? —Recordé la gruesa suela que llevaba en las sandalias para parecer más alto—. ¡Se cree el heredero de César, pero no lo es! Pero si tú lo permites, cada vez crecerá más, como ocurre con las setas en la oscuridad. Y cuando te despiertes te encontrarás derribado al suelo y arrancado de raíz mientras él florece. —Hice una pausa. Antonio me estaba escuchando atentamente—. Arráncalo ahora que todavía puedes, porque ten por seguro que él piensa hacer lo mismo contigo. —¿Estaba consiguiendo convencerle? Tenía que seguir adelante—. El mundo ya se encuentra bajo el yugo de Roma. Procura que la transición sea tranquila. Establece una alianza conmigo como esposa tuya. Yo puedo administrar Oriente mientras tú te encargas de Occidente. Alejandría ocupa una situación privilegiada para gobernar todo el Mediterráneo. Y disponemos de recursos, como ahora se dice.

— ¿O sea que el propósito de toda la exhibición era éste? —preguntó—. Ya sabía yo que no era una simple visita a los lugares de mayor interés. —Su voz tenía un tono siniestro—. Creo que lo planeaste todo desde el principio... A lo mejor tu visita a Tarso y mi traslado aquí también fueron una exhibición.

La cosa no estaba saliendo como yo quería.

— ¡No, eso no es cierto! Confieso que estaba orgullosa de Egipto, que quería enseñarte mi país y permanecer contigo un poco más. Pero no tenía

previsto lo que ocurriría cuando tú estuvieras aquí.

— Me atrajiste aquí, después de volverme loco con tus trucos, tus atuendos, tus perfumes, las lámparas y todo aquello. Te encantó burlarte de mí — me dijo en tono cortante—. Eso te hacía sentirte poderosa. Hubieras reaccionado exactamente de la misma manera si en lugar de ser yo hubiera sido Octavio. A ti lo que te gusta es seducir a los hombres, sin que te importen los medios.

¿Cómo se atrevía a insinuar que yo sería capaz de aceptar a cualquiera?
¡Octavio!

— En Tarso dijiste que no fue sólo por la cena en el barco, que era algo que se remontaba a mucho tiempo atrás —repliqué.

— Sí, porque tú siempre has procurado seducir a los hombres.

No pude por menos que echarme a reír.

— Pues el deseo surgió de tu interior. Cuando estaba en Roma pertenecía enteramente a César, y cuando tú viniste por primera vez a Alejandría yo sólo tenía catorce años y me preocupaba la supervivencia por encima de cualquier otra cosa. No andaba a la caza de hombres.

— ¡Quizá no puedes evitarlo, pero ése es el efecto que produces!

Ahora lo comprendía. Estaba celoso y quería que yo lo tranquilizara. ¡Qué frágiles eran los hombres! Sólo César estaba libre de aquella debilidad.

Alargué la mano para acariciarle el rostro, pero la apartó de un manotazo y permaneció sentado en el triclinio con la cara muy seria.

— Ahora pretendes que incumpla mi palabra. Juré respetar el Triunvirato — dijo—. Un hombre vale lo que su palabra.

— No, te he ofrecido mi vida y todo Egipto. ¿Lo desprecias? Yo soy Egipto, todas sus riquezas son mías, todas las palmeras y los escarceos del Nilo. Lo que hoy has visto es el último tesoro no saqueado de Oriente. Y yo te lo ofrezco a ti; jamás se ha ofrecido a nadie en la historia. Muchos generales han venido y han intentado apoderarse de él. Yo te lo ofrezco a ti gratuitamente, y, tú me insultas y gritas: «¡Oh, Octavio!» «¡Oh, el Triunvirato!» Pues bien, en una cosa sí tienes razón: si yo le hiciera alguna vez semejante ofrecimiento a Octavio, seguro que no sería tan necio como para volverme la espalda. Tu precioso Triunvirato desaparecería en un abrir y cerrar de ojos si por él fuera. —Hice una pausa para recuperar el resuello—. Así que eres un necio, y no por haber venido aquí sino por rechazar mi ofrecimiento.

— ¿O sea que soy un necio? ¿Eso es lo que piensas de mí? Bueno, pues me queda el suficiente sentido común como para no caer en la trampa que me has tendido, una trampa que es contraria al más mínimo sentido del honor. No, no quiero ser tu aliado, no quebrantaré mi palabra.

En aquel momento no supe qué hacer, porque aún no le había hecho una revelación: sabía con toda certeza que estaba embarazada. Si se lo dijera, tal vez reconsiderara su decisión.

Pero al contemplar sus inquietos ojos rebosantes de desprecio, comprendí que no se lo podría decir. Había rechazado mi ofrecimiento, había insultado mi honor y me había lanzado unas duras acusaciones. ¿Y ahora tenía que decirle: «Ah, por cierto...»? ¡No, nunca!

Fue la peor decisión que jamás hubiera tomado pues nos hizo mucho daño a los dos. Pero para las mujeres, un momentáneo orgullo también puede ser la mayor tentación. Por eso apreté los labios y me aparté de él. Cogí el joyero y, procurando contener mi indignación, abandoné la estancia con los hombros muy echados hacia atrás.

Como es natural, más tarde Antonio se presentó en mis aposentos, arrepentido. Llamó a la puerta y me suplicó que le permitiera entrar. Me abrazó, apoyó la cabeza en mi regazo y casi estuvo a punto de echarse a llorar, diciéndome que no había querido ofenderme. Pero un poco sí debió de quererlo pues de lo contrario las palabras no le habrían brotado tan espontáneamente de la boca. Era un revoltijo de celos y confusión, y tenía un extraño sentido del honor. No tenía el menor reparo en traicionar a su mujer, pero se echaba hacia atrás horrorizado ante la idea de traicionar a Octavio.

— ¡Perdóname, perdóname, te lo suplico! —gritó, abrazándome y hundiendo el rostro contra mis muslos y mi vientre—. Es que... es que...

Le acaricié el cabello, sintiéndome extrañamente distante. Me había hecho mucho daño con sus acusaciones. Me dolía que pudiera pensar tales cosas de mí, aunque fuera en lo más hondo de su mente.

— Tranquilo, tranquilo —oí que le decía mecánicamente—. No te preocupes.

— ¡Sí me preocupo! —Su voz sonaba atormentada—. No sé qué me ha pasado, no quería decir eso. ¡Tú sabes que te quiero!

— Sí, claro —dije con voz todavía distante, pero quería tranquilizarlo—. ¡No pienses más en eso!

— ¡Debes creerme!

— Pues claro que te creo.

Todo aquello me parecía horrible. Estaba deseando que se fuera.

Se puso en pie y me besó, pero me di cuenta de que ni siquiera me apetecía que me tocara. Sin embargo, tampoco lo rechacé. Eso hubiera agravado la situación y confirmado ulteriormente sus sospechas.

— Demuéstrame que es verdad —me estaba diciendo.

Sabía lo que quería. No habría escapatoria, tendría que aguantarlo.

— Sí, claro —dije, tomando su mano y acompañándolo a mi lecho, su lugar preferido.

Fue un amante desquiciado por su tormento, su remordimiento y sus celos. Por regla general, la experiencia solía ser extremadamente satisfactoria, pero yo

me mantuve al margen, por así decirlo. No quise gozar con nada porque mi dolor era demasiado profundo como para que pudiera borrarse con unos cuantos besos y caricias.

Cuando al final se fue, me di la vuelta en la cama y, mientras contemplaba su espalda alejándose hacia la puerta, pensé: «Esta noche has despreciado el mundo.»

APARENTEMENTE, las cosas siguieron como siempre. La visita a mi dormitorio pareció tranquilizar a Antonio, que volvió a ser el mismo, riéndose, bebiendo y jugando con los Incomparables. Suponía que yo también estaba tranquila y me sentía feliz. Las cosas que nos dijimos aquella noche jamás se volvieron a mencionar.

Seguíamos recibiendo informes del mundo exterior y él no tenía más remedio que darse por enterado. Bien entrada la noche, cuando regresaba de sus jornadas de placer y diversión, los leía solo en el silencio de su habitación. Yo veía las luces encendidas y comprendía que estaba preocupado por las noticias. A veces acudía a mí y pasaba el resto de la noche conmigo, pero nunca me mencionaba el contenido de las cartas que recibía. Yo tenía sin embargo mis propias fuentes de información y sabía muy bien que el mundo romano andaba muy revuelto. Perusa había caído, y Octavio había castigado sin piedad a los que se habían rebelado contra «la autoridad del Triunvirato». Centenares de personas habían sido ejecutadas, y la antigua ciudad de Perusa había quedado reducida a cenizas. Lucio había sido capturado, pero Fulvia había logrado escapar junto con el general de Antonio Munacio Planco. Nadie sabía adonde pensaban ir.

Entretanto, Antonio seguía practicando con las armas —una buena señal— y enviando cartas.

Aunque estaba firmemente decidida a no hablar de la noche en que tan amargamente nos habíamos peleado, las palabras no se borraban de mi mente. Seguía dándoles vueltas pero no decía nada.

Una tarde yo estaba casualmente presente cuando se recibió una carta para él. Antonio la abrió, pues hubiera sido demasiado embarazoso negarse a leerla delante de mí. La cortesía exigía que me la dejara leer. Estaba claro que no hubiera deseado hacerlo, pero no tuvo más remedio.

Era una propuesta de Sexto Pompeyo, ofreciendo aliarse con él contra Octavio.

«Ofrezco protección a todos los que huyan del tirano —decía—. Tu nobilísima madre Julia, Tiberio Nerón, su mujer Livia y su hijito Tiberio han tenido que buscar mi protección, junto con muchos de los más antiguos nombres de Roma. No desean hincar la rodilla delante de este muchacho, este muchacho que se cree un gobernante y que se hace llamar hijo de César. En tu ausencia ha cometido muchas ilegalidades. Alíate conmigo, une tu suerte a la mía y juntos libraremos a Roma de esta amenaza.»

Me guardé mucho de mostrarme de acuerdo y me limité a devolverle la carta a Antonio.

— Veo que todo el mundo se quiere aliar contigo —le dije jovialmente.

— No es el único que se ha puesto en contacto conmigo —me confesó—. Lépido también lo ha hecho.

— ¿Un noble triunviro como él tanteando a uno de sus compañeros? —Me temo que no pude evitar un ligero tono burlón—. ¿Cómo se le habrá ocurrido?

Antonio se encogió de hombros.

— Nunca ha sido de fiar. Un día dice una cosa y otro dice otra. —Se levantó—. Ven, luce un sol espléndido. Creo que el invierno ya ha terminado. Vamos a gozar de este día.

¡Oh, Antonio! Estaba sometido a una enorme tensión y parecía incapaz de emprender la más mínima acción, aparte los ejercicios y las diversiones. Era como si esperara que los conflictos se resolvieran por sí solos en su ausencia, para de este modo no tener que tomar él ninguna decisión. Era como si estuviera diciendo: «Despeñadme cuando todo haya terminado.» Su comportamiento estaba tan alejado de lo que César hubiera hecho que yo me sentía casi al borde de la desesperación.

Mientras esperaba su visita aquella noche —pues ya no me atrevía a acostarme temprano por si a él se le ocurría visitarme repentinamente— vi las luces encendidas de su habitación en el cercano edificio. ¿Estaría repasando sus documentos, examinando mapas?, ¿escribiendo cartas?, ¿tomando alguna decisión? ¡Oh, Isis, haz que emprenda alguna acción!

Salí a la terraza, donde ardían dos antorchas cuyas llamas se agitaban bajo el azote de la brisa marina. Eso es lo que ocurre cuando se ama a un hombre normal con todos los defectos y las debilidades de los hombres mortales, pensé. Es posible que lo más duro que tuviera que aprender después de la muerte de César fuera amar a un hombre con defectos. El anormal era César, que me había dejado incapacitada para querer a cualquier otro hombre.

Yo también tenía mis defectos, debilidades y caprichos, pero siempre esperaba que mi compañero no los tuviera. César me había legado una enorme carga de expectativas, algo más que el medallón de su familia que me había pedido que llevara durante toda la vida. Su imagen era la del hombre decidido y fuerte que jamás comete errores. Eso hacía que cualquier sucesor lo tuviera muy difícil, e incluso hacía imposible que hubiera un sucesor.

Mi corazón voló hacia el hombre sentado bajo las luces que se veían en la ventana de Antonio. Ciertamente que era un hombre con muchos defectos, pero por lo menos no les echaba en cara sus defectos a los demás. Nunca tuve la sensación de haberle decepcionado o de no haber estado a la altura de algo, ¿y eso no era ya un gran regalo de por sí? César me había hecho sentir muchas veces mis fallos y mi incapacidad de estar a su altura. Las luces se estaban apagando. Debía de estar preparándose para acostarse. Era tarde. Ahora yo podría dormir.

De pronto vi una figura abandonando el edificio, y por su manera de andar comprendí que era Antonio. Me asomé desde mi terraza y agité un pañuelo para llamar su atención.

Se dirigía a mi edificio, pero se detuvo al ver mi pañuelo. Le indiqué por señas que iba a bajar. Me cubrí los hombros con el pañuelo y, bajé para reunirme con él en el prado de abajo, en medio del viento nocturno.

Lo abracé, contenta de poder estar a solas con él. Siempre nos hallábamos rodeados de gente, ahora que el mundo había vuelto a Alejandría.

— Trabajas hasta muy tarde —le comenté.

Lanzó un suspiro.

— No podré descansar hasta que reconozca lo que tengo que hacer, irme de aquí. —Resultaba un poco difícil oír sus palabras sobre el trasfondo del rumor del mar y del viento—. Pero yo no quiero irme.

— Sí, lo sé.

Recordé que César había tomado su armadura y se había ido a toda prisa sin aguardar tan siquiera a que naciera Cesarión. Sí, eran hombres completamente distintos. «No soy un segundo César», había dicho Antonio. Lo quería subrayar. Y por más admirable que fuera el hecho de que nada pudiera apartar a César de sus obligaciones, más conmovedor resultaba que alguien quisiera quedarse.

— Y yo tampoco quiero que te vayas.

Tomó mi rostro entre sus manos.

— ¿De veras? Me han asaltado las dudas... desde...

— Fue una riña de enamorados —me apresuré a decir—. Y debes saber que soy tu amante y tu más ardiente partidaria. —«Dejémoslo así —pensé—. No es necesario decir nada sobre lo demás, Octavio, Fulvia, los ejércitos, Sexto, ni siquiera sobre el hijo.»— Si fuéramos unos simples ciudadanos, un hombre y una mujer, me gustaría retenerte aquí para siempre, pero al parecer la techumbre del mundo se está derrumbando y tienes que ir a apuntalarla.

Sin darnos cuenta nos habíamos dirigido al mausoleo. Cuando ya estábamos cerca, Antonio soltó un gruñido.

— ¡No vayamos a esta tumba!

— Podemos sentarnos en los peldaños —le tranquilicé—. Ven, nadie te hará daño.

— ¡Me niego a entrar en una tumba! Temo que sea un mal presagio.

— No tenemos por qué entrar. —En realidad, yo no tenía ninguna intención de entrar, dentro estaba muy oscuro—. Nos podemos sentar aquí.

Al sentarme di unas palmadas al peldaño, y me pareció que una extraña frialdad emanaba del interior del edificio.

Nos sentamos uno junto al otro y él tomó mi mano como un tímido colegial, estrujándola una y otra vez como si quisiera ponerme un anillo.

— Tengo que irme —dijo muy despacio, como si finalmente lo hubiera

aceptado—. Los acontecimientos del mundo exterior me llaman. Tal como tú sabes muy bien, iré a Tiro y comprobaré directamente qué ha ocurrido con los partos. Y después... no sé, dependerá de lo que descubra. Pero lo que sí haré será regresar contigo. No podría irme si pensara que es una despedida.

Bonitas palabras. Pero ¿de qué manera podría regresar? No había ninguna razón para que regresara a Egipto. No éramos rebeldes ni enemigos y tampoco estábamos cerca de rebeldes ni de enemigos, por consiguiente no podíamos servir de base de operaciones. Y lo más probable era que la próxima vez lo acompañara Fulvia.

— Si hay algún medio para nosotros, lo encontraré —me aseguró—. Nunca pienses que te dejo porque me he cansado de ti, porque tal cosa sería imposible. —Hizo una pausa—. Y tampoco lo hago porque busco a otra.

Pues entonces, ¿por qué no se divorciaba de Fulvia? Quizá porque tenía miedo, pues entonces no habría tenido ninguna excusa para comportarse de otra manera. En realidad ella podía actuar en su nombre y provocar levantamientos, y él hubiera podido limitarse a ser un enigmático testigo. Divorciándose de ella y casándose conmigo se hubieran terminado todas las ambigüedades a los ojos del mundo. Pero a lo mejor la ambigüedad era lo que más le interesaba, pues le concedía libertad de elección. Marco Antonio era un hombre muy poco aficionado a tomar decisiones definitivas.

— Pues entonces vamos a vivir una última noche juntos —dije levantándome.

Era la primera vez desde nuestra pelea que lo volvía a desear. Tomé su mano y regresamos a mis aposentos, cruzando muy despacio el prado. Le perdoné por ser humano, y creo que al hacerlo así, también yo me volví un poco más humana.

La cámara nos estaba esperando, delicadamente perfumada por los humeantes pebeteros que había sobre las mesas. El viento penetraba a través de las ventanas y el murmullo del mar que teníamos a nuestros pies sonaba como una música antigua.

— Sólo hay un recuerdo que deberás llevarte —le dije, tendiéndome en mi lecho y atrayéndole hacia mí. Su cuerpo era compacto y espléndido. Oh, ¿por qué no será ésta la respuesta a toda nuestra angustia y soledad? Es nuestro máximo momento en la tierra. La pena es que sólo sea un momento.

Todo lo que hicimos estuvo teñido con la conciencia de que era una despedida. Lo estreché con fuerza y gocé de todo lo que hicimos, pero lo percibí como un recuerdo mientras estaba ocurriendo, un recuerdo brumoso y teñido de tristeza.

Me alegraba de que se fuera. Mi cuerpo empezaría a cambiar muy pronto, y él se hubiera dado cuenta. Entonces yo hubiera perdido la libertad de decir o no decir, de hacer o no hacer. A lo mejor la ambigüedad me gustaba tanto como a él. César no lo hubiera aprobado, pero César ya no estaba. Me di cuenta con asombro de que en este sentido quizá yo me parecía más a Antonio que a César.

TRAS tomar la decisión, Antonio actuó con rapidez e inmediatamente empezó a organizar la partida. Zarparía con un pequeño contingente de guardias personales directamente hacia Tiro. Había ordenado por adelantado que empezara a prepararse su flota recién construida, integrada por doscientos barcos, aunque no sabía muy bien para qué. En el palacio había un aire de actividad tal que parecía una brisa de primavera penetrando a través de las ventanas. Los mantos, las lanzas, los mensajes, las velas, todo se agitaba por doquier en medio del fragor de las armas que los hombres estaban recogiendo.

Compareció ante mi presencia para despedirse. Lo acompañaba su guardia, de pie en el centro de la gran sala de las audiencias. Era un acto público, y de repente él me pareció muy romano.

Lo miré. A mi lado se encontraba Cesarión. Sabía que su partida iba a ser muy dura para mi hijo, que se había acostumbrado a tener en él una fuente de diversión y un guía. Rodeé con mi brazo sus delicados hombros, que ya me llegaban hacia la mitad de las costillas. Aquel verano cumpliría siete años.

— Vengo para despedirme —dijo Antonio—. Sería imposible pagar tu hospitalidad, pero no tengo palabras para expresar mi gratitud.

— Que todos los dioses te acompañen y te concedan una buena travesía —contesté, pronunciando la antigua y repetida fórmula, cuando lo que yo hubiera querido decir era: «Te quiero porque tu honor te obliga a marcharte, pero recuerda mis palabras y mis advertencias.»

Inclinó la cabeza y me dijo, obedeciendo a un repentino impulso:

— Ven a ver el puerto conmigo, ven a contemplar mis barcos.

Me tendió la mano, rompiendo el protocolo de la despedida, y yo se la cogí. Juntos cruzamos el inmenso vestíbulo y salimos al pórtico, donde la claridad del mar me azotó los ojos. Los restantes miembros del grupo nos siguieron.

Por un instante volvimos a ser nosotros mismos.

— Eso no es una despedida sino una breve separación —me susurró Antonio al oído.

Su cálido aliento despertaba miles de recuerdos junto con el deseo que los había acompañado.

— El deber es el hijo de los dioses —contesté—. Y ahora le tenemos que rendir homenaje.

Solté su mano para evitar retenerlo, atrayéndolo de nuevo hacia mí.

Las velas de los barcos, blancas como la espuma del mar, se fueron haciendo cada vez más pequeñas hasta desaparecer en el horizonte oriental.

Desde mi ventana vi cómo las naves rodeaban el Faro para adentrarse en el mar abierto. Cesarión contemplaba el espectáculo a mi lado.

— Ahora están rodeando el Faro... ahora ya deben de estar a punto de llegar a Canopo... ahora ya se han ido.

Su voz sonaba débil y triste. El juego del espectáculo lo había entretenido durante un rato, pero ahora el último juego de Antonio ya había terminado.

Lanzó un suspiro, se apartó de la ventana y fue a sentarse a la mesa donde le esperaba un inacabado juego de tablero.

— ¿Cuándo volverá? —preguntó.

— No lo sé —respondí. «Nunca», pensé—. Tiene que preparar una guerra y después no sabemos lo que ocurrirá.

Su presencia había llenado el palacio y toda Alejandría, o eso parecía al menos, y ahora el palacio lo llamaba a gritos. Ya existía mucho antes de que él llegara, naturalmente, pero ahora parecía que fuera especialmente suyo, como si él le hubiera dejado grabada su marca. No vivía en mis aposentos, pero ellos y yo sentíamos su ausencia y éramos más pobres sin él.

Vagaba por las desiertas estancias y acariciaba todos los lugares vacíos, guardándolos en mi mente y doblándolos con tanto cuidado como un soldado romano doblaba su tienda cada mañana. Todo había terminado. Antonio se había ido tras haber rechazado mi ofrecimiento de alianza personal y política, se había ido a combatir sus propias batallas en una fase distinta, y ahora sus batallas eran suyas y no mías.

Pero no todo había terminado, claro. Quedaba el legado del encuentro de Tarso, las largas y ardientes noches de invierno en Alejandría.

Carmiana lo sabía o lo adivinaba, ella que también luchaba contra su propia tristeza por la partida de Flavio. Una silenciosa noche en que me acababa de cepillar el cabello y estaba doblando mi túnica, se limitó a decir:

— O sea que a pesar de todo se ha ido.

— No lo sabe.

Era un alivio poder hablar de mi secreto con alguien, expresar por lo menos con palabras aquel hecho tan importante. Ni siquiera le pregunté: «¿Cómo lo sabes?»

— ¿No se lo has dicho? —me preguntó en tono de incredulidad—. ¿Te parece que has obrado bien no diciéndole nada?

— Pensé que sí. Pensé que hubiera sido injusto decírselo.

— ¿Y por qué tiene que ser injusta la verdad? —me preguntó—. ¿De qué querías protegerle?

— No lo sé —contesté—. Pensé más bien que me estaba protegiendo a mí. Carmiana sacudió la cabeza.

— Pues no, has hecho justo todo lo contrario. Te has hecho daño. Dirán... ¡Oh, no soporto pensar en lo que dirán de ti!

— No me importa —contesté, pero no era del todo cierto. No quería hacer el ridículo o inspirar compasión, sobre todo esto último—. Y al hablar en plural, ¿a quién te refieres? ¿A mis súbditos? ¿A los romanos? ¿A Fulvia?

Bueno, ya había vuelto a mencionar a Fulvia.

— ¡Pues a todos en general, a cualquiera de ellos! Te juzgarán, se reirán, te lapidarán.

— Eso lo hacen en Judea. Los griegos y los egipcios no lapidan a nadie — le recordé—. Además, puede que eso les convenza de que Antonio es más cesarino que Octavio, puesto que ha seguido sus pasos.

Me parecía una situación muy graciosa.

Carmiana soltó una sonora carcajada.

— No creo que hayan sido precisamente los pasos de César lo que haya seguido.

Ahora nos reímos las dos. Al final Carmiana me dijo con la cara muy seria:

— No creo que a Antonio le molestara tener un hijo que fuera hermanastro del de César.

No, siempre y cuando lo supiera aprovechar, pensé, cosa que no era probable que hiciera. Era su mayor honor y también su mayor debilidad.

Unos días después me sentí obligada a decírselo a Olimpo; tal vez pensé que, diciéndoselo a otro hombre, compensaría el hecho de no habérselo dicho a Antonio. Su reacción fue más vehemente de lo que yo esperaba.

— ¿Es que no tienes juicio? —me preguntó, levantando la voz—. ¿Qué...?

Abrí la caja en la que guardaba su inoportuno regalo de cumpleaños y le devolví el frasco en silencio.

— Veo que está intacto —dijo, examinándolo. Parecía tan tremendamente irritado como un progenitor con un hijo travieso. Dejó el frasco en el suelo y cruzó los brazos como si esperara mi confesión—. ¿Y bien? —preguntó, golpeando el suelo con el pie.

— Tú y Mardo siempre me decíais que tenía que dar más herederos al trono, y eso es lo que he intentado hacer.

Le miré sonriendo, pero él no se ablandó.

— Oh, mi querida Reina y amiga —dijo en tono quejumbroso—. ¡Eso es terrible, terrible! La primera vez el mundo miró para el otro lado con todo aquel galimatías que os inventasteis de Isis y Amón. Los dioses saben que César siempre se salía con la suya en todo lo que hacía, pero eso es distinto. Antonio no es César...

Eso mismo había dicho el propio Antonio.

— Olimpo...

Me conmovía verle tan profundamente afectado; era consolador saber que alguien se preocupaba por mí.

— ... Antonio no es César y el mundo será duro con él. Además, a diferencia de César, tiene muchos hijos. Tú no le haces ningún regalo especial, algo que jamás le haya hecho nadie. Por cierto, ¿cuántos hijos tiene?

Tuve que contarlos. Tenía por lo menos uno de su primer matrimonio con su prima Antonia y dos con Fulvia.

— Tres que yo sepa —contesté.

— ¿Lo ves? Y en cuanto vuelva a ver a Fulvia le hará otro.

La idea me resultaba dolorosa, porque seguramente era verdad. No se me ocurría ninguna respuesta razonable.

— Siéntate aquí —me dijo Olimpo, sabiendo muy bien que no tenía derecho a darme ninguna orden. Yo era su reina, su amiga y su paciente, por este orden, pero ahora lo de paciente ocupó el primer lugar. Después se sentó delante de mí con su rostro moreno y alargado contraído en una mueca de preocupación—. ¿Quién más lo sabe?

— Sólo Carmiana —contesté—, porque lo ha adivinado. Tú eres la única persona a quien se lo he dicho.

— ¿Antonio no sabe nada? —se apresuró a preguntarme.

— No.

— ¿Y no lo sospecha?

— No.

— Muy bien. Aún es muy pronto, pues de lo contrario lo hubiera sabido. Presta atención. Tienes que librarte de él. Aún tenemos tiempo... gracias sean dadas a los dioses.

— Pero yo...

— Escucha por lo menos mis argumentos, y esta noche medita mis palabras. Tengo un elixir que da resultado si se usa durante los primeros días. No te hará daño. Nadie se tendrá que enterar. Desaparecerá como Antonio.

Sus palabras me mortificaron porque eran verdad.

— Piénsalo bien. Pregúntate por qué te quieres castigar pasando por una situación por la que no estás obligada a pasar. ¿No te parece suficientemente doloroso haber sido abandonada de esta manera, para que, además, tengas que cargar con un bastardo?

Volvió a levantarse sin pedirme permiso. Yo me limité a mirarle sin decir nada.

— Volveré después de la cena. Prepárate para acostarte temprano. Envía a

Carmiana a algún recado para que puedas estar sola.

— Pareces un amante —le comenté con un hilillo de voz.

— No, soy la persona que tiene que deshacer lo que ha hecho el amante. Yo limpio la basura que dejan los demás.

Como una sonámbula, hice lo que me había dicho. Me resultaba extrañamente consolador recibir órdenes y hacer exactamente lo que me mandaban. Estaba cansada de la carga de tomar decisiones, de organizar los acontecimientos, de guiar, divertir y engatusar a Antonio. ¡Qué cómodo resultaba dejarse guiar y verse libre de las responsabilidades! Esperé en mi cámara, vestida con una sencilla camisa de dormir y una manteleta encima. Carmiana me había cepillado el cabello y me había frotado las manos con crema de almendras y los pies con agua de menta. Había dejado tres lamparitas encendidas y había abierto mi ventana preferida, la que daba a los jardines de palacio. Después se había retirado, creyendo abandonarme a una dulce noche de descanso.

Al poco rato, se presentó Olimpo de repente, como un silencioso visitante. Llevaba algo envuelto en un lienzo. A través del cristal de color verde mar vi que el contenido también era de color verde. Incliné el frasco y observé que el espeso líquido se desplazaba hacia un lado.

— Éste es tu amigo —dijo Olimpo—. Un amigo que abrirá la puerta de tu prisión y te permitirá recuperar la libertad.

— ¿Qué tengo que hacer? —pregunté.

Me parecía increíble que una cantidad de medicina tan exigua pudiera ser tan poderosa.

— Cuando yo me retire, bébetelo todo. Cubre la cama con estos lienzos. — Me entregó un cesto. Dentro vi unos lienzos doblados—. Tiéndete y espera. No será doloroso... Después recoge los lienzos y escóndelos. Yo regresaré en cuanto amanezca y me los llevaré antes de que entren Carmiana o Iras.

Tomé el cesto y me acerqué a la cama con él.

— No lo olvides —me dijo Olimpo—. Mañana por la noche todo eso no será más que un recuerdo. Pertenece al pasado. Ten valor.

— Tomó mi mano—. Tienes la mano muy fría. ¿Tan difícil es para ti?

Tragué saliva y asentí con la cabeza.

Mi mano parecía de hielo en la suya tan cálida.

— La mayoría de la gente no tiene la oportunidad de deshacer sus errores —dijo—. Casi todas nuestras equivocaciones se quedan con nosotros, y tenemos que pagar las consecuencias. De éstos cometeremos muchos... tú y yo. Pero éste no tiene por qué ser uno de ellos. —Después me apretó la mano y añadió—: Por favor, no tengas miedo. —Hizo una pausa—. Regresaré dentro de muy pocas horas, te lo prometo. —Vaciló una vez más—. No es fácil para mí romper mi juramento de médico y darte esto. No es fácil para ninguno de los dos. Pero se tiene que hacer.

Cuando se retiró tan silenciosamente como había venido, me quedé estúpidamente de pie, al lado de la cama. ¿Por qué no podía Olimpo permanecer a mi lado? No podía hacerlo si queríamos que aquel hecho se borrara por completo. Era algo que se tenía que hacer sin testigos.

Extendí los gruesos lienzos sobre la cama y me froté las manos con toda la fuerza que pude, nieve contra nieve. Hasta la nariz me notaba fría. Me toqué la punta y la sentí como una piedra en invierno. Toda la sangre había huido de mis extremidades, como si ya hubiera tomado el elixir.

Lo sostuve delante de la lámpara para examinarlo al trasluz. ¿Por qué todas las sustancias medicinales eran de color verde? Recordé el brebaje que había bebido en Canopo. A lo mejor había sido la causa de la situación que ahora exigía un antídoto... Un brebaje verde para contrarrestar los efectos de otro. Me estremecí.

«No lo tomes —me dije—. Un día sucederá a otro día, tú te pondrás cada vez más gorda y todo el mundo sabrá que Antonio estuvo en Alejandría, se lo pasó muy bien contigo y dejó un bastardo, un bastardo que será motivo de burla en Roma y de comentarios despectivos por parte de Octavio. “Otra amante abandonada como Glafira”, dirán.»

«Incluso dejará en mal lugar a César. Todos pensarán: “Antonio usó a la viuda de César para divertirse, pero después la dejó. Lo que era bueno para César fue una insignificancia para Antonio.”» ¿Qué se podría pensar de César? Yo, que había prometido reverenciar su memoria por encima de todas las cosas, la había deshonrado. Antonio había usurpado su lugar y después lo había pisoteado. Y yo lo había permitido. Eso dirían.

Tomé el frasco y lo destapé. «Eso es lo menos que puedo hacer para reparar el error —pensé desesperada—. ¡Perdóname, César! No es lo que el mundo podría pensar. Tú lo sabes, pero los demás no. Sólo hay una manera para impedir esta deshonra. No te fallaré por segunda vez.»

Mientras me acercaba el frasco a la boca y percibía la suavidad del borde de cristal, intuí la presencia de algo o de alguien a mi lado. Fue suficiente para hacerme dudar. Aparté el frasco temblando y lo deposité sobre la mesa. ¿En qué estaba pensando?

Me eché hacia atrás. ¿Por qué no se me había ocurrido ningún argumento en contra antes de tragármelo? Era como si tuviera la mente paralizada y estuviera obedeciendo ciegamente las sugerencias de Olimpo, tan racionales y convincentes.

Sólo que estas sugerencias no tenían en cuenta el hecho más importante. Con independencia de cualquier otra cosa —los demás hijos de Antonio, Fulvia, Roma, Octavio, César, la bastardía, el ridículo—, los dioses e Isis, la gran diosa— madre, me habían dado un hijo. Yo era su madre, y todas las demás consideraciones carecían de importancia al lado de aquel hecho. De la misma manera que Cesarión había sido un motivo de alegría para mí, también éste lo sería. Lo que hubiera ocurrido con sus progenitores no venía prácticamente a

cuento, o más bien era una cuestión completamente distinta. Lo uno no podía borrar lo otro. Caí llorando en la cama, pensando que había estado a punto de cometer el único error que se hubiera podido llevar a cabo en aquel caso. Un error que jamás se hubiera podido deshacer a pesar de las palabras de Olimpo.

A lo mejor Isis había acudido en mi ayuda.

Aparté los lienzos y me tendí en la cama. Se me habían vuelto a calentar las manos y me quedé dormida con una profunda sensación de alivio.

Al despertar vi a Olimpo inclinado sobre mí. Me señaló los lienzos que había recogido y los introdujo en el cesto. Me rozó tiernamente la mano y me miró con orgullo. De pronto vio el frasco lleno encima de la mesa y la expresión de su rostro cambió de golpe.

— Veo que no lo has querido hacer —me dijo con tristeza.

— No he podido —contesté en un susurro—. Y no he querido.

— Te dije que no tuvieras miedo.

— No he tenido miedo —le aseguré—. Pero es que... es difícil de explicar... amo a este niño... aunque no conozca todavía su rostro ni su nombre.

Sacudió la cabeza.

— Tienes razón. No lo puedes explicar, al menos, de una forma coherente.

Derrotado, tomó el frasco y el cesto y se retiró. Aún no había amanecido. Cuando entró Iras y me dio alegremente los buenos días, toda la noche me pareció un sueño.

Quizá fue César quien vino a mí diciéndome: «No me protejas a tu costa. No lo permitiré.» O quizá fue el propio niño, pidiéndome ayuda. O a lo mejor fue simplemente mi sentido común. Jamás lo podría saber.

Permanecí tendida en la cama con una profunda sensación de debilidad. Iras estaba hablando del tiempo y preguntándose si el día sería bueno para comer en la terraza.

— Iras —le dije finalmente—, aún me siento muy cansada. Voy a seguir descansando un ratito.

Me cubrí la cabeza con la colcha para que no me molestara la luz.

Los días iban pasando. No me apetecía llamar a Olimpo ni pedirle su brebaje; al contrario, experimentaba una gran sensación de alivio. No hacía más que pensar en lo que hubiera sentido si lo hubiera tomado. «Mañana por la noche todo eso no será más que un recuerdo. Pertenece al pasado.» Me alegré de que aquello que todavía tenía no fuera un recuerdo sino algo que aún estaba en mi futuro, algo que estaba viniendo hacia mí.

Recibía noticias dispersas. Antonio había llegado a Tiro. Desde allí había zarpado rumbo a Rodas y después a Éfeso. Se había detenido el avance de los partos al este de aquel lugar. Todo lo demás lo conservaban todavía en su poder, incluida la ciudad de Tarso, el más reciente lugar de recreo de Antonio. Me

pregunté qué habría ocurrido con el nuevo Gymnasion, el orgulloso símbolo de la vida griega. Estas pequeñas preocupaciones acuden a nuestra mente en medio de otras más importantes.

Desde Éfeso, Antonio había zarpado rumbo a Atenas, donde tenía previsto reunir las legiones de Macedonia. Pero las legiones estaban ocupadas repeliendo los ataques del norte, y por tal motivo tendría que llamar a sus legiones estacionadas en la lejana Galia para que se desplazaran a Oriente, lo cual llevaría meses.

En Atenas le esperaba su general Munacio Planco y su otro general, su esposa Fulvia. Traté de imaginarme el reencuentro entre ambos pero no pude, tal vez porque no deseaba verlo en mi mente. Pero Mardo recibió una larga carta de uno de sus informadores e inmediatamente corrió a enseñármela.

— Mira, mira, son noticias de Atenas —dijo, entregándomela—. Puedes fiarte del autor de la carta. Fue uno de mis compañeros de estudios de la escuela de palacio y escribe muy bien.

Tomé la carta medio a regañadientes y la leí. Ahora que la tenía, ¿me apetecía saberlo?

«Mi muy apreciado Mardo, saludos...» etc. Pasé por alto los comentarios de tipo personal.

La llegada del triunviro Antonio ha causado aquí un gran revuelo, pues todo el mundo está deseoso de ver lo que hará. Todos sabíamos lo que él acaba de descubrir: que su compañero de Triunvirato Octavio se ha llevado las legiones de la Galia tras la oportuna muerte de su comandante Caleño, amigo de Antonio. O sea que acaba de perder once legiones, y no precisamente a manos de los partos. El general Planco y Fulvia confiaban en que sus esfuerzos en favor de Antonio tuvieran una mejor recompensa, pero él no sólo no se lo ha agradecido sino que al parecer (a juzgar por lo que se cuenta) los ha culpado de sus dificultades.

Aparté momentáneamente la carta a un lado.

— ¡Pero si la causa de todas sus dificultades es Octavio! —dije en voz alta.

Mardo se limitó a encogerse de hombros.

Sexto ha enviado representantes, entre ellos su propio suegro, para negociar con Antonio, ofreciéndole una alianza, y la madre de Antonio acaba de llegar y está abogando en favor de Sexto. Se refugió junto a él en las recientes contiendas y ello provocó un gran malestar en Italia.

Antonio se negó a considerar la posibilidad de una alianza con Sexto y decidió irse a Italia. Tuvo un duro intercambio de palabras con su mujer, la cual le echó en cara el escándalo que estaba provocando con sus relaciones con tu soberana señora Cleopatra. (Y aquí debo añadir, Mardo, que dichas relaciones han causado un gran escándalo social y han sido objeto de comentarios durante todo el invierno. Se ha hablado de orgías a todas horas del día y de la noche, de doce bueyes asados al mismo tiempo, de borracheras, de una especie de Sociedad del Desenfreno... ¡Tus ocupaciones deben de ser muy interesantes!

Hubiera tenido que quedarme en Alejandría y hacer carrera en palacio, estoy seguro de que hubiera sido mucho más satisfactorio que lo que hago ahora como bibliotecario de nuestro gimnasiarca.)

Noté que se me contraían los músculos del rostro al darme cuenta de que me había convertido en un tema de conversación de gentes aburridas. ¡Una Sociedad del Desenfreno!

Fulvia se puso enferma mientras se dirigían a los barcos, y el impaciente Antonio la dejó en Sicione y se fue con Planco. ¿Adónde se fue? Sólo sabemos que zarpó rumbo al oeste. Lo malo es que Domicio Enobarbo, el solitario capitán republicano, está patrullando las aguas entre aquí e Italia. Y Antonio está navegando directamente hacia el lugar donde se encuentra su flota.

Dejé la carta. Eso era todo lo que había acerca de Antonio. Lo demás eran cuestiones personales y locales.

— Gracias —le dije a Mardo—. Eso es mucho más instructivo que la correspondencia oficial. —Hice una pausa—. ¿O sea que he provocado un escándalo?

— Es lo que sueles hacer —contestó, encogiéndose tímidamente de hombros—. Hasta en la época de nuestra Sociedad Egipcia, ¿recuerdas? La vez que nos escapamos... —Soltó una carcajada—. Los escándalos son el signo distintivo de las personas extraordinarias. Lo que tú haces es inesperado y llama la atención.

— Es una manera muy halagadora de decirlo, pero no pienso discutir.

«Ya verás cuando se empiece a notar el próximo —pensé—. Más temas de conversación para los atenienses el invierno que viene.»

Pero cuando se fue empecé a entristecerme. La situación de Antonio era muy mala. ¿Cuántas legiones había perdido? Le habían arrebatado su territorio oriental, y ahora las intrigas de Octavio le estaban cerrando las puertas del oeste.

Egipto también tenía que estar preparado por si a los partos se les ocurría centrar su atención en nosotros. Gracias a la bondad de las últimas cosechas, disponíamos de recursos para armarnos, y mi nueva flota ya estaba casi lista. Opondríamos una fuerte resistencia y no sería fácil que nos derrotaran.

El sol estaba arrancando reflejos del agua. Se acercaba la canícula, la estación en la que solían ocurrir las cosas en el mundo. Los barcos navegaban, los ejércitos avanzaban, los mensajeros galopaban hacia sus destinos, y los acontecimientos adquirían la fuerza de una inminente tormenta.

Al final recibí una larga carta de Antonio. Me la había enviado desde Atenas antes de su partida, y las noticias eran por tanto antiguas. ¿Dónde estaría ahora? ¿Qué habría ocurrido desde entonces?

Alma mía:

Desde que nos separamos, mis pensamientos han volado hacia ti todos los días, pero son sordos y mudos. No te pueden hablar y no pueden oír lo que tú les

dices.

De poco me sirven por tanto, como no sea porque están donde yo quisiera estar. ¡Oh, afortunados pensamientos! Qué triste ha sido la estación del año sin ti, a pesar de que todo el mundo dice que estamos en verano. Puede que los demás lo estén.

Eso es lo que he descubierto: los partos se han alzado con la victoria en el este hasta Estratonicea, pero su avance se ha detenido. Es necesario que vaya a Roma, donde las cosas andan muy revueltas. Le he dicho a Sexto que sólo en el caso de que mi solemne pacto con Octavio y Lépido se rompa irremediablemente negociaré con él por separado. Así debe ser.

Sacudí la cabeza. Era muy obstinado. A pesar de que Octavio le había arrebatado las legiones, se negaba a pensar mal de él. O más bien se negaba a actuar contra lo que seguramente adivinaba.

Mi amigo y cliente Herodes ha huido de Masada y ha buscado la ayuda de los nabateos de Petra contra los partos. Piensa viajar a Egipto; te ruego que lo atiendas y le proporciones en mi nombre un barco para trasladarse a Roma. Tiene que recuperar el trono de Judea.

Mil besos sobre tu mano, tu garganta y tus labios.

M. A.

Casi me pareció sentirlos. Esboqué una sonrisa y guardé la misiva en una caja fuerte destinada a la correspondencia privada. Observé que no había mencionado a Fulvia.

Transcurrieron varias semanas sin que se recibieran noticias, por lo menos del mundo exterior. Yo había adquirido la costumbre de vestir holgadas túnicas de vaporosa seda, proclamando que era la nueva moda. Cuidé de encargárselas y de empezar a ponérmelas muy pronto, cuando aún no se notaba nada que pudiera llamar la atención. De esta manera confiaba en poder mantener mi estado en secreto el mayor tiempo posible. Hice que Carmiana e Iras vistieran unas túnicas similares, y las mujeres de la corte no tardaron en imitarnos. El palacio se llenó de mariposas humanas cuyo revoloteo de colores destacaba contra el blanco del mármol. Debo decir que fue una de las épocas más deliciosas que jamás hubiéramos vivido.

Hasta Mardo se hizo confeccionar una adaptación de la nueva moda, utilizando colores más claros y unas prendas más holgadas que de costumbre. Me

dijo que eran muy cómodas, lo cual no me extrañó pues su cintura era cada vez más ancha. Los cinturones apretados y los hombros ajustados debían de ser una tortura para él, pero al ser mi principal ministro tenía que vestir casi siempre con prendas de ceremonia. Así pues, también él se benefició de mi estado.

Un caluroso día se presentó muy emocionado en mis aposentos. Observé que calzaba un nuevo tipo de sandalia a juego con la ropa, con una tira de cuero que rodeaba el dedo gordo del pie y otra para los demás dedos. Alrededor de las suelas y directamente en el cuero se habían pintado unas flores de loto doradas. Sostenía una carta en la mano.

— ¡Acaba de llegar! —me informó.

— Por la cara que pones —dije mientras la cogía—, deben de ser buenas noticias. Por favor, tómate un poco de este zumo frío. Es una mezcla deliciosa de cerezas y tamarindo.

Le indiqué una jarra que había sobre la mesa y las copas que la rodeaban.

Después de tomar un sorbo se volvió a llenar la copa.

— Muy refrescante —dijo, asintiendo con la cabeza.

Se sentó con gesto expectante, alisándose cuidadosamente los pliegues de la túnica.

La carta era del enviado egipcio en Apolonia, en la costa de Iliria, donde empezaba la calzada principal llamada Vía Egnatia. Estaba situada en un angosto estrecho del Adriático, directamente al otro lado de Italia, y era un excelente puesto de observación tanto para los asuntos de Grecia como para los de Italia.

¡Muy temida y poderosa Reina, saludos!

El espectáculo que hemos visto con nuestros propios ojos jamás será olvidado, y ahora trataré de que tú también lo veas. La flota de unos cien barcos de Enobarbo estaba navegando por nuestras aguas. Siempre suscita temor pues recientemente atacó Brundisium, así que todos nos congregamos en los acantilados para contemplarla con inquietud. Por el sur vimos acercarse otros barcos y nos dijeron que eran del triunviro Antonio. Dejando a su espalda el grueso de su flota, Antonio fue al encuentro de Enobarbo con sólo cinco barcos, poniéndose enteramente a su merced en caso de que la información que había recibido fuera falsa, a saber, que su general Asinio Polión había negociado un acuerdo con Enobarbo.

Cada vez se iban acercando más, y Enobarbo lo contemplaba con gesto amenazador. Sólo cuando estuvieron muy cerca —demasiado tarde para que Antonio hubiera podido salvarse en caso de que no fuera así—, Enobarbo retiró los espolones de sus barcos e hizo el signo de la paz. Las dos flotas prosiguieron juntas la navegación rumbo a Italia.

Pero lo más extraordinario es lo que los propios marineros revelaron que el general Planco trató de convencer al triunviro de que no se pusiera ciegamente en las manos de Enobarbo y que Antonio le contestó: «Prefiero morir por una deslealtad que salvarme por un acto de cobardía.»

Dejé de leer y traté de imaginarme la escena. Los barcos en el mar, acercándose los unos a los otros, la gente que lo contemplaba todo desde tierra, los navíos de guerra apartándose en el último minuto, y Antonio impertérrito en la cubierta.

— Es muy propio de él —dije.

— ¿Qué? —preguntó Mardo.

— Eso de que prefiere morir por una deslealtad... la deslealtad de otro, claro, no la suya. La suya jamás.

Era su gloria y su locura. Algún día sería su desgracia, y en eso se parecía a César, aunque con una diferencia: César jamás había creído en la buena fe de la gente sino tan sólo en la suya propia.

— Y nosotros estamos aquí viendo cómo navega hacia Italia —le dije a Mardo—. ¡La historia aún está por contar!

La espera me estaba matando.

La siguiente noticia que recibimos fue sorprendente, incluso para mí, que siempre me había enorgullecido de prever las peores conductas en las que un ser humano puede caer. Para atraer a Sexto a su bando, ¡Octavio se había casado con la tía de éste! Era una tal Escribonia, una arpía de mucho cuidado que le llevaba un montón de años.

Me dejé caer en un escabel y me puse a reír y a llorar al mismo tiempo. Mientras Antonio sólo daba las más dignas, nobles y correctas respuestas a los ofrecimientos de Sexto, Octavio se mostraba dispuesto a cargar con la tía con tal de ganar a Sexto para su causa.

— Dicen que es muy alta, y delgada como un palillo —comentó Mardo, sacudiendo la cabeza.

— Bueno, el que Octavio se case con alguien no significa que tenga que cumplir sus deberes conyugales —dije, recordando a Claudia—. O sea que primero se casa con una niña y después con una vieja, por razones políticas.

La situación era graciosa, pero no así la crueldad de Octavio.

LAS noticias nos iban llegando con exasperante lentitud, como las maderas flotantes que el mar arroja a la playa. Antonio y Enobarbo habían llegado a Brundisium, pero la ciudad, fortificada con una guarnición de Octavio, les había cerrado las puertas. Entonces Antonio había aislado la ciudad, construyendo murallas y fosos, y Octavio había enviado tropas al sur para atacarlo. Antonio había encabezado una brillante maniobra de caballería y se había apoderado de una cohorte y media. Octavio pidió ayuda a Agripa, rogándole que movilizara a los veteranos y los condujera al sur. Cada uno de ellos vio al otro como enemigo y actuó en consecuencia.

Al parecer, la guerra no tardaría en estallar, lo cual sería muy bueno para Antonio. Cuanto antes trabaran combate tanto mejor, pues, Octavio sería cada vez más fuerte a no ser que él se lo impidiera, como yo le había comentado en una ocasión.

Después... silencio.

Me comunicaron que Herodes había llegado a mi frontera oriental en Pelusio. Mi comandante de allí le permitió trasladarse a un barco, y de este modo el rey de Judea llegó a mi puerto en una embarcación tan vieja que a duras penas se mantenía a flote.

Para preparar su visita consulté con Epafrodito, el cual me reprendió por mi ignorancia. Pensaba ofrecerle un banquete de bienvenida, pero Epafrodito me dijo:

— Él no puede comer contigo ni yo tampoco, tal como tú sabes.

Sí, yo sabía que prefería no hacerlo por motivos religiosos, pero nunca me había tomado la molestia de averiguar cuáles eran.

— ¡No serviré carne de cerdo, si es a eso a lo que te refieres! —le dije a la defensiva.

Sabía que los judíos no comían carne de cerdo, cosa que en realidad los egipcios tampoco hacíamos.

Epafrodito me miró sonriendo. A lo largo de los años había conseguido librarse por fin de sus rígidos modales en mi presencia.

— Eso es lo de menos —dijo—. Si fuera sólo por la carne de cerdo o por unas ostras... No, él no puede sentarse a comer contigo debido a una serie de normas sobre la limpieza de las vasijas, las cosas que se pueden tocar entre sí y las comidas que se pueden servir juntas.

— ¿Qué voy a hacer? ¿No comer mientras él esté aquí?

Me enfrentaba con un dilema diplomático. Tenía que agasajarlo como amigo de Antonio, pero ¿cómo?

— Puedo enviar a alguien que te ayude a preparar las comidas, pero me temo que tendrás que comprar una nueva vajilla y purificar tu cocina... ritualmente, quiero decir. —De pronto se le ocurrió una idea—. Aunque también cabe la posibilidad de que no le importe, porque no es un judío auténtico, ¿sabes?

— ¿Qué quieres decir?

La cosa era cada vez más complicada y desconcertante.

— Sus antepasados eran idumeos, y su madre ¡árabe! —dijo en tono despectivo—. Como es natural, él se proclama judío, pero ya me gustaría saber hasta qué extremo lo es. Políticamente lo tiene que ser... ¿quiénes le apoyarían si no? Pero a lo mejor es una máscara que se quita en cuanto abandona el país.

— Eso yo no lo puedo saber por adelantado —dije, lanzando un suspiro—. Tengo que pensar que se lo toma en serio. ¡Y cambiar de cocina!

— Lo tantearé —dijo Epafrodito—. Puedes tener la seguridad de que lo averiguaré. Y, además, disfrutaré de mi primer banquete en palacio después de... me parece que siete años. ¡Ya iba siendo hora!

— Pues entonces merecerá la pena, mi querido amigo.

Herodes fue anunciado por su representante y acompañado a sus aposentos. Me pregunté —demasiado tarde— si habría algún otro ritual que se hubiera tenido que cumplir en sus aposentos para hacerlos adecuados. Su representante había dicho que acudiría a verme a última hora de la tarde.

Le esperaba en el que yo llamaba siempre mi trono «informal», un trono sencillo y no demasiado elevado. Me había puesto una amplia túnica de brocado de oro confeccionada en su país, en parte para halagarle y en parte porque, al ser muy rígida y pesada, no se pegaba al cuerpo y disimulaba lo que había debajo.

Las alargadas sombras de las columnas se extendían oblicuamente sobre el suelo de la sala cuando entró Herodes vestido con unos resplandecientes ropajes en blanco y oro. Caminaba con gran empaque y su rostro estaba iluminado por una sonrisa tan sincera que nadie hubiera podido dudar de su autenticidad.

— Salve, famosa Reina de Egipto. —Me miró como si estuviera contemplando un espectáculo deslumbrador—. Todos los informes sobre tu belleza se quedan cortos. Me has... me has dejado sin habla.

Por la expresión de su rostro y el tono de su voz resultaba imposible no dar crédito a su sinceridad más absoluta.

— Te saludamos, Herodes de Judea, y te damos la bienvenida —le contesté.

— ¡La voz acompaña al rostro! Perdona mi atrevimiento, Majestad.

Yo sabía que tenía una voz agradable, y no me pareció por tanto que sus palabras obedecieran al simple deseo de halagarme.

— Tales atrevimientos se perdonan fácilmente —contesté—. Me alegro de

que hayas llegado sano y salvo. Tienes que hablarme de la situación de tu país. — Me levanté y descendí del trono—. Vamos a dar un paseo por los pórticos; quiero mostrarte la puesta de sol en el puerto.

Se podía rodear todo el edificio del palacio desde unas galerías de columnas y contemplar el puerto desde distintas posiciones privilegiadas. Mientras abandonábamos juntos la sala —seguidos a una discreta distancia por todo un ejército de servidores— reparé en su imponente figura. Alto, elegante, con toda la seguridad y el porte del soldado y del gobernante nato. Le estudié el rostro por el rabillo del ojo. Poseía la belleza de los rasgos árabes: piel dorada, ojos suaves y oscuros, labios finos, nariz alta y pestañas espesas.

— ¿O sea que te diriges a Roma? —le pregunté—. Tienes una larga travesía por delante.

— Es necesario que me reúna con los triunviros. He escapado de Judea por un pelo. ¡Sé que Antonio tiene planes para luchar contra los partos que han invadido mi país! Haré cualquier cosa por ayudarlo.

No pude evitar que me cayera bien.

— Quizá podrías prestar un mejor servicio si te quedaras aquí. Necesito un buen comandante para mis tropas; yo también me encuentro en estado de alerta y me estoy preparando contra los partos.

Sacudió la cabeza, pero su negativa fue más atrayente de lo que hubiera sido el asentimiento de otro.

— Antonio me necesitará —dijo.

— Ya le ayudaste en otra ocasión, y a mí también —le dije—. Cuando Gabinio le devolvió el trono a mi padre.

— En efecto, fue entonces cuando conocí a Antonio. Sólo tenía dieciséis años.

— Y ya estabas al mando de unas tropas.

— En Judea se alcanza muy pronto la mayoría de edad —dijo modestamente—. Antonio me llevaba unos años, y recuerdo la impresión que le causaste. Me lo comentó muchas veces.

Temí que se lo estuviera inventando. Pero ¿y si fuera cierto? El propio Antonio me lo había dicho. Este es el verdadero poder de las personas que conocen los trucos para congraciarse con la gente; mezclan la verdad con lo que más les conviene, y hacen que los demás queramos creerlas; nosotros mismos les hacemos el trabajo. Las instamos a que sigan y les pedimos más.

— Bueno, pero de eso hace ya mucho tiempo.

Me detuve al salir y señalé el puerto que se extendía ante nosotros, llena de orgullo, como me ocurría siempre que contemplaba mi joya, mi posesión: Alejandría.

— ¡Qué espectáculo! —exclamó Herodes.

El sol trazaba un luminoso camino sobre el mar y las aguas más tranquilas del puerto, tiñendo de rojo las velas de las numerosas embarcaciones que se mecían sobre ellas.

— Es el puerto más grande del mundo —dijo Herodes—. Qué no daría yo por un puerto como éste en Judea. Lo único que tenemos es nuestro pobre puertecito de Joppa. No obstante —se apresuró a añadir—, mejor eso que nada. Por lo menos es una salida al mar.

— Allí todos los palmos de tierra están muy disputados —comenté, hablando más conmigo que con él—. ¿Cuántas vidas se han perdido luchando por Jerusalén? Y sin embargo no tiene nada de especial ni por su arquitectura, ni por su situación, ni por sus obras de arte.

— ¡Pero yo haré que lo tenga! —dijo con fiereza—. Siempre y cuando se me ofrezca la ocasión, la ocasión que sólo me puede brindar Antonio.

Sólo Antonio. Estábamos esperando noticias. Herodes y yo, por distintos motivos.

— Primero tienes que trasladarte a Italia. Yo te proporcionaré un barco. Pero él no está en Roma sino en Brundisium. Mis noticias no son muy recientes, pero lo último que he sabido es que él y Octavio están enfrentados. Lo más probable es que a estas horas ya haya estallado una guerra.

Herodes soltó un gruñido.

— Huyo de la guerra en Judea y me la encuentro en Italia.

— Aquí no estamos en guerra —le recordé—. Quizá sería más prudente que te quedaras en Egipto. Ponte al mando de mis tropas, y cuando Antonio vuelva a Oriente...

— No, tengo que irme ahora mismo. ¡No quiero que lleguen a un acuerdo sin mí!

Sabía muy bien que su presencia sería muy convincente.

Gracias a Epafrodito, mi banquete de bienvenida fue todo un éxito. Descartamos todas las cosas que aborrecen los practicantes de la religión judía y pusimos la mesa con una vajilla multicolor de la ciudad de Roso, en Cilicia, no contaminada con alimentos prohibidos.

Herodes se había cambiado de ropa —para ser casi un refugiado, llevaba un vestuario muy vario— y ahora vestía de regia púrpura y se adornaba la cabeza con una diadema. Era un príncipe y quería que se notara. El y sus leales compañeros ocuparon los distintos lugares que se les habían asignado según su rango y tuvieron un comportamiento admirable. Su compañía fue extremadamente amena, pues eran personas versadas en arte y poesía, gastronomía y entretenimientos. No se habló de política por tratarse de un tema muy delicado. Pero Epafrodito intentó acorralarle sin piedad.

— O sea que Judea está todavía en poder de los partos —dijo, sacudiendo la cabeza—. Confíemos en que pronto sea liberada. ¡Y, cuando eso ocurra,

deberás purificar y restaurar el Templo!

Herodes le miró con sus líquidos ojos.

— Tengo previsto hacer algo más que eso —dijo en un susurro—. Ya es hora de que el templo de Jerusalén sea reconstruido de acuerdo con su importancia.

— ¿Su importancia? —preguntó Mardo, frunciendo el ceño—. Perdóname, pero no te entiendo.

— El Templo es sagrado —dijo Herodes.

— Todos los templos lo son —replicó Mardo con una indulgente sonrisa—. Nuestro templo de Serapis, por ejemplo...

— El dios Serapis no dio instrucciones precisas para la construcción del templo que tiene aquí —dijo Herodes, cuya máscara de gentileza estaba empezando a resquebrajarse—. El nuestro sí las dio.

Mardo se echó a reír.

— Los dioses son muy suyos.

— Nosotros creemos que hay un solo Dios —dijo Herodes—. Y él nos dio instrucciones.

— Pero el nuestro... —empezó a decir un egipcio, pero yo le hice callar con la mirada.

— Pasado mañana es sábado —intervino Epafrodito—. Dado que eres tan devoto, sin duda querrás acompañarme a nuestra sinagoga, la más grande del mundo.

Herodes asintió con la cabeza, sonriendo.

— ¿Qué es una sinagoga? —preguntó alguien desde el otro extremo de la mesa.

Herodes se quedó veinte días en Alejandría, esquivando todos los intentos de Epafrodito de conseguir que se definiera en uno u otro sentido y dijera si era un verdadero judío o no. Intuí que padecía el conflicto de la persona que ha nacido o ha sido llamada a mantener una determinada lealtad y descubre que ésta coarta sus ambiciones. No hay nada más desgarrador.

Pocos son los que buscan la gloria del martirio: Catón por la República, Espartaco por los esclavos, los profetas israelitas por su Dios. Todos los demás ansían desarrollar sus facultades y cumplir sus destinos y no los sacrifican fácilmente en un altar, degollándolos como si fueran plácidos bueyes blancos. En eso, Herodes era plenamente humano.

Al final zarpó en un barco que yo le proporcioné, poniendo rumbo oeste bajo el sol poniente en busca de Italia. No podía adivinar qué encontraría allí. Y yo seguía esperando con ansia un resultado que me afectaría tanto como a Herodes.

— ¡No quisiera ser cruel, pero estás enorme! —me dijo Olimpo cuando fue

a verme un mes después de la partida de Herodes.

Su rostro, normalmente tan comedido, era la viva imagen del desconcierto y la perplejidad.

— Mi querido Olimpo —le contesté—. ¡Tú siempre tan diplomático y considerado!

Sus palabras me habían herido. Bien sabía yo que estaba enorme. Las túnicas e incluso la vestidura de brocado se me habían quedado chicas.

— ¿Estás completamente segura de... la fecha? —me preguntó con cautela.

— Yo sé una fecha, antes de la cual no puede ser —contesté—. Y ésta es la que he elegido.

Sacudió la cabeza.

— Por favor, ¿me permites?

Alargó la mano hacia mi vientre.

— Faltaría más —contesté—. Y ya que estamos, puedes tocar directamente. Hoy quiero que seas mi médico y no mi compañero.

Palpó con ambas manos sobre mi piel desnuda tras haber desabrochado con discreción una pieza delantera que se había añadido recientemente a mi túnica. Mientras lo hacía, frunció el ceño hasta que poco a poco lo comprendió.

— Ah —dijo finalmente, apartando las manos.

— Bueno, ¿qué ocurre? —le pregunté.

— Desde un estricto punto de vista médico es un alivio —contestó—.

Pero...

— ¡Dímelo ya! —le ladré.

— Creo que aquí dentro hay dos —contestó.

— ¿Cómo?

— Gemelos —dijo—. Ya sabes, como Apolo y Artemisa.

— ¡Sé muy bien quiénes son Apolo y Artemisa, tonto!

Me miró sonriendo.

— Sí, claro. ¿Pero estás preparada para ser Latona?

— ¿Ir errante por el mundo, perseguida y abandonada?

— No tendrás que ir errante y nadie te perseguirá, pero abandonada... A este respecto, prefiero reservarme la opinión.

— ¡A veces te odio! —le dije.

— Sí, cuando te digo cosas que no quieres oír —replicó alegremente—. Yo de ti empezaría a buscar dos nombres. —Se levantó y me miró con semblante

risueño—. ¡Ah, vaya hombre este Marco Antonio!

— ¡Vete! —le grité, arrojándole un tarro de ungüento.

Lo esquivó y se fue entre risas.

Cuando se hubo ido, apoyé cuidadosamente las manos en mi abultado vientre. Me pareció que allí dentro había mucho movimiento, un movimiento de cuatro manos y cuatro pies.

Dos nombres. Ése sería el menor de mis problemas.

— Marco Antonio está casado —dijo el marinero que Mardo acababa de empujar al interior del palacio.

El hombre me miró sonriendo, con el gorro en la mano.

— Sí, ya sé que está casado —dije pacientemente—. ¿Y qué? ¿A qué viene esta noticia? Yo quiero auténticas noticias de la guerra.

El hombre me miró sin dejar de sonreír.

— Lo que yo quería decir... perdóname. Majestad... es que se ha vuelto a casar. Y no hay ninguna guerra.

— Pero ¿qué estás diciendo?

¿Por qué no hablaba claro? Mardo permanecía apoyado contra la pared, contemplando la escena con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

— Quería decir que el triunviro se quedó viudo. Fulvia ha muerto y...

¿Que Fulvia había muerto? ¿Antonio se había librado de ella?

— ... se ha vuelto a casar con Octavia. En Roma.

— ¿Cómo?

— La hermana del triunviro Octavio. Se han casado. Todo el mundo está contento y se ha evitado la guerra. Virgilio ha escrito un poema para celebrarlo y saludar la llegada de una nueva Edad de Oro de paz. ¿Quieres que te lo recite?

El hombre empezó a rebuscar una copia en su bolsa.

— ¿Que se ha casado con Octavia? ¿Era libre de casarse con quien quisiera y la ha elegido a ella?

— Sí, Majestad.

El marinero interrumpió la búsqueda del poema.

— ¿Y cuándo murió Fulvia? —pregunté estúpidamente.

Me parecía importante conocer aquel detalle.

— Después de que él la dejara en Grecia.

— Comprendo. —La estancia empezó a dar vueltas a mi alrededor y se convirtió en otra cosa distinta, pero yo permanecí de pie mirando fijamente al marinero. Después pregunté por decir algo, pues sabía que más tarde no me acordaría y que tendría que volver a preguntarlo—: ¿Por qué no hay guerra?

— Pues porque los veteranos no lo han permitido. Los dos ejércitos habían combatido juntos en Filipos apenas dieciocho meses atrás y no deseaban convertirse en enemigos. Están cansados de la guerra, todo el mundo está

cansado de la guerra. Por eso escribió Virgilio el poema sobre la Edad de Oro. ¡Toda Roma lo está celebrando con júbilo! Tuvimos tantas dificultades en transportar la carga en medio de la multitud que estuvimos a punto de no poder zarpar. ¡El acuerdo se selló con la boda, y ahora Antonio y Octavio son hermanos!

— ¿Cuándo zarpasteis de Ostia?

— Hace menos de quince días. Tuvimos vientos muy favorables. Parece que la naturaleza también celebra el acuerdo.

Sin duda, pensé. Toda la naturaleza, todas las esferas celestes debían de estar celebrando aquella unión.

— Mira —dije, asintiendo con la cabeza en dirección a Mardo—, él te dará algo para que tú también puedas celebrarlo. Ah, y deja el poema aquí. Nos gustará leerlo con calma.

El hombre consiguió encontrarlo, arrugado y manchado, y se lo entregó a Mardo, quien lo volvió a acompañar fuera.

¿Adónde podría ir para estar sola? Mirara donde mirase, siempre había alguien que me amaba y que sabía demasiado. Y como Reina que era no podía perderme entre las multitudes anónimas. Estaba atrapada en un lugar donde mi dolor y mi humillación tendrían que ser contemplados por los demás.

Cuando Mardo volvió a entrar en la estancia me encontró todavía de pie, mirando hacia el puerto como si no lo viera. No había lugar donde ocultarme de la inquisitiva mirada de sus ojos y de su tácita pesadumbre y compasión.

— Lo siento —me dijo en un susurro—. Cuando me enteré de la llegada de un barco de Roma, pensé que desearías ser informada sobre la marcha de la guerra. No sabía nada de lo otro.

— Oh, Mardo. —Cerré los ojos y apoyé la cabeza en su hombro—. ¿Por qué me duele tanto? —pregunté, estúpidamente desconcertada.

Pensaba que ya había superado la capacidad de sentirme profundamente herida hasta lo más hondo de mi ser.

Pensé que la pira funeraria del Foro ya había quemado todas estas cosas, dejándome protegida para siempre de semejantes azotes del destino.

Mardo tuvo la prudencia de no contestar y de limitarse a abrazarme en silencio.

Despidió a toda la servidumbre para yo pudiera permanecer sola en mis aposentos. Allí permanecí tendida largo rato, con la mirada perdida en el vacío y los pensamientos misericordiosamente paralizados. Oía el rumor de las olas golpeando rítmicamente el rompeolas. Hacia delante y hacia atrás.

Poco a poco los pensamientos fueron regresando y adquiriendo fuerza para dar alcance a mis turbulentas emociones.

No había guerra. Habían depuesto las armas, se habían reconciliado, y Octavio había ofrecido a su hermana como vínculo de paz.

«Le gusta consolidar los tratados con vínculos personales. Pidió casarse con un miembro de mi familia cuando nos convertimos en triunviro juntos.» Y Octavio, que acababa de casarse, ya no estaba disponible. Por consiguiente había tenido que ser Antonio.

«Aquí tienes a mi hermana como prenda de mi buena fe», habría dicho seguramente.

¿Por qué no dijiste que no, Antonio? ¿Qué importaba lo que dijera Octavio con tal de que tú tuvieras a mano la palabra «no»?

«Era libre, no estaba casado y decidió casarse con Octavia.»

¿Qué aspecto tenía ella? Traté de recordarlo, evocando las pocas veces que la había visto en Roma. Era algo mayor que Octavio, pero no mucho. Creía recordar que ya estaba casada. ¿Qué habría sido de su esposo? Aunque eso en Roma no tenía demasiada importancia. Probablemente Octavia se habría divorciado de él para complacer a Octavio, como hubiera podido hacer Antonio con Fulvia para complacer a Octavio... en lugar de complacerme a mí. ¡Qué oportuna había sido su muerte! Los recuerdos que conservaba de Octavia eran borrosos. Probablemente no tenía un rostro tan agraciado como el de su hermano, porque en tal caso yo la recordaría. ¿De qué hablaba, cómo se comportaba en las cenas? Yo estaba tan ocupada con César y con otras poderosas presencias como Bruto e incluso Calpurnia, que apenas le había prestado atención. Pero, por otra parte, si hubiera sido fea o desagradable, también la recordaría. Llegué a la conclusión de que debía de ser una cosa intermedia, ni monstruosa ni excepcional. Y ahora sería la esposa de Antonio... ¡Mejor dicho, ya lo era!

Mardo había dejado el poema sobre la mesa. Quise leerlo. Estaba claro que las copias circulaban por Roma y que aquel marinero se había traído una. ¡Sí, el acontecimiento se tenía que celebrar públicamente!

Ahora ha llegado la última edad de la profecía cumana;
la gran sucesión de los siglos ha vuelto a nacer.
Ahora regresa la Virgen; regresa el gobierno de Saturno;
una nueva progenie desciende ahora de la altura de los cielos.
¡Oh!, casta Lucina, colma, de bendiciones al niño cuya venida,
acabara finalmente con la raza de hierro y dará lugar
a otra de oro en todo el mundo: ahora gobierna tu Apolo.

Sentí que la cólera me recorría todo el cuerpo. ¡Qué profecía tan estúpida!

Pero antes, como dádivas a ti, oh, niño, la Tierra no cultivada
madurara la errabunda hiedra y la baccaris,
y la colocasia mezclada con la sonrisa del acanto.
Unas cabras no pastoreadas traerán sus henchidas ubres...

¡Qué insípida mezcla de bobadas!

Empieza, niño, a conocer a tu madre con una sonrisa
(diez meses lunares le han causado largas molestias).

Empieza, niño: a aquel que no ha sonreído por sus padres, ningún dios invita a su mesa ni ninguna diosa a su lecho.

¡Bueno, yo sí sabía lo que eran los nueve meses lunares de molestias! ¡Que se fueran al infierno Virgilio y su profecía! Yo la maldecía. ¡Jamás se haría realidad, jamás! ¡Ojalá ella fuera estéril o sólo alumbrara niñas! Isis era más poderosa que Virgilio.

Sin embargo, aquella noche, mientras dormía, vi una imagen horrible y tan real que tuve la sensación de haber volado a Roma y de estar viéndola con mis propios ojos.

Era una estancia que parecía una cueva, no, una especie de templo con las paredes y el suelo de pulido mármol negro. Dos lámparas de bronce flanqueaban un altar elevado sobre unas cinco o seis gradas. El altar también era de mármol negro y encima de él yacía... Octavia.

Ahora la podía ver con toda claridad, los rasgos que antes me habían parecido tan escurridizos estaban ahora perfectamente dibujados. Tenía un precioso cabello castaño, unos ojos oscuros y luminosos y un rostro agradable, aunque un tanto anodino. El parpadeo de las altas lámparas iluminaba su nariz, sus mejillas, su largo cabello y su túnica blanca, y se reflejaba en la abrigada piedra.

Estaba esperando sin apenas respirar, con los pies descalzos y los tobillos atados.

Después vi a Antonio de espaldas. Estaba subiendo lenta y ritualmente las gradas del altar como un sacerdote, vestido con una especie de túnica religiosa y sosteniendo un cuchillo en la mano.

Se inclinó hacia ella, cortó las ataduras de sus tobillos, liberando sus piernas, y entonces vi que las muñecas también estaban atadas y que él cortaba de igual manera las ataduras.

A continuación se inclinó sobre el altar, y con lentos gestos rituales se colocó encima de ella. Vi las pálidas extremidades de Octavia a ambos lados de su cuerpo, vi la tensión de los hombros de Antonio...

Y de esta manera se convirtieron en marido y mujer.

«Una nueva progenie desciende ahora de la altura de los cielos.»

Me desperté empapada en sudor y con el corazón latiendo furiosamente en mi pecho. Me dolía el estómago. Era sólo un sueño, sólo un sueño... me repetía una y otra vez hasta que los espantosos detalles empezaron a esfumarse. No era así en absoluto. No lo podía haber sido.

Pues entonces, ¿qué piensas que ha sido? No podía apartar de mi mente aquella imagen. Recordaba muy bien cómo era Antonio. Ahora ella sería dueña de todas aquellas cosas... sus besos, sus manos acariciándole el rostro, e incluso el peso de su cuerpo sobre el suyo.

¡Quería olvidarlo! ¿Por qué tenía que imaginar las cosas con tanta claridad? Era una desgracia tener tanta imaginación. Quería que todo aquello muriera junto con mi amor por él.

Aquella noche me dejó trastornada y exhausta, la peor combinación posible para enfrentarme con lo que ahora me estaba cayendo encima. Sin haber podido disfrutar de un tranquilo sueño reparador, a última hora de la noche siguiente me vinieron los dolores del parto.

No empezaron con suavidad sino que me golpearon tan inesperadamente como la noticia del marinero. Las criadas corrieron a preparar una estancia para el parto y fueron en busca de las comadronas, pero todo el mundo iba de un lado para otro sin saber qué hacer.

El dolor me paralizaba. Apenas podía tenerme en pie cuando me llevaron a la estancia donde tendría lugar el alumbramiento. Recuerdo que me apoyé en las dos comadronas y que a punto estuve de arrastrarlas al suelo conmigo. Las piernas no me obedecían, y cada movimiento me producía unas espirales de agudo dolor que me llegaban hasta los pies. Me acomodaron en la silla especial que se utilizaba con este exclusivo propósito, con un respaldo muy resistente y unas patas muy cortas, toda ella envuelta en sábanas. Me recliné en ella, me agarré a sus costados casi ciega de dolor por unas violentas punzadas cuyo ritmo era tan rápido que parecían una sola.

En semejantes momentos cada instante dura una eternidad, y las horas se pueden condensar en minutos. No tengo idea del rato que estuve así, pero oí que una de las comadronas decía:

— No tiene buen color, y además...

Alguien dijo otra cosa que no pude oír, y después añadió:

— ¡Que avisen a Olimpo! ¡Enseguida!

Me pareció que la estancia se quedaba a oscuras y oí la voz de Olimpo que decía:

— ¿Ha tomado algo? —Y después—: Si no ha tomado...

Me estaban levantando y trasladando a un lugar duro donde permanecí tendida boca arriba. Me colocaron los brazos a los costados y me sujetaron con firmeza. Noté que unas manos me comprimían el vientre hacia abajo y que una mujer gritaba aterrorizada:

— ¡Sangre! ¡Sangre!

— ¡Empuja! —me dijo alguien.

— No puedo.

Otra voz:

— Está mal puesto.

— ¡Pues dale la vuelta! —Era Olimpo—. ¡Dale la vuelta!

Noté algo cálido y pegajoso extendiéndose bajo mi cuerpo, bajo mi espalda. Sangre. Volví la cabeza y la vi gotear de la mesa, formando un charco debajo. Era muy roja y espesa y despedía un desagradable olor metálico.

La estancia daba vueltas muy despacio, como si girara en torno a un eje. Sentí los negros bordes de la inconsciencia a mi alrededor.

— ¡Oh, dioses! —Noté un horrible tirón y me pareció que me arrancaban las entrañas—. ¡Ya está!

Oí una leve tosecita y una voz que decía:

— Una niña.

Pero el dolor no cesó sino que se fue intensificando. Más oleadas de cálida y pegajosa sangre que ahora me empapaban incluso la cabeza. Y gritos y lamentos a mi alrededor.

— Está pegado. El segundo está pegado.

— ¡En nombre de los dioses, haz algo!

— No puedo...

Se oyeron unos murmullos de voces y unos rostros se inclinaron sobre mí. Pero yo apenas podía ver nada. La negrura era cada vez mayor.

Tirones y empujones, frenéticos golpes contra mi vientre que cada vez me hundían más en la inconsciencia.

— ¡La estamos perdiendo!

Oí débilmente las palabras y vi a Olimpo mirándome, con el rostro contraído en una mueca y los Ojos anegados en lágrimas.

— ¡Hay que detener la hemorragia! ¡Detenedla en nombre de todos los dioses! —gritó alguien.

— ¡No puedo! —contestó una voz de mujer.

— ¡Pues tira ahora con fuerza! —gritó Olimpo—. O prueba por...

— Pero ¿cómo...? —preguntó una vocecita a mis pies.

Yo seguía respirando afanosamente entre jadeos.

— ¡Agárralo! ¡Dale la vuelta! —gritó Olimpo enfurecido—. ¡Así!

Noté un desgarramiento mientras unos torrentes de sangre se escapaban con la fuerza de una ola marina, envolviéndome de pies a cabeza y mojándome incluso las orejas.

— Ya lo tengo.

Fueron las últimas palabras que oí.

Cuando desperté, estaba tan vendada y dolorida que no podía moverme. Todos los músculos, todos los fragmentos de mi cuerpo, estaban magullados y desgarrados, o al menos eso me parecía a mí.

La luz del sol penetraba a raudales en la estancia. Estábamos al día siguiente. O quizás al otro. Sentí que me pulsaban los pechos. Estaban hinchados de leche. Eso significaba que debían de haber transcurrido dos o tres días. Dos comadronas estaban sentadas junto a una mesa, y una de ellas sostenía en sus brazos una criatura. Experimenté una sacudida de temor. ¿Dónde estaba la otra?

— ¡Se ha despertado!

Una de las mujeres se acercó inmediatamente a mí.

Traté de sonreír.

— Y además estoy viva —dije.

La otra mujer se acercó con la niña y la depositó en uno de mis brazos.

La niña dormía apaciblemente. Estaba claro que la experiencia no la había turbado demasiado.

— ¿Y el otro? —pregunté.

— Enseguida lo traemos —contestó la mujer—. Diles que la Reina se ha despertado.

A los pocos momentos se presentó otra persona con un fardo y lo depositó en mi otro brazo.

El niño estaba despierto y me miraba con ojos de un azul claro. Milagrosamente, tampoco había sufrido el menor daño.

— Gracias sean dadas a Isis —musité, rozándole la boca con mis dedos.

Olimpo se acercó a toda prisa, siguiendo a una criada. Me emocioné al darme cuenta de que había permanecido esperando en la estancia de al lado, cualquiera sabía cuánto tiempo. Su aspecto era espantoso, como si también él hubiera pasado por la dura prueba.

— ¡Gracias sean dadas a todos los dioses! —murmuró, tomando mi mano—. Nunca más volveré a pedirles nada.

— No te precipites —le pedí, pero tuve que hacer acopio de toda mi fuerza para poder decirlo—. Eres demasiado joven para no volver a necesitar nunca más el auxilio de los dioses.

— Pensé que te morías —se limitó a decir.

— Lo sé —dije—. Te oí.

Y también le vi llorar, recordé.

— Si hubieras muerto, habría ido personalmente a ver a Marco Antonio y lo habría matado —dijo, y me di cuenta de que hablaba en serio. Se turbó y se apresuró a añadir—: Los niños nacieron con un poco de adelanto y eran muy chicos. Y mejor que lo fueran, porque de haber sido más grandes ninguno de los tres estaríais aquí.

— Más grandes, no quiero ni pensarlo. —Hice una mueca y traté de sonreír,

pero eso también me dolió—. ¿Crees que me voy a recuperar? —le pregunté. Pensaba que jamás me podría librar de aquel dolor.

— Bueno, dentro de uno o dos años —contestó jovialmente.

El antiguo Olimpo estaba tratando de disimular al nuevo que se acababa de manifestar justo en aquellos momentos, y antes en la sala del parto.

Además del esfuerzo que había tenido que hacer, también estaba débil por la pérdida de sangre. Cuando me miré por primera vez al espejo, me quedé sorprendida de lo blanca que estaba. Olimpo me dio a beber vino tinto, que según él fortalecía la sangre, junto con una infusión de cerafolio remojado. También me dijo que debería amamantar a los niños yo misma en lugar de utilizar a una nodriza, porque eso favorecía la recuperación, y puesto que eran dos en lugar de uno, me recuperaría el doble de rápido. Además los niños crecerían más, y con ello se compensaría su pequeño tamaño al nacer.

No hizo falta que insistiera pues me encantaba sostener a los niños en mis brazos, lo cual significaba que tendría que pasarme horas y horas sin poder hacer otra cosa. Aún estaba demasiado débil como para comparecer en actos públicos y no me apetecía dedicarme a otros menesteres, de modo que mis tareas maternas no entorpecerían mis restantes deberes.

Los dos eran preciosos, naturalmente, todas las madres piensan siempre lo mismo. Ambos tenían el cabello claro, pero, así como el niño conservó los ojos azules, los de la niña cambiaron a castaño verdoso. Día tras día contemplaba sus rostros, sus fruncidos labios y sus deditos doblados, y los veía quedarse dormidos en mis brazos. Y día tras día notaba cómo iban aumentando de peso.

¿Qué nombres les iba a poner? Esta vez no habría ninguna herencia romana en sus nombres; me negué a incluir en ellos el nombre de Antonio, que había rehusado casarse conmigo porque no era romana y que en cambio se había apresurado a casarse con otra que le había parecido más adecuada, tan pronto sus pies pisaron suelo romano. Bueno, pues ahora tendría que quedarse sin sus hijos, por lo menos legalmente. ¿Yo era demasiado oriental para él? Pues mis hijos también lo serían. Llamé al niño Alejandro Helios. Alejandro por su glorioso antepasado, y Helios por el dios sol. Primero, porque Alejandro había estado asociado con el dios sol y a menudo se le representaba en las estatuas con la efigie de Helios; segundo, porque era un gemelo como Apolo, el dios sol, y también para recordarle a Virgilio y a la gente como él que ellos no eran los dueños de Apolo por mucho que Octavio gustara de proclamarlo su dios protector. A lo mejor mi hijo sería el Apolo que ellos esperaban para la Edad de Oro.

¿Y mi hija? Cleopatra Selene. Cleopatra no sólo por mí sino por las muchas Cleopatras que había habido en mi linaje hasta remontarnos al gran Alejandro, cuya hermana se llamaba Cleopatra. Y, en tiempos aún más lejanos, también había habido una Cleopatra en la *Iliada*. Connotaciones griegas, ¡griegas y no romanas! Y Selene, que significaba «luna». Y también por la gemela de Apolo, Artemisa.

Mientras contemplaba a mi hijo Sol y a mi hija Luna, le pedí a Isis que los

convirtiera en los portadores de la nueva Edad de Oro, o los niños del destino de que se hablaba en nuestras profecías más antiguas, ¡en contraposición a la farsa que se había inventado Virgilio!

Los estaba sosteniendo todavía en mis brazos tras haberlos amamantado cuando me anunciaron la llegada de un mensajero. Pensé que debía de ser por algo sin importancia y ni siquiera devolví a los niños a sus niñeras sino que di orden de que lo hicieran pasar de inmediato.

Me llevé una sorpresa cuando un correo oficial romano entró en la estancia con su resplandeciente peto y su yelmo adornado por un vistoso penacho.

— Te traigo saludos de Roma, muy imperial Majestad —me dijo con una voz tan sonora como un trueno.

Tal vez no fuera una voz de trueno, pero a mí me lo pareció por la retirada vida que llevaba en el cuarto de los niños.

Incliné la cabeza.

— Bienvenido —le dije para corresponder a sus palabras.

— Soy portador de una carta del triunviro Marco Antonio —añadió, entregándomela.

Estaba guardada en el interior de un cilindro de cuero y metal. Muy bonito, francamente bonito.

Abrí el cilindro y leí:

*A la Reina Cleopatra Thea Philopator, la Diosa que Ama a su Padre:
Saludos y buenos deseos de salud y fortuna.*

Tengo el placer de anunciar a Egipto, Aliado y Amigo del Pueblo Romano, que se ha sellado un Tratado de Brundisium por acuerdo entre el imperator César Divi Filius y el imperator Marco Antonio, ambos tresviri rei publicae constituendae. Triunviros del Reordenamiento de la República Romana. Para asegurar la paz entre todos los grupos y alcanzar los objetivos que nos hemos propuesto en todo el mundo, juntamente con nuestros fieles aliados, deberán cumplirse las siguientes condiciones: Primera, el imperator César estará al mando de las legiones de la Galia y el imperator Antonio las abandonará y se pondrá al frente de las legiones estacionadas al este de Macedonia. El imperator Lépido mandará las legiones de África. El imperator César emprenderá la guerra contra Sexto Pompeyo, y el imperator Antonio la emprenderá contra los partos. Ha nombrado los siguientes gobernadores para las provincias orientales: Domicio Enobarbo, Bitinia; Munacio Planco, Asia; Asinio Polión, Macedonia. El general Ventidio Baso mandará las campañas iniciales para expulsar a los partos de Siria.

Para celebrar el pacto y en prenda de mutua confianza, el imperator Marco Antonio ha tomado por esposa a la hermana del imperator César Divi Filius.

Como leal Amiga y Aliada del Pueblo Romano, deseamos informarte de dichos acuerdos.

Imperator Marco Antonio, Triunviro

Bien. Sostenía en mi mano el relato de lo ocurrido en Brundisium, su orgullosa descripción de los acuerdos, unos acuerdos que, tal como pude ver inmediatamente, aumentaban el poder de Octavio a costa del de Antonio. ¡Le había cedido las legiones de la Galia! ¡Había perdido por completo el Occidente sin un combate tan siquiera! ¡Y aquel indiferente anuncio de la boda, envuelto en lenguaje oficial, refiriéndose a sí mismo casi como si fuera otra persona...! Y llamando «César» a Octavio... en una carta dirigida a mí. Me puse a temblar de rabia.

El romano permanecía de pie con una sonrisa en los labios, a la espera de que yo hiciera algún comentario intrascendente. Una de las criaturas se movió en el hueco de mi brazo.

— Te agradezco la veloz travesía para transmitirme estas nuevas —le dije. No cabía duda de que Antonio lo había enviado en el barco más rápido para que me comunicara la noticia de sus andanzas, pero no había contado con la casual llegada de otro mensajero más veloz. Ocurre a menudo—. Puedes decirle al triunviro Marco Antonio que he recibido la noticia y que le felicito por su boda. Puedes decirle también que le acabo de dar dos hijos... un niño y una niña.

Extendí los brazos y los sostuve en alto para que los viera.

El hombre parpadeó con asombro. No había ninguna fórmula oficial para responder a semejante anuncio. Al final me preguntó:

— ¿No deseas enviarle una carta? Puedo esperar todo el tiempo que tú quieras.

Me incorporé.

— No. No hay carta. Simplemente las dos frases que seguramente podrás recordar. No es demasiado difícil.

Muy pronto empezaría el invierno y los mares quedarían cerrados a la navegación. Pero antes de que ello ocurriera, llegó otro barco de Roma que había zarpado en el último momento. Traía una carta de Antonio, y esta vez la leí en privado. Era un poco inconexa y casi parecía que la hubieran regado unas lágrimas. Me imaginaba a Antonio levantado hasta altas horas de la noche, entregado al vino y a los recuerdos mientras la escribía para poder enviarla a toda prisa sin repasarla.

Mi dulce amor, ¿cómo me has podido hacer eso? El mensajero me anunció —pues los vio— que tenemos unos hijos. ¿Cómo pudiste ocultármelo y permitir que me fuera sin saberlo? Si lo hubiera sabido, jamás hubiera contraído esta boda

a la que me he visto obligado, hubiera tenido un pretexto para negarme... ¿Por qué me has traicionado? Si me hubieras querido, no lo hubieras hecho...

He estado viviendo en el infierno desde entonces... Ahora no puedo confiar en nadie, ni siquiera en ti. Dicen que la paz ha sido posible gracias a este pacto, pero se ha alcanzado a un precio muy alto.

Pasaré el invierno en Roma. Se produjeron disturbios a causa de la comida y Octavio fue atacado por el populacho, que lo hubiera matado durante la celebración de las carreras de no haber sido por mi intervención. Quedan muchas cosas por hacer.

¿Qué nombre les has puesto? Háblales de mí, de su padre. No me olvides. Reza a los dioses por mí, consérvame en tu corazón tal como yo te conservo a ti.

Te envió esta carta a toda prisa.

Casi me dio pena de él, justo lo que él pretendía. Pero ¿qué clase de hombre era que necesitaba una excusa para rechazar a Octavia y casarse conmigo? No hubiera tenido que necesitar ninguna excusa y, caso de haberla necesitado, un embarazo no hubiera sido la más apropiada para el triunviro. Tal vez lo hubiera sido para un pastor o un maestro, pero no para el amo del mundo ¿Y qué quería decir con eso de que yo lo había traicionado? Era él quien había preferido a Octavio y Octavia por encima de mí. ¡Qué pena que no pudiera confiar en nadie! ¡Qué lástima! Ya se lo había dicho, y también le había dicho, ¡guárdate de Octavio! Y sin embargo él había acudido en su ayuda. ¿Por qué no había permitido que el populacho acabara con él de una vez por todas?

En cuanto a los niños, no sabía lo que les iba a explicar sobre Antonio. En el caso de Cesarión había sido más fácil, porque su padre había muerto y había sido declarado dios. En cambio un Antonio vivo era una cuestión más delicada. Y en cualquier caso, aún faltaba mucho tiempo para que a los niños se les pudiera explicar nada. Primero tendrían que aprender a hablar.

DURANTE todas las semanas en que permanecimos aislados del resto del mundo tuve largas horas para pensar, para pensar y para recuperarme. Poco a poco fui adelgazando mientras los niños engordaban, como si la fuente de la vida se fuera transmitiendo de mí a ellos. Recobré las fuerzas e incluso me desaparecieron los dolores.

— La juventud lo cura todo —dijo Olimpo tras anunciarme que ya estaba completamente restablecida.

— No, yo creo que han sido tus cuidados —le dije—. Sabes muy bien que mueren muchos jóvenes.

Se me ocurrió pensar que las dos personas del mundo que mejor te conocen son tu médico —que está al corriente de todos los detalles de tu cuerpo — y tu asesor económico, que conoce todos los secretos de tu hacienda. Entre los dos tienen una imagen completa de ti.

— La suerte también jugó su papel —dijo Olimpo—. Y tu fortaleza innata.

— Es posible, pero sólo hasta cierto punto. —Esperé un momento antes de plantearle la cuestión más importante. No iba a ser fácil.

»Olimpo, tus conocimientos sobre las heridas y la curación son muy notables... para ser un griego.

Olimpo enarcó las cejas y me miró con recelo, como una gacela que presiente la cercanía de un león.

— ¿Para ser un griego?

— Cierto que las enseñanzas que se imparten en nuestro Museion de aquí siguen siendo las mejores del mundo —dije—. Eres el heredero del gran Herófilo y de sus estudios de anatomía; las operaciones de las piedras y los abscesos fueron un gran avance en su época. Y las teorías eran muy ingeniosas. ¡Qué interesantes las hipótesis de Praxágoras sobre los vasos sanguíneos, o las ideas de Dioscóridos sobre la peste! Pero...

— Pero qué.

Olimpo se había puesto en guardia.

— Pero aquellas ideas no eran más que teorías. Ahora que ya me he recuperado, creo que tendrías que irte a estudiar a Roma —dije.

— ¡Ya lo sabía! —Olimpo sacudió la cabeza—. ¿Puedo preguntarte por qué tengo que ir a Roma, aparte la misión de espiar a Antonio?

Hice caso omiso de la segunda parte de la pregunta.

— Porque aprecio el talento que tienes para sanar, pero los tiempos han

avanzado y hay nuevas técnicas en el mundo de la medicina...

— Sobre las cuales tú estás muy bien informada, porque también eres médico —dijo soltando un resoplido.

— Sé que los romanos han aprendido muchas cosas sobre el tratamiento de las heridas y las laceraciones. Ellos tienen conocimientos prácticos, no simples teorías. Y eso se debe a que han combatido en muchas guerras a lo largo de los últimos cien años y que han tenido muchos soldados con los que practicar. Vamos, Olimpo, no seas tan arrogante. Los griegos también pueden aprender ciertas cosas de los romanos.

— ¿Como tú?

Opté por no responder al mordaz comentario.

— He oído decir que saben operar los ojos para eliminar las cataratas y que cosen las heridas de tal manera que no se infectan. Y que han inventado unos instrumentos que cierran los vasos sanguíneos y otros que mantienen las heridas abiertas para que se puedan extraer las flechas.

— Todo eso ya lo sé —me replicó—. ¿Piensas acaso que no estoy al día?

— Pero ¿no te gustaría ir para aprenderlas directamente? ¿O acaso tus prejuicios contra los romanos son tan grandes que incluso afectan a la eficacia de tu trabajo?

Me miró con cierta turbación.

— Tardaría demasiado... tengo ciertos deberes que cumplir aquí.

— Tienes unos ayudantes y unos alumnos muy capacitados. Y no tendrías que permanecer allí más de seis meses. Podrías ir cuando se vuelva a abrir la estación de la navegación en marzo y quedarte allí hasta otoño. ¡En seis meses se pueden aprender muchas cosas! Y no habrá ninguna dificultad en tu ausencia, no habrá nada que tu ayudante no pueda resolver.

— Te conozco —dijo Olimpo—. En seis meses puedes tropezar con muchas dificultades.

— Bueno, pero yo te prometo que no ocurrirá nada.

Me miró medio complacido. Quizá necesitaba un cambio; su innata curiosidad disfrutaría con el reto de una nueva disciplina.

Ahora que ya contaba con su colaboración, era el momento de pasar a la segunda parte.

— Y además hay ciertos asuntos de tipo personal que me gustaría...

— No, no quiero ir a ver a Antonio. Sabes que aborrezco a este hombre.

Me sorprendió su tajante afirmación. No supe qué decir. Era evidente que no podía defender a Antonio ante él. Al fin y al cabo, algunas veces yo también lo odiaba.

— No pretendo que te reúnas con él —le dije por fin—. Pero quiero que te

lleves a uno de mis astrólogos a quien Antonio jamás ha visto y que encontrará la manera de introducirse en su círculo.

Olimpo soltó un gruñido.

— ¿O sea que quieres que acompañe a Roma a uno de tus espías?
¿Quieres colocar ojos y oídos en la casa de Antonio?

— No —contesté—. Los ojos y los oídos no me importan. Quiero utilizar su boca. Quiero que aconseje a Antonio que se vaya de Roma.

— ¿Por qué? ¿Por qué tiene que irse de Roma? ¿Para volver aquí?

— No. No espero que vuelva aquí. No quiero que vuelva.

Siendo el marido de Octavia y el humilde servidor de Octavio, pensé.

— Me cuesta creerlo.

— Es la verdad. Tiene que apartarse de la sombra de Octavio. A su lado ni siquiera puede pensar con claridad. Es como si Octavio corrompiera su mente y la dejara incapacitada.

— Te dije hace tiempo que se apropia de la naturaleza más fuerte que tiene más cerca. Por eso no se puede confiar en él. Te lo advertí.

— Tenías razón, es cierto. Por eso tiene que apartarse de Octavio.

— Vuelvo a preguntar por qué.

— ¡Quiero que actúe por su cuenta!

— No has contestado a mi pregunta. —Olimpo era implacable—. ¿Qué te importa a ti todo eso?

Estaba empeñado en obligarme a contestar: «Porque lo amo. Porque no deseo su ruina», pero me limité a decir:

— Porque la misión de Antonio es administrar Oriente y conquistar la Partia. Si permanece demasiado tiempo en Roma perderá la oportunidad de hacerlo. Y eso sería perjudicial para todos nosotros en Oriente.

Olimpo soltó un gruñido.

— Y supongo que querrás que te escriba largos informes sobre Roma y los chismorreos que circulan por allí —dijo.

— Sí, claro —contesté—. Han transcurrido cinco años desde que me fui y habrán cambiado muchas cosas. Siento curiosidad. Hazme este favor. Te pagaré el viaje y el alojamiento, y espero que te busques el mejor.

Sabía que eso sería un anzuelo irresistible para él. Era una de esas personas frugales que sienten el secreto deseo de malgastar. El hecho de poder hacerlo a expensas de otra persona le permitiría satisfacer sus dos necesidades.

Mi querida amiga y Reina:

Tras una terrible travesía por mar y un recorrido no menos desagradable

por el Tíber en una pequeña embarcación, soportando los malos olores del embarcadero, puedo atestiguar que estamos efectivamente en Roma. ¡Nunca he apreciado Alejandría tanto como ahora que he visto Roma!

Me he buscado una casa muy lujosa —recuerda que tú me dijiste que lo hiciera—, pero uno de los horrores de Roma es que los pobres y los ricos viven los unos al lado de los otros, y por este motivo la casa de al lado está ocupada por unos moradores tremendamente desagradables. Estoy seguro de que aquí tendría ocasión de practicar una medicina de lo más insólita, ¡pero no, gracias! No tengo el menor interés en contraer enfermedades de la piel y llenarme de piojos.

Tras hacer averiguaciones en el Hospital de Asclepio de la Isla Tiberina, he podido entrar en contacto con un médico militar retirado que es un gran maestro de la nueva ciencia. Todos los que son alguien en esta disciplina han aprendido a su lado. Ha tenido la amabilidad de aceptarme, y traduce del latín al griego con gran soltura. Por consiguiente, tengo que darte las gracias por haber insistido en que viniera, aunque yo no sea más que un apéndice de tus planes y maquinaciones.

En cuanto a eso, puedo comunicarte que tu adivino Hunefer se ha ido a casa de Antonio cumpliendo tus instrucciones. Todo fue muy fácil, pues los egipcios de la ciudad suelen reunirse en las inmediaciones del mercado de verduras y allí se intercambian información sobre el servicio en las casas de Roma. En su calidad de astrólogo alejandrino, no tuvo ninguna dificultad en introducirse en la casa de Antonio. Allí deslizará tus consejos en los oídos de Antonio. Llevo aquí el tiempo suficiente como para haber averiguado que el hecho de que Antonio sea el padre de tus hijos ha sido para él un motivo de vergüenza en Roma, y dicen que Octavio estuvo a punto de sufrir un ataque. Tal vez para compensarlo corren rumores de que Octavia está embarazada. Ya me despido. No olvides el brebaje de cerafolio. Ya sabes que fortalece la sangre.

Tu servidor y amigo, Olimpo

¡Octavia embarazada! El horrible sueño... debía de tener una parte de verdad. Sentí que la furia me circulaba por las venas, una furia que ni siquiera era racional. Sabía que estaban casados y sabía lo que hacían los casados. Casi me enfadé conmigo misma por el hecho de enfadarme.

Aparté la carta a un lado. O sea que Olimpo no había perdido el tiempo desde que llegara allí. ¿Qué más quería?

¿Que nuestros hijos le habían hecho pasar vergüenza a Antonio en Roma? Mejor. Que Octavio se fastidiara, que lo pensara y sufriera, como yo estaba

sufriendo por culpa de aquel sueño.

 Mi naturaleza era por lo menos tan fuerte como la de Octavio. Que ganara el mejor.

Mi regia protectora:

Saludos de alguien que se está convirtiendo en un experto en toda suerte de cosas, desde el arte de coser pequeñas heridas de los párpados usando cabellos de mujer hasta la compresión de los vasos sanguíneos y la amputación de miembros. Estoy aprendiendo también el método para cerrar los grandes agujeros de la piel, como por ejemplo los de una úlcera, cortando dos colgajos en cada lado y cosiéndolos después por encima. Pero no quiero molestarte con las descripciones de estas heridas, que generalmente son tan repulsivas. Sé que prefieres otros aspectos más atractivos de los sentidos.

Aquí ha causado gran revuelo la paz que Octavio y Antonio han concertado con Sexto y el tratado que han firmado con él en Miseno. Dudo que pueda durar. Acaban de apartar a Lépido casi hasta el extremo de obligarle a retirarse, y no es probable que lo sustituyan por otro con quien tengan que repartirse el poder. Pero de momento los cereales han vuelto a Roma y eso ha calmado el malestar de la gente contra Octavio. La gente tiene muy mala memoria; en general sólo alcanza hasta la última comida.

Octavio y Antonio han estado ocupados con sus deberes conyugales. El embarazo de Octavia es cierto, y ahora parece que Escribonia también está embarazada; prácticamente las dos al mismo tiempo. Qué noche más tórrida debió haber en Roma hace poco. Las mismas constelaciones debieron de permanecer en suspenso sobre las alcobas, dando el mismo horóscopo a la prole. El futuro será muy interesante.

Y hablando de horóscopos, Hunefer dice que Antonio le consulta con regularidad. Por lo visto cada vez que Antonio jugaba a los dados o hacía apuestas contra su querido cuñado. Octavio siempre ganaba. Hunefer ha aprovechado la ocasión para decirle que su noble espíritu siempre será vencido por la buena suerte de Octavio, y que por este motivo le conviene mantenerse apartado de él.

El veneno —perdóname el símil— está siendo vertido en los oídos de Antonio. No creo que tarde en aparecer por nuestras tierras. Antonio ya ha enviado al general Baso a Siria para que les dé a los partos un vapuleo preliminar. Dale a los niños unas palmaditas en la cabeza de mi parte y suéltale un pescozón a Mardo como insista en seguir comiendo las natillas que yo le desaconsejé. Se ha puesto demasiado gordo y puedes decírselo de mi parte. Se lo dije antes de irme.

Cuídate y no dejes que se turben tus pensamientos.

Tu fidelísimo Olimpo

Me estaba cuidando, pero lo de no permitir que se turbaran mis pensamientos ya no era tan fácil. Estaba inquieta y descontenta, no podía aceptar la situación en la que me encontraba, pero no tenía muy claro qué otra cosa hubiera preferido en su lugar. Envidiaba a Antonio porque lo tenía todo. Podía acostarse con quien quisiera con el beneplácito del mundo, ¡todo por el bien de Roma! Tenía territorios que conquistar y una campaña pendiente contra la Partia.

Hubiera tenido que alegrarme de estar libre de todo aquello, de la paz y la prosperidad de mi país, de la salud de mis hijos e incluso de la tranquila vida que llevaba. Y me alegraba. Pero dentro de mí había algo que casi me inducía a desear los problemas con que se enfrentaba Antonio.

No me gustaba estar me quieta, y en mi fuero interno yo también era una guerrera.

Mi estimadísima reina Cleopatra:

Perdóname que te escriba esta carta tan breve pero considero que debes saber lo que Antonio anda diciendo, pues se refiere a ti. Tal como ya te dije, Octavio se molestó mucho por los hijos que le has dado a Antonio —que ahora es su amadísimo cuñado— y no lo ocultó. Dicen que en un reciente banquete en el que ambos estaban agasajando a unos enviados de Chipre y Creta —en presencia de sus embarazadas esposas—, Octavio comentó que era una pena que Antonio hubiera sido tan imprudente y hubiera permitido que ocurriera tal cosa. Entonces Antonio posó la copa y dijo con sonora voz: «La mejor manera de extender la sangre noble por todo el mundo es engendrar por todas partes un nuevo linaje de reyes. Mi propio antepasado fue engendrado por Hércules de esta manera. Hércules no limitaba sus esperanzas a un solo vientre. No temía las leyes de Solón contra la fornicación y el adulterio. No temía que llevaran la cuenta de sus fornicios. Dejaba que la naturaleza actuara libremente en todas partes, y de esta manera fundó todas las estirpes que pudo.»

Me avergoncé por ti cuando lo supe. Comprendí que tenía que decírtelo inmediatamente. Cuando pienso en lo que sufrí como consecuencia de sus imitaciones de Hércules... Nadie que hubiera visto lo que yo vi podría hablar así. Mejor que yo no estuviera presente, porque te juro por Zeus que a esta hora ya no estaría en la tierra. Puede que yo no maneje la espada tan bien como él, pero hay muchas otras maneras de morir. Ya recuerdas mi jardín.

¿Era el mismo Antonio que me había jurado amor eterno y que me había escrito aquella carta tan apenada? Ya estaba otra vez intentado complacer a

Octavio. «Se apropia de la naturaleza más fuerte que tiene más cerca.» Sus palabras me habían dejado reducida a una reproductora, a un campo donde sembrar su dionisiaca semilla. Estaba claro que lo había dicho para complacer a los dos Ocs, Octavio y Octavia.

Jamás contesté a la carta de Antonio. ¿Sería ésa su venganza?

Pero yo sabía que Antonio no era un hombre vengativo. Si acaso, era justo lo contrario.

¡Tenía que apartarse cuanto antes de Octavio! Su ingenio y su capacidad de juicio se estaban deteriorando. Sin embargo, dondequiera que fuera siempre llevaría consigo una parte de Octavio. Yo había colocado a un astrólogo en su casa, pero Octavio había hecho mucho más que eso; había colocado en su lecho a un acérrimo partidario suyo, su fiel y obediente hermana.

Octavio. El nombre no bastaba para abarcarnos a los dos. Pero yo no podía compartir Antonio con él.

Mis ojos se desviaron hacia el rincón de la estancia en el que descansaban una lanza y un yelmo de Antonio. Eran cosas que solíamos intercambiar cuando nos disfrazábamos. Antonio los había dejado olvidados allí cuando se fue a Tiro. Eran su recordatorio visible y yo pensaba regalárselos a Alejandro algún día como herencia de su padre, de la misma manera que pensaba regalarle a Cesarión el colgante del suyo.

Ahora ambas cosas mostraban un aspecto polvoriento y olvidado. Antonio no las habría echado en falta o en todo caso era demasiado orgulloso como para pedirme que se las devolviera. Me acerqué a ellas y las acaricié. ¿Hay algo más fuera de lugar que los pertrechos de la batalla en una estancia, en tiempo de paz? Tendría que guardarlos en otro sitio.

«Oh, Antonio. Hubiera preferido ser la que se va y no la que se queda, como estas armas abandonadas», pensé.

Gobernaría yo sola. Era el destino que me había tocado en suerte. Con una mano rocé la lanza y con la otra acaricié el medallón que me había vuelto a poner: vestigios de los hombres que me habían dado sus herederos.

Mi amadísima Reina:

Permíteme que sea yo quien te anuncie el nacimiento de la hija de Octavia. Se acabó el hijo de la Edad de Oro, el mesías romano. Es todo lo que ha dado de sí Virgilio. Escribonia no tardará en dar a luz, pero dicen que Octavio quiere divorciarse de ella. Eso sólo puede significar una cosa: que se está preparando para emprender una guerra contra Sexto a pesar del tratado. Es algo de lo que nunca dudé. Los tratados sólo le sirven a Octavio para dar largas mientras se prepara para quebrantarlos.

Ah, Herodes ha llegado a Roma. Ha sido cordialmente recibido por ambos hombres. De simple gobernador de Galilea que era, lo han elevado a Rey de

Judea. Ahora queda el pequeño detalle de expulsar a los partos del reino de Herodes para que éste pueda ascender a su trono.

Continúa veinte días después:

Escribonia le ha dado una hija a Octavio. (¿Recuerdas que te dije que iban a tener el mismo horóscopo?) ¡Y al día siguiente Octavio se divorció de ella! ¡Qué hombre tan amable y considerado! Y ahora se vuelve a casar, ¿con quién? ¡Agárrate! Es una mujer que está casada y cuyo complaciente esposo se divorciará de ella a pesar de que está a punto de dar a luz. Me parece monstruoso. La verdad es que ya no aguanto más en Roma. Antonio no tardará en trasladar su cuartel general a Atenas y yo haré el viaje en el mismo barco. Hace mucho tiempo que deseaba visitar Atenas, y desde allí podré regresar a Egipto sin dificultad.

Quiero contarte más cosas sobre la prometida de Octavio. Al parecer se ha enamorado locamente de ella, pero yo lo dudo bastante. El hecho de que la prometida pertenezca a una de las familias más antiguas y aristocráticas de Roma y de que Octavio necesite ganar partidarios en este bando me hace sospechar el origen de su repentina pasión. Se llama Livia y es hija del ferviente republicano Livio Druso, que se suicidó después de la batalla de Filipos. Es también la esposa de Tiberio Claudio Nerón, un enemigo político de Octavio, que acaba de reconciliarse con él después del tratado de Miseno. Menudo golpe. Uno a uno y poquito a poquito. Octavio va tranquilizando, neutralizando y pulverizando a sus enemigos. Al final, no quedará ni uno y él será rey supremo de todo el mundo y se sentará a horcajadas encima de él, con sus delgadas piernas de palillo.

¡Atenas, ya voy! ¡Ya basta de Roma! He hecho aquí todo lo que he podido por ti, pero con la partida de Antonio termina mi misión. La ciudad huele que apesta, y no sólo porque haya que hacer una buena limpieza en la Cloaca Máxima.

A la más encumbrada reina Cleopatra:

¡Qué alivio haber llegado a Atenas! Qué claro y hermoso me parece todo después de la letrina de Roma. ¡Cómo resplandece la Acrópolis bajo la dorada luz del sol! Verdaderamente, todo lo mejor que hay tanto de día como de noche encuentra acomodo aquí. ¡Ya puedo respirar! La ciudad conserva su antigua belleza, y las oscuras columnas de los cipreses al lado de las acanaladas columnas que hay por doquier hacen que hasta mi cínico espíritu experimente una profunda sensación de paz.

Parece que Atenas aprecia a Antonio y le ha devuelto su lado mejor. Quizá

tú tienes razón, se comporta mucho mejor cuanto más se aleja de Octavio. Algún día puede que llegue a entender lo que tú viste en él. Pero para eso falta todavía mucho tiempo. Han organizado festejos en su honor, y tanto él como su mujer han sido proclamados dioses. Incluso se prestó a tomar parte en una extraña ceremonia de matrimonio con la diosa Atenea. Viste al estilo griego. (Sí, como siempre, se apropia de lo que tiene más cerca.) Cuando al final se recupere de toda esta serie de absurdas pero vistosas ceremonias, dicen que tiene intención de reorganizar algunos territorios orientales y prepararse para la guerra.

En cuanto a mí, Atenas me parece interesante como versión de Alejandría. Es nuestra ciudad—madre, aunque haya sido eclipsada por su hija. Siempre hay que respetar a la madre.

¡Confío en que tus hijos sigan esta máxima!

Tu fiel servidor y amigo, Olimpo

Yo siempre había deseado visitar Atenas.

Ahora envidiaba una vez más a Antonio porque estaba lejos de los aullidos de Octavio y del populacho romano y podría hacer lo que quisiera en aquella gran ciudad. A juzgar por lo que decía Olimpo, Antonio se encontraba a gusto en ella y los atenienses lo apreciaban.

Ahora que estaba más cerca de mí y dentro del ámbito de la esfera griega, mis pensamientos se sentían atraídos por él más a menudo. Su ausencia no era como la de César, cuyo vacío parecía llenar la tierra y mi propia vida. Y además la ausencia causada por la muerte es tan absoluta y despiadada que me había visto obligada a apartarme de ella y volverme hacia los vivos. La ausencia de Antonio era una falta de estímulo, un derrumbamiento de una dimensión añadida. La verdadera vida seguía adelante sin brechas ni contratiempos, aunque curiosamente monótona. Me dije que nadie había muerto jamás por falta de condimento, y que la comida insípida era tan nutritiva para el cuerpo como la que estaba aderezada con especias.

— ¡Vuelve Olimpo! —le dije a Cesarión—. ¿Has escrito los versos?

Había prometido escribirle unos versos de bienvenida.

— Sí, pero no me gustan —contestó. Me mostró el papiro donde los había escrito—. ¡Son unas palabras demasiado corrientes! ¡Yo quiero usar palabras especiales!

Eché un vistazo a la composición y me pareció que estaba muy bien hecha para ser obra de un niño de ocho años.

— Harás bien en recordar lo que decía tu padre a este respecto. Sus

escritos eran famosos por su claridad y su estilo. Decía: «Procura evitar la palabra extraña e insólita como un timonel evita las rocas.» O dicho de otro modo, apártate de ellas. Estoy segura de que apreciaría estos versos. —Se los devolví—. Sé que a Olimpo le van a encantar. Eleva mucho tiempo ausente, más de seis meses, estudiando medicina.

Y espiando, pensé.

— ¿Qué ha aprendido? ¿Puede volver a coser las cabezas cortadas?

Me eché a reír.

— Creo que eso no lo puede hacer nadie.

De lo contrario, alguien le hubiera vuelto a coser la cabeza a Cicerón y éste aún estaría proclamando a gritos las bondades de la República. Justo en aquel momento entraron los gemelos. Ya caminaban, todavía con paso inseguro, aunque cada día mejoraban. Cesarión hizo una mueca de hastío.

— Oh, ya están aquí. —Tomó el papiro y lo levantó en alto por encima de su cabeza para que no intentaran quitárselo. Después se puso de puntillas y me susurró al oído—: Cuando te pedí un hermano o una hermana, no pensaba que pudieran ser tan pesados. Lo único que hacen es gritar y romper cosas.

— Tienes que darles tiempo —dije—. Algún día seréis amigos. Y te darán alcance.

— Eso nunca. —Se apartó a un lado cuando uno de ellos alargó sus regordetes dedos para tirar de su túnica. Selene cayó de bruces al suelo y empezó a lloriquear—. ¿Lo ves? —añadió, mirándola con desdén mientras abandonaba la estancia—. ¡Qué pesados!

Olimpo se sorprendería de lo mucho que los gemelos habían cambiado en su ausencia. Habían crecido muy rápido y su estatura ya era la propia de los niños de su edad. Ambos poseían unos angelicales bucles dorados capaces de engañar a cualquiera. Los niños, sobre todo si son bien parecidos, pueden ser unos tiranos.

Olimpo regresó muy descansado, pero aun así se alegró de estar de vuelta y reanudar sus tareas. Había permanecido en Atenas justo hasta el último momento de la temporada de navegación porque estaba tan enamorado de la suave luz de la ciudad que apenas se había dado cuenta de que el invierno no tardaría en llegar. En nuestros aposentos privados, Cesarión le recitó los versos de bienvenida que se había aprendido de memoria y después los leyó en un titubeante egipcio. Los gemelos estaban tan excitados que no paraban de brincar y gritar.

— ¡Qué alboroto! —exclamó Olimpo—. ¿Dónde está el ideal clásico de la armonía y el orden? Esto es claramente dionisiaco. —Se inclinó hacia delante para darme un beso en la mejilla y aplaudió los esfuerzos literarios de Cesarión. Finalmente se agachó para examinar a los gemelos—. Tienen un aspecto muy saludable. Les debes de dar ambrosía, el alimento de los dioses, para que hayan crecido tanto. Antonio se sentiría orgulloso si los viera.

«Pero no los verá —fueron los pensamientos que yo leí en la tensa línea de sus labios—. Vuestra despedida tiene que ser definitiva, después de los insultos.»

— Me proteges demasiado —le dije, respondiendo a sus pensamientos más que a sus palabras. Pero es lo que suele ocurrir entre los viejos amigos—. Puedo arreglármelas yo sola. —En cuanto pude quitarme de encima a los niños, me aparté con él—. ¿Cuáles fueron las últimas noticias que averiguaste antes de zarpar?

— En realidad casi ninguna —contestó—. Antonio y Octavia pasarán el invierno en Atenas, donde él organizará las provincias de Oriente con vistas a sus campañas. Todo está tranquilo. No se sabe cuándo piensa lanzar el ataque contra la Partia. No creo que sea muy fácil tenerlo todo preparado para la primavera que viene porque hay que pertrechar un ejército enorme. Ah, te he traído esto. Pensé que te gustaría verlo. —Tomó mi mano, y con lentos y deliberados movimientos depositó en ella una moneda—. Una nueva emisión.

Abrí la palma de mi mano y contemplé su resplandeciente belleza. Era un ureo, una moneda de oro con los bustos de Antonio y Octavia. ¡O sea que estaba acuñando moneda con el busto de su mujer! Me puse furiosa, justamente lo que Olimpo pretendía.

Como si quisiera disimular su descarada provocación, sacó al instante otra moneda.

— Pensé que te haría gracia.

La sostuvo entre el índice y el pulgar y le dio la vuelta.

— Venga, dámela.

La tomé y vi que era un denario en el que aparecía representado Pompeyo, el padre de Sexto, con un tridente y un delfín en una cara, y una galera de guerra con las velas desplegadas en la otra.

— ¿Y eso qué significa? —pregunté. Me parecía una tontería.

— Sexto anda diciendo ahora que es hijo de Neptuno. Mezcla la verdadera memoria de su verdadero padre con su dominio de los mares y lo convierte en un dios. Se lo toma muy en serio y el pueblo de Roma también. La gente lanzó entusiastas vítores y aclamaciones cuando una estatua de Neptuno fue llevada en triunfo en un carro junto con las de los restantes dioses durante la celebración de unas carreras. Cuando Antonio y Octavio la mandaron retirar, poco faltó para que se produjeran violentos disturbios. Ahora Sexto lleva una capa azul en honor de su «padre».

— Eso es hacer el ridículo —dije. No comprendía que alguien le pudiera hacer caso.

— Bueno, es que hoy en día todo el mundo es un dios o el hijo de un dios. Yo no sé de quién podría ser hijo.

— De Asclepio, naturalmente —dije.

— No es muy importante... Al principio era un ser mortal.

— Por algo se empieza —dije.

Estaba deseando que terminara la conversación. Me alegraba del regreso de Olimpo, pero estaba furiosa y quería quedarme a solas para examinar las monedas.

UNA tarde de primavera en que estábamos sentados en el jardín, Cesarión me miró con aire pensativo.

— Estoy triste porque nunca puedo ver a mi padre —dijo en un susurro.

— Sí, yo también estoy triste —dije a mi vez.

— Bueno, pero por lo menos tú lo viste y lo puedes recordar. Murió cuando yo era todavía demasiado pequeño para tener recuerdos. ¿Se parecía de verdad al busto que hay en mi aposento?

Asentí con la cabeza.

— Sí. El arte romano es muy realista. Es una efigie muy lograda. Pero si aprendieras el latín, podrías leer sus obras. Sus escritos son muy famosos. Así lo podrías conocer; las personas nos hablan a través de lo que escriben.

— Pero sólo habla de batallas y de marchas; no dice nada de sí mismo.

— Sus batallas son él.

— Bueno, ya sabes lo que quiero decir. Él no escribía ensayos ni discursos como Cicerón. En eso se ve más cómo es la persona.

— Creo que también los escribió, pero no sé si se publicaron. Tal vez los tuviera entre sus papeles cuando murió. En tal caso, es posible que Antonio todavía los conserve o sepa dónde están. Se encargó de todo lo de la casa... después.

— Seguramente los dejó en Roma, y Mardo dice que jamás volverá a Roma, que Octavio lo ha echado y no permitirá que vuelva.

— ¡Eso es mentira! Puede regresar cuando quiera. Pero ¿por qué iba a hacerlo antes de derrotar a los partos? Cuando termine podrá regresar a Roma como gobernante y echar a Octavio.

Cesarión se encogió de hombros.

— Mardo dice que Octavio le dijo que volviera a Italia, pero después se negó a reunirse con él. Mardo dice que eso obligará a retrasar la campaña de Antonio contra los partos por lo menos un año. Mardo dice que eso es lo que él quería... Octavio, quiero decir.

— Veo que a Mardo le gusta mucho hablar —dije jovialmente—. Es cierto que Octavio le pidió a Antonio que volviera con sus barcos a Italia para ayudarlo en la guerra contra Sexto y que después cambió de idea. Pero eso no retrasará la campaña de Antonio contra la Partia. Su general Baso ha expulsado a los partos de Siria y los ha empujado de nuevo al otro lado del Éufrates. Ahora puede empezar la verdadera campaña.

— Muy bien. Ahora creo que ya debe de estar preparado para luchar.

— ¿Te ha dicho Mardo también que Octavio ha sido repetidamente derrotado por Sexto? Estuvo a punto de ahogarse mientras combatía contra él; su flota sufrió un naufragio en el estrecho de Mesina. Desde su roca, Escila estuvo a punto de devorar a Octavio, que a duras penas consiguió alcanzar la orilla a nado y salvarse.

«Pero él siempre consigue alcanzar la orilla a nado y salvarse —pensé—. Alcanza la orilla a nado, descansa y recupera fuerzas.»

— No, no me ha dicho nada —reconoció Cesarión.

— Octavio pierde tan a menudo que la gente se lo toma a broma —dije—. Los romanos incluso han compuesto unos versos sobre él: «Ha perdido la flota y ha perdido dos veces la batalla. Algún día ganará; ¿por qué si no sigue echando los dados?»

— Veo que sabes muchas cosas sobre él —dijo Cesarión.

— Tengo empeño en saberlo todo —contesté.

«Algún día ganará; ¿por qué si no sigue echando los dados?»

Me estremecí a pesar de los cálidos rayos del sol.

— Ven —le dije, acompañándolo a un umbroso emparrado. Quería cambiar de tema y buscar una distracción en la comida que nos esperaba.

Aquella primavera hubo varios acontecimientos que celebrar. Primero, el décimo aniversario de Cesarión. Después, la repentina boda de Olimpo con una discreta y apacible mujer muy aficionada a los estudios. Epafrodito nos comunicó la venturosa noticia de que las cosechas habían superado todas las previsiones gracias a la crecida del Nilo y a la reciente limpieza de los canales, y de que nuestras exportaciones de vidrio y papiro iban viento en popa. La reconstrucción de mi flota ya estaba casi terminada, con doscientos nuevos barcos. Los embajadores de todos los países de Oriente acudían en tropel a cortejarnos. Yo había podido efectuar una nueva emisión de moneda con más contenido de plata. Tenía un montón de monedas sobre la mesa como orgullosa muestra de nuestra buena fortuna. Egipto no sólo estaba sobreviviendo sino que incluso prosperaba.

Mardo tomó una y la examinó con semblante satisfecho.

— No hay peso más agradable que el de una gruesa moneda de plata... a no ser que sea el de una moneda de oro.

Lucía una elegante túnica de seda y unas pulseras de oro macizo que le adornaban los antebrazos.

— Me podrías dar las pulseras para que las fundiéramos —le dije.

Se echó a reír y cruzó los brazos para protegerlas.

— ¡Eso nunca!

Epafrodito tomó una moneda y la estudió detenidamente.

— Debemos de ser la envidia de los romanos —dijo—. Últimamente han tenido que rebajar el contenido de plata de sus monedas, porque la amenaza de Sexto podría poner en peligro los suministros de víveres. De hecho, mientras Sexto anda de un lado para otro sin que nadie le pare los pies, ellos temen que toda su economía se resienta.

— Hasta Antonio está sufriendo los efectos de la situación —dijo Mardo—. Lejos de Roma, también él ha tenido que rebajar el contenido de plata de sus monedas.

O sea que ahora el rostro de Octavia brillaría en una moneda que tendría más cobre que plata. ¡Qué pena! Cubrí mis monedas con las manos en gesto posesivo. Si Egipto era fuerte y próspero era gracias a mi política y a los buenos ministros que tenía.

— ¡Ah, aquí está el flamante esposo! —exclamé, saludando la llegada de Olimpo—. Todos te felicitamos.

Se me antojaba un poco extraño que ahora estuviera casado. Era el primero de mis íntimos colaboradores que se casaba. Cierto que yo llevaba años aconsejándole que lo hiciera, pero ahora que se había casado me preguntaba si su mujer sería digna de él y lo comprendería. Esperaba que no se enfrascara tanto en sus manuscritos como se enfrascaban algunas mujeres en sus cocinas. Todos los excesos eran malos. Recordaba que Olimpo había dicho una vez: «Sólo hay una cosa más aburrida que una persona estúpida, y es una persona pedante.»

— Sí, he entrado en el venturoso reino —dijo. ¿Lo había dicho en tono irónico?—. ¡Vamos, dadme un poco de vino!

— Porque el matrimonio da mucha sed, ¿verdad? —preguntó Mardo con sorna.

— Eso lo dices tú, no yo —contestó Olimpo, apurando una copa.

Se me ocurrió pensar que mientras Olimpo conocía una indecorosa parte de esta faceta de mi vida, yo en cambio jamás conocería nada de la suya. El jamás la compartiría conmigo, como yo me había visto obligada a compartir la mía con él: un extraño privilegio del que sólo gozaban los médicos. Esto no bastó sin embargo para que disminuyera mi curiosidad.

— ¿Se reunirá Dorcas con nosotros más tarde? —pregunté. Aún no la conocía.

— No, está en la Biblioteca. Y además tú no la invitaste.

— Eso son figuraciones tuyas. La invitación era para los dos, naturalmente.

— Se lo diré más tarde.

Me pregunté por qué no habría querido llevarla, pero ya lo averiguaría a su debido tiempo. Todo se averigua en su momento.

— Me complace estar rodeada de todo aquello que una reina pudiera desear —dije, levantando la voz para que me prestaran atención—. En eso soy rica. Tengo los mejores y los más leales ministros del mundo y un hijo del que

cualquier madre se sentiría orgullosa y que cualquier reina desearía como sucesor. —Cesarión sonrió ruborizado—. Por favor, alegrémonos juntos.

Hice una seña a los criados y éstos empezaron a pasar copas de vino y bandejas de exquisitos manjares.

A la primera ocasión que tuvo, Mardo me dijo en un susurro:

— Acaban de llegar unos partos, pidiendo una alianza.

— ¿Son embajadores oficiales o ciudadanos privados? —pregunté.

— Ciudadanos —contestó Mardo—. Dicen que han sido enviados para tantear la situación, y que en caso de que la respuesta sea favorable se enviarán embajadores con un ofrecimiento oficial.

— ¡La Partia! —exclamé—. Me sorprende. ¿Crees que han venido a espiar porque pretenden atacarnos?

Estaban demasiado lejos como para que les interesaran las alianzas, pensé, pero no lo suficiente como para no albergar propósitos de conquista.

— No, creo que están a la defensiva por el previsto ataque romano y que andan buscando ayuda donde sea. A lo mejor lo ven todo blanco o negro: Roma, el Occidente, contra Oriente. Muchas personas lo ven así. ¿Se equivocan?

— Tal vez no.

A lo mejor todo era muy sencillo. Los romanos, que eran el Occidente, proseguirían su expansión hacia Oriente hasta que tropezaran con una piedra, ¿los partos?, ¿los indios? ¿Avanzarían como las olas del océano hasta que finalmente encontraran una barrera?

— ¿Quieres recibirlos en audiencia o quieres que los despida? —me preguntó Mardo.

Estuve tentada de recibirlos. En algún momento había acariciado la idea de una alianza oriental. Me atraía la idea de aliarme con Nubia, Arabia, la Partia, la Media y tal vez incluso los pueblos del flanco meridional del Parapamisos y hacer un frente común contra los romanos.

Pero a la fría luz de la razón, la idea no se sostenía en pie.

Egipto estaba situado demasiado al oeste, separado de todas aquellas tierras por un anillo de provincias romanas: Siria, Asia, el Ponto y los reinos clientes todavía no del todo digeridos, como Judea y Armenia. Estábamos aislados, y obligados por tanto a tratar directamente con los romanos y a llegar a un acuerdo con ellos.

— Despídelos —contesté—, pero primero escucha sus propuestas. Entérate de cuáles son sus posibilidades contra los romanos. Averigua cuál es su situación militar, y después envíalos de nuevo a Fraaspa, Ecbatana, Susa o la ciudad de donde procedan.

— Creo que vienen de Ecbatana —dijo Mardo, ajustándose la pulsera del brazo izquierdo—. Es el camino más prudente. Mantenerse a distancia. No

concertar alianzas. No hacer promesas.

— Con cuánta facilidad olvidas —replique—. Ya hemos concertado una alianza. Somos Amigos y Aliados del Pueblo de Roma. Yo cumplo mi palabra —añadí—. Si la alianza se tiene que romper, tendrá que hacerlo la otra parte.

Era un pundonor que yo tenía, extraño y tal vez insensato, pero era mi código de honor personal. ¿Por qué me burlaba entonces de la lealtad de Antonio para con el Triunvirato?

Porque, no se puede ser leal a una persona desleal, me contesté yo misma, y Octavio es desleal. Excepto con su propia ambición.

A su regreso a Roma, Octavio había hecho una declaración de intenciones: «Quiera el destino que me sea dado alcanzar los honores y la posición de mi padre, que por derecho me corresponden.» Todos se rieron o no prestaron la debida atención a sus palabras. ¡Qué ciegos! Sí, mantendría mi alianza con Roma, pero con los ojos muy abiertos. En realidad yo me mantenía fiel a mi alianza con César y con Antonio.

— Contad vuestra historia —dijo Mardo, empujando a los hombres hacia delante.

Los había acompañado a la sala de las audiencias, donde permanecían temerosamente agrupados.

Se acercaron a mí con paso vacilante.

— Podéis acercaros sin temor —les dijo Mardo.

— Vamos a ver, ¿qué es lo que deseáis decirme? —les pregunté.

— Nosotros... el supervisor de los muelles dijo que desearías ser informada personalmente —contestó uno de los hombres.

— Sobre qué.

— Soy... mejor dicho, era... capitán de uno de los barcos de transporte de cereales. En esta época del año transportamos a Roma grandes cantidades de trigo. ¡Fuimos atacados frente a las costas de Sicilia y despojados no sólo de nuestro cargamento sino también de nuestro barco! ¡Debo decirte que semejante acto de piratería contra un barco tan grande es algo que no tiene precedentes! Sexto domina los mares. Nada está a salvo entre aquí y Roma.

— ¿Has perdido el barco?

— Sí, me lo quitaron. No pude impedirlo.

— ¿No tenías soldados a bordo?

— Sí, unos cuantos, pero en los barcos de transporte de cereales no hay espacio para muchos hombres. —El capitán lanzó un suspiro—. Toda la inversión que hice, todas las propiedades de mi familia... lo he perdido todo.

— Te indemnizaré —le dije—, pero dame un poco más de información. Por lo que dices, Roma se debe de estar muriendo de hambre.

— Es muy probable. Cuando Sexto me dejó en libertad, y estoy seguro de que era él porque nos vimos cara a cara me dijo que Octavio le había pedido ayuda a Antonio. «Pero no hay ayuda que valga contra mí —me dijo textualmente—. Lo aplasté una vez y lo volveré a aplastar por muchos barcos que Antonio le envíe. El dogal se irá estrechando alrededor de su cuello hasta que tenga que suplicar compasión.»

— ¿Ha pedido ayuda a Antonio?

— Eso dijo Sexto. Se burló diciendo que los dos lo iban a pagar. Antonio tendría que aplazar su ataque contra la Partia y Octavio dejaría al descubierto su debilidad y provocaría la ira de los romanos. No se sabe muy bien lo que busca Sexto, aparte de perjudicar a los demás.

Al parecer, ésa era su mayor aspiración. Qué triste destino para el hijo mayor de Pompeyo Magno.

— Conseguimos que otro navío mercante nos llevara a casa a cambio de nuestro trabajo a bordo —explicó otro hombre—. El capitán de aquel barco nos dijo que Agripa se había puesto al frente de los preparativos secretos de la guerra contra Sexto. No sabía nada acerca de ellos, aparte de que se tiene prevista una impresionante hazaña de ingeniería militar.

Agripa, el amigo de Octavio, se había convertido ahora en su general preferido. Me pregunté qué «secretas» medidas podría tomar contra Sexto.

— Bueno —dije al final—, lamento mucho vuestras pérdidas e intentaré compensarlas. No estamos en guerra y no hay razón para que tengáis que sufrir sus penalidades.

Cuando se retiraron, no pude por menos que esbozar una leve sonrisa. Octavio no sabía qué hacer y se había visto obligado a pedir ayuda a Antonio.

Tardamos varios meses en colocar en su sitio todas las piezas del mosaico. Aquí las expongo para que muestren la imagen de lo que ocurrió a continuación. Bastará un breve resumen.

Antonio, obediente a la llamada, se hizo a la mar rumbo a Tarento, desde donde Octavio lo había llamado, presa del pánico. Llevaba trescientos barcos. Para su asombro, Octavio no se reunió con él. Al parecer, el presunto César lo había pensado mejor, pues temía lo que había dicho Sexto, es decir, que la petición de ayuda exterior dejara al descubierto su propia debilidad. Prefería apoyarse en Agripa y en sus planes secretos; no quería compartir ninguna gloria con Antonio.

Éste, furioso con Octavio, estaba a punto de romper finalmente con él, pero Octavia actuó de mediadora entre ambos. Les dijo entre lloros que se sentiría la más desdichada de las mujeres si se produjera una ruptura entre las dos personas que ella más quería: su hermano y su esposo. Ambos se reunieron a regañadientes y firmaron otro tratado, el Tratado de Tarento, en virtud del cual el Triunvirato, que técnicamente ya había expirado, se renovaba por otros cinco años. Antonio tendría que ceder dos escuadras —ciento veinte barcos— para la

guerra contra Sexto. Y en una fecha posterior indeterminada, Octavio lo compensaría con veinte mil hombres para la guerra contra los partos. Antonio se fue, dejando los barcos, pero sin los soldados prometidos. La cita con Octavio había consumido buena parte del verano y le había costado otro año de retraso en el lanzamiento del ataque contra los partos. Por consiguiente, aquel tratado, como todos los de Octavio, sirvió para debilitar a Antonio. Este se alejó enfurecido.

Ya era muy tarde. Me había quedado leyendo más allá de mi hora habitual de dormir. Estaba tendida sobre los almohadones, con la cabeza apoyada en un cojín y los pies cubiertos con una manta ligera. Las lámparas goteaban debido a la brisa que penetraba a través de la ventana y que ya estaba empezando a adquirir fuerza para el inminente otoño. Era una noche propicia para las apariciones, una noche en que el mar de abajo gemía y murmuraba.

Al principio no estuve muy segura de si habían llamado a la puerta. Era demasiado tarde para eso. Pero oí que volvían a llamar y dije:

— Adelante.

Vi entrar a Mardo con la mole de su cuerpo envuelta en un chal.

— Perdóname —dijo—, pero he pensado que querrías enterarte inmediatamente de la noticia. Antonio ha enviado a Octavia a Roma. Cuando en su travesía de regreso al este, llegó a la isla de Corcira, de repente dijo que ella tenía que estar en Roma. Y la envió sin contemplaciones en el primer barco que hubo.

— Habrá sido por algún motivo justificado —dije.

— Bueno, ella está embarazada —dijo Mardo—, aunque él ya lo sabía cuando zarpó con ella. Hubiera podido dejarla en Italia ya de entrada. Habrá cambiado de parecer durante la travesía. —Mardo se pasó un buen rato mirándome a los ojos—. Sabes que te pediré que te reúnas con él. ¿Qué vas a hacer?

Si hubiera sido menos honrada conmigo misma que con Mardo hubiera dado una orgullosa respuesta evasiva. Pero me limité a decirle la verdad.

— No lo sé.

No me hacía ilusiones de lo que iba a ocurrir en caso de que le viera. Ni siquiera me molestaba en negármelo a mí misma. Con él yo era muy débil, débil como persona, no en relación con los intereses de mi país.

Pero Mardo me seguía mirando fijamente.

— ¿Tú le odias tanto como Olimpo? —le pregunté.

— No si tú lo amas. ¿Lo amas?

— Lo... amaba. Pero nos han ocurrido muchas cosas desde entonces. Me temo que ninguno de los dos es lo que era entonces. Los dos estamos llenos de cicatrices y somos más maduros. Él tiene que tomar unas decisiones que yo lamento; y sin duda yo he hecho lo mismo. Lo que hace cambiar a las personas hace cambiar también el amor.

Mardo se balanceó un poco sobre los talones.

— Una típica respuesta alejandrina, enrevesada, artificial e ingeniosa.

— Temo limitarme a decir sí o no, porque ambas cosas serían desagradables para mí —dije.

— Pues entonces, mi amadísima Reina, te dejo con tus pensamientos para el resto de la noche.

Inclinó la cabeza y se retiró con unos movimientos tan llenos de gracia como si se deslizara por el suelo.

¡Mis pensamientos para el resto de la noche! No me apetecía pasarme varias horas sola, pensando en la noticia de Mardo. Sabía que cualquier esperanza de sueño se había esfumado, pero no deseaba sustituirla por un examen de conciencia.

Me preparé para la cama como si esperara una noche normal de descanso, confiando en atraer a Morfeo, el dios del sueño, hacia mi lecho. Me pondría una finísima camisa de dormir y me frotaría las sienes con un poco de aceite de lino cuyo aroma era seductor y soporífero a la vez, seductor para Morfeo y soporífero para mí. Me cepillé el cabello como si lo hiciera Iras —a quien no llamaría porque no me apetecía hablar—, tocándolo y acariciándolo como si no me perteneciera. Me aseguré de que la estancia estuviera bien ventilada y dejé una lámpara de aceite encendida. Después me acosté.

Estiré los pies y me cubrí las piernas con una manta ligera, prohibiéndome pensar. Concentraría la mente en la imagen del puerto y contaría los mástiles de los barcos que allí estaban amarrados. Era algo que solía ser eficaz.

Pero, como es natural, aquella noche los barcos me hicieron pensar en Antonio, que había despachado a Octavia en un barco. En aquellos momentos ya debía de encontrarse a medio camino de Roma; yo me había enterado del despido antes que Octavio. Pero, ¿qué significaba realmente aquel gesto? Si Antonio estaba preparando la guerra contra los partos, quizás había pensado que, puesto que permanecería muchos meses ausente, lo mejor sería enviarla a ella a Roma para que estuviera con toda su patulea de hijos e hijastros: los tres que él tenía, los tres de Octavia y el que ambos tenían en común. A lo mejor había sido ella la que le había dicho que prefería regresar a Roma junto a sus hijos, por más que él le hubiera pedido que esperara en Atenas.

Lancé un suspiro y me volví de lado. Mis pies se enredaron con la manta y la arrojé al suelo. ¿Qué había dicho Mardo? «De repente dijo que ella tenía que estar en Roma. Y la envió sin contemplaciones en el primer barco que hubo.» Pero eso habría sido sin duda una interpretación personal. Podía haber razones perfectamente respetables para que Octavia se fuera. Aunque jamás lo había hecho en los tres años que llevaban juntos... Antonio se había escapado —¿por qué insistía en usar aquella frase?— sólo una vez, durante el asedio de Samasota con Baso. En todas las demás ocasiones ambos habían estado atados.

Estaba incómoda de lado y me tendí boca arriba. ¡Quiero dormir! Era yo la

que estaba atada a la cama, aherrojada, incapaz de encontrar una postura cómoda, incapaz de dormir, incapaz de levantarme y hacer algo, pero sobre todo incapaz de dejar de pensar.

El fresco aire me acarició la sudorosa espalda. Estaba tremendamente alterada. Lo cierto era que no deseaba que nada turbara mi árido y ordenado mundo. Lo gobernaba muy bien y él me correspondía generosamente. Sólo muy raras veces se presentaban noches como aquella —inquietas, hambrientas, llenas de preguntas—, un pequeño precio a pagar por mi falta de compañía íntima. Las noches podían ser así, pero los días me pertenecían por entero. No tenía que dar cuenta de mis actos a nadie, jamás tenía que llegar a ningún compromiso ni adaptarme a las exigencias o los caprichos de los demás. Me había acostumbrado a eso y hubiera lamentado tener que dejarlo.

Di otra vuelta en la cama. ¿Es que no habría manera de descansar? La cama y la ropa de la cama se me antojaban un instrumento de tortura. Había arrugado y retorcido las sábanas de tal manera que me sentía como un cocodrilo atrapado en ellas que no parara de dar vueltas.

«Sabes que te pedirá que te reúnas con él. ¿Qué vas a hacer?»

EL SEXTO ROLLO

ME encontraba de pie junto a la barandilla de la resguardada terraza de mis aposentos del palacio de Antioquía, contemplando el río Orontes que discurría directamente a mis pies. Ante mis ojos se extendía una vasta y fértil llanura que llegaba hasta el mar. La capital de la dinastía Seléucida, la antigua gran rival de los Lágidas, no era tan hermosa como Alejandría, pero no había nada que lo fuera.

Los Seléucidas habían desaparecido, derrotados por los romanos, y Pompeyo había convertido su tierra en una provincia romana; una lección para mí. Pero ellos jamás habían tenido las mismas oportunidades que yo: no había pasado por allí ningún gobernante romano con veleidades amorosas, no había habido ninguna reina con la edad y el temperamento adecuados. Uno echa mano de lo que tiene y yo había tenido mucha suerte con lo que el destino me había deparado.

Los Lágidas habíamos tenido brevemente en nuestro poder aquella ciudad; mi antepasado Tolomeo III había conquistado aquel territorio hasta el Éufrates y casi la India. Ahora cabía la posibilidad de que yo recuperara por influencia personal lo que ellos no habían logrado conservar con la guerra.

Una fresca brisa marina soplaba sobre la llanura; Antioquía era famosa por su privilegiada posición. Al otro lado de la ciudad se elevaba el monte Silpio, y su mellada sombra se extendía sobre las calles a primera hora de la mañana. En las laderas de la montaña se podían ver las villas de los ricos, unas manchas blancas en medio del verdor de las boscosas laderas. Sí, un lugar de belleza sin igual.

El viejo palacio de los Seléucidas era un enorme edificio construido en una isla del rápido Orontes. Había pedido y me habían concedido mis propios aposentos privados en palacio.

Antonio me había rogado que «me reuniera con él», pero a diferencia de otras veces lo había hecho en términos absolutamente personales.

«Ven a mí. No te lo ordeno como aliado, te lo suplico como alguien que te quiere. Trae a nuestros hijos... te lo ruego, déjame verlos», me escribió.

Había recibido la carta poco después de que se fuera Octavia, que probablemente aún estaría viajando cuando Antonio la escribió. Se había trasladado a Antioquía y se había instalado allí para preparar la campaña contra los partos; pasaría el invierno en la ciudad y en primavera se pondría en marcha con sus legiones.

Iría a Antioquía, pero esta vez no lo haría disfrazada sino con una larga lista de exigencias que él tendría que cumplir so pena de perder la alianza con Egipto. Sabía que ahora no querría dedicar sus esfuerzos a una acción militar contra nosotros, porque tal cosa habría retrasado todavía más su principal campaña y le habría hecho perder mucho tiempo y dinero. Nos necesitaba, y necesitaba que

nos estuviéramos quietos. No podía permitirse el lujo de volver la espalda a un enemigo en potencia mientras combatía contra un enemigo real.

No me llevé a mis hijos. Si Antonio quería verlos, sólo habría una manera: tendría que casarse conmigo. Y de una forma pública, no como César mediante un rito secreto en File. Me tendría que tomar por esposa en Oriente —¿qué me importaba Roma?— y reconocer a nuestros hijos como legítimos. No me importaba que no fuera legal en Roma. Ya estaba harta de aquellas excusas tanto por parte de César como de Antonio.

Y tendría que ceder a Egipto unos territorios ancestrales. Si, tendría que ofrecerme posesiones romanas como regalo de boda. No necesitaba joyas ni cosas por el estilo; me interesaban más los territorios. Y si él no estuviera de acuerdo con mis exigencias, me iría inmediatamente sin pasar ni un solo momento a solas con él. Todas aquellas decisiones habían hecho aceptable mi viaje.

En cuanto a mis sentimientos... Noche y día le pedía a Isis que me diera fuerzas para no dejarme dominar por ellos. «Cuando vuelva a verle —le decía—, ayúdame a no caer en la ignominia. Ayúdame a verle tan sólo como alguien con quien tengo que cerrar un trato político. No permitas que sucumba a las emociones, a no ser que él acceda a mis exigencias.»

Aún no le había visto. Llevaba dos días en el palacio y cada uno de nosotros esperaba que el otro lo llamara. Yo no tenía la menor intención de hacerlo, aunque tuviera que pasarme todo un mes sin verle. De hecho, al día siguiente pensaba salir a dar una vuelta para contemplar las bellezas de aquella famosa ciudad. Ya era hora de que lo hiciera.

Las sombras eran cada vez más alargadas y ya llegaban a las puertas del palacio. Más allá del horizonte el sol teñía el cielo de rojo y los pájaros regresaban volando a sus moradas.

Estaba a punto de retirarme a mis aposentos cuando se acercó un criado y me entregó una nota. Por fin. La desdoblé y la leí bajo la escasa luz.

«Me sentiría muy honrado si esta noche quisieras cenar conmigo en mis aposentos.» No decía nada más.

El muchacho estaba esperando con la cabeza ladeada.

— Puedes decirle a Antonio que la Reina acepta —le dije.

Ahora me encontraba de pie delante de la alta puerta de madera de cedro con tachones de bronce de la cámara de Antonio. Los Seléucidas eran muy aficionados a la ostentación, aunque los Lágidas tampoco les íbamos a la zaga. Pero teníamos mejor gusto que ellos. Era difícil asociar a Antonio con una puerta como aquélla, aunque tal vez fuera mejor que me reuniera con él en un lugar que no encerrara ningún recuerdo. Me ayudaría a afianzarme en el presente y a recordar lo que tenía que hacer.

Se abrió la puerta y vi una espaciosa sala con un techo tan alto que se perdía en las sombras, y en cuyas gigantescas vigas de madera ornamentada brillaban los mismos tachones de bronce que en la puerta. Al fondo, en una silla de

madera labrada, se hallaba sentada una figura que, pese a su poderosa estampa, quedaba empedregada por el monumental tamaño de todo lo que la rodeaba.

Habían transcurrido casi cuatro años desde la última vez que le viera, el mismo tiempo que había transcurrido desde la muerte de César cuando me trasladé a Tarso. ¿Qué habría sucedido si de repente hubiera vuelto a ver a César entonces? El impacto del encuentro después de una larga separación fue mucho más fuerte de lo que yo había imaginado. Pero al mismo tiempo lo fue mucho menos pues al fin y al cabo era sólo un hombre sentado en una silla.

Se levantó, y la capa cayó en airosos pliegues a su espalda. Después alargó el brazo en gesto de bienvenida.

— Saludos, mi muy amada Reina —me dijo con una voz que inmediatamente borró de mi mente cualquier otra cosa.

— Saludos, nobilísimo triunviro Antonio —contesté, acercándome y dejándome que tomara mi mano. La besó con cierta turbación. Había muy pocas personas en la estancia, pero eran demasiadas.

— Podéis retiraros —dijo Antonio, despidiendo a sus sirvientes—. Os llamaré cuando estemos preparados para la cena.

Mientras los sirvientes se retiraban, pensé que su ausencia agravaría la situación. Éramos dos figuras excesivamente minúsculas en aquel espacio vacío que parecía destinado a albergar un ejército, un ejército montado a lomos de elefantes. Todo parecía ampliado y yo tenía la sensación de que nuestras voces resonaban como un eco.

Una parte de mí lo miraba como si fuera un desconocido mientras que la otra parte lo veía tan conocido que me parecía fuera de lugar comportarme ceremoniosamente en su presencia. Fue una sensación tan extraña que no supe qué decir.

— Siéntate aquí —me pidió Antonio, empujando una silla hacia mí.

Debía de sentir exactamente lo mismo que yo. Volvió a acomodarse en su asiento, apoyó las manos en las rodillas y se me quedó mirando.

Se le veía más viejo. En los pocos instantes en que vemos a alguien después de una larga ausencia podemos detectar todos los cambios que se han producido en su rostro; después la impresión se desvanece y se confunde con los recuerdos que tenemos de aquella persona. Su cabello no era tan negro, tenía algunas hebras grises, pero era todavía muy abundante. Su rostro no era tan terso como antes sino que tenía unas arrugas en los ángulos de los ojos y en las mejillas. Los cambios no afeaban su aspecto sino que le conferían un aire más propio de un comandante.

— Estás más bella que nunca —me dijo por fin.

Estuve casi a punto de echarme a reír. Debía de haber estado observando mentalmente en mí los mismos cambios que yo había observado en él y, para negarlos, había soltado justo lo contrario de lo que pensaba.

— Eso quiere decir que has olvidado cómo era antes —comenté.

— No. ¡Nunca!

Me lo dijo con una cara tan seria que esta vez no me reí.

— Te juro...

— No es necesario —me apresuré a decir—. Nunca jures nada que no puedas demostrar. —Sabía que mi aspecto tenía que ser distinto, aunque mi espejo me aseguraba que el largo declive aún no había empezado—. Me mandaste llamar y aquí estoy —añadí, volviendo a la conversación formal.

No podía olvidar el propósito de mi visita ni dejarme atrapar en las redes de aquella reunión.

— ¿Y los niños? ¿Puedo verlos?

Su voz era desconfiadamente cortés.

— No los he traído. —Vi la decepción pintada en su rostro—. Quizá los puedas ver en Alejandría. ¿Cómo están tus otros hijos? ¿Podré verlos?

— No, yo... están en Roma.

— ¿Y el que todavía no ha nacido?

— De camino hacia Roma.

Estaba tratando de reprimir una sonrisa. Al final estalló en una carcajada.

Intenté no reírme, pero no pude evitarlo y me uní a sus risas.

— ¿El niño... y su madre... se van a quedar en Roma? —pregunté finalmente.

— Sí. Para siempre —me contestó.

— ¿Y tú?

¡Qué rápido había ido al grano! Y eso que no tenía ninguna intención de hacerlo.

— Yo me quedo aquí.

— ¿Para siempre?

— Eso depende.

— ¿De la Partia?

— En parte sí, y en parte de lo que pueda ocurrir en otros lugares —me contestó.

— No puedes permanecer lejos de Roma para siempre —le dije—, porque eso dejaría todo el poder en manos de Octavio.

— Por favor, te ruego que no me empieces a dar consejos políticos nada más llegar —me contestó en tono airado.

— Sí, ya lo sé, hace cuatro años que te las arreglas sin ellos. Y has visto

disminuidos tu poder y tu autoridad. Ahora tienes mucho menos de lo que tenías cuando zarpaste rumbo a Tiro.

— ¡No quiero discutir! —me dijo levantando la voz—. ¡Esta noche no!

— ¿Mañana entonces?

No podía evitar pincharle.

— ¡No, mañana tampoco! ¡Ya basta! —chilló, llevándose las manos a las sienes.

Al oír su voz, uno de los sirvientes asomó la cabeza por una puerta lateral, pero Antonio le hizo señas de que se retirara.

— ¡Todavía no! —le gritó.

— Ni siquiera me has preguntado si tengo apetito. A lo mejor yo no deseo demorar la cena. Podríamos hablar mientras comemos.

— Sí, claro, perdón...

Parecía muy dispuesto a acceder a mis deseos. A lo mejor cuando se ponía de aquella manera, era el mejor momento para atacar.

Pero todavía no, pensó una parte de mí. No estoy preparada. Pero lo que realmente quería decir era que no estaba preparada para marcharme en caso de que la respuesta fuera que no. Necesitaba uno o dos días, después de haber viajado desde tan lejos. Uno o dos días para volver a acostumbrarme a aquel hombre que al fin y al cabo era el padre de mis hijos.

Nos sirvieron inmediatamente la cena durante la cual un ejército de criados nos ofreció un absurdo número de platos para sólo dos personas. Estábamos en una rica región agrícola y las verduras rellenas, la uva dulce como la miel y las aromáticas nueces asadas convertían el pescado sazonado y las delicadas ostras en un festín digno de los dioses. Un espléndido vino blanco de la cercana Laodicea del Mar se agitaba en nuestras copas de plata. Antonio, recostado en su triclinio, comió con apetito pero en silencio.

— Has dicho que podíamos hablar mientras comiéramos, pero no has abierto la boca —me dijo por fin.

— Perdóname —repliqué—, pero no se me ocurre ningún pensamiento que merezca la pena.

Me miró sonriendo y tomó un buen sorbo de vino mientras su bronceada garganta se movía al tragar. Aparté la mirada y bajé rápidamente los ojos al suelo de mármol oscuro.

— No me lo creo. Tú eres famosa por tu conversación. Vamos, habla.

Lo que tenía que decir no sería divertido. Lo diría más tarde.

— Háblame de tus preparativos para la guerra.

Me comentó gustosamente sus planes, copiados de César, para invadir la Partia por el norte a través de Armenia, evitando las desastrosas llanuras abiertas

que habían sido la desgracia de Craso. Me habló de sus lugartenientes en quienes confiaba, incluido el recién adquirido y fogoso Enobarbo. Mientras hablaba, su rostro se fue sonrojando de emoción. Estaba deseando emprender aquella campaña y se moría de impaciencia por empezarla. Tanto mejor para mí.

Como todos los soldados, no abrigaba el más mínimo temor de perder... o de morir. ¿Hubiera estado tan deseoso de empezar si hubiera pensado que al año siguiente por aquellas fechas estaría en un sepulcro? ¿Hubiera tenido tanta prisa? Sin embargo, una vez un hombre muy sabio me había explicado el Principio de los Noventa y Nueve Soldados. Era el siguiente: Si cien soldados se estuvieran preparando para la batalla del día siguiente y un adivino les dijera que noventa y nueve de ellos estaban destinados a morir, cada uno de los hombres se diría: «Lástima por los otros noventa y nueve.» Y yo sabía que era verdad, nada como aquel principio explicaba la naturaleza de los soldados. Ahora Antonio lo estaba demostrando en la práctica.

Una vez terminada la cena, me acompañó con aire indiferente a sus aposentos privados, tal como yo sabía que haría. No hizo ninguna insinuación ni lo expresó con palabras, se limitó a entrar con la mayor naturalidad del mundo, hablando como si tal cosa de sus tropas y sus pertrechos. Una vez dentro, despidió hábilmente a sus criados sin el menor comentario y nos quedamos solos, con la puerta cerrada.

Entonces se quitó la capa y se acercó ansiosamente a mí, apoyando las manos sobre mis hombros. Acto seguido se inclinó para darme un beso.

— Llevo cuatro años esperando este momento, siempre...

Pero yo aparté el rostro, alejando mis labios de los suyos. No podía permitir que me besara pues en tal caso hubiera estado perdida. Mi determinación se hubiera resquebrajado al contacto con sus labios. Aparté sus manos y me eché hacia atrás.

— ¿Y qué has estado esperando durante estos cuatro años? —pregunté—. ¿Que pudiéramos reanudar nuestra antigua vida? No podemos. Se han producido dos grandes cambios: yo te he dado dos hijos y tú te has convertido en el esposo de la hermana de Octavio; tu aliado político es ahora tu cuñado. La elegiste cuando eras libre de elegir otra cosa.

— No te entiendo...

— Pues entonces eso quiere decir que eres un estúpido, y yo sé que no lo eres. Eres un hombre consentido que siempre se sale con la suya, como un príncipe mimado de un pequeño reino que se comporta sin pensar y siempre se salva. Armaste un alboroto en Roma, pero César regresó a tiempo para salvar la situación. Dejaste que Fulvia emprendiera una desastrosa guerra en tu nombre, pero ella murió a tiempo para salvarte del castigo. Dejaste que Octavio te avasallara una y otra vez... y esta vez, ¿quién te va a salvar?

— ¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? —replicó, debatiéndose entre el desconcierto y la decepción.

— Tiene que ver por lo siguiente. Podemos reanudar nuestra vida en común... —su rostro se iluminó—, con estas condiciones. Te casarás conmigo. Públicamente. Te divorciarás de Octavia. Reconocerás a nuestros hijos como legítimos. Me cederás ciertos territorios, es decir, se los cederás a Egipto.

— ¿Y qué territorios serían, si se puede saber? —me preguntó fríamente.

— Mi ancestral territorio perdido de Fenicia, Judea, algunas partes de Siria, y la isla de Chipre, de la que se adueñaron los asesinos y que no nos ha sido devuelta en contra de tu promesa.

Pensaba que se reiría y diría que no, pero tras pensarlo un momento contestó:

— Judea no te la puedo conceder. Herodes es amigo mío y nuestra amistad se remonta a un tiempo en que tú y yo ni siquiera nos conocíamos. Es un valioso y fiel aliado. No quiero que se convierta en mi enemigo.

— ¿Prefieres que me convierta yo?

— Tú jamás podrías ser mi enemiga.

— Si no me otorgas estas cosas, te juro que lo seré. Egipto te causará problemas si intentas emprender una guerra en Oriente, a no ser que...

Ahora sí se echó a reír. Cruzó los brazos sobre el pecho y me dijo:

— ¿No sabes que te podría aplastar como a una mosca si quisiera? Lo único que tengo que hacer es levantar el brazo para que tú seas destronada y mañana mismo Egipto se convierta en una provincia romana. Tengo veinticuatro legiones. ¿Cuántas tienes tú?

— Las suficientes como para retrasar tu campaña contra los partos. Y una respetable flota de doscientos barcos.

Pero lo que él decía era cierto, naturalmente. Le miré enfurecida.

— Los barcos no sirven para nada en tierra. Y no necesito el mar para el transporte de mis tropas. Ya están aquí, a la puerta de tu casa. Pueden matar de hambre a tu flota.

— Sería una empresa muy costosa para ti.

— Lo compensaría ampliamente apoderándome del fabuloso tesoro de Egipto. De hecho merecería la pena hacerlo, cualquiera que fuera la situación. En estos momentos cualquier estrategia la recomendaría.

— Inténtalo y verás que no es tan fácil como crees. Y te obligaría a retrasar la campaña contra los partos un año o más.

Se rió.

— Admiro tu valentía, sobre todo porque tú sabes que estás desbordada por los flancos. Vamos, vamos, sólo te lo he dicho para demostrarte que lo que hago, lo hago voluntariamente.

El súbito cambio de la situación me pilló por sorpresa.

— Sí —dijo—. Comprobarás que ya he accedido a tus peticiones y había pensado en ellas antes incluso que tú. Te lo demostraré.

Se dirigió a un rincón de la sala, tomó una pesada caja con refuerzos de hierro. Y la abrió. Dentro había otra caja decorada con delicadas incrustaciones de marfil y me la entregó.

— Ábrela.

Al levantar la tapa vi un estallido de oro. Era un complicado collar hecho con finas hojas de oro entrelazadas, como si fueran una vid y cubiertas con esmeraldas talladas en forma de flor. Había también una diadema a juego. Era una de las joyas más exquisitas que yo había visto en mi vida y debía de haberle costado los tributos anuales de una próspera ciudad.

— Es una maravilla.

La saqué. Pesaba mucho, pero los cantos de las hojas estaban tan bien pulidos que pese a su delgadez no rascarían la seda ni la piel.

— Pero ¿eso qué tiene que ver con...?

— Te lo he traído como regalo de boda.

¿Por qué tenía que ser un collar una demostración de lo que me estaba diciendo?

— Quería que hiciera juego con eso.

Sacó otra caja mucho más pequeña y también me la entregó. Contenía una sortija de oro con el sello de su antepasado Hércules. Era un anillo muy pequeño.

— Lo mandé hacer para ti, como anillo de boda.

Efectivamente, no podía ser un anillo suyo del que hubiera echado mano para salir del paso.

Se veía muy nuevo y reluciente, y demasiado pequeño para un hombre.

— Ahora ya me has estropeado la declaración que te pensaba hacer —dijo medio en broma.

— ¿Querías casarte conmigo?

— Sí. ¿Por qué te parece tan increíble?

— Porque cuando estabas libre no lo hiciste. Ahora que estás casado...

— ¡Puede que eso me haya inducido a tomar la decisión! —dijo entre risas.

— No te lo tomes a broma.

Su sonrisa se desvaneció.

— No quiero tomármelo a la ligera. Los dioses saben que no ha sido una decisión fácil. Pero al venir aquí ya la había tomado. Si tú me aceptas.

Qué extraño me parecía. Jamás lo hubiera podido imaginar.

— Sí, sí, acepto.

Tomó el collar y lo ajustó alrededor de mi cuello.

— Pues entonces, pónelo.

Sentí el peso del frío y resbaladizo metal. Se inclinó y me besó la garganta justo por encima del collar. Sus manos tomaron las mías y me empezaron a poner el anillo.

— No —dije yo—. Todavía no. Trae mala suerte antes de...

Me rodeó con sus brazos y me acarició la espalda. Sentí un estremecimiento y contuve la respiración. Después apoyé las manos sobre su pecho y lo aparté.

— No —dije—. No reanudaremos esta parte de nuestra vida en común hasta que nos hayamos casado.

Fue una de las decisiones más difíciles de mi vida. Me aparté y me mantuve a distancia. El corazón me latía con tal fuerza que casi sentía su pulso a la altura del collar.

Me miró como si me hubiera vuelto loca. Era verdad. Parecía un niño consentido. Nadie le había dicho nunca que no. Pero aquella noche yo se lo diría.

— Pues entonces, que sea cuanto antes —contestó en un susurro.

— Tan pronto tú lo decidas —dije—. Antes de la ceremonia deberás tener preparada la documentación en virtud de la cual se me cederán los territorios de que hemos hablado. Y la demanda de divorcio de Octavia.

— No. No puedo enviarle los documentos del divorcio mientras lleve mi hijo en su vientre. Sería una crueldad y una ofensa.

Antonio. Siempre compasivo y noble. Pero tenía razón. Jamás era deliberadamente cruel con nadie.

— Muy bien —acepté—. Pero tendrás que hacerlo inmediatamente después.

— ¿Qué clase de ceremonia deseas?

— No una ceremonia romana —respondí.

Él se había casado con demasiadas ceremonias romanas y ninguna había dado resultado. Además, no hubiera sido legal.

— Podríamos ir al santuario de Apolo que hay cerca de aquí —dijo—. Tiene fama de ser muy hermoso y es muy antiguo. Sé que tú tienes una especial predilección por las cosas antiguas...

— ¡No, Apolo no! ¿Cómo puedes haberlo olvidado? ¡Apolo es el dios protector de Octavio!

— Es verdad. Bueno, pues entonces...

— Ya lo sé. El templo de Isis. Tiene que haber alguno por aquí. Sería muy apropiado porque es mi diosa y tu dios es Dioniso. Haremos una ofrenda en el

templo, nos intercambiaremos las promesas en presencia de un sacerdote, pero los festejos se celebrarán en palacio. Quiero que todos tus oficiales romanos nos ayuden a celebrarlo. Quiero que todos estén presentes.

Quería que hubiera centenares de testigos.

— Sí, por supuesto. —Levantó las manos—. Creo que no lo comprendes. ¡Quiero que todo el mundo lo vea! Cuando vine aquí, me sacudí el polvo de Roma de las botas. Todo aquello lo he dejado atrás. Y a tu lado no me avergüenzo de enfrentarme al mundo.

Comprendí que aquel hombre extraordinario hablaba en serio. Una vez más estaba haciendo lo que quería sin darse cuenta. Pero esta vez yo quería que lo hiciera.

— Sí —dije yo. Ahora tendría que hacerlo, tendría que demostrarlo—. Celebraremos la ceremonia mañana. Ahora te dejo. Tendrás que disponer muchas cosas en las próximas horas.

Ni siquiera parpadeó.

— Lo encontrarás todo hecho y bien hecho.

Una vez en mis desconocidos aposentos me puse a pasear como un fantasma. A pesar de lo bien ensayadas que tenía las «exigencias», no pensaba que todo fuera tan rápido. ¡Mañana! ¡Casarme mañana con un hombre al que llevaba cuatro años sin ver! Era una locura, una locura tan grande como sólo hubiera podido cometer el dios Dioniso. Pensé que debía de estar borracha para hacer semejante cosa.

Irás pegó un brinco de asombro al verme regresar tan temprano. Sus ojos se clavaron de inmediato en el collar.

Lo acaricié suavemente.

— ¿Te gusta? —le pregunté. Era como si estuviera borracha. Nada de todo aquello era real—. Es mi regalo de boda. Sí, me voy a casar. Mañana.

Balbució algo sin encontrar las palabras.

— Tú y Carmiana me tendréis que preparar. Espero que la túnica de ceremonia que llevo resulte adecuada. —Me la había mandado confeccionar, pero no me había atrevido a decir la «túnica de boda»—. Será mejor que la saques para que se airee. Llama a Carmiana.

Irás se retiró presurosa. Miré a mi alrededor con expresión soñadora.

Casada. Me iba a casar... en público. En cuestión de unas horas.

— Mi señora, ¿qué ocurre? —preguntó Carmiana, entrando en la estancia—. ¿Te vas a casar?

— Sí. Mañana. —No era necesario que le dijera con quién—. ¿No te parece que ya es hora? —pregunté, echándome a reír—. ¡Nuestros hijos ya tienen tres años!

— Pero...

— Carmiana, Iras, vuestra obligación es ponerme guapa mañana. Nada más.

— Eso no será difícil —dijo Carmiana—. Pero debo preguntarte una cosa... tú misma te lo tienes que preguntar y responder antes de que amanezca mañana... Sé que te quieres casar con Antonio pero, ¿deseas casarte también con Roma? ¿Vas a ceder Egipto de esta manera?

— Es una pregunta muy atinada —contesté—. Pero haciéndolo así espero conservar Egipto.

Permanecí tendida en la oscuridad mientras las horas iban pasando en aquella desconocida ciudad bajo un cielo desconocido. Nada era tal como yo lo había imaginado, de ahí que todo se me antojara irreal. Por consiguiente, cualquier cosa que ocurriera me parecería adecuada.

La pregunta de Carmiana... ¿Cómo responder a ella? Dada mi singular posición, no podía abrigar la esperanza de ser como una novia cualquiera. Pero yo estaba segura de que iba a casarme con un hombre, no con Roma. Antonio, como César, era un hijo insólito de Roma, alguien que comprendía la existencia de otros pueblos en el mundo y estaba dispuesto a compartir el escenario con ellos, o por lo menos a concederles cierta dignidad y cierto grado de libertad bajo el águila de Roma.

La boda tendría lugar a última hora de la tarde. Me llevaron unos barreños de agua de los famosos manantiales de Antioquía para llenar una bañera. No quise que le añadieran perfumes ni aceites pues Alejandro la había probado en su camino hacia Egipto y había dicho que era como la leche de su madre. Si acaso, le hubieran podido añadir leche. Carmiana e Iras me bañaron, frotándome un brazo cada una, y me lavaron el cabello. Después me lo peinaron y me lo secaron delante de un brasero, cepillándolo hasta conseguir que brillara como la seda. Después tomaron unas tijeras y me cortaron un mechón para ofrecerlo a Isis antes de la ceremonia.

Mi túnica de seda azul claro de estilo griego se estaba ventilando delante de la ventana abierta. De una cuerda aparte colgaba un velo de seda a juego. Me cubriría el rostro con él según la costumbre griega.

Cada una de ellas me frotó una mano con aceite de almendras y después me dieron brillo a las uñas con perlas molidas.

Me sentía extrañamente tranquila. Sabía que era un momento trascendental y, precisamente por eso, no podía pensar en él. Tenía que seguir adelante, confiando en mi intuición y entregándome por entero al destino. No creía que fuera demasiado duro.

El cortejo hasta el templo de Isis y la ceremonia propiamente dicha sólo serían presenciados por una docena de personas. Antonio me acompañaría en un carro, y su principal oficial Canidio Craso se sentaría a mi otro lado. Nos seguirían además Iras, Carmiana, y algunos otros oficiales.

Se presentó muy temprano en mis aposentos con semblante muy serio. Cualesquiera que fueran sus pensamientos, permaneció virilmente delante de mí y alargó la mano para tomar la mía. Bajamos en silencio al carro que nos aguardaba. A través del velo que me cubría el rostro vi al otro hombre que me acompañaría, un hombre de rostro alargado y enjuto. Me saludó con una inclinación de la cabeza y se desplazó en el carro para dejarnos sitio. No nos dijimos nada mientras los caballos bajaban velozmente por la calle. Procuré ver todo lo que pude. Los edificios eran muy hermosos y las calles estaban impecablemente limpias. No había nadie mirando, porque la ceremonia no se esperaba ni había sido anunciada.

Al bajar por otra calle vi fugazmente la famosa estatua de Tique, la diosa Fortuna de Antioquía, mirándonos enigmáticamente con su atributo de la vaina de trigo mientras pasábamos ruidosamente por delante de ella.

En el templo de Isis nos esperaba un sacerdote con un cuenco de agua sagrada. Llevaba la blanca túnica de rigor y a su espalda se levantaba una preciosa estatua de Isis labrada en el mármol más blanco que yo jamás hubiera visto en mi vida. La oscura y brillante ofrenda del mechón de mi cabello descansaba a sus pies.

Antonio y yo permanecimos delante de él mientras los que nos habían seguido en otros carros se congregaban a nuestro alrededor. El sacerdote elevó una plegaria a Isis, la que había instituido el matrimonio, pidiéndole que nos bendijera, nos uniera y nos preservara. Después nos preguntó si contraíamos voluntariamente aquel matrimonio y ambos contestamos que sí, Antonio en voz alta y yo casi en un susurro. Apenas podía hablar. El sacerdote nos pidió que nos guardáramos fidelidad mutua, que viviéramos como hombre y mujer y que nos cuidáramos el uno al otro durante el resto de nuestras vidas. También nos dijo que no huyéramos ante las adversidades, ni confiáramos en la prosperidad sino que permaneciéramos el uno al lado del otro en todas las circunstancias hasta que nos enfrentáramos con la muerte.

La sortija no era necesaria pero Antonio la sacó y me la puso en el dedo, diciendo que al hacerlo así me tomaba por su verdadera esposa.

La estatua de Isis fue ungida con agua sagrada, se pronunciaron otras oraciones, se hizo la ofrenda del mechón de cabello y se quemó incienso. Después la sonora voz del sacerdote entonó unos himnos.

Todo había terminado. Estábamos casados. Antonio tomó el extremo de mi velo y trató de levantarlo.

— ¿Puedo ver el rostro de mi esposa? —preguntó.

Pero yo se lo impedí.

— No. Hasta dentro de mucho rato.

También era una costumbre griega.

Regresamos a los carros, pero la vuelta fue mucho más lenta que la ida. Una procesión de antorchas nos precedía en medio de las crecientes sombras del

crepúsculo entonando himnos nupciales. Antonio, todavía silencioso, tomó mi mano —la que llevaba el anillo— y la sostuvo en la suya. El collar de oro me pesaba alrededor del cuello.

En el palacio nos esperaba el festín de la boda: montañas de manjares, preparados a toda prisa pero no por ello menos suculentos. Hubo jabalí asado, lubina ahumada, ostras, anguilas y langostas, pez salado de Bizancio, dátiles de Jericó, melones, pasteles chorreando miel del Himeto y ríos de vino de Laodicea.

Me reuní con los oficiales que tan destacado papel iban a desempeñar en la inminente campaña: Marco Ticio, moreno, delgado y con pinta de sátiro, y Enobarbo, medio calvo pero con una poblada barba, unos penetrantes ojos y (según me habían dicho) una lengua más afilada que una navaja. Aquella noche la contuvo y sólo la usó para darme la enhorabuena. Estaba también Munacio Planco, un hombre muy fornido y con una mata de liso cabello castaño claro, y otra vez Canidio Craso, que no sólo tenía alargado el rostro sino también el cuerpo pues era altísimo y destacaba por encima de todos los demás. Sus ojos miraban con expresión melancólica, pero más tarde Antonio me dijo que él siempre era así. Se mostró muy cortés conmigo y no percibí la menor hostilidad en su actitud.

Finalmente me saludó Ventidio Baso, el general que había empujado a los partos más allá del Éufrates y, tal como dijo Antonio, había hecho posible que nosotros estuviéramos aquella noche allí, en Antioquía.

Baso inclinó rígidamente la cabeza. Era mayor que los demás, de la misma generación que César.

— Baso viaja a Roma para celebrar un bien merecido Triunfo —me explicó orgullosamente Antonio—. Supongo que te encargarás de comunicar a todo el mundo la ceremonia que hoy hemos celebrado.

Baso le miró, sorprendido.

— Bueno, sí... si tú quieres que lo haga, Antonio.

Debía de pensar que Antonio quería que no se supiera en Roma.

— Sí que lo quiero. Es más, procura no olvidarte.

— No lo olvidaré.

— ¡Y aquí está mi regalo de boda! —anunció Antonio, desenrollando un pergamino y leyéndolo a todos los presentes—. «A la reina Cleopatra cedo por el presente documento los siguientes territorios: Chipre, la Cilicia occidental, las costas y los puertos de Fenicia y Judea —exceptuando Tiro y Sidón—, la Siria central. Arabia, los bosques de bálsamo de Jericó y los derechos del betún del lago Asfáltides.»

Todas las conversaciones habían cesado de golpe y yo intuí el asombro y la cólera de los presentes. Antonio enrolló el pergamino y lo depositó en mis manos.

— Es tuyo. Todo tuyo.

Comprendí que me había cedido no sólo territorio romano sino también unos derechos que técnicamente no eran suyos, como los de Jericó, el lago

Asfaltites y Arabia. Había ido más lejos de lo que yo le había pedido.

— Te doy las gracias —dije, y por fin sentí la hostilidad que me rodeaba.

Ya era hora de que nos retiráramos a nuestra cámara.

Fuimos acompañados allí por un numeroso grupo de personas. Se cerraron las puertas y oí alejarse las voces y las pisadas. Por fin estábamos realmente solos.

Ahora Antonio levantó el velo y contempló mi rostro.

— Mi amadísima Cleopatra —dijo—, jamás ha habido una mujer como tú.

Al final me besó y yo se lo permití.

Más tarde, de pie junto al lecho, dije:

— Tengo unas cicatrices. Ya no soy la que era.

El nacimiento de los gemelos había dejado su huella en mi cuerpo. Antonio me encontraría cambiada.

Me sostuvo el rostro entre sus manos.

— Tú me los has dado y son muy valiosos para mí.

Creía haber olvidado su cuerpo, pero no era así. El cuerpo tiene su propia memoria y el mío recordaba el suyo en todos sus aspectos.

¿Cómo había podido pasar cuatro años sin él?

Una y otra vez a lo largo de toda la noche, en los intervalos de nuestros momentos de pasión, yo me levantaba para contemplar la negra llanura que se extendía delante del palacio y el cielo estrellado cuyas constelaciones diferían ligeramente de las de Alejandría. Aquel cielo nocturno de Antioquía, tal como se presenta hacia finales de otoño, siempre será un sagrado recuerdo para mí. No lo puedo desligar de la alegría de mi reunión con Antonio y del valor que ambos tuvimos al hacer lo que hicimos.

PASÉ los primeros días en un curioso estado mental, procurando serenarme y diciéndome con incredulidad: «Estoy casada.» Costaba hacerse una idea del sutil cambio que ello entrañaba. Tenía casi treinta y tres años y me había pasado toda la vida sola, ferozmente sola. Vivir con César en Alejandría con el palacio en llamas y vivir con Antonio la vez que estuvo allí no era lo mismo.

Además, las dos cosas habían durado un año en total, un año sobre treinta y tres. Había tenido hijos y los había criado sola, había gobernado sola, utilizando tan sólo como consejeros y guías a Mardo y Epafrodito, pero sin que jamás hubiera ningún conflicto entre sus deseos y los míos.

Ahora tenía un compañero, político y personal, y me resultaba algo tan extraño e incómodo como el collar de oro de la boda alrededor de mi cuello. Era bello, valioso y envidiable, pero no me parecía natural.

Y no porque fuera difícil la convivencia con Antonio. Yo sabía lo complaciente que era y que su buen humor era capaz de convertir un día corriente en una fiesta. Era algo que formaba parte de su encanto. Pero ahora nuestros planes se tenían que fundir y nuestros objetivos tenían que ser los mismos; no podíamos separarnos de ninguna manera el uno del otro; no podíamos decir: «Eso que haces no tendrá ninguna importancia para mí.» Ahora cualquier cosa que uno hiciera tendría una gran importancia para el otro.

Yo era lo que quería o lo que creía querer. Y la magia de Antonio consistía en que, siempre que yo estaba con él, todas las dudas y reservas se desvanecían.

El invierno ya estaba muy próximo en Antioquía. La ciudad, tan amena en verano, se convertía en un lugar tremendamente sombrío y desapacible en invierno: nieblas, frío, lluvias torrenciales. Deseaba regresar a Alejandría, pero Antonio tenía que quedarse allí para preparar su ejército, y yo también decidí quedarme para no dejarle tan pronto.

Nos distraíamos con los festejos que suele haber dondequiera que hay soldados, sobre todo en invierno.

Y teníamos las noches que pasábamos juntos. Algunas veces eran noches muy plácidas, en cuyo transcurso Antonio leía informes, estudiaba mapas y planeaba estrategias de batallas, y yo me permitía el lujo de leer poesía y ensayos filosóficos. Otras eran noches apasionadas, alimentadas por nuestra larga separación, pasada y futura, y por el prodigio de la certeza de nuestra mutua posesión.

También teníamos nuestras inevitables peleas. Se recibió una carta de Octavia, escrita antes de que la noticia de nuestra boda hubiera tenido tiempo de llegar. Antonio la leyó en voz alta, como si fuera algo tremendamente aburrido.

— «... lo hubieras pasado muy bien en la lectura que hizo Horacio en casa

de Mecenas». Pues sí, no sabes cuánto siento habérmela perdido... No sé qué debíamos estar haciendo tú y yo en aquel momento —se preguntó—. Horacio siempre me ha producido un aburrimiento tan mortal que hasta mi toga se hartaba de oírle.

— Ah, ¿por eso te la quitabas? No me extraña que Octavia organizara con regularidad lecturas poéticas de Horacio.

Antonio se encogió de hombros.

— Hubiera tenido que dejármela puesta. Hacer el amor con Octavia era como... como...

— No quiero saber cómo era.

En cualquier caso, yo dormía sola. Debía de ser algo más satisfactorio que eso.

— Era como... No era nada en absoluto.

— Ya, seguro.

El tema me estaba molestando.

— Prácticamente nada.

— Pues debiste de hacer esta nada lo bastante a menudo como para engendrar dos hijos. No deja de ser curioso que te empeñaras en seguir con tanta obstinación.

— ¡Era mi mujer! Esperaba...

— ¡No quiero que me lo cuentes! Supongo que me ibas a decir que Octavio montaba guardia bajo vuestras ventanas para asegurarse de que tú cumplías con tu obligación.

Aquello le hizo gracia y soltó una carcajada.

— No, era más bien como si Octavio estuviera directamente en la alcoba.

— Qué emocionante.

— ¿Por qué te empeñas en seguir hablando de todo eso?

— ¡Tú has empezado! Leyendo la carta...

La señaló, todavía en su mano. Estaba a punto de echarla a la papelera.

— ¡No lo haré más! Si no la hubiera leído, te lo hubieras tomado a mal. — La agitó en su mano—. ¡No me importa nada de lo que dice! ¡Olvídalo de una vez! ¿Por qué te molesta tanto?

— ¿Y a ti por qué te molesta tanto César?

El medallón le ponía furioso. Había dejado de ponérmelo muy a mi pesar, y pensaba guardarlo para Cesarión.

— Porque... ¡porque él era César! ¿Quién quiere seguir a César? En cambio Octavia no tiene nada de particular. —Se frotó los antebrazos—. Tienes

razón. Es la misma tontería. Cualquiera que envenene el presente con el pasado es un necio. —Se levantó del banco donde estaba sentado y se acercó a mí, mirándome fijamente—. Gocemos de este presente tan dulce que los dioses nos conceden.

Apoyó las manos en mi cabello y atrajo mi rostro hacia el suyo.

— ¡Ahora no! —dije, alarmada—. Los enviados de Capadocia esperan ser recibidos en audiencia de un momento a otro.

Nunca dejaba de sorprenderme que Antonio pudiera excitarse en los momentos más inoportunos.

— Tendrán que distraerse mientras nosotros nos distraemos —contestó, levantándose en vilo para llevarme a la alcoba—. Es una costumbre nupcial romana, el hombre tiene que cruzar el umbral llevando a la mujer en brazos. Y si tropieza, se considera un mal presagio. Arriba. —Hincó una rodilla justo delante de la puerta y fingió caer—. —Por poco. —Cruzó el umbral y me depositó en el lecho—. Ya está. Hemos evitado la mala suerte. —Acercó su rostro al mío, doblando los brazos, y me besó suavemente los párpados, las mejillas, y finalmente los labios. Ahora imagino que eres un botín de guerra —murmuró—. Capturada en tu palacio, maniatada y traída aquí como cautiva.

— ¿Por qué lo conviertes todo en una comedia teatral? —le pregunté en un susurro. Yo también me había excitado.

— ¿Acaso Dioniso no es el dios de los actores? —preguntó mientras su boca me recorría el cuello y el hueco de la garganta. Se pegó un poco más a mí, apoyando casi todo el peso del cuerpo en su hombro. Después me empujó contra el colchón. Me sentía cautiva, pero no experimentaba el menor deseo de escapar. Lo rodeé con mis brazos y le acaricié los hombros y la espalda. El contacto con sus músculos y su carne desterró todos los pensamientos de mi mente. Su boca sobre la mía hacía que algo se contrajera y dilatara dentro de mí. Un leve estremecimiento me recorrió todo el cuerpo.

— Mi señor Antonio, los enviados... —dijo alguien con voz preocupada desde la antecámara.

— Los enviados... que esperen... un poco.

Apenas pude oír sus palabras amortiguadas contra mi piel.

El estallido de deseo fue tan repentino que no le dio tiempo a quitarse la ropa, de modo que más tarde casi no tuvo que prepararse para recibir a los enviados, aparte de alisarse el cabello, cosa que hizo mientras cruzaba apresuradamente la puerta. Y yo me quedé allí aturdida, como si acabara de ser asaltada por una fuerza de la naturaleza porque Antonio era eso, en la plenitud de su vigor.

Contemplé una formación nubosa que se estaba desplazando por el cielo. Apenas había cambiado de sitio. Antonio tenía razón; no había hecho esperar demasiado a los enviados. No había rebasado los límites de la cortesía.

Como un temblor terráqueo, la inminente campaña de Antonio hizo estremecer todo Oriente, enviando señales de alarma a todos los territorios. Habían transcurrido casi veinte años desde la catastrófica derrota de los romanos en Carre, pero nadie olvidaba que los romanos siempre vengaban sus derrotas. Diez años más tarde César se disponía a hacerlo cuando lo asesinaron; ahora, una vez más, un ejército se estaba preparando para cumplir aquella misión. La venganza se había demorado, pero sería inevitable.

Los rumores sobre el tamaño y el alcance del ejército lo precedían como heraldos, exagerando las que ya eran de por sí unas huestes impresionantes. Un mercader armenio había oído decir que eran medio millón de hombres, y según había averiguado un comerciante del Ponto Euxino de fuentes fidedignas se trataba de un millón. Los pertrechos eran un secreto y en ellos se combinaban la magia negra egipcia con la ingeniería romana: torres de asedio a prueba de incendios, flechas con un alcance de una milla romana, que además se podían disparar con gran precisión incluso de noche, piedras de catapulta que estallaban y víveres imperecederos muy ligeros, gracias a los cuales los soldados se podían pasar varios meses seguidos viviendo en los campamentos.

Antonio me describió todas aquellas maravillas una noche en que casi se había perdido en el bosque de almohadones sobre los que se había recostado después de cenar. Recordé fugazmente la sorpresa que le había dado a César con los almohadones de la lujosa sala oriental, y pensé que aquello era muy austero en comparación con lo de ahora.

— Sí —dijo con expresión soñadora, cruzando las manos detrás de la nuca—, al parecer estoy al mando de unas fuerzas sobrenaturales. Unas raciones de comida que jamás se ponen rancias —comentó en tono asombrado—. Un ejército que puede llevar sus víveres sin tener que vivir de la tierra. Sería un auténtico milagro. En fin, a lo mejor los rumores convertirán a mis enemigos en gelatina, y cuando yo llegue me encontraré el trabajo medio hecho.

Le miré y me di cuenta de que era inmensamente feliz. Ya era hora de que regresara al campo de batalla; habían transcurrido cinco años desde la batalla de Filipos. Cinco años eran mucho tiempo para que un soldado se los pasara banquetando, soñando y descansando. ¿Se había tomado César alguna vez cinco años de descanso?

«Deja de compararlo con César —me dije—. Pero todo el mundo lo compara con César. Esta campaña está destinada precisamente a compararlo con César, a cumplir los designios de César y a demostrar quién es el verdadero heredero y sucesor militar de César.» Esta era la pura verdad.

Sí, cinco años eran mucho tiempo para que cualquier cosa permaneciera en barbecho. Antonio tenía que darse prisa.

— Por desgracia, tú y yo sabemos que eso no es más que un mito. Esta guerra se tendrá que ganar con los métodos de siempre —dije yo—. ¿Con qué tropas cuentas por ahora?

— Cuando Canidio traiga sus legiones de Armenia, donde ha estado

invernando, tendremos dieciséis legiones, dieciséis legiones un poco menguadas. Pero son buenos soldados, unos legionarios romanos muy bien preparados... que a partir de ahora tendré dificultades en conseguir.

Esta última idea lo dejó afligido.

— ¿Porque Octavio te impide reclutar más en Italia a pesar de los acuerdos? —le pregunté en tono cortante—. ¿Y dónde están los veinte mil hombres que te prometió a cambio de los barcos que el año pasado te pidió prestados? No hace falta que me respondas; ¡los dos lo sabemos muy bien!

Eso era lo que finalmente había abierto los ojos de Antonio al tortuoso comportamiento de su compañero.

— Los tiene bajo su mando y jamás los soltará —contestó Antonio en tono sombrío—. Pero después de la campaña de la Partia pienso...

— Querrás decir cuando hayas conquistado la Partia —le corregí.

— Cuando haya conquistado la Partia, no necesitaré que me haga ningún favor —dijo Antonio—. Te estaba diciendo que tendré sesenta mil legionarios romanos en el campo y unos treinta mil auxiliares. La mitad de los auxiliares está bajo el mando de los reyes de Armenia y del Ponto.

— ¿Te puedes fiar de ellos? —le pregunté.

— Si no te fías de tus aliados, ¿de quién te vas a fiar? —me contestó sonriendo.

— Tú no estás casado con el rey Artabaces de Armenia ni con Polemón del Ponto.

Se echó a reír.

— ¡Por Hércules que no!

— Armenia es parta por cultura y por afinidad —dije—. ¿Cómo puedes esperar que apoye a Roma? Me parece muy peligroso marchar contra la Partia y dejarlos a ellos a tu espalda sin vigilancia.

Lanzó un suspiro.

— Eres un general muy prudente. Hubiéramos tenido que dejar una guarnición en Armenia después de las victorias de Canidio allí, pero nos faltan tropas. El rey parece honrado en el apoyo que nos presta y nos ha ofrecido un pequeño ejército cuyo mando ostentará él personalmente.

— No me gusta.

— Estás acostumbrada a desconfiar de todo el mundo —me dijo.

— En caso contrario, ahora mismo no estaría viva y sentada a tu lado.

Todos mis hermanos habían muerto, y ninguno de ellos por causas naturales, exceptuando el pequeño Tolomeo.

Se inclinó hacia delante y me acarició el cabello.

— De lo cual yo me alegro muchísimo. Pero no estés sentada, tiéndete aquí a mi lado. Me miras con demasiada severidad desde estas alturas.

— No puedo pensar con claridad cuando estoy tendida en un campo de almohadones, y menos aún teniéndote a mi lado. Dime, ¿dónde están los documentos de César que te han servido para planear esta campaña? Me gustaría verlos.

— ¿No me crees?

— Sí, por supuesto que te creo.

Pero también sabía que Antonio había alterado y falsificado muchos documentos que decía haber «encontrado» en la casa de César, unos documentos que se referían a nombramientos y legados. El mismo me lo había confesado. Se le podía perdonar porque gracias a ellos había conseguido contrapesar el poder de los asesinos e incluso obligarlos a humillarse ante él. Pero aquello era distinto y yo estaba muy preocupada porque él jamás había planeado una campaña de semejante envergadura, y sus éxitos como comandante siempre los había alcanzado en contiendas mucho menores. Aquella empresa exigía no sólo una visión de toda la campaña sino también unas dotes muy especiales para los detalles de una planificación de largo alcance, que hubieran puesto a dura prueba al mismísimo César.

— Te los enseñaré esta noche —contestó—. Los tengo en otra parte del palacio. Ahora quiero descansar un rato y digerir la comida. Quiero disfrutar del calor de este brasero tan bien colocado. —Señaló el adornado brasero de latón con patas que caldeaba agradablemente la estancia—. Y dar gracias de que no tenga que salir.

Era una noche muy desapacible, con una fría y persistente lluvia que parecía penetrar a través de las paredes.

— Si los dioses me conceden su favor, el año que viene por estas fechas estaré invernando en Babilonia, donde la temperatura será tan agradable que podré dormir bajo las estrellas.

— A diferencia de Armenia, con sus nieves y montañas. O incluso de la Media. Sí, el año que viene tienes que estar en Babilonia —dije.

Sabía que la campaña duraría por lo menos dos años. César había calculado tres, pensando —sobre la base de sus experiencias en la Calia— que todo se prolonga siempre más de lo que uno espera. Pero me sería muy duro tener que separarme nuevamente de Antonio tan pronto y para un período tan largo. Me negaba a pensar que pudiera ser para siempre. Isis no podía ser tan cruel.

— El solo nombre de Babilonia posee una magia especial —dijo Antonio—. La verdad es que jamás había pensado en la posibilidad de conquistarla... el primer occidental desde Alejandro. El destino es muy caprichoso, ¿no crees? ¿Por qué me tiene que otorgar a mí lo que le negó a César?

— Tú mismo has contestado a la pregunta: porque es caprichoso. Y ciego a

las súplicas y las preguntas. A veces creo que se complace en otorgar sus favores a los que se muestran reacios a buscarlos. A lo mejor César los buscaba con demasiada insistencia.

Lo había pensado muchas veces. ¿Acaso convenía no buscarlos? La cuestión me desconcertaba.

Antonio había recibido una herencia impresionante. De hecho, el destino lo había estado conduciendo paso a paso hacia algo muy grande.

Yo también había pasado por muchos peligros y reveses antes de llegar allí. Ahora, en vísperas del mayor salto que jamás hubiéramos dado, confiaba en que nuestros protectores destinos no nos abandonaran.

— Si pienso demasiado en todo eso, me echo a temblar —confesé.

— Pues no pienses, no mires hacia abajo cuando camines por un estrecho saliente de la montaña, no sea que te desanimas, pierdas el equilibrio y caigas al vacío.

— Pero si te pones al mando de un ejército tienes que estar preparado — dije—. Me gustaría... me gustaría ver los documentos ahora mismo y que tú me comentaras tus planes.

Quería verlos enseguida, antes de que me faltara el valor para averiguar los detalles.

Antonio soltó un gruñido.

— ¿O sea que me vas a obligar a desenrollarlos? —Se levantó y me tendió las manos—. ¡Te advierto que hay un montón!

Sin embargo, los números y las cartas que contenían me revelarían las posibilidades con que contábamos.

— Aún es muy temprano y no estoy cansada —le aseguré.

Bajando por interminables pasillos —¡oh, cuánto les gustaban a los Seléucidas las inmensidades!— sin calefacción y sin luz, Antonio me acompañó a las estancias donde guardaba todos los archivos y los documentos de la guerra. Un soñoliento guardia —casi un niño— se cuadró inmediatamente y se apresuró a encender un brasero y unas cuantas lámparas adicionales para disipar la oscuridad y la gélida humedad que nos envolvía.

Antonio abrió un arcón, sacó varios rollos de pergamino y los depositó encima de una gran mesa. Desenrolló el más grande y lo mantuvo extendido con la ayuda de una pesada lámpara de aceite.

— Mira... ésta es toda la región, desde Siria a la Partia, y los territorios de más allá —dijo.

Me impresionaron los detalles.

— ¿De dónde has sacado todo esto? —le pregunté.

— Lo he dibujado yo mismo —me contestó—. Reuní todas las

informaciones de espionaje que pude acerca de estas regiones. Mira... —Me indicó varias características—. Se extiende interminablemente hacia el este —dijo—. Nosotros estamos acostumbrados a que el río Tigris marque el confín más oriental del mundo. Para un parto, eso es el lejano Occidente.

— Un mundo situado más allá de los confines del nuestro —dije—. Yo sé que los partos proceden de regiones todavía más orientales, de unas regiones desérticas. Siguen combatiendo como las poblaciones del desierto, usando caballos y arcos. Si los griegos son del mar y los romanos de la tierra, los partos son lo más del aire que quepa imaginar.

Antonio se apoyó sobre los codos y estudió el mapa.

— Sí, sus flechas surcan el aire silbando, y los arqueros de la vanguardia y la retaguardia usan dos trayectorias distintas para que nuestros escudos no puedan defendernos de todas ellas. Pero en esta guerra yo los obligaré a combatir, usando los métodos romanos.

»Además, para demostrarles que no dominan el aire, tengo unos hábiles honderos cuyos proyectiles de plomo pueden traspasar una armadura y llegan más lejos que las flechas de los partos.

Sin embargo, los partos eran unos jinetes extraordinarios que habían dado al mundo el término de «tiro parto»: Cuando parecía que se retiraban, se volvían y disparaban sus flechas por encima del hombro con mortífera precisión. Se habían inventado unos arcos especiales más cortos por debajo del asidero para poder usarlos desde la silla de montar, y disponían de una unidad de camellos que llevaba un número ilimitado de flechas de repuesto. Combatían exclusivamente con armas de largo alcance, jamás cuerpo a cuerpo.

— Tengo previsto reunirme con Canidio aquí —me señaló Armenia con el dedo— y juntar nuestros ejércitos. Desde ahí marcharemos hacia el sur hasta llegar a Fraaspa, donde se conserva el tesoro nacional. Atacaremos la ciudad y les obligaremos a combatir al estilo romano... la ciudad no puede moverse ni alejarse al galope. —Soltó una carcajada—. Tendrán que resistir y defenderse, y no podrán huir. —Parecía optimista—. Puesto que en sus campos no hay mucha madera, llevaré mis propios arietes y mis máquinas de asedio.

— ¿Los transportarás hasta allí? ¡Qué tarea tan ardua y cuánto tiempo te va a llevar!

— Cierto, pero sin ellos no podría obligar a las ciudades a rendirse.

— ¿Cuáles eran en concreto los planes de César para la campaña?

— pregunté en un susurro.

— Él tenía previsto atacar también por el norte, evitando el oeste, donde Craso sufrió la derrota. También disponía de dieciséis legiones y, antes de entrar en batalla con ellas, quería familiarizarse con los métodos de combate de los partos y confiaba en que sus hombres adquirieran práctica durante las escaramuzas con que sin duda tropezarían por el camino.

— ¿Puedo ver los documentos?

Frunció el ceño, como si no quisiera sacarlos. ¿Por qué? ¿Acaso César tenía unos planes que él había abandonado? ¿Se limitaba a usar la magia del nombre de César para dar lustre a sus propias estrategias?

— Muy bien —accedió por fin, acercándose a otra mesa sobre la que descansaba un cofrecito cerrado. Lo abrió y sacó un montón de documentos, no los documentos pulcramente enrollados de un hombre que ha tenido ocasión de guardarlos cuidadosamente sino los de un hombre pillado desprevenido por la muerte mientras los estaba examinando... revueltos y desordenados.

— Así los encontré exactamente —me dijo, entregándomelos—. Lo juro.

Me daba miedo examinarlos. Temía que se confirmaran mis sospechas. No quería que la fuerza de César se dispersara en la estancia.

Pero lo hice, desenrollándolos y manteniéndolos abiertos con otras lámparas de aceite. La conocida escritura —pero con nuevos y desconocidos pensamientos— me azotó los ojos.

Cuán querida me era aquella escritura en sí misma, la tinta, las palabras. Qué asombroso me parecía que pudiera comunicarme algo nuevo y que contuviera un mensaje suyo ignorado por mí.

Había dibujos, mapas trazados a toda prisa y rótulos. Por los caminos trazados con la desteñida tinta, comprendí que era justo lo que Antonio me había dicho: aquélla era la ruta que César pensaba seguir. Lancé un suspiro de alivio, como si ello bastara para garantizar el éxito.

Me avergoncé de haber dudado de Antonio y de haber desconfiado de sus criterios en caso de que hubieran diferido de los de César.

Cuando levanté los ojos, vi que Antonio me estaba estudiando atentamente. Había estado observando mi expresión mientras leía las notas, tratando de adivinar mis pensamientos. Esperaba no haber sido demasiado transparente.

— ¿Lo ves? —me dijo a la defensiva—. Es lo que yo te había dicho.

— Pues claro. Pero creo que él tenía previsto dejar una guarnición en Armenia mientras que tú...

— ¡Ya te he dicho que no dispongo de suficientes hombres! El Rey de Armenia es nuestro aliado y aportará...

— Sí, sí, ya me lo has dicho. Simplemente quería decir que...

— Craso sólo llevaba ocho legiones. Yo tengo que disponer de un número adecuado de tropas.

— Y parece que César tenía intención de tomar Ecbatana y aislar con ello Babilonia de la Partia propiamente dicha.

— Eso haré yo también. Pero primero hay que llegar a Ecbatana, y antes tenemos que apoderarnos de Fraaspa.

— Claro. —Enrollé cuidadosamente los documentos, lamentando tener que cerrarlos tan pronto, pero ya me habían dicho lo que yo deseaba saber y me habían hablado en susurros de antiguos recuerdos y de futuras conquistas—. Aquí tienes —dije, devolviéndoselos.

Los volvió a guardar en su sitio tal como hubiera hecho un sacerdote delante de un sagrario. A lo mejor era eso. En Roma, Antonio era un sacerdote del culto de Julio César mientras que allí, en los confines del mundo romano, desempeñaba un papel mucho más comprometido, el de heredero de César y albacea de su testamento. ¿Qué mayor acto de respeto y adoración podía haber?

Mientras cerraba la tapa del cofre, me dijo con vehemencia:

— Los partos conocían los planes de César y se alegraron de su muerte. Incluso enviaron un pequeño contingente de tropas para ayudar a los asesinos en su última confrontación de Filipos. Ellos mismos se buscaron el castigo. No podemos permitir que su delito quede impune.

— No, no podemos. Los tenemos que perseguir hasta su principal baluarte, en nombre de César y con la misma crueldad con que él lo hubiera hecho.

Fuera se oía el rumor de la lluvia. En plena noche de invierno parecía imposible que el buen tiempo regresara alguna vez y que Antonio pudiera emprender efectivamente su campaña contra la Partia. Era un viaje muy largo de más de trescientas millas hasta el lugar donde Canidio y él tenían previsto reunirse y juntar sus fuerzas, y de otras cuatrocientas a través de caminos y desfiladeros de montaña hasta Fraaspa. Su objetivo, Ecbatana, se encontraba a otras ciento cincuenta millas al sur, un total de casi mil millas romanas por terreno difícil e infestado de enemigos. Una marcha por tierra de mil millas con un ejército totalmente pertrechado era una empresa increíble. Sería un milagro que pudiera llegar a Ecbatana en invierno. Las montañas era lo que más destacaba en los planos, y no podría cruzarlas hasta que terminara el invierno, lo cual demoraría mucho la partida.

— ¡Todo lleva tanto tiempo! —dije.

Antonio y se acercó de nuevo a la mesa.

— Sí —dijo—. Ya ha llevado mucho tiempo, porque año tras año he tenido que aplazar la campaña. Creo que eso es lo que más me ha indisputado con Octavio, haberme obligado a atender sus necesidades y a regresar corriendo a Italia cuando a él se le antojaba para después tenerme allí esperando sin hacerme ni caso. —Su voz adquirió un tono enojado, cosa insólita en él—. ¡No ha hecho más que poner obstáculos en mi camino! ¡Ha hecho todo lo posible por apartarme de esta campaña!

— Sí, y ya sabemos por qué —dije—. Porque no quiere que alcances la posición que el destino te tiene reservada. ¡Doy gracias a Isis de que tus ojos hayan podido ver finalmente sus maquinaciones! Ahora vamos a ver si Sexto lo hunde en su próxima batalla naval. Cuando regreses de la Partia, es posible que a Octavio sólo le quede un barco encallado en unos bajíos, sin mástil y con el casco destrozado.

Antonio empezó a enrollar los mapas.

— ¿Ya has visto lo que querías? —me preguntó cortésmente.

— Sí.

Había visto la magnitud de la tarea que tenía por delante.

Le rodeé la cintura con mis brazos y apoyé la cabeza contra su pecho.

— Antes de que nos pongamos en marcha —me dijo—, manda llamar a nuestros hijos. Quiero verlos por si... por si...

«Por si yo fuera uno de los Noventa y Nueve Soldados y no el que hace Cien.»

— Sí, claro.

Me pregunté si en aquellos momentos Octavio le estaría diciendo a Livia que los partos lo librarían de Antonio, como yo había dicho que Sexto nos libraría de él.

RODEADA por cien tonalidades de verde distintas —el severo verde oscuro de los cipreses, el exuberante verde claro de los prados primaverales, el verde plateado de las hojas de los viejos olivos, y allá a lo lejos el ondulante verde azulado de las someras aguas del golfo de Alejandría de Siria—, tuve la sensación de formar parte de una de las pinturas que solían adornar las paredes de las villas romanas. A nuestra espalda, el monte Silpio se elevaba al cielo y nosotros permanecíamos tendidos en su ladera, almorzando bajo los cálidos rayos del sol.

Desde el lugar donde yo me encontraba oía el suave tintineo de las esquilas de las cabras de los rebaños de más arriba de la montaña. Me imaginaba que eran los del mismísimo dios Pan, y que habría podido oír la música de su siringa si hubiera aguzado un poco más el oído.

— Toma —dijo Antonio, inclinándose hacia delante para colocarme una corona de flores en la cabeza.

Sus delicadas hojas y sus pétalos me refrescaban la frente, y el suave perfume de las violetas y las caléndulas me adormecía. Me la quité con aire ausente de la cabeza y contemplé las flores entrelazadas.

— ¿Y ésta qué es? —pregunté, al ver una desconocida flor de color rosado y curvadas hojas.

— Una orquídea silvestre —me contestó.

Me asombró que lo supiera.

— Me he pasado muchos días en los campos —añadió, como si leyera mis pensamientos—. A veces he tenido que sobrevivir con lo que encontraba en ellos. —Señaló a los niños que correteaban un poco más abajo, sosteniendo en sus manos dos coronas más pequeñas—. Coronas para mi mujer y para mis hijos, coronas para todos los que tienen sangre real.

Se rió sin que aparentemente le importara estar excluido de aquella categoría.

— Tú también te ganarás la tuya —le aseguré—, cuando conquistes la Parda.

— No hablemos de eso ahora —se apresuró a decir—. Hoy no quiero pensar en nada más que en el azul del cielo, en las veloces nubes y en la primavera en la montaña contigo y con ellos.

Alejandro y Seline se acercaron, tropezando con las piedras que tachonaban la ladera del monte. Ya tenían tres años y medio y estaban deseando jugar al aire libre como los potrillos o los cabritos.

— Para ti. Majestad —dijo solemnemente Antonio, colocando la corona en la cabeza de Alejandro; las flores casi estuvieron a punto de perderse entre los

esposos bucles—. Y ésta para ti.

Tenía otra con más amapolas para Selene. La niña la aceptó con regio gesto.

— Así me gusta —dijo Antonio—. Mira, este gesto tan majestuoso viene de ti. Es heredado, no aprendido.

Rodeé los hombros de los niños con mis brazos. Antonio estaba tremendamente orgulloso de ellos, como si fueran los únicos hijos que hubiera tenido en su vida. El parecido entre él y Alejandro era muy acusado —Alejandro tenía una figura tan vigorosa y un rostro tan ancho como el suyo—, pero el verdadero parecido estaba en sus joviales caracteres. Alejandro nunca estaba de mal humor y no le importaba caerse al suelo.

Selene era más misteriosa, como correspondía a una niña que se llamaba como la Luna. No se parecía a ninguno de los dos y, con su pálida tez, parecía que viniera de un lejano país del norte. Era muy reposada e insólitamente comedida, y raras veces lloraba o dejaba traslucir sus sentimientos, ya fueran de alegría o de tristeza.

Los había mandado llamar para cumplir mi promesa y ahora ya llevaban con nosotros casi un mes. Habían sido acompañados por Mardo, pues deseaba comentar conmigo ciertos asuntos de Estado y conocer mis planes para los siguientes meses. Antioquía y los antioqueños habían sido muy de su agrado; apreciaba su frivolidad y pasaba por alto su famosa tendencia al lujo y su carácter pendenciero.

— A los alejandrinos se les podría describir de la misma manera —había dicho.

— Los antioqueños son menos intelectuales que los alejandrinos —había replicado yo, defendiendo mi ciudad.

— Cuando se congrega una muchedumbre en Alejandría, no es que sea precisamente intelectual. Ya sabes lo mucho que les gustan las peleas.

— Lo que ocurre es que la gente de Antioquía es demasiado perezosa como para levantarse de sus perfumados baños y formar una muchedumbre — dije.

— Mejor. Así las calles son más seguras.

Alejandro y Selene habían manifestado una gran curiosidad por su padre, a quien creían muerto como el de Cesarión. Al parecer, el estado normal de un padre era el de haberse retirado a los cielos. Ahora que lo tenían consigo, no hacían más que mirarlo y preguntarle:

— ¿De verdad eres nuestro padre? ¿Te quedarás con nosotros?

— Sí —contestó Antonio la primera vez, abrazándolos simultáneamente—. Me quedaré con vosotros, aunque de vez en cuando me tendré que ir. Pero siempre regresaré.

Ahora se tendió sobre la manta que cubría el áspero suelo y cerró los ojos.

— Contaré hasta cien para que os escondáis. Y si no os puedo encontrar tras haber contado hasta cien, ganaréis el premio que me pidáis. —Abrió un ojo y los miró—. ¿Preparados?

Los niños se alejaron corriendo entre gritos.

— Uno... dos... —Al llegar a diez se detuvo—. Eso los tendrá ocupados un buen rato —dijo, incorporándose para darme un beso.

— Los estás engañando. Pobres niños...

— Les encantará permanecer escondidos unos cuantos minutos más —me aseguró.

El tintineo de las esquilas de las cabras sonaba más fuerte a nuestras espaldas, y las hojas de los olivos que nos daban sombra susurraban bajo la caricia de la suave brisa. Jamás había sido más feliz. Así como el panorama de Antioquía y de la llanura se extendía a mis pies y en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista, así también se extendía el futuro, hermoso y rebosante de promesas. Amaba y era amada; estaba rodeada por mis hijos; mi país vivía en la prosperidad; el triste pasado, con todos sus peligros y derrotas, se estaba alejando como una distante orilla. Antonio y yo estábamos de acuerdo en todo; ahora que él se había apartado de Octavio, nuestros propósitos se habían convertido en uno solo. Era tal mi alegría que casi me daba vueltas la cabeza.

Es casi imposible describir la felicidad porque ésta se percibe como algo absolutamente natural, como si el resto de la vida de uno hubiera sido una aberración; sólo contemplada retrospectivamente se comprende su carácter insólito y singular. Cuando está presente, parece eterna y perdurable y no hay necesidad de examinarla ni de apresarla. Más tarde, cuando se desvanece, uno contempla consternado las vacías palmas de sus manos, donde sólo perdura un leve perfume para demostrar que antaño estuvo allí pero que ahora ya no existe.

Danzábamos en un torbellino de gozo como dos mariposas, de un seto a otro, atrapados en la divina embriaguez del espíritu. Era joven y a veces me sentía más joven que los niños, pero al mismo tiempo era enteramente adulta y me creía dueña de una madura sabiduría que me permitía tomar las más arduas decisiones pues tenía todas las respuestas. Al parecer, lo tenía todo. Si olvidé darte las gracias por ello, Isis, te pido perdón. Te las doy ahora con retraso.

Cuando las nieves fundidas de las montañas empezaron a bajar torrencialmente por las laderas abriendo los pasos, se iniciaron los últimos preparativos del ejército y llegó la hora de una nueva despedida. Antonio se haría muy pronto a la mar. La campaña tanto tiempo aplazada ya estaba en marcha. Todos sus generales —excepto Canidio— se encontraban reunidos en el cuartel general. Ticio, el larguirucho sobrino de Planco, actuaría como *quaestor*, y Enobarbo se pondría al frente de varias legiones. Delio, el hombre que tan groseramente me había exigido años atrás trasladarme a Tarso, se pondría al mando de unas legiones y se encargaría de escribir la crónica de la campaña, porque Antonio jamás las escribía. La emoción de la inminente campaña se respiraba en el aire, como un olor a metal y a fuego.

Enobarbo, que había estado en Roma para resolver ciertos asuntos familiares, pidió hablar en privado con Antonio, quien dio por sentado que yo también estaría presente. Por la cara que puso Enobarbo, me di cuenta de que éste hubiera deseado hablar a solas con Antonio. Sus ojillos se clavaron en mí mientras esbozaba una sonrisa forzada y parecía dudar. Antonio no hizo caso y se limitó a invitarle a hablar.

— ¿Cómo has dejado Roma? —preguntó Antonio, ofreciéndole una copa de vino que Enobarbo rechazó ostensiblemente.

Antonio se encogió de hombros y se la bebió él.

— La he dejado a mi espalda —contestó Enobarbo—. La situación es bastante buena, aunque hay carestía de pan. O sea que allí sólo se habla del ataque contra Sexto.

— Será una repetición del último —dijo Antonio—. Son impotentes contra el autoproclamado Hijo de Neptuno.

— Creo que no —dijo Enobarbo en tono cortante—. Agripa ha creado una base de adiestramiento naval cerca de Miseno y lleva todo el invierno adiestrando a remeros de primera. Se enfrentarán con Sexto de igual a igual. Además ha construido una flota tan grande y de navíos tan enormes que Sexto no la podrá atacar. Y por si eso no fuera suficiente, se ha inventado una máquina que le permite lanzar los arpeos a grandes distancias desde la seguridad de sus fortificaciones navales. Pescará los barcos de Sexto como si fueran pececitos plateados.

— Pues muy bien, le deseo suerte —dijo Antonio con toda sinceridad—. ¿Has hablado con Octavio de nuestra campaña?

— Por supuesto. Me invitó a una deliciosa cena. —Enobarbo hizo una pausa teatral—. Creo que le interesaron mucho tus preparativos, aunque parecía muy bien informado sobre los detalles que yo le revelé. Este hombre tiene espías en todas partes.

Me pregunté si él no sería uno de ellos. Al menos lo parecía.

— Y dejando aparte a Octavio, ¿qué opinión les merece todo eso a los romanos? —preguntó Antonio.

— Por lo visto no le prestan demasiada atención —contestó Enobarbo—. Están más preocupados por sus vientres y por el pan que por las conquistas extranjeras. Hemos hecho tantas conquistas extranjeras gracias a César que a lo mejor ha bajado un poco el interés.

Esbozó una leve sonrisa y extendió las manos como queriendo decir: «¡Qué le vamos a hacer!»

— ¿Se ha enterado Octavio...? ¿Cómo recibió Octavio la noticia de mi boda con la Reina? —preguntó Antonio, tomando orgullosamente mi mano.

No sabíamos cuál había sido la reacción de Roma. Nuestro anuncio había sido acogido con un silencio que parecía acrecentarse a cada día que pasaba.

— Si la ha recibido, no se ha dado por enterado —contestó Enobarbo—. Me comentó que pensaba concederte el privilegio de cenar en el templo de la Concordia con tu mujer y tus hijas cuando regreses a Roma. Un gran honor.

— ¿Otra hija?

Antonio no había recibido ninguna noticia de Octavia desde que ésta regresara a Roma.

— Pues sí —contestó Enobarbo—. ¿No te lo comunicaron? —preguntó, sinceramente sorprendido.

— No —reconoció Antonio—. No, no había sido informado.

Apuró la copa de vino y la posó sobre la mesa. Comprendí que se había quedado de una pieza. Aunque él se hubiera sacudido el polvo de Roma de los pies, jamás había considerado la posibilidad de que ellos hicieran lo mismo con él. El hecho de no darse por enterados de la campaña y de nuestra boda era un insulto.

— Ha sido una grosería por su parte —comentó Enobarbo medio en broma—. Bueno, cuando les hayamos dado una paliza a los partos, en Roma cuidarán mejor sus modales. —Hizo una pausa—. En cuanto a la campaña... si tú no has perdido tu sangre fría en el campo de batalla, muy pronto tendremos una nueva provincia romana.

Cuando se retiró, me volví hacia Antonio.

— ¿Cómo se atreve Octavio a ignorar nuestra boda?

Antonio se sentó con aire cansado. Se pasó las manos por el cabello y se frotó las sienes.

— No la ignora, te lo aseguro, por mucho que nos lo quiera hacer creer.

— Envíale a Octavia la documentación del divorcio. Así Octavio no tendrá más remedio que darse por enterado. —Ella ya había tenido a la niña y no había por tanto ninguna razón para demorarlo por más tiempo—. Ya es hora de que lo hagas.

— No —dijo con obstinación—. No tiene sentido combatir una guerra en dos frentes. Si él te ignora a ti, yo ignoraré a Octavia. A veces, ignorar a una persona es más efectivo que emprender una acción. A ver cómo se lo toma Octavio.

— Sigues buscando pretextos para no divorciarte de ella.

— Que me lo pidan ellos. Que se den cuenta de que no han conseguido imponerme un matrimonio y que sólo se están haciendo daño a sí mismos. No tengo el menor deseo de perjudicar a Octavia —se apresuró a añadir—. Octavio se encargará sin duda de que sea ella la que más sufra las consecuencias de esta situación pues no podrá volver a casarse hasta que sea libre.

— En realidad no creo que le importen demasiado los sufrimientos de su hermana, siempre y cuando siga conservando el poder sobre ti —repliqué.

Aquella noche tenía aire de despedida aunque todavía nos quedaban unas cuantas antes de nuestra separación. Sin embargo, la estancia, de la que ya se habían retirado los arcones y los cofres con todas las pertenencias personales, estaba vacía y resonaba en ella el eco de nuestras voces.

Mientras permanecíamos acostados en el alto lecho cuya mosquitera formaba una transparente tienda a nuestro alrededor, dije con voz adormilada:

— Eso parece una tienda de recreo. —Apoyé la cabeza sobre su hombro, sintiéndome inmensamente feliz tras una prolongada sesión amorosa—. No hubiera habido tiempo para eso en una tienda de verdad, de un campo de batalla de verdad.

— No. —Antonio estaba completamente despierto—. Te echaré mucho de menos. Ahora hasta una tienda de campaña me parecerá vacía sin ti porque llenas por entero todos los aspectos de mi vida.

— Hablas como si yo fuera una especie de perro fiel —dije, soltando una soñolienta carcajada.

Ahora que había llegado el momento, parecía que aquella empresa tan trascendental fuera tan liviana como una pluma. A lo mejor era la única manera de poder soportar su peso.

Hacia la mitad de la noche se desencadenó una feroz tormenta primaveral con impresionantes rayos y fragorosos truenos. Antonio, que finalmente se había quedado dormido, apenas se movía como no fuera para hundir más profundamente la cabeza en el hueco de mi cuello. Pero yo oía el rumor de la lluvia que bajaba desde el tejado y purificaba el mundo.

Al amanecer ya había terminado la tormenta y sólo quedaban unas turbias nubes grises. De la tierra negra y profundamente arada por el agua se escapaba una densa bruma de fertilidad. Por todas partes se inclinaban las ramas bajo el peso del agua y todas mostraban en sus extremos unas brillantes gotas de agua y unas resplandecientes hojas y flores. Aquí y allá se veían unos grandes charcos dispersos entre las baldosas y se oían los primeros cantos de algunos pájaros desafiantes.

— Ven. —Rodeé la cintura de Antonio con mi brazo mientras desde la puerta contemplábamos el jardín que rodeaba la vasta terraza embaldosada—. Vamos a salir a dar un paseo.

Salimos descalzos a la terraza donde las frías baldosas y el agua nos produjeron un hormigueo en las plantas de los pies. Las orlas de nuestras túnicas no tardaron en empaparse de agua. En el jardín, la fría y resbaladiza hierba, tan suave como el pelaje de un animal, despedía un penetrante y dulce aroma cuando la aplastábamos con los pies. Las repentinas ráfagas de viento sacudían las cargadas ramas de los árboles y el agua nos caía encima y nos dejaba los hombros empapados.

Por todas partes se oía el suave rumor de los goteos. Las lilas persas, dobladas por el peso de sus ramilletes de flores, se inclinaban graciosamente

como respetuosos cortesanos. Caminamos entre ellas, dejando que las flores nos acariciaran y nos arrojaran una perfumada lluvia sobre el rostro.

Cuando sale el sol después de la lluvia, la magia se evapora. Me detuve y cerré los ojos, percibiendo tan sólo el ligero frescor que nos envolvía, el perfume de las lilas y de la tierra húmeda, y el rumor de las gotas de lluvia que caían de las ramas. La humedad parecía intensificar los perfumes y, cuando bajé los ojos y contemplé las plantitas con sus corolas rebosantes de agua, me pareció que los colores también eran más intensos y que los verdes poseían un brillo deslumbrador. El morado de las violetas y el azul de los iris resplandecían como joyeles.

Era como si estuviéramos en el paraíso, pues eso parece un jardín después de la lluvia primaveral.

Después de la lluvia... rodeé fuertemente con mi brazo a Antonio para percibir su cuerpo y demostrarme a mí misma que aquello no era un sueño.

Hacia el este, detrás del monte Silpio y de la aurora, esperaba la Partia.

Nos encontrábamos en Armenia a principios de marzo, agasajados por el nuevo aliado de Antonio, el rey Artabaces, en su palacio que daba al valle del río Araxes. Era una complicada y recia construcción perennemente azotada por los vientos. Mientras miraba a mi alrededor, me di cuenta de que el largo brazo de la arquitectura, el estilo y los ornamentos griegos no habían llegado hasta aquellas regiones. Habíamos dejado Occidente a nuestra espalda, y a partir de allí todo nos sería extraño: modales extraños, protocolo extraño, motivos extraños. Octavio se había complacido en llamarme oriental y exótica, pero no era cierto que lo fuera. Egipto y Grecia no son extraños, ni siquiera para Roma.

La sala tenía varias bóvedas y parecía un mercado cubierto o una sucesión de tiendas de campaña. Las bóvedas estaban revestidas por unos complicados dibujos de oro y lapislázuli y hacían juego con los relucientes azulejos del suelo. Las paredes estaban cubiertas con multicolores lienzos de seda bordados con hilo de oro y sobre las mesas se habían extendido no unos manteles sino algo que parecían alfombras. Los armenios no comían reclinados sino sentados en unas sillas sin respaldo. Las vasijas de la mesa eran de oro macizo y estaban tan incrustadas de piedras preciosas como lo está un sapo de verrugas. Artabaces era un hombre moreno y delgado, con unos ojos negros, grandes y soñadores, y un bigote caído. Cuando hablaba, me miraba con expresión melancólica, pero a pesar de sus modales cortesés, su mirada resultaba un tanto atrevida. Sobre sus bucles untados de aceite lucía una tiara con un velo en la parte de atrás y su atuendo era enteramente persa: holgados calzones, amplia capa y túnica guarnecida con flecos. Llevaba uno o varios anillos en cada dedo, incluidos los pulgares. Mardo se hubiera escandalizado pues los antioquenos ya le habían parecido repulsivos por su exagerada afición a los adornos. Artabaces estaba sentado entre Antonio y yo, y a ambos lados se sentaban los oficiales romanos: Canidio, que había conducido las legiones hasta allí para unirlos al grueso del ejército, y Ticio, Delio, Planco y Enobarbo. Todos ellos iban vestidos con sus severos uniformes romanos: corazas de bronce, capas moradas, recias sandalias

claveteadas y condecoraciones militares, como por ejemplo coronas y simbólicas puntas de lanza de plata. Su aspecto era extremadamente sobrio y sencillo en comparación con los armenios.

De niña había estudiado el medo y ahora me complací en conversar un poco en aquella lengua con Artabaces, aunque sólo fuera para que éste supiera que podíamos entender sus apartes con sus nobles. Antonio, más impresionado que el rey, me susurró al oído:

— ¿Cuántos idiomas sabes? ¡Supongo que también debes de hablar el parto! —añadió.

La verdad es que también lo había estudiado un poco, pero sólo en tiempos más recientes había intentado mejorar mis conocimientos por si me hiciera falta.

— Lo hablo un poco —reconocí yo—. Tú también lo tienes que aprender —le dije al percatarme de su asombro—. Si vas a ser el amo de Oriente, no puedes depender de los intérpretes, no puedes estar a la merced de otro hombre.

Se limitó a soltar un gruñido; como todos los romanos, esperaba que el mundo entero aprendiera el latín y se acomodara a él.

Artabaces estaba haciendo gestos y moviendo las manos en complicados círculos para puntuar sus palabras.

— Mi hermano el rey Polemón y yo mataremos a centenares de partos —prometió.

Al oír mencionar su nombre, el rey Polemón del Ponto asintió con la cabeza desde el otro extremo de la mesa. Antonio lo había nombrado rey recientemente, y él disfrutaba de aquel título como sólo un encumbrado plebeyo hubiera podido disfrutar. El y Artabaces aportarían al ejército de Antonio seis mil soldados de Caballería y siete mil de infantería.

Estudí los perfiles de los hombres sentados en torno a la mesa: el de Antonio, muy firme y sin el menor atisbo de papada ni de flaccidez en las mejillas, pero con unas arrugas alrededor de los ojos y el oscuro cabello entremezclado con unas hebras de plata que no tenía cuando estaba en Roma. Canidio, que era algo mayor que Antonio, tenía una piel que, a diferencia de la de un hombre más joven, parecía de cuero curtido. Delio hubiera tenido un perfil perfecto de no haber sido por su piel picada de viruelas y su mala costumbre de alisarse constantemente el cabello hacia atrás. Planco, al igual que Antonio, no era muy joven, pero aún estaba en la flor de la edad de un soldado lo mismo que Enobarbo, con su nariz de halcón y su barba pelirroja sólo ligeramente entreverada de hebras grises. Sólo el sobrino de Planco, el moreno y cáustico Ticio, pertenecía a la siguiente generación y era un joven ávido de gloria. Los demás se mostraban más bien precavidos y no buscaban tanto la realización de asombrosas hazañas bélicas cuanto la aniquilación del enemigo a cualquier precio y el regreso sanos y salvos a casa. Poco había en ellos de Alejandro, poco era su afán de búsqueda de más vastos horizontes o de conquistas; ellos ansiaban por encima de todo medrar en los círculos de Roma.

— No, digamos más bien miles —rectificó Artabaces, haciendo gala de la típica exageración asiática. Todo eran miles y decenas de miles—. Mañana os haremos una demostración de cetrería —dijo.

— Mañana tenemos que revisar las tropas y preparar la partida —contestó Antonio—. La estación ya está muy avanzada. De hecho, es un poco tarde para empezar y el tiempo apremia.

— Pero, imperator, ¿acaso tengo yo la culpa de que las nieves se negaran a fundirse? —preguntó Artabaces, moviendo sus enojadas manos.

Unos artistas entraron en la sala, tocando unos desconocidos instrumentos: matracas de barro cocido, liras en forma de cabeza de toro y flautas de plata. Llevaban consigo un león amaestrado sujeto con una correa de seda; me pregunté si le habrían arrancado los dientes por si acaso.

Artabaces nos había asignado unos suntuosos aposentos en su palacio, toda una serie de estancias con las paredes cubiertas de tapices y un ejército de criados a nuestro servicio. Pero a mí todo aquello me resultaba triste y opresivo, olía a moho y yo no quería pasar allí mi última noche con Antonio.

— Diles a tus hombres que monten tu tienda —le dije repentinamente a Antonio.

— ¿Cómo?

— Tu tienda de comandante, la que utilizarás en la campaña —contesté—. Quiero dormir en ella contigo.

— ¿Montar una tienda en el recinto del palacio?

— No, abajo, a la orilla del río donde espera el ejército.

Antonio soltó una carcajada.

— ¿Rechazar la hospitalidad del Rey y decirle que preferimos dormir en una tienda?

— Dale otra explicación. Dile que quiero probar cómo se duerme allí dentro y que ésa es la única oportunidad que tendré. Lo cual es verdad.

— Se lo tomará como una ofensa.

— Dile que lo tienes que hacer porque estoy embarazada y he tenido un antojo. O dile que tienes por costumbre pasar la noche con tus hombres la víspera de la partida, que los dioses lo ordenaron y que tú no te atreves a romper ahora la costumbre, no sea que traiga mala suerte a la expedición. O dile las dos cosas.

— Bueno. La verdad es que prefiero dormir en mi tienda que aquí. —Miró a su alrededor, contemplando los húmedos aposentos con una mueca de desagrado. Después se volvió súbitamente a mirarme—. ¿Lo estás? ¿Es cierto?

— Sí —contesté—. Pensaba decírtelo esta noche, en mejor momento.

— Pues entonces tienes que regresar cuanto antes. Ya no me puedes seguir acompañando en esta campaña. Pero... me parece que me voy a perder

una vez más el nacimiento.

Me rodeó con sus brazos y apoyó la barbilla sobre mi cabeza.

Mi destino era que los padres de mis hijos jamás estuvieran presentes cuando yo daba a luz. Siempre estaría sola, sin nadie a quien mostrárselos más que a Olimpo.

— Tú no tienes la culpa —le aseguré. Tampoco César la había tenido pues estaba constantemente en guerra. Era el precio que yo tenía que pagar por haber elegido a unos soldados como padres de mis hijos—. No puedo pedirte que interrumpas la campaña y regreses a Alejandría a principios de invierno. Si lo hiciera, ayudaría a los partos.

Me estrechó fuertemente en sus brazos.

— Siempre la política —se quejó—. Hasta nuestros más privados y valiosos momentos están gobernados por la política.

— Yo nací en ella —le repliqué—. Estoy acostumbrada.

La tienda se levantó a orillas del Araxes, un poco separada de las tiendas de los soldados, que normalmente dormían ocho en una tienda. Los soldados saludaron a Antonio con afectuosa cordialidad, sintiéndose halagados de que quisiera estar con ellos. Su sincera reacción contrastaba fuertemente con los empalagosos halagos de Artabaces. Bajo las crecientes sombras del crepúsculo, unos gigantescos hombres rubios lo rodearon, llamándolo:

— ¡Imperator! ¡Imperator!

Eran los soldados de la Legión Quinta, reclutados por César entre los galos. Lo habían servido fielmente, resistiendo incluso la carga de los elefantes en Tapso, y él los había recompensado concediéndoles como insignia el emblema de dicho animal. Estaba también la famosa Legión Sexta, la Acorazada, que había servido a César en la fatídica Guerra Alejandrina y que lo había vengado en Filipos al mando de Antonio. Sus hombres eran tan duros como su apodo y tenían la piel curtida y quemada por el sol. Alrededor de la hoguera del campamento levantaron sus copas y brindaron por nosotros. Estaban preparados para el combate y deseosos de ponerse en marcha, y tiraban de las riendas como fogosos caballos a punto de lanzarse a la carrera. No combatían desde Filipos y estaban ansiosos por entrar en acción. Mientras las llamas de la hoguera los bañaban con su broncíneo resplandor conviniéndolos casi en unas estatuas, experimenté la emoción de la guerra que enardece los corazones de los hombres y borra en ellos los pensamientos de muerte. La derrota nunca es más impensable que en vísperas de una campaña, cuando los hombres beben con sus compañeros alrededor de la hoguera y limpian sus lanzas.

¡Cuánto querían a Antonio! Cómo bromearon y brindaron por él, como si fuera uno de ellos. Era como si los conociera a todos personalmente y a todos les preguntaba por sus amigos, sus hijos, sus amores y sus heridas. Tales cosas no se pueden fingir.

Nos retiramos a la tienda de piel de cabra con armazón de madera de roble.

Dentro había dos camas plegables de campaña, unos escabeles, una alfombra para el suelo, dos linternas y unas jarras de agua con sus jofainas. Antonio señaló con un gesto de la mano a su alrededor.

— Espero que eso sea lo suficientemente austero para ti.

— O sea que aquí vivirás durante meses y meses —dije, asombrándome de que él, que era tan amante del lujo, pudiera conformarse con tan poco.

— Apenas me daré cuenta —replicó—. Estaré pensando en otras cosas.

Nos sentamos juntos en una de las estrechas camas. Las linternas arrojaban una débil luz a nuestro alrededor.

— Te traeré la victoria y la depositaré a tus pies —me prometió Antonio.

— Y yo depositaré nuestro hijo a tus pies cuando vuelvas.

Mi tarea sería más fácil que la suya; mi cuerpo iría formando el niño día tras día sin ningún esfuerzo por mi parte.

De pronto me estrechó en sus brazos, hundiendo el rostro en mi cabello. No dijo nada, pero la fuerza de sus dedos hablaba por él. Su silencio era más elocuente que sus palabras.

Nos tendimos en la cama cuya ligera estructura crujía bajo el peso de dos personas. Seguíamos sin decir nada. Había tantas palabras que yo guardaba para poder utilizarlas, palabras de despedida, de ánimo, de amor, de estímulo. Pero no me salía ninguna. Lo único que podía hacer era acariciarle el cabello con mis manos, preguntándome si alguna vez lo podría volver a hacer y lamentando que, en nuestro último abrazo, yo me hubiera quedado muda. Pero si era nuestro último abrazo, ¿qué más daban las palabras que yo dijera o dejara de decir? Era un momento demasiado trascendental en el que las palabras no servían para nada.

Con César no supe que sería nuestro último momento juntos; lo de ahora en cambio era peor. Mejor no saberlo. ¡Malditas fueran las despedidas y todos los adioses! Ahogué un grito y lo estreché contra mi doliente corazón.

Sostuve su cabeza entre mis manos y le cubrí el rostro de besos, como si quisiera trazar sus perfiles con mis labios y recorrerlos con mi lengua. Quería recordar la huella de su cuerpo en el mío y convertirla en permanente. No podía estrecharle con la suficiente fuerza, pero lo intenté hasta que al fin él rompió el hechizo del silencio y me dijo en un susurro:

— Te quiero.

Después me rodeó con sus brazos y me estrechó con tal fuerza que apenas podía respirar. Bajo los débiles parpadeos de la ambarina luz de las linternas, entrelazamos nuestros brazos y piernas sobre el lecho, tratando de desterrar o sublimar aquel momento. Yo entré en él tanto como él en mí, y todas nuestras tácitas despedidas se transmitieron como encrespadas olas a través de nuestros cuerpos.

Fue una noche muy breve. Me pareció que la aurora llegaba a medianoche, pero eso fue porque hubiera querido que aquella noche no terminara jamás y se

prolongara hasta el mediodía. Cuando el primer rayo de luz trató de penetrar en nuestra tienda, los soldados ya habían iniciado su jornada. Antonio asomó la cabeza a través del faldón de la tienda y fue acogido con un coro de bromas, que le resultó muy embarazoso. Se vistió a toda prisa y me besó suavemente en la mejilla.

— A media mañana inspeccionaré las legiones y te las presentaré. Quiero enseñarte especialmente la maquinaria de asedio antes de que la carguemos.

Me desperecé.

— Sí. Estaré preparada.

En cuanto se hubo ido, me levanté de la endeble cama, me lavé con el agua fría que nos habían proporcionado y me vestí con mi ropa de viaje. Miré una vez más a mi alrededor y me pregunté cómo sería vivir allí dentro tanto en medio del frío como del calor. Sabía que los romanos se empeñaban en montar un ordenado campamento fortificado al término de cada jornada de marcha, lo cual les llevaba dos o tres horas más de trabajo. No era de extrañar que durmieran como troncos por la noche, no sólo gracias la seguridad de sus protegidos campamentos sino también al puro agotamiento.

Al salir de la tienda vi que todo el ejército se había congregado junto a la orilla del río. Era un ejército impresionante. Yo no me había dado cuenta hasta entonces de lo que eran cien mil hombres ni de los pertrechos que necesitaban: tiendas enrolladas, mulos, carros, estacas, víveres, herramientas de todo tipo. Cada soldado tenía que llevar encima la comida para tres días, en una caja de bronce, y una olla y un molinillo. También tenía que llevar sus herramientas de trinchera: un zapapico, una cadena, una sierra, un garfio, estacas para empalizadas e incluso un cesto de mimbre para la tierra removida, todo eso aparte la jabalina, la espada, el puñal, el escudo y el pesado yelmo de bronce con que se cubría la cabeza. Mientras contemplaba a aquellos vigorosos hombres tan sobrecargados de peso, me sorprendí de que pudieran recorrer quince millas día tras día y veinticinco cuando se hacían marchas forzadas.

Tal como me había dicho Antonio, dieciséis legiones emprenderían la marcha hacia la Partia bajo sus órdenes. Algunos de los hombres eran curtidos veteranos como los de la Quinta y la Sexta; otros eran más recientes. Puesto que cada legión estaba considerada una entidad viviente, con su propia historia y a menudo con sus emblemas distintivos, los hombres que se perdían no eran sustituidos por otros. De esta manera, una venerable legión curtida en infinidad de batallas podía estar considerablemente menguada, con un número de soldados muy inferior a los cinco mil habituales. Ahora las de Antonio tenían aproximadamente unas tres cuartas partes de sus hombres. Los nuevos soldados se asignaban a nuevas legiones.

Era el ejército romano más soberbio que jamás se hubiera visto en nuestros tiempos, y hasta es posible que en cualquier otro tiempo. Ni César había contado con un ejército como aquél.

Vi a Antonio cabalgando muy despacio entre los hombres, porque al

parecer cada soldado deseaba comunicarle un mensaje personal. Si estaba impaciente o tenía los pensamientos en otra parte, no lo dio a entender. Qué espléndido se veía entre sus soldados; qué fácil resultaba olvidar los centenares de millas que tenían por delante y que tendrían que cubrirse dolorosa y laboriosamente antes de que se iniciaran los combates propiamente dichos. Aquel día, mientras el sol del amanecer arrancaba reflejos de las aguas del río, todos los preparativos parecían un simple ejercicio vigorizante.

Al verme, Antonio me saludó con la mano y se acercó al trote.

— Voy a buscar otro caballo para ti; quiero mostrarte las máquinas de asedio y del campo de batalla —dijo.

Estaba muy animado y yo comprendí que ya no recordaba la noche en la tienda sino que estaba pensando tan sólo en el reto que tenía por delante.

Cabalgamos hasta el extremo del campo de estacionamiento de las tropas junto a la calzada que bajaba hacia el sur, por la que bajarían los carros y los hombres.

Ante mis ojos se extendía algo que parecía una ciudad: montones de troncos de árbol cortados en secciones, miles de estacas y unas gigantescas máquinas con ruedas colocadas sobre unas resistentes estructuras. Y sobre un conjunto de carros planos, un enorme ariete cuya cabeza de hierro resplandecía bajo el sol.

— Pero ¿cómo se podrá transportar todo esto? —pregunté asombrada.

La sola longitud del ariete haría muy difícil su transporte sobre unas serpeantes guías.

— Los carros son flexibles, individualmente —me contestó Antonio—. La hilera de carros se puede doblar en las curvas.

— Pero el ariete no podrá —dije yo—. Y con lo largo que es, podría romper las puertas del cielo. ¿Para qué quieres usarlo?

— Mide ochenta palmos de longitud —contestó orgullosamente—. En la campiña de la región adonde vamos no hay árboles. Tenemos que llevar nuestras máquinas de asedio.

Sentí una punzada de inquietud al ver todo aquello. Me parecía una cadena de hierro que los aherrojaría, y no unas máquinas de guerra necesarias para ganar.

— ¡Lástima que estén en una llanura sin árboles! Y cercada por montañas.

Me parecía una combinación siniestra.

— Tendré que dividir el ejército —me dijo—. Como es natural, los soldados de a pie se moverán más rápido que las pesadas máquinas, pero es lo que siempre se hace. Hasta Alejandro lo hizo. «Hay que marchar divididos y combatir unidos», decía.

— ¿Y estas cosas? —pregunté, señalando unas complicadas máquinas

con ruedas que descansaban plácidamente sobre el campo.

— La más grande se llama «asno loco», por las coces que pega. —A mí me parecía un gigantesco saltamontes—. Puede arrojar una roca hasta aquella arboleda de allí... a más de un cuarto de milla. Lo usaremos para derribar murallas de ciudades o para aplastar hombres y caballos. También tenemos unas pequeñas catapultas que lanzan piedras más ligeras a distancias más cortas, para cubrir el avance de las tropas contra el enemigo.

Había tantas máquinas en el campo que parecían un rebaño de animales pastando. De nuevo me sentí dominada por el abatimiento. ¿Cómo subirían todo aquello por las montañas?

Un toque de trompeta anunció la llegada de Artabaces y de su caballería, trotando orgullosamente hacia el campo de revista. El tintineo de los adornos de bronce de las bridas sonaba como una música en el aire. Los seguían los soldados de a pie con sus vistosos uniformes multicolores, mucho más llamativos que los de los romanos. El ejército se estaba reuniendo; ya era casi la hora de la partida.

Al mediodía ya se habían ido los comandantes con sus guardias, pasando por delante de la tribuna donde mi gente y yo estábamos presenciando el desfile, seguidos por las tropas que marchaban en columnas, los heraldos, el destacamento médico, los suministros de víveres y pertrechos, los interminables carros de los equipajes y los mulos cargados. Fueron necesarias casi dos horas para que todas las tropas pasaran por delante de nosotros, y una hora más para que se perdieran de vista bordeando la orilla del río.

Yo había querido presenciar la partida pero estaba preocupada por la larga campaña que los expedicionarios tenían por delante. Me pregunté por qué razón César estaba tan deseoso de emprenderla y si se habría dado cuenta del esfuerzo tan grande que supondría. Yo había interrumpido en seco una audiencia que le había concedido a un autoproclamado experto en asuntos romanos al comentar éste que el mayor golpe de suerte que había tenido César, famoso por la legendaria fortuna que siempre lo acompañaba, lo había tenido en los Idus de marzo. Al morir entonces, se había salvado de dos posibles e ignominiosos finales de una gloriosa carrera: el de convertirse en rey de Roma y no ser capaz de gobernar a sus súbditos, y el de sufrir una derrota en la Partia. A lo mejor el hombre había expresado una verdad que yo no quería reconocer. Ciertamente, la conquista de la Partia no hubiera sido fácil ni siquiera para César. El inaccesible territorio de los partos les servía de aislamiento protector. Un ejército romano estaría agotado antes de trabar combate con ellos.

Lancé un suspiro y aparté la mirada de la vacía calzada. Tendríamos que pasar la noche allí, y esta vez no podría evitar pasarla en el palacio de Artabaces. El triste ambiente hacía juego con mi deprimido estado de ánimo.

La extraña ausencia de palabras nos había acompañado hasta el final. Al pasar por delante de mí, Antonio se limitó a saludarme montado en su caballo y yo levanté la mano en silencio.

A mediados de julio, Mardo, los gemelos y yo ya estábamos instalados de nuevo en Alejandría, donde yo no hacía más que pasear arriba y abajo en mi estudio. ¿Cómo estaría Antonio? Ansiaba recibir noticias, pero en vez de ello me veía obligada a escuchar las noticias que me llegaban sobre el maldito Octavio... Mardo acababa de recibir un despacho.

— Bueno, ¿y ahora qué ocurre?

Me molestaba tener que estar al corriente de lo que hacía Octavio, pero no había más remedio. Que se hundiera en el infierno.

— Al final, ha lanzado su campaña —dijo Mardo, leyendo mientras hablaba—. O mejor sería decir, la campaña de Agripa.

— ¡Ya! —dije yo—. Depende totalmente del cerebro y la fuerza física de Agripa en cualquier acción militar que quiera emprender.

El canijo Octavio y su forzudo amigo, menuda combinación.

— Por lo menos tiene alguien en quien confiar —dijo mordazmente Mardo.

Antonio luchaba fundamentalmente solo. Hubiera sido un consuelo tener a alguien en quien confiar, desde luego.

— Tiene suerte con los amigos —reconocí—. ¿Cuáles son sus planes? Necesitaba saberlo.

— Tú ya conoces la estrategia de Agripa —dijo Mardo—. Hemos estado recibiendo informes todo el invierno.

— ¡Sí, sí! —respondí en tono irritado—. Ya sé que tiene una base naval de adiestramiento y que cuenta con veinte mil remeros.

— Ha movilizado todas sus fuerzas contra Sexto porque la supervivencia política de Octavio depende de su victoria —dijo Mardo, dando un rápido vistazo al estudio—. La batalla tendrá lugar en Sicilia, tanto por tierra como por mar. El cónsul Tauro se hará a la mar en la península Itálica con los navíos donados por Antonio, y Lépido aportará sus doce legiones, más una flota de África. Agripa no quiere dejar nada al azar. Por consiguiente, para luchar contra los rápidos barcos y la superior experiencia naval de Sexto, ha construido unos barcos tan gigantescos que no hay manera de hundirlos y cuyo solo peso será suficiente para aplastar al enemigo. El año pasado tuvo que hacer frente a tres contratiempos: sus barcos no eran mejores que los de Sexto, sus remeros eran peores y él no contaba con un puerto seguro. Ahora ha resuelto estos problemas.

Si nosotros tuviéramos un lugarteniente tan listo y trabajador... La verdad era que Agripa se había convertido en un hombre impresionante.

— Ah, y, además, se ha inventado una cosa que se llama «agarrador», una

especie de catapulta que dispara un arpeo, el cual apresará los pequeños navíos de Sexto y los acercará a los suyos para que se pueda librar una batalla sobre las cubiertas.

— Cortarán las cuerdas del «agarrador» —dije yo.

Era lo más lógico.

— Las ha introducido en unos largos tubos de hierro para que no puedan hacerlo.

Marco Vipsanio Agripa. ¿Quién hubiera podido predecir semejante inteligencia militar en aquel cortés muchacho al que yo había conocido en la cena de César?

— La acción militar empezará de un momento a otro —dijo Mardo—. Y se producirá justo a tiempo para salvar a Octavio de su creciente impopularidad entre el pueblo romano. La gente ya no está dispuesta a seguirles aguantando a él o a Sexto. Uno de los dos tendrá que desaparecer.

El mar azul que rodeaba Alejandría era tan sereno e inocente que nadie hubiera sospechado que pudiera ser escenario de una acción en otro lugar. Día tras día esperábamos noticias. Al final, empezaron a llegar barcos con informes. La flota de Octavio había vuelto a naufragar. Treinta y dos barcos de gran tamaño y un número muy superior de ligeras galeras liburnas habían sido destruidos durante una tormenta. Octavio estaba considerando muy en serio la posibilidad de aplazar un año más la campaña. Lanzamos un suspiro de alivio. Eso le daría a Antonio la ventaja que necesitaba.

Octavio pensó lo mismo y no se atrevió a dejar pasar otra estación, permitiendo que Antonio alcanzara una gran victoria mientras él sufría los efectos de su creciente impopularidad en Roma a lo largo de otro invierno. Con su habitual determinación y minuciosidad, siguió adelante. «Triunfaré sobre la voluntad de Neptuno», se juró.

— En un informe se dice incluso que estuvo a punto de suicidarse —dijo Mardo—. Se desanimó mucho al perder la flota pero...

— Al amanecer lo pensó mejor —comenté yo.

Conocía su manera de pensar. Octavio siempre esperaba a que amaneciera.

Durante la siguiente fase de la campaña recibimos más informes. La acción se había centrado en el peligroso estrecho de Mesina, que estaba en poder de Sexto, y que las fuerzas de Octavio tenían que cruzar. Agripa se enfrentó a Sexto y sus gigantescos barcos demostraron la validez de su estrategia aplastando muchos navíos de Sexto. Pero Sexto se retiró, y decidió atacar a Octavio mientras sus tropas cruzaban el estrecho. Octavio consiguió huir, pero los barcos que Antonio le había prestado quedaron destrozados y fueron incapaces de resistir el ataque de Sexto.

— Una lección para nosotros —dije—. Se acabaron los navíos de pequeño

tamaño.

— A Octavio se le había agotado el tiempo —comentó Mardo, leyendo complacido el despacho—. Tuvo que enviar a Mecenas a Roma para calmar los ánimos de la gente. Pero entonces Agripa... Agripa...

— ¿Agripa qué? —pregunté, arrebatándole a Mardo el despacho de las manos.

¿Acaso Agripa era una especie de dios que siempre conseguía salvar a su amigo? Agripa se había apoderado de un puerto de Sicilia que le había permitido desembarcar sus tropas y las de Octavio, un total de veintiuna legiones y las fuerzas auxiliares. Acorralaron a Sexto y entonces éste decidió jugárselo todo en una batalla naval.

— ¿Y qué ocurrió? —pregunté yo, agitando el despacho que sostenía en la mano.

Allí finalizaba el informe. La batalla había terminado hacía tiempo, pero nosotros tendríamos que esperar un poco para conocer el resultado.

Al final lo averiguamos: el 3 de septiembre había tenido lugar por fin la gran batalla, y Sexto había sido derrotado. Los hombres y los barcos de Sexto lucharon con denuedo y valentía, sabiendo que no podrían esperar la menor compasión. Pero los gigantescos barcos de Agripa se alzaron con el triunfo, apresando los barcos de Sexto, acercándolos con sus arpeos, abordándolos y hundiéndolos. Se hundieron veintiocho barcos de Sexto contra sólo tres de Agripa. Sólo diecisiete consiguieron escapar, y Sexto huyó con ellos.

— ¿Cuántos barcos de los trescientos que había?

No podía creerlo.

— Diecisiete.

— En tal caso, ha sido una victoria decisiva.

Octavio había triunfado.

— Sexto ha huido junto a Antonio —leyó Mardo con incredulidad—. Se entregará a su merced.

— ¡Oh, Isis! —exclamé—. ¿Qué va a hacer Antonio con él?

Recibimos más noticias. Lépido decidió enfrentarse a Octavio y Agripa, pues estaba resentido porque todos aquellos años había sido el miembro más olvidado del Triunvirato. Rebosante de orgullo con las veintidós legiones que había adquirido y pensando que ninguno de los bandos tenía tantas como en Filipos, trató de derribar a Octavio y Agripa. Pero las tropas no estuvieron por la labor pues estaban hartas de guerras civiles y no le tenían ningún respeto a Lépido.

— Lépido se vio obligado a entregarse a la merced de Octavio —leyó Mardo—. ¡Y a besarle las sandalias!

Me estremecí al pensar en aquella humillación.

Octavio se mostró clemente, pero lo ha despojado de su cargo de triunviro, de sus legiones y de su poder. Lépidio se ha ido a un obligado retiro.

— Ahora Octavio es el amo de Occidente —dije yo muy despacio—. Sexto y Lépidio ya no existen. Él lo gobierna todo hasta Grecia.

— Sí —me dijo Mardo—. Tiene cuarenta y cinco legiones bajo su mando. Algunas andan faltas de hombres, pero por lo menos suman unos ciento veinte mil soldados.

— ¿Qué va a hacer con ellos? —pregunté en un susurro—. Tendrá que pagarles y despedirlos o bien utilizar sus servicios, pero no tiene dinero para pagarles.

Lo cual significaba que tendría que buscarles trabajo. Hubiera podido enviarle unos cuantos a Antonio, naturalmente, pero yo sabía que no lo haría. Los mantendría ocupados adiestrándose... y les buscaría algún botín, algún tesoro intacto con el que pudieran cobrarse la paga. ¿Egipto? ¿O lo que Antonio ganara en la Partia?

El último verano, uno de los más claros y ventosos que hubiera habido en muchos años, pedía a gritos que todo el mundo disfrutara de él, pero yo me consumía en la espera. A medida que pasaban los días sin que se recibiera ninguna noticia del este, cada vez estaba más angustiada. Era como si Antonio y su gigantesco ejército se hubieran perdido en el horizonte sin dejar ni rastro. Cuando llegaban barcos de Cilicia, de Rodas y de Tarso yo pedía que sus capitanes bajaran a tierra para ser interrogados, pero nadie había oído nada del interior.

Quinientos años atrás, todo un ejército de cincuenta mil persas se había desvanecido en las arenas de Egipto en su camino hacia al oasis de Siwa. Todos los escolares se estremecían de espanto al oír el relato de cómo las arenas se habían abierto y se los habían tragado a todos. Y eso que el oasis de Siwa no estaba tan aislado ni era tan vasto como las llanuras de la Partia. ¡Oh, dioses! ¿Por qué habría ido Antonio? ¿Por qué no recibíamos ninguna noticia?

Trataba de distraerme jugando con los niños, estudiando el idioma parto — a pesar de lo mucho que lo aborrecía y de que cada día me parecía más hostil—, leyendo las noticias que recibíamos del resto del mundo y preparando mi corazón y mi espíritu para el nuevo hijo que iba a nacer. Sí, el de Antioquía había sido un fértil idilio y yo estaba nuevamente encinta. Pero todo eso no eran más que distracciones mientras yo esperaba la respuesta a la gran pregunta: ¿Se cubriría Antonio con el manto de César y podría ocupar su lugar al lado de éste y de Alejandro por sus proezas militares? ¿Fracasaría y le concederían un lugar... dónde? ¿Conservaría tan siquiera la vida?

La reina que había en mí ansiaba su victoria y rezaba por ella; la esposa temía que no regresara vivo y suplicaba a Isis que protegiera su vida. Yo era al mismo tiempo la esposa espartana que decía: «Vuelve con tu escudo o sobre tu escudo» y la esposa egipcia que decía: «Vuelve de la manera que sea, incluso sin el escudo.»

Cuando empezaron las tormentas de otoño aún no se había recibido ninguna noticia. Pero mi cuerpo, olvidándose de todo lo demás, seguía el horario de la naturaleza y a mediados de noviembre di a luz a mi nuevo hijo. El alumbramiento fue muy fácil.

— Estás adquiriendo mucha práctica —me dijo Olimpo.

Sostuve en mis brazos al niño y lo contemplé amorosamente. Tenía unas mejillas sonrosadas y una mata de cabello negro. Me sorprendió como siempre la belleza del recién nacido y me asombré de que lo hubiera creado yo. Pero al mismo tiempo intuí que iba a ser el último. Por eso lo amaba más de lo que hubiera sabido expresar con palabras.

— ¿Qué nombre le pondrás? —preguntó Olimpo, acariciándole el enmarañado cabello.

No se me había ocurrido pensarlo. Me hubiera gustado que hubiera podido llamarse Tolomeo Antonio Pártico en honor de la victoria de su padre sobre la Partia. ¡Mi amada Isis, no me otorgues el derecho de imponer el nombre de Antonio Póstumo a un hijo de Antonio! Prefería recurrir al pasado y remontarme a la cumbre de la gloria de los Lágidas.

— Quizá convendría ponerle el nombre de mi antepasado Tolomeo Filadelfo —contesté—. Para festejar la recuperación de nuestro antiguo reino de Fenicia.

— Eso es demasiado largo —comentó Olimpo, secando suavemente los ojos del niño—. Tienes que buscarle algo más corto que sirva para el uso cotidiano.

— Ya se me ocurrirá algo —dije—. Él mismo se buscará el nombre.

A pesar de lo fácil que había sido el alumbramiento, no acababa de recuperarme. Me notaba las piernas pesadas e hinchadas y me faltaba la energía. Cuando ya había transcurrido el tiempo suficiente como para que yo regresara a la cámara del consejo, al almacén de la aduana o a inspeccionar el progreso de la construcción de mis barcos, me seguía sintiendo tan cansada que para mí constituía una dura prueba pasarme más de una mañana o una tarde lejos de mis almohadones. Además, había perdido el apetito.

— Tienes que comer —me dijo Olimpo con severidad—, de lo contrario, tu leche no será nutritiva.

Tras haber comprobado de qué manera me había recuperado amamantando yo misma a los gemelos, Olimpo se había vuelto contrario a la idea de las nodrizas y aconsejaba que todas las mujeres, incluso las reinas, amamantaran a sus propios hijos.

— Sí, sí, pero es que el estofado de pulpo no es muy apetitoso —decía yo, apartando el plato.

— ¡No hay nada mejor que el pulpo! Las ventosas dan fuerza...

— Se la dan al pulpo. —El olor era muy desagradable—. ¡Por favor, no puedo con eso!

— ¡Me acabas la paciencia! —Olimpo se sentó a mi lado en un escabel y tomó mi mano, mirándome inquisitivamente a los ojos. Le conocía lo bastante como para saber que el frunce de su ceño ocultaba una preocupación—. El niño está bien —dijo cautelosamente.

— ¿Qué me ocurre, Olimpo? —le pregunté de golpe.

— No lo sé —me confesó—. Todo el proceso de tener un hijo es un misterio muy complicado. Hay tantas maneras de que algo sea... difícil. Pero tú no corres peligro. Poco a poco recuperarás las fuerzas. Sin embargo, creo que no deberías... no deberías...

— Tener más hijos —dije yo, terminando la frase por él.

— Es justo lo que estaba a punto de decirte. ¡Pero lo malo es que los hombres que tienes suelen ser muy prolíficos!

— Ahora soy una mujer casada —dije con severa dignidad—, así que ya no puedes hablarme de «los hombres que tengo» como si fuera una de las prostitutas del templo de Canopo.

— Bueno, pero tu nuevo... mmm... esposo... a veces se comporta como si fuera un devoto visitante de aquellos lugares...

Olimpo seguía sin apreciar a Antonio, eso estaba clarísimo. Sin embargo llevaba casi cinco años sin verle, pues en Roma sólo le había visto de lejos.

Cuando Antonio regresara cambiaría de opinión respecto a él. Cuando Antonio regresara...

— ¡Insultas a mi padre, el difunto Rey, si hablas con desprecio de los ritos de Dioniso! —le dije. Era una religión, por más que los romanos pensarán que los empujados y las alocadas danzas eran obscenos. También pensaban que las danzas de cualquier clase eran obscenas y no entendían a los actores ni el teatro. ¡Gracias a los dioses que Antonio era distinto!

— Perdóname —dijo Olimpo—. Está claro que no puedo penetrar en los sublimes místenos de Dioniso con mi pequeña, científica y crítica mente. Pero desde el punto de vista de un hombre corriente, todo eso parece simplemente una vulgar y anticuada borrachera elevada a la categoría de refinada actividad reservada a unos pocos.

Me eché a reír.

— Me complace tener por médico a un hombre de mentalidad tan inquisitiva. Eso significa que siempre podremos contar con el remedio del sentido común. Y ahora dime... ¿hay alguna planta en tu jardín que pudiera ayudarme?

— Es posible —contestó.

— ¿Tu mujer... Dorcas... se interesa por la medicina?

Sentía curiosidad por ella. Olimpo no solía llevarla a las reuniones, y yo todavía no había mantenido una auténtica conversación con ella. Me miró como si hubiera invadido su intimidad. En cambio, a él le parecía muy bien invadir mi

matrimonio, mis motivos y mis costumbres —incluso en la cama— y yo tenía que mantenerme a una respetuosa distancia de los suyos. ¡Los médicos!

— No —contestó lacónicamente—. No, a ella... a ella le interesa sobre todo la literatura. Homero y todo eso. Le gusta comparar las distintas versiones — explicó, mirándome con profunda turbación.

— ¡O sea que te has casado con una intelectual! —dije—. Qué extraña unión, el científico y la estudiosa de literatura.

— No más extraña que la de la mujer más inteligente del mundo con un simple guerrero cuyos intereses giran en torno al campo de batalla y la mesa de las bebidas. En cierto modo, es como uno de esos bárbaros del norte que tan aficionados son a los gritos, los cantos, las peleas, la bebida y las hogueras.

— No le conoces en absoluto —dije con la cara muy seria.

— ¿Puedes decir honradamente que mi descripción no se ajusta a la realidad? —me preguntó, levantándose de su asiento—. Pero sé que a ti te hace feliz y por eso pido a los dioses que vuelva sano y salvo a casa. —Se encaminó hacia la puerta, pero de pronto se detuvo y se volvió a mirarme—. Te enviaré algunas medicinas de mi jardín. ¡Y tendrás que tomarlas! —me ordenó.

Toda la fuerza y el vigor de la naturaleza parecía concentrarse en el mar, pero a mí no me llegaba ni una gota. Día tras día, mientras descansaba en mis aposentos y bebía el brebaje de Olimpo —hecho con una pizca de mandrágora triturada y jugo de hojas de repollo—, contemplaba las tormentosas aguas que rompían contra la base del Faro y los barcos que se balanceaban alrededor de los cabos de sus anclas, y veía el desnudo poder de la naturaleza.

Ansiaba que el emblemático rayo lágida descendiera de los cielos y me llenara de nuevo de ardiente vida, y entretanto me distraía con los habituales entretenimientos invernales —los juegos y la música— y con los niños aburridos que me hacían compañía y se agarraban a los brazos de mi silla.

Y seguía sin saber nada, ni de Antonio ni del este.

En cambio recibía incesantes noticias de Roma. Octavio había declarado oficialmente que, con la derrota de Sexto, las guerras civiles habían tocado a su fin y había mandado colocar una inscripción en el Foro acerca de su hazaña y de su culminación de la obra de César. En la imposibilidad de celebrar un Triunfo por no haber derrotado a un enemigo extranjero, tuvo que conformarse con algo que se llamaba una Ovación, durante la cual el homenajeado era objeto de alabanzas, de una forma restringida. También se le otorgó el derecho a lucir la corona de laurel en cualquier circunstancia, como se le había otorgado a César.

A veces la medicina que Olimpo me obligaba a tomar me impedía dormir o me provocaba unos sueños inquietantes y turbadores. Una noche, cuando el pequeño Filadelfo ya tenía casi cuarenta días, tuve una horrible visión —pues más que un sueño me recordaba una visión— en la que Antonio aparecía rodeado de cadáveres, unas grotescas y ennegrecidas formas rígidas y resacas sobre un pedregoso campo. Y Antonio avanzaba a rastras casi rodando encima de ellos,

como si fueran un montón de troncos de árbol diseminados. Estaba solo en el campo, el cual se extendía hasta el infinito bajo un cielo incoloro.

Me desperté con el corazón latiéndome violentamente en el pecho. Conservaba todavía la visión ante mis ojos y el rostro de Antonio era el de una persona que hubiera sido torturada.

El parpadeo de la lámpara que ardía delante de la estatua de Isis, en un rincón de la estancia, me serenó el espíritu. Empujé hacia abajo las sábanas empapadas de sudor y me arrodillé a sus pies. No sabía qué otra cosa hubiera podido hacer. «¡Destierra este mal sueño!», le imploré, como hacían conmigo los gemelos cuando sufrían una pesadilla y entraban corriendo en mi habitación. Pero ella no me escuchó y entonces comprendí que el sueño había sido real.

Regresé a la cama y esperé. Había visto lo que estaba ocurriendo en la Partia. Antonio estaba vivo, pero rodeado de muerte. Me volví a cubrir con las sábanas y ordené a la noche que pasara muy rápido. Recibiría la noticia por la mañana.

Por consiguiente ya estaba esperando a Eros, el criado personal y liberto de Antonio, cuando éste fue conducido al palacio al amanecer, tembloroso y trastornado. Sí, era Eros y no uno de los comandantes. No era Canidio, Delio ni Planco sino aquel muchacho, casi un niño, el que venía de parte de su amo.

Insistí en hablar con él a solas, a pesar de la devoradora curiosidad de Mardo por enterarse de todo. Tiempo habría más tarde para eso. De momento, yo tenía que enterarme en privado.

No me tomé la molestia de vestirme con ropajes de ceremonia ni de sentarme en el trono sino que lo hice pasar directamente a mis aposentos privados. ¿Cuántas veces Eros había sido el último en servirnos a Antonio y a mí antes de que nos retiráramos a descansar? No podía contemplar su rostro sin recordar el ansia con que a veces deseábamos que se retirara, y ahora él era el depositario de la terrible noticia de lo que había ocurrido.

Tomé sus ásperas manos entre las mías.

— ¿Está bien? ¿Vive Antonio?

Habían transcurrido varias horas desde que yo tuviera el sueño.

Eros asintió con la cabeza.

— Está a salvo.

Le estudié detenidamente. Tenía el rostro quemado por el sol y agrietado por los vientos, y sus uñas estaban medio arrancadas. Mis ojos se desviaron hacia sus pies y sus piernas... magullados, llenos de costras y recubiertos por una capa de suciedad tan espesa que no hubiera podido eliminarse con un baño normal.

— ¿Dónde está?

— Te espera en Leuce Come, en Siria.

¿Leuce Come? ¿Y eso dónde estaba? ¿Qué hacía allí Antonio?

— ¿Dónde?

— Es una pequeña aldea de pescadores de Siria —dijo—. Tuvo... tuvimos miedo de ir a Tiro o Sidón, no fuera que los partos ya nos estuvieran esperando allí después de su... gran victoria.

El muchacho inclinó la cabeza, incapaz de mirarme a los ojos.

Alargué la mano y le acaricié la barbilla, como si fuera mi hijo.

— Sé que hubo una victoria —le dije dulcemente—. Pero me basta saber que Antonio está vivo. Debes contarme lo que ocurrió.

— ¿Y cómo lo sabes? —preguntó, dejando que yo le levantara la cabeza.

— Los dioses me revelaron la noticia —contesté—. Y ahora cuéntame los detalles. Los dioses envían imágenes, no detalles.

— Te lo contaré todo rápidamente y después me podrás interrogar si lo deseas. —Hablaba con un trémulo hilo de voz—. Tuvimos graves dificultades para cruzar los tortuosos desfiladeros donde los carros del equipaje eran como un freno para el resto del ejército. Antonio decidió dejarlos bajo la custodia del rey Artabaces, del rey Polemón del Ponto y de dos legiones romanas...

¡No era suficiente! ¡La guardia era insuficiente! ¡Sólo dos legiones! ¡Oh, Antonio, los dejaste bajo la protección de veintitrés mil hombres, pero sólo diez mil de ellos eran romanos!

— Y los partos, que por lo visto se enteraron por adelantado, se abatieron sobre ellos y los mataron.

Eros estaba al borde de las lágrimas. Hubiera tenido que pedirle que interrumpiera su relato y se serenara un poco, pero no pude.

— ¿Aniquilaron a veinte mil hombres? Me parecía increíble.

— No, sólo a los de las legiones romanas. Y se llevaron prisionero al rey Polemón. Entonces el rey Artabaces se alejó al galope con sus trece mil hombres y regresó a Armenia.

Todo estaba preparado. Lo sabía. ¡Artabaces siempre había estado en connivencia con los partos! ¡El muy traidor y embustero!

Pero aquel que confía en los demás sin contar con ninguna prueba, ¿qué nombre recibía? Le había advertido a Antonio de que tuviera cuidado con él, como le había advertido que lo tuviera con Octavio. ¿Por qué los espíritus nobles nunca previenen las traiciones? ¿Acaso su nobleza los vuelve ciegos y los despoja de su sentido común?

— No lo supimos hasta que ya fue demasiado tarde. Antonio envió unas fuerzas de relevo cuando se enteró, pero ya no quedaba nada. Las dos águilas de las legiones fueron capturadas, y las máquinas de asedio incendiadas y destruidas.

Sin ellas no era posible ninguna conquista. Antonio no había podido hacer nada, atrapado en la Partia. No podía poner sitio a las ciudades ni obligarlas a

rendirse. Y a menos que sus legionarios hubieran conseguido trabar combate con los partos, habría recorrido centenares de millas para nada.

— ¿Y cómo recibió Antonio la noticia? —pregunté.

— Yo vi su dolor, pero él no lo manifestó en presencia de los hombres — contestó Eros—. Trató de sacar el mejor partido de la grave situación y obligar a Fraaspa a combatir, pero todo fue inútil. Nos quedamos perdidos allí y él lo sabía, eso fue lo más duro. Los partos no tenían el menor interés en hacer concesiones, ni siquiera en devolvernos las águilas de Craso o las que recientemente nos habían arrebatado. En octubre cambió el tiempo. Tendríamos que emprender la retirada.

La retirada. ¡La más amarga de las acciones que puede ordenar un general! ¡Y sin haber conseguido nada!

— Hasta entonces sólo habíamos perdido unos cuantos hombres del grueso del ejército porque no habíamos combatido en ninguna batalla. Pero eso también cambió. Te aseguro, mi Reina, que en conjunto se ha perdido un tercio del ejército. ¡Treinta y dos mil de los mejores legionarios, más que los que perdió Craso!

El muchacho inclinó la cabeza y rompió a llorar. Le dejé llorar todo lo que quiso en un rincón de la estancia mientras yo permanecía de pie junto a la ventana, contemplando —sin verlas— las embravecidas aguas del mar. Tenía que dominarme. Tenía que escucharlo todo hasta el final.

Los treinta y dos mil legionarios eran los ennegrecidos y reseco cadáveres que yo había visto en mi sueño, sobre los cuales Antonio avanzaba a rastras en aquel vasto y pedregoso campo.

El muchacho se enjugó las lágrimas de los ojos.

— Un hombre del lugar nos dijo que no emprendiéramos la retirada siguiendo el mismo camino de la ida, por más que los partos nos hubieran garantizado una retirada segura. El hombre nos dijo que los partos se proponían echársenos encima en las llanuras y acabar con nosotros. —El joven hizo una pausa—. No sabíamos si fiarnos de él o no. A lo mejor lo habían enviado para que nos engañara. Pero al final, Antonio se fió.

Sí, él siempre se fiaba.

— Fue nuestra salvación.

A veces la confianza era recompensada. Pero muy pocas.

— ¿Cómo pudo ser vuestra salvación? ¿No dices que perdisteis un tercio del ejército sin contar los diez mil que custodiaban el equipaje? ¡Cuarenta y dos mil hombres en total! ¡Entonces fueron casi la mitad! —grité.

— De no haber sido por el montañoso camino que seguimos en nuestra retirada y por el valor y la fuerza de Antonio, hubiéramos perdido todo el ejército — me contestó—. Nos estuvieron atacando y hostigando a lo largo de todo el camino; tuvimos que participar en dieciocho batallas defensivas para poder

proseguir nuestro camino. Y todo eso lo hizo Antonio a pesar de que no teníamos comida, el agua escaseaba y el invierno se nos echaba encima. Tardamos veintisiete días en alcanzar la frontera de Armenia y cruzar el Araxes. Tuvimos que marchar en las peores condiciones imaginables y sin apenas disciplina. Antonio consiguió que un ejército medio muerto de hambre cruzara la frontera. ¿Y sabes lo que hicieron los partos cuando cruzamos el río?

— No, por supuesto que no.

Eso los dioses no me lo habían permitido ver.

— Nos vitorearon y aplaudieron nuestra valentía.

La valentía... Sí, era un comportamiento divino, pero no otorgaba poder político. Antonio había fracasado, y en cambio Octavio había triunfado. Ahora el fiel de la balanza se tendría que inclinar inexorable e irremediadamente.

La cólera y el dolor se apoderaron de mí. Clamé en voz alta a los dioses. Entonces vi que Eros me miraba turbado. No podía aumentar sus sufrimientos.

— Sigue, te lo ruego —le dije, tratando de serenarme.

— No quisiera apenarte más de lo que ya estás.

Ambos tratábamos de evitarnos mutuamente el dolor.

— No, por favor. Necesito saberlo.

— Tengo que decirlo, tengo que contarte el peor momento de toda la campaña. —Eros echó sus escuálidos hombros hacia atrás—. Hubo un momento en que pareció que estábamos perdidos y a punto de sucumbir. Antonio pensó que los partos nos estaban pisando los talones y me ordenó que lo matara, que lo pasara por la espada...

Se estremeció al recordarlo y yo sentí que me quedaba sin fuerzas.

— ¿Y qué? —pregunté en un susurro.

¿Cómo era posible que se le hubiera ocurrido? ¿Cómo era posible que me hubiera podido dejar de semejante manera? Sabía que era un sentimiento impropio del campo de batalla, donde todas las normas son distintas, pero ¿no se le había ocurrido pensar ni por un instante en la otra faceta de su vida? ¿Estaba dispuesto a renunciar a ella? La existencia de un ciudadano particular también tiene unas satisfacciones que no se pueden desdeñar.

— Tomé la espada y me pareció mil veces más pesada de lo que jamás me hubiera imaginado. Empecé a levantarla, pero entonces él me dijo: «Córtame la cabeza y entiérrala de manera que los partos no la puedan encontrar.» Pero yo no pude hacerlo y me fui corriendo.

Me agarré al respaldo de la silla que tenía más cerca. ¿Eso le había ordenado a su criado? Sentí deseos de vomitar. Miré a mi alrededor, buscando algún cuenco o alguna vasija, pero al no ver ninguno corrí a la ventana. Era tan repugnante, tan inconcebible... Me asomé a la ventana y vomité sobre las baldosas de mármol de la terraza. ¡Su cabeza! ¡Su amadísima cabeza!

Vi que a Eros también se le había puesto la cara de color verdoso y que se le hacía un nudo en la garganta.

— Recordó lo que habían hecho con la cabeza de Craso, utilizándola en una especie de parodia de un Triunfo romano, arrojándola al aire, jugando con ella... Tenía que impedir que hicieran lo mismo con la suya.

Pero yo seguía sin librarme de la sensación de mareo. ¡Aquella persona que ahora se encontraba conmigo en la estancia hubiera tenido que cercenar su cabeza! Ya no me quedaba nada en el estómago, pero yo seguía arrojando, agarrada a la repisa de la ventana. Ni siquiera me avergonzaba. No tenía que haber ninguna reserva entre nosotros.

— No fue necesario —dijo finalmente Eros en un susurro—. Fue una falsa alarma.

De no haber sido por Eros, hubiera muerto por culpa de una información falsa.

— Gracias sean dadas a los dioses de que tú le amaste lo suficiente como para negarte.

— Algunos podrían decir que fue una falta de amor el haberme negado a hacerlo y haber huido corriendo. Y también de obediencia, sin duda alguna.

— ¡No me importa! —dije—. ¡A veces uno tiene que someterse a obligaciones más elevadas! Negarte a matar a alguien cuando crees que todavía queda alguna esperanza...

Sacudí la cabeza y busqué una servilleta para secarme la boca. Era peor que una pesadilla, peor que cualquier sueño.

— Una vez cruzada la frontera de Armenia, no tuvimos más remedio que tratar al rey Artabaces como si fuera un amigo, simulando creer las excusas que nos había dado para justificar su comportamiento. Sin embargo, por nuestra seguridad, no podíamos pasar el invierno allí. Teníamos que proseguir nuestra retirada a través de las montañas de Armenia, donde perdimos otros ocho mil hombres a causa de las enfermedades y el frío.

Eros estaba llegando al final de su relato. Me preparé para escucharlo.

— Ahora Canidio está conduciendo el resto del ejército por el mismo camino que siguió Antonio, el cual te espera en Leuce Come.

— ¿Que me espera, dices?

— Sí. Necesita dinero y prendas de vestir para sus semidesnudos soldados. Tú eres su única esperanza.

¡Oh, dioses! ¡Haber tenido que llegar a esta situación!

— Toma. Eso es lo que te ha escrito.

Eros me alargó la arrugada carta que sostenía en la mugrienta mano.

La tomé y la abrí muy despacio. Eran las primeras palabras que recibía de

él después de nuestra separación. Había transcurrido toda una vida desde entonces.

Amada mía, Eros te lo contará todo. Es demasiado largo y doloroso como para explicártelo aquí, y una herida de la mano me dificulta la escritura.

Te suplico que te reúnas conmigo cuanto antes. Eros os indicará a ti y al capitán del barco la localización exacta. Tengo dieciocho mil hombres y todos ellos necesitan ropa. Y dinero para comprar comida. Mi único deseo es verte.

M. A.

¡Dieciocho mil hombres! ¡Había empezado con sesenta mil legionarios de primera! ¿Dónde estaban ahora los otros treinta mil auxiliares que tenían que apoyarle? Habían huido como cobardes y traidores que eran.

Vi que Eros me estaba mirando.

— ¿Dieciocho mil hombres? —pregunté—. ¿Quiere comida y ropa para todos esos soldados? —Contemplé las oscuras y agitadas aguas del mar. Estábamos en pleno invierno, la estación del año en que los barcos no se atrevían a zarpar—. Habla de unos barcos. ¿Espera que nos hagamos a la mar?

Eros asintió con la cabeza.

— Dijo que tú no le fallarías.

¿Me creía en posesión de poderes milagrosos, o había perdido la razón hasta el extremo de no pensar en el grave riesgo de que yo fuera a parar al fondo del mar?

Hasta hacía muy poco había estado tan débil que apenas podía abandonar el recinto del palacio. ¿Tenía que zarpar ahora rumbo a Siria y navegar a través de mares tormentosos?

— Me reuniré con él —dije.

O moriría en el intento.

ME encontraba en la cubierta de un trirreme que se balanceaba alrededor de su ancla en el puerto. Había tenido que buscar bastante y pagar una elevada cantidad para encontrar a un capitán lo bastante valiente —o lo bastante insensato— como para atreverse a navegar en aguas tan agitadas. Como Reina, hubiera podido ordenar que me llevara uno de mis navíos de guerra con su capitán, pero prefería convencer más que ordenar, por lo menos en cuestiones como aquella.

Olimpo estaba a mi lado, en la cubierta, envuelto en una gruesa capa y soltando maldiciones por lo bajo. Nadie quería que fuera, y tanto Mardo como él habían intentado prohibírmelo, Mardo señalando los peligros de la travesía y Olimpo advirtiéndome de la amenaza que ello supondría para mi salud.

— No puedes resistir ni siquiera una mañana de audiencias con los embajadores y ahora quieres correr a Siria para consolar a Antonio —me dijo en tono de reproche—. Envíale soldados y embajadores, para eso están.

Pero semejante comportamiento hubiera sido impropio de mi naturaleza. Si le fallara, toda su fe en el honor quedaría destruida. Octavio no hubiera ido. Además yo necesitaba verle por mi propio bien. Aquel sueño y la imagen que yo tenía de la orden que Antonio le había dado a Eros, los recuerdos y los balanceos del barco, hicieron que volviera a marearme. Me agarré con fuerza al brazo de Olimpo.

— ¡Eso es una locura! —dijo Olimpo, volviéndose a mirarme—. Tendríamos que bajar a tierra ahora mismo.

Al final Olimpo había anunciado que sólo en caso de que él pudiera acompañarme me autorizaría a ir, e inmediatamente había dejado plantados a sus pacientes, a sus alumnos del Museion y a Dorcas. Elevaba consigo una pesada caja de medicinas con instrumentos para hacer mezclas y con frascos vacíos, listos para llenarlos con lo que hiciera falta. Una de las cosas que no tuvo necesidad de pedirme que me llevara fue su amado laserpicio. Al final yo había decidido usarlo porque no podía correr el riesgo de quedarme nuevamente encinta y necesitaba todas mis fuerzas para otras cosas. Amaba a mis hijos e incluso había disfrutado con mis embarazos, pero ahora no podía imponer nuevas cargas a mi mente y a mi cuerpo.

— ¡Vamos a sentarnos por lo menos! —dijo Olimpo en tono preocupado.

Le miré con una leve sonrisa en los labios. En una cubierta de barco no suele haber muchos asientos, pero el capitán, repentinamente enriquecido con lo que yo le había pagado, tuvo la amabilidad de buscarme uno. El barco estaba lleno de mantas, túnicas, sandalias y capas para los dieciocho mil soldados. Nos seguirían otros dos navíos de transporte cargados de cereales.

En el barco había también todo el dinero que yo había considerado

oportuno transportar por mar en invierno. El resto tendría que esperar a más tarde, aunque transportar dinero nunca es seguro ni por tierra ni por mar. Los bandidos, los piratas y los accidentes pueden atacar tanto sobre las olas como en los caminos. Y el oro pesa mucho; un talento de oro pesa tanto como un niño, dos talentos pesan tanto como una mujer y tres tanto como un hombre musculoso. Y yo llevaba unos trescientos talentos en aquel barco.

La travesía duraría unos siete días, y Eros ya le había dado al capitán instrucciones muy precisas acerca de la localización de Leuce Come.

— Está al norte de Sidón —dijo el capitán—, lo sé con certeza. Pero no es un puerto muy bueno. A lo mejor tendré que echar el ancla lejos de la orilla, si no puedo atravesar el rompeolas.

No me importaba. ¡Lo importante era que fuéramos! Gustosamente hubiera alcanzado la orilla a nado en caso necesario.

Me estremecí y me arrebujé en mi capa.

Pensé que a menos que se produjera un milagro tendría que recuperarme mucho en siete días para poder arrojarme a aquellas aguas heladas.

Cuando abandonamos la relativa calma del puerto de Alejandría para someternos a los azotes de los vientos del mar abierto, miré a mi alrededor y vi que las olas de melladas crestas eran cada vez más altas.

Las turbulentas travesías por mar... Mi destino siempre se decidía en el agua. De Ascalón a Alejandría para reunirme por primera vez con César; de Alejandría a Tarso para reunirme con Antonio disfrazada de Venus; de Alejandría a Antioquía para reunirme de nuevo con Antonio, esa vez imponiendo yo las condiciones. Y ahora a Siria, donde me esperaba un Antonio distinto, un Antonio que se había jugado su fama y su futuro en un gran campo de batalla y que había sido totalmente derrotado.

A cada día que pasaba en medio de las frías brumas, yo sentía que iba recuperando fuerzas mientras dormía. Cada mañana al levantarme me encontraba mejor, notaba que las piernas me temblaban cada vez menos y que tenía los músculos cada vez más firmes. Olimpo lo atribuía al caldo que me obligaba a tomar cinco veces al día y también a las hierbas que me preparaba, aunque al final reconoció con un gruñido:

— Creo que a medida que te vas acercando a él, te vas recuperando.

Yo tenía que estar más fuerte en caso de que él estuviera más débil; puesto que éramos una sola cosa, si uno menguaba, el otro tenía que crecer para conservar la fuerza del todo. Estaba convencida de que así era. Por eso me limité a mirar a Olimpo con una sonrisa sin decir nada.

Vimos el puerto —pequeño, bajo y desierto— sobre las aguas gris azuladas del mar. Detrás de él se agrupaban las casas de la aldea, también pequeña, baja y desierta. Mientras nos aproximábamos, unas altas olas nos empujaron de costado y amenazaron con arrojarnos contra el rompeolas, pero el capitán consiguió salvarnos de la furia del vendaval.

— Es digno de la flota de Sexto —dijo Olimpo.

Sexto. Por un instante me pregunté dónde estaría, y si Antonio habría juntado sus fuerzas con las tuyas. Pero todos mis pensamientos se borraron cuando vi a Antonio —una triste y embozada figura— en la playa.

Contemplaba el mar cual si fuera una estatua clavada en el suelo. Al principio no era más que un punto inmóvil. Sólo cuando entramos en el puerto rompió su inmovilidad y echó a correr hacia nosotros.

Desde la barandilla del barco empecé a agitar los brazos, presa de una profunda emoción. Su manto volaba al viento alrededor de sus brazos extendidos, confiriéndole el aspecto de un ave gigantesca.

— ¡Antonio! —grité—. ¡Nobilísimo imperator!

Dio media vuelta y me vio de inmediato. Después corrió al lugar donde amarraría el barco. Los pliegues de su capa ondearon al viento y se volvieron a posar sobre su espalda cuando se echó la capucha hacia atrás. Cuando levantó la vista hacia mí vi que su rostro estaba más delgado y que tenía muchas más arrugas.

En cuanto colocaron la plancha, bajé corriendo a la playa y me arrojé en sus brazos. Él me envolvió en su manto y me abrazó, y yo sentí su rostro contra el mío y sus besos en mis mejillas mientras me decía:

— Has venido, has venido...

Estaba tan cerca de él que podía sentirle y oírle pero no verle.

Cuánto tiempo había transcurrido desde que lo acariciara por última vez... ocho meses. Le había dejado delgado, había engordado y había vuelto a adelgazar. En cambio, cuando hundí los dedos en sus hombros y percibí los huesos más pegados a la piel que antes, me di cuenta de que la carne de Antonio se había desvanecido. Recordé los resecos cadáveres de la visión y comprendí lo cerca que había estado Antonio de correr el mismo destino.

Me estrechó contra su pecho, con todo el cuerpo pegado al mío.

— He estado escudriñando cada día el horizonte a la espera de tu barco —me dijo—. Nunca sabrás con cuánta fuerza lo hacía.

Hablaba con una voz muy tensa y su aspecto era mucho peor del que yo había imaginado al abrazarle.

Nos sentamos en la mísera y oscura estancia de su vivienda de madera en la que la trémula llama de una vela hecha de junco y sebo creaba unas grandes sombras en las paredes. Antonio permanecía encorvado, con las grandes manos colgando entre las rodillas. Sin el manto, su túnica permitía adivinar lo delgado y maltrecho que estaba; en comparación con el cuerpo, su cabeza y sus manos parecían desmesuradamente grandes.

Comimos y bebimos a toda prisa y después nos dejaron solos en la fría estancia. Las bromas que Antonio había hecho en presencia de sus servidores se desvanecieron en cuanto éstos se retiraron.

— Hay que animar a los que te rodean —me explicó—. Si se corriera la voz de que el comandante se había hundido en la desesperación... —Dejó la frase sin terminar—. Aunque en realidad no estoy desesperado, simplemente cansado.

Sí. Cansado. Los dos lo estábamos. Si fuera posible el descanso...

Alargué la mano y le acaricié la mejilla, recorriendo los nuevos huecos que había bajo sus pómulos. Después le acaricié suavemente el cuello, todavía fuerte y musculoso. Mientras lo hacía, seguí sin poderlo evitar la línea por donde se lo hubieran cortado, justo por encima de la clavícula. Un frío estremecimiento de temor me recorrió el cuerpo. Mi mano se detuvo.

— ¿Qué te ocurre? —me preguntó.

No quería decirle que lo sabía. No le hubiera gustado saber que Eros me lo había revelado.

— Nada —contesté, acariciando la línea—. Siempre me ha gustado mucho tu cuello.

Me incliné hacia delante y se lo besé, justo en el hueco.

Vi que cerraba los ojos y le oí suspirar mientras le besaba todo el círculo del cuello. Estaba mucho más que cansado; estaba rendido de cansancio.

Hasta ahora no me había comentado cuáles eran sus verdaderos sentimientos a propósito de lo ocurrido ni qué planes de actuación tenía para el futuro. Más bien parecía perplejo y paralizado por aquel cambio de fortuna. Me estaba preguntando si sería un momento apropiado para comunicarle mi noticia cuando mi cuerpo habló en mi nombre.

Inclinó la cabeza hacia delante y la apoyó en mi hombro. La postura me resultaba un poco incómoda y me desplazé un poco para modificarla. Mientras su cabeza resbalaba hacia abajo y tiraba del tirante de mi túnica dejando al descubierto mi pecho, experimenté aquel hormigueo que marca la subida de la leche. Lo había desencadenado el cálido contacto de su piel contra la mía; no había tenido tiempo de destetar por completo al niño antes de mi partida. Traté de cubrirme el pecho, completamente turbada, pero fue demasiado tarde. Unas gotas de leche le mojaron las mejillas. Las miró con expresión confusa y alargó un dedo para recogerlas y saborearlas.

— ¿Es...?

— Sí, en noviembre —contesté—. Un varón. Sano y fuerte. —Esbozó una ancha sonrisa y me atrajo hacia él—. No podía traer al niño —dije—, pues tuve que salir a toda prisa en cuanto... vine en cuanto tú me llamaste.

Estaba desconcertada, como si él me hubiera sorprendido haciendo algo indecoroso.

Antonio borró todo mi desconcierto.

— Me habría gustado que lo hubieras traído. No pude verte cuando los gemelos eran pequeños, y ahora tampoco podré verte con éste.

— Seguirá siendo pequeño durante mucho tiempo —le aseguré, pero la pregunta implícita era: ¿Cuándo tienes previsto regresar a Alejandría? ¿Cuáles son tus planes?

Lanzó un suspiro y enderezó la espalda, sacudiendo la cabeza como si quisiera quitarse el sueño de encima mientras se pasaba la mano izquierda por el cabello. Justo en aquel momento me percaté de que la derecha la tenía muy hinchada a causa de una fea herida no cicatrizada.

— Mañana te mostraré las tropas —dijo—. ¡Mis pobres hombres! Dices que les has traído ropa, ¿verdad?

— Sí —contesté—. Todas las capas, sandalias y mantos que he podido encontrar, y tejido y cuero para hacer más.

— ¿Y el... oro? —preguntó, procurando no parecer codicioso.

— He traído trescientos talentos —contesté.

— ¡Trescientos! ¡Pero eso no es suficiente!

— ¿Cuánto crees que podía traer? ¡Sé razonable! Habrá más. Pero con la mala mar que hace, he tenido que dividirlo para repartir el riesgo. Vienen otros dos barcos con cereales. Llegarán dentro de cuatro o cinco días.

— ¡Trescientos talentos!

Me enfadé con él. Había pedido que acudiera inmediatamente, confiando mi persona y el oro a los mares invernales. ¿Acaso no se había dado cuenta de que me acababa de recuperar del parto? En realidad aún no me había recuperado del todo, y sin embargo había acudido a verle.

— No eres realista —le dije—. Es un milagro que haya llegado sana y salva, y que haya podido venir.

Sacudió la cabeza.

— Sí, es verdad, perdóname.

Se frotó la mano. ¿Acaso tenía molestias? Me había mencionado una herida que le dificultaba la escritura.

— ¿Qué te ocurre en la mano?

Antes de que pudiera apartarla, la cogí entre las mías.

Tenía un corte en diagonal y estaba hinchada y enrojecida. La zona que la rodeaba se notaba anormalmente caliente. Parecía que estuviera a punto de enconarse.

— No es nada —contestó con indiferencia.

Pero vi que hacía una mueca cuando yo se la toqué.

— Tienes que dejar que mi médico te la cure —le dije.

— Si vieras el estado de los demás soldados, te olvidarías de este arañazo —replicó.

Más tarde, solos en la oscuridad, le acaricié los hombros tratando de consolarlo. A pesar del estado en que se encontraba, mi corazón se alegraba de volver a estar con él. Pero su alma estaba tan afligida que se limitó a lanzar un suspiro diciendo:

— Perdóname, los espíritus de los hombres que he perdido están aquí conmigo en esta estancia y me avergonzaría de olvidarlos tan pronto.

Al parecer, el hambre que sentía de mí había quedado destruida por todo lo que había tenido que sufrir en las llanuras de la Partia. Aquella noche dormimos castamente, abrazados como dos niños.

Al amanecer, Antonio soltó un gruñido, se incorporó y sacudió la cabeza para despejarse la mente antes de bajar las piernas y cruzar rígidamente la estancia para acercarse a una jofaina de agua. Inclino la cabeza para echarse agua a la cara y vi la mueca que hacía al mojarse la mano herida.

Me levanté para imitar su ejemplo, sabiendo que la jornada empezaba muy temprano en un campamento. Nos movíamos en silencio, incapaces de decir nada. Antonio fue cumpliendo metódicamente todas las tareas, peinándose el cabello, poniéndose la túnica y vendándose las piernas con tiras de lana antes de calzarse las botas. Hacía tanto frío y era tal la humedad que los pies se entumecían sin aquella protección.

Pero permanecíamos en silencio, como si todo aquello fuera demasiado solemne como para profanarlo con palabras. Lo que yo estaba presenciando era justo lo contrario de la gozosa salida de un guerrero... era la retirada, el recuento de las bajas, las heridas que uno se lame después de la batalla.

Lo uno era el canto de la sangre, la emoción de la anticipación, la orgullosa organización; lo otro eran las desordenadas consecuencias de la derrota.

— ¿Todos los comandantes han regresado incólumes? —pregunté al final.

— Sí, excepto Flavio Galo —contestó Antonio—. Al quinto día de nuestra retirada persiguió a los partos que nos hostigaban y se alejó demasiado de nuestra columna. Le envié órdenes de que volviera, pero se negó a obedecerlas. Fue una maniobra para atraerlo; perdimos tres mil hombres por culpa de su obstinación. Ticio arrancó las águilas de sus abanderados para obligarle a dar media vuelta, pero todo fue inútil. Cuando Galo se dio cuenta de que estaba rodeado, ya era demasiado tarde. Los demás comandantes —como Canidio, que hubiera tenido que guardarse muy bien de hacerlo— le enviaron una y otra vez pequeños contingentes de auxilio, pero éstos también quedaron aislados. Tuve que abandonar la vanguardia del ejército y conducir a toda la Legión Tercera para poder enfrentarme directamente con el enemigo y rechazarlo. —Mientras hablaba, le subieron los colores a su enjuto rostro—. Galo fue alcanzado por cuatro flechas y murió; aparte los tres mil muertos, tuvimos que lamentar quinientos heridos. — Sacudió la cabeza—. Los tuvimos que transportar en mulos, lo cual nos obligó a abandonar buena parte de nuestros pertrechos de campaña, las tiendas y los utensilios para cocinar. A partir de aquel momento... ¡Oh, aquellos veintisiete días!

— Si Artabaces no te hubiera abandonado, su caballería te hubiera podido

proteger durante los veintisiete días de la retirada —dije amargamente—. ¡Él es el culpable de estas bajas y de los diez mil que murieron con los carros del equipaje!

— Sí —convino Antonio—. Y...

— ¡Tiene que pagar el precio de su perfidia! —le dije—. ¡Lo tienes que castigar! Supongo que se haría el inocente.

— Pues sí —contestó Antonio, esbozando una sonrisa que no fue más que una sombra de su jovial sonrisa de antaño—. Y yo fingí creerle. Al fin y al cabo, cuando llegamos a Armenia no hubiéramos podido enfrentarnos ni siquiera a un ejército de gansos y gatos callejeros. Pero tampoco podía quedarme demasiado en su reino, así que decidí acelerar nuestro regreso a territorio romano, a pesar de la gruesa capa de nieve que cubría las montañas.

— Tienes que regresar y vengarte de él —repetí.

— Cada cosa a su tiempo —contestó.

Cuando alguien da esta respuesta, es señal de que no piensa hacer nada. Recuerdo que una vez le dije a mi anciano preceptor: «Tenemos que esperar a ver qué ocurre.» Y entonces él me contestó: «Princesa, las cosas no ocurren; nosotros tenemos que hacer que ocurran.»

No dije más. Antonio tenía que superar su dolor antes de poder seguir adelante.

— ¿Te has enterado de la victoria de Octavio, o más exactamente de la de Agripa? —le pregunté.

Asintió con la cabeza.

— Sí. Ahora han acabado con el último republicano, o mejor dicho, con el último hijo de la República. Sexto sólo se representaba a sí mismo.

— ¿Y tú qué representas? ¿Qué representa Octavio? —Eran preguntas que se tenían que hacer—. Ahora ya no tenéis ningún proyecto en común. Los asesinos han muerto y Sexto ha sido eliminado. ¿Cuál es tu misión ahora?

Tendría que tomar una decisión, pues de lo contrario no podría reunir a nadie bajo su estandarte.

— No lo sé —contestó.

Estaba claro que en aquel momento tampoco le importaba.

— Octavio encontrará alguna —dije—. Se inventará de nuevo a sí mismo para seguir reuniendo partidarios.

Pero Antonio no sentía el menor interés por Octavio.

— O a lo mejor se morirá —dijo mirándome con expresión risueña—. Su salud sigue siendo muy delicada. Los accesos de tos lo llevarán finalmente a gozar de la divina compañía de César.

Llamaron a la puerta y Eros asomó la cabeza.

— Veo que llego demasiado tarde —dijo.

— No, llegas justo a tiempo. Tráenos algo para desayunar; después visitaremos a los hombres y repartiremos la ropa. —Antonio se volvió a mirarme—. ¿Cuándo llegarán los cereales?

— Los navíos de transporte navegaban detrás de nuestro trirreme, pero nosotros los dejamos rezagados. Calculo que llegarán dentro de tres o cuatro días.

— Avisa a los molineros —le dijo Antonio a Eros—. ¡Pan! ¡Necesitamos pan, una montaña de hogazas!

Hileras y más hileras de hombres enfermos yacían en el suelo o sobre raídas mantas en los campos de la parte de atrás de la aldea, marchitándose como plantas después de una larga sequía. Algunos de ellos tenían una piel tan grisácea y arrugada que nadie hubiera podido adivinar que eran hombres en la flor de la edad. Recordé una vez más mi sueño de los negros y reseco cadáveres.

Cuando nos acercamos —Antonio con su capa púrpura para que pudieran verle desde lejos—, los hombres le llamaron con voces lastimeras. Vi que intentaban incorporarse. Se habían construido unos cobertizos para proteger a los más graves de las inclemencias del tiempo, pero los demás tenían que permanecer al aire libre.

— Imperator —le susurraban o gritaban—. ¡Imperator!

Antonio se detuvo junto a un hombre con un ojo tapado por el vendaje que le cubría la cabeza, y se agachó para hablar con él.

— ¿Dónde te hiciste la herida? —le preguntó.

— Con Galo —contestó el soldado—. Estaba a su lado cuando recibimos la lluvia de flechas.

— ¡Pobre y desventurado Galo! —dijo Antonio.

— A él lo alcanzaron cuatro veces y a mí sólo una. —El soldado seguía empeñado en defender a su comandante caído—. Lo suyo fue peor.

— Sí, y más tarde murió —dijo Antonio—. Pero dime, ¿de dónde eres? ¿Cuánto tiempo hace que sirves en el ejército?

El hombre consiguió incorporarse con un enorme esfuerzo.

— Soy de la Campania, no lejos de Roma.

— Ah, los mejores soldados son los de la patria —dijo Antonio—. Su pérdida es la que más nos duele.

El hombre le miró complacido y añadió, contestando a su pregunta:

— Llevo diez años en el ejército, dos al mando del mismísimo César. Me faltan otros diez para retirarme. Imperator, quiero mi trozo de tierra en Italia. El lugar tradicional, no las nuevas colonias de África o Grecia. No, Italia es mi hogar. ¡No he servido tanto tiempo para que después me envíen al exilio en mi vejez!

— Habrá un lugar para ti donde tú quieras —le aseguró Antonio.

Yo sabía sin embargo que no sería fácil. La gente estaba harta de que la despojaran de sus tierras para cedérsela a los veteranos del ejército. «Que los envíen al extranjero», pensaba todo el mundo.

Cuando Antonio se arrodilló junto a otro hombre que tenía una pierna hinchada y desgarrada apoyada sobre una roca, el hombre lo agarró del brazo y casi estuvo a punto de arrastrarlo junto a él sobre la manta.

— ¡Noble Antonio! —le dijo—. ¡Yo estaba allí! ¡Yo estaba allí!

Antonio trató de apartar su mano.

— ¿Dónde fue eso, amigo mío?

— ¡Cuando tú arengaste al ejército durante la retirada! ¡Cómo nos emocionaste a todos! ¡Y cuando te dirigiste a los dioses! ¡Sí, señora, eso es lo que hizo! —añadió, dirigiéndose a mí—. Levantó los brazos al cielo y pidió a los dioses, puesto que habían decidido trocar sus antiguas victorias por la amarga adversidad, que ésta cayera sobre él y no alcanzara a sus hombres.

— Pero a ti te alcanzó, amigo mío —dijo Antonio—. Qué no daría yo por estar en tu lugar.

«No. No. Que él lo niegue», pensé.

— No, imperator —dijo el soldado—. Así está mejor.

— La Reina os ha traído ropa y mantas —añadió Antonio, entregándole una manta—. Pronto recibiremos comida.

Recorrimos varias veces las hileras de heridos arriba y abajo y Antonio habló personalmente con muchos soldados, escuchó pacientemente y prestó atención a cada uno de ellos. Todos se encontraban en un estado tan lamentable que yo me pregunté cuántos podrían sobrevivir. Muchos habían sufrido heridas de flecha —algunos todavía las tenían clavadas— y otros presentaban cortes, extremidades rotas, heridas en los ojos y destrozos en las manos. Pero más que las flechas partas, casi todos estaban sufriendo los efectos del frío, la escasez de alimentos y la disentería.

— Y aquí están los supervivientes de la raíz venenosa —me explicó Antonio—, si es que se les puede llamar supervivientes...

Me acompañó a uno de los cobertizos donde yacían varias formas en el suelo.

Unos ojos desenfocados nos miraron con ligero interés cuando nos acercamos.

— ¿La raíz venenosa? —pregunté—. ¿Qué quieres decir?

Antonio rebuscó en su bolsa y sacó un retorcido y reseco trozo de planta.

— Quiero decir eso —me contestó—. ¡Esta planta tan perjudicial! —Le dio la vuelta para que yo pudiera ver sus fibrosas raíces—. Te dije que habíamos

estado a punto de morir de hambre y que tuvimos que buscar hierbas, comer cortezas y arrancar raíces. La mitad de las veces ni sabíamos lo que comíamos, y esta planta resultó venenosa. Pero con un veneno muy especial: antes de matar a los hombres les hacía perder el juicio y entonces a los pobrecillos les daba por levantar rocas y moverlas de acá para allá. —Al ver la expresión de mi rostro, soltó una amarga carcajada—. ¡Hubieras tenido que ver el espectáculo! ¡El campamento lleno de hombres acarreado rocas! De repente empezaban a vomitar y se morían. Sólo éstos sobrevivieron. Mejor dicho, sobrevivieron sus cuerpos, porque sus mentes perecieron.

Varios hombres escarbaban la tierra con sus dedos como si todavía estuvieran buscando rocas, y de la boca se les escapaban hilillos de saliva.

— ¿Y no hubo ningún remedio?

— Sólo el vino —contestó Antonio—. Si bebían grandes tragos de vino se curaban. ¡Oh, afortunado remedio! Pero apenas teníamos vino. Habíamos tenido que abandonar las provisiones para poder trasladar a los heridos a lomos de los mulos. Y los hombres murieron por falta de vino.

— Mi médico estudia los venenos —le dije—. Me gustaría que examinara esta raíz, A lo mejor él sabe lo que es y conoce algún otro remedio, aparte del vino.

Antonio se había agachado para intentar calmar a un enfermo que estaba muy alterado, pero no hubo manera.

Aquella noche cenamos con los demás comandantes. A diferencia de Antonio, éstos parecían tan animados como de costumbre. Planco, que hablaba con la boca llena y parecía un camello, se mostraba muy satisfecho de haber sido nombrado gobernador de Siria y muy pronto emprendería viaje a Antioquía para tomar posesión de su cargo.

Delio, con la cara picada de viruelas más devastada que nunca, me preguntó cortésmente si había leído su crónica sobre la guerra, que él acababa de entregarle a Antonio.

— Es larguísima —dijo Antonio, extendiendo los brazos—. Prometo leerla yo primero. Espero que hayas dicho toda la verdad sobre la valentía de los hombres y las bajas sufridas.

— Lo he intentado, imperator —contestó Delio con aquella sonrisa suya que a mí siempre me había parecido un tanto engreída.

El joven Ticio, con su alargado rostro moreno levemente más enjuto que antes, se inclinó hacia delante.

— Sexto ha enviado nuevos ofrecimientos. —dijo—. Hay que tomar una decisión.

Sexto.

— ¿Dónde está Sexto y qué decisiones hay que tomar? —pregunté.

— Sexto ha reunido tres legiones desde que llegó a nuestras orillas y ha

caído tan bajo que ahora se ofrece con ellas como mercenarios al mejor postor. Incluso ha mantenido tratos con los partos —contestó Ticio.

— En tal caso ya no puede llamarse romano —dijo Antonio.

Pero lo dijo más con tristeza que con rabia, como si pensara: «Ya no hay confianza ni fidelidad en ningún lugar. ¡Cómo es posible que el hijo de Pompeyo se alíe con los partos!» Sacudió lentamente la cabeza.

Antonio estaba siendo víctima de la perfidia que lo rodeaba. Con su anticuada lealtad, no podía por menos que sorprenderse cada vez que descubría una muestra de infidelidad en los demás. El asesinato de César no había sido un acontecimiento aislado sino el reflejo de una pérdida de honradez incesantemente repetida en traiciones menores: los engaños de Octavio, el intento de golpe de estado de Lépido, las deserciones de Labieno y ahora la cínica prostitución de Sexto.

— ¿O sea que vamos a rechazar su ofrecimiento? —preguntó Ticio.

Antonio se extrañó de que se lo preguntara.

— Sí. Todo ha terminado para Sexto. —Hizo una pausa tan larga que yo pensé que ya no tenía nada más que añadir—. Y no podemos consentir que regrese junto a los partos.

Ticio asintió, con la cara muy seria.

— No, no debemos consentirlo.

Enobarbo agitó la mano, mostrando la moneda que sostenía entre el índice y el pulgar.

— ¡Eso ya ha caído en mis manos! —dijo en tono furioso—. El tesoro capturado de nuestros carros... los partos están borrando tu efigie, imperator, y sustituyéndola por la suya.

Le pasó la moneda a Antonio, y éste la examinó cuidadosamente. No sólo el perfil de su rostro había sido aplanado y cubierto con el del rey parto sino que el mío —que aparecía en el reverso de la moneda en homenaje a nuestra boda— había sido borrado y sustituido por la imagen de un caballo parto con un carcaj colgado de la silla.

— ¡Eso no se puede pasar por alto! —dijo Enobarbo.

— No, y no lo pasaremos por alto —replicó Antonio.

Pero su voz carecía de convicción.

En cuanto a mí, me sentí profanada al ver mi busto borrado. Pero a veces hay que dejar pasar los insultos cuando conviene. Por eso los políticos se parecen tan poco a los héroes. Un gobernante no puede permitirse el lujo de ser un héroe cuando las necesidades del país exigen un político.

Eros se había esforzado mucho en hacer más cómoda la casa de Antonio en nuestra ausencia. Había colocado alfombras, más almenaras e incluso un cuervo enjaulado que, según él, hablaba por los codos.

Pero la jaula estaba tapada y tendríamos que esperar a la mañana siguiente para poder oírlo.

— No importa —dijo Antonio—, estoy cansado de tantas palabras. Ya has oído a los oficiales. La derrota no los ha afectado.

— En público, tampoco parece que te haya afectado a ti.

Empecé a soltarme el cabello. Me dolía el cuello debido al peso de las horquillas de oro que utilizaba para sujetármelo, sin contar la diadema de oro. La dejé en el arcón plegable de Antonio, donde la vi brillar con un apagado destello, y extendí las manos hacia atrás para abrir el cierre del pesado collar de oro, pero Antonio, que se encontraba a mi espalda, se me adelantó. Se sentía dueño de aquel collar y se enorgullecía de él.

Tras haberme quitado todo el oro que llevaba encima, me sentí más joven y liviana. El oro ejerce un curioso dominio sobre el espíritu.

Estaba desanimada y demasiado cansada para seguir conversando, pero de repente comprendí que no podía abandonar aquel tema.

— Antonio —dije—, ahora he visto todo el alcance de las pérdidas, desde las ulceradas heridas de los soldados al insulto de las monedas. Pero ahora todo ha terminado. ¿Qué vamos a hacer?

Se tendió en la cama, con una pierna colgando por la parte lateral.

— No lo sé —contestó finalmente—. No sé adonde tengo que ir.

— Hemos sufrido una derrota militar, pero desde el punto de vista territorial estamos igual que antes. La única batalla que no se puede perder es la defensiva, cuando tu propio territorio es atacado. ¿Que hemos perdido la Partia? Bueno, jamás la tuvimos. ¿Crees que merece la pena gastar más dinero y hombres para vengarnos? Pensémoslo bien.

Yo no quería saber nada más de la Partia. Antonio estaba vivo y sus comandantes habían salido indemnes de la contienda. Se podía reunir un nuevo ejército y dirigirlo al territorio de nuestro verdadero enemigo.

— Hay que castigar a Artabaces —dijo Antonio.

— Estoy de acuerdo pero ¿y después?

— ¿Qué dirán en Roma de mi derrota?

Apoyó la cabeza en la almohada y clavó los ojos en el techo con aire pensativo.

— No les digas que ha sido una derrota —le aconsejé—. Anuncia tu victoria.

Antonio se incorporó en la cama.

— ¿Quieres que mienta?

— Es algo que se hace constantemente, ¿o es que no te has dado cuenta? Octavio «ha acabado con las guerras civiles». Hasta César dijo que había

conquistado la Britania, cuando lo único que hizo fue explorarla, y de paso perder dos flotas. Di que has alcanzado una victoria en la Partia. No te han aniquilado, y eso de por sí ya es una victoria.

— Pero no hemos tomado ninguna ciudad ni nos han sido devueltos los estandartes ni los prisioneros. ¡Al contrario, nos han quitado más estandartes y han hecho más prisioneros!

— ¿Y de qué te servirá anunciarlo en Roma? —repliqué—. Sólo servirá para debilitar tu posición. Espera a ganar otra guerra para anunciarlo. A la gente entonces ya no le importará, porque sólo le interesa la guerra más reciente. La Partia está tan lejos de Roma que no tendrán ninguna posibilidad de enterarse de lo que ocurrió realmente.

— ¡Tú también! ¡Tú también! —dijo asombrado—. Eres como todos los demás.

— No —dije—. Pero yo los entiendo y puedo jugar a su juego mejor que ellos. —Me acerqué a él, me senté a su lado y lo cogí por las mangas—. Si no pudiera, ¿dónde estaría ahora? ¿Quién era yo? Una niña expulsada de su trono por consejeros de tercera categoría...

— Que a pesar de todo consiguió matar a Pompeyo —dijo Antonio.

— ... sin ejército ni recursos ni aliados, sólo con mi cerebro. Para conseguir lo que quieres, tienes que pensar como tus enemigos. Deja de ser Antonio y empieza a ser Octavio... cuando elabores tus planes, no en otros momentos, claro. —Retorcí sus mangas con los dedos y me incliné hacia delante para besarle—. No quisiera tener a Octavio en mi lecho.

Sentí que su brazo me comprimía la espalda.

— Ni yo tampoco —dijo.

— Dile a Roma que has ganado —le susurré al oído—. Reconstruye tu destrozado ejército. Entonces estarás preparado para conducirlo a donde tú quieras, hacia el este o hacia el oeste.

— ¿Y adónde me conducirías tú, egipcia mía? —dijo—. ¿Qué me obligarías a hacer?

La mirada de sus ojos bajo el mortecino resplandor de la lámpara me dijo que estaba deseando irse a la cama.

— Ya te lo enseñaré —le contesté, inclinándome hacia delante para apoyarme contra su pecho. Le besé la garganta, la mandíbula, las mejillas y las orejas, y no me di cuenta de lo hambrienta que estaba de su cuerpo hasta que lo acaricié. En aquel momento no me importaban ni los partos ni Octavio; sólo quería perderme en él, gastar las horas nocturnas con él y convertir su lecho en una tienda de placer.

— Estoy esperando —me dijo.

La fuerza de los brazos que me rodeaban me convenció que la derrota no lo había vencido. El Antonio de siempre estaba vivo y rebosante de deseo.

Bajo la media luz del amanecer, busqué a tientas el lienzo que cubría la jaula del cuervo. El pájaro movió la cabeza hacia delante y hacia atrás y soltó un graznido.

— ¡Imperator desnudo! ¡Imperator desnudo! —gritó.

Rápidamente lo volví a tapar. ¿Quién le habría enseñado aquella frase? Me reí y alargué una vez más el brazo hacia Antonio. Aún nos quedaba un poco de noche, sólo unos retazos, pero los aprovecharíamos.

CUANDO por la mañana retiré el lienzo que cubría la jaula, el cuervo empezó a llamar de nuevo a gritos al imperator desnudo. Estaba claro que alguien nos había querido gastar una broma. Me pregunté cuánto tiempo tardaría el pájaro en soltar el resto de su repertorio.

Eros entró tímidamente en la estancia.

— Me asombra tu habilidad para convertir mi casa en un lugar más... acogedor —le dijo Antonio.

Eros se ruborizó, preparó la ropa de Antonio y fue en busca de agua caliente. Observé a Antonio mientras éste levantaba cuidadosamente los brazos para ponerse la túnica y vi que su mano derecha estaba peor.

— Olimpo te la tendrá que curar —le dije.

Tal vez para Olimpo resultara muy duro reunirse finalmente con Antonio y tratarle como a un ser humano, pero lo tendría que aguantar. Ya era hora. No quería que Antonio perdiera la mano con la que empuñaba la espada, por no herir los sentimientos de Olimpo.

«Soy la mano derecha de César», había dicho en cierta ocasión. ¿Acaso tendría ahora que perder la mano?

Aquella mañana tenía que reunirme con Olimpo. Se había pasado toda la víspera visitando a los soldados y hablando con los médicos del ejército. Su estancia en Roma había despertado en él un permanente interés por el tratamiento de las heridas de guerra.

Se reunió conmigo en la antesala del cuartel general. Tenía las mejillas coloradas y le brillaban los ojos de emoción.

— En mi vida había visto tantas heridas de flecha —me dijo—. He estado haciendo prácticas con la cuchara de Diocles, un instrumento destinado a extraer flechas. ¡Es de una eficacia extraordinaria!

Estaba satisfecho y sorprendido.

— Es un instrumento inteligente —contesté—. ¡No cabe esperar otra cosa, siendo de origen griego!

Había leído que eran muy útiles, pero jamás había visto ninguna.

— ¿Quieres ver una demostración? —me preguntó—. Esta tarde...

Sacudí la cabeza mientras él me miraba.

— Tengo que reconocer que has mejorado mucho. Te veo más animada. No hace falta que pregunte cuál ha sido la cura.

Me lo dijo en tono levemente irritado, como si quisiera escatimarme el

placer que yo experimentaba con Antonio.

— Me encuentro mucho mejor, pero aún no estoy totalmente restablecida —contesté para aplacarle—. Pero tengo dos problemas médicos, no míos, que espero me ayudes a resolver. Uno es esta raíz.

Le entregué la reseca planta y le expliqué el efecto que había ejercido en los soldados.

Sacudió la cabeza.

— Jamás he oído hablar de ella, a no ser que se trate de algo que se llama matalobos y que crece en los climas más fríos. Sí, podría ser eso, pero tendría que comprobarlo en los manuscritos del Museion. ¡Los malditos viales siempre complican las cosas! —exclamó, exasperado—. ¿Cuál es el otro problema?

— La mano de Antonio, que no acaba de curarse. La herida tiene muy mal aspecto.

Se echó hacia atrás de una manera que sólo yo pude percibir, conociéndolo como lo conocía.

— Es una herida sencilla. No tengo ningún poder mágico para curarla. No hay ningún secreto.

— Se la hizo hace tiempo, me lo comentó en una carta. Yo veo que cada vez la tiene peor, pero él no le da importancia. Te ruego que por lo menos le eches un vistazo.

— Una herida sencilla es una herida sencilla —repitió con obstinación—. O se cura o no se cura. Supongo que ya se la habrá tratado con vino y miel, ¿verdad?

— No lo sé. Me parece que no se la ha tratado con nada.

Soltó un resoplido.

— Bueno, pues si prueba los remedios tradicionales y no le dan resultado, llámame. —Hizo una pausa—. ¿La lleva vendada?

— No. Por eso se la he visto.

— Mmm. Será mejor que no la lleve vendada. Pero...

Vi que estaba reflexionando.

— No te va a morder —le aseguré—. No te contaminará. Aunque le examines la mano, eso no te obligará a renunciar a ninguno de tus principios. Creo en cambio que si no le atiendes incumplirás tu juramento.

Bueno, a ver qué diría ahora.

— ¿Por qué me haces eso? Tú sabes lo que pienso. Quieres obligarme a que lo acepte, ¿verdad?

— ¡Si crees que todo eso es una estratagema que yo me he inventado, estás muy equivocado! —De repente me sentí molesta con él y con sus

«elevados» principios—. Eres tú el que se empeñó en acompañarme. ¡Yo no te pedí que dejaras Alejandría! Quiero que el mejor médico que yo conozco, que eres tú, examine la mano del mejor comandante del Imperio romano. ¿Tan terrible te parece la cosa?

Masculló algo por lo bajo.

— Muy bien, la examinaré. Pero ya te he dicho que no tengo poderes mágicos para curar las heridas. A veces son refractarias a todos los tratamientos.

Tropecé con las mismas dificultades para convencer a Antonio. Me dio las mismas excusas de siempre —«no es nada, no me duele, no importa, déjalo»—, pero por fin conseguí imponerme. Aquella noche, bajo la débil luz del crepúsculo, extendió la mano y dejó que Olimpo se la examinara. Tras varios minutos de silencio sin que el taciturno médico hiciera el menor comentario, Antonio le dijo:

— O sea que al final tengo la oportunidad de conocer al famoso Olimpo.

Olimpo soltó un indiferente gruñido. Estuve a punto de pegarle un puntapié. Algunas veces su altivez lindaba con la grosería. En ocasiones me hacía gracia, pero no en aquel momento. Antonio no se merecía el trato que Olimpo solía dispensar a los malos conductores de carros o a los ávidos mercaderes.

— Dicen que tu habilidad es capaz de resucitar a los muertos —añadió Antonio con sus joviales y amistosos modales de costumbre.

Más silencio. Olimpo dio la vuelta a la mano y la olfateó.

— Pero lo más maravilloso que has hecho es traer a mis hijos sanos y salvos al mundo cuando parecía que ya estaban condenados a morir, junto con la propia Reina.

Le había comentado a Antonio que estábamos en deuda con Olimpo por haberles salvado la vida a los gemelos.

Al final Olimpo miró a Antonio con una leve sonrisa en los labios, o más bien con una suavización de la dureza de sus rasgos, mientras asentía levemente con la cabeza.

— ¿Cuánto tiempo llevas así? —le preguntó.

— Desde nuestra última escaramuza con los partos, poco antes de cruzar la frontera de Armenia. Unos veinte o treinta días más o menos.

— Sí, es lo que suele ocurrir en estos casos —dijo Olimpo, hurgando en la herida—. ¿Duele?

Antonio trató de sonreír pero no pudo.

— Un poco. Es una pequeña tortura —añadió, dando un ligero respingo.

— Veo que está muy caliente —dijo Olimpo, apoyando un dedo en el borde de la herida.

— ¿Y bien? —preguntó Antonio.

— Sin ningún tratamiento es posible que se cure por sí sola —contestó

Olimpo, enderezando la espalda—, pero quedaría una cicatriz más visible y la mano siempre estaría un poco anquilosada.

— ¿Y si se somete a tratamiento? —preguntó Antonio, cerrando la mano en puño y extendiendo a continuación los dedos como si se estuviera poniendo un guante.

— Sería muy doloroso —contestó Olimpo en tono despectivo, como queriendo decir «Seguramente no querrás»—. Tendría que cortar toda esta carne ennegrecida. Se está muriendo, me lo ha dicho el olfato. Y según el tamaño, a lo mejor se tendría que usar una cosa muy anticuada que ya nadie utiliza, un tubito de drenaje.

— Hazlo —se limitó a decirle Antonio.

Olimpo le miró sorprendido. Esperaba que pusiera reparos y que no quisiera seguir manteniendo tratos con él.

— Ahora mismo no puedo hacerlo —se apresuró a decir—. Necesito la luz del día para verlo bien. Y tiempo para preparar el drenaje... y otras cosas.

— ¿Cuáles? —pregunté—. Me encargaré de que mañana esté todo listo.

— Vino tinto de entre seis y nueve años —contestó—. Ejerce un efecto muy poderoso en las heridas recientes.

Antonio se echó a reír.

— Veo que las heridas tienen unos gustos muy caros. Pide más para que nosotros también podamos beber un poco. Más tarde, quiero decir.

— Creo que tú te tendrás que beber el tuyo antes —dijo Olimpo—. Te aliviará un poco el dolor... que será muy considerable.

Subrayó las últimas palabras en la esperanza de que Antonio se echara atrás.

— Seguiré tus consejos, sabio —concedió Antonio, y entonces Olimpo sonrió muy a su pesar.

— Necesitaré también un poco de mirra —añadió Olimpo, volviéndose a mirarme—. Si me la pudieras conseguir esta noche, podría preparar una varita medicinal.

— ¡No pides nada! —dije en tono burlón—. ¡Mirra al anochecer!

Pero la encontraría.

Al día siguiente Olimpo y Antonio se fueron a una especie de cobertizo del campamento en el que entraba la luz, pero no el resplandor directo del sol. Estuvieron ausentes tanto rato que para aliviar mi nerviosismo empecé a pasear arriba y abajo e incluso le di conversación al cuervo, el cual alternaba los graznidos con palabras tales como ¡«Hola»!, ¡«Adiós»!, ¡«Besito, besito»! y cosas por el estilo.

Cuando Olimpo regresó por fin con su caja de medicinas colgada del

hombro, vi que estaba destrozado.

— Bueno, he hecho todo lo que he podido —me dijo—. Pero tiene un aspecto muy desagradable. He tenido que quitar tanta carne que siempre le quedará un hueco... suponiendo que se cure.

— ¿Por eso has tardado tanto?

Los niños habían nacido en mucho menos tiempo.

— ¿Cuánto he tardado? —preguntó, sentándose en un banco—. He perdido la noción del tiempo. Pero con el vino y la mirra hay muchas posibilidades. Y el tubo de drenaje; estoy francamente orgulloso de él. Hipócrates los usaba, pero hoy en día ya no se utilizan. Será interesante ver el resultado.

— ¿Os habéis bebido el vino?

— Yo no —contestó Olimpo—. Antonio se ha pasado el rato haciendo preguntas muy raras.

— ¿Cómo qué?

— Me ha preguntado qué hacíamos de niños, cuándo te conocí y cosas por el estilo. Y cómo eras tú.

— ¡Espero que no se lo hayas dicho!—repliqué, aunque me conmovía su curiosidad.

— Sólo las partes más respetables —contestó Olimpo—. Le he contado algunas de nuestras aventuras, como una vez que fuimos a la tienda del embalsamador y tú te tendiste en la mesa como una momia. Y aquella otra vez que nos escondimos en el pantano y volcamos una pequeña barca de pesca como si fuéramos cocodrilos.

— Ahora que sé algo más de estas cosas —dije—, fue un milagro que no nos tropezáramos con un cocodrilo de verdad.

Olimpo se echó a reír.

— Qué tiempos tan felices aquéllos —suspiró.

Pero yo sabía muy bien que no lo habían sido. Habían sido días peligrosos, pero el peligro que yo había corrido no había sido por culpa de los cocodrilos sino de la corte, donde mis hermanas se habían apoderado de la corona.

Sin embargo es tan grande la valentía de la infancia que podíamos apartar todas aquellas cosas de nuestra mente durante una tarde e irnos a remar a los pantanos, creando con ello unos recuerdos que después perduran a lo largo de toda la vida.

— Sí, me sorprende que me haya preguntado eso —dijo Olimpo.

Pero yo adiviné que estaba contento. Poco a poco Antonio había empezado a ganarse su simpatía. Aunque Olimpo tardara mucho tiempo en capitular por completo, por lo menos ya no pensaría que era un demonio.

Aquella noche Antonio agitó la mano vendada. Era un bulto tan grande que

parecía la pata de un oso, y de ella sobresalía una pajita a través de la cual salía un líquido. Aproximadamente cada hora, toda la mano envuelta con el vendaje se tenía que sumergir en un cubo lleno de vino de Falerno de ocho años.

— ¿Te duele? —me atreví a preguntarle.

— Más que el infierno —me contestó alegremente.

— Pero si da resultado habrá merecido la pena —dije.

— Para ti es fácil decirlo. Tú no has tenido que estarte allí sentada mientras él te cortaba la carne —me recordó.

La mano respondió favorablemente, y al cabo de varios días y de múltiples exámenes y cambios de vendajes Olimpo se mostró satisfecho. La hinchazón y el enrojecimiento iniciales se habían reducido y los bordes estaban limpios. Olimpo la seguía limpiando con vino y espolvoreándola con mirra molida. Los puntos que le había aplicado eran tan perfectos como los de los bordados sirios, y así se lo comenté.

— La próxima vez usaré hilo de oro para que resulte más decorativo —comentó.

Había llegado el momento decisivo.

Los mares ya estaban abiertos y se tenía que enviar un mensaje a Roma. Pero ¿qué mensaje?

Antonio me dijo por fin que, tras haberlo pensado mucho, había decidido quitar importancia a las bajas sufridas en la Partia, aunque sin anunciar una clara victoria.

— No será deshonoroso mostrarse vago con los detalles —dijo.

— Pero será un engaño —repliqué.

— Prefiero decir «vago» —repitió—. No es un deshonor... —¿Qué preocupado estaba con aquella palabra! Hubiera sido capaz de hacer cualquier cosa con tal de evitarla— negarse a insistir en el pasado y mirar hacia el futuro. Pondré el acento en la inminente campaña de Armenia.

Eso nos permitiría ganar tiempo para recuperar las pérdidas.

— El hecho de que Octavio no esté en Roma nos será beneficioso —dije.

— Si todavía no se ha ido, no tardará en hacerlo.

Se había corrido la voz de que Octavio había encontrado una ocupación para sus legiones: las utilizaría en la frontera de Iliria.

— ¿Y de veras se pondrá al frente de sus tropas? —pregunté.

— Eso dicen. Necesita demostrarse a sí mismo que es un comandante. Si fuera herido, incluso esto le sería útil —dijo Antonio—. Se ha visto muy claro que si Agripa no combate por él, él jamás consigue nada. —De pronto una expresión de tristeza cruzó fugazmente por su rostro. No era Octavio el que había perdido cuarenta y dos mil legionarios sino él. Y lo más curioso era que Octavio jamás

hubiera emprendido semejante campaña—. Si él se va, convendría que yo regresara a Roma —añadió, expresando en voz alta sus pensamientos—. De esta manera podría renovar mis vínculos allí.

¿Con Octavia?

— Si regresas —me apresuré a decirle—, te harán preguntas sobre la Partia y no podrás ocultar lo ocurrido. ¡No vuelvas mientras seas vulnerable!

— Llevo tanto tiempo ausente que temo perder la fuerza que todavía conservo, en la política y en el recuerdo del pueblo. Considero necesaria una visita.

— ¡Si vas en ausencia de Octavio parecerá que le tienes miedo! —dijo—. Y si entras subrepticamente en la ciudad, a su espalda, dirán que no te atreves a enfrentarte con él.

Como es natural, yo sabía muy bien que aquél era el mejor momento para ir porque tendría toda Roma a su disposición. Pero si fuera, correría el peligro de entrar de nuevo en la esfera de Octavio.

«Siempre se dejará gobernar y conducir por la naturaleza más fuerte que tenga más cerca.» Y yo no podía correr aquel riesgo. Tenía que mantenerle apartado de Roma.

— Pues entonces iré y lo convocaré a una reunión —dijo.

— ¡No, no! —contesté—. Deja que se quede en Iliria. Deja que sufra una derrota allí, deja que los ilirios te hagan el trabajo. De lo contrario buscará una excusa para volver, le dejará los combates a Agripa y éste los ganará para su mayor gloria.

— Tienes razón —dijo Antonio, pero yo me di cuenta de que no estaba muy convencido—. Iré más adelante, cuando pueda conducir al rey de Armenia encadenado en un Triunfo.

— Sí, eso deslumbrará a los romanos. Les encantan los Triunfos. Octavio aún no ha conseguido tener ninguno. —Ahora tenía que cambiar de tema—. Me necesitan en Egipto. Pronto tendré que regresar.

— Sí.

— ¿Cuáles son tus planes? ¿Irás conmigo o te quedarás aquí con las tropas?

— Si pudiera reconstruir mis legiones, organizaría el ataque contra Armenia a la mayor rapidez posible. Pero ya estamos a marzo y no me daría tiempo a prepararme para una campaña en esta estación; dura muy poco en las montañas. Y además Sexto anda suelto por ahí con sus tres legiones renegadas. No me atrevo a marchar hacia el este sin tener la espalda protegida.

— O sea que tendrás que perder otro año —dijo.

Otro año perdido por culpa de otras personas. Primero le había hecho perder el tiempo Octavio, y ahora se lo estaba haciendo perder Sexto. ¡Qué

exasperante resulta verse atrapado en las garras de acontecimientos lejanos cuando uno no los puede superar ni ignorar!

— Hay que acabar con Sexto —repitió Antonio.

Tenía razón. Necesitaba recuperarse de los efectos del año anterior para infundir nuevos bríos a su ejército y también a su espíritu.

— ¿O sea que piensas quedarte aquí?

— Unas cuantas semanas más —contestó—. Después seguramente podré supervisar mis asuntos desde Alejandría.

— Date prisa —le dije—. Tu ciudad te echa de menos.

— Alejandría está dondequiera que tú estés —replicó, tomando mi rostro entre sus manos, una de ellas sana y la otra todavía vendada.

Ya casi había terminado mis preparativos para la partida. Me iría profundamente agradecida a Isis y a los dos dioses de la medicina —Asclepio e Imhotep— por haberle devuelto la mano a Antonio. Se le había curado muy bien y ya le habían quitado el tubo y los puntos.

Fue entonces cuando llegó una carta de Roma anunciando que Octavia se encontraba de camino con ayuda para Antonio: ganado, víveres, los barcos que quedaban de los que Antonio le había prestado a Octavio y dos mil de los mejores soldados romanos, cuidadosamente elegidos entre los hombres de la selecta guardia de Octavio.

El portador de la carta fue un tal Niger, amigo de Antonio y amable mensajero.

Me vi obligada a agasajarle y a hacerle corteses preguntas sobre el viaje, tratando de averiguar exactamente dónde se encontraba Octavia en aquellos momentos. La respuesta fue que se hallaba con su cargamento muy cerca de Atenas, donde esperaba las instrucciones de Antonio.

— ¿Y cuáles serán tus instrucciones? —le pregunté a Antonio mientras nos preparábamos para acostarnos—. Estoy segura de que ella será obediente y hará cualquier cosa que le pidas.

¿Por qué no se habría divorciado todavía de ella? ¿Por qué razón yo no había insistido en que lo hiciera? ¡Qué error tan grande!

— Los soldados no me vendrán nada mal.

— Tiene gracia —dije—. Tus dos esposas vienen a ti, llevándote ayuda y consuelo. Es un milagro que no hayamos chocado en el mar.

— Ella no es mi esposa —me replicó Antonio sin demasiada convicción.

— ¿De veras? ¿Acaso te has divorciado? Recuerda que Roma ignoró por completo el anuncio de nuestra boda. A sus ojos, yo no existo como esposa tuya.

— ¡Ya estoy harto de eso! —dijo Antonio, dejándose caer en la cama.

— ¡Pues termina de una vez! —repliqué. Hubiera deseado añadir: «Lo

hubieras tenido que hacer hace tiempo.» Pero en aquellos momentos no me podía poner pesada—. Dile que se vaya.

Hubiera sido un mensaje muy claro.

— Pero los hombres...

— ¡Los hombres son una ofensa! Octavio te debe cuatro legiones y mira lo que hace, te envía este regalito para que piques el anzuelo, o para meterte en cintura. Son un apéndice de Octavia, y por consiguiente te tienes que tragar todo el lote como si fuera un pescado. «Si te portas bien, Antonio, te daré más.» ¡Eso es lo que te está diciendo! ¿Es eso lo que tú quieres, estar a sus órdenes y bailar al son que él toque? ¡Te digo que eso es un insolente desafío! Dos mil hombres cuando te debe veinte mil, y además formando un paquete con su hermana, que es una extensión de su persona. —Le miré enfurecida—. ¡Tú mismo dijiste que era como tener a Octavio en la cama!

— Sí, sí —admitió, mirando al techo.

— Bueno, haz lo que quieras —le dije, hablando completamente en serio. Tenía que decidirlo por sí mismo—. Yo regreso a Alejandría. Tú verás si zarpas rumbo a Atenas o bien a Alejandría. Están en direcciones contrarias.

Me volví de lado y me cubrí los hombros con la manta. Sentí que se me aceleraban los latidos del corazón pero sólo porque, como todas las decisiones irrevocables, era algo que había ocurrido inesperadamente y con excesiva rapidez. Sin embargo, en el fondo me alegraba. Ahora tendría que ocurrir algo: Antonio tendría que zarpar rumbo al norte o rumbo al sur.

Aunque no fuera propio de mí, me abstendría de decir nada que pudiera inclinar su voluntad en uno u otro sentido. La decisión tenía que ser enteramente suya y tenía que surgir de su corazón. De lo contrario no significaría nada.

A la mañana siguiente se recibió una jubilosa carta de Octavia anunciando su llegada a Atenas y firmada con la frase: «Tu fiel esposa.» Al día siguiente, Olimpo y yo zarpamos rumbo a Alejandría.

Tal como había hecho a nuestra llegada, Antonio permaneció solo en la playa mientras nosotros nos alejábamos.

Estaba esperando, aunque naturalmente yo me decía a mí misma que no era cierto. Procuraba distraerme con todo el trabajo que se había acumulado en Egipto en mi ausencia, sobre todo desde que se iniciara de nuevo la estación de la navegación. El comercio, tan gravemente dañado por Sexto, se había recuperado por completo.

— No cabe duda de que Octavio le hizo un favor al mundo librándose de él —dijo Mardo. Sostenía en la mano un informe en el que se especificaba el número de ánforas de aceite enviadas en abril—. Cada vez que alguien unta el pan con aceite, tiene que darle las gracias a Octavio, tanto por el pan como por el aceite. Da igual que Octavio esté en Grecia, en Chipre o en Italia.

No tuve más remedio que darle la razón. Incluso en Alejandría estábamos

cosechando los beneficios; ahora nuestros navíos mercantes podían ir a donde quisieran.

— Aquí está la prueba de la expansión comercial —dijo Mardo, sacando algo de una caja. Unas patas y un arrugado cuello se estiraron y se agitaron en el aire—. Dos tortugas de Armenia. Las ha enviado el Rey. Dice que se ha enterado de que tenemos una colección de animales y confía en que aún no tengamos ningún ejemplar de esta especie. —Dio la vuelta a la criatura entre sus manos—. Dice que no se les hiela la sangre y que pueden dormir en la nieve sin sufrir el menor daño.

— ¡A diferencia de los hombres de Antonio!

O sea que el Rey pretendía evitar el castigo mediante aquellos miserables regalos. Debía de ser tonto de remate.

Mardo estaba acariciando la cabeza de la tortuga y parecía que al animalito le gustaba que lo hiciera pues había dejado de agitar las patas.

— Qué tragedia tan grande —dijo—. Y ahora la situación con Octavia...

— Pues sí. Ella está sentada en Atenas con su anzuelo. Seguro que la ha enviado Octavio. La idea no se le puede haber ocurrido a ella.

De eso estaba segura.

— ¿Y tú cómo lo sabes? —me preguntó Mardo, frunciendo el ceño.

— Aunque ella hubiera querido, su hermano jamás se lo hubiera permitido a no ser que fuera algo que favoreciera sus intereses. Y además ella no tiene pensamientos, deseos ni planes propios.

La débil criatura aceptaba casarse cuándo y cómo decidiera su hermano, y servirle como si fuera su esclava. ¿De qué le servía su erudición y su famosa altivez?

— En Roma todo el mundo la alaba —dijo Mardo con cautela—. Y dicen que es muy hermosa.

— La he visto. No lo es —le contradije—. ¡La gente dice muchas tonterías! Eso lo dicen para que la historia resulte más bonita y para acentuar la contienda entre nosotras. Yo y mis malas artes orientales contra la virtuosa belleza de Roma.

Sabía que así lo percibía la gente y no había manera de cambiarlo. A la gente le gustan las historias dramáticas y los conflictos elementales.

— Antonio tendrá que tomar una decisión —dije—. Y yo no haré nada para ayudarle a tomarla.

— Mi queridísima amiga —respondió Mardo—, si todavía no has hecho suficiente, jamás será suficiente.

De día había hablado valerosamente con Mardo, pero por la noche permanecí despierta en mi lecho y me sentí mucho menos segura. En realidad el sentido común aconsejaba que Antonio regresara al redil de Roma. Su aventura oriental había fracasado; tenía que dejarla a su espalda como una causa perdida.

Poseía la insólita y camaleónica capacidad de adaptarse a todo. Con su purpúrea capa de general y su yelmo era un guerrero de pies a cabeza, con su toga era un magistrado romano, con una túnica griega era un gimnasiarca, con su piel de león era Hércules y con las hojas de parra era Dioniso, un dios oriental. A diferencia de lo que a mí me ocurría, él podía ser cualquier cosa para muchas personas; era su don y su encanto.

Ahora podría volver a ponerse el manto romano, tomar la mano de su esposa romana y zarpar de nuevo rumbo a Roma. Oriente no había respondido a sus sueños; pues muy bien, ya encontraría otros en otro lugar. Octavio volvería a acogerlo y perdonaría su errante pasado. Jamás hablarían de mí, porque yo sería un tema embarazoso para los dos.

El oeste era un lugar seguro para Antonio. Yo sólo podía ofrecerle mi esfuerzo para la construcción de una vasta alianza oriental y tal vez una asociación en pie de igualdad con Roma. Eso y mi persona.

Sin embargo, me pregunté qué haría una mujer como Octavia. Si yo hubiera sido abandonada y mi marido se hubiera casado públicamente con otra y le hubiera otorgado tierras y hubiera puesto su efigie en unas monedas, jamás querría volver a verlo, o por lo menos jamás volvería a recibirlo por mucho que le quisiera. Y eso de irle detrás... ¡Me sentiría avergonzada!

Doblar la rodilla ante Octavio suponía una humillación tremenda, incluso para su «querida» hermana. ¿Cuánto más para su compañero de Triunvirato?

A medida que pasaban los días, me iba acostumbrando a la espera. Era algo que ya formaba parte de mí.

Mardo se impuso incluso la tarea de buscar referencias literarias a los temas de la «espera» y la «paciencia» con la ayuda del bibliotecario del Museion.

— Homero dice en la *Ilíada*: «Los hados han concedido a la humanidad un alma paciente» —me comentó un día.

— Eso es tan vago que no significa nada —contesté.

Era cierto; había muchísimos hombres que no tenían ni una pizca de paciencia.

— Según Plauto, «la paciencia es el mejor remedio para todos los males» —me dijo otro día.

— ¡Otra generalidad! —le contesté en tono de burla.

— Pues ahí va una cita más enigmática: Arquíloco escribió que «los dioses nos administran la amarga medicina de la paciencia».

— ¿Y por qué tienen que ser los dioses? —pregunté con ganas de discutir —. Safo lo entiende mucho mejor. Dice Safo: «La Luna y las Pléyades se han escondido. La medianoche y el tiempo giran veloces. Yo permanezco acostada en la cama, sola.»

— Ya —respondió Mardo en tono dubitativo—. ¿Por qué te torturas leyendo a Safo?

— La poesía me consuela y al mismo tiempo me enciende la sangre — contesté.

— Deberías guardarte de ella —dijo en tono despectivo—. ¡Es un veneno para el alma!

Otro día me entregó una nota de Epafrodito, que había encontrado una cita en las escrituras de su religión.

— Es una cita de un rollo que se titula las Lamentaciones y que dice: «El Señor es bueno para los que esperan en él, para el alma que lo busca.»

Me eché a reír.

— No es al Señor a quien yo espero.

— Me rindo, amiga mía. Enciéndete con Safo o con quien tú quieras. ¡Aunque no te sirve de mucho! —añadió, mirándome con severo semblante.

Sólo leía poesía bien entrada la noche, cuando Carmiana e Iras ya se habían retirado y el soplo de la brisa agitaba suavemente las cortinas de mi alcoba.

La noche se extendía ante mí, y las palabras escritas por personas que llevaban muchos siglos muertas tenían para mí una autoridad que jamás podrían tener las de las personas vivas. Me consolaban, me hablaban en susurros, me hacían alegrarme de estar viva —por muy grande que fuera mi dolor— mientras que ellas, pobrecitas, ya estaban muertas.

«Más tarde tendremos mucho tiempo para yacer muertos, y sin embargo los pocos años que tenemos ahora los vivimos mal.»

Eso era lo que me decían, ésa era la advertencia que me hacían.

Pero yo esperaba recibir noticias de día, que era cuando los barcos amarraban en el muelle y descargaban sus mercancías, y cuando llegaban los mensajeros por tierra. Por consiguiente, una noche en que me encontraba medio tendida sobre unos almohadones en mi terraza de la azotea, contemplando cómo la luz de la luna se deslizaba sobre las olas del puerto mientras leía poesía y saboreaba melones árabes confitados, apenas levanté los ojos cuando uno de mis servidores entró con una carta.

— Déjala aquí —le dije, señalando con la mano un cuenco de nácar que yo usaba para guardar bujerías. Estaba demasiado enfrascada en los exquisitos versos de Catulo como para interrumpir la lectura; tenían tanto sabor como los confites, y sospechaba que debían de ser tan poco saludables como ellos. A pesar de todo me alegraba de haber aprendido el latín pues ahora podía participar de las angustias y los anhelos del poeta.

Odi et amo: quare id faciam, fortasse requiris.
Nescio, sed fieri sentio et excrucior.

Odio y amo, me preguntas tal vez por qué lo hago.
No lo sé, pero siento que es así y me atormento.

¡Qué impropio de un romano! Eso, aparte de sus «incendiarias» ideas, lo convertían en un poeta todavía más prohibido.

Sólo cuando me cansé de los excesos de la emoción —en realidad, me sentía exhausta cuando aparté los versos a un lado—, tomé perezosamente la carta y la abrí.

«Mi amadísima y única esposa, vengo a ti.M. A.» No decía más.

Aquellas sencillas y vulgares palabras eran las más elocuentes que jamás hubiera leído en mi vida y superaban todos los arrebatos literarios que yo tanto admiraba.

«Mi amadísima y única esposa, vengo a ti.»

Antonio ya había llegado y me enviaba la carta desde el puerto de abajo.

Releí su carta infinidad de veces, haciendo vagar la imaginación.

Oí que se abría la puerta, y luego unas pisadas. ¿Y ahora qué?, pensé, molesta por la intrusión. Quería releer una vez más la carta y reflexionar sobre ella. Me levanté y miré hacia la oscuridad de la estancia.

— ¿Carmiana? —pregunté. Nadie más se hubiera atrevido a entrar allí a medianoche.

No hubo respuesta. Me envolví en un ropón y entré en la estancia.

Vi a alguien con el rostro oculto por una enorme capucha.

— ¿Quién eres? —pregunté. ¿Cómo había pasado por delante de los guardias? Por su estatura supuse que era un hombre.

La encapuchada figura guardó silencio.

— ¿Quién eres? —repetí.

Si no me contestaba llamaría a los guardias.

— ¿Acaso no me conoces? —dijo Antonio echándose la capucha hacia atrás.

Cruzó rápidamente la estancia y me estrechó con fuerza entre sus brazos.

No podía hablar porque no me salían las palabras, pero sobre todo porque él me estaba besando apasionadamente.

— Jamás volveré a dejarte —me dijo entre besos—. Te lo juro con toda mi alma.

Liberé un brazo y lo alargué para acariciarle el rostro. Había vuelto de verdad; no era una aparición creada por los sueños y los deseos de mis sentidos.

Tomé su mano y lo acompañé a la cama, donde nos sentamos en silencio. Le aparté la capa de los hombros y la dejé caer. Habían transcurrido casi cinco años desde la última vez que él había estado allí, en mi lecho alejandrino. Y yo había permanecido mucho tiempo sola en él.

— Ni yo te lo permitiré —le dije en un susurro—. Ya has tenido la oportunidad de escapar. Ahora te tienes que quedar para siempre.

— Para mí no hay ninguna otra realidad más que la de aquí —dijo Antonio.

Y yo lo recibí de nuevo en mi corazón, en mi lecho y en mi vida.

lacta alea est: «La suerte está echada.» De la misma manera que César había cruzado el Rubicón para entrar en territorio prohibido, ahora Antonio había navegado hacia el extremo oriental del Mediterráneo hasta llegar a Egipto, su lugar de destino libremente elegido, su futuro y su porvenir.

A la mañana siguiente se corrió la voz no sólo en palacio sino en toda Alejandría: Marco Antonio había fijado su residencia allí. Pero ¿cómo había venido? ¿Cómo triunfiro romano, como esposo de la Reina o como Rey de Egipto? ¿Cómo lo iban a tratar? Afortunadamente, el propio Antonio no estaba preocupado por aquella cuestión; le bastaba con estar allí. Que se preocuparan los demás por cómo tenían que llamarle o cuál era su situación oficial.

— Qué oriental es eso —le dije aquella mañana cuando contestó al balbuciente criado con un despreocupado «Llámame lo que quieras con tal de que no me llames tonto»—. Tú sabes que a nosotros nos gustan las cosas ambiguas.

— Sí, por eso los romanos os consideramos tan escurridizos —dijo él. Se acercó a la ventana y miró hacia el puerto, donde el verde del agua se estaba transformando poco a poco en el azul del cielo. En la confluencia del cielo con el mar se producía una suave y maravillosa mezcla de colores. Parecía contento y satisfecho de estar donde estaba. Levantó los brazos por encima de la cabeza y se desperezó—. Cuando me suban la ropa del barco, me vestiré. —Lo había dejado todo a bordo—. Entretanto, creo que podría ponerme aquella túnica de tu padre, si es que todavía la tienes.

¿Cómo hubiera podido deshacerme de ella después de haberla guardado tanto tiempo? Era la túnica que mi padre se ponía en sus aposentos, y yo recordaba que a veces se la ponía cuando jugábamos a algún juego de tablero o él se sentaba a leer tranquilamente. Estaba incrustada de piedras preciosas y tenía las mangas bordadas. Un Lágida jamás se presenta sin adornos.

En cuanto se la hubo puesto, pidió ver a los niños.

— Hay uno al que todavía no conozco —me recordó.

Los gemelos entraron corriendo. Alejandro se le echó encima y trató de encaramarse a su cuerpo como si fuera un mono, y Selene le abrazó las rodillas con los ojos cerrados.

— ¿Traes prisioneros enemigos? —preguntó Alejandro—. ¿Los tienes enjaulas?

— Bueno, no los he traído —confesó Antonio.

— Pero los tienes, ¿verdad? —insistió en preguntar Alejandro—. ¿Qué vamos a hacer con ellos?

— Aún no lo he decidido —contestó Antonio—. A veces eso es lo más difícil.

— ¡A lo mejor nos los podríamos comer! —dijo el niño, muerto de risa—. ¡Podríamos hacer un estofado con ellos!

— Eres un diablillo muy sanguinario —bromeó Antonio—. ¿A quién habrás salido? No creo que el estofado fuera muy bueno; son demasiado delgados y

correosos. —Se volvió hacia Selene—. Tú no quieres estofado de parto, ¿verdad?

La niña sacudió lentamente la cabeza e hizo una mueca.

— Saben muy mal —dijo.

— Cuánta razón tienes. Estoy seguro de que sabrían muy mal.

Antonio levantó los ojos cuando una criada entró con un niño en brazos. El pequeño Tolomeo Filadelfo tenía los pelos de la cabeza de punta y unos brillantes ojos oscuros. Acababa de aprender a sonreír y hacía prácticas con todo el mundo, pero Antonio pensaba que las sonrisas eran sólo para él.

Antonio lo miró complacido.

— ¡Es un niño precioso! —exclamó sin poder disimular su orgullo—. Pero este nombre... ¿No podríamos encontrar algo un poco más personal?

Cogí al niño en brazos. Tenía seis meses y ya se fijaba en todo lo que le rodeaba. Tiró de mi cabello con sus deditos rechonchos.

— Lo intenté, pero fue inútil. Los nombres romanos son muy poco imaginativos. Sólo tenéis unos veinte nombres, y como están agrupados en familias eso significa que en realidad sólo estáis autorizados a elegir de entre unos cinco. ¿Cómo se llamaban tus hermanos? ¿Lucio y Cayo? Qué vulgaridad.

— Pues eso de Tolomeo Filadelfo no tiene nada de vulgar, pero suena a algo así como a monumento.

Al dejarle en el suelo vi que ya estaba empezando a arrastrarse, lo cual era un nuevo arte para él.

— Ya se nos ocurrirá algún apodo —dije—. A lo mejor algo relacionado con los ojos tan brillantes que tiene.

— Bueno, si necesitas un monumento, lo podríamos llamar Monumento —dijo Antonio riéndose—. Y tiene unos pelos que parecen púas. Lástima que no lo podamos llamar Erinaceus, Puerco Espín.

— Ya veo que los obligados Antonias y Marcos te han embotado la imaginación. ¡Pero no permitiré que a mi hijo lo llamen Puerco Espín!

— A lo mejor los alejandrinos le buscarán un nombre, como hicieron con Cesarión —dijo Antonio—. Por cierto, ¿dónde está Cesarión?

— Seguramente ha salido a montar. Se ha enamorado de su caballo —contesté—. Está en la edad.

En la vasta llanura del otro lado de las murallas orientales de la ciudad se encontraba el Hipódromo y las dehesas de las caballerizas reales. Había acertado al pensar que Cesarión se encontraría allí, como había acertado el año anterior regalándole un maravilloso caballo para su cumpleaños. Le había puesto el nombre de Cílaro, como el de un caballo domado por un héroe griego, y desde entonces casi no vivía en palacio sino en las caballerizas. Montaba muy bien, cabalgando velozmente sin apartarse de la valla, apretando con sus largas piernas los costados del caballo y guiándolo de este modo más que con la brida. Cílaro

respondía muy bien, dando la vuelta aquí y allá con sólo una leve presión de la rodilla del niño. Sin percatarse de nuestra presencia, Cesarión se inclinó hacia delante para indicarle al animal con este cambio de posición que había llegado el momento de correr. El caballo se lanzó inmediatamente al galope y Cesarión se inclinó sobre su cuello, absorbiendo su movimiento como si formara una sola cosa con él.

Me di cuenta al mismo tiempo que Antonio: era el mismísimo César cuando cabalgaba, como yo le había visto cabalgar el último día que estuvimos juntos.

El recuerdo fue tan vivo que casi me dolió el corazón. El antídoto fue la dulce oleada de orgullo que sentí al ver cómo César renacía en la persona de su hijo.

— ¡Cesarión! —lo llamé, agitando la mano para atraer su atención. Cuando me volví hacia Antonio, vi la mirada de asombro de su rostro.

— Jamás pensé volver a contemplarlo —dijo Antonio en un susurro. Me pareció que estaba profundamente emocionado—. Las sombras regresan una vez más a la vida.

Hacia el fondo de la pista, Cesarión consiguió que Cílaro aminorara poco a poco la velocidad cambiando de posición, y entonces lo guió hacia el lugar donde nosotros estábamos. Cabalgaba muy erguido y nos miraba con curiosidad por encima de las orejas del caballo. En cuanto estuvo más cerca, su asombroso parecido con César se borró ligeramente y se disolvió en los juveniles rasgos de su rostro. Sus ojos no estaban cansados ni miraban con recelo, y tampoco estaban rodeados de arrugas. Su boca, de firmes perfiles, estaba cincelada en un rostro terso y lozano.

— Madre —dijo asintiendo con la cabeza mientras desmontaba—. Triunviro —añadió, saludando a Antonio.

Estaba claro que no sabía cómo llamarle, y ni siquiera se atrevía a sonreírle.

— Eres un jinete nato —le dijo Antonio con sincera admiración.

Cesarión sonrió.

— ¿De veras lo crees? —preguntó, procurando disimular su satisfacción.

— Por supuesto que sí. Si tuvieras tres o cuatro años más, les hablaría de ti a los generales Ticio o Planco. ¿Cuántos años tienes, catorce?

Sabía muy bien que el niño sólo tenía doce años, pero también sabía lo que les gusta escuchar a los niños de doce años.

— No, tengo... el mes que viene cumplo doce —contestó Cesarión, echando los hombros hacia atrás.

— Ah —dijo Antonio—. Has crecido más que el lagarto. ¿Lo recuerdas?

— ¿Que si lo recuerdo? ¡Pero si murió el año pasado!

A medida que hablaba, le iba saliendo el niño que llevaba dentro.

— Hemos traído un cuervo que habla —le dijo Antonio—, aunque no siempre me gusta lo que dice.

— ¿Por qué no?

— Porque o dice tonterías o suelta insultos.

Cesarión se echó a reír, pero inmediatamente se sumió en un silencio que se fue haciendo cada vez más profundo. Adivinando el momento y galopando hacia él como si saliera al campo de batalla, Antonio tomó mi mano.

— Tu madre tuvo a bien casarse conmigo a pesar de que sólo soy un hombre corriente y no pertenezco a una estirpe regia ni soy un dios como César. Pero estuve mucho tiempo con él, antes de que él viniera a Egipto, y seguramente te podría contar todo lo que tú quisieras saber sobre él. ¡Sé cosas de él que ni siquiera tu madre sabe! Te enseñaré todo lo que él me enseñó a mi sobre la profesión de soldado en los bosques de la Galia y en el campo de batalla de Farsalia. Creo que a él le gustaría que lo hiciera. En realidad creo que ésta es la única razón por la cual me casé con la Reina, para regresar a vosotros y a Alejandría —añadió, volviéndose a mirarme con una sonrisa.

— Sí, seguramente es cierto —dije—. Eso y lo mucho que le gustan nuestros barcos egipcios.

Cesarión sonrió.

— Me alegro de que hayas vuelto. Te he echado mucho de menos —se apresuró a añadir.

Sí, ésa era una de las cosas que más me habían dolido, que Cesarión se hubiera encariñado con él y lo hubiera perdido.

— Yo también te he echado de menos a ti —dijo Antonio—. Tengo un hijo casi de tu edad... bueno, no tan mayor, sólo tiene unos diez años. Y de la misma manera que tú eres «el pequeño César», él es «el pequeño Antonio», Antilo. Tal vez algún día nos haga una visita y entonces los dos os podréis aliar contra mí.

Antilo era el hijo que le había dado Fulvia, pero hasta aquel momento Antonio jamás me había hablado de él. Me facilitaba la tarea de olvidar que en Roma había dejado personas a las que amaba y a las que probablemente ahora no tendría muchas ocasiones de ver. Estaba tan ocupada pensando en mi rivalidad con Octavio y Octavia que había pasado por alto sus restantes vínculos y su familia. No me extrañaba que quisiera regresar allí para hacer una visita.

Pero no debía hacerlo, ¡no debía!

— Tenemos que invitarle —me apresuré a decir—. ¡Sí, que venga a vernos a Alejandría!

Estábamos recostados en los triclinios de nuestro comedor privado, nueve en nueve plazas, prescindiendo alegremente del protocolo. Los tres niños se hallaban recostados en un triclinio, donde podían empujarse unos a otros. Antonio y yo nos mirábamos desde los triclinios que compartíamos con Iras, Carmiana, Mardo y Olimpo. Mardo ocupaba discretamente el espacio entre Antonio y Olimpo,

interponiéndose entre ellos con sus generosas proporciones.

Eran mi familia, las personas que hubieran dado la vida por mí y por las que yo hubiera dado la mía. Con todos sus defectos, debilidades e inconvenientes, seguían siendo mi única armadura y mi refugio contra los males que el destino me pudiera reservar.

Olimpo estaba observando la mano de Antonio para ver cómo la usaba para comer. ¿La doblaba sin dificultad? ¿La podía mover bien? ¡Que los dioses se apiadaran de él como tuviera el atrevimiento de hacerle a Antonio una pregunta directa!

— Hiciste un buen trabajo, Olimpo —le dije, sorprendiéndolo—. La mano del triunviro se ha curado muy bien.

Olimpo me miró con rabia. Sólo en las familias nos está permitido avergonzarnos mutuamente, leyéndonos unos a otros los pensamientos y dándolos a conocer.

— Ya lo veo —concedió de mala gana.

— Me salvaste la mano, obraste un milagro —le dijo Antonio, moviéndola sin molestarse en soltar el trozo de pan que sostenía en ella—. ¡Sí, estaba a punto de caérseme! —le explicó al asombrado Alejandro—. Entonces Olimpo me puso un drenaje mágico y todo el veneno se escapó por allí.

— No me digas —dijo Cesarión.

— Sí, es cierto —intervine yo—. Es un método de la antigua medicina que Olimpo volvió a descubrir.

— Aprendí mucho sobre las heridas gracias a la práctica que hice con tu destrozado ejército —reconoció Olimpo—. Hice más prácticas allí que las que hacen muchos médicos en toda su vida. Me gustaría... sería interesante...

Se detuvo e hincó el diente en un trozo de cordero asado con miel.

— ¿Hacer qué?

Quería saber qué había despertado su interés.

— Estudiar un poco más en Roma —contestó—. La capital del mundo de las heridas de guerra.

— Pero ¿cómo es posible, Olimpo? Me dijiste que Roma no tenía nada que enseñarle a Grecia en medicina —le recordé. Me había costado un enorme esfuerzo convencerle, valga la palabra, de que fuera a Roma.

— Las heridas no son medicina —dijo con obstinación—. El tratamiento es distinto. Los griegos estudian las enfermedades; las heridas de guerra son accidentes.

— ¿Pues entonces por qué no vas a Roma? —le preguntó Antonio—. Te prometemos no ponernos enfermos en tu ausencia. Ni ir a la guerra.

Olimpo se encogió de hombros.

— Era sólo una idea. Yo no soy un cirujano del ejército. Aquí en Alejandría los casos urgentes son de otro tipo. Ha sido una idea insensata —añadió.

— Pues yo creo que tendrías que ir a Roma —intervino Cesarión—. Y llevarme contigo.

Me volví a mirarle. Estaba apoyado sobre el codo y vestía una sencilla túnica como cualquier muchacho del país.

— ¿Cómo? —pregunté.

— Quiero ir a Roma —me dijo—. Llevo tres años estudiando el latín. Mi padre era romano, y tú no haces más que hablarme del legado que Octavio me ha robado y que yo jamás he visto. ¡Ni siquiera me puedo imaginar cómo es Roma o cómo son los romanos!

— Has visto a un montón de romanos —le dijo Olimpo, terciando en la conversación—. Están en todo el mundo. Es imposible no verlos. —Posó la copa y miró al niño con la cara muy seria—. Así que para ver a los romanos no hace falta ir a Roma.

— Yo no he dicho que quisiera ver a los romanos, he dicho que quería ver Roma —replicó Cesarión, haciendo gala de la misma serena y obstinada fuerza que su padre solía poner de manifiesto en la conversación. ¡Oh, Isis, cuánto se parecía a él!—. Quiero ver el Foro, quiero ver la Casa del Senado, quiero ver el Tíber, y también quiero ver el templo del Divino Julio. ¡Quiero ver el templo de mi padre! —Levantó la voz y su timbre adquirió un tono más quejumbroso e infantil—. ¡Quiero verlo y quiero verlo! ¡No es justo que no lo pueda ver! —Se volvió hacia mí—. ¿Cómo quieres que me interese todo eso o que me interese mi herencia si nunca he visto nada? No puedo saquearte la memoria para que me cuentes recuerdos, quiero tener los míos. ¡Nada tiene valor si no lo ves con tus propios ojos!

— Pues mira, ésa sería una cuestión que merecería un debate por parte de los filósofos —le dijo Mardo en tono tranquilizador—. Dicen que lo que no se ha visto puede ser más real que...

— Eso es mentira —replicó fríamente Cesarión—. Y no cambies de tema —le dijo en tono autoritario al eunuco. ¿Dónde estaba el niño ahora?—. ¡Más pronto o más tarde tendré que ir! ¿Por qué no ahora?

— ¿Y por qué tendrás que ir más pronto o más tarde? —le pregunté.

— Porque si tengo que reclamar mi mitad romana, no puedo ser un desconocido para mí mismo ni para ellos.

¡Ir a Roma! Me sentía traicionada; mi hijo quería ir a Roma, a aquel nido de enemigos que lo único que habían hecho era causarme dolor. Sin embargo, a pesar de que me pareciera tan mío y tan absolutamente Lágida, yo sabía que Cesarión decía la verdad: la mitad de su sangre era romana. Mi hijo era parcialmente extranjero.

— Sí, comprendo —le dije muy despacio—. Pero ¿por qué ahora?

— ¿Por qué esperar más? Además, nadie se fija en un niño; nadie sabrá que estoy allí. Deja que Olimpo me lleve con él. Olimpo puede pasar por un hombre corriente, y yo podría ser su ayudante. Seremos invisibles.

— No puedes ir sin escolta. ¿No te das cuenta de que eres una figura pública? Si alguien...

— El niño tiene razón —intervino de pronto Antonio—. Estaría más a salvo viajando como un desconocido sin escolta que como Cesarión con escolta.

¡Antonio se estaba poniendo de su parte!

— Es demasiado peligroso —dije—. No puedo enviarle de cualquier manera.

— Llega un momento en que un niño, un joven, tiene que separarse de su madre —respondió Antonio—. Ese día, el día en que expresa este deseo y actúa en consecuencia, alcanza su mayoría de edad. En algunos casos eso ocurre antes que en otros.

Era demasiado pronto. Sacudí la cabeza. Era pedirme demasiado.

— Lo protegeré con mi propia vida —dijo Olimpo—. Y creo que nos sería muy beneficioso a los dos. Aprenderíamos muchas cosas que nos serían muy útiles en la vida.

¿O sea que ahora le apetecía ir? Ojalá los dioses no hubieran permitido que lo mencionara, aunque yo sabía que Cesarión habría encontrado otra ocasión, tal vez peor...

— ¡Déjame ir! —pidió Cesarión en tono suplicante—. Quiero ir...

— ¡O sea que enviarás a mi hijo en tu lugar! —le dije a Antonio aquella noche cuando nos quedamos a solas.

Antonio sacudió la cabeza.

— No. El niño quiere ir.

— ¡Y tú también!

— No lo niego. Hay razones políticas que lo aconsejan, y además... bueno. Roma es mi casa. Llevo sin ir allí desde...

— No tanto tiempo como César, y él recuperó el poder.

Antonio se recostó en uno de los bancos cubiertos de almohadones. La noche era cada vez más calurosa y dos sirvientes nos estaban dando aire lentamente con unos grandes abanicos de plumas de avestruz. Parecía que no escucharan, pero yo sabía que sí. Mandé que se retiraran, y entonces el sofocante aire se posó sobre nosotros como una pesada manta.

Antonio me miró, no con la cara de un esposo o un amante sino con la de un consejero.

— Algunos dicen, y yo no lo puedo negar por completo, que César fue asesinado por haber perdido el contacto con Roma y con lo que los romanos

pensaban. Dicen también que su larga ausencia lo había convertido en un extraño, porque de otro modo hubiera percibido la corriente de insatisfacción que lo rodeaba.

— ¡Ya lo creo que la percibía!

Recordaba las angustias que ello le provocaba; era una de las torturas de la inteligencia.

— Si de verdad se hubiera dado cuenta, habría comprendido que el pueblo no iba a aceptar que lo abandonara para irse a pasar tres años en la Partia, gobernando desde lejos. Ya estaban hartos de su lejano Rey.

Tuve que pensar un momento. Lo que Antonio estaba diciendo tenía una base. Pero ¿cuál era el remedio?

— Tengo miedo de dejar ir a Cesarión —dije al final.

¿Temía que no volviera a regresar y que se dejara arrastrar por el torbellino de Roma?

— Tiene que verlo por sí mismo —dijo Antonio—. Sólo así perderá fuerza el poder que todo eso ejerce ahora sobre su imaginación.

Aquella noche, mientras permanecía despierta contemplando los juegos de sombras que la luz de las lámparas de aceite, a punto de extinguirse, estaban arrojando contra el techo, pensé en Roma. Antonio contaba todavía con muchos partidarios allí, muchos senadores que lo apoyaban, muchos viejos republicanos y miembros de la aristocracia. Su herencia —un abuelo que había sido cónsul y famoso orador, un padre que había sido el primer romano a quien se concedía un mando militar ilimitado, una madre perteneciente a la reverenciada *gens* Julia— brillaba todavía con luz propia en el firmamento romano. Pero ¿por cuánto tiempo? Las cosas que no se ven pierden fuerza en la memoria, y Octavio estaba allí delante de ellos, dispuesto a hacer todo lo posible por borrar la imagen de Antonio. Cuanto más se prolongara la situación, tanto más duraderos serían sus efectos.

Pero no podía ir allí en aquellos momentos, después de la humillación de la Partia y de haber rechazado a Octavia. Todos los argumentos en contra que yo le había expuesto a Antonio eran ciertos, aunque también era cierto que su poder en Occidente estaba disminuyendo y eso era muy peligroso.

Lépido había desaparecido de la escena. Sexto había sido derrotado, Octavia había sido rechazada. Todos los puentes entre Antonio y Octavio se habían roto. Ambos estaban en guerra. ¿Cuándo lo comprendería Antonio?

Yo soy realista por encima de todo y veo las cosas tal como son y no como deberían ser o podrían ser, y por eso comprendí que tendría que permitir que Cesarión se fuera a Roma con Olimpo. Cuando uno sufre una derrota, tiene que aceptarlo de buen grado y aprovechar las oportunidades que le quedan para salvar la situación. Cesarión iría a Roma; pues muy bien, lo mejor sería que empezara a prepararlo.

— No está a la orilla del mar —le dije.

— Eso ya lo sé —me contestó con orgullo—. He estudiado los mapas.

— Lo que quiero decir es que allí no soplan las brisas marinas y en verano hace un calor insoportable, mucho más que en Alejandría. Además, los edificios son bajos y están contruidos con ladrillo, las calles son estrechas y tortuosas, y todo está muy oscuro y apretujado.

— Pero hay jardines.

— Sí, en la villa de César, al otro lado del Tíber, donde tú vivías de pequeño. Ahora son unos jardines públicos, y los romanos tienen la posibilidad de respirar un poco de aire puro.

¿Aquellos tranquilos y cuidados jardines estarían ahora llenos de sudorosas multitudes a las que les hiede el aliento?

— Los visitaré, y visitaré todos los lugares por donde tú paseaste —me anunció solemnemente.

Para él sería algo así como una peregrinación.

— En Roma me podrás ver —le dije—. Ve al templo de Venus Genitrix, el templo familiar de la *gens* Julia. Está en el nuevo Poro. Dentro hay una estatua mía. Tu padre la colocó allí y causó un gran escándalo.

Y me hizo el amor en el templo a la sombra de las estatuas, estuve casi a punto de añadir. Pero Cesarión era demasiado joven para eso. Casi me ruboricé al recordarlo. ¡Qué joven era yo entonces! ¡Cómo me turbaba y cuántas dudas tenía! Pero César siempre había hecho lo que había querido y donde había querido.

¿Habría heredado su hijo aquel rasgo? No lo creía.

— Ten cuidado —le dije—. Mantén los ojos bien abiertos y procura verlo todo. Y después vuelve aquí.

Vuelve a casa, hubiera querido decirle. Pero al final quizá Roma se convirtiera en su casa. ¿Qué lugar le correspondía a aquel hijo de César y mío?

— Toma —añadí yo, entregándole el medallón que guardaba para él—. Ya es hora de que lo tengas. Es tuyo, del propio César.

A la muy excelsa reina Cleopatra, de un estudiante de Roma que informa sobre medicamentos egipcios:

Salve, Reina de toda la belleza, morena como una noche sin luna, esbelta como el Nilo antes de la crecida, llena de gracia como la serpiente que protege tu corona ancestral. Beso tus pies calzados con enjovadas sandalias. Me consuelo pensando que todo el mundo en el orbe conocido desearía poder hacerlo. Me comprometo con toda mi alma a cuidar de tu salud; subiré a los más escarpados riscos del desierto para buscar hierbas que te suavicen la piel; me sumergiré en las más frías profundidades de las aguas de Rodas para arrancar las más delicadas esponjas con las que acariciarte los ojos; ordeñaré una pantera para que su leche te blanquee las manos. Iré... Bueno, ahora que ya he terminado la primera vuelta del rollo, puedo dejar de escribir tonterías. Estoy seguro de que hubiera perdido el interés de cualquier curioso lector con toda esta sarta de sandeces, aunque probablemente a ti te ha gustado. Vamos, confiésalo. ¿Sospechabas que era yo, o acaso pensabas que era Antonio? Seguramente te habla de esta manera, aunque sólo en privado. Por lo menos eso es lo que dicen en Roma. No sabes la de cosas que he averiguado sin intentarlo tan siquiera. A veces es lo único que puedo hacer para mantener la boca cerrada y no gritar: «¡No, Antonio no se presenta vestido con ropa de cama en las audiencias! No, no usa un orinal de oro.» Te juro que ésas son las cosas que se dicen de él, siempre añadiendo, «algo de lo que la propia Cleopatra se avergonzaría». Se le presenta como vicioso, corrupto, poco romano, y todo siempre por culpa de la afeminada influencia de la Reina de Egipto. No hace falta preguntar quién ha hecho circular estos rumores, pero se oyen por todas partes. ¡Pintan una imagen llena de colorido! Y la gente siempre prefiere el colorido a la sencilla verdad.

En cambio Octavio se presenta pálido y demacrado, un virtuoso fantasma de la antigua piedad romana. Eso del fantasma viene por lo de César, a quien él invoca en todo momento en su calidad de «hijo del divino Julio». Por lo visto está empeñado en que toda Roma sea de color blanco. Ahora que las guerras civiles han terminado —tal como él se complace siempre en recordar—, ha llegado el momento de que Roma se vista de mármol. La rivalidad con Alejandría no podría ser más evidente. Quiere que Roma sea tan grande como nuestra gloriosa ciudad; eso es lo que les ha insinuado a sus leales servidores, y ellos pagan obedientemente las obras públicas de sus propios bolsillos. Por todas partes se construyen nuevos templos, basílicas, monumentos, bibliotecas y anfiteatros, e incluso se habla de la intención de Octavio de construirse un grandioso mausoleo a la orilla del Tíber.

Hasta el hedor ha desaparecido, porque Agripa ha mandado limpiar la

Cloaca Máxima y ha construido un nuevo acueducto para traer más agua. Y a instancias sin duda de su amo, ha ofrecido servicios públicos gratuitos al pueblo: barberos, entrada en las termas, teatro, comida, ropa, entrada al Circo. Quiere que todo el mundo vea a Octavio como el gran benefactor romano. Precisamente te escribo utilizando una de las lámparas de aceite que han repartido por toda la ciudad. Te la tengo que traer. Conmemora la batalla de Nauloco con una hilera de delfines de plata en recuerdo de la victoria naval sobre Sexto. ¿Quién soy yo para rechazar una lámpara de balde? Por eso la utilizo, como hacen centenares de personas. Son muy listos Octavio y Agripa.

Estoy pensando que si se pudiera despertar la ambición de Agripa, a lo mejor éste se libraría de la influencia de su amo y quizá su lealtad disminuiría a medida que fuera aumentando su orgullo.

Acabo de repasar lo que te he escrito y estoy horrorizado. Parezco un converso político. Será que la atmósfera de Roma me ha invadido el cerebro. La política se respira en el aire. Respecto a mis estudios, te diré que me son muy provechosos. En caso de que tengamos que combatir en otra guerra, podré obrar milagros, incluso volver a coser manos cortadas. (Ahora todavía no sé hacerlo, pero el mes que viene...)

Tu hijo es muy feliz y se encuentra muy a gusto aquí. Pasa inadvertido, como él había vaticinado.

Dentro de tres días se celebra el aniversario del Divino Julio, y Roma se está preparando para los festejos. Es una suerte que Cesarión se encuentre aquí, en esta época del año. Así lo verá con sus propios ojos.

Tengo que terminar. Esta tarde zarpa un barco. Me detengo aquí para que tu hijo añada su mensaje antes de la partida del barco. Todas estas empalagosas frases... Una parte de mí las dice en serio. Rezo para que al recibo de esta carta estés bien hasta mi regreso.

Tu Olimpo

A mi madre, la más excelsa Reina:

Llegamos aquí en apenas veinte días, un milagro en esta época del año. Sé que es un buen presagio para nosotros pues eso significa que los dioses nos han ayudado a llegar aquí cuanto antes. Yo sabía que todo iría bien, pero eso lo confirma.

Sé lo mucho que te entristeció mi partida. Espero que ahora ya lo hayas superado. Me prometiste montar a Cílaro para que no se pusiera triste y me echara demasiado de menos. Se lo hubiera podido decir a Antonio, pero él pesa demasiado y a mi querido caballo no le gustaría.

Estamos viviendo en la Suburra, una parte de Roma que tiene muy mala fama, así nadie se fijará en nosotros ni sospechará nada. La Suburra se encuentra al este de los Foros y es un barrio muy ruidoso y lleno de gente. Viven en unas cosas que llaman insulae —islas—, una especie de apartamentos amontonados los unos encima de los otros, algunos de cinco y hasta seis pisos de altura. En la calle no hay mucha luz y ni siquiera puedes ver la basura que pisas. La gente come en la calle y compra la comida en pequeñas tiendas. Es muy divertido, pues todo tiene un aire un poco perverso y es como estar de vacaciones. Nada parece tranquilo y normal.

Olimpo se pasa mucho rato en la isla de en medio del Tíber, donde hay un hospital para pobres y para veteranos heridos. De esta manera, me queda mucho tiempo para distraerme. El solo hecho de pasear por las calles es una aventura. Te lo contaré todo con más detalle en una próxima carta. No quiero describirte a toda prisa las cosas que son importantes para mí. Diles a Alejandro y a Selene que aquí hay muchos gatos, más de los que he visto en toda mi vida. Acechan en todos los rincones y en todas las ventanas. Pero en el Tíber no hay cocodrilos.

Tu amante hijo, T. César

P.D. Se están celebrando los Ludi Apollinares, muchos días de carreras de carros y juegos en honor de Apolo. ¿Por qué no tenemos nosotros algo parecido?

DEJÉ la carta, dominada por una curiosa sensación de pesadez. Fuera, más allá de mi entoldada terraza, el mar estaba en calma, inmóvil. Los días eran insólitamente calurosos y opresivos... exactamente igual que los de Roma que yo le había descrito a mi hijo. Ahora parecía como si mis palabras hubieran regresado para burlarse de mí. El perfume que me había puesto no lograba escapar de mi piel, pues el aire lo tenía prisionero.

Me sentía momificada, agobiada por la ropa y por los aromáticos ungüentos con que me había frotado el cuerpo.

Hubiera tenido que alegrarme de que llegaran sanos y salvos a Roma. Olimpo estaba desarrollando una labor muy útil y Cesarión parecía fascinado por Roma. Yo sabía que él descubriría todo lo bueno que hubiera y lo compararía con Alejandría, como hacen siempre los niños. No se me escapó el detalle de su firma

como «T. César».

Lo que no me gustaba era la noticia. No me gustaba que Agripa y Octavio estuvieran haciendo tantas obras públicas y la construcción del mausoleo me parecía sospechosa. Octavio tenía apenas veintisiete años. ¿Por qué se quería construir un mausoleo? ¿Acaso quería convertirlo en un santuario nacional? ¿Y qué era todo aquello de Antonio y los orinales de oro... cuando de lo que se hubiera tenido que hablar era de su victoria sobre la Partia?

Tendría que enseñarle las cartas a Antonio, pero no esperaba ninguna respuesta útil por su parte. Se había sumido en una negra melancolía porque su lugarteniente Ticio había ejecutado a Sexto tras llevarlo a Mileto sin esperar una orden suya. Ahora que Sexto había muerto, un coro de quejumbrosas voces lo lamentaba: «El último hijo de la República, el hijo de Neptuno, el rey—pirata, el noble romano, el último de su clase.»

Me molestaba su actitud. Sexto no era más que un renegado, un experto navegante que no había tenido sentido común suficiente para buscar con ahínco las victorias, concertar alianzas y ofrecer a sus seguidores un motivo para congregarse a su alrededor. Su padre, Pompeyo, también había tenido ese mismo defecto. Después de la batalla de Farsalia, César había comentado que si Pompeyo hubiera buscado con tesón la victoria, él hubiera sido derrotado sin remedio. Ahora el linaje de Pompeyo había terminado por culpa de aquel rasgo de su carácter, presente también en su hijo.

Pero todo el oprobio estaba recayendo sobre Antonio. Lo acusaban de no haber sido «clemente» como Octavio con Lépido; se le describía como un cruel verdugo. Y yo sabía quién estaba detrás de todo aquello.

Las falsas historias eran muy poderosas y, con el tiempo, podían conseguir los mismos resultados que los ejércitos. En cualquier caso, Antonio lo estaba pasando muy mal y, de momento, no quería ni oír hablar de Roma. Guardé las cartas y esperé la siguiente.

Mi amadísima madre:

¡Los últimos días han sido tan emocionantes que ni siquiera sé cómo describírtelos! He visitado toda Roma, he subido a las siete colinas, he ido al Circo para ver las carreras gratis e incluso he salido al campo... ¡todo es muy distinto de Egipto! Pero tú ya has visto todas estas cosas y no hace falta que te las describa. Lo que sólo yo te puedo decir es lo que siento al descubrir que mi padre existe de verdad. Sé que tú has hecho todo lo posible para que así fuera. Pusiste su busto en mi habitación y me revelaste las cosas que decía —pequeñas cosas que nadie más hubiera sabido— y me hiciste aprender latín para que pudiera leer sus crónicas. Pero aún no era totalmente real para mí, todo me parecía un juego entre tú y yo, como los amigos imaginarios que se inventaban los gemelos en sus juegos.

Pero ahora estoy aquí y todo el mundo forma parte del juego, todo el mundo dice conocerle o creer en él. Hay estatuas tuyas por todas partes, en

distintas posturas, y le veo sentado, de pie, sonriendo o frunciendo el ceño. La gente habla de él como si estuviera presente; su Foro es un lugar muy frecuentado, con fuentes de surtidor y una estatua suya a caballo. Entré en el templo, como tú me dijiste que hiciera, y allí estaba tu estatua. Me gusta imaginar a César mostrándotela para escándalo de los romanos. Y la suya al otro lado. Me gustó verlos juntos, aunque sólo fuera en mármol. Fui a la villa, la que César legó al pueblo en su testamento, y paseé por los caminos para ver si recordaba algo, pero tuve la sensación de no haber estado jamás allí. Ahora la casa la ocupan los guardeses y no me dejaron entrar. Pero lo mejor fue ver el templo, el templo del Divino Julio, en el Foro. Hay una estatua suya muy bonita con la corona divina en la frente, cual si fuera una diadema. Permanecí de pie delante de ella y traté de entrar en comunicación con él. Tuve la sensación de que me hablaba e intuía mi presencia y estaba contento y... me amaba. ¡Qué extraño me resulta escribirlo! En aquel momento la sensación que experimenté fue muy intensa, pero ahora que la describo me parece una tontería. Me fijé en lo que decía la gente cuando se acercaba con flores, velas y otras ofrendas y las depositaba a sus pies. La gente también le hablaba.

«César —le dijo una mujer—, ten piedad de mi hijo, que está con el ejército en Iliria. Protégelo...»

Y un chico que tendría más o menos mi edad le dijo: César, haz que, cuando crezca, sea un valeroso guerrero como tú...»

Y un hombre le dijo: «Te traigo esta ofrenda para agradecer los sesenta y cinco años que cumplirás mañana.» Y depositó una corona al pie de la estatua.

Y yo le dije en silencio: «Padre, te suplico que mires con benevolencia a tu hijo que lleva tu mismo nombre.» Sentí su mano en mi cabello y... sé que fue real.

Mañana habrá festejos especiales en el santuario y las estatuas de toda la ciudad serán adornadas con guirnaldas de flores. Te doy gracias por haberme dejado venir. Te doy gracias por haberme enseñado las suficientes cosas acerca de él como para haber despertado en mí el deseo de venir.

Tu amante hijo, T. César

P.D. Hay todo un mes que se llama como él, ¡¡¡y cada día durante treinta días la gente tendrá que decir y escribir su nombre!!!

Esboqué una sonrisa. Su sueño se había hecho realidad. Se podría sumergir en la presencia de César. Al final, los asesinos habían fracasado: César seguía vivo en Roma.

A la Reina, mi señora:

Lo digo con el sentido de soberanía, naturalmente. Todo sigue bien. Quiero describirte los acontecimientos que se desarrollaron en el templo del Divino Julio, porque sé que te gustará que te los cuente. El día 12 del antiguo mes de Quintilis, ahora llamado Julio, todos los grandes, los menos grandes y los no tan grandes se reunieron en honor del aniversario del divinizado César. Puesto que el prodigioso cometa se vio en el cielo en esta misma época del año de hace nueve años, esta circunstancia se ha convertido en una fiesta muy importante. Mucho antes del amanecer, una incesante corriente de devotos acudió a depositar sus ofrendas, pero los actos oficiales se iniciaron a media mañana.

Se leyeron poemas. Virgilio —¡tu poeta preferido después de haber festejado con sus versos las bodas de Antonio y Octavia!— hizo la siguiente ofrenda. Se adelantó, desenrolló un pergamino y leyó: «Dafnis, en su radiante belleza, se asombra al llegar al desconocido umbral de los cielos, y contempla a sus pies las nubes y las estrellas. “¡Es un dios, un dios, Menalcas! ¡Mira benigna y misericordiosamente a los tuyos!”» Después desenrolló otro pergamino y leyó: «¿Quién se atreve a decir que el Sol es falso? Al contrario, a menudo nos advierte de las amenazas de rebeliones, de la inminencia de la traición y de las ocultas guerras. Al contrario, tuvo compasión de Roma cuando, después de que César cayera, cubrió de sombras su resplandeciente rostro y una era sin dioses temió la llegada de una noche perpetua.»

Después miró a su alrededor con sus negros ojos para ver qué efecto habían producido sus palabras antes de pronunciar su discurso propiamente dicho. Al ver que todos le escuchaban arrobados, leyó de repente: «Jamás de un cielo sin nubes cayeron más relámpagos; jamás aparecieron tan temibles cometas. ¡Dioses de mi patria, héroes de la tierra, tú, Rómulo, y tú, Vesta, nuestra madre, que guardas el etrusco Tíber y el Palatino de Roma, no impidáis por lo menos que este joven príncipe acuda en auxilio de un mundo desgarrado!»

Y te juro que fue como si estuviera hablando de Cesarión, como si hubiera adivinado milagrosamente nuestra presencia allí y fuera a mirarnos de un momento a otro. Pero no, muy pronto comprendimos a quién se refería.

«Bastante tiempo ha expiado la sangre de nuestra vida el perjurio de Laomedonte en Troya, bastante tiempo las cortes celestiales nos han privado de tu presencia, oh, César, murmurando por lo bajo que prestas atención a los triunfos terrenales...»

Se refería a Octavio; el «joven príncipe» era Octavio, y cada vez que la gente invoca el nombre de César, no se sabe muy bien a cuál de ellos se refiere. El «joven príncipe» ha penetrado en el nombre de tal manera y lo ocupa hasta tal extremo que ahora ambas identidades se han fundido. Fuimos unos insensatos al no habernos dado cuenta enseguida. Ahora ya nadie le llama Octavio. La gente me miraba con el ceño fruncido cuando lo hacía, como si les costara recordar que

ése era su nombre al principio. Ahora es César Y, a veces, «el joven César», para distinguirlo del auténtico. Pero hasta la distinción se está desvaneciendo.

Virgilio terminó diciendo: «Dafnis, ¿por qué contemplas la salida de las viejas constelaciones? ¡Mira! La estrella de César, la semilla de Dione, acaba de aparecer... es la estrella que alegra los campos con el trigo y que colorea la uva en las soleadas colinas.» Tras estas palabras, tocó reverentemente la estrella de plata que brilla en la frente de la estatua.

A continuación se adelantó otro poeta un poco más joven, ya lo conoces, Horacio, el que combatió al lado de Bruto. Él también extendió un rollo y empezó a leer. «Misericordiosa dádiva de un benévolo dios —dijo, dirigiéndose a la estatua—. Hogar de los que carecen de él, preordinado por ti. Último vestigio de la Edad de Oro; último refugio de los buenos y los audaces; de la peste y las tempestades libra, en medio de las olas de Occidente, un secreto santuario.» Que me aspen si sé lo que eso significa, pero todo el mundo manifestó su complacencia con murmullos de aprobación.

Después hubo varias procesiones de sacerdotes, himnos y las inevitables ofrendas de aceite y carne en nombre del dios César. Vi que Cesarión acariciaba el colgante que no se ha quitado desde que salió de Alejandría. Temí que cediera a un repentino impulso y lo depositara al pie de la estatua, pero gracias a Isis —o quizás al propio César— no lo hizo. (Yo hubiera tenido que regresar subrepticamente para recuperarlo. Sé por experiencia que después uno se arrepiente de estos excesivos gestos de sacrificio, cuando ya es demasiado tarde. Quién me diera que alguna buena persona hubiera rectificado algunos de los que yo cometí. Pero así tuvo que ser.)

Estoy cansado. Voy a terminar esta carta. La contemplación de los dioses es tremendamente agotadora. Esta noche me acostaré temprano.

Tu fiel amigo y servidor, Olimpo

Me sentí cansada mientras leía la carta. Todas aquellas ceremonias que habían surgido en torno a César y su santuario... hacían que la cabeza me doliera de sólo pensar en ellas. O quizá lo que me causaba dolor de cabeza era el constante calor. El dios de los vientos los debía de haber encerrado a todos en una bolsa, tal como había hecho con Odiseo. Nada se movía y los barcos no podían zarpar. Sólo la fuerza de los músculos de los remeros podía impulsar los navíos, pero, a pesar de que sus cuerpos estaban brillantes de sudor, eso no bastaba para refrescarlos.

Bajo el ardiente calor del mediodía, el ganado agonizaba, las vacas caían, los cerdos se desplomaban y, en las caballerizas reales, varias hileras de criados abanicaban constantemente a los caballos. Cílaro tenía que sobrevivir para dar la bienvenida a Cesarión cuando éste regresara a casa y también tenían que sobrevivir todos los espléndidos caballos que eran el orgullo del palacio.

Antonio se encargaba de sus asuntos con desgana, pues estaba profundamente abatido. Quería averiguar exactamente qué había ocurrido con Sexto y cómo era posible que se hubiera producido semejante confusión con sus órdenes.

Había mandado decir a Ticio que se reuniera con nosotros en Alejandría mientras él ultimaba los planes de su tardía expedición de castigo contra Armenia.

— Pero eso tendrá que esperar al año que viene —reconoció—. Ahora ya es demasiado tarde.

Se comportaba como si todo le diera igual.

Justo en aquel momento Iras apareció en la puerta con un muchacho indio que prestaba servicio en una de las cámaras.

Años atrás el barco en el que había llegado —junto con los tejidos de seda, el marfil y la madera de sándalo— lo había dejado en tierra y había zarpado sin él. Desde entonces se encargaba de cuidar de las sedas y los bordados del guardarropa real, pues sabía cómo limpiarlos y alisar las arrugas.

— Vimala tiene una idea para refrescar las estancias —dijo Iras, empujándolo hacia delante—. Dice que en su ciudad da resultado.

— Sí, mi señora —intervino el muchacho, moviendo la cabeza arriba y abajo con la misma rapidez que una gallina—, y mi benévolo señor —añadió, volviéndose hacia Antonio sin interrumpir los movimientos.

— Bien, ¿de qué se trata?

Como siguiera moviendo la cabeza de aquel modo acabaría desplomándose al suelo de puro agotamiento.

— Esta puerta abierta —dijo, acercándose a la que daba a la terraza de la azotea— irradia calor como un horno bajo el sol. ¿Sopla el aire por aquí?

— Normalmente sopla la brisa del mar.

— Ah, pues entonces podemos probar lo siguiente. En la India colgamos unas pesadas cuerdas de abalorios en las puertas y echamos agua sobre la cuerda «madre». Desde ésta el agua se transmite a las cuerdas «hijas», y, cuando sopla el viento a través de ellas, el aire se enfría.

Parecía muy sencillo, pero eficaz.

— La estancia se enfría, mi señora, aunque fuera haga un calor sofocante. En la India, todos los días del verano hace mucho más calor que aquí.

— ¡Muy bien pues, estoy dispuesta a probarlo! —le dije. Cualquier sistema que librara mi mente y mi cuerpo de aquella opresión sería bien recibido. Me

notaba los brazos como si los llevara cubiertos de finísimos lienzos empapados en agua caliente. Y en cuanto a tocar a Antonio... la sola idea de una piel caliente contra la mía me resultaba insoportable.

Cuando el chico se retiró, le dije a Iras:

— Puede que se acerque nuestra liberación. Te doy las gracias.

Le entregué la carta a Antonio.

— O sea que Octavio ya no es Octavio. Ha huido de su pedestal pasado — me dijo, tras haber leído la carta en silencio.

— ¿Es lo único que se te ocurre?

¡No era posible que no hubiera comprendido lo que todo aquello significaba!

— ¿Y qué quieres que diga? El nombre con que se haga llamar es asunto suyo. Tiene legalmente derecho a llamarse «César»... pues el propio César lo adoptó.

— Siempre me pareció sospechoso que Octavio no tuviera conocimiento de la adopción. Si César quería adoptarlo, ¿por qué no decírselo?

— ¿Y eso qué más da ahora?

— ¡Simplemente trato de comprenderlo!

— No, tú lo que quieres es que se demuestre que fue un fraude. Pues yo te digo que no lo fue. Lo decía el testamento. Lo vi yo.

— A lo mejor, había otro testamento posterior en el que se nombraba a Cesarión...

— Si lo había, ha desaparecido. Por favor, ya basta. Cesarión tendrá que luchar a brazo partido por cualquier parte de la herencia que le arrebató a Octavio. No puede haber dos Césares.

— Sí, lo sé. —Lo sabía muy bien—. Por lo menos, el viaje a Roma ha servido para que vea lo que ha perdido. Tenías razón al aconsejar que fuera.

Antonio frunció el ceño.

— Yo no aconsejé que se fuera por eso. Pensé que tenía que ir por motivos personales, no políticos.

— Creo que, cuando uno se llama Tolomeo y César, no puede haber ninguna diferencia entre ambas cosas.

A la benignísima y prudente Reina de Egipto, dispensadora de justicia:

Salve. Te saludo y me saludo, pues he estado trabajando mucho, creando falsas narices para hombres que las habían perdido en el campo de batalla — como es natural, no son perfectas, pero sí mejores que un agujero abierto— y he prestado mucha atención a las noticias. Al anoecer suelo acercarme dando un paseo a la colina del Palatino y, mientras la brisa hace susurrar las aplanadas copas de los pinos bajo las sombras del crepúsculo, paso por delante de la casa

de Antonio, miro y observo. Primero, todo está perfectamente ordenado y limpio — sé que te alegrará saberlo— y el jardín ofrece un aspecto muy cuidado. Siempre hay un enjambre de criados yendo de acá para allá. Octavia lo preside todo como una auténtica matrona romana y una vez la vi paseando entre los cipreses por el jardín. Dicen —lo oigo comentar alrededor de las fuentes públicas— que su hermano le ha ordenado que abandone tu casa, imperator, pero que ella insiste en quedarse, señalando que aquélla es su casa como esposa tuya que es. Casi sospecho que Octavio desea que se quede, pues destruye tu fama haciéndose la mártir, la fiel esposa de un hombre traidor y cosas por el estilo... que se entrega generosamente al cuidado de tus hijos, incluso de los que tuviste con su antecesora, Antilo y Yulo, y recibe en la casa a tus amigos senadores. Si Octavio quería manchar tu imagen, imperator, no hubiera podido encontrar mejor medio. También dicen —siempre alrededor de las fuentes, muchas de ellas debidas a la generosidad de Agripa— que Octavio y los suyos están contribuyendo a mejorar la vida de los ciudadanos de Roma mientras su inútil compañero de Triunvirato dilapida su dinero en Oriente con orinales de oro. (Este detalle ha llamado mucho la atención de la gente. ¿Tienes uno? No lo recuerdo.) Hablan también de tablas de escribir con incrustaciones de piedras preciosas, tronos y eunucos.

Dicen que la Reina es una seductora de hombres, cuya única misión en la vida es atrapar a los nobles romanos. Te presentan como una especie de araña sentada en medio de una deslumbradora tela que atrapa a cualquier general romano lo bastante necio como para adentrarse en Oriente. En ningún momento he oído hablar de boda, ni legal ni de otro tipo. Tampoco se habla de la Partia ni de Armenia.

Me alegra poder decir que el latín de Cesarión ha mejorado muchísimo; le oigo hablar por los codos con los vendedores de comida, los ferreteros y los zapateros. En las últimas semanas ha crecido mucho y necesita ropa nueva... que a él le encanta ponerse. Está muy bien disfrazado con su atuendo romano. Me hace gracia verle.

Ya te explicaré en qué consiste la operación de la reconstrucción de la nariz cuando te vea. Es algo muy ingenioso.

¡Quieran los dioses que jamás la necesites!

Tu fiel y atareado Olimpo

Las palabras me azotaron con más fuerza que la bochornosa atmósfera que se respiraba en palacio. ¡Otra vez Octavia! Sí, Olimpo tenía razón... ¡qué

arma tan poderosa en las manos adecuadas! Cuanto más virtuosa fuera ella, tanto peor sería la imagen de Antonio, incapaz de apreciar las cualidades de aquel dechado de virtudes femeninas.

Dejé la carta, enfurecida. ¿Qué podía hacer? ¡Nada! Me retiré a la estancia «refrescada». El invento de Vimala era muy eficaz; cuando la suave brisa pasaba a través de las cuerdas empapadas de agua, un húmedo frescor se extendía por la atmósfera. Fue un alivio poder refugiarme allí. Había ordenado que se colocaran cuerdas similares en otras estancias. Eché un poco de perfume en un pañuelo y me sequé la frente. El aroma —una mezcla de jacinto negro y violeta— me despejó la cabeza. ¿Y si le mostrara la carta a Antonio? ¿De qué serviría, como no fuera para aumentar su deseo de regresar corriendo a Roma? No, hubiera sido inútil. La guardé en un lugar donde él no pudiera encontrarla.

A la Reina:

Me tiembla todavía la mano y apenas puedo escribir. Pero tengo que hacerlo. ¿Empiezo por el final y retrocedo, o lo cuento todo en orden? Mejor en orden, creo. Para restaurar el orden, uno tiene que imponérselo.

Bien pues. Era un hermoso anochecer estival, de esos que disfrutamos todas las noches. Las multitudes de los Ludi Apollinares y del aniversario del Divus Julius ya se habían retirado, y la ciudad había vuelto a la normalidad. Siempre se respira una sensación de alivio cuando terminan los festejos y tanto los comerciantes como la gente de la calle parecían muy animados. El pueblo paseaba por las calles, holgazaneaba en las tabernas y bajaba a la orilla del río o se iba a los jardines públicos. Mientras Cesarión y yo subíamos a nuestra vivienda del tercer piso, no pude por menos que experimentar una punzada de exasperación por no poder participar en las diversiones callejeras. ¡Pero te había prometido evitar que tu apreciado hijo se viera envuelto en complicaciones! Por consiguiente, subimos a nuestra vivienda donde sólo nos esperaban un poco de vino barato, una fruta excesivamente madura y unos libros aburridos. Aunque fuera había bastante luz, dentro de las casas estaba muy oscuro. Encendí tres lámparas de aceite —incluida la de Sexto; es curioso que uno recuerde estos detalles— y me dispuse a pasar una tranquila velada.

Tenía que estudiar unos escritos de medicina y Cesarión practicaría las declinaciones latinas. La velada prometía tan pocas emociones como una vigilia en un cementerio o quizá todavía menos, a decir verdad, pues ni siquiera nos podríamos entretener con los fantasmas.

Mientras permanecíamos tranquilamente sentados, oí una llamada a la puerta y contesté imprudentemente: «Adelante.» Uno acaba conociendo a los vecinos en estas casas donde todo el mundo vive tan apretujado.

Conocía muy bien a Cayo el carnicero, a Marco el tahonero y sólo Zeus sabe a cuántos más. Me quedé petrificado cuando levanté la vista y vi entrar a Octavio.

Sabía que era él. ¿Quién sino él podía guardar un parecido tan asombroso con todas las estatuas? O más bien debería decir una versión de las estatuas. Aunque en las estatuas es el hombre más bello de toda la creación, en la realidad no lo es, pero es muy bien parecido, te lo aseguro. Y hay que reconocer que las estatuas reproducen fielmente sus rasgos individuales: las pequeñas orejas un poco bajas y el rostro triangular. Por eso lo reconocí.

Me quedé casi sin habla y tú sabes muy bien que tal cosa no me suele ocurrir.

— Buenas noches, Olimpo —me dijo, dejándome estupefacto. Después se volvió hacia Cesarión, que le estaba mirando fijamente, y lo saludó con una inclinación de cabeza sin llamarle por ningún nombre. Miró a su alrededor con expresión despectiva como si dijera «¿Es éste vuestro disfraz?» Pero lo transmitió sin palabras, por medio de la mirada.

Sus ojos eran de un claro gris azulado y absolutamente inexpresivos. En mi vida he visto una criatura con unos ojos así; ni siquiera en el rostro de los soldados muertos, pues aún conservan los vestigios de la vida y parece que nos miran.

— Buenas noches, triunviro —le dijo mi voz—. Qué hermosa noche, ¿verdad? ¿Qué te trae por aquí? Creía que estabas ocupado en Iliria. —No sé si lo dije con el aplomo suficiente. Quería igualar su serenidad. Que pensara que lo estaba esperando—. ¿Has tenido dificultades en localizarnos?

— Ninguna. —Esbozó un amago de sonrisa.

— Bien, dicen que tienes un sistema de espionaje muy competente. Lo debes de necesitar, teniendo tantos enemigos.

Cesarión se había levantado de su asiento. Me complace informarte de que su estatura casi alcanza la del Hijo de Dios. Pues sí, porque ahora también había sido proclamado Hijo de Dios. ¡Qué celestial compañía!

Octavio se volvió a mirarle todavía con una hipócrita sonrisa en los labios.

— Bienvenido a Roma, Majestad —le dijo—. Hace mucho tiempo que no te veía, unos nueve o diez años, creo. Me lo hubieras tenido que notificar, para que yo te recibiera oficialmente.

— No queríamos molestarte, triunviro, pues estabas ocupado luchando contra los enemigos de Roma —contestó Cesarión, cuya rápida respuesta me impresionó—. Hubiera sido un abuso.

— ¡Tonterías! —dijo Octavio—. Me ofendes si piensas eso.

— No pretendía ofenderte, triunviro —respondió Cesarión.

Ambos se miraron con expresión inquisitiva.

Al final, Octavio rompió el silencio.

— Sin embargo me ofendes al entrar subrepticamente en mi ciudad, bajo el nombre de mi familia y afirmando ser el hijo de mi padre. —Estaba mirando fijamente el medallón con el emblema de César, muy visible alrededor del cuello del muchacho.

— La ciudad de Roma no te pertenece, el propio César me autorizó a usar su nombre y, además, no es tu padre sino tu tío abuelo —replicó Cesarión.

— Tío abuelo por nacimiento y padre por adopción —dijo Octavio—. Por lo menos, tengo su misma sangre, cosa que no puedes decir tú. Todo el mundo sabe que eres un bastardo de padre desconocido. Si la Reina te ha dicho otra cosa, te ha hecho mucho daño.

— ¡Ahora eres tú quien insulta a mi madre! —exclamó Cesarión, enfurecido—. Ella no miente.

— Mintió a César, haciéndole creer que esperaba un hijo suyo cuando todo el mundo sabía que César era incapaz de engendrar hijos.

— Perdona, triunviro —tercié yo—, pero como médico no puedo estar de acuerdo contigo. César tuvo una hija llamada Julia.

— Sí, nacida treinta años antes que este... muchacho.

— ¿Y eso qué demuestra? Puede que sus mujeres no fueran fértiles.

— ¿Las tres?

— Cornelia tuvo a Julia y, en cuanto a las otras dos... se divorció de Pompeya por presunta infidelidad y Calpurnia casi no tuvo tiempo de estar con él. Eso no es una prueba fehaciente. —¡De esas cosas yo sabía mucho más que Octavio!—. Y César no era tonto; no se le hubiera podido engañar tan fácilmente. Al fin y al cabo, él sabía dónde había estado y cuándo... —¡Lamenté tener que decir aquellas cosas delante del chico!

Octavio soltó un resoplido y las delicadas ventanas de su nariz se ensancharon ligeramente.

— Te ordeno que dejes de usar el nombre de César —exigió fríamente—. No tienes ningún derecho legal a hacerlo.

— Pues entonces, ¿por qué me reconociste cogobernante junto con mi madre hace ocho años? —preguntó Cesarión, echando rápidamente mano de un legalismo.

Octavio se desconcertó por un instante.

— Esa decisión no la tomé yo, sino los triunviro Antonio y Lépido, quienes insistieron en ello como una concesión a la Reina de Egipto para impedir que enviara barcos y ayuda a los asesinos en Asia.

— ¡Ahora vuelves a insultar a mi madre la Reina! ¡Como si ella hubiera enviado alguna vez ayuda a Casio y a Bruto! ¡No, me reconocisteis con este nombre porque sabíais que era verdad! ¡Es ahora cuando tratas de anularlo y usurpar mi legado!

Cuanto más se acaloraba Cesarión, tanto más parecía tranquilizarse Octavio.

— O sea, que lo reconoces. ¡Pretendes apoderarte de tu presunta herencia romana y subvertir el orden legal romano! Hay unas palabras para designar a la gente como tú; impostores, bastardos y revolucionarios. Según el derecho romano, soy el hijo de César y heredo su nombre y sus propiedades. Sólo conquistando Roma y destruyendo el Senado y a los jueces podrás desbancarme.

Me pareció que iba a decir «derrocarme», pero se corrigió a tiempo.

— Eres tú quien tuerce la ley y me priva de lo que por derecho me pertenece —insistió Cesarión.

Me enorgullecí al ver que no se dejaba avasallar.

— ¡Ya basta! —le dijo Octavio sin apenas levantar la voz—. Vuelve a Egipto. Dile a la Reina que abandone sus sueños de conquistar Roma y que libere al triunviro Antonio de sus ataduras. Está loca si sueña con el imperio. ¡Pero aquí no gobernará! ¡Y tú no eres el hijo de César! Dile todo eso y adviértele de que no se acerque a mi país. ¡No vuelvas a insultarme jamás presentándote aquí de esta manera! —Miró a su alrededor con los ojos entornados—. ¡Qué espectáculo tan lamentable!

— ¿Conque éste es tu país? —preguntó Cesarión—. Yo creía que el triunviro Antonio también lo consideraba su hogar.

— Cuando esté preparado para abandonar Oriente, con sus concubinas, sus eunucos y sus borracheras, que regrese y volverá a ser romano.

— Me temo que has sido víctima de las historias que tú mismo te has inventado, triunviro —intervine—. Tú divulgaste todo eso de las concubinas, los eunucos y las borracheras. Ven a visitarnos y verás con tus propios ojos la vida que lleva.

— ¡Nunca! —contestó como si lo hubieran invitado a visitar un nido de víboras.

— ¿Temes que la Reina de Oriente te embruje? —pregunté, sin poder evitar burlarme de él, por más que la situación no tuviera la menor gracia. Las historias que se había inventado circulaban por todas partes.

— No podría embrujarme —contestó—. Sería imposible. ¡Y ahora os ordeno que os vayáis! Tengo que regresar a Iliria y no deseo que os quedéis aquí.

— O sea, que nos has hecho el honor de viajar desde la frontera para hacernos una visita informal —comenté—. ¡Un viaje tan largo para tan breve entrevista!

— Ha sido lo bastante larga como para decir lo que había que decir y para

que yo viera lo que tenía que ver —contestó, dando media vuelta para retirarse.

— Y nuestro viaje, que fue todavía más largo, también ha contestado a las preguntas —replicó Cesarión.

— Adiós —dijo Octavio—. Espero no volver a verte.

Se retiró con tal rapidez que fue como si se hubiera desvanecido. Le seguí hasta la puerta, pero solamente vi la oscuridad del rellano.

— ¡Oh, dioses! —exclamó Cesarión, más pálido que un fantasma—. ¿Ha sido una visión?

— Pues te las has arreglado muy bien para enfrentarte con semejante aparición —le felicite—. El mismísimo César no lo hubiera hecho mejor. Has demostrado ser digno hijo de él.

Y eso es exactamente lo que ocurrió hace apenas una hora.

Tu leal, casi mudo y trastornado médico Olimpo

Recibí la carta no mucho después de haber sido escrita; la suerte me la envió a la mayor brevedad. Alejandría estaba casi paralizada por los efectos del estupor y la debilidad de las altas temperaturas estivales, pero la carta me sacudió como una ráfaga de viento invernal contra el cuerpo de un hombre desnudo. Empecé a pasear por la estancia en la que apenas unos momentos antes había estado lánguidamente recostada sobre unos almohadones, demasiado debilitada como para moverme. ¡Octavio! ¡Octavio se había abatido sobre mi hijo como un ave de presa! Debía de estar acechando, o acaso tenía espías en todas las casas y en todos los rincones. Pero aunque así hubiera sido, ¿cómo se habían enterado de dónde estaban Olimpo y Cesarión? Roma tenía casi un millón de habitantes, casi todos ellos pobres y apretujados en lugares como la Suburra. ¿Cómo era posible que dos personas como ellos llamaran la atención de Octavio?

Y su manera de presentarse y desaparecer... era casi sobrenatural. ¿Cómo había podido su barco navegar tan rápido por mares sin viento y cómo había podido él entrar en Roma en secreto?

Un hombre como él no hubiera tenido la menor dificultad en ordenar un asesinato furtivo. ¿Correría peligro la vida de Cesarión? Volví a leer la carta y la siniestra frase «Tengo que regresar a Iliria y no quiero que os quedéis aquí». Si Olimpo y Cesarión no cumplieran inmediatamente la orden, ¿enviaría a sus sicarios para que acabaran con ellos?

— ¡Antonio!

Corrí a sus aposentos con la carta en la mano. Esperaba encontrarle sentado junto a su mesa de trabajo, estudiando documentos. Pero la mesa cubierta de rollos, libros mayores e informes estaba abandonada. Le encontré en una de las estancias contiguas, dormitando sobre unos almohadones. Un pie le colgaba hacia un lado y el otro lo tenía apoyado sobre un cojín. Lo estaba

abanicando un aburrido criado cuya respiración parecía seguir el compás de los movimientos del cálido aire.

— ¡Despierta! —le dije, sacudiéndolo por los hombros. Estaba deseando contarle la horrible noticia—. ¡Vete! —le dije al criado, dejó con un suspiro de alivio el abanico de largo mango y se retiró.

— Ah...

Antonio abrió lentamente los ojos y trató de orientarse. Se encontraba en aquella fase de sueño profundo que a veces se apodera de nosotros durante el día.

«Date prisa, date prisa —pensé—, ¡te necesito!»

Necesitaba que leyera la carta para que me convenciera, con su serenidad acostumbrada, de que aquello no era lo que parecía o no era tan grave o... a menudo me atacaba los nervios su tranquilidad en situaciones que yo consideraba vitales o evidentes, pero ahora aquel rasgo de su carácter me sería muy necesario.

— ¿Qué es? —preguntó finalmente.

Hablaba con voz pastosa y tenía la mirada perdida. Le froté los ojos.

— He... se ha recibido una carta. ¡Una carta terrible!

Se la deposité en las manos antes de que tuviera tiempo de incorporarse. Me miró perplejo.

— ¡Bueno, léela de una vez! —le dije a gritos.

Se incorporó y apoyó los pies en el suelo. Medio atontado todavía, sostuvo la carta ante sus ojos y la leyó. Estudié atentamente su rostro, que permanecía impassible.

Sus ojos regresaron al principio para releer la carta. Ya estaba completamente despierto. Vi en su rostro una expresión resignada, algo a medio camino entre la repugnancia y un deseo de prepararse para lo peor.

— Lo siento —fue lo único que dijo, volviéndose a recostar sobre los almohadones. Con el tono que utilizó al pronunciar aquellas dos palabras consiguió transmitirme su pesar y su profunda preocupación por la situación a que nos enfrentábamos.

Me encontré de pronto entre sus brazos con el rostro apoyado en su hombro, preguntándome cómo era posible que eso me consolara siendo así que las palabras no podían. Me puse a llorar como una niña mientras él me abrazaba. Los sollozos me desgarraban el pecho mientras yo me aferraba a él y pensaba con asombro que, a lo mejor, en el fondo el matrimonio era eso: tener a alguien a quien aferrarse cuando falla todo lo demás, alguien cuyo solo contacto es capaz de aliviar el dolor. En los momentos en que regresamos a la infancia y lloramos y luchamos contra las pesadillas, esta persona está a nuestro lado como un adulto y nos enjuga las lágrimas.

Mi llanto le había empapado el hombro de la túnica y sólo cuando cesaron mis sollozos se lo alisé, pidiéndole disculpas con la mirada.

— Te la he estropeado —dije, sintiéndome estúpida.

Los hilos de oro estaban retorcidos y rotos en los lugares donde yo los había estrujado, y la sal de mis lágrimas había desteñido el tinte confiriéndole un color blanquecino.

— No te preocupes —me tranquilizó—. Ha sido para un buen uso. —Me apartó el cabello del rostro y de la garganta, donde se me había pegado a la piel húmeda de lágrimas—. Bueno —añadió, alisándomelo como si yo fuera una niña. No tardaría en preguntarme si quería un dulce.

»Toma —dijo, ofreciéndome una bandeja de higos.

Me reí.

— No, gracias.

Me rodeó los hombros con su brazo.

— Creo que nunca te había visto llorar —comentó—. Por lo menos, delante de la gente. Se considera poco regio.

— Intento no hacerlo —admití.

Sí, debía de referirse a eso. En algún momento y en algún lugar debía de haber bajado la guardia en su presencia como jamás había hecho ante nadie. Y ahora ya no podía echarme atrás.

— Sí, he aprendido a confiar en ti —confesé.

— Eres como un animal salvaje que ha tardado mucho tiempo en comer de mi mano. Pero siempre estás preparada para huir en caso de que yo haga algún movimiento alarmante.

— Ya no —dije, secándome el rostro con las yemas de los dedos. Era cierto... la huida estaba descartada. Estábamos juntos y no con carácter condicional.

— Se me alegra el corazón —dijo, rodeándome los hombros con más fuerza—. En cuanto a la carta... te confieso que es preocupante. Pero, en cierto modo, también es liberadora.

— ¿Y eso por qué?

— Porque, al final, hemos obligado a Octavio a definirse —contestó Antonio—, a revelar su deseo de ser César y su determinación de acabar con los rivales. Y nos ha revelado quién es su rival. No somos ni tú ni yo. Es Cesarión.

Pensé que, en el fondo, era una victoria. Como las criaturas que se esconden a la sombra de una roca. Octavio quería mantener sus propósitos en secreto. Huía de la luz del sol que podía dejar al descubierto sus movimientos. Pero por fin lo habíamos obligado a salir de su escondrijo.

Pero era un pobre consuelo cuando yo temía por la seguridad de Cesarión.

Los disfraces... Cesarión había obligado a Octavio a quitarse el suyo.

EL SÉPTIMO ROLLO

EN mi extraña vida, interpretaba muchos papeles. Era Isis, la hija de Ra; era una Lágida, perteneciente a la más intrigante de todas las casas reinantes; era la reina de Egipto, era la madre del siguiente faraón, la esposa de un triunviro romano, la viuda de César y la implacable enemiga de Octavio. No comprendía cómo era posible que el destino me hubiera impuesto tantos papeles. Y aún entendía menos que pudiera interpretarlos todos por separado, tal como efectivamente estaba haciendo.

Mis hijos estaban todos a salvo en Alejandría. Cesarión había regresado de Roma, huyendo de cualquier acción malévolas que Octavio pudiera haber tramado contra él. Antonio había lanzado su repetidamente aplazada campaña de castigo contra Armenia y había regresado victorioso de la empresa. Había movilizado dieciséis legiones. Por si fuera poco, el rey medo, tras haber cambiado de bando por milésima vez, se había adherido a nuestra causa: había ofrecido en matrimonio su única hija a nuestro hijo Alejandro y lo había nombrado heredero del trono. Incluso había dejado en libertad al rey Polemón del Ponto, hecho prisionero después de la campaña persa, y éste se había unido incondicionalmente a nosotros. Esta vez no se habían producido sorpresas y yo no tenía ninguna preocupación. Antonio había dirigido una campaña cuyo resultado era previsible. Todo el poderío de Oriente estaba dirigido contra Armenia. ¿De qué otra manera hubiera podido finalizar la campaña sino con Artabaces encadenado y convertido en prisionero real?

La única novedad consistía en las cadenas de plata que lo aherrojaban. Eso y el repentino deseo de Antonio de celebrar su victoria en Alejandría. Roma había guardado silencio con respecto a él, a pesar del orgulloso anuncio de su conquista enviado a toda prisa a Roma. No se organizaron festejos ni celebraciones, no se decretaron días de acción de gracias en su honor en la capital.

— Es como si... como si ya no me consideraran romano —dijo. Por su tono de voz no supe si estaba ofendido o trastornado; puede que un poco de las dos cosas.

— Estoy segura de que tus partidarios en el Senado lo estarán celebrando —le dije.

— No, mis enemigos lo acallan todo.

— No se puede acallar.

— Me tendrían que organizar un Triunfo —dijo—. ¡Me lo he ganado! ¿Cómo se atreven a no hacerlo?

Jamás se había organizado un Triunfo en su honor, aunque sí en honor de su abuelo en los días en que no era fácil conseguirlo. Pero los Triunfos estaban

destinados a celebrar las victorias sobre enemigos extranjeros y Antonio había alcanzado sus mayores éxitos en las guerras civiles. Había sido aclamado tres veces como imperator, pero por sus actuaciones contra Pompeyo y contra Bruto y Casio, y sólo al final por las que había emprendido contra los partos. A él y a su general Baso les habían prometido la celebración de unos Triunfos por sus victorias contra los partos que previamente habían invadido territorio romano en Siria; Baso había regresado a Roma para celebrar el suyo, pero Antonio había decidido dejarlo para más tarde.

— Sí, ya lo sé.

Que un general romano de su categoría jamás hubiera celebrado un Triunfo suponía un gran vacío que él estaba deseando llenar; quería que le reconocieran los méritos.

Quería recorrer las calles en un carro, ser aclamado, llevar a los prisioneros encadenados a su espalda, oír los enfervorizados gritos de la multitud.

— ¡Me lo voy a organizar yo mismo! —resolvió de repente.

¡Oh, Isis! ¿Ir a Roma? El corazón me dio un vuelco en el pecho. Le debían dos: el que tenía que compartir con Baso y ahora el de su victoria sobre los armenios.

— ¡Lo celebraré aquí, en Alejandría! —añadió—. ¿Qué magia especial tiene Roma? ¿A quién tengo que ofrecerle los despojos? ¿Acaso no es a ti, Reina mía? He combatido a pesar de Roma, a pesar de que no me enviaron soldados, sólo con mis soldados orientales y los restos de mis antiguas legiones. ¿Por qué no aquí?

Lo estaba deseando con toda su alma. Pero un Triunfo fuera de Roma no era tal, pues se trataba de un honor exclusivamente relacionado con Roma, algo que concedía el Senado. Los despojos se tenían que depositar al pie de la estatua del dios romano Júpiter Máximo en su templo de la colina del Capitolio.

— Puedes celebrar tu victoria aquí —le dijo—. Pero no será un verdadero Triunfo. Eso sólo te lo puede otorgar el Senado de Roma. Sin embargo, no cabe duda de que Alejandría sería un hermoso escenario para un desfile victorioso.

Estaba sentada en un trono dorado sobre una tribuna plateada en las gradas del templo de Serapis. Había accedido a los deseos de Antonio y había ordenado que Alejandría se engalanara para la celebración. Mi corazón sufría por él, despreciado en su tierra natal. Bueno, ya llegaría el día en que lo recibirían. ¡Y entonces no sólo lo recibirían sino que, además, se inclinarían en reverencia y le rendirían homenaje! ¡Sí, llegaría el día! ¡Y mucho antes de lo que ellos pensaban!

El desfile había empezado en el palacio a primera hora de la mañana y aún estaba recorriendo las calles, pasando por el puerto y por delante del templo de Neptuno y por la ancha y blanca avenida de Canopo para que todo el mundo lo pudiera ver. Después bajaría hacia la colina de Pan, donde giraría al oeste, pasaría por el impresionante cruce de la calle del Soma y el Camino Canópico, rendiría homenaje a la tumba donde descansaba el cuerpo de Alejandro y el

Mausoleo de los Lágidas y seguiría hacia el Gymnasion y los tribunales, donde, a ambos lados de la calle, la muchedumbre se apretujaría en las columnatas. Las ventanas y la escalinata del Museion estarían llenas de estudiosos y de alumnos, todos ellos tan deseosos de presenciar el desfile como los demás ciudadanos. Y, finalmente, Antonio llegaría al lugar donde yo lo esperaba, en el templo de Serapis, junto a todos los miembros de mi corte que aguardaban en la escalinata del impresionante edificio.

Oía los lejanos gritos de la muchedumbre. Todos los barrios de la ciudad aclamaban el paso de los soldados, los prisioneros, los carros y el botín de la guerra. Contemplé a mis hijos, extendidos a mi alrededor como unas alas, estirando el cuello y forzando la vista en espera de que apareciera el cortejo. Era un espectáculo al que los niños de Roma estaban muy acostumbrados. Recordé la muchedumbre que asistía a los de César... ¡si Octavio pudiera verlo ahora! Alejandro y Selene vestían a la griega y el nervioso Alejandro estaba golpeando con sus sandalias los peldaños de plata de su asiento de ceremonia. Yo iba vestida de diosa tal como correspondía a una ceremonia en el templo de Serapis y el santuario de Isis. Para todas las personas congregadas allí aquel día, yo era su símbolo viviente, la representante en la tierra de Isis. La túnica bordada con hilo de plata que me cubría los hombros y el pecho como escarceos de agua estaba anudada con un voluminoso nudo sobre mi pecho, el emblemático nudo de Isis. Lucía, además, una pesada peluca con unas largas trenzas adornadas con hilos de plata que centelleaban bajo el sol.

Desde mi ventajosa posición en la colina veía la multitud que se apretujaba a ambos lados como si se tratara de una alfombra. Cada mancha de cabello negro, cada túnica roja, cada capa amarilla contribuía a crear un dibujo mucho más complejo que los de los tejidos de Arabia. Y, detrás del gentío, en la distancia, el intenso azul del mar formando una frontera.

¡Mi alfombra! ¡Mi pueblo! Mi Alejandría... una ciudad que no tenía igual en la tierra, un vanado y soberbio conjunto, un nuevo cielo, un nuevo reino. Lo más destacado de la visión que Antonio y yo teníamos de nuestro imperio... o, mejor dicho, que yo tenía y Antonio comprendía.

Ahora ya los veíamos. Un murmullo rasgó el aire. Los escudos de los soldados brillaban bajo el sol como si hicieran señales. Los tambores y las flautas seguían el ritmo de su marcha, el rumor de sus sandalias claveteadas resonaba sobre las baldosas de la calle.

Primero marchaba la Guardia Macedonia, mi tradicional guardia personal. Ellos y sólo ellos lucían la letra C en sus escudos. Las dos legiones romanas que marchaban detrás de ellos no la lucían... ¡por mucho que así se dijera en las mentiras que más tarde se contaron! Sólo llevaban sus habituales escudos redondos cubiertos de cuero sin ninguna inscripción.

Antonio los seguía en un carro dorado tirado por cuatro caballos blancos, como en los Triunfos romanos. Pero en lugar de llevar la capa púrpura de general, la corona de laurel y el cetro, Antonio lucía una corona de hojas de vid, una cegadora y resplandeciente túnica dorada y el tirso de Dioniso en la mano. Era

Dioniso el que ofrecería el botín a Isis. Su bronceado rostro brillaba bajo el sol y sus labios sonreían en respuesta a las aclamaciones de la multitud. Yo sabía lo mucho que las necesitaba, pues eran un bálsamo para él. Siempre había sido un leal lugarteniente que cumplía con gran valentía las misiones que le encomendaban, pero jamás le habían dedicado vítores exclusivamente a él. Ahora se los dedicaban y yo hubiera deseado poder ampliarlos hasta que en todos los edificios resonaran como ensordecedoras campanas.

Detrás del carro de Antonio, erguido y orgulloso a pesar de las gruesas cadenas, caminaba el rey Artabaces con su esposa y varios de sus hijos. Estaban cubiertos de polvo, agobiados de calor y parecían muy cansados después de su largo camino entre las burlas y los hostiles gritos de la muchedumbre.

Miré enfurecida al rey. Por su culpa, cuarenta y dos mil hombres habían perdido la vida. Aunque lo hubieran cortado en cuarenta y dos mil pedazos, no hubiera pagado su culpa. Una muerte jamás podría compensar todas las muertes que él había provocado. Se detuvo al pie de las gradas del templo mientras el largo cortejo proseguía su marcha y ocupaba finalmente posiciones en la gran explanada que rodeaba el templo. Pasó un grupo de desventurados prisioneros armenios, gente del pueblo y esclavos capturados. Después pasaron los carros cargados con el botín. Armenia era —¡había sido!— muy rica en oro. Pero ya no. Ahora estaba todo en aquellos carros.

Los carros. ¿Cuántos había? ¿Veinte? ¿Treinta? Pero ¿cuántos carros transportaban el equipaje romano? ¿Trescientos? Ni siquiera treinta carros cargados de oro podrían compensar la pérdida de aquellos carros de apoyo tan necesarios. Cuando se produce un hecho grave, parece que nada logra compensarlo. La muerte de los asesinos era necesaria, pero no borró el asesinato de César. Y todo aquello tampoco borraría la devastación provocada por la despreciable conducta de Artabaces.

Los reyes clientes habían enviado representantes con coronas de oro para el vencedor. Allí estaban todos ellos vestidos con sus atuendos nacionales, los representantes de Capadocia, el Ponto, Licia, Galacia, Paflagonia, Tracia, Mauritania, Judea, Comagene.

Otra legión romana, la caballería gala, un contingente egipcio, unos arqueros medos montados y la caballería ligera del Ponto cerraban el cortejo.

Antonio bajó del carro con la capa dorada volando a su espalda. Lentamente se acercó a Artabaces, pasó por delante de él y ascendió por las gradas del templo hasta el lugar donde nosotros lo esperábamos. Los soldados romanos empujaron a Artabaces para que subiera detrás de Antonio y el prisionero obedeció, arrastrando lentamente los pies encadenados. El sol arrancaba destellos de la cabeza de Antonio cuyo espeso cabello negro se ensortijaba alrededor de la corona de hojas de vid, verde sobre negro. Sonreía y parecía plenamente satisfecho de todos los acontecimientos de aquel día.

— Reina de Egipto, Hija de Isis. Amiga y Aliada de Roma —gritó mientras su célebre voz de orador resonaba por todo el espacio que lo rodeaba, tan dulce a los oídos como su capa dorada a los ojos—. Hoy te presento a este nobilísimo

prisionero, un rey que ahora lamenta su traición y desea saludarte.

Los soldados empujaron a Artabaces hacia delante con sus lanzas y éste subió un peldaño. Sus líquidos ojos se clavaron en los míos.

Hubiera tenido que caer de rodillas y hacerme una reverencia... o, por lo menos, saludarme con todos mis títulos y pedirme perdón por su delito. Pero mantuvo la boca cerrada.

— Saluda a la Reina, a la Nobilísima Majestad, Faraona de Egipto y de todas sus tierras y sus territorios.

El rey se mantuvo en silencio, la cabeza erguida y los hombros echados hacia atrás.

— Rey Artabaces —dijo Antonio—, tienes que saludar a la Reina que ahora es la dueña de tu vida, tal como lo soy yo.

El tono de su voz se había endurecido.

El monarca armenio permaneció inmóvil en muda actitud de desafío.

— ¡Habla! —le ordenó Antonio.

Los soldados desenvainaron sus cortos puñales y los empujaron contra las costillas de Artabaces. Vi cómo se hundía la túnica. Bastaría un movimiento para que las puntas de los puñales atravesaran el tejido. Su sola respiración dejaría la señal de un pinchazo.

— Salve, Cleopatra —dijo con sonora voz.

Se oyó un descomunal jadeo. ¡Llamarme por mi nombre y sin ningún título en un acto público! ¡Él, que era un enemigo! Verdaderamente aquel hombre era un insolente, orgulloso e insensato más allá de toda razón. Bien estaba que hubiera perdido el trono; Armenia se merecía un monarca mejor.

— Salve, Cleopatra —repitió, levantando un poco más la voz. Arrastró tanto las sílabas que, al final, la palabra fue casi tan larga como todo el perdido convoy de los carros del equipaje.

— Salve, conquistado traidor —le contesté.

Quería superar su ofensa, evitando usar su nombre; quería convertirlo en una cosa. Asentí con la cabeza y Antonio indicó por señas que se lo llevaran. Los dos soldados obedecieron, sujetándolo por los hombros y llevándolo casi a rastras por las gradas.

¿Creía acaso, sabiendo que los prisioneros eran tradicionalmente ejecutados inmediatamente después del Triunfo, que aquéllas serían recordadas como sus últimas palabras? ¿Y que le otorgarían fama imperecedera?

Antonio se volvió para entrar en el templo y ofrecer el sacrificio a Serapis. Los sacerdotes se congregaron a su alrededor en las gradas y empezaron a agitar los sistros, cuyo sibilante matraqueo se difundió inmediatamente por el aire. Antonio desapareció en la oscuridad del templo y su dorada capa fue devorada por las tinieblas que llenaban el interior del edificio incluso en los días más claros.

Acto seguido se iniciaron los festejos destinados al pueblo de Alejandría; al igual que en Roma, se colocaron mesas por toda la ciudad y el público fue invitado a servirse carne, pasteles e interminables ríos de vino, todo por cuenta de palacio. Antonio salió con sus soldados para presidir las mesas de los legionarios. Después recorrió toda la ciudad, mezclándose con la gente y participando de su alegría. ¿Hubiera hecho menos Dioniso?

Yo permanecí en palacio, disfrutando de los manjares que llenaban las mesas colocadas en el jardín. Los sirvientes de mi casa, los funcionarios y los amigos paseaban bajo los árboles iluminados, bebiendo y cantando, aunque de una manera más decorosa que la muchedumbre que llenaba las calles de Alejandría.

Ya estaba clareando cuando Antonio regresó. Rebosaba de júbilo, pero no parecía cansado ni se tambaleaba al caminar. Se había quitado la capa y su túnica aparecía arrugada y manchada de sudor. Alrededor del cuello le habían colgado guirnaldas de flores y collares de hierba. Lo habían saludado, vitoreado, festejado y adorado y ahora la emoción le teñía las mejillas del mismo color rosado que estaba empezando a despuntar por el este. Corrió por la hierba y, cual si fuera el joven oficial de caballería que todavía llevaba dentro, me levantó en brazos y empezó a dar vertiginosas vueltas conmigo, riéndose a carcajadas mientras yo le miraba, aturdida.

— ¡Ven! —Me tomó de la mano y me hizo subir corriendo las gradas del templo de Isis que se levantaba casi a la orilla del mar—. Vamos a contemplar la salida del sol desde aquí arriba. Esta jornada no terminará hasta que el sol vuelva a salir.

Seis días después, ataviada de nuevo como Isis, volví a sentarme en un trono dorado instalado sobre una tribuna de plata. Me acompañaban mis hijos y Antonio presidía la ceremonia, pero qué distintos serían el ritual y la intención. La ceremonia marcaría la declaración y el nacimiento de nuestro imperio oriental. La víspera, unos tres días después de la celebración del Triunfo, le habíamos dado los últimos toques. Mientras los obreros limpiaban las calles, numerosos carros abandonaban la ciudad llenos a rebosar de los desperdicios de los festejos. Yo no quería que los perros y los cuervos rebuscaran entre la basura. Juntos habíamos decidido no ejecutar a Artabaces sino mantenerlo en prisión. Deseábamos que aquel Triunfo —o festejo dionisiaco— proclamara el abismo que nos separaba de su versión romana. Nuestro gobierno no sería tan cruel.

— Aunque se ha desarrollado de forma distinta y no ha sido, estrictamente hablando, un auténtico Triunfo, los romanos se pondrán furiosos cuando se enteren —le dije a Antonio.

— No me importa —respondió, encogiéndose de hombros. Su mano buscó un almohadón en el que apoyarse.

— Pues yo creo que sí te importa —repliqué—. Tú no tienes por costumbre provocar deliberadamente el enfado de los demás. —Hice una pausa—. Tuviste la astucia de hacerlo lo bastante distinto de un Triunfo romano como para, en caso necesario, poder decir que no tenías la intención de celebrar tal cosa. Al fin y al

cabo, ibas vestido de Dioniso y no de general romano; por consiguiente, ¿cómo podría alguien pensar que...?

— No fue tan deliberado —dijo él—. Lo que ocurre es que... aquí yo soy Dioniso de la misma manera que tú eres Afrodita, por lo menos para los griegos. Para los egipcios soy Osiris tal como tú eres Isis. En Roma no saben nada de todo eso. Tal vez convendría...

Su voz se perdió sin terminar la frase.

Poco a poco, Antonio se había ido conviniendo en un «dios» oriental. Todo había empezado cuando, por primera vez, había sido aclamado como tal en Éfeso, después de la batalla de Filipos. Más adelante se había disfrazado de Dioniso en Tarso y posteriormente, en Atenas, él y Octavia habían sido proclamados «dioses de las Buenas Obras» y él había sido nombrado «nuevo Dioniso». Para conmemorarlo, había acuñado unas monedas en las que aparecía representado como Dioniso. Finalmente había permitido que lo proclamaran Dioniso en todas las ciudades de Oriente. El paso definitivo después de nuestra boda había sido convertirse en objeto de adoración en todo Egipto como Dioniso—Osiris al lado de Afrodita—Isis.

— Has superado a Octavio —le dije en broma—. ¡Pues él sólo es hijo de un dios!

Tal como siempre ocurría cuando oía mencionar el nombre de Octavio, aunque fuera en broma, el rostro de Antonio se ensombreció.

— ¡No tengo la menor intención de competir con él por unos títulos divinos! —contestó desdeñosamente... tan desdeñosamente como un dios.

— Ahora que has entrado en la divinidad, creo que se te debería erigir un templo —sugerí.

— No digas disparates —contestó.

— En serio. César tiene uno y tú también deberías tenerlo. Octavio está construyendo un templo en honor de su nuevo protector Apolo justo al lado de su casa. Qué descaro. Es lo que ahora causa furor. Tú también debes tener el tuyo.

— Tonterías.

— Construiré en tu honor un templo orientado hacia el puerto. Se llamará el Antoneum. O tal vez la Basílica del Divino Antonio... *Divus Antonius*.

— Haz lo que quieras —dijo, riéndose.

Pero yo comprendí que la idea le gustaba. Raro es el ser humano que no se complace en recibir honores, especialmente algo tan tangible como una estatua o un edificio.

— Aquí en Oriente se tributan honores divinos a cualquier autoridad, incluso a los magistrados de la ciudad. Claro que eso no equivale a ser un dios. Pompeyo era saludado como dios y su cliente Teófanos había recibido el título de «salvador y benefactor».

— Pero no podemos esperar que en Roma entiendan estas sutiles diferencias —dijo Antonio—. Y en Roma la imagen de Dioniso es distinta de la que tiene en Oriente. Aquí es un dios amable y benévolo que concede la fertilidad, la alegría y la euforia, se le considera el protector de los artistas y del espíritu creador e incluso de la civilización. Allí lo reducen al desenfreno y las borracheras, al dios Pan y a los sátiros. Por aquí mis enemigos romanos me podrán atacar sin ninguna dificultad.

Una cosa me llamó la atención.

— Los artistas y el espíritu creador. Al parecer, Apolo ha usurpado estos atributos en Roma y últimamente Octavio ensalza mucho a Apolo, como si tú y él estuvierais compitiendo para ver cuál de los dos puede gobernar el mundo con más espíritu creador.

— El espíritu creador de Dioniso surge de unas inefables fuerzas interiores —dijo Antonio—. Es eso que aparece sin más y de forma espontánea y que sorprende incluso al propio artista, pues no sabe de dónde viene ni es capaz de predecir su llegada. Es lo que confiere rasgos divinos a quien lo posee. —Se levantó del banco en el que estaba recostado y se acercó a un pequeño mosaico que yo había mandado colocar en nuestra cámara. Mostraba una escena del Nilo: altas plantas de papiros, hipopótamos, embarcaciones y aves—. ¿A quién se le ocurrió por primera vez la idea de juntar piedrecitas para crear una imagen? Y esta imagen ya existía en la mente del artista antes de empezar a colocar una sola piedra. O quizá surgió de la primera piedra y se fue desenroscando como un tallo de helecho —añadió, cada vez más excitado—. Las ideas van y vienen como quieren; y pueden desaparecer sin previo aviso. De todos los hombres, creo que el artista es el que más depende del dominio y el capricho del dios Dioniso.

Me llamaron la atención sus profundos conocimientos al respecto.

— Me parece que tú habrás tenido una inspiración de este tipo alguna vez —dije.

— Bueno, nunca he querido pintar —se apresuró a decir—, pero es cierto que hasta la estrategia de una batalla puede surgir de repente como llovida del cielo al igual que una inspiración. —Sacudió la cabeza como si quisiera apartar de su mente cualquier posible aparición—. Pero Apolo es el dios de la razón y del pensamiento ordenado. Justo lo contrario de la anónima pasión de la creación.

— Creo que ambos aspectos son necesarios para el imperio. Necesitamos funcionarios que piensen con serenidad y con lógica, pero que no se sientan enteramente atados por las normas.

Mientras lo decía, comprendí que estaba soñando.

— Un imperio así, con funcionarios de esta clase, no puede existir en este mundo. Tenemos que conformarnos con hombres llenos de defectos y con el azar —dijo Antonio sin apartar la mirada del mosaico—. Egipto tiene un pasado muy poderoso.

— Y un fuerte presente —dije yo—. Pero ¿y el futuro? ¿Cuál será el futuro

de Egipto?

— Yo te lo diré —contestó, apartándose del mosaico—. Ya es hora de que pensemos en nuestros hijos. Pronto haré testamento para cumplir con mis obligaciones romanas.

Testamento, obligaciones... todo aquello me parecía un poco siniestro. Aborrecía el carácter definitivo de un testamento. Sin embargo, sólo los necios se niegan a hacerlo; y, si no lo haces, los enemigos atacan a tus herederos.

— ¡Confío en que lo guardes en lugar seguro! —fue lo único que se me ocurrió decirle.

Estaba convencida de que César había hecho un testamento posterior al que custodiaban las vírgenes vestales, pero no lo habría guardado en lugar seguro, un fallo sorprende en alguien tan previsor como él. De haberlo guardado, puede que en aquellos momentos Octavio aún estuviera estudiando en Apolonia como desconocido pariente lejano de César, al igual que tantos otros sobrinos suyos, perdidos en las sombras del olvido. Pero ya basta de todo eso, me dije.

— Sí, lo entregaré en custodia a las vírgenes vestales de Roma —dijo—. Allí permanecerá hasta mi muerte. Pero su contenido no será un secreto. Tú estarás presente cuando lo dicte y Planco y Ticio serán testimonios. Pero ya discutiremos los detalles más tarde. Se trata de algo relacionado con mi familia romana. Pienso también en nuestros hijos. ¿Cuál será su futuro?

Aquella conversación era muy extraña. El único hijo cuyo futuro era un misterio era Cesarión, a causa precisamente de su singular posición.

— El de Alejandro ya está resuelto —dije—. Se casará con la princesa meda y heredará su reino. En cuanto a Selene, se casará... con alguien. Y el pequeño Filadelfo, Puerco Espín tal como tú te empeñas en llamarlo, lo más probable es que ocupe el trono de Egipto, tratándose del último Lágida que queda.

Antonio se situó a mi espalda y después apoyó las manos sobre mis hombros.

— Qué sueño tan limitado para una madre tan imperial —dijo—. No dejas de sorprenderme.

— Todos tendrán un reino. Todos prosperarán. Las matanzas entre hermanos y hermanas que tanto han manchado el nombre de los Lágidas, amén de sus manos y sus puñales, terminarán en esta generación. ¿Qué mejor logro que ése para una madre... una madre Lágida, por supuesto?

Me miró con una profunda expresión de complacencia que yo jamás hasta entonces había visto en su rostro.

— Y eso que tienes fama de ser ávida y ambiciosa —me dijo al final.

— ¿Porque estoy empeñada en recuperar mis territorios ancestrales? Yo más bien lo considero un razonable, sencillo y claramente apolíneo deseo de recuperar unos territorios. ¡Mi casa pasó por un período tan duro que hasta tuvimos que pedir dinero prestado para volver a comprar el trono! Creo que

superar esta situación ya fue una tarea suficientemente difícil para mí.

— Pero has conseguido cumplirla —me dijo—. Y puesto que el éxito suele recompensarse con futuros éxitos inesperados, yo te digo que tus sueños son demasiado limitados.

Me eché a reír y aparté el rostro. ¡Nadie me había lanzado jamás semejante acusación!

— Todo Oriente está en mis manos. Soy su dueño definitivo tanto por nombramiento de Roma en mi calidad de triunviro como por derecho de armas como imperator. Puedo repartirlo como y donde quiera. —Con cuánta indiferencia lo dijo—. Creo que el título de «Reina de Egipto» es demasiado poco para ti. Deberías ser la Reina de Reyes y de Sus Hijos Que son Reyes. Y creo que tus hijos tendrían que ser reyes. Alejandro Helios gobernará sobre algunos territorios de Armenia, de la Media y de la Partia, tal como corresponde a un heredero de Alejandro. A Cleopatra Selene, reina, se le cederá la Cirenaica y la isla de Creta. ¿Para qué esperar a que un mando le otorgue un reino? Y el pequeño Puerco Espín Filadelfo... también será rey y gobernará el norte de Siria y Cilicia.

— Estás anunciando el nacimiento de una dinastía —observé—. Tú, que eres un magistrado romano, estás fundando una dinastía real oriental.

Me parecía extraño e increíble. ¿Qué estaba pensando?

— No, no la estoy fundando. ¡La casa de los Lágidas existe desde hace trescientos años! Simplemente estoy ampliando su alcance.

— Y sus reclamaciones y ambiciones —puntalicé—. Estás cediéndole territorio romano y un territorio que ni siquiera está bajo tu control. ¡La Partia!

No podía oponerme. Su plan era impulsivo y audaz. ¿A eso se refería al hablar de la inspiración dionisiaca? No era racional. Seguro que no eran unos pensamientos inspirados por Apolo.

— Yo les ofrezco una idea para que la pongan en práctica —dijo—. Si yo no consigo apoderarme de la Parda, lo tendrán que hacer ellos. —Hizo una pausa—. Pero pienso lograrlo. El año que viene, ahora que Armenia y la Media están aseguradas. ¡Estoy orgulloso de haber adquirido una nueva provincia romana!

— ¿De veras?

Jamás me había comentado que hubiera tomado esa decisión.

— Sí. Armenia se convertirá directamente en una provincia. Esta vez he dejado una buena guarnición bajo el mando de Canidio. Presentaré el proyecto a Roma para que se lea y se ratifique en el Senado y, al mismo tiempo, para que se me otorgue como asignación territorial para ti y tus hijos. ¡Todo tiene que ser para ellos! —Se echó a reír—. Eso no admite discusión. Todos mis actos en Oriente han sido aprobados de antemano.

— ¿No crees que los niños son demasiado jóvenes para eso?

Me parecía prematuro.

— Cuanto antes conoce alguien su destino, tanto mejor lo puede seguir. De esta manera se previenen las conspiraciones e intrigas y se favorece la paz.

Me pareció una afirmación de inmensa e ignorada importancia. Pero he aprendido que en la vida las oportunidades casi nunca se presentan dos veces; tenemos que atraparlas cuando aparecen, aunque pensemos que el momento no es el más indicado.

— Muy bien —dije—. Me sorprende que hayas elevado a estos niños a tan encumbradas posiciones. Porque, teniendo otros...

— Antilo, mi hijo mayor, será mi heredero romano. Y su hermano Yulo... bueno, todo eso son detalles romanos que a ti no te interesan ahora. Pero mi hija mayor Antonia muy pronto entrará en nuestra esfera. La voy a casar con Fitodoro de Tralles. Es un poderoso rey muy respetado en todo Oriente.

— ¿Un griego de Asia? ¿Qué dirán en Roma? No la considerarán legalmente casada.

Ningún romano reconocería el matrimonio.

— Dirán que debo de creer en la bondad de mi matrimonio extranjero si también lo deseo para mi hija. Tal como tú sabes, a menudo hacemos cosas que no aprobaríamos ni desearíamos para nuestros seres queridos. No podría enviar a Roma un mensaje más claro que éste. Además —añadió sonriendo—, ¡mi hija tendrá tanto dinero que se sentirá ampliamente compensada!

Y ahora estaba allí, esperando el anuncio público de los honores que tan a la ligera habíamos discutido en nuestros aposentos privados. Hubo otra cuestión que no se discutió y de la que no se habló tan a la ligera, pero eso vendrá más tarde.

Tal como ya he dicho, me había vestido de Isis y estaba sentada en el trono dorado. El estrado de plata se había levantado delante del Gymnasion para que los espectadores ocuparan los seiscientos palmos de longitud de las gradas que rodeaban la parte lateral del edificio, rodeado por una columnata. Era un estrado más alto que el utilizado en los Triunfos y tenía distintos niveles. Antonio y yo ocupábamos el superior. Un poco más abajo se sentaba Cesarión en su propio trono. Y, por debajo de él, ocupando otros tres tronos, los más pequeños contemplaban a la muchedumbre que tenían delante, vestidos con sus ricos atuendos.

Antonio, majestuosamente vestido con una túnica romana, se levantó y se dirigió al pueblo en su calidad de triunviro. Se había despojado de sus restantes papeles, el de general, Nuevo Dioniso, gobernante oriental y autocrátor, un término griego utilizado para designar su nuevo papel de señor y gobernante de Oriente, aunque no rey. Al igual que yo, él también interpretaba distintos papeles. Aquel día era un magistrado civil romano, designado para gobernar los vastos territorios romanos de Oriente.

— Pueblo de Egipto, hoy comparezco ante vosotros para haceros testigos de los dones que otorgo a la fiel casa de los Lágidas, leal amiga de Roma. Y

también para honrar al gran dios Julio César. A vuestra soberana, que tanto tiempo lleva remando sobre vosotros, otorgo el título de Reina de Reyes y de Sus Hijos Que Son Reyes. —Se volvió para tomar mi mano, invitándome a situarme a su lado. El brillo del sol reflejado en el estrado de plata me deslumbraba y me impedía ver bien—. Declaro, además —añadió, levantando la voz para que lo oyeran hasta los que se encontraban más lejos—, que ella es la viuda de Julio César, habiendo sido su fiel y leal esposa por matrimonio contraído según los ritos orientales. —Sobre la multitud cayó un silencio tan profundo como si un gigante hubiera posado su mano sobre sus cabezas. Noté que le temblaba la mano. No me había dicho nada de todo aquello ni me había advertido de antemano. A lo mejor había preferido asegurarse de que yo no revelara mis emociones a través de la expresión de mi rostro—. Y juro por tanto que su hijo aquí presente, Tolomeo César, es el verdadero y legítimo hijo del gran César y su único heredero.

No hubiera creído posible que el silencio pudiera intensificarse, pero así ocurrió. Antonio me apretó la mano con tal fuerza que me hizo daño. La tenía resbaladiza a causa del sudor.

— Levántate, joven César —le ordenó Antonio a Cesarión—. Levántate para que tu pueblo te vea y te reconozca.

Cesarión se levantó muy despacio. Había crecido mucho; ya tenía más de trece años y su cabeza estaba casi a la misma altura que la de Antonio. Éste había insistido en que vistiera su mejor atuendo romano sin decirle por qué. El niño miró con una sonrisa al pueblo y lo saludó con la mano. La muchedumbre lo vitoreó con entusiasmo.

— Como hijo de César, se le deben honores en Roma. Pero como Lágida e hijo mayor de la Reina Cleopatra, es cogobernante de la tierra de Egipto y de Chipre, y reina como Rey de Reyes y señor de todos los demás territorios que a partir de ahora se le otorgarán.

Otra vez el silencio. Rey de Reyes era un antiguo título honorífico oriental que ostentaban los soberanos persas. Por consiguiente, Cesarión sería a la vez gobernante oriental y occidental; en él se conjugarían los dos mundos cuando Antonio y yo abandonáramos el escenario de la vida.

— A continuación —añadió Antonio— declaro que Alejandro Helios es rey de Armenia y señor de la Media y de todos los territorios situados al este del Éufrates hasta la India.

¿Rey de Armenia? ¿Cómo podía haber un rey en una provincia romana? Antonio no me lo había explicado. ¿Se refería quizás a una parte de Armenia? Pero ahora no era el momento de preguntarlo.

— Levántate, rey Alejandro —le dijo Antonio.

El niño se levantó, vestido con un atuendo de rey persa especialmente creado para él. Llevaba una alta tiara real, la corona persa, envuelta en un turbante blanco adornado con una pluma de pavo real. Lucía, además, unos holgados calzones y una capa con incrustaciones de piedras preciosas que fulguraban bajo el sol y se reflejaban en la plata batida del estrado, que actuaba

como un gigantesco espejo. Unos guardias armenios vestidos con un vistoso uniforme subieron al estrado para situarse a su alrededor. La muchedumbre prorrumpió en aclamaciones.

— Y tú, reina Cleopatra Selene —prosiguió Antonio, acercándose al lugar donde nuestra hija permanecía sentada en su pequeño trono—, gobernarás la Cirenaica y Creta. Levántate, te lo ruego.

Cuando la niña se levantó solemnemente, la orla de su plateada túnica rozó el suelo y la convirtió en una sola cosa con él, como si una delicada flor argéntea hubiera brotado en un suelo de plata. Sus guardias, vestidos con el uniforme de los soldados griegos, sostenían unos escudos de plata.

— Y tú, rey Tolomeo Filadelfo. —Antonio se acercó al trono del niño de dos años, desde donde el pequeño miraba a su alrededor con expresión atemorizada. Jamás había visto tanta gente junta ni lo habían obligado a permanecer sentado tanto rato—. Tú gobernarás los territorios del centro de Siria y Cilicia y serás señor del Ponto, Galacia y Capadocia, al oeste del Éufrates hasta el Helesponto. — Antonio se inclinó y tomó su regordeta mano—. Levántate.

Levantó delicadamente al niño para que todo el mundo viera que, de pie sobre sus inseguras piernecitas, el pequeño vestía un atuendo real macedonio formado por una capa púrpura, una diadema y unas botas macedonias de caña larga. Para completar la imagen, un guardia macedonio lo servía.

— Y ahora, mis buenos ciudadanos de Alejandría, Roma y Egipto, ¡exultemos todos juntos por esta venturosa jornada! Hoy he acuñado una nueva moneda para celebrar la ocasión. La medalla honra a la Reina Cleopatra con la inscripción de «Reina de Reyes y de Sus Hijos Que Son Reyes» y a mí, con la inscripción de «Armenia Conquistada». ¡Que nos pueda servir para recordar dichos logros cuando la contemplemos y que nos enriquezca cuando esté en nuestras bolsas!

Dicho esto, arrojó un puñado de relucientes denarios a la muchedumbre. Se oyó un rugido colectivo y todo el mundo se agachó a recogerlos.

Al ver que tal cosa animaba a los presentes —hasta aquel momento un poco desconcertados—, ordenó que se abrieran más bolsas de monedas y se arrojaran a la multitud. Se alzaron gritos y aclamaciones.

— Siempre el dinero —dijo, regresando a mi lado—. Creo que es lo que más alegra el corazón, mucho más que el vino.

— El dinero gusta a todo el mundo mientras que no todo el mundo es amante del vino —respondí yo.

Estaba tan perpleja como la gente y fue el único comentario que se me ocurrió.

Como es natural, inmediatamente después se celebró un fastuoso banquete en palacio. Mientras el pueblo se dispersaba, nuestro grupo fue agasajado tal como correspondía a unos reyes, reyes de reyes, reinas y... ¿qué era Antonio? Estaba claro que, si tenía el poder de nombrar reyes de reyes, tenía

que estar por encima de ellos, pero... todo estaba muy mal definido. ¿El título de autocrátor era el más apropiado para definir su autoridad?

En la inmensa sala, las columnas de pórvido rojo habían sido adornadas con guirnaldas, el suelo estaba cubierto de pétalos de rosas y unos grandes lienzos de seda azul se habían tendido entre las columnas. Las brisas del puerto de abajo los hinchaban y agitaban y en el aire se aspiraba el perfume de los pisoteados pétalos de rosa.

Sin poder disimular mi orgullo, rodeé los hombros de Selene y Alejandro.

— Hoy habéis estado espléndidos —les felicité.

Me pregunté qué sentiría cualquier niño que fuera declarado un personaje importante a tan temprana edad y recibiera el regalo de un reino. Confiaba en que no se les subiera el poder a la cabeza y más tarde no supieran afrontar las dificultades de la vida. La Guardia Macedonia seguía escoltando a mi hijo. Les dirigí una significativa mirada. Ya era hora de que se retiraran, el juego había terminado.

— Espero que me guste Cirene —comentó Selene—, Porque está muy cerca de Egipto y yo podré quedarme allí y dejar que se me acerquen los hombres... tal como haces tú.

Me eché a reír. A veces, Selene parecía muy madura, pues su perspicacia no era propia de su edad.

— Sí, conviene tener un reino propio —dije.

La túnica plateada le sentaba muy bien: en cambio, el pobre Alejandro había estado a punto de tropezar con sus holgados calzones persas y se sentía tan incómodo que apenas se atrevía a caminar.

Antonio llevaba en brazos a Filadelfo, que no paraba de mirar a su alrededor por encima del hombro. El turbante y la diadema le estaban demasiado grandes y le caían constantemente sobre un ojo. Antonio daba vueltas y más vueltas mientras Filadelfo chillaba de placer al ver cómo ondeaba la capa a su alrededor. De repente, Antonio se la desabrochó y la arrojó a la muchedumbre. Al principio, la prenda voló como si se tratara de un murciélago rojo.

Munacio Planco la atrapó y se acercó a mí, sujetándola en sus manos cual si fuera una sagrada reliquia.

— Aunque me gustaría quedármela y conservarla como un recuerdo de este glorioso día del imperator, tengo que devolverla. ¡No soy un ladrón!

Su ancho y bronceado rostro irradiaba sinceridad.

— No, quédatela —le ofrecí—. El que rechaza algo de valor no puede abrigar la esperanza de recuperarlo. Tiene que quedarse allí donde haya caído. ¡En este caso, me alegro de que haya ido a parar a manos amigas!

Me extrañó un poco que me mirara como si le hubiera otorgado un reino.

Marco Ticio y Domicio Enobarbo, los comandantes romanos de Antonio

que, junto con Planco, habían viajado a Alejandría para asistir a la ceremonia, se unieron a nosotros. Al ver que Planco sostenía la capa como si fuera un tesoro, comentaron que se sentían agraviados.

— En este día tiene que haber premios para todos —dije—. No os puedo otorgar reinos, pero ¿qué os parecería una ciudad?

Me miraron, desconcertados, sobre todo, Enobarbo. Siendo un republicano al viejo estilo, era algo totalmente inapropiado para él. Pero yo vi que la propuesta lo halagaba a pesar de todo. Por su parte, Ticio siempre estaba dispuesto a recibir honores.

— Voy a cambiar los nombres de dos ciudades de Cilicia y las llamaré Ticiópolis y Domiciópolis —dije.

Ambos me miraron sin hacer el menor esfuerzo por disimular sus sonrisas de satisfacción.

— Majestad —dijo Ticio—, ¿qué puedo hacer, aparte de expresarte mi eterna gratitud?

Su apuesto semblante me pareció más bello que de costumbre. Se inclinó para besarme la mano, dejando que sus labios se demoraran más de la cuenta sobre mi piel.

— Mi señora... —La cuestión de los títulos era muy delicada. El republicano Enobarbo jamás se hubiera dirigido a mí usando mi regio título— eres muy generosa —me dijo, inclinando la cabeza.

El vino corría libremente. Yo había ordenado que se abrieran docenas de ánforas del mejor vino de Quíos. En cuanto al banquete, hubiera sido digno de Octavio y de la imaginación de sus fieles y venales poetas. Había todas las exquisiteces de la tierra, el mar y el aire. Criaturas marinas, mariscos, jabalí, buey e incluso carne de hipopótamo y de cocodrilo; grullas, codornices, zorzales, pavos reales, flamencos; melones, pepinos, uva, higos, dátiles, natillas y zumos de granada, moras y cerezas enfriados con nieve tracia. Me sentía especialmente orgullosa de esto último. No era fácil conservar un montículo de nieve a centenares de millas romanas de su lugar de origen, ¡y nada menos que en el caluroso Egipto!

Cada vez que se servía un nuevo plato, se oían murmullos de admiración hasta que, al final, los comentarios se convirtieron en un constante zumbido, mezclado con el sonido de las liras y las flautas de los músicos situados al fondo de la sala. Los zumos helados, servidos en unas bandejas e incrustados en la nieve, suscitaron rugidos de entusiasmo.

Cesarión estaba reclinado en un triclinio al lado de los generales romanos mientras que los niños —los Reyes de Reyes— ocupaban otros triclinios cerca de allí. ¡Qué bien encajaba Cesarión entre los generales romanos! Qué serenidad la suya. Qué romano me parecía. Contemplé los rostros de los generales y los sorprendí estudiándolo a hurtadillas en los momentos en que creían no ser observados.

— ¡Diversión! ¡Diversión!

Algunos de los invitados más bebidos empezaron a pedir que se iniciara la segunda parte de la fiesta. Yo había preparado un espectáculo de danzarinas, acróbatas y algo que raras veces se veía, unos monos amaestrados que exhibirían sus habilidades encaramándose a las columnas. En cambio, las danzarinas, unas esbeltas mujeres que se movían con suma delicadeza y elegancia, fueron muy poca cosa para ellos. Por su parte, los acróbatas no fueron muy del gusto de los sofisticados y embriagados invitados y, aunque los monos les hicieron más gracia, los gritos de los invitados acabaron aterrizando a los animales. Sólo me quedaba otra cosa: un grupo de actores dionisiacos que interpretarían una pieza sobre Plutón y Perséfone. Eso siempre atraía a la gente, pues contenía elementos de diversión como el personaje del Hades (con el humo y el fuego), el can Cerbero (con sus tres cabezas que siempre causaban sensación cuando cada una de ellas emitía un ladrido), el barquero de la laguna Estigia y, como es natural, la violencia del secuestro de Perséfone. Además, habría decorados de flores, carros, lluvia de hojas desde el cielo y cosas por el estilo.

Como eso no consiguiera divertirlos o calmarlos...

Durante unos cuantos minutos, todo fue bien, pero enseguida empezaron los ruidos y los movimientos. De repente, Planco se levantó y abandonó corriendo la sala. Debía de haber comido demasiado y estaría indispuerto. Los romanos solían hacerlo, para gran desprecio de los griegos y de otros pueblos más refinados.

Pero enseguida regresó, desnudo y pintado de azul. Lucía una corona de cañas y, blandiendo un tridente, se acercó a los sorprendidos actores.

— ¡Aquí está Glauco, el hombre del mar! —gritó.

Se puso a gatas y vi con asombro que se había pegado al cuerpo una cola de pescado y la estaba agitando en presencia de los invitados.

Se hizo un profundo silencio y, de repente, los actores y los invitados rompieron a reír. Estaba claro que aquélla era la idea que ellos tenían del humor. Miré a Antonio y vi que se estaba partiendo de risa. Como es natural, los niños se mostraban extasiados. A mí, sin embargo, me pareció un comportamiento impropio de un general romano y gobernador de una provincia. ¡Jamás comprendería a los romanos!

Miré a Planco con desagrado. ¡Eso era lo que se consideraba digno de gobernar el mundo!

Más tarde, cuando los invitados se retiraron, Antonio y yo nos quedamos solos, abrazados en el centro de la vasta sala, contemplando los pisoteados pétalos de rosa y los estandartes de seda desgarrados y hechos jirones tras la actuación de los aterrizados monos. Los niños ya se habían ido a la cama, incluso Cesarión.

— Alejandría jamás lo olvidará —dijo Antonio—. Un día como éste sólo

ocurre una vez en la vida.

— ¡Gracias sean dadas a Isis!

No me sentía con ánimos para resistir otro.

— Creo que los honores han sido bien acogidos —comentó cautelosamente Antonio.

— Aquí, sí. No sabemos cómo se lo tomará Octavio.

— Oriente es mío y puedo disponer de él a voluntad. Roma me nombró su señor.

— Me refiero a la proclamación de Cesarión como verdadero heredero de César —dije—. Es nada menos que una declaración de guerra. ¿Era ésa tu intención?

— No tiene por qué ser necesariamente así —contestó—. Pero es la pura verdad y los hombres no deben olvidarlo.

— ¿Por qué no me lo advertiste? ¿O acaso lo hiciste sin pensar?

Me parecía que todas las acciones más importantes de su vida habían sido fruto de un capricho. Su oración fúnebre en honor de César; su presencia en mi camarote en Tarso; su boda con Octavia y el posterior repudio; y ahora esto. Todas las decisiones importantes las tomaba sin pensar.

— No, no lo he hecho impulsivamente. Era justo lo que se tenía que hacer. Es la pura verdad. —Lo repetía obstinadamente una y otra vez—. ¿Seguro que no te has enfadado? ¿No crees que ya es hora de que alguien defienda la causa de Cesarión? Es el último servicio que puedo prestarle a mi comandante caído.

Parecía vehemente, decidido del todo.

— No, por supuesto que no me he enfadado.

No obstante, hubiera preferido que me lo consultara.

— ¡Ven! —dijo, tirando de mi brazo—. Hoy todo el mundo ha recibido honores menos tú. ¿Crees que te he olvidado?

— Ya tengo tantas cosas... ¿qué más se me puede ofrecer?

Aunque, la verdad, no me hubiera importado que me regalara el país de Herodes.

— Ya lo verás. Tienes que acudir a mis aposentos esta noche. Dormiremos allí.

Recorrimos los pasillos del palacio tomados del brazo. Una fresca brisa penetraba a través de las ventanas y los pórticos como si quisiera borrar los desagradables olores del bullicioso banquete. Varios romanos se habían sentido efectivamente indispuestos y los criados estaban limpiando las gradas y los suelos.

Los aposentos de Antonio se encontraban en la otra ala del palacio y

estaban orientados al mar. Yo sabía que le gustaba contemplar el mar y que necesitaba aislarse del resto del palacio como si estuviera en una residencia privada. Aquella parte del palacio se ajustaba perfectamente a sus exigencias.

— Entra.

Abrió la puerta y me hizo pasar como si fuera mi criado.

Siempre me gustaba visitar aquel lugar. Antonio había mandado amueblar las estancias con mesas, sillas y arcones procedentes de sus propiedades de Roma. Muchas cosas eran anticuadas, pues pertenecían a su familia desde hacía mucho tiempo, pero puede que precisamente por eso le hicieran sentir más cerca de casa. Una parte de él debía de ser así, a pesar de lo bien que se había adaptado a la vida en Egipto. Hubiera podido crear un rincón de lujo oriental con cofres de nácar, almohadones de brocado, cortinas de abalorios. Pero no lo había hecho, pues vivía en medio de una austeridad republicana. Era un hombre muy complejo.

Me acompañó a una estancia contigua, también muy austera, iluminada por una sola lámpara. Sobre una mesa vi un gran rollo de pergamino descansando encima de otro rollo.

— Los regalos tienen que ser adecuados a la persona —me dijo en un susurro—. Sé que hay muchas cosas que tú tienes en gran estima. Tengo la suerte de poder encontrarlas y ofrecértelas, o mejor dicho, depositarlas a tus pies.

Dicho lo cual, tomó el rollo y, doblando la rodilla, lo depositó a mis pies.

— No es necesario que hagas eso —le dije, avergonzada.

Pero él permaneció arrodillado.

— Es mi propia persona la que deposito a tus pies. Pero eso tú ya lo sabes; lo sabes desde hace mucho tiempo.

Tomó el rollo y me lo entregó.

Lo desenrollé. El suave pergamino era una escritura que me otorgaba la propiedad de toda la biblioteca de Pérgamo. Pérgamo, nuestra rival tanto en libros como en pergaminos.

— ¡Pérgamo! —exclamé—. ¿Toda la biblioteca?

— Sí, los doscientos mil volúmenes —contestó—. Los van a transportar aquí inmediatamente.

— La mejor del mundo, exceptuando la de Alejandría. —Estaba aturdida—. ¡Y ahora lo tendremos todo!

— Sé que un almacén de libros fue destruido durante el incendio de los muelles cuando César estuvo aquí —dijo—. Espero que esto compense aquella pérdida.

Era una extravagancia tan exagerada como todos sus gestos. Su audacia y su generosidad me cortaban la respiración.

— Te doy las gracias —dijo finalmente.

¡Toda la biblioteca de Pérgamo!

— Eso es para la cabeza —prosiguió, levantándose y tomando el segundo pergamino. ¿Qué sería?—. Y eso es para tu corazón, o para tus ojos.

Me lo entregó como si fuera un niño, ofreciéndome un ramillete de flores silvestres.

Era un dibujo de Hércules bellamente ejecutado, basado en la célebre estatua de Mirón.

— Sé que aprecias mucho la escultura, la reproducción de la forma humana perennemente apresada en bronce o en piedra en toda su perfección. Ésta tiene nada menos que cuatrocientos años, pero sus músculos no están marchitos, su vientre no se ha aflojado y sus piernas conservan toda su fortaleza.

Sí, sólo el arte podía preservar la juventud y la fuerza. Tal vez por eso lo valoramos tanto. Yo ya tenía más años que la estatua de Venus en Roma; ella perduraba y yo envejecía. ¿Qué sentiría si la viera ahora?

— Te lo agradezco —dijo. Qué amada me hacía sentir con su conocimiento de mis mayores deseos y su afán de cumplirlos.

— Se recibirá dentro de unos cuarenta días —me dijo.

Contemplé el pergamino que ya tenía en mis manos.

— Pero...

— ¡Eso no es el regalo! —exclamó entre risas—. El regalo es la estatua original esculpida por Mirón.

— ¿Cómo? ¡Pero si está en el templo de Hera de Samos!

Se encogió de hombros.

— Ya te he dicho que todo está a mi disposición. La he mandado retirar.

Había despojado al templo de su famosa estatua.

— Ahora mismo la están embalando y...

Lo rodeé con mis brazos y a punto estuve de derribarle al suelo.

— ¡Eres un loco! —exclamé—. ¡Mira que mandar traer aquí el Hércules de Mirón! ¡Eres un loco!

Tomé su cabeza y la atraje hacia mí. Lo besé gozosamente. Después mis manos le acariciaron el cuello y los hombros, sus soberbios hombros. Ni siquiera la estatua de Mirón tenía unos hombros más fuertes que los suyos.

Me abrazó con fuerza. Experimenté el mismo deseo que siempre sentía cuando estaba a su lado. Me pareció que había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que nos habíamos encontrado en la intimidad. Siempre había gente a nuestro alrededor, siempre estábamos tan agobiados por los deberes y los horarios oficiales y por las exigencias de nuestros hijos, que raras veces podíamos

estar solos. Desde su regreso de Armenia, las ceremonias, las reuniones, las apariciones públicas o las obligaciones se habían sucedido ininterrumpidamente.

— Y ahora, mi Reina, vamos a ofrecernos el mejor regalo que puede haber. Intimidad y tiempo.

La sencilla estancia se me antojaba extremadamente excitante. Ningún criado nos anunciaría una reunión. Ninguna Iras, ninguna Carmiana y ningún Mardo. A Eros tampoco se le veía por ninguna parte.

— Ven. —Me acompañó a su dormitorio, tan austero como hubiera podido ser una estancia de Catón.

Permanecimos de pie en el centro de la estancia, besándonos, acariciándonos los brazos, la espalda, los muslos, los hombros. Disfrutaba con la sensación del contacto de su cuerpo. No hubiera deseado cambiar nada de lo suyo. Tal vez el mármol fuera eterno, pero la carne mortal era mucho más cálida.

Su boca sobre la mía sabía mejor que todas las delicias de un banquete. Sus labios eran un festín y yo les arrancaba bocados de placer. Pero, a diferencia de lo que ocurre con la comida, cuanto más los saboreaba, tanto más aumentaba mi apetito.

Sentí la apremiante necesidad de poseerlo, necesitaba poseer toda aquella viril belleza, toda la fuerza de su cuerpo. Pero ¿cómo? La simple posesión está muy bien cuando se trata de rollos de pergaminos o de estatuas, pero si es otra persona, ¿hasta qué extremo se la puede poseer? Hay un instante en el amor en que sentimos que lo hemos alcanzado, pero esa sensación es fugaz, después nos apartamos y nos separamos, sin haber conseguido satisfacer del todo el deseo.

Nos dejamos caer sobre la cama, tan dura como un catre de campamento en la tienda de un soldado. ¿La había elegido quizá para no olvidar que era un soldado? Nos desnudamos mutuamente con el mismo ardor febril que preside las relaciones entre un simple soldado y una lugareña. Tiré de la túnica que con tanta obstinación se aferraba a sus hombros. ¿Por qué sería tan recia y tan ajustada? Sus sandalias habían caído al suelo y sus poderosas piernas desnudas rodeaban las mías, empujando y pulsando. A mí también se me habían caído las sandalias y mis pies trazaban suaves y juguetones dibujos subiendo y bajando por sus piernas.

Besé las cicatrices de sus brazos y sus hombros, y me incliné para besarle las que tenía en la espalda. Tomé su mano derecha y acaricié la cicatriz de la herida que Olimpo le había curado. Aquella estimada mano, ahora tan fuerte, que había estado a punto de perder. Me sentí al borde de las lágrimas.

— ¡Oh, dioses, cuánto tiempo hacía...!

Oí sus palabras, hablando más para sus adentros que conmigo.

Al final, había conseguido quitarle la túnica; la mía, arrugada y desechada, ya no se interponía entre nosotros. El delicioso contacto de la carne me proporcionó una sensación absoluta. El peso de su cuerpo, su compacta musculatura me aplastaba, pero yo me deleitaba en sentirla; seguía siendo un

león, su fuerza no se había apagado, por más que sus enemigos insinuaran lo contrario.

— Juro por todos los dioses —murmuró junto a mi oído— que eso es lo único que deseo en este mundo.

No podía pensar en nada más; el mundo no existía para mí. Sólo quería poseerle a él, y sólo a él. Deseaba que formara parte de mí.

— Amor mío —le dije.

Acaricié su cabello, le recorrí el rostro con los dedos, percibí los huesos bajo la piel, el perfil de las cuencas de los ojos, los pómulos. Todas las partes de su cuerpo me eran queridas, incluso las que no veía y sólo podía tocar a través de la carne que las cubría.

— Tenme contigo —me dijo—. Pues sólo perdura aquello que tú aprecias y proteges.

Qué extrañas palabras y qué extraña petición. Pero apenas la oí, pues mi ansia de poseerlo, aunque sólo fuera en la limitada forma en que puede hacerlo la carne, era tan avasalladora que hasta la sentía cantar en mis oídos.

— Sí —murmuré—. Claro...

Sentí que se movía en mí e iniciaba el acto que siempre termina, pero que, en el momento en que ocurre, parece eterno y por encima de cualquier otra cosa.

— Ah.

Emitió un grito de felicidad sin pedir más que aquel momento que aún teníamos por delante.

— Os ruego que os sentéis, amigos míos —dijo Antonio, recién bañado y afeitado y vestido con una túnica tan nueva y tan blanca que parecía de nieve.

Indicó unas sillas que había alrededor de su mesa de trabajo. El día había amanecido encapotado.

Planco y Ticio se sentaron. Ellos también estaban recién bañados y afeitados y vestían su atuendo oficial, el atuendo que llevaba un gobernador cuando concedía audiencias y atendía peticiones en Siria y en Asia.

Dos escribas aguardaban cerca de ellos y los criados habían servido refrigerios como si ya se supiera que el trabajo que tenían por delante iba a ser muy arduo. Fuera caía una lluvia deprimente. Era invierno en Alejandría.

Antonio mostraba un semblante grave.

— En la vida de cada hombre, llega un momento en que... hay que pensar en...

Volvió la cabeza para contemplar el pequeño mausoleo del exterior, junto al templo de Isis.

Planco y Ticio se removieron en sus asientos, preparándose para que Antonio les anunciara su mortal enfermedad, y se miraron el uno al otro.

— Últimamente me he dado cuenta de algo, de algo que no desearía reconocer pero que no tengo más remedio...

Ahora los dos hombres se pusieron en estado de alerta. ¿De qué enfermedad se estaría muriendo?

Antonio vaciló un buen rato como si se debatiera en la duda y no se atreviera a divulgar un vergonzoso secreto.

— No he hecho testamento —reveló—. Y tengo que hacerlo.

¿Fue una sombra de decepción lo que cruzó por los rostros de Planco y Ticio? No creo, pero siempre hay en nosotros un pequeño rincón que disfruta con las noticias morbosas cuando se refieren a los demás, naturalmente.

— Ah —dijo Planco.

— Puesto que tú tienes mi sello y poderes para responder mi correspondencia oficial, he pensado que tú y tu sobrino seríais unos excelentes testigos. ¿Estáis dispuestos?

— Sí, claro —contestó Ticio con entusiasmo.

— Bueno —dijo Antonio—, aquí tengo una lista de mis deseos, pero hay que trasladarla al lenguaje legal. —Agitó un trozo de pergamino lleno de garabatos—. Eso lo harán los escribas y vosotros oiréis mis disposiciones. —Los miró

fijamente—. ¿Un poco de vino?

Su mano permaneció en suspenso sobre la jarra.

— Ahora no —contestó dignamente Planco, como si jamás se hubiera pintado el cuerpo de azul.

— Pues entonces sigamos. —Los ojos de Antonio recorrieron el pergamino—. Primero, es mi deseo que mi hijo mayor Marco Antonio herede la mitad de mis propiedades...

Leyó la lista de sus legados a sus hijos menores habidos de Fulvia y Octavia. ¿Por qué habría insistido en que yo estuviera presente? ¿Qué me importaba a mí todo aquello? No tenía la menor intención de despojar a sus hijos romanos de sus propiedades romanas.

— Deseo también que mis hijos Alejandro Helios y Tolomeo Filadelfo hereden cada uno una de mis fincas de la Campania y que mi hija Cleopatra Selene herede mi casa del Esquilino.

Aquí Planco frunció el ceño.

— Amigo mío —intervino. El escriba interrumpió su trabajo—. ¿Cómo puedes legarles unas propiedades romanas a esos niños? Tú ya conoces el derecho romano...

— ¿Acaso no soy el exclusivo propietario? ¿Por qué no puedo repartirlo como se me antoje? Si quiero incendiarlo o destruirlo, estoy en mi derecho. Por consiguiente y por extensión, tendría que poder disponer de ello de cualquier otra manera.

— Pero la ley...

— La ley ha quedado anticuada y se tiene que cambiar —le dijo Antonio en tono irritado—. A lo mejor eso será un estímulo para hacerlo. —Le hizo un gesto con la cabeza al escriba y repitió sus legados—. Y ahora escribe lo siguiente: Afirmo que Tolomeo César es el verdadero y legítimo hijo del difunto Julio César y, por consiguiente, tiene derecho a recibir toda su herencia. El sobrino nieto Cayo Octavio debería ceder dicha herencia y entregarla a su legítimo propietario, dejar de usar el nombre de César y recuperar su verdadero nombre de Cayo Octavio Turino.

Ticio se inclinó bruscamente hacia delante.

— ¡Eso no puede figurar en tu testamento! No tienes derecho a decidir cómo debe distribuirse la herencia de los demás.

— ¿Te opones acaso a mi reclamación? —preguntó Antonio, mirándole fijamente.

— De eso se trata: no es una reclamación tuya sino una reclamación en nombre de otra persona.

— Es mi hijastro y se encuentra bajo mi protección. Soy su pariente y su protector romano en nombre de su difunto padre. ¿Qué otra persona podría hacer

la reclamación?

— ¡Pero eso no se puede incluir en un testamento! —exclamó Planco, alarmado.

— ¡Dejémoslo! —le dijo Antonio—. Simplemente quería hacerlo constar. De todos modos mi testamento no se leerá hasta dentro de muchísimos años — añadió con una sonrisa—. Pienso vivir tanto como Varrón.

Varrón, el viejo historiador, tenía ochenta y dos años y seguía escribiendo, aunque a veces decía que ya era hora de hacer el equipaje para «su último viaje».

Sería un equipaje muy voluminoso y necesitaría muchos mulos, pues poseía una inmensa biblioteca.

— En tal caso, te sugiero que te retires de la política tal como ha hecho él —dijo Planco fríamente—. La vida pública y la larga vida raras veces van de la mano.

— Gracias, Planco —dijo Antonio al final, tomando el pergamino—. Una última cosa. A mi muerte, después del acostumbrado cortejo fúnebre a través del Foro, deseo ser conducido a Alejandría para descansar junto a mi esposa. Compartiremos un sepulcro.

Todos nos quedamos mudos de asombro, yo incluida.

— Sí —musitó Planco finalmente.

— Ya habéis oído mis disposiciones —dijo Antonio—. Ahora seréis testigos de mi sello y mi firma en los documentos.

Ambos presenciaron obedientemente cómo estampaba su firma y su sello, con lo cual confería a los documentos carácter oficial.

— Entregaré una copia a las vírgenes vestales para su custodia. No quiero que me ocurra lo mismo que a César. Quiero que no haya discusiones acerca de mis deseos.

— Sí.

— Pero, entretanto, debo pedirlos que guardéis secreto.

— Por supuesto.

Ambos se retiraron en cuanto él les dio permiso. Cuando se fueron, me volví hacia Antonio. Estaba profundamente impresionada.

— ¿Por qué lo has hecho? —le pregunté.

— ¿Por qué? ¿Acaso no quieres que me entierren a tu lado?

Me miró con expresión de fingida ofensa.

— Quiero decir que por qué se lo has anunciado a Planco y Ticio. Estoy segura de que no guardarán el secreto.

— Ni yo quiero que lo guarden. Quiero que Octavio se entere de nuestro desafío. Como es natural, el testamento no puede ser leído en público; las

vestales no lo pueden entregar a nadie. No obstante, los simples rumores bastarán para preocuparlo.

— ¿De veras quieres ser enterrado aquí? ¿Y abandonar tu sepulcro familiar de Roma?

— Tú no puedes ser enterrada allí. Tú te tienes que quedar aquí con tus regios antepasados. Y yo no quiero permanecer separado de ti. En la vida casi no lo soporto. No quiero soportarlo en la muerte.

Me apoyé contra él. Fuera seguía cayendo una fría llovizna. Era un día sepulcral.

— Estoy conmovida —acerté a decir.

— Dentro de tres meses me iré a Armenia y desde allí de nuevo a la Partia, esta vez para terminar lo que comencé el año pasado. No quiero volver a las batallas sin haber resuelto esta cuestión.

Las batallas. Más muertes. Ya estaba cansada de todo aquello y más preocupada que nunca. ¿Cuánto tiempo sería preservado Antonio del peligro?

— He sido atacado —dijo Antonio con asombro, sosteniendo en su mano una carta de Roma—. ¡Octavio me ha atacado públicamente!

La noticia lo había dejado aturdido.

— ¿Y qué? —contesté.

Alargué la mano para que Antonio me entregara la carta, pero él no quiso soltarla.

— ¡En público! ¡En el Senado! Tú sabes... que este año él tenía que ser cónsul tal como yo lo fui el año pasado. Pero como yo no pude ir a Roma para cumplir mi mandato y sólo estuve un día en el cargo, él ha decidido hacer lo mismo y ha regresado a toda prisa a Iliria. Pero durante el único día en que permaneció en el cargo, se levantó en el Senado y... ¡toma, léelo tú misma!

Me entregó la carta... finalmente. Era de Marco Emilio Escauro, un senador, partidario de Antonio en Roma.

Al triunviro Marco Antonio, imperator:

Salve y que esta carta te encuentre disfrutando de buena salud. Nobilísimo Antonio, tengo que informarte de lo que ocurrió ayer durante el único día de permanencia en el cargo de tu compañero Cayo Julio César Octavio. Recién llegado de Iliria y cojeando de una pierna a causa de una herida de guerra en la rodilla, que exhibía constantemente haciendo asomar la pierna vendada por entre los pliegues de la toga, tomó la palabra y se levantó para hablarnos del «estado de la República».

Tenía el rostro arrebolado y daba la impresión de estar tremendamente enfurecido; cosa que yo jamás había visto en este joven. Ciertamente pudo ser fingido.

Lucía la corona de laurel que el Senado le ha autorizado a llevar en todo momento como a César y no paraba de acariciarla. (Tiene unas manos muy hermosas.) Lanzó un ataque contra tu persona y contra tus actuaciones. Te acusó de ceder territorio romano, lo cual está severamente prohibido, denunció las que él llamó tus «donaciones de Alejandría» y dijo:

— Ha cedido a sus hijos tierras romanas, no por sus méritos ni por su lealtad a Roma (¿cómo podrían ser leales si apenas tienen seis años?) y los ha convertido en reyes. ¡Sí, ha nombrado reyes a sus hijos! ¿Qué es él entonces? ¿Algo superior a un rey? ¡Un cónsul romano por supuesto que no! ¡Los cónsules romanos no tienen reyes y reinas por hijos! ¿Acaso se ha vuelto loco? —estalló—. ¡Tendrá que responder de estas afrentas!

Después bajó con aire muy digno y dimitió del cargo de cónsul para regresar a la frontera y castigar a los enemigos de Roma. No creo que tardes en recibir una carta suya.

Debo decirte que, a pesar de los muchos partidarios que tienes, la gente está francamente desconcertada por tus acciones.

Tu leal amigo, M. Emilio Escauro

Dejé la carta.

— Muy bien pues. Vamos a esperar esa carta de Octavio. —Antonio se había puesto de mal humor—. No te preocupes por eso —le dije—. Es todo una farsa.

A su debido tiempo, se recibieron dos cartas, una de carácter oficial y otra personal. En la oficial, Octavio se quejaba en arrogante estilo de los nombramientos de Antonio en Oriente y criticaba su proceder. En la personal, adoptaba un tono sarcástico.

Mi apreciado cuñado:

Si puedes apartarte un momento de tus bacanales en el palacio de Alejandría, tu esposa y tus hijos agradecerían una carta tuya, lo cual constituiría una novedad. ¿O acaso has olvidado a tu familia y tus deberes en brazos de esa Reina egipcia? A juzgar por tu comportamiento más reciente, pongo seriamente en duda tu capacidad de gobernar la mitad del mundo que te ha sido asignada.

Quizá convendría que fueras pensando en retirarte y en nombrar a un hombre más joven que pueda soportar el peso de tus cargas antes de que tropieces y te caigas.

Espero que esta carta te encuentre gozando de buena salud física. Mentalmente me temo que necesitas un descanso reparador... en Occidente. Serás muy bien recibido en casa cuando decidas emprender el viaje.

*Tu hermano y compañero de Triunvirato,
Imperator J. César, Divi Filius*

P.D. Deja de defender las reclamaciones de este hijo bastardo de la Reina. Es indigno de ti.

— ¡Qué desvergüenza! —gritó Antonio—. ¡Insinúa que estoy loco! —Posó ruidosamente el rollo—. ¿Cómo se atreve?

— No grites —le dije—, de lo contrario parecerá que estás loco de verdad.

— ¡Y mira que llamarte a ti «Reina egipcia», como si no tuvieras nombre!

— Sabe muy bien cómo me llamo —dije—. ¡De la misma manera que él sabe como se llama Cesarión!

El ataque me pareció una buena señal. Significaba que lo habíamos herido en lo más vivo y que se sentía amenazado por nuestras reclamaciones.

— ¡Voy a contestarle ahora mismo! —gritó Antonio.

— ¡No, ahora no! —le aconsejé.

— ¡Sí, ahora! —Tomó una jarra de vino y se llenó una copa hasta el borde—. ¡De mi puño y letra!

Rebuscó en su estuche de escritura, sacó todo lo necesario y se puso a escribir furiosamente. Después me arrojó la carta.

¿Qué te ocurre? Supongo que estás irritado porque me acuesto con la Reina. Bueno, ¿y qué? Además, ¿acaso es una novedad? Llevamos nueve años juntos. Por cierto, ¿tú qué? ¿Acaso Livia es tu única compañera de lecho? ¡Te felicito si, al recibo de la presente, no te estás acostando con Tertula, Terentila, Rutila o Salvia Titisenia o con todas a la vez! ¿De veras te importa dónde y con quién me acuesto? ¡Está claro que no!

Me eché a reír.

— Menuda escena... todas a la vez. Debe de tener un lecho de pared a pared.

— Lo tiene. Le encantan las grandes reuniones.

Antonio apuró la copa y se llenó otra.

— La carta tiene gracia, pero en realidad no responde a las acusaciones.

— ¡No me importa! Que se entere de que lo sé todo acerca de su exhibición de gazmoñería. Contestaré a las acusaciones políticas en otra carta por separado. —Hizo una pausa—. ¡Ni siquiera menciona Armenia! ¿Tan poca importancia tiene el hecho de que yo haya adquirido una nueva provincia para Roma? ¿Acaso ha hecho él alguna vez algo que se le pueda comparar?

Más tarde, en una carta muy seria, expuso sus quejas a Octavio, recordando las solemnes promesas y utilizando argumentos basados en la más estricta legalidad. Su compañero de Triunvirato había obrado de mala fe, negándose a enviarle las cuatro legiones que le debía según los términos del tratado de Tarento, prohibiéndole reclutar nuevos soldados en Italia, otorgando a sus veteranos unas tierras de inferior categoría, destituyendo unilateralmente a Lépido de su cargo y apropiándose de todos los territorios y las legiones de Lépido en lugar de repartirlos. Todas aquellas actuaciones eran otros tantos incumplimientos de los términos de la alianza. En cuanto a Cesarión y Cleopatra, la Reina era su esposa y había sido la de César, y Tolomeo César era su legítimo heredero. Pero ésta era una cuestión totalmente distinta que nada tenía que ver con la indigna conducta legal de Octavio en relación con el pacto que ambos habían suscrito.

Envió la carta y acto seguido abandonó Alejandría para reunirse con Canidio y sus legiones en Armenia y preparar otro ataque contra la Partia en una alianza con el Rey medo.

El ruinoso edificio del Triunvirato aún se mantenía —legalmente— en pie, impidiendo la existencia de abiertas hostilidades entre ambos hombres. No obstante, el Triunvirato terminaría en cuestión de apenas nueve meses. Y entonces, ¿qué ocurriría? La República había muerto, a pesar de los sentimentales comentarios que algunos seguían haciendo acerca de ella. Su resurrección tras la muerte de César había fracasado estrepitosamente. Roma había sido gobernada por un dictador, después por tres dictadores —los triunviros— y ahora por dos dictadores. Era evidente que estaba regresando a la forma de gobierno de un solo hombre. La única cuestión pendiente era cuál de ellos iba a ser.

Y la respuesta era la misma de siempre: el que tuviera el mejor ejército. Siempre había sido así.

Por consiguiente, me dispuse a reforzar la flota egipcia en ausencia de Antonio. Ya teníamos una respetable flota de unos cien barcos, construidos sobre todo con madera de Cilicia. Ahora yo tendría que buscar otras maderas mejores procedentes de los gigantescos cipreses y cedros de los montes del Líbano. Agripa había construido una flota de primera con navíos de gran tamaño; nosotros tendríamos que construir barcos de tamaño parecido; no podíamos navegar por ahí con barcos ligeros como los de Sexto y correr el peligro de que nos hostigaran y nos aplastaran.

Estaba convencida de que la flota revestiría una importancia clave en cualquier guerra. Agripa tenía una poderosa flota y uno siempre usa las armas que tiene a mano. No era probable que dejara sus barcos al margen en un conflicto.

Cada pocos días visitaba los astilleros y me complacía en observar cómo aquellas criaturas marinas de madera iban adquiriendo forma en la orilla. Los costados de las más grandes, los «diez», se levantaban por encima de mi cabeza como fortalezas. Los remos se hacían con los troncos de los pinos más altos que se podía encontrar. La cavidad donde encajaría el ariete de bronce era tan grande como un elefante.

— Majestad, el solo vaciado del ariete ya es todo un arte —me aseguró el carpintero de ribera—. Cuando se hace un pico de bronce de este tamaño... cuesta mucho evitar que el metal se agriete. El enfriamiento es una cuestión muy delicada.

Se tardaba varios días en saber si un vaciado había tenido éxito. Ensamblar la madera, secarla, tratarla con alquitrán y cubrir la madera con planchas de plomo para evitar que se pudriera: era un proceso largo y tremendamente caro.

Epafrodito me había advertido que no me pasara.

— Perdóname —dijo—, pero es fácil perder la cabeza con los barcos. A veces ero que los barcos sólo son un embudo para arrojar dinero directamente al fondo del mar.

— Lo sé —dije—. ¡Pero necesitamos una flota de primera!

— De primera equivale a extravagante. Creo que el dinero se aprovecha mejor en el ejército. El mantenimiento de los barcos es muy caro y encontrar remeros no es fácil. Casi todos los hombres prefieren la tierra, de forma que la flota es siempre lo que los hombres eligen cuando no tienen más remedio.

— ¿Y si usáramos esclavos?

Epafrodito se echó a reír.

— Si quieres que Egipto se arruine en una sola estación. Los esclavos salen demasiado caros. ¡Imagínate el coste que implicaría cuando un barco se hundiese! No, sale más barato pagar a los remeros. Además, a los esclavos hay que mantenerlos de por vida mientras que los remeros se contratan sobre la marcha y siempre por breves períodos.

— Tienes un corazón muy duro —le dije.

— Es una condición necesaria en un ministro de finanzas —replicó—. Que el jefe de los médicos se permita el lujo de ser compasivo. Tus generales y tu ministro de finanzas son otra cosa. —Epafrodito me miró sonriendo—. ¿Te imaginas a un general que se echara para atrás antes de lanzarse a una batalla?

— Sí —contesté—. Octavio.

— No puede ser tan cobarde como tú lo presentas. ¿Estás segura de lo que dices?

— Según Antonio, en la batalla de Nauloco el miedo lo indujo a pasarse todo el rato en la bodega del barco sumido en el estupor y que, al final, tuvieron que despertarlo —contesté.

— ¿Y no sería que se mareó? Muchos hombres normales se marean y eso no es ninguna deshonra.

— ¿Por qué lo defiendes tanto?

— No lo defiendo —contestó—. Sólo quiero decir que Antonio no estuvo en Nauloco, y mucho menos en la bodega del barco de Octavio, de la misma manera que Octavio jamás está presente en tus banquetes de Alejandría. Tenemos que guardarnos de creer las cosas que no hemos visto con nuestros propios ojos.

— Siempre hablas como si fueras mi maestro.

Pero me interesaba mucho la opinión de alguien que no vivía en palacio.

Mientras paseábamos por los astilleros bajo la sombra de los gigantescos barcos, Epafrodito me señaló dos barcos que estaban un poco más adelante.

— Es posible que una guerra se gane con otros medios y que unas simples palabras puedan provocar el hundimiento de estos poderosos barcos. Los chismorreos, las mentiras y las insinuaciones pueden causar más daño que las armas auténticas si debilitan al adversario. Lo importante es no ser víctima de los chismorreos que uno mismo se ha inventado. —Epafrodito hizo una pausa—. Por ejemplo, tienes que difundir el rumor de que Octavio es absolutamente despreciable no sólo como hombre, sino también como soldado. Pero no te lo creas jamás. No estaría donde está si fuera tan inútil. Ni tú necesitarías ahora estos barcos.

Epafrodito tenía razón, naturalmente. La guerra de las palabras y las reputaciones que tanto influía en los corazones de los hombres era muy insidiosa y merecía la pena ganarla. Me habían dicho que en Roma ya se habían celebrado varias «reuniones» para «discutir» la cuestión de Antonio y el «problema africano».

Mardo había sido el primero en advertirme y ahora acudió corriendo a mis aposentos para informarme.

— Lo divulgan los agentes de Octavio, naturalmente —me dijo, arrugando la despejada frente—. De esta manera puede decir que responde a los deseos de la gente.

— ¿Qué se dice en concreto?

— Dejemos que lo cuente él mismo. —Mardo arrastró a un renuente joven, sujetándolo por el codo. El espigado muchacho no tuvo más remedio que obedecer—. Acaba de desembarcar de un barco procedente de Ostia. Pero antes vendía verdura en un tenderete del Foro. Dice que ha venido aquí para hacer un trato con nuestros comerciantes de puerros e higos.

El joven sacudió el brazo para librarse de la presa de Mardo.

— ¿Y qué? ¿Acaso he cometido un crimen? ¿Es contrario a la ley pasear por los muelles de Alejandría tratando de concertar el transporte de un cargamento de alimentos? ¡Discúlpame si he obrado mal! —Se frotó el brazo—. ¡Pero quítame de encima a este gordinflón!

— Dinos lo que sabes y tendrás un cargamento gratuito de todos los puerros y los higos que quieras. Te pondremos incluso unos dátiles de Derr. Pero ahora háblame de estas reuniones públicas de Roma. ¿Has asistido a alguna de ellas?

— Las anuncian en el Foro. Me invitan a todas, pero yo sólo he asistido a una.

— ¿Quién las anuncia? ¿Quién invita?

Me miró desconcertado.

— No lo sé. Unos hombres. Unos hombres muy respetablemente vestidos.

— ¿Senadores?

— ¡Y yo qué sé! No son famosos, si es eso lo que quieres decir.

— ¿Y qué se discute en las reuniones?

— Ya te lo he dicho. Sólo he asistido a una. En la que yo asistí, la gente hablaba de Antonio y decía que había abandonado Roma que se había convertido en un rey oriental olvidando su deber. Recuerdo muy bien que dijeron que Cartago estaba volviendo a levantar la cabeza.

— ¿Cartago?

Me parecía absurdo.

— Por lo de Aníbal y esas cosas... los africanos que atacaban Roma.

Estallé en una carcajada.

— No tiene gracia —me advirtió Mardo—. No olvides la historia de Dido y Eneas, el noble romano seducido por una reina extranjera. Es muy conocida en Roma.

— Sí, porque él rechaza a Dido y la abandona y ella se muere de pena. ¡Supongo que es eso lo que ellos quieren que Antonio haga conmigo!

— Sin ninguna duda —asintió Mardo.

— ¿Y qué más dicen? —pregunté.

— Que tú eres... Vaya, que no eres virtuosa.

— ¿Quieres decir que la llaman ramera?

La voz de Mardo normalmente tan suave como la seda había adquirido un tono muy duro.

— Pues sí. —El muchacho bajó los ojos al suelo—. También dicen que ha embrujado a Antonio utilizando brebajes orientales, que lo ha convertido en su esclavo. Tal como le ocurrió a Hércules con Onfalia. De golpe, han aparecido por todas partes unas copas con la leyenda de Onfalia. Alguien las está distribuyendo. Muestran a Onfalia, la reina de Lidia, vestida con la ropa de Hércules y llevando su clava mientras el afeminado Hércules, vestido con una túnica, camina al lado de su carro bajo la sombra de una sombrilla, sosteniendo una rueca. Está destruido y

esclavizado por la reina, que interpreta el papel de un hombre. —El chico se ruborizó—. Las copas son muy bonitas... vienen de Arretium.

¡Arretium! Eran unas copas muy caras. Alguien debía de estar gastándose un montón de dinero.

— ¿Qué más?

— Nada. No sé. Ya te he dicho que no le prestaba demasiada atención.

— ¿No te parecía divertido? —le preguntó Mardo.

— Un poco sí —reconoció el muchacho—. Pero al final es siempre lo mismo.

— Bueno, pues regresa a Roma y mantén los oídos atentos. Ya nos encargaremos de que muy pronto empiecen a circular unos rumores distintos, pero no menos divertidos.

Antonio tenía todavía muchos seguidores en Roma y muchos agentes dispuestos a divulgar demoledores chismorreos sobre Octavio. Mardo y yo elaboramos una lista. Me alegré de que Antonio no estuviera con nosotros, pues se hubiera opuesto. Ahora podríamos decir lo que quisiéramos sin ningún tipo de censura.

Hicimos correr la voz de que Octavio era cobarde e inepto y siempre había conseguido que Antonio (en Filipos) y Agripa (en Nauloco) combatieran en su nombre mientras él se escondía muerto de miedo y evitaba enfrentarse con el peligro. Había incumplido todas sus promesas. Era aficionado a los juegos de azar y tan codicioso que condenaba a muerte a los hombres para apoderarse de sus preciosos muebles y de sus copas corintias, por las que sentía una especial predilección.

En cuanto a su moralidad personal, era algo inaudito. Primero le había vendido su apoyo a César a cambio de que éste lo nombrara heredero y después se había ofrecido al amigo de César Aulo Hirtio por trescientos mil sestercios. Después había seducido a la esposa de Claudio Nerón y se había casado escandalosamente con ella cuando todavía estaba embarazada de Claudio. ¿O quizá de él mismo? Pero eso tampoco le había bastado. Ahora enviaba a sus agentes para que le buscaran mujeres por las calles y éstos las desnudaban y examinaban como si fueran esclavas.

A veces en los banquetes no se podía dominar y arrastraba a la mujer de algún invitado a su alcoba ante los sorprendidos ojos del marido.

Pero ¿qué se podía esperar de un hombre cuyo padre era un cambista y cuya madre tenía una tienda de perfumes y ungüentos? ¿Y cuyo abuelo era un esclavo?

En cuanto a las acusaciones que corrían sobre Antonio y sus fiestas dionisíacas, por lo menos allí no se ofendía a los dioses, tal como había hecho Octavio en su Banquete de los Doce Dioses, en el que se presentó vestido de Apolo y después se entregó a una desenfundada orgía. ¡Un insulto, una

monstruosa afrenta a los dioses!

Yo me había horrorizado al enterarme de las acusaciones que se hacían contra César.

— ¡Él despreciaba todas aquellas mentiras! —le dije a Mardo—. ¡Sus enemigos las soltaban siempre que les convenía! ¿Cómo puedo hacer yo lo mismo que hacían sus enemigos?

— César creía que se tenía que usar la mejor arma que se tuviera a mano —dijo Mardo—. Si eso redundaba en beneficio de Cesarión, el sacrificio valdría la pena.

Yo seguía dudando. Sin embargo, tenía que arrojarle a Octavio todo el barro que pudiera.

— De acuerdo —dije a regañadientes.

Los chismes no tardaron en circular por toda Roma mientras Octavio seguía ocupado con sus tropas en Iliria. Nos costó mucho dinero, pero ¿para qué sirve el dinero?

Ambos hombres seguían entregados a sus misiones militares en el extranjero mientras en Roma sus partidarios rivalizaban para ver cuál de ellos podía manchar más el nombre del otro. En Alejandría los hermosos días iban pasando, ajenos a todo lo que ocurría en el resto del Imperio. Pero mis agentes me mantenían bien informada y yo tenía conocimiento de todos los detalles de lo que ocurría en Roma: Opio (¡bien conocía él la verdad!, ¡el miserable traidor de César!) había escrito un libelo en el que «demostraba» que Cesarión no era hijo de César; la gente llamaba al dios protector de Octavio no Apolo el Benefactor, sino *Apollo Tortor*, el Torturador; otros acusaban a Antonio de perfidia por haber ejecutado a Sexto; los jocosos comentarios que corrían sobre la costumbre de Octavio de usar cáscara de nuez para suavizar el vello de sus piernas. Los hombres de Octavio se burlaban del estilo de hablar y escribir de Antonio, al que acusaban de usar «el aguijón de las frases rebuscadas», siguiendo una costumbre insólita en Roma.

De repente. Agripa desterró de Roma a todos los adivinos y los magos. «¡No los queremos aquí! —decretó—. ¡Que regresen a Oriente y se junten con aquellos que tanto les gustan, los que adoran animales divinizados y otras abominaciones!» Por la ciudad circulaban letreros en los que se nos representaba a Antonio y a mí con Anubis y Hator inclinados sobre nosotros, Anubis con su cabeza de chacal y Hator con sus orejas de vaca. Mis agentes me habían hecho llegar uno y yo lo había visto con mis propios ojos.

También circulaban versos sobre la Reina a la que servían unos «arrugados eunucos» tan «malvados» como yo. Al parecer, yo encabezaba un desfile de criaturas maléficas: perversos eunucos, ramera, adivinos adoradores de animales y nigromantes que celebraban obscenos ritos. Entretanto, me cubría de joyas y perfumes y acaparaba los reinos que le había exigido a mi borracho general romano a cambio de mis favores... yo, el *fatale monstrum*, el monstruo fatal de Oriente.

Al principio, todo aquello me pareció divertido, aunque sólo fuera como una muestra de la imaginación de la gente. Me preocupaban los comentarios sobre los eunucos y cuidaba de ocultárselos a Mardo. Pero a medida que pasaba el tiempo, el veneno que contenían me empezó a preocupar. El odio que destilaban era muy grande. ¿Serían los mismos que me habían cortejado en Roma cuando yo estaba con César? Me habían visto con sus propios ojos, habían comido y conversado conmigo. ¿Cómo era posible que ahora se creyeran aquellas acusaciones y me odiaran más allá de toda razón?

Pasaban las semanas y yo seguía sin recibir noticias de Antonio. ¿Ya habría lanzado su ataque contra la Partia? ¿Dónde estaría ahora?

Al final, no pude soportar la tensión y anuncié en palacio que me iba a las fuentes termales para tomar las aguas y descansar. Las termas de estilo romano se estaban extendiendo por todas partes, con sus salas de agua caliente y fría, pero a mí todo aquello me parecía demasiado artificial. Yo prefería los antiguos manantiales naturales.

— Los romanos dirían seguramente que regreso a mis primitivos y bestiales orígenes —comenté—. O quizá que quiero entregarme a orgías sensuales. Y sobre todo, no debo olvidar las joyas.

— ¡No tienes que bañarte con joyas de plata! —me advirtió Mardo—. Perderían el brillo.

Me eché a reír.

— No seas tonto. Era sólo una broma. No tengo intención de llevarme ninguna joya al manantial.

Me llevaría a Carmiana y a Iras. Últimamente no tenían muchas ocasiones de divertirse y las salutíferas aguas les serían muy beneficiosas.

Ahora, recordando aquellos días, sé que fue la última vez que jugué y me divertí en Egipto como una criatura auténticamente libre, tal como yo era en mi infancia y que más tarde ya no pude ser. La corte de Alejandría no ofrecía la menor intimidad y era siempre un escenario público. Sin embargo, las aguas siempre esperaban pacientemente y, si yo no las buscaba, la culpa era mía. Más tarde ya no las podría buscar por mucho que las echara de menos.

Las gruesas columnas de piedra de la gruta se elevaban hasta la bóveda de la cueva donde las aguas burbujeaban. Dentro reinaba un solemne silencio y la luz del sol, difusa y teñida de azul, bañaba las paredes de la gruta. El agua caliente se vertía en un estanque más vasto y, desde éste, resbalando por un saliente, se canalizaba hasta un estanque inferior. En el interior de la cueva el agua era muy caliente, pero cuando salía y bajaba a los estanques de los distintos niveles, se iba enfriando hasta alcanzar la temperatura del cuerpo. Por consiguiente, no tuve la sensación de que en determinado momento terminaban mis brazos y piernas y empezaba el agua; todo era una sola cosa.

¡Qué alivio sentí!... aunque no de golpe. Tenía los nervios tan alterados que, cuando floté por primera vez en el agua y empecé a moverme muy despacio,

experimenté el impaciente deseo de llegar al otro lado. Cuando lo alcancé, me agarré al borde del estanque y dejé que las burbujas resbalaran sobre mi cuerpo. Qué olor más extraño tenía el agua; qué suave dejaba la piel. Crucé el estanque una segunda vez y una tercera. Al llegar a la cuarta o la quinta me sentí más calmada, como si la sustancia que contenía el agua me hubiera penetrado a través de la piel y me hubiera serenado de una manera sutil. El agua era de un verde azulado, distinto del color del mar y del Nilo. El mineral mágico que contenía la debía de teñir de aquel color.

Me tendí en la cálida roca al lado del estanque y dejé que me frotaran todo el cuerpo con unas gruesas toallas hasta llegar a los dedos de los pies. Después me aplicaron una loción tan tenue como la leche y con un perfume como de linos machacados y me frotaron la espalda, las caderas y los hombros. Sentí que me transformaba en marfil y que me suavizaba y blanqueaba la piel. Lancé un suspiro y apoyé el rostro en mis antebrazos. El delicado perfume, el calor, el agradable hormigueo de mi piel... todo me adormecía y dejaba en suspenso mis pensamientos. Cuando desperté, ya era casi de noche. Las horas se habían deslizado y yo me sentía como nueva.

Sólo se echaba de menos una cosa en la fuente termal y yo me comprometí a proporcionársela. Necesitábamos columnas sumergidas en el agua para poder nadar a su alrededor y descansar junto a ellas como sirenas o ninfas marinas.

En Alejandría mi mundo había cambiado durante mi breve ausencia.

Había llegado una carta de Antonio: Octavio había contestado a sus acusaciones y las había refutado todas. La carta era un hiriente reproche y un desafío directo.

Mi muy amada esposa:

Estaba junto a las orillas del Araxes disponiéndome a atacar la Partia con mis tropas y las del rey medo para cumplir mi promesa de invadir aquel territorio cuando llegó un mensajero de Roma. Octavio me lo ha arrojado todo a la cara. Ya ni siquiera se toma la molestia de mantener la apariencia de amistad entre nosotros. He aquí lo que dice:

En respuesta a mi acusación de que ha quebrantado nuestro pacto, guarda silencio. Yo le había dicho en concreto que Lépidio había sido destituido sin las debidas consultas y que él se había apoderado de sus legiones, sus rentas y sus territorios; me contesta que Lépidio fue justamente privado de su cargo. Le había dicho que yo tenía derecho a la mitad de Sicilia y él me contesta que la hubiera podido tener si a mi vez yo le hubiera dado a él la mitad de Armenia. Le había dicho que les negé a mis veteranos las tierras que les correspondían en Italia; me contesta que ni falta que les hace, pues «sus recompensas están en la Media y en la Partia que han conquistado con su gallarda campaña a las órdenes de su comandante».

Mis esperanzas de llevar a cabo una campaña oriental se han desvanecido. No puedo librar una guerra en dos frentes. Tengo que abandonar mi sueño y

movilizar mis tropas para contraatacar a Octavio.

He ordenado a Canidio que retire las dieciséis legiones y me siga a Éfeso. Allí, con mis oficiales y mi flota, tendré que prepararme para el inminente choque.

¡Mi sueño! ¡Mi meta! ¡La deuda que tenía contraída con César para llevar a la práctica sus planes! Todo ha quedado en suspenso, tal vez para siempre. Me siento engañado por la fortuna.

Reúne la flota egipcia y envíamela a Éfeso. Sólo entonces podré calibrar los recursos que tenemos.

¡Oh, cruel y burladora Tique!

¿Vendrás tú también, amada mía? Pero si los asuntos en Egipto impiden tu viaje, que así sea.

Con mi amor, M. Antonio

Contemplé la carta parpadeando. O sea, que ya se habían roto las hostilidades. Una vez tomada la decisión, Octavio había actuado con rapidez y determinación. Se quitaba de encima a Antonio y apartaba a un lado la máscara del Triunvirato; era lo bastante fuerte como para no tener que ocultarse detrás de ninguna de las dos cosas. ¡Qué casualidad que yo ya hubiera construido los cien barcos adicionales!

AZUL, azul, azul. Con un color tan brillante y profundo como el de los zafiros, el mar de Éfeso resplandecía bajo el sol. Y sobre él navegaba mi flota cuyos altos mástiles se reflejaban en líneas quebradas en las olas mientras las popas doradas y los arietes de bronce cubrían las aguas de reflejos metálicos. Como en un ejército, donde hay desde generales hasta soldados de a pie, los barcos que tenía bajo mi mando iban desde la sublime altura de mi nave capitana, la *Antoniada* (¿qué otro nombre le hubiera podido poner?) hasta las bajas y ligeras galeras liburnas cuyos remos parecían deslizarse suavemente sobre el agua. No había dejado ningún hueco en la flota, no había ningún tipo o tamaño que no estuviera representado. Tenía que ganar. No podía dejar nada al azar.

El mar y los barcos. Una vez más volvían a interpretar un importante papel en mi vida. Una vez más transportaban algo más que mi persona: transportaban mi destino. Los barcos eran doscientos y Antonio estaba reuniendo otros en todas partes. Los restos de la antigua flota de Sexto, los setenta barcos que le había devuelto Octavio, los barcos de Rodas y de Creta y las escuadras romanas estacionadas en Chipre.

— ¡Será la flota más grande que jamás se haya reunido! —exclamó Antonio con asombro protegiéndose los ojos de los rayos del sol con la mano, mientras contemplaba en el puerto de Éfeso los barcos que allí permanecían anclados, esperando su inspección.

— ¿Y si los usáramos para atacar Roma en ausencia de Octavio?

Me parecía una oportunidad ideal. Roma estaba desprotegida, su presunto amo se encontraba en Iliria y el pueblo aún se mostraba indeciso con respecto a él. Antonio tenía muchos partidarios en Roma. Si zarpáramos y nos presentáramos con nuestra impresionante flota...

— No —contestó Antonio sin vacilar—. La estación de la navegación ya se ha cerrado.

— Pero los barcos también zarpan en invierno, zarpan y llegan a su destino. —A cambio de semejante trofeo, bien merecería la pena correr el riesgo.

Roma estaba allí, tan apetitosa como una roja manzana madura, colgando de la rama a la espera de que alguien tuviera la audacia de arrancarla.

— ¿Qué justificación tendría yo? —preguntó—. No ha habido una declaración de guerra.

— ¿Y quién decidirá el momento de la declaración? ¿Octavio o tú?

— Mis tropas aún no han llegado —dijo—. Canidio aún no ha venido con las dieciséis legiones y estoy esperando otras siete de Macedonia. Los reyes clientes acaban de emprender el camino hacia aquí. Ahora sólo dispongo de unas

fuerzas muy reducidas.

— ¿No podrías mandar un mensaje a Canidio para que se diera prisa? ¿O enviar por delante a las mejores legiones?

— Sería demasiado precipitado. Algunos barcos todavía no han llegado.

— Tienes que actuar con rapidez. Si atacas de golpe con un pequeño contingente de fuerzas, el elemento sorpresa multiplicará su efecto por mil.

Sentía en lo más hondo de mi ser que aquél era el momento, un momento que se nos ofrecía casi como un regalo inesperado. El talento consistía en saber cuándo atraparlo.

Pero Antonio sacudió la cabeza.

— No puedo invadir Italia con barcos y soldados extranjeros. Toda la tierra se uniría contra nosotros.

— Lo que quieres decir es que no puedes invadir Italia estando yo a tu lado.

— Sí, eso es justamente lo que quiero decir. No lo consentirían. No, eso jamás. A menos que tú accedieras a permanecer en segundo plano.

— Imposible. Tendría que estar allí desde el principio, de lo contrario siempre sería considerada una usurpadora.

Lo que no podía decirle era que, si él me dejara en segundo plano, a Octavio le sería muy fácil ofrecerle unas condiciones ventajosas a cambio de que renunciara a mí. Era algo que ya había ocurrido antes. Me avergonzaba mi falta de confianza en él, pero Antonio siempre experimentaba el deseo innato de complacer a los demás y Octavio era muy taimado y persuasivo.

— Siempre te verán así —me dijo tristemente.

— Cuando todo haya terminado, puede que le gente me acepte con más facilidad. ¡Bien que les gustaba cuando vivía en Roma! Entonces no me aplicaban mote insultantes y nadie comentaba mi condición de extranjera. Hasta Horacio y Virgilio me visitaron. Y lo volverán a hacer. ¡Pero primero tenemos que ganar la batalla!

— La ganaremos —me aseguró—. Pero tengo que esperar a que venga Octavio. Él tiene que ser el agresor. Procuraremos alejarlo al máximo de su base de suministros. Cuanto más lejos lo atraigamos, tanto más débil será.

»Su vulnerabilidad está en su pobreza. No puede permitirse el lujo de pagar a sus tropas; es muy posible que su ejército no tarde en venirse abajo: tendrá que licenciar a sus legiones de Iliria y cubrir sus necesidades, echando mano de un tesoro vacío. Combatir una guerra lejana es la aventura más cara a la que puede lanzarse. Tal vez ni siquiera esté a su alcance el simple transporte y manutención de las tropas. Las tropas se amotinarán y habrá malestar en el país.

El razonamiento parecía acertado y sensato. Pero Octavio siempre tenía la habilidad de encontrar rápidas soluciones a corto plazo que le permitían ganar tiempo.

— ¿Hasta dónde pretendes atraerlo? ¡Yo no lo quiero en Egipto!

— Hasta Grecia —contestó Antonio—. Grecia se encuentra justo al otro lado de la línea que separa nuestra jurisdicción. Tendrá que cruzar la línea para atacarnos y eso lo convertirá en un claro agresor desde el punto de vista legal.

— ¿Y a quién le importa la legalidad? Todo el mundo sabe que eso es una guerra civil. ¿Qué más da quién sea el agresor? ¿Y quién le pondrá la etiqueta?

— El Senado —contestó—. Yo quiero ser considerado el bando inocente.

— Cuando la batalla se haya ganado o perdido, el sumiso Senado dirá y hará lo que le ordene el vencedor. Si le dicen que lo haga, declarará que Agripa es Helena de Troya. ¡Olvídate del Senado y concéntrate en la batalla!

¿Cómo no se daba cuenta de que el Senado no servía para nada?

— Nosotros no atacaremos —se obstinó—. Esperaremos a que nos ataquen ellos. Utilizaremos nuestra gigantesca flota para impedir que Octavio transporte sus tropas y cortaremos los suministros a los pocos supervivientes que consigan llegar hasta aquí.

— Me dejas asombrada —le dije—. Tú eres un general de tierra... el mejor de todos los que hay. Que confíes en la flota me parece cuando menos inaudito. Agripa es en el mar lo que tú en tierra; puede que no acepte humildemente el plan que tú le has trazado.

— No tendrá más remedio que aceptarlo —respondió Antonio—. No puede cambiar la geografía. Italia se encuentra al oeste de aquí y él tendrá que atravesar el ancho mar Jónico para poder trabar combate con nosotros. Y nosotros lo estaremos esperando, bien preparados y más frescos que una rosa. Nos podemos permitir el lujo de esperar a que el dañado y desmoralizado enemigo venga a nosotros.

Esperar no era muy de mi gusto y tampoco lo era del de Antonio. En cierto modo, el hecho de esperar requería un esfuerzo mucho mayor que el lanzamiento de un ataque, pues exigía mantener un ejército motivado durante varios meses de inactividad. Y ahora el ejército de Antonio estaba integrado en buena parte por soldados no romanos debido a que Octavio había bloqueado sus privilegios de reclutamiento en Italia. ¿Hasta qué extremo serían leales a un general romano? ¿Con cuánto fervor lo seguirían? La situación me parecía preocupante. Pero fui derrotada. Procuré tranquilizarme, pensando que él tenía más experiencia que nadie en el campo de batalla y que, por consiguiente, mis recelos no estaban justificados.

Al principio, Antonio se disgustó con Octavio y experimentó aquella curiosa tristeza que suele provocar en los hombres el hecho de sentirse traicionados. El repentino ataque personal lo había dejado aturdido. Cuando llegué a Éfeso lo encontré sumido en un profundo estado de desaliento.

Ni siquiera se fijaba en las bellezas de la ciudad. A mí me parecía un lugar extremadamente hermoso, con sus puertas de entrada en el puerto y la ancha calle que conducía desde el muelle hacia el monte Pion, alrededor de cuya base

se apretujaba la ciudad. Unas encantadoras casas trepaban por las laderas mientras que la zona construida sobre terreno llano cerca del puerto tenía una impresionante ágora comercial no lejos del teatro.

En cambio, el centro administrativo de la ciudad estaba situado en la ladera del monte. Sin embargo, lo mejor eran los campos que la rodeaban, llenos de escarpadas rocas y hondonadas con altos cipreses cuyo verde oscuro casi negro puntuaba el paisaje. Y el fulgurante mar, siempre iluminado por unos rayos de sol que allí se reflejan y difunden como en ningún otro lugar de la tierra. Numerosas islas y penínsulas nadaban en aquel mágico mar.

Intentaría convencerle de que me acompañara al otro lado de las murallas de la ciudad para que, sentado en la ladera del monte calentada por el musgo de las rocas, contemplara las nubes que se desplazaban velozmente por el cielo y proyectaban sus sombras sobre las cambiantes aguas del mar.

Entonces se olvidaría de su melancolía al perderse en el hipnótico paso de las formas que cruzaban el cielo y se sentiría aliviado por el bálsamo de un silencio roto tan sólo por las esquilas de las cabras que pastaban en los escarpados peñascos.

— Ah —dijo, tomando mi mano—, a veces creo que sería feliz en el destierro... si estuviera en un lugar como éste y te tuviera conmigo.

No dedicamos demasiado tiempo a contemplar el cielo mientras examinábamos nuestras vidas. A pesar de que es un defecto muy corriente, me pregunté por qué. ¿Por qué nos miramos siempre los pies en lugar de levantar la vista al cielo?

— Pues a mí no me gustaría el destierro —comenté—. El destierro significa no volver a poner jamás los pies en las playas de tu país.

— Quizás estamos demasiado apegados a nuestra tierra —dijo—. Puede que también fuera agradable vagar siempre por el mundo.

Me apenaba haber dejado a mis hijos por... ¿cuánto tiempo? El destierro no estaba hecho para mí. Yo me sentía demasiado apegada a Egipto. Sin embargo, mientras miraba a Antonio, comprendí que hablaba con toda sinceridad. En el fondo era un hombre corriente que había sido llamado a desempeñar una importante misión. Por eso, el simple hecho de contemplar el cielo y el mar le hubiera sido más que suficiente. Puede que, en el fondo, no deseara gobernar Roma, o al menos que no lo deseara lo bastante como para convertirlo en realidad.

Para gobernar, para imponer tu voluntad sobre los demás, lo tienes que desear con toda tu alma y estar convencido de que ninguna otra cosa te podría satisfacer. Lo malo es cuando eso lo piensa tu rival y tú no.

— Para poder vagar felizmente por el mundo, no tienes que volver jamás la cabeza hacia atrás ni pensar en lo que has dejado a tu espalda —dijo finalmente.

Éfeso era el lugar en el que se había iniciado su ascenso personal al poder, cuando acudió allí después de Filipos embriagado de gloria y fue saludado como

Dioniso por vez primera. Ahora había vuelto al principio y un nuevo comienzo lo estaba aguardando. Pero, de momento, permanecía sentado en la ladera entre los rebaños de cabras, contemplando el paso de las nubes por el cielo.

Una mañana en Éfeso lo vi; el imponente mausoleo de ocho lados construido junto a la calle más transitada de la ciudad. Los que regresaban de hacer sus compras en el ágora inferior pasaban por delante de él con sus fardos y lo mismo hacían los funcionarios de la parte alta de la ciudad, caminando con paso decidido. El mausoleo parecía participar de toda la vida que lo rodeaba: las mujeres descansaban en las gradas que rodeaban su base, los niños correteaban a su alrededor y los viejos apoyaban las encorvadas espaldas en sus muros.

— Espérame en el Octágono —solía decir la gente cuando se citaba para algo.

— ¿Y eso qué es? —le pregunté al magistrado que me estaba acompañando en un recorrido por la ciudad, a pesar de que, de una misteriosa manera, ya lo sabía. Su forma me era demasiado conocida; el Octágono, con su torre redonda sostenida por columnas y coronada por una figura. Lo había visto a diario a lo largo de toda mi vida: era el Faro de Alejandría.

— Es un sepulcro. Altísima Señora —me contestó mi acompañante, esbozando una nerviosa sonrisa.

Me aparté de él para examinar los relieves que adornaban la base. Eran escenas de luto: una joven rodeada por unos amigos que lloraban visiblemente afligidos por su muerte. En segundo plano, un gigantesco templo.

— ¿Y eso? —pregunté, señalándolo mientras acariciaba con los dedos la superficie en relieve. Había sido labrado recientemente, pues los cantos estaban todavía muy bien perfilados.

— ¡Es el gran templo de Artemisa, el espléndido, la maravilla del mundo! ¿No lo has visto? ¡Oh, Majestad, te tengo que acompañar allí! ¡Pensar que todavía no lo has visto! Sí, tenemos que...

Hablaba sin parar y las palabras brotaban de su boca como el agua de una fuente.

— ¿Quién está enterrado allí?

¿Me diría la verdad o trataría de escabullirse?

— Es... es de... una joven —me contestó, aparentando indiferencia.

— Y muy rica según veo —comenté—. ¿Tal vez su padre era magistrado? ¿O quizás un acaudalado mercader?

— Pues... sí, eso es —dijo asintiendo enérgicamente con la cabeza.

— Supongo que a un rey se le puede calificar de magistrado y de acaudalado mercader —comenté—. Es la hija de Tolomeo, ¿verdad?, la princesa Arsinoe. Y este mausoleo recuerda el Faro de su ciudad natal.

Mi hermana, enviada a la tumba por orden mía.

Sí, hay que aspirar al poder y desearlo por encima de cualquier otra cosa, si uno quiere ejercer su dominio sobre los demás. Y no hay que tener el menor escrúpulo en enviar a la propia hermana al verdugo en caso de que haya aspirado a ocupar traicioneramente tu trono. Antonio no era capaz de ser tan despiadado, a pesar de que lo había hecho a petición mía. Él había ordenado que la sacaran de su refugio del templo y le dieran muerte, cumpliendo mis deseos.

Ahora, contemplando su sepulcro y sabiendo que ella yacía en su interior aprisionada por la muerte, experimenté una sensación de alivio (sabiendo que ella no hubiera dudado en tomar la misma decisión respecto a mí) y de dolor al pensar en lo que yo había sido capaz de hacer, y también de tristeza por todas las vidas prematuramente truncadas. Arsinoe sólo tenía veintiséis años.

— Sí, Majestad —dijo el hombre, inclinando la cabeza como si fuera el culpable.

— ¿Era conocida aquí?

— Pues sí, muy conocida.

Ya había abandonado todo intento de disimulo.

— La belleza te granjea muchos amigos —dije jovialmente.

La gente respondía a un rostro agradable; prefería una belleza poco honrada a una persona honrada, pero fea. Se ve incluso en las tabernas; una agraciada tabernera que sirve comida de mala calidad siempre tiene muchos clientes. Sobre todo si, encima, es simpática. Acaricié con la mano la pulida piedra. Arsinoe estaba allí dentro.

— Hola y adiós, hermana —dije en un susurro tan leve que sólo la muerta lo pudo escuchar.

Aquella noche, en la espléndida mansión que nos habían cedido en la cuesta que conducía al ágora del Estado, me sumí en un profundo abatimiento. Le dije a Antonio que debía de ser el cansancio, pues me sentía efectivamente agotada. Apenas había tenido tiempo de ordenar todos los asuntos del Reino y tomar las disposiciones necesarias para el período de mi ausencia tras haber recibido la llamada de Antonio. La travesía por mar a finales de otoño no había sido muy agradable. El hecho de que Antonio, con su perenne optimismo, estuviera a punto de lanzarse a una guerra contra Octavio había sido un sorprendente alivio, pero todo había sido un poco precipitado. Había comprendido que tendría que acudir de inmediato a su llamada y animarle en su decisión antes de que cambiara de idea o se convenciera de que no tenía que hacerlo, justificando una vez más la conducta de Octavio. Pero todo aquello me había dejado exhausta.

— ¿Qué te ocurre, amor mío? —me preguntó Antonio, levantando la vista de los documentos mientras yo permanecía sentada con la mirada perdida en el espacio, cosa insólita en mí.

— Estoy cansada —contesté—. Creo que me acostaré temprano.

— Sí, seguro que estás cansada. ¡La travesía en esta época del año! Ya te dije que no era necesario que vinieras...

— Como si yo hubiera podido quedarme en casa.

Levanté la mano y me aparté un mechón de cabello de la frente. Me pareció un esfuerzo enorme.

Tenía los pies apoyados en un escabel. Antonio se acercó, me quitó las sandalias y empezó a frotarme los pies.

— A veces eso despierta a la persona —me explicó—. Devuelve la sangre a la cabeza.

Justo en aquel momento Ticio entró en la estancia. Antonio le miró sin soltarme los pies.

— ¿Sí? —le preguntó.

— Imperator, he recibido la promesa del rey Amintas de Galacia de que aportará por lo menos dos mil soldados de caballería a nuestra... empresa —dijo.

Pero yo vi que sus ojos estaban clavados en mis pies a pesar de que no movió la cabeza.

— Muy bien —dijo Antonio—. Son los mejores de todo Oriente. —Me soltó los pies y se levantó—. Confío en que los demás no tarden en confirmar su aportación. —Me señaló orgullosamente con la cabeza—. La Reina ha llegado.

— Me complace verte. Majestad —dijo Ticio, esbozando una gentil sonrisa.

Después él y Antonio se apartaron para discutir los detalles.

Yo permanecí sentada, pensando en Arsinoe. Si se hubiera conformado con el destino que le había tocado en suerte —de princesa y no de reina— aún estaría viva y no encerrada en aquella tumba. Pero la gente no suele conformarse con ocupar posiciones inferiores. Yo sabía que Antonio se hubiera sentido satisfecho con tener en su poder la mitad del mundo. Pero Octavio lo quería todo o nada y jamás lo hubiera dejado en paz. Pues muy bien. Yo era como Octavio, tal como atestiguaba la silenciosa tumba de Arsinoe. Ahora combatiríamos cuerpo a cuerpo por el trofeo del mundo entero y Antonio no podía titubear.

Discutimos en el Gran Templo de Artemisa, dejando que toda aquella belleza fuera testigo de nuestra pelea. Fingiendo ser unos visitantes comentados, habíamos echado a andar por el sagrado camino de aproximadamente una milla de longitud que, rodeando la montaña, conducía al templo que yo estaba deseando visitar.

En la entrada del templo me detuve para estudiar las figuras labradas en las bases de las columnas. Soplaban una ligera brisa y la llana superficie del mar brillaba como un espejo en el cual se reflejaba el sol del atardecer.

Antonio se impacientó y empezó a desplazar el peso del cuerpo de uno a otro pie, cruzando los brazos al tiempo que tamborileaba con los dedos sobre sus antebrazos. Cuando me acompaña alguien que está deseando irse, me cuesta

mucho concentrarme en el arte. Lanzando un suspiro, me aparté de las columnas. Ya regresaría otro día. Pero estaba molesta con Antonio y, en cuanto él me habló, le empecé a llevar la contraria.

— Todo eso —dijo Antonio, señalando con la mano las altas columnas tan blancas como la leche— es lo que ellos no comprenden.

¿De qué estaba hablando? ¿Y por qué tenía que hablar en lugar de dejarme disfrutar de los relieves?

— ¿Quiénes? ¿Y qué es lo que no comprenden? —pregunté, deseando que me diera una respuesta breve.

En su lugar, empezó a soltarme la lista de los recelos que le inspiraba el Senado y a comentarme la necesidad de que los senadores comprendieran —y aprobaran— sus acciones en Oriente.

— Aquí es distinto —dijo—. Estos antiguos reinos no desean seguir el signo de los tiempos y prescindir de sus reyes. El simple hecho de que Roma no tenga rey no significa que los demás tengan que seguir su ejemplo.

— Sí, todo eso es cierto, pero ¿y qué? —repliqué.

— Los romanos no entienden las concesiones territoriales que hice en Alejandría —dijo. ¡O sea que era eso! Antes de que yo pudiera decir nada, añadió —: Pero hay que hacérselo comprender y conseguir que lo aprueben. Lo anunciaré en una carta que los nuevos cónsules leerán en el Senado cuando tomen posesión de sus cargos. Gracias sean dadas a los dioses de que los dos cónsules del año que viene son mis fieles comandantes Sosio y Enobarbo. ¡Me dirigiré al Senado a través de ellos! ¡Ellos asumirán la defensa de mis intereses ante Octavio!

¿Por qué era tan ciego y tan obstinado? Contemplé tristemente los relieves. En aquel momento no me era posible admirar su singular belleza.

— ¡Maldito sea el Senado! —exclamé, levantando excesivamente la voz.

Varios visitantes volvieron la cabeza tratando de oír algo más. Hasta Antonio se desconcertó.

— Bueno... —dijo, buscando las palabras más apropiadas—. El Senado...

— El Senado perdió su autoridad moral cuando permaneció impasible ante el asesinato de César —repliqué—. Ahora ya no queda casi ninguno de aquellos senadores y, ¿quiénes los han sustituido? Pues unos hombres mezquinos que sólo conocen la envidia, la ambigüedad y la timidez. ¡Olvídate de ellos! Aunque te apoyaran, no serviría de nada.

— La Constitución de Roma contempla el acatamiento de las decisiones del Senado —me dijo sin inmutarse—. ¡Pero, como es natural, no se puede esperar que tú lo comprendas!

— ¡Eres tú quien no lo comprende! —repliqué—. No te das cuenta de los cambios que se han producido en Roma, unos cambios que, además, son permanentes. La autoridad del Senado ya no existe, está tan cercenada como...

¡la virilidad de este sacerdote! —dije, indicándole un sacerdote que estaba bajando presuroso las gradas del templo. El sacerdote nos dirigió una severa mirada.

— Pues son la única autoridad que nos queda —replicó sin dar su brazo a torcer.

— Dirás más bien que son la única semblanza de autoridad que os queda. Sólo la sombra de una autoridad. El Senado murió con César y ni siquiera le ofrecieron un entierro oficial.

Antonio bajó unas cuantas gradas con expresión enfurruñada. Siempre que oía algo que no le gustaba, se negaba a aceptarlo.

Lo seguí.

— ¡No te me escapes cuando te estoy hablando! —le dije—. Si alguno de mis súbditos se atreviera a hacerme una cosa así...

Le di alcance. Aún estábamos en el recinto del templo y no parecía un lugar muy apropiado para mantener una discusión.

— La gente nos está mirando —señalé—. ¡Procura reportarte!

¿Acaso no pensaba en nuestras reputaciones?

— ¡No me importa! —contestó, alejándose.

— ¡Tienes que respetar las formas! ¡Deja de comportarte como un jovenzuelo! Si tú gobernaras el mundo...

Se volvió a mirarme.

— ¡Eres tú la que quería que gobernara el mundo!

A nuestro alrededor se había formado un nutrido grupo de personas que nos estaban mirando y escuchando. Me callé y le seguí sin decir nada.

Mejor reanudar la discusión cuando estuviéramos solos.

Aquella noche, en la espléndida residencia que uno de los representantes de la ciudad había puesto a nuestra disposición, Antonio pareció haber olvidado la trifulca. Estaba de tan buen humor que bebió más de la cuenta, comió excesivamente y se rió demasiado. Pero yo no me llamé a engaño y comprendí que tarde o temprano tendríamos que reanudar la discusión... o la conversación.

En el comedor había un mosaico que representaba restos de comida tan fielmente reproducidos que parecían las sobras de un banquete de verdad. Había huesos, mondaduras de fruta y conchas de mariscos esparcidas por el suelo. Era algo que estaba muy de moda en aquellos momentos, pero que a mí me parecía una pérdida de tiempo. ¿Por qué representar los desperdicios? En cambio Antonio, sin dejar de beber, lo contemplaba todo tan fascinado que, al final, empezó a arrojar los restos de su comida al suelo.

— ¡Pero si casi no se nota la diferencia! —exclamó mientras una corteza de melón rodaba por el suelo y se detenía finalmente junto a unas cerezas de

mosaico—. ¡Mira!

Se inclinó sobre los antebrazos de su asiento y lo estudió cuidadosamente.

— Ya ni los gemelos se comportan así —dijo, utilizando un tono más áspero del que pretendía—. Ahora estás al mismo nivel que Filadelfo.

Ladeó la cabeza.

— Dicen que los niños son muy sabios. ¿Cuántas personas mayores quisieran tener tiempo para jugar?

— Por lo visto, hay que ser un niño o el amo del mundo para comportarse de esta manera. Las personas normales no pueden permitirse este lujo.

— Ya estamos otra vez con la historia del amo del mundo. Ya sabía yo que acabaría saliendo. —Se apoyó en los codos esbozando una leve sonrisa—. Bueno, ya estoy preparado. Háblame del alto destino que me espera. —Alargó la mano, tomó su copa y contempló sus profundidades. Escanció un poco más de vino y se lo bebió todo de un trago.

— Antonio, bebes demasiado.

Ya está, se lo había soltado.

Se apoyó una mano a la altura del corazón.

— Me ofendes —dijo con expresión dolida.

— Es la verdad. No... te conviene.

En realidad, le había querido decir que, cuando era más joven, la bebida no le afectaba mientras que ahora...

Pensaba que empezaría a discutir, pero no fue así.

— Lo sé —dijo, pero ello no le impidió volverse a llenar la copa—. Pero me gusta porque me libera la mente, la deja vagar a su antojo, y algunas veces me confiere prudencia o me muestra un nuevo camino.

— Apuré el contenido de la copa—. Otras veces me provoca sueño —reconoció, levantando en alto la copa—. Adiós, mi apreciado amigo, puesto que Cleopatra así lo quiere. Y pensar que estamos en una región que tiene justo al lado los mejores vinos del mundo. ¡Lesbos con tu dulce néctar, Quíos con tus mágicos racimos, no debéis acercaros a mí!

— ¿Por qué tienes que ser siempre tan exagerado? No tienes por qué desterrarlo por completo de tu vida. Sólo tienes que moderarte.

— Algunos tenemos un temperamento que excluye la moderación —dijo, hablando completamente en serio—. Tenemos que abrazar o rechazar las cosas en su totalidad. —Se levantó. No se tambaleaba y sus palabras eran claras y precisas—. Si no hubiera sido un hombre así, no estaría aquí ahora a tu lado. Hubiera jugado contigo, hubiéramos disfrutado juntos, pero jamás me hubiera comprometido. Y Roma se hubiera alegrado. Roma estaba encantada de verte como mi amante, pero se horrorizó al verte convertida en mi esposa. Sin embargo,

yo desprecio todos esos convencionalismos.

— Pues entonces, ¿por que buscas tanto su aprobación? Si tú no apruebas lo que hacen, ¿por qué quieres que ellos aprueben lo que haces tú? ¿Por qué pretendemos que nos respeten aquellos a quienes nosotros no respetamos?

— No lo sé —contestó—. En Roma reverenciamos a nuestras madres por encima de todo. Y, para bien o para mal. Roma es mi madre.

Yo también me había levantado de la mesa. Antonio me abrazó y me atrajo estrechamente hacia sí. Me apoyé contra él, deseando aliviar su dolor. Estaba claro que tendría que disgustar a su madre, a su madre Roma, por lo menos a Roma tal y como era en aquellos momentos. Pero las madres siempre se alegran de las hazañas de sus hijos descarriados con tal de que tengan éxito.

— Subestimas el amor de una madre —le dije al final—. Ella jamás te abandonará. Roma te recibirá con los brazos abiertos. Roma no es el Senado y tampoco es Octavio. Tú eres tan romano como ellos. Cuando te alces con el triunfo y regreses victorioso a las colinas de Roma...

— Ah, otra vez lo mismo —suspiró—. Siempre se reduce a eso.

— Sí, se reduce a los ejércitos —dije—. Roma siempre ha girado en torno a los ejércitos. La historia de Roma es la de sus ejércitos.

Abrazados nos dirigimos lentamente a la cama, mirando con cuidado por donde pisábamos. Mi reacio imperator, mi jovial Dioniso estaba ahora muy tranquilo y sosegado, y parecía que sólo le apetecía dormir. El peso de la tarea que tenía por delante lo oprimía y por eso buscaba alivio en el vino. Y yo le había estropeado el alivio.

Sin embargo, mientras descansaba a mi lado, sentí que su brazo se tensaba bajo mi nuca. Extendió los dedos y empezó a jugar con mi cabello. Noté un hormigueo en la piel.

— El cabello de una mujer... —dijo hablando solo—. Es la más bella de todas sus joyas.

Permanecí en silencio con los Ojos cerrados. Que hiciera lo que quisiera. Le quería tanto que sólo deseaba lo mejor para él. ¿Por qué no lograba hacérselo entender?

— Mi Reina —me dijo al final—. Nunca me he llegado a acostumbrar a tener a una Reina en mi cama.

«Y yo jamás me he acostumbrado a tener a un apasionado mortal en la mía», pensé.

— Eso significa que seremos perennemente una novedad el uno para el otro —susurró—. Ojalá sea siempre así.

El beso que le di le hizo comprender sin el menor asomo de duda lo mucho que lo quería y lo deseaba.

Su respuesta no me decepcionó.

SE nos ocurrió hacer una excursión a Pérgamo.

— Lo expondré todo allí —dijo Antonio—. Explicaré mi plan por el camino. Se mostrarán más favorablemente dispuestos si lo presentamos durante una excursión.

Dudé un poco.

— Me gustará ver el teatro, pero ¿por qué tienes que mimarlos de esta manera? Te comportas como un padre que tiene miedo de sus hijos. Puedes exponerles tus planes en Éfeso.

— No, les tengo que dorar la píldora.

La píldora eran sus donaciones de Alejandría, envueltas en sus conquistas armenias. Con la llegada del nuevo año, Antonio enviaría una carta al Senado, exponiéndole ambas cuestiones. Y los senadores se alegrarían de la adquisición de una nueva provincia y aprobarían las cesiones territoriales. Al menos ésa era su teoría.

— Muy bien.

Me guardé de discutir con él, pues Antonio estaba completamente convencido de conocer a los romanos.

Pérgamo se encontraba a más de ochenta millas de distancia. Los comandantes romanos estaban tan deseosos de ir que cualquiera hubiera dicho que necesitaban un guía. Yo olvidaba a menudo lo inseguros que se sentían a este respecto. A un nivel profundo, temían el mundo griego, temían ser considerados unos bárbaros y unos palurdos a pesar de ser los dueños del territorio.

En Pérgamo se había iniciado la costumbre de la cesión del propio reino a los romanos. Átalo III lo había hecho y mi tío bisabuelo Tolomeo Apión de Cirene había seguido su ejemplo. (Por suerte, Roma prescindió del legado, pues su derecho al trono estaba un poco en entredicho.) Puede que se doblegaran ante lo inevitable, pero su comportamiento no les granjeó la simpatía de sus súbditos.

Pérgamo era una provincia romana desde hacía cien años. Cuando los tres generales de Alejandro, Antígono el Tuerto, Seleuco y Tolomeo, se habían repartido el territorio, Asia le había tocado en suerte a Seleuco, pero éste no pudo evitar la fragmentación de su reino y entonces Pérgamo se separó.

Pérgamo, patria del jardín de las plantas venenosas de Átalo III, del pergamino y de la biblioteca más grande del mundo después de la de Alejandría, había intentado, sin éxito, igualarnos a nosotros, los Lágidas de Egipto. Y entonces, lanzando un gran suspiro parecido al de un camello cuando deposita sus cargas, se había dado por vencida y lo había cedido todo a Roma. Ahora,

despojada de su poder, estaba aguardando nuestra llegada.

De lejos vimos la vasta llanura y la elevada ciudad al fondo. ¡Qué espectáculo tan impresionante! La acrópolis se elevaba a mil palmos por encima del llano y su cegadora blancura brillaba en la distancia. Refrenamos nuestros caballos para admirarla.

Nuestra rival intelectual, pensé. En otros tiempos Alejandría y Pérgamo habían competido por la gloria de ser la verdadera hija artística e intelectual de Atenas. Pero la política, el poder y los ejércitos impusieron su voluntad. ¿Qué hubiera sido de Alejandría si César y Antonio no hubieran sido hombres y yo no hubiera sido una mujer? ¡Qué suerte tuve de haber nacido con la forma adecuada en el momento adecuado! Le di en silencio las gracias a Isis. Ahora Egipto estaba a salvo, cosa que Pérgamo jamás podría estar.

— Qué hermosa ciudad —dijo Sosio—. Siempre me alegro de contemplarla.

— Si no hay más remedio que vivir en tierra, Pérgamo no está mal — rezongó Enobarbo.

Mientras nos acercábamos a la ciudad, pasamos por delante del famoso centro medicinal de Asclepion, con su manantial sagrado, su galería terapéutica abovedada y el hospital para la interpretación de los sueños, y subimos con gran esfuerzo por el largo camino que ascendía serpeando por las terrazas de la ladera de la montaña, pasando por delante de los gimnasios, las termas, el sagrado lugar de Hera y las ágoras inferior y superior hasta llegar finalmente a la acrópolis propiamente dicha. Allí estaba el núcleo esencial de Pérgamo: la biblioteca, el teatro, el altar de Zeus y los palacios reales.

Los representantes de la ciudad nos estaban esperando con ansia para acompañarnos al antiguo palacio real, convertido ahora en el edificio del gobierno romano. Nos habían preparado un festín para que nos recuperáramos de nuestro viaje de tres días de duración. Las mesas parecían combarse bajo el peso de la vajilla de oro y las montañas de manjares, aunque desde luego el hierro y el mármol no se comban. Las jarras de plata llenas con el mejor vino de la cercana isla de Lesbos esperaban, dispuestas a apagar nuestra sed.

Nuestro grupo estaba formado por más de veinte personas, no sólo Sosio y Enobarbo, futuros cónsules, sino también Delio y Planco y distintos magistrados tanto de Éfeso como de Pérgamo. Las esposas se habían incorporado al grupo y su presencia confería a la reunión cierto aire de acontecimiento social. Puede que Antonio hubiera tenido razón al envolver sus senos asuntos políticos con aquel manto tan ligero y agradable.

Desde el lugar donde yo me encontraba le vi servirse varias copas de vino en rápida sucesión... ¡Allí la moderación brillaba por su ausencia! Se reía y se mostraba jovial y despreocupado. Agucé el oído para ver si podía captar algo de lo que estaba diciendo mientras estudiaba los rostros de Sosio y Enobarbo.

Decían que Sosio iba a celebrar un Triunfo en Roma; ya había celebrado uno apenas un año atrás en conmemoración de su victoria sobre los partos, a los

que había expulsado de Jerusalén en favor de Herodes. Ahora había regresado a aquellas regiones, pero yo no podía por menos que pensar que hubiéramos estado mucho mejor si se hubiera quedado en Roma. Necesitábamos que nuestros partidarios permanecieran allí, aunque sólo fuera para equilibrar el poder de Agripa. Pero él parecía encontrarse a gusto en aquellas tierras, donde, al igual que muchos romanos que ocupaban cargos en Asia, disfrutaba de más poder. Era un hombre de hermosas facciones y temperamento equilibrado, en contraste con el áspero y voluble Enobarbo.

Ahora ambos permanecían inclinados, escuchando atentamente a Antonio, quien estaba derrochando a raudales su famoso encanto (tal como yo pude ver con toda claridad). Sonreía, gesticulaba, se reía, echaba la cabeza hacia atrás, les daba confidenciales codazos. Sin embargo, sus interlocutores se mantenían ligeramente distantes: una mala señal. Oí algunas palabras dispersas de Antonio tales como «año nuevo», «evidente» y «bien merecido». Enobarbo frunció el ceño.

— O sea, que esta tarde iremos a ver una comedia, ¿no?

¡Maldición! Delio, de pie a mi lado, estaba deseando conversar conmigo.

Ahora no podría enterarme de lo que estaba diciendo Antonio.

— Sí —dije—. *La muchacha de Samos* de Menandro. El día es demasiado hermoso como para teñirlo de muerte y llanto, aunque sean fingidos.

Sólo pude oír las palabras de Antonio «Puedo fiarme de...» en el momento en que Delio me decía:

— Pienso lo mismo que tú, hermosa reina.

Me miró con una sonrisa, como si quisiera insinuarme algo más.

— ¿En el sentido de que a ambos nos gustan las comedias? —pregunté ingenuamente—. Menandro era uno de los autores preferidos de César.

Era algo que siempre me había llamado la atención, pero quizá le servía para distraerse de sus preocupaciones, lo mismo que a Antonio le servía el vino.

— Nunca hubiera imaginado que a César le gustaran las comedias —dijo Delio.

Ahora vi que Sosio y Enobarbo, sonriendo satisfechos, se servían sendas raciones de huevos duros con aceitunas cortados a trocitos y aderezados con especias. A lo mejor la conversación había resultado fructífera. Antonio, con una radiante sonrisa de satisfacción, escancié más vino. Sí, todo había ido bien.

— Mi benignísima Majestad —dijo el oficial pergamino que tenía a mi otro lado—, ¿es la primera vez que nos visitas?

— Sí —contesté—, aunque siempre tuve el deseo de conocer vuestra legendaria ciudad. A mi médico le interesarían especialmente el Asclepion y el jardín de Átalo, que probablemente ya no existe.

— Una pequeña parte todavía se conserva, mi señora, y me sentiría muy honrado de poder mostrártelo. Está muy cerca de la biblioteca.

Ah, sí. La biblioteca. Se trataba de una cuestión delicada. ¿Ya se habrían retirado los rollos? ¿Habría huecos en las estanterías, mirando enfurecidos a los visitantes de la biblioteca? Sin embargo, si el magistrado no quería hacer ningún comentario, yo tampoco lo haría. Es el principio fundamental de la diplomacia.

— He oído hablar de la estatua de Atenea que hay allí —comenté.

Por lo menos, eso lo habían dejado. Sólo me faltaría otra estatua de Atenea en Alejandría.

Ya era casi la hora de la representación, por lo que el grupo de Antonio se reunió con nosotros en el recinto del templo de Atenea que daba al teatro. Los oí antes de verlos; el ruido desgarraba el silencio y parecía traspasar el aire.

— ¡Salve! ¡Salve!

Antonio marchaba en cabeza, agitando un tirso hecho con una rama de pino. Desde el lugar donde se hallaba, me di cuenta de que estaba eufórico, y también bebido. A su lado, sus acompañantes se reían y cabriolaban. ¿Los habría emborrachado también a ellos o simplemente le seguían la corriente?

— ¡El teatro nos llama! —dijo, reuniendo a su alrededor a sus acompañantes cual si fuera un pastor con su rebaño—. ¡Ya podemos bajar!

Mientras rodeábamos el estilóbato de dos pisos que circundaba el templo con las estatuas de bronce de los galos vencidos en sus correspondientes hornacinas, me quedé boquiabierto de asombro al ver el teatro que bajaba casi en picado, o eso parecía, hasta el nivel medio de la ciudad. Era la ladera montañosa más empinada que yo jamás hubiera visto aprovechar para las gradas de un teatro; parecía casi perpendicular. Abajo estaba el escenario. Una caída desde arriba hubiera sido fatal. Vi a Antonio tambaleándose en el borde. ¿Estaría bromeando? Debía de haber unos cien palmos desde allí hasta abajo. Me acerqué corriendo para sujetarlo por el brazo y evitar que perdiera el equilibrio, pero él me apartó, agitando el tirso en señal de advertencia. Abajo la gente ya empezaba a llenar las gradas. En la primera fila se encontraba el asiento real de mármol donde nosotros nos acomodaríamos... siempre y cuando consiguiéramos llegar de una pieza hasta allí. Se me ocurrió que quizá sería mejor bajar por el camino y entrar por la parte de abajo. Pero cuando lo sugerí, Antonio se limitó a soltar una carcajada excesivamente sonora.

— Vaya, ¿acaso el dios no va a descender de las alturas? —Pisó la grada superior y allí se quedó, tambaleándose peligrosamente. Bajó a continuación al siguiente nivel y saltó con los pies juntos al otro—. ¡Venid!

Se volvió y nos hizo señas, mirando hacia atrás. Simultáneamente, retrocedió, se enganchó el pie en la toga y bajó rodando por las gradas, convertido en un confuso revoltijo blanco.

Ocurrió con tal rapidez que ni siquiera lo vi. El cerrado ángulo se combinó con el peso de su cuerpo. Delio salió disparado detrás de él, pero no pudo igualar la velocidad de la caída. De pronto, Antonio extendió un brazo y se agarró al borde de una grada, donde el ímpetu de su propio cuerpo lo obligó a dar varias vueltas

hasta que se golpeó la espalda contra la piedra. Fue necesaria toda la fuerza de su brazo para que éste actuara como eje y lo hiciera dar varias vueltas antes de lanzarlo en dirección contraria. Oí un fuerte ruido en el momento en que se golpeó contra el asiento de piedra. ¿Se habría partido la cabeza? Sólo podía ver un montón de ropa. Bajé corriendo de lado por las gradas como si fueran una escalera, pero Delio ya había llegado hasta él, seguido por los demás.

Poco a poco, como una tortuga que sacara la cabeza del caparazón, la cabeza de Antonio asomó por entre la toga y sus ojos miraron a su alrededor con expresión aturdida. Su mano aún no había soltado el borde de la grada. Cuando lo hizo dejó en ella una ensangrentada huella. Después sacudió la mano arriba y abajo como si la tuviera entumecida.

Delio se inclinó hacia él y le dijo algo y entonces Antonio se levantó. Al parecer, no se había hecho daño. La holgada toga que lo había hecho tropezar también había servido para amortiguar la caída.

— ¡Un comienzo muy propio de una comedia! —comentó alegremente para que todo el mundo supiera que no le había ocurrido nada. Sus palabras fueron acogidas por las nerviosas risas de los componentes del grupo.

Tomé su ensangrentada mano en la mía y bajé lentamente las gradas con él hasta llegar a los asientos reales. Preferí no decir nada. Estaba furiosa, pero el miedo que había pasado al verle caer había disipado mi enojo.

En cuanto nos sentamos, me dijo en tono compungido:

— Lo siento. —Al ver que yo no contestaba, se apresuró a añadir—: No volverá a ocurrir.

Yo me notaba la mano pegajosa a causa de la sangre de Antonio.

— Al salir, convendría que te detuvieras un momento en el templo de Dioniso que hay al fondo del escenario para darle las gracias por haberte salvado —le dije finalmente.

Los actores, todos ellos pertenecientes a la asociación teatral de Dioniso, salieron con las máscaras puestas e inmediatamente se inició la representación de la comedia, pero yo apenas presté atención.

Aquella noche, en cuanto le hubieron curado los cortes y las magulladuras, Antonio me dijo entre risas:

— Las togas son un peligro. Me enganché el pie...

— Antonio —le contesté en un susurro—, no ha sido la toga.

Estábamos tendidos juntos en el dormitorio del vetusto palacio. Antonio no conseguía encontrar una posición cómoda.

— Me duele todo —confesó. Los efectos del vino ya se habían disipado y ahora ya estaba completamente sereno—. Precisamente ahora, cuando más lo necesito. Era una broma —añadió—. Creo que hoy he aprendido una lección. Tenías razón en lo que me dijiste antes. Se impone un poco más de moderación. —Lanzó un suspiro—. Pero, tal como ya te comenté, la moderación no es muy

propia de mí.

No podía quitarme de la cabeza la imagen de la caída. La veía una y otra vez y me estremecía de angustia.

— Por tu bien tienes que aprender —le advertí, dándome cuenta de que parecía un severo preceptor. ¿Por qué nos resulta tan difícil ser duros con los que amamos aunque sea por su propio bien?

— Sí, lo sé. Octavio lo podría usar contra mí.

— Eso es lo de menos. Lo más grave es el peligro. Eloy lo hemos visto.

— Hoy ha sido un día muy provechoso —dijo, optando por abandonar el embarazoso tema. Cambió de posición y cruzó los brazos detrás de la nuca—. Ruy —se quejó—. Enobarbo y Sosio leerán mi informe al Senado en cuanto tomen posesión de su cargo el mes que viene. Están de acuerdo en que hay que defender mi causa en Roma. Tenemos suerte de que los dos cónsules de este año sean dos de mis partidarios.

— O sea, que los has convencido de las bondades de tu plan.

— No ha sido necesario convencerlos. Los méritos del plan son más que evidentes.

— Entonces, ¿por qué estabas tan nervioso que hasta has tenido que emborracharte?

Hubo un largo silencio.

— Buena pregunta. Supongo que porque hay muchas cosas que dependen de ello. Tengo que recuperar el favor del Senado; de eso depende nuestro futuro.

Estaba tan poco de acuerdo con su opinión que preferí no decir nada. Me entristecía su obsesión con el Senado. Este no podía concederle nada que mereciera la pena. Se lo tendría que ganar él por su cuenta y a pesar del Senado. Pero Antonio no era un revolucionario como su rival, que ocultaba sus ambiciones imperiales bajo los ropajes republicanos.

Cerré los ojos y traté de dormir.

¿Quién hubiera podido prever lo que ocurrió? Ningún astrólogo lo había predicho, ningún adivino lo había insinuado. Aunque, en realidad, yo tampoco los hubiera creído.

En cuestión de tres meses, el Senado acudió a nosotros.

Sí, el poderoso Senado romano —o una parte de él— se presentó como fugitivo en Éfeso tras haber sido expulsado de Roma por Octavio.

Sosio y Enobarbo, utilizando su rápida embarcación liburna, se adelantaron a los senadores para advertirnos de lo ocurrido y se presentaron en nuestra casa en cuyo atrio estábamos sentados, disfrutando de la deliciosa temperatura primaveral. El sol iluminaba desde arriba el pequeño estanque cuadrado con su fondo de mosaico.

— Imperator —dijo Enobarbo desde la puerta—, ¡nos han expulsado de Roma!

Lo seguía Sosio, jadeando a causa de la carrera desde el puerto.

Los miramos como si fueran dos fantasmas. Hubieran tenido que estar a miles de millas de distancia, defendiendo nuestros intereses en el Senado.

— ¿Cómo? —Antonio se levantó de un salto, dejando las cartas que estaba leyendo. Una de ellas cayó rodando al estanque y se hundió con un gorgoteo.

— Nobilísimo... nobilísimo... ya no puedo decir triunviro...

Sosio estaba anonadado.

¡Sí, el Triunvirato había expirado oficialmente con la llegada del nuevo año y no era probable que se renovara! Ahora Octavio era un ciudadano particular, desde un punto de vista técnico por lo menos. Pero Antonio seguía ostentando su mando militar y su título oriental de autocrátor.

— Os ruego que os sentéis —les dijo, siempre atento con las visitas—. Descansad un poco —añadió y acercó un banco como si se tratara de una visita de cortesía.

Tomaron asiento, alisándose las togas alrededor de las rodillas. Los ojos de Enobarbo brillaban con destellos de indignación por encima de la áspera y poblada barba.

— ¿No sabías nada? —preguntó—. ¿No recibiste mis mensajes?

Antonio sacudió la cabeza.

— Cuéntamelo todo ahora.

Enobarbo soltó un gruñido.

— ¿La versión corta o la larga?

— Primero la corta —dije yo.

Me miró irritado y después se volvió a mirar a Antonio. Pero si esperaba que Antonio no estuviera de acuerdo, debió de sufrir una decepción.

— Durante el primer mes del nuevo año yo hubiera tenido que presidir el Senado —explicó—. Consideré que el ambiente no era propicio para leer tu mensaje.

— Pero ¿de qué otra manera se hubiera podido enterar Roma? —pregunte, pensando que se había excedido en sus atribuciones al haber optado por no facilitar la información al Senado. Eso lo teníamos que decidir nosotros, no él.

Me dirigió una mirada asesina antes de proseguir su relato.

— Era tal la hostilidad que se respiraba contra tu política oriental, que me pareció que el hecho de mencionar las donaciones hubiera contribuido a enardecer ulteriormente los ánimos. Octavio no estaba en Roma. Decidí tantear la situación y establecer después una estrategia. Pero él... —miró a Sosio—, cuando

ocupó su cargo al cabo de un mes, decidió atacar directamente a Octavio y pedir un voto de censura contra él. Un tribuno puso el veto. De repente. Octavio se presentó en el Senado rodeado de hombres armados, nos amenazó y nos impidió leer tu informe, incluso la parte que se refería a la conquista de Armenia. Dijo que regresaría al día siguiente con toda su lista de agravios contra ti, con pruebas escritas y el castigo exacto que merecían tus actos. Al día siguiente nos fuimos; en lugar de acudir a la cita decidimos irnos. Cuatrocientos senadores optaron por acompañarnos.

»¡Todos los traidores que estén de acuerdo deberán marcharse ahora! — les advirtió Octavio.

»Y ahora la mitad del Senado nos ha seguido.

Antonio se había quedado sin habla.

— Pues entonces, ¿dónde reside el verdadero gobierno de Roma? — pregunté—. Desde un punto de vista legal, ¿qué mitad del Senado es la que prevalece?

— Ambas pueden reclamar el derecho a la legitimidad —contestó Sosio—. Hay una tradición, según la cual, si el Senado tiene que desplazarse a otro lugar, allí está la representación del gobierno. Pero, en este caso, muchos han permanecido en sus puestos. ¡Ahora Roma se ha quedado sin gobierno! El Triunvirato ha expirado, el Senado se ha disuelto... —parecía al borde de las lágrimas—. Navegamos a la deriva en un mar muy peligroso.

— ¡Cálmate! —le dijo Enobarbo.

— No podría soportar otra guerra civil —dijo Sosio en tono quejumbroso—. Llevamos demasiado tiempo arrastrándolas. ¿Es que Roma jamás podrá descansar? César, Pompeyo, Sexto y ahora Octavio. ¡No y mil veces no! — gimoteo—. No podremos resistirlo.

— Pues no tendremos más remedio —intervine.

— ¿A qué viene este plural? —preguntó Enobarbo—. Tú no eres romana.

— Pero estoy estrechamente vinculada a todos estos acontecimientos — contesté—. Puesto que hace quince años tuve un hijo de César, formo parte de la política romana tanto si te gusta como si no.

— ¡Pues no me gusta! —replicó.

Me sorprendí, pero no tanto de sus sentimientos como de su honradez.

— Hay días en que a mí tampoco me gusta —dije.

Antonio permanecía al margen. Ambos cónsules lo miraron con gesto expectante.

— Imperator —dijo Sosio—, dinos qué debemos hacer.

— No lo sé —contestó finalmente Antonio, mirando a su alrededor con expresión perpleja—. ¿Dónde vamos a alojar a todos esos senadores?

— Tú siempre has respetado mucho el Senado —le recordé—. ¡Ahora tienes a los senadores en tus manos!

Puede que fuera una crueldad por mi parte, pero es que yo también estaba trastornada. Todo era muy confuso y Octavio estaba lleno de sorpresas.

Llegaron al cabo de pocos días en varias embarcaciones y subieron por la calle del puerto hasta el centro de la ciudad, cargados con sus pertenencias.

¡Qué extraño era su aspecto lejos de Roma! Transportados a otro ambiente, perdían todas sus impresionantes cualidades y parecían simplemente unos extranjeros.

Conseguimos encontrarles alojamiento forzando al máximo la hospitalidad de los efesios.

Octavio se apresuró a cubrir las vacantes de los cónsules con dos partidarios suyos, Valerio Mesala y Cornelio Cinna. Nos habían cerrado todas las puertas. Nuestros cónsules habían sido destituidos. Todo nuestro grupo se encontraba en el exilio. Sólo había una manera de regresar: luchando, derrotando a Octavio y entrando triunfalmente en Roma. Al final, había llegado el momento. Llevaba doce años, desde la muerte de César, esperando que su verdadero heredero fuera reconocido y el falso fuera expulsado del trono, pues se trataba de un trono creado por César y destinado a su hijo.

Las fuerzas se reunieron en Éfeso. Antonio contaba ahora con ocho escuadras integradas por sesenta barcos cada una, más cuarenta embarcaciones de apoyo y cinco de reconocimiento por escuadra, casi quinientos navíos en total. Contaba, además, con otras trescientas embarcaciones de transporte y suministros. Por consiguiente, nuestra gigantesca flota estaba formada nada menos que por ochocientos barcos. Por primera vez desde los tiempos de Alejandro, todo el poderío naval de Oriente estaba en manos de un hombre.

Canidio había llegado con las dieciséis legiones de Armenia y otras siete procedían de Macedonia. Los Reyes clientes de todo el Oriente se habían comprometido a aportar tropas: Arquelao de Capadocia, Amintas de Galacia, Tarcondimoto del Amano, Mitridates de Comagene, Deyotaro de Paflagonia, Roemetalces y Sadalas de Tracia, Boco de Mauritania, Herodes de Judea, Maleo de Nabatea y el rey de la Media. En total, unos veinticinco mil hombres, aparte los setenta y cinco mil legionarios.

¿He olvidado mencionar que yo financiaba toda la operación? Sí, el tesoro de Egipto correría con todos los gastos de mantenimiento del ejército y la flota, unos veinte mil talentos en total. Una suma muy importante, teniendo en cuenta que el mantenimiento de una legión en campaña costaba unos cincuenta talentos al año. Era, además, una suma muy superior a toda la deuda inicial de mi padre con Roma. Egipto había prosperado tanto en los años de mi reinado que aquello que inicialmente había sido una enorme deuda imposible de pagar, ahora yo lo tenía a mi disposición para gastarlo en lo que quisiera. Yo corría con todos los gastos y llevaba aquel ejército sobre mis hombros o, mejor dicho, sobre los hombros de mi tesoro. ¡Sin embargo, los romanos se atrevían a ordenarme que

me fuera! Su insolencia no tenía límites. Sin mí no hubiera habido ejército, ni provisiones, ni alojamiento, ni pan, ni vino...

¡Y a pesar de todo ello, trataron de convencer a Antonio de que me echara!

Empezó Enobarbo, murmurando por lo bajo que «todo iría mejor si Cleopatra regresara a Egipto». Otros lo repitieron a coro, señalando que mi presencia perjudicaba la causa de Antonio. ¡Pero no especificaban en qué sentido! ¡Y lo decían mientras comían mi pan!

Antonio no prestó atención a los murmullos. Posteriormente, las críticas se hicieron más insistentes, pero durante aquella primavera fueron lo bastante moderadas como para que se pudieran pasar por alto.

EN mayo nos fuimos a Atenas tras haber transportado el ejército al sur de Grecia.

Grecia. Por tercera vez en sólo diecisiete años se tendría que decidir una guerra civil romana en Grecia. Por tercera vez, el duro suelo griego se empaparía con la sangre de los romanos que luchaban por el poder en su patria.

Cada una de aquellas batallas me había afectado profundamente. La primera de ellas había traído a César a mi vida y la segunda a Antonio. Ahora, en el inminente enfrentamiento, se decidiría el destino de mis hijos. ¿Recibirían la herencia que se les había asignado gracias a la victoria de Antonio, o lo perderían todo y serían desterrados a un anónimo vacío fuera de la historia?

En aquella campaña no cabía ningún error. Pompeyo lo había perdido todo contra César porque no había seguido el camino inicial que se había trazado y su estrategia no había sido suficientemente flexible; Bruto y Casio se habían suicidado tras interpretar erróneamente unas señales de su propio campamento. El hecho de que en ambos enfrentamientos los vencidos hubieran sido los romanos que se encontraban en Grecia y los vencedores los romanos que habían invadido el territorio desde el oeste no me había pasado inadvertido. Sí, no podíamos cometer ningún error.

Teníamos diecinueve legiones romanas entregadas al esfuerzo bélico y otras once esperaban en Egipto, Siria, Cirenaica, Bitinia y Macedonia.

Por consiguiente, el campo de batalla sería Grecia. Pero ¿qué parte de Grecia? ¿El norte, el sur? ¿El centro? ¿Dónde se tendrían que desplegar las tropas?

Habíamos estado dando muchas vueltas a esta cuestión de tan vital importancia, tras haber consultado con algunos senadores y con nuestros generales. Y lo seguiríamos haciendo.

Toda mi vida había deseado visitar Atenas. De niña me habían enseñado muchas cosas sobre la gloriosa fuente de toda nuestra historia cultural, la madre de todos los pueblos de habla y educación griegas. Mi padre había pasado algún tiempo allí tras su expulsión del trono y yo había soñado muchas veces con estar con él. A lo largo de toda mi vida, siempre había habido en esta tierra algo que me atraía: la arquitectura, el arte, los sabios, las escuelas de oratoria y filosofía, los santuarios, los salones donde se reunían los personajes más conocidos. Atenas era un lugar imposible de superar.

En mi condición de macedonia educada en la cultura griega, Atenas siempre había sido mi lugar de peregrinación espiritual. Pero después la ciudad empezó a adquirir un tinte algo más oscuro, pues la tuve que asociar con mis enemigos. Bruto había brincado por allí al pie de las estatuas de sus ídolos, los

antiguos «tiranicidas». Los atenienses lo habían acogido incluso como libertador cuando se había refugiado allí tras el asesinato de César y hasta habían levantado una estatua en su honor. Cicerón también se había encontrado muy a gusto en la ciudad, donde le dedicaban casi tantas alabanzas como las que él mismo se dedicaba. Y finalmente Antonio había pasado allí buena parte de su vida matrimonial con Octavia.

Por si fuera poco, los atenienses se habían superado a sí mismos, tributando honores a Octavia, otorgándole títulos y dedicándole inscripciones. Todo lo cual había hecho que Atenas se convirtiera en la ciudad de Octavia y me había estropeado el placer de disfrutarla. Por consiguiente, ahora que finalmente la visitaba, mis enemigos y rivales ya se habían apropiado de ella.

Sin embargo, Antonio parecía felizmente ajeno a todas estas cuestiones. Mientras subíamos por la ancha avenida en medio del desbordante entusiasmo de la multitud que se agolpaba a ambos lados, nuestro carro pasó por delante de una inscripción que honraba a Octavia como la «diosa de las buenas obras» y «Atenea Polias». La leí y tensé los músculos. Apreté con fuerza el brazo de Antonio y le dije en voz baja:

— ¡Mira!

Él volvió la cabeza.

— ¿Qué?

— ¡La placa! —contesté. No quería que me vieran señalarla.

— ¿Qué placa?

Pero ya la habíamos dejado atrás. Le solté el brazo.

— Nada.

Sin embargo, la contemplación de la placa me hizo comprender que tenía que exigirle inmediatamente el divorcio oficial.

Durante algunas de nuestras reuniones, los senadores y comandantes habían hecho veladas alusiones al tema, pero no en el sentido que yo quería. Le habían recordado a Antonio que la ruptura con Octavio no era irreparable, pues a fin de cuentas él seguía casado con su hermana. Enobarbo llegó casi al extremo de decir que ojalá Antonio regresara junto a Octavia para que, de este modo, se pudiera evitar la guerra. Pero ni siquiera él se atrevió a ir tan lejos, por lo menos, delante de mí.

Ya no lo podía soportar por más tiempo. A lo largo de cinco años —¡cinco! — me había doblegado a los argumentos políticos que aconsejaban conservar los vínculos formales con Octavia y había aceptado las excusas de Antonio acerca de la inminente maternidad de Octavia, la delicadeza de sus sentimientos y el hecho de que la estuvieran utilizando como arma contra él.

Pero aquellos argumentos ya no se tenían en pie. Estaban superados y carecían de sentido, y todas las razones de prudencia que aconsejaban mantener el engaño ya no eran nada comparadas con el dolor que yo había sentido al ver

todos aquellos recuerdos de su presencia en la ciudad.

No vivíamos en un palacio, pues los griegos no tenían reyes, pero sí en una mansión que bien lo hubiera podido ser. He observado que allí donde no hay reyes, los ciudadanos particulares acaudalados viven como tales, por lo que, en lugar de un solo palacio, los hay por docenas.

Antonio, con semblante satisfecho, paseaba arriba y abajo por nuestro dormitorio como si estuviera midiendo sus dimensiones. Vestía la que yo llamaba su túnica de «potentado oriental» de seda roja con bordados de oro y perlas y unas mangas muy holgadas, y calzaba unas zapatillas a juego.

Si no quería que lo llamaran «degenerado oriental», pensé yo, convendría que abandonara aquel atuendo. Pero aquella noche preferí no decir nada para no incomodarlo con cuestiones de menor importancia en unos momentos en que necesitaba concentrarse en la más importante.

Me acerqué a él. Finalmente había podido admirar el legendario Partenón. A lo largo de toda mi vida había contemplado el blanco Faro de Alejandría desde mi ventana y ahora otro prodigio de mármol me llenaba los ojos. Pero de pronto y sin previo aviso me vino a la mente la imagen de Antonio brincando disfrazado de Baco en las gradas de la Acrópolis en el transcurso de unos desenfrenados festejos celebrados años atrás. Y la imagen de Antonio «desposado» con la diosa Atenea durante su fiesta anual en el Partenón. Por todas aquellas cosas, Atenas jamás me pertenecería. Yo sería siempre la visita que llega tarde, una forastera.

No quería estropear aquel momento mencionando a Octavia. Que Antonio contemplara el Partenón todo lo que quisiera. Yo permanecería en silencio a su lado. Sin embargo, cuando se volvió a mirarme...

— Antonio, creo que ha llegado el momento —dije.

Hubiera deseado que mi voz sonara suave y persuasiva, no como la de una bruja. Sin embargo, mientras pronunciaba las palabras, yo misma me reproché mi brusquedad. Hubiera tenido que mostrarme sutil y seductora, pero mis sentimientos eran tan intensos que no los podía disimular.

Me miró con expresión expectante. Pensaba que le había preparado alguna deliciosa sorpresa o algún entretenimiento exótico o que había pedido que nos sirvieran unas bandejas de exquisitos manjares atenienses.

Le oprimí el brazo y apoyé la cabeza en su hombro.

— Tienes que divorciarte de Octavia —le dije en un susurro.

— ¿Cómo? —dijo algo decepcionado. Frunciendo el ceño, me obligó a volverme de cara hacia él—. ¿Por qué lo dices?

«Porque ya no aguanto más. No puedo soportar mi ambigua posición a los ojos del mundo, no quiero compartirla con nadie. Y la víspera de la guerra todo tiene que estar claro y en orden, todas las deudas se tienen que haber saldado.» Bajé tímidamente los Ojos.

— Porque ya lo has aplazado bastante. Es algo que confunde a nuestros

amigos y aliados. No conviene a tu causa.

Por fin se lo había dicho. ¿Le parecería un argumento suficientemente político?

— No sé qué quieres decir —contestó, obstinado.

La cosa se estaba poniendo difícil y me molestaba.

— Tu matrimonio tuvo un carácter político y el propósito era vincularte con Octavio. El objetivo no se cumplió y ahora ambos os estáis preparando para una guerra. Los matrimonios concertados por razones políticas tienen que terminar cuando cambia la situación política. Es la costumbre romana, ¿no? El propio Octavio ha hecho y deshecho numerosos vínculos matrimoniales. Hubo un vínculo con Sexto, otro contigo —¿recuerdas el matrimonio de Clodia?— y el compromiso de la pequeña Julia con tu Antilo. Todos se quebraron en un segundo. Sólo tú — ¡oh, Isis!, ayúdame a no utilizar este tono de voz— insistes en mantener tu antiguo matrimonio político. Ahora deberías divorciarte, tal como haría cualquier hombre de honor.

— Me sigue siendo útil —protestó.

— ¿En qué sentido? —pregunté, levantando involuntariamente la voz.

— Es un pretexto para que algunos romanos se adhieran a mi causa. Mi matrimonio formal con Octavia desmiente todos los intentos de Octavio de presentarme como un no romano.

— ¡Mas bien desmiente tu matrimonio conmigo! —repliqué—. Eso es lo que hace. —Todas las cautelas y todo mi comedimiento se habían disuelto y, por primera vez en mi vida, me comportaba exclusivamente como una mujer sin que ninguna otra consideración turbara mi mente. Le apreté el brazo—. ¡Llevo cinco años soportándolo! ¡Ya no puedo más! —Rompí a llorar con desconsuelo—. Tú no podías soportar el recuerdo de César y ni siquiera me dejabas llevar el medallón de su familia que él me había dado. ¿Qué crees que siento yo al verte casado con otra mujer? ¡La odio! ¡La odio!

¿Qué había hecho? Las palabras se me habían escapado de la boca y ahora permanecerían para siempre en la mente de Antonio y nada las podría borrar. Lloré de vergüenza por no haber sabido dominarme.

Antonio se inclinó, se arrodilló delante de mí y me abrazó.

— Bueno pues, me divorciaré de ella —dijo como si de pronto no hubiera que tener en cuenta ninguna otra consideración.

¿Tan fácil sería? Me quedé tan sorprendida que dejé de llorar.

— ¿De veras lo harás?

— Pues claro —contestó—. Mañana mismo si quieres. —Alargó la mano y me acarició el cabello—. Me temo que esta noche es demasiado tarde para llamar a un escriba —añadió con una sonrisa.

De repente me invadió un extraño recelo. Sabía que aquel acto sería una

provocación para Octavio, el paso final antes de que se abrieran las hostilidades. Pero se tenía que hacer.

— Mañana pues —dije, asintiendo con la cabeza.

«Mañana»... a la mañana siguiente terminaría todo.

— Y ahora, amor mío, creo que ya es muy tarde —me dijo con dulzura, acompañándome al lecho dorado cuyas finas sábanas y almohadones habían sido perfumados con hierbas aromáticas.

Pero todos aquellos lujos no fueron nada para mí aquella noche. Me sentía profundamente cansada y todo me resultaba extraño. Quería dormir al lado de Antonio para que él disipara por entero aquella sensación. Sería la última vez que la presencia de Octavia se interpusiera entre nosotros.

La carta del divorcio se dictó a la mañana siguiente y salió de «palacio» a mediodía. Aquella noche se celebraría una cena y una reunión en cuyo transcurso Antonio tenía previsto hacer el anuncio. Llevábamos celebrando aquellas reuniones con regularidad, pero aquella sería la primera que se celebrara en Atenas.

Es muy duro vivir en el exilio y yo me compadecía profundamente de los senadores que habían tenido que abandonar precipitadamente Roma tres meses atrás y que ahora tenían que vivir como huéspedes y visitantes perpetuos hasta el día en que pudieran regresar a Roma. Teniendo en cuenta todas las penalidades que habían sufrido, no cabía duda de que su paciencia había sido extraordinaria. Cierto que todos estaban perfectamente alojados y alimentados... gracias a mí. Pero ya estaban empezando a ponerse nerviosos y se sentían cada vez más desconcertados.

Yo confiaba en que Atenas los serenara y los distrajera, pues aún les quedaba una larga espera por delante. Estaba claro que la guerra no estallaría aquel año. Octavio no había hecho el menor intento de reunir sus fuerzas y era él quien tendría que hacer el viaje.

En cambio, nosotros tendríamos la suerte de poder pertrechar y desplegar nuestras fuerzas al ritmo que quisiéramos. Estábamos orgullosos de nuestros comandantes: Canidio, Ticio y Planco por tierra, y Enobarbo y Sosio por mar. Los dos cónsules expulsados ocuparían ahora su lugar en las cubiertas de unos navíos de guerra.

Después de la comida, cuando los estómagos de todos los presentes estaban distendidos por el placer de los ricos manjares y cuando el vino —que seguía corriendo sin límite— les había serenado las mentes, Antonio les dirigió unas palabras.

— Bienvenidos a Atenas, mis fieles amigos —murmuró, levantando la copa—. Confío en que os encontréis a gusto con estos apacibles días estivales que estamos viviendo. Aún nos quedan por decidir muchas cosas, como, por ejemplo, dónde estableceremos nuestros cuarteles de invierno mientras... esperamos.

No dijo para qué, ni falta que hacía.

— ¿Estamos de acuerdo en que el centro de Grecia será nuestro punto de partida? —preguntó Planco—. Aún no estoy muy convencido de que una posición más al norte no fuera mejor. ¿Por qué ceder la Vía Egnatia? Es el eslabón esencial, entre el Adriático y el Egeo, entre Dalmacia y Macedonia. Es la única calzada auténtica que hay.

Parecía sinceramente desconcertado y sus ojos azules pasaban constantemente de mi rostro al de Antonio.

— Buena pregunta, amigo mío —dijo Antonio—. Pero esta calzada no nos hace falta. Tenemos que permanecer más al sur, donde las islas cercanas a la costa ofrecen una base para nuestra flota. Los víveres no nos llegarán por tierra sino por mar. Nos abastecerán desde Egipto y la protección de la ruta marina es de vital importancia. Tenemos que mantener la ruta abierta para tener en todo momento un lugar seguro a nuestra espalda.

— ¿Para retirarnos? —estalló Enobarbo.

— Siempre se necesita una retirada —contestó Antonio con firmeza—. Pompeyo no la tuvo, tampoco la tuvieron Bruto y Casio y yo no me avergüenzo de decir que, si no hubiera contado con mis refugios después de Mutina y de la Partia —¡gracias sean dadas a los dioses por la Galia Transalpina y por Siria!—, el resultado hubiera sido una derrota total, no un simple revés transitorio.

— ¿O sea, que piensas en la posibilidad de una retirada?

— No, pero Egipto tiene que estar protegido, pues se trata de la fuente de nuestra riqueza. Además, es el reino de mi esposa —añadió, mirándome.

— Quizá convendría que ella se retirara allí y esperara el resultado.

Otra vez Enobarbo.

— ¡No! —repliqué—. ¿Por qué tengo que retirarme? ¡He aportado una cuarta parte de la flota, he proporcionado los mejores remeros de Egipto y muchos otros barcos, y estoy manteniendo todo el ejército!

— El hecho de que seas una acaudalada protectora no significa que tengas que estar presente —contestó Enobarbo.

— No estoy de acuerdo —terció Canidio—. No es simplemente nuestra protectora. La Reina lleva veinte años gobernando el país más rico del mundo, tiene su propio ejército y su experiencia es sin duda muy superior a la de cualquiera de los reyes clientes que se han unido a nosotros. No sería justo que la excluyéramos.

Enobarbo soltó un gruñido y cruzó los brazos.

— Además, esta guerra se libra en nombre del hijo que tuvo con César —dijo Planco.

— ¿Es éste el motivo de la guerra? —preguntó uno de los senadores—. No me hace ninguna gracia.

— Sí, eso te podría resultar perjudicial en Roma —dijo un forastero que

acababa de surgir de las sombras del fondo de la estancia. El forastero miró a su alrededor diciendo—: Me han enviado vuestros amigos de Roma para advertiros.

— ¿Quién eres, amigo mío? —le preguntó Antonio, levantando la voz.

— Cayo Geminio —contestó el forastero—. Un senador que es partidario tuyo, pero aún no ha abandonado Roma con los demás. Pensé que te sería más útil quedándome.

— Bien, ¿qué tienes que decir? —le preguntó Antonio.

Geminio miró a su alrededor y, finalmente, se quedó observando las copas de vino.

— Sería mejor decirlo con las cabezas despejadas. Pero te diré lo siguiente tanto si estás bebido como si estás sereno: si quieres que tu causa prospere, la Reina tiene que regresar a Egipto.

Me levanté, enfurecida.

— ¡Su causa no prosperará mientras Octavio ostente el poder!—estallé yo—. ¡No soy yo quien condena a Antonio, sino su implacable enemigo y enemigo mío Octavio! ¡Ya basta de mentiras sobre mí, ya basta de culparme de la enemistad de Octavio! Octavio odiaría a Antonio aunque no existiera ni jamás hubiera existido ninguna Cleopatra. ¿Acaso no te das cuenta?

— Pero su hermana, la esposa de Antonio... —objetó Geminio.

— ¡Ya no es su esposa! —dije—. Le ha enviado los documentos del divorcio.

Todos miraron a Antonio buscando una confirmación mientras una babel de voces preguntaba a gritos:

— ¿Cuándo?

— Sí, es cierto —reconoció Antonio—. El matrimonio ha terminado oficialmente. En realidad, ya había terminado hace mucho tiempo.

Todos nos miraron en silencio. Estaban furiosos y se sentían engañados.

Un senador sacudió la cabeza.

— Cuando se enteren en Roma...

— Muchas de las mejores familias se debatían en la duda sin saber a quién prestar su apoyo —dijo otro—. Todo el mundo respetaba a Octavia, la cual ha estado agasajando constantemente a tus amigos y tus clientes en tu nombre. ¿Adónde irán ahora? ¡Al echarla a ella los has apartado de tu lado!

— Se irá directamente a casa de su hermano. ¿A qué otro sitio podría ir? Y todos ellos la seguirán. ¡Oh, qué locura tan grande!

El senador se levantó consternado, mirando a su alrededor con unos ojos que parecían a punto de saltársele de las órbitas.

Geminio miró a Antonio como si acabara de recibir una bofetada en pleno

rostro.

— Veo que mi largo viaje ha sido en vano —se lamentó. Mostró la moneda que sostenía en la mano—. Estas dos cosas juntas, el retrato de la Reina en tus monedas y ahora el divorcio, acaban con cualquier apariencia de lealtad romana.

Ahora fue Antonio quien miró escandalizado a los presentes.

— ¡Eso es ridículo! ¿Guantas veces os habéis divorciado todos vosotros? ¡En Roma todo el mundo se divorcia! Fue un matrimonio político y...

— Y el divorcio también tiene un significado político —lo interrumpió Geminio—. Un grave significado político. —El senador hizo una pausa—. En cuanto a la moneda... ¡el hecho de poner la efigie de un gobernante extranjero en una moneda romana es una afrenta imperdonable! ¡Es una burla para Roma!

— Egipto es aliado de Roma... —se defendió Antonio.

— ¿Desde cuándo ponemos las efigies de nuestros aliados en las monedas? —replicó Geminio—. ¿Habéis visto alguna vez en ellas el busto de Herodes? ¿O de Arquelao? ¿O de Bogud? ¡Ya ves qué endeble es tu argumento!

— Yo...

— Tú has perdido la razón —insistió Geminio—. Pero no esperes que nosotros perdamos la nuestra contigo.

— No he hecho nada para merecer semejante juicio —declaró Antonio con firmeza—. He gobernado bien Oriente. Las fronteras están tranquilas; las regiones se están recuperando económicamente de las devastaciones de las guerras civiles. He conquistado Armenia y he ofrecido a Roma una nueva provincia. Fastas son las monumentales tareas que me fueron asignadas después de Filipos y las he cumplido, y muy bien, por cierto ¡Pero vosotros, en lugar de reconocer todas estas cosas, os fijáis en detalles sin importancia, como las efigies de las monedas! ¿Hay alguien en esta sala que no pueda ser culpado de algún fallo o pequeño error de cálculo? ¡Eso es como quejarse de la imposición de una multa de diez denarios cuando un hombre os ha permitido ganar un millón!

Todo parecía muy lógico. Pero allí no intervenía la lógica, sino los sentimientos. Los sentimientos estaban excitados y las mentes flotaban a la deriva en un mar embravecido.

Consideré la posibilidad de retirarme de la estancia, pero hubiera sido una cobardía. Decidí quedarme y noté que me ardían las mejillas. Seguramente las tenía coloradas como un tomate. Sentí que Geminio me miraba como diciendo: «¿Qué tiene de especial? Yo la veo más bien vulgar.»

— Tengo entendido que Octavio está cobrando tributos —dijo Antonio, cambiando de tema—, y que se respira un gran malestar.

Geminio esbozó una leve sonrisa despectiva.

— Se respira algo más que malestar. Ha habido incendios, disturbios y asesinatos. Pero los soldados han acabado con todo.

O sea que Octavio controlaba por completo el ejército. Comprendí que, en los diez años transcurridos desde que los hombres de Octavio combatieran codo con codo con los de Antonio en Filipos, ambos ejércitos se habían ido distanciando. No quedaba en Italia ni un solo soldado en activo que hubiera servido bajo Antonio o César. Todos ellos se habían retirado hacía tiempo. Los nuevos soldados eran todos de Octavio y no repartían su lealtad.

— Quizá convendría que invadiéramos Italia ahora, aprovechando el descontento del pueblo con la actuación de Octavio y la debilidad de su posición —dijo Delio de repente—. Nuestro ejército está preparado, los barcos se hallan dispuestos para servirnos de convoy y estamos apenas en junio.

— Eso sólo sería posible si la Reina no nos acompañara —dijo Planco—. Cualquier intento de invasión en compañía de un extranjero levantaría inmediatamente a toda Italia contra nosotros.

— ¡Pues entonces tendréis que prescindir también de mis barcos! —les amenacé yo.

¿Acaso habían olvidado quién pagaba y alimentaba a los hombres? ¡Qué ingratos!

— De todos modos, no sería nada fácil invadir Italia —dijo Enobarbo—. Sólo hay dos puertos en las costas este y sur, Brundisium y Tarento, y desembarcar en ellos es imposible si están armados contra ti. Preguntádnoslo a Antonio y a mí, que lo sabemos muy bien por la experiencia de nuestros anteriores intentos.

— ¿O sea, que estás decidido a seguir adelante con la guerra? —preguntó Geminio—. Ahora veo que mi misión estaba condenada al fracaso antes de que emprendiera el viaje. ¡Ojalá me hubiera ahorrado esta pérdida de tiempo!

— No, no estamos decididos a empezar una guerra a toda costa —le aseguró Antonio—. ¿Cuántas veces Octavio y yo hemos estado a punto de enfrentarnos y nos hemos retirado en el último momento? Ocurrió hace cinco años en Tarento y ocho años antes en Brundisium. Nos peleamos muy a menudo, pero no nos golpeamos.

— ¿Quieres decir que eso es una riña de enamorados? —preguntó uno de los senadores, provocando la nerviosa hilaridad de los presentes.

— Esos dos no se tienen demasiado amor que digamos —intervino Ticio.

En aquel momento, me excusé. No podía soportar permanecer allí sentada por más tiempo. Me dolía la cabeza y todo aquel cúmulo de acusaciones y justificaciones me estaba confundiendo la mente. Necesitaba abandonar aquella estancia.

Aire. Necesitaba aire. Salí lanzando un suspiro de alivio al patio rodeado por una columnata cubierta, me apoyé en una de las columnas y sentí que se me enfriaban las mejillas al contacto con la suave piedra.

El jardín estaba a oscuras; la luna, ya superada la fase del plenilunio,

saldría más tarde aquella noche. Oía el rumor de una fuente en el centro del herboso patio; el viento agitaba los macizos de flores que me rodeaban y llevaba hasta mis oídos el murmullo de las salpicaduras del agua.

Respiré hondo; aquel frío y oscuro refugio era lo que yo necesitaba para recuperar el equilibrio. ¿Quién hubiera imaginado que el divorcio desataría tan ardientes emociones? Pero no tenía de qué extrañarme. Antonio siempre había tenido el potencial defecto de intentar montar dos caballos a la vez: ser un magistrado romano con los inevitables enfrentamientos con otros romanos y reclamar al mismo tiempo derechos y títulos orientales. La tensión provocada por ambos papeles era casi imposible de resistir, pues los caballos tiraban de él en direcciones contrarias. Los que habían apoyado al Antonio romano —es decir, los senadores y los partidarios que todavía le quedaban en Roma— se horrorizaban cuando contemplaban la otra faceta. Y puede que, al final, se negaran a marchar bajo su estandarte. Pero su exigencia de que abandonara la faceta oriental era imposible de cumplir, por lo menos en términos militares. Si abandonara sus intereses orientales, dejaría también el dinero que mantenía su maquinaria militar.

Traté de verme exclusivamente como un aliado militar indispensable. Con las riquezas de Egipto, aunque hubiera sido un hombre —un Herodes o un Arquelao como los que había mencionado Geminio—, mi colaboración habría sido esencial para alcanzar la victoria. Antonio no podía prescindir de mí, no podía prescindir de Egipto.

Mis ojos ya se habían acostumbrado un poco más a la oscuridad y ya distinguía las grises estatuas —meras copias, sin duda— que permanecían inmóviles como soldados en el jardín, rodeadas por los setos de boj que, con su típico aroma, competían abiertamente con el intenso perfume de una cercana rosaleta.

Había un banco de mármol discretamente adosado a un muro. Permanecería allí sentada, me prometí a mí misma, hasta que mis pensamientos dejaran de dar vueltas. No tenía prisa, no había ninguna necesidad de que me fuera. Apoyé la cabeza en el muro y cerré los ojos. Podía oír con toda claridad el rumor de la fuente. Dejé que su sonido de plata me acariciara los oídos.

Me sentía atrapada en Atenas y notaba que me faltaba el aire. Desde el mismo momento en que habíamos desembarcado, los desagradables descubrimientos se habían ido sucediendo unos a otros. Ni siquiera Roma me había parecido tan hostil. Estaba harta de los senadores. Hubiera deseado que se fueran. No, no era cierto. Si se hubieran ido, la causa de Antonio hubiera sufrido un duro golpe. Echaba de menos a los niños. Había tenido que abandonar precipitadamente Alejandría seis meses atrás. Junio. Al día siguiente Cesarión cumplía quince años y yo no estaría a su lado.

«¿De veras las diecinueve legiones y los cuatrocientos senadores se habían reunido para defender los derechos de mi hijo de quince años? Oh, César, qué tarea dejaste en mis manos. Estoy cansada, muy cansada de intentar cumplirla. Puede que no sepa estar a la altura de las circunstancias. Me exiges más de lo que puede hacer un ser mortal, incluso un ser mortal que, además, es

una diosa.»

Pero no hubo respuesta, claro. La fuente seguía salpicando y hasta oía — muy débilmente— el canto de un ruiseñor en algún recóndito lugar del oscuro jardín.

Debí de quedarme dormida, pues me desperté con un sobresalto al oír unas voces. Unos hombres se encontraban al otro lado del jardín y sus pisadas hacían crujir la grava de los caminos. Instintivamente procuré no hacer ruido y esperé. La reunión tal vez había terminado, o acaso aquellos hombres se habían retirado antes.

No se oyó ningún otro sonido, lo cual me indujo a pensar que se habían retirado juntos o que incluso vivían en algún lugar de aquella laberíntica mansión. Estaban pasando por delante de la fuente. Entonces los vi o más bien distinguí sus claras túnicas destacando en la oscuridad.

— ... es imposible —dijo uno de ellos en voz baja.

— Ya lo has visto esta noche —contestó su acompañante con una voz que no me era del todo desconocida—. Tenemos que elegir.

— Estoy harto de elegir. Por una vez quisiera acertar en mi decisión.

— Bueno, pero cuando elegiste mal tuviste la oportunidad de rectificar.

— ¿Yo? ¿Y tú qué?

— Yo tengo el arte de elegir siempre el bando perdedor, lo reconozco. Pero, por lo menos, no persisto en mi error.

— Bueno, ya basta de Sexto.

Se oyó una carcajada. Una carcajada que yo había oído otras veces.

— ¿Cuántas veces has cambiado de bando hasta ahora? —El tono de voz estaba a medio camino entre la admiración y el desprecio—. Primero César, después Cicerón y luego Antonio. Primero los amas y después los abandonas. Así me gusta mi tío.

Una palmada en el hombro.

¡Planco y Ticio!

— Yo no abandoné a César —protestó Planco—. Él me abandonó a mí.

— ¿Quieres decir cuando lo mataron? Qué desconsiderado por su parte.

Una carcajada.

— Aun así, tenemos que felicitarnos. Jamás hemos dejado de correr hacia el bando vencedor —añadió.

— Mejor tarde que nunca —convino Planco.

— ¿O sea que tú piensas que va a perder?

Estaban pasando junto al seto que yo tenía al lado. Contuve la respiración y

me alegré de que mi túnica fuera de color oscuro y apenas se distinguiera.

— No lo sé. Lo que me preocupa no es su amor por la Reina, sino lo mucho que depende de ella. No es libre de hacer los mejores planes posibles, pues siempre tiene que tomar en consideración Egipto y su posición. Los dioses saben que probablemente es el mejor táctico del mundo, pero tiene que supeditar su estrategia general a los intereses de Egipto. Y en la guerra, ¿tú sabes cómo llaman los generales a los que se avienen a compromisos?

— Vencidos —contestó Ticio.

Pasaron por mi lado riéndose y rodeándose mutuamente los hombros. Sus sandalias hacían rechinar la grava del suelo.

— Planco se ha ido —dijo Antonio con incredulidad mientras leía la nota que acababan de entregarle en nuestros aposentos.

Por lo menos, había tenido la delicadeza de escribir una nota, pensé. Su madre lo había sabido educar. «Cuando cambies de bando, hijo mío, no olvides nunca las buenas maneras. De lo contrario, los traidores te mirarán mal.»

— Y Ticio se habrá ido con él, sin duda —dije yo. Aún no había tenido ocasión de comentarle la conversación que había oído en el jardín y ahora me entristeció verla confirmada. Esperaba que sólo hubiera sido el fruto de un estado de ánimo momentáneo.

— ¿Tú lo sabías? —Me miró asombrado—. ¿Cómo?

— Escuché una parte de su conversación, pero eran simples reflexiones en voz alta. Tú ya sabes que la gente ensaya muchas ideas, pero sólo lleva a la práctica unas pocas.

— ¿Qué razón habrá tenido? —se preguntó Antonio, leyendo una y otra vez la nota—. Aquí no dice casi nada, sólo que, después de pensarlo mucho, ha decidido regresar a Roma.

— Lamento decirte que les oí comentar en broma su historial de cambio de bandos.

Antonio lanzó un profundo suspiro. Nadie lo había abandonado jamás y él, cuya principal cualidad era la fidelidad, atribuía una gran importancia a dicho rasgo.

— ¿Y dices que Ticio también?

— Sí. ¿Vamos a hacerle una visita? ¡Apuesto a que no lo encontraremos en casa!

Ticio ocupaba una villa junto a la de su tío, soberbiamente emplazada en una ladera desde la cual se contemplaba una espléndida vista de la acrópolis. Un palacio particular del que cualquier rey se hubiera sentido orgulloso.

Bajamos de la litera y el sirviente aporreó la puerta. Al final, salió un criado. Cuando nos identificamos y preguntamos por el comandante Marco Ticio, el criado parpadeó sacudiendo la cabeza.

— El muy noble comandante no está —contestó.

— ¿Y cuándo regresará el muy noble comandante? —pregunté con dulzura—. ¿Podemos esperarle?

El criado nos miró alarmado.

— Oh, no. Majestad, no sería apropiado. Aquí no tenemos nada digno de

acoger...

Entré pasando alegremente por su lado.

— Yo no tengo remilgos —dije—. Es más, hace tiempo que deseaba visitar esta villa. Tengo entendido que hay unos mosaicos preciosos en el comedor. Me distraeré un rato.

— Majestad, debo decirte que...

— Y a mí me gustaría inspeccionar el cuarto de las armas del comandante. Hace tiempo me prometió mostrarme su colección de escudos, incluida una copia del de Ajax. ¡Lleva años presumiendo de ella! —dijo Antonio jovialmente.

Se alejó en dirección contraria para gran consternación del criado, pues el pobre no sabía a cuál de los dos seguir. Al final, optó por seguir a Antonio.

En cuanto ellos echaron a andar por un pasillo, di media vuelta y los seguí. Era evidente que la casa estaba vacía. En el atrio habían varios reveladores arcones y los restos que siempre quedan cuando se hace un equipaje: polvo, trozos de pergamino, alfileres y fragmentos de cuerda.

— ¡Oh, Atenea! —exclamó la voz de Antonio en tono de burlona sorpresa—. ¡Todos los escudos han desaparecido! —Asomé la cabeza por la puerta y me llamó—. ¡Ven a ver! ¡Alguien ha robado la preciada colección de Ticio! Ya verás... —dijo volviéndose hacia el criado—. ¡Ay cuando regrese, te hará cortar la cabeza!

Entré en la desierta estancia, en la cual resonaban los ecos de las voces.

— ¡Qué pena, pobre Ticio! —No me creía capaz de seguir el juego de Antonio, él que solía jugar cuando los demás lloraban, pero me vi atrapada en él. Las bromas hacían que la situación resultara menos dolorosa—. ¡Qué disgusto se va a llevar! ¿Acaso estabas dormido en lugar de vigilar?

Vi en la pared los ganchos de los cuales debían de estar colgados los escudos. Ticio siempre los llevaba consigo a todas partes, como si esperara que le dieran suerte.

— No... sí...

El criado no sabía qué decir.

— Bueno, muchacho, no hace falta que sigas fingiendo —le dijo Antonio en tono consolador—. No hace falta que lo protejas. Sabemos que se ha ido y sabemos adonde. Sólo queremos saber cuándo... y por qué.

— Se fue anoche. En cuanto al porqué, juro que no lo sé.

— ¿No te dejó ninguna carta para que se la entregaras a alguien?

— No. En nombre de todos los dioses juro que te estoy diciendo la verdad.

«Es la nueva generación. No tiene educación.» Estuve casi a punto de echarme a reír al pensarlo.

— ¿Se lo ha llevado todo? —pregunté.

— Todo lo que se podía embalar en arcones —contestó el criado.

Abandonamos la estancia y regresamos al atrio.

— Ya que estamos aquí —dije de repente—, quiero ver los famosos mosaicos. —Me dirigí al comedor. Por el camino, pasamos por delante de un busto de Octavio colocado en un pedestal—. ¡Mira! ¡Se ha dejado olvidado a su Octavio!

Experimenté un sobresalto al ver de nuevo el rostro y los rasgos de mi enemigo. A fin de cuentas, llevaba sin verlo desde que él tenía dieciocho años, antes de convertirse en un hombre y mucho antes de haber adquirido el derecho a tener un retrato oficial. Así era como él deseaba ahora ser visto. Me acerqué para estudiarlo con más detenimiento.

Había cambiado, por supuesto, pero todavía lo hubiese reconocido. Estaba más delgado y tenía el cuello más estilizado. Llevaba el cabello más largo y más desgreñado (¿por qué quería que lo representaran con un aspecto tan desaliñado?). Mantenía la cabeza ladeada en un gesto arrogante y el ceño ligeramente fruncido. Era la imagen crítica de un hombre ambicioso y del todo decidido a apoderarse de cualquier cosa capaz de despertar su codicia. No tuve más remedio que admirar su honradez y su valor al permitir que circulara una imagen tan fiel de su persona. Su energía parecía escapar de la piedra.

— ¿Qué ocurrió? —le pregunté al muchacho—. ¿Acaso no se lo quiso llevar?

— Temió que el mármol se rompiera. Mira, hay una grieta debajo de la oreja —contestó el criado, señalándola.

Vi una finísima resquebrajadura en el lugar donde indicaba.

— ¡Qué pena dejarlo aquí tan solo! Creo que deberíamos adoptarlo. —Me volví hacia Antonio—. ¿No crees que deberíamos tener un busto de Octavio? Vamos a llevárnoslo a casa. Nosotros no temeremos que pueda romperse. ¡Apolo lo protegerá y, si algún percance ocurriera, nosotros mismos lo volveríamos a pegar!

El hecho de quedarme con la estatua me hacía experimentar una mezquina sensación de triunfo sobre Ticio y Planco.

— Como tú quieras —accedió Antonio—. Pero tendremos que buscarle un lugar adecuado.

«En la sala de planificación de la guerra», pensé. Es mejor tener a tu adversario delante de los ojos.

Aquella noche, cuando cesaron los rumores de la casa y todos los criados —incluido Eros— terminaron sus tareas y se retiraron a descansar, comentamos muy en serio las deserciones. Antonio mostraba un semblante muy abatido y parecía haber envejecido de golpe. Estaba examinando los informes acerca de sus comandantes más jóvenes, tratando de encontrar entre ellos a los más idóneos para sustituir a los desertores. La lectura no era muy amena que digamos,

pero se tenía que hacer.

— Aquí tenemos al joven Dentato —dijo—. Parece muy prometedor. También me han recomendado a Cayo Municio. —Lanzó un suspiro y dejó los pergaminos—. Echaremos de menos a Planco y a Ticio. Aunque, en realidad, ningún comandante es insustituible, excepto César.

— Creo que Octavio se sentiría perdido sin Agripa —dije—. No es un César, pero es lo que más se parece a su sucesor desde el punto de vista militar. Sin contarte a ti, naturalmente —me apresuré a añadir.

— No podemos soñar con eso. No es probable que Agripa se presente mañana en nuestro cuartel general.

No tuve más remedio que preguntarlo.

— Antonio, ¿por qué crees que han desertado? ¿Y qué repercusiones tendrá eso en nuestra causa?

Le miré y leí sus pensamientos. Su rostro reflejaba el esfuerzo que estaba haciendo para poder comprenderlo. Pero yo sabía que contestaría con toda sinceridad, tal como tenía por costumbre. Al igual que César, no se engañaba ni engañaba a los demás.

— Si algo se puede decir de Planco es que siempre se ha mostrado favorable a la paz y a los compromisos —contestó finalmente—. Sirvió lealmente a César en la Galia y también más tarde, aunque sin destacar demasiado. Más adelante votó en favor de la amnistía para los asesinos de César y trató de apoyar al Senado. Pero después perdió interés por la política de Cicerón y se unió a mí. Nunca ha sido un firme partidario de nada. No creo que consiguiera despertar el suficiente entusiasmo con vistas al inminente conflicto.

— ¿Acaso cree que Octavio será menos exigente?

— A lo mejor cree que allí tendrá que asumir menos responsabilidades. Además, últimamente le había sorprendido en unos turbios manejos financieros. Resultó que era un poco ladronzuelo. Estaba a punto de retirarle el privilegio de usar mi sello y mis poderes. Él sabía lo que se le venía encima.

¡Acabáramos! Había sido una venganza. Pero ¿lo aceptaría Octavio? Era bien sabido que Octavio (para gran honra suya, lo reconozco) aprobaba la traición, pero despreciaba a los traidores. A veces incluso los mandaba ejecutar tras haber obtenido de ellos la información que necesitaba.

— ¿Crees que el busto de Octavio significa que éste siempre lo favoreció?

— ¿Quién sabe? A lo mejor era un busto que andaba perdido por ahí. Octavio ha inundado el mundo de estatuas suyas, dado que, según sus deseos, se tienen que colocar al lado de las de César en todos los templos dedicados a Roma, y hay muchísimos.

— ¿Y Ticio?

— Ticio. —Antonio lanzó un suspiro—. Confieso que tenía talento. A pesar de que era un oportunista y un adulator...

Recordé su manera de besarme la mano y la tierna mirada de sus ojos. Y recordé también la ciudad cuyo nombre yo había cambiado en su honor: Ticiópolis. Había cumplido mi palabra. ¡Bueno, ahora le volvería a cambiar el nombre! Y Planco, bailando desnudo en el banquete con el cuerpo pintado de azul...

«Un adulator.»

— Antonio, ¿cuántos nos apoyan sólo por razones de interés y cuántos lo hacen por lealtad personal? Por lo visto, no podemos fiarnos de los que se han unido a nosotros por razones políticas. ¿Están con nosotros por convicción, o sólo porque están vagamente en contra de Octavio?

— Eso ya se encargan ellos de ocultárnoslo, amor mío —contestó—. Y es peligroso leer los pensamientos de los demás. Tendremos que fiarnos de ellos.

Sonrió y me atrajo hacia sí. Apoyé la barbilla sobre su cabeza.

— La desconfianza pudre el alma del hombre.

Tenía razón, pero eran unos pensamientos demasiado nobles para mí.

Casi dos meses después de que Octavia recibiera los documentos del divorcio y abandonara la casa de Antonio llorando, al menos según decían, Antilo, el hijo mayor de Antonio, se presentó en Atenas. A pesar de que Octavio siempre había instado a su hermana a considerarse divorciada y a abandonar el hogar de Antonio, subrayándole en todo momento el mal trato que estaba recibiendo de éste, cuando se produjo el divorcio, procuró sacarle al mayor provecho posible. Se aseguró de que su hermana abandonara la casa de Antonio en pleno día, acompañada de sus hijos. Era la mujer agraviada, la madre perfecta expulsada de su hogar. Octavia se instaló en casa de su hermano con Marcelo de diez años, las dos Marcelas —de ocho y dieciséis años—, Yulo, el hijo de Antonio, de diez años, y las dos Antonias, de siete y cuatro años. Sólo Antilo, el hijo mayor de Antonio a sus trece años de edad, decidió reunirse con su padre en lugar de quedarse en Roma. Intuyendo que el niño era demasiado mayor como para usarlo a su conveniencia, Octavio le dio permiso.

Yo estaba deseando conocer al hijo de Antonio, el heredero de sus propiedades romanas, pues Antonio me hablaba muy a menudo de él y yo sabía que lo llevaba en su corazón. Sin embargo, hacía casi nueve años que no lo veía y se quedó asombrado al ver lo mucho que había crecido. El muchacho se encontraba en aquella difícil edad en la que los desgarrados adolescentes sufren tantas angustias, pues ya han perdido el atractivo de la infancia. Su cuerpo no era compacto como el de Antonio sino larguirucho y delgado, con un rostro enjuto y unos dientes demasiado grandes para su boca. ¿Cómo era posible que Antonio y Fulvia hubieran engendrado una criatura tan frágil? Pese a todo, poseía un carácter muy dulce (heredado de Antonio, no de Fulvia) y todavía le faltaba mucho tiempo para alcanzar la madurez. Puede que más adelante adquiriera más vigor.

Al principio, el muchacho se mostraba muy tímido en presencia de su padre, pero Antonio no tardó en conseguir que se sintiera a sus anchas y sólo a su lado podía descansar de las inquietudes causadas por la inminencia de la guerra. Cuando estaba con Antilo, se olvidaba de todas sus preocupaciones. El hecho de

verlos juntos me hacía echar de menos la presencia de Cesarión, de Alejandro y Selene y del pequeño Filadelfo. Es bueno tener a unos niños que nos lleven a otros mundos mientras nosotros intentamos prepararles el presente para que ellos lo hereden en el futuro.

Por extraño que pueda parecer, a través de Antilo nos enteramos de las andanzas de Planco y Ticio en Roma. El niño hizo el comentario con absoluta inocencia. Estaba formulando preguntas sobre Egipto y las pirámides cuando, de repente, preguntó:

— ¿Tu tumba va a ser tan grande como la del faraón?

No supe a qué se refería.

— ¿Mi tumba? —pregunté.

— Sí, tu tumba. En Roma se habla constantemente de ella. Está en boca de todo el mundo. ¿Qué tiene de especial?

Tuve que pensarlo.

— Pues nada, en realidad. Está al lado del templo de Isis, en el recinto de mi palacio. Es un mausoleo normal, pero... —tal vez se refería a eso— tiene unas puertas que no se podrán volver a abrir en cuanto se cierren. ¿Por qué?

— Bueno, todos dicen que debe de ser una tumba muy especial, pues, de lo contrario, mi padre no se empeñaría tanto en que lo enterraran allí en lugar de hacerlo en Roma. ¡Es la comidilla de Roma!

— ¿Y cómo lo saben? —preguntó Antonio, apartando a un lado los informes que estaba leyendo.

— Dicen que figura en tu testamento.

Antonio y yo nos miramos. El testamento. Se encontraba bajo la custodia de las vírgenes vestales y nadie tenía acceso a él.

— ¿Y cómo saben lo que dice mi testamento? —preguntó Antonio—. Eso tiene que guardarse en secreto hasta que yo muera.

— Bueno... —Antilo se encogió de hombros, prestando más atención a unos soldados de juguete que estaba colocando sobre una manta arrugada que le servía de montañoso campo de batalla—. Se lo robaron a las vírgenes vestales.

— ¿Qué? —Antonio se arrodilló en el suelo y miró con expresión muy seria a su hijo—. Eso no es ninguna broma. Deja estos soldados. ¿De veras lo han robado?

Antilo dejó los soldados en el suelo.

— Sí, tío Octavio los obligó a hacerlo. Unos romanos que acababan de regresar a Roma se lo dijeron y él lo quiso ver.

— ¡No es tu tío! —intervine yo en tono cortante.

— Él quería que lo llamara así —replicó Antilo—. Se enfadaba si no lo hacía.

— ¡Bueno, ya basta! —dije—. ¡No os une ningún parentesco!

— Chsss. —Antonio me miró, frunciendo el ceño—. Eso ahora no tiene importancia. Lo que yo quiero saber es quién robó el testamento.

— Tío... quiero decir. Octavio. El mismo se lo arrebató por la fuerza a las vírgenes vestales. Se produjo un gran revuelo. Todo el mundo comentaba que querías ser enterrado en Egipto. Y otra cosa... bueno, ahora no me acuerdo. De lo que más se hablaba era de la tumba.

Planco y Ticio. Habían sido testigos del testamento. Se lo habían dicho a Octavio y éste lo había utilizado echando mano de su infalible habilidad. Pero ¿cómo se había atrevido a profanar el santuario de las vestales? Adivinó que lo que había en el testamento merecería la pena. El muy malnacido. Y había ganado.

Aquella noche en nuestros aposentos, apoyé suavemente la cabeza en el hombro de Antonio.

— Tenemos que evaluar nuestra situación —le dije en un susurro—. El comportamiento de Planco y Ticio lo ha cambiado todo. ¿Qué está ocurriendo en Roma?

— Al parecer, han obtenido el perdón de Octavio a cambio de una información confidencial sobre mí: la que conocían como custodios de mi sello y testigos de mi testamento —contestó Antonio—. Tenían que ofrecerle algo que a él le interesara. Llevaban diez años conmigo y eso los hacía sospechosos a los ojos de Octavio.

— ¿Hasta qué extremo es perjudicial la información?

— Jamás pensé que lo fuera —contestó—. No comprendo por qué tendría que serlo.

Los rumores de una noche estival penetraban a través de nuestras ventanas, canciones de los patios cercanos, risas y pisadas sobre los adoquines de abajo. En las calles de Atenas, la gente disfrutaba del buen tiempo y del claro cielo estrellado.

Apoyé la cabeza sobre su pecho y escuché los lentos y regulares latidos de su corazón. Con cuánta serenidad descansaba, qué tranquilo parecía. Lo rodeé con mis brazos y sentí bajo las palmas de mis manos sus fuertes y arqueadas costillas. Parecía tan sólido como un fuerte y vigoroso roble. El solo hecho de tocarlo bastaba para que se borrarán todos mis temores y mis preocupaciones. Las deserciones de Ticio y Planco me habían trastornado profundamente, pero no tanto por la pérdida de sus personas cuanto por lo que ello simbolizaba. Puede que desmoralizara a los que todavía permanecían con nosotros. Las deserciones se podían contagiar como la peste.

Los informes que finalmente recibimos de Roma fueron sorprendentes. Antonio tenía razón; para recuperar el favor de Octavio, Planco y Ticio le habían revelado que el testamento contenía una valiosa información que le podría ser muy útil.

La aparición de Planco y Ticio había sido muy oportuna. Octavio, que acababa de regresar de Iliria, era ahora un simple ciudadano particular. El Triunvirato había expirado oficialmente y Octavio no ocupaba ningún cargo público. Además, no tenía ningún motivo constitucional para encabezar una campaña contra su ex compañero de Triunvirato y cuñado. Antonio no había cometido ningún acto agresivo o ilegal, y Octavio ya había declarado que las guerras civiles habían tocado a su fin. Antonio contaba todavía con un considerable número de seguidores en Roma, casi la mitad del Senado lo apoyaba y había mucha gente que se mantenía al margen de las actividades de ambos bandos. A no ser que encontrara alguna excusa para atacar a Antonio y conseguir que la opinión pública se pusiera de su parte. Octavio no podría hacer nada.

Después se había producido el divorcio. Aunque el hecho en sí no tenía nada de particular, constituía una prueba de que Antonio se estaba desvinculando de Roma para poder consolidar su unión con la Circe egipcia y alimentaba el fuego, avivado por Octavio, de la voluntad de Antonio de dejar de ser un ciudadano romano. El testamento, en el que Antonio manifestaba el deseo de ser enterrado a mi lado, «demostraba» que Antonio había repudiado Roma y planeaba trasladar la capital a Alejandría.

— Mientras Antonio descansa embalsamado como un faraón en aquella tierra extranjera, yo, dondequiera que caiga en combate, yo, imperator César, depositaré mis huesos en el sepulcro familiar que en estos momentos estoy construyendo junto al Tíber. ¡Ni siquiera mi polvo te dejará o abandonará, Madre Roma! —había exclamado Octavio al revelar el contenido del testamento.

La respuesta fue un estallido de cólera e indignación contra nosotros. Antonio fue insultado con toda suerte de epítetos. Planco se levantó en presencia de lo que quedaba del Senado y describió cómo Antonio me abanicaba servilmente; cómo había dejado a un senador con la palabra en la boca para seguir mi litera y mezclarse con mis eunucos; cómo solía interrumpir las reuniones del consejo para leer poemas de amor escritos por mí sobre unas tablillas con incrustaciones de piedras preciosas; e incluso cómo me frotaba los pies en público, ungiéndolos con aceite y besándolos apasionadamente.

Recordé la vez en Éfeso en que Ticio nos había sorprendido en la intimidad de nuestra casa mientras Antonio me frotaba los pies, estando yo indisputada. Ahora Planco había exagerado el episodio y lo había convertido en una calumnia.

Planco se pasó varios días describiendo en el Senado todas las locuras, las maldades y los errores de Antonio. La lista de los fallos de Antonio era tan alta como las pirámides.

Al final, un anciano senador se levantó.

— Hay que ver la cantidad de malas acciones que cometió Antonio antes de que tú te decidieras a abandonarlo —comentó en tono sarcástico.

Por mucho que el pueblo lo respaldara. Octavio necesitaba una excusa más poderosa para poder atacar. Puesto que los planes relativos a su enterramiento no

constituían una deslealtad —un senador llegó a señalar incluso que no era justo castigar a un hombre vivo por lo que tuviera intención de hacer una vez muerto—, Octavio tendría que echar mano de una «sanción más alta» que estuviera por encima de la constitución. Se le ocurrió una idea: la de que los romanos prestaran juramento de lealtad a su persona, no a cualquier cargo que pudiera ocupar. De esta manera, él se convertiría en protector y todos los ciudadanos del país serían sus clientes.

Se redactó a toda prisa un juramento de lealtad y en otoño se empezó a convencer a la gente de que lo prestara.

Sosteniendo en mi mano una copia, se la leí en voz alta a Antonio, el cual no mostraba demasiado interés en escucharla.

— «Por el presente documento, me comprometo a tener los mismos amigos y enemigos que el imperator J. César, *Divi Filius*, a combatir en cuerpo y alma, por tierra y por mar, contra quienquiera que lo amenace, a informar de cualquier traición que haya visto u oído y a considerarme junto con mis hijos menos valioso que la seguridad del imperator César. Si rompiera mi juramento, que Júpiter nos castigue a mí y a mis hijos con el destierro, la proscripción y la ruina» —leí—. Muy completo, ¿no?

Antonio sacudió la cabeza.

— Bononia se ha negado a prestarlo —dijo.

— Sí, esta ciudad te sigue siendo fiel.

Sin embargo, tanto el ejército, como las colonias de veteranos y casi todos los ciudadanos de relieve lo habían prestado. Entretanto, en Roma los ciudadanos que se mantenían al margen de toda la contienda habían sido empujados finalmente al bando de Octavio. Y todo por obra y gracia del testamento y del divorcio, dos hechos personales que pertenecían a la vida privada de Antonio. Qué ironía. De esta manera, Octavio podría afirmar que todos los leales ciudadanos, escandalizados y entristecidos por la ignominia de Antonio, se habían levantado espontáneamente para manifestar su fidelidad al *Divi Filius*: defensor de la fortaleza, la virtud y la tradición romanas. Para eso servirían los juramentos.

— Seguimos contando con más recursos que él —señaló Antonio—. Nuestro ejército es más grande y nuestro tesoro mayor. En caso de que se produzca un enfrentamiento, lo ganaremos. Yo soy mejor comandante que Agripa y Octavio juntos. ¿Recuerdas cuando hablamos del espíritu creador? El mío se manifiesta en la guerra y ahora no me fallará.

— En el testamento hay algo que preocupó a Octavio, pero no fue lo que él anunció a los cuatro vientos —dije—. Lo que más lo ha asustado se ha guardado de decirlo.

Antonio se frotó la frente como si quisiera borrar las arrugas que se habían instaurado en ella desde que llegara a Atenas.

— ¿Qué es? —preguntó.

— En el testamento, tú manifiestas firmemente tu apoyo a la herencia de Cesarión. Con lo cual, le niegas a Octavio un lugar tanto en Occidente como en Oriente. No le dejamos ningún sitio adonde ir. Él lo sabe y no puede aceptar semejante proyecto.

— Sí, es cierto —reconoció Antonio—. Por eso tenemos que hacer la guerra para poder vivir en paz, tal como dijo Aristóteles.

Los dorados días estivales se prolongaron en Atenas hasta el mes de octubre, pero nosotros estábamos demasiado ocupados con nuestros preparativos militares como para contemplar los remolinos de las hojas o pasear entre las mariposas que trenzaban sus últimas danzas. Muy pronto los distintos contingentes emprenderían la marcha para ocupar sus posiciones de vigilancia en otros tantos lugares de Grecia.

Antonio y yo nos habíamos pasado muchas horas retocando los planes antes de exponerlos.

Casi por primera vez una importante campaña se basaría tanto en las fuerzas navales como en las de tierra. Puesto que ninguno de los bandos combatiría en su propio territorio y en Grecia escaseaban los víveres, éstos se tendrían que transportar por mar. Los suyos procederían de Italia y los nuestros de Egipto. Era evidente que quien consiguiera cortar las líneas del enemigo acabaría matando de hambre a su ejército. Por consiguiente, las flotas revestirían una importancia fundamental y nosotros estábamos orgullosos de la nuestra. No sólo contábamos con más de quinientos navíos de guerra de diversas características, sino que además disponíamos de unos expertos remeros egipcios y griegos. De poco servía tener buenos barcos si los remeros eran ineptos. Por si fuera poco, Sosio y Enobarbo eran unos veteranos y curtidos navegantes.

En cuanto al ejército de tierra, aún conservábamos el núcleo de los legionarios romanos, algunos de los cuales eran veteranos de la Partia e incluso de Filipos, y teníamos un considerable número de soldados recién reclutados. Los legionarios eran unos sesenta mil y la infantería ligera y los soldados de los reyes clientes sumaban otros veinte mil. El príncipe Amintas de Galacia, elevado por Antonio a dicha dignidad, había aportado dos mil soldados de la mejor caballería del mundo, los cuales se habían unido a los diez mil que nosotros ya teníamos. Los soldados de nuestras fuerzas de tierra eran por tanto casi cien mil. Antonio se pondría al frente de las tropas y a sus órdenes estarían Canidio y Delio, mientras que los reyes de Capadocia, Paflagonia, Tracia, Cilicia y Comagene estarían al mando de sus propias tropas.

Yo hubiera deseado ponerme al frente de mis navíos egipcios, pero Antonio no estaba muy convencido. No le gustaba la idea de que estuviéramos separados durante la batalla —uno en tierra y otro en el mar— y temía que Enobarbo se opusiera. Y la experiencia de Enobarbo nos era muy necesaria para luchar contra Agripa. Guardé silencio, pensando que la situación quizá cambiaría más adelante. De una cosa estaba segura: no me mantendría al margen, sino que pensaba luchar en algún lugar.

Me preguntaba también si convendría que Cesarión participara. Tenía edad

suficiente para iniciar su adiestramiento como soldado. No obstante Antonio insistió en que Antilo se fuera a la seguridad de Alejandría y en que Cesarión se quedara donde estaba.

— Una guerra en toda regla no es el mejor lugar para que unos muchachos aprendan el oficio de soldado —objetó—. Sobre todo cuando el muchacho es el heredero. Las apuestas son muy altas y la posibilidad de un accidente es demasiado grande.

Se mostró tan inflexible que tuve que doblegarme a su voluntad.

— Eso significa que no deseas que te estorben.

— Exacto —asintió—. Bastantes preocupaciones tendré para que encima tenga que estar pendiente de ellos. ¡Qué rehenes tan extraordinarios serían para el enemigo!

No obstante, yo me seguía preguntando si más tarde los muchachos no se sentirían engañados. ¿Cómo podía un hijo de César permanecer sentado mientras se combatía una guerra en su nombre?

Al final, tras haber ultimado todos los detalles, celebramos un consejo en el gigantesco pórtico de Átalo, cerca del ágora. El espacio nos era necesario para acoger a nuestros hombres, extender los mapas y exponer nuestros planes. Sería la última vez que estaríamos todos juntos bajo un mismo techo.

Para subrayar su romanidad, Antonio se había vestido con su atuendo de general: la coraza de latón y plata con adornos en relieve, una hilera de condecoraciones militares sobre el pecho, la holgada capa púrpura y sandalias claveteadas.

Yo había procurado evitar los adornos y me había vestido con una sencilla túnica y una capa. Solamente me había puesto la antigua condecoración egipcia al valor, consistente en unas estilizadas moscas doradas, que me había ganado por mi actuación al frente de mi ejército en Ascalón contra mi usurpador hermano y por el hecho de haber ofrecido mi flota para que se utilizara contra los asesinos. Quería hacerles comprender que una parte de mi persona era guerrera.

Detrás de nosotros se había extendido un gigantesco mapa enmarcado. Antonio se encontraba de pie a su lado con una lanza en la mano. Teníamos delante los rostros de todos nuestros principales oficiales y de los diez Reyes. Más allá estaban los senadores. Los legados, los tribunos y los centuriones ocupaban el resto de la sala.

— Hemos celebrado festines y banquetes, amigos míos —empezó diciendo Antonio—. Ahora ha llegado el momento de entregarnos a la inminente prueba. Quieran los dioses mirarnos benignamente y otorgarnos la victoria. —Señalando el mapa, tocó con la lanza la península Itálica, situada a la izquierda—. Octavio tendrá que atravesar el mar para llegar hasta aquí. —Soltó una cautivadora carcajada—. Según la ruta que elija para el transporte de sus tropas, el viaje podrá ser corto o largo. Si zarpa desde aquí —señaló Brundisium— sólo tendrá que navegar setenta millas para llegar a Grecia. Si elige Tárenlo —otro golpecito con la

lanza— y se dirige hacia el sur, serán casi doscientas millas. Tenemos que estar preparados para interceptarlo en cualquiera de los dos casos. Por consiguiente, propongo la creación de una cadena de nueve bases navales en islas situadas frente a la costa de Grecia desde Corcira, en el norte, hasta Creta, en el sur.

Se oyeron unos murmullos de aprobación de los hombres.

— Por encima de Corcira, el desembarco en la costa griega es difícil; por consiguiente, no debemos temer que Octavio lo intente por allí. Protegeremos Corcira y estableceremos una importante base naval al sur de ésta, en el golfo de Ambracia. El grueso de la flota invernará allí. —Miró a su alrededor por si hubiera alguna pregunta. Al ver que no, añadió:

Frente al golfo de Ambracia se encuentra la isla de Leucas, en la que estableceremos una tercera base naval. Después, siguiendo hacia el sur, casi en el centro de la cadena, habrá otra en Pairas, en el golfo de Corinto, protegida por otras dos bases navales, una en Cefalonia y otra en Ítaca, patria de Odiseo. Un poco más al sur, en la isla de Zákynthos, Sosio estará al mando de su flota. Conoce muy bien el lugar, pues ya lleva siete años allí.

Sosio se levantó y asintió con un gesto.

— Una importante base bajo el mando de Bogud de Mauritania se establecerá en Metona, en el sur de Grecia. La última en suelo griego en el promontorio Ténaro servirá para proteger nuestras rutas de suministros de víveres de Egipto. Más abajo está Creta, donde se establecerá la novena base. Como veis, se trata de un escudo que se extiende por todo el lado occidental de Grecia.

— ¿Y la Vía Egnatia al norte de Grecia? —preguntó Delio—. ¿Por qué la abandonamos? No me gusta.

— No nos hace falta —contestó Antonio—. No podemos recibir suministros por allí.

— Pero el enemigo sí puede —objetó Delio.

— No, al enemigo no le servirá de nada estando nosotros en el sur. La calzada se dirige hacia el este y no puede ayudarlos a transportar suministros a través de la montaña hacia los lugares donde nosotros nos encontramos. Es una calzada extraordinaria, pero no nos sirve para nada en esta contienda.

Antonio parecía completamente seguro.

— ¿Por qué dejar el ejército cerca del golfo de Corinto? —preguntó Enobarbo—. Si el enemigo viene por mar desde el oeste, estaremos preparados y nos podremos desplegar fácilmente hacia la costa. Si, por el contrario, hiciera una larga marcha por tierra a través de Iliria y bajara desde el norte, lo podremos bloquear. Estaremos preparados cualquiera que sea la dirección que elija. Pero dudo mucho que haga una marcha por tierra —añadió—. Entre otras cosas, porque son casi mil millas.

— ¡Mejor mil millas por tierra que setenta por mar! —gritó Canidio en tono burlón.

— ¡Cállate, marinero de agua dulce! —le replicó Enobarbo.

— Tened en cuenta que se trata de una difícil empresa para Octavio —dijo Antonio—. El tiempo, el dinero y los suministros son factores que juegan de nuestra parte. Lo único que tenemos que hacer es permanecer en Grecia y esperar. Él tiene que venir aquí, pagar a sus tropas y transportar todos los suministros. Nosotros, en cambio, ya hemos reunido sin prisas todo lo que necesitamos, lo cual constituye una gran ventaja.

— ¿Y ella dónde estará? —preguntó repentinamente Enobarbo.

Me levanté. Podía hablar por mí misma.

— En mi calidad de comandante de los barcos egipcios, estaré con mi flota —contesté.

— Tú eres dueña de los barcos, ¿pero estarás al mando de la flota? —preguntó Enobarbo—. Tiene que haber un capitán general de la flota.

— Eso se resolverá más tarde —se apresuró a decir Antonio—. La Reina pasará el invierno conmigo en Patrás.

Comprendí que aquel asunto sería un motivo de disputa entre nosotros. En realidad, Antonio tenía razón: se tendría que resolver más tarde.

— Quizá fuera mejor que la Reina regresara a Egipto —deslizó Enobarbo.

¡Ya estábamos otra vez!

Antes de que yo pudiera contestar, Enobarbo expuso un argumento muy inteligente.

— Si ella permitiera que su hijo ocupara su lugar, puede que las tropas no estuvieran tan desconcertadas. A fin de cuentas, el chico es hijo de César y rey por derecho propio. Eso acabaría con los burdos chismorreos que Octavio ha hecho circular e infundiría más valor a los soldados.

Yo también había considerado aquella posibilidad y tenía que reconocer su mérito.

Antonio me miró enojado.

— Eso se resolverá más tarde —repitió—. Entretanto, tú estarás muy ocupado organizando las bases antes de que llegue el invierno. Tenemos que estar bien preparados cuando cambie el tiempo. Y no olvidéis que voy a ser cónsul el próximo año, junto con Octavio. Voy a esperar hasta enero, cuando asuma el cargo. No tengo la menor intención de renunciar a él de nuevo.

Pero la estrategia de Octavio nos superó. Aún se guardaba dos ases en la manga y en noviembre los sacó. Declaró nulo el consulado de Antonio y lo despojó de su *imperium*. Antonio no estaba en su sano juicio, dijo, y, por consiguiente, no era apto para ocupar ningún cargo público.

— O es un insensato o está loco, pues he oído decir, y yo lo creo firmemente, que ha sido embrujado por esa maldita mujer; se ha convertido en su esclavo, se lanza a los peligros de una guerra en su nombre contra nosotros y

contra su patria. Por consiguiente, no lo tengamos por romano, sino por egipcio; no lo llamemos Antonio, sino Serapis. Que nadie crea que alguna vez fue cónsul o imperator, sino tan sólo un gimnasiarca. Pues él mismo por su libre voluntad ha elegido este último nombre en lugar de los primeros y, abandonando los augustos títulos de su patria, se ha convertido en un tocador de címbalos de Canopo. Es imposible que alguien que lleva una vida de regios placeres y que se mima a sí mismo como una mujer tenga un pensamiento viril o lleve a cabo una obra viril.

Sin embargo, ¿le declaró la guerra a Antonio? No, era demasiado listo como para eso. En Roma Antonio contaba todavía con suficientes partidarios como para que tal movimiento fuera arriesgado. En su lugar, se dirigió al templo de Belona en el Campo de Marte y protagonizó una antigua ceremonia.

Encabezando una solemne procesión hasta las puertas del santuario de la diosa de la guerra en calidad de sacerdote fetialis y seguido por unos oficiales con sus capas militares, mojó la lanza en sangre fresca y la arrojó en dirección a Egipto.

— Declaramos solemnemente enemiga nuestra a esta reina extranjera que ha puesto los ojos en Roma y quiere gobernarnos administrando justicia desde la colina del Capitolio, tal como han revelado sus juramentos. ¡La reina egipcia Cleopatra, de la casa de los Lágidas, ha pisoteado a nuestro general y lo ha convertido en su esclavo. Esta egipcia que adora a los reptiles y a las bestias cual si fueran dioses y cuyo valor es tan débil tiene que ser derrotada! —gritó blandiendo la lanza antes de arrojarla—. Declaramos una guerra justa contra esta soberana extranjera que amenaza nuestro Estado. ¡No debemos permitir que una mujer se equipare a un hombre!

Todas estas palabras, escritas y firmadas por testigos, nos fueron entregadas en Patrás. Casi me pareció oír la chillona voz de Octavio pronunciándolas, gritándolas a la multitud y al cielo.

EL OCTAVO ROLLO

— Te deseo el más venturoso año nuevo. —Levanté mi copa y brindé por Antonio. Cenaban con nosotros nuestros más íntimos amigos, todos los cuales imitaron mi ejemplo—. Que Jano, el dios del doble rostro, nos abra este año y derrame sus bendiciones sobre nosotros.

Antonio aceptó los brindis y anunció que tenía pequeños obsequios para todos. Se distribuyeron unas cajas, cada una de las cuales contenía treinta monedas de oro, la espléndida emisión que había acuñado en honor de cada una de sus treinta legiones y también de su guardia pretoriana y de su cuerpo de reconocimiento. Cada moneda mostraba el águila y los estandartes en una cara, y un navío de guerra de nuestra flota en la otra. Nuestros amigos se habían quedado boquiabiertos de asombro, pues sabían que valían una fortuna. Al parecer, nadie conseguía acostumbrarse jamás a la generosidad de Antonio.

— ¡Salve, cónsul! —dijo uno de ellos, pues nuestro Senado, el legal, había declarado nulo el nombramiento por parte de Octavio de Mesala Corvino en sustitución de Antonio.

Sin embargo, todo aquello no era más que un juego. Ahora la legalidad de nuestras acciones o de las de Octavio sólo se podría ratificar de una manera: mediante las armas.

Mientras esperábamos en Patrás, las tormentas invernales azotaron los mares. Pero nosotros estábamos a salvo en nuestro refugio del golfo de Corinto. Era una región muy interesante de Grecia, o lo sería cuando mejorara el clima. No lejos de allí se encontraba Olimpia, la ciudad de los Juegos, con su famosa estatua de Zeus. Pero no era el momento más adecuado para hacer visitas. En dirección contraria estaban las ruinas de la vieja Corinto y la nueva colonia fundada por César. Era una ciudad costera situada justo al otro lado de una fértil región de huertos y viñedos.

Antilo había sido enviado a Alejandría junto con sus hermanastros y su hermanastra. Yo esperaba que éstos lo acogieran con simpatía. No debía de haber sido fácil para él abandonar el único hogar que había conocido en su vida y trasladarse a otro donde no había ni un padre ni una madre que suavizara el golpe. Yo había escrito unas cartas, exhortando a los gemelos y a Cesarión a que se mostraran amables con él.

Antes de abandonar Atenas, todos los reyes clientes habían jurado lealtad a Antonio, en una pálida imitación de los juramentos que Octavio había conseguido arrancar en Italia. A su vez, Antonio les había jurado a ellos que lucharía sin descanso. Estando en Atenas, Herodes le había susurrado a Antonio al oído un consejo que debía de parecerle muy astuto: que me matara y se anexionara Egipto. Añadió que le parecía lo más lógico, pues con ello se resolvería el problema de las disputas en nuestro bando.

Bien. Herodes no sería autorizado a participar directamente en nuestra campaña, pero lo utilizaríamos. Yo lo mantuve ocupado en su propio país, combatiendo contra el rey Maleo de Nabatea, quien se había retrasado en el pago a Egipto de los derechos de explotación del betún, por cuyo motivo Herodes se había ofrecido a cobrarlos para ahorrarme la «molestia». Muy bien, ahora yo me ahorraría la molestia de cobrar los tributos que tanto se habían retrasado.

Con nuestras cuantiosas reservas de dinero y nuestra capacidad para acuñar monedas —Antonio seguía poseyendo todavía una ceca en Italia— nos dedicábamos a repartir sobornos entre los personajes más influyentes de Roma para contrarrestar los efectos de los impuestos de Octavio, lo cual nos permitió disfrutar, por lo menos durante algún tiempo, de una gran popularidad.

Sí, todo nos era favorable. El primero de enero pareció que Jano contemplaba un interminable futuro para nosotros. Disponíamos de grandes sumas de dinero, una flota y un ejército enormes, ilimitados suministros de víveres desde Egipto y el mejor general del mundo.

¿Fue entonces cuando me sentí más dichosa? ¿Somos más felices cuando tenemos en nuestras manos todo aquello que más deseamos, o bien cuando alargamos los brazos en la esperanza de poder alcanzarlo? En mi caso creo que fue cuando estaba a punto de conseguirlo y la espera no era más que una deliciosa salsa que, derramada sobre los días, los empapaba con el dulce sabor de la anticipación.

Cuando pienso en aquel invierno, el color rojo parece impregnar tanto los días como las noches. Nuestro comedor y nuestro dormitorio estaban pintados de rojo intenso y el suelo de la cámara del consejo era de púrpura rojo morado; la fría lluvia y el viento nos obligaban a encender braseros y antorchas, y yo tenía varias túnicas de color escarlata y siempre me sentía más abrigada cuando me las ponía. Antonio también tenía túnicas del mismo color y unos gruesos mantos de un tono pardo rojizo más apagado. Hasta el sol —los días que asomaba— penetraba a través de las ventanas con unos rayos constelados de rubíes que se derramaban por el suelo. Habíamos descubierto un exquisito vino tinto tan oscuro que sólo en sus profundidades despedía destellos rojos, pero eran rojos sin la menor duda. Algunas noches lo bebíamos hasta que la cabeza nos empezaba a dar vueltas. Entonces depositábamos cuidadosamente las copas en la mesita y nos retirábamos a nuestro lecho para disfrutar de las intensas sensaciones que sólo una pequeña cantidad de vino puede provocar.

Cuánto me gustaba tocar y acariciar a Antonio en aquellas largas noches de Patrás. Desde lo de Pérgamo, mi general había abandonado sus descuidadas costumbres en el comer y el beber y ahora volvía a ser el Antonio de años atrás. El ejercicio había eliminado los excesos y ahora sus brazos y sus hombros eran duros, su vientre liso y sus muslos fuertes y sin el menor atisbo de grasa. Había vuelto el joven Antonio, el soldado que brillaba esplendorosamente en representación de César. El Antonio que yo había amado en Tarso había regresado a mí en toda su gloria.

Tendida en la cama, medio cubierta por las mantas, le preguntaba con voz

adormilada por qué había acudido a mi puerta aquella noche ya lejana. Se había convertido en un ritual para nosotros, tal como suele convertirse para todos los enamorados: dónde, cuándo, por qué, recuerdas... Tengo entendido que hasta los viejos ensayan su religión privada de cómo amaron por vez primera, el más guardado de los secretos. Y él siempre me contestaba arrastrando las palabras: «Porque tenía que hacerlo.» La pregunta y la respuesta eran siempre las mismas. «¿Por qué? Porque tenía que hacerlo.»

Entonces yo me inclinaba para besarle los labios, sosteniendo su rostro entre mis manos, sintiendo sus pómulos bajo mis dedos, recorriendo el redondo borde de las cuencas de sus ojos, besándole los párpados cerrados. Él murmuraba y alargaba la mano lentamente para acariciarme el cabello y sostenerme después la cabeza con sus tuerces dedos. Su beso cambiaba y el sueño desaparecía, sustituido por la urgencia del deseo y la relajación de los límites provocada por la magia del vino. Muy pronto nos perdíamos en los bosques de la locura física, tratando de alcanzarnos el uno al otro de una manera distinta a las que jamás hubiéramos conocido. Nunca lo conseguíamos y era bueno que así fuera, pues en tal caso se hubiera convertido en el pasado y hubiera dejado de ser el futuro.

Jamás me cansaba de él, de su esencia física. Somos algo más que nuestros cuerpos, ciertamente, pero no podemos separarnos de ellos. Ellos nos representan de la única manera en que podemos vernos los unos a los otros. Tal vez los dioses están por encima de todo eso, pero en su clemencia nos han concedido el gobierno de nuestros cuerpos. De esta manera, no nos extraviamos demasiado. Y yo amaba a Antonio en su forma corporal... ¡por Isis que lo amaba!

Pasaban los días... días de espera en el lujo de la pausada respiración, del disfrute de la comida, de nuestros intereses largo tiempo olvidados y de nuestros cuerpos. En cierto modo, era como retroceder en el tiempo, a la época en que vivíamos una existencia más tranquila. Nuestros hijos no estaban allí, tampoco nos acompañaban nuestros ministros y oficiales, y nos encontrábamos lejos de nuestras respectivas patrias. Las obligatorias audiencias cotidianas habían desaparecido. En su lugar, podíamos leer, hacer ejercicio, escribir, soñar despiertos. Todo aquello era necesario para alimentar lo que éramos, para convertirnos realmente en Antonio y Cleopatra, las esencias que había más allá de nuestras personas públicas... las esencias que habían dado origen a las personas públicas.

— No sé qué hubiéramos hecho el uno sin el otro —le dije una medianoche en que ambos yacíamos abrazados.

Mi cabeza descansaba sobre su pecho y yo saboreaba su calor, serenada por los latidos apenas audibles que percibía bajo mi oído.

— Tú hubieras sido la gran reina viuda de Egipto y yo un socio de Octavio que cargaba sobre sus hombros lo que César había dejado. Quizá siempre hubiese echado de menos lo que se había perdido aun sabiendo que no se podía recuperar. Ningún hombre es igual a sí mismo, ningún hombre puede repetir lo que hubiera hecho. Hubiera sido, según los criterios del mundo, una vida de las

que merecen la pena.

— Pero incompleta.

Me besó la coronilla.

— Eso sí. Muy incompleta. Es curioso que aquello que merece la pena pueda ser tan incompleto.

— Y ahora pretendemos forjar un nuevo mundo. ¿Crees que César lo aprobaría?

Hizo una larga pausa. Me pregunté si se habría quedado dormido.

— Hasta César estaba atado a su tiempo —me contestó al final—. Ahora el tiempo ha transcurrido y lo ha dejado atrás. —¡Cuánto me dolieron sus palabras! Pensar en César como un ser finito, terminado, pasado, prisionero del tiempo. Antonio añadió—: Nos diría: «Seguid adelante con vuestro sueño. Pero cuidad los detalles. Los sueños sin detalles no pueden hacerse realidad.» De la misma manera que yo no puedo hacerte el amor sin un cuerpo —me atrajo hacia sí—, los soldados no pueden hacer marchas sin botas. Recuerda las botas; recuerda los detalles.

— Sí. Las botas...

Pero su manera de apretarse contra mí me dijo que no estaba preparado para el sueño. Yo tampoco.

— Me siento culpable por lo mucho que estoy disfrutando de este tiempo —murmuré—. Tendría que estar angustiada y torturada por la espera y, sin embargo, todo eso es como un regalo. El regalo del tiempo, el regalo del pensamiento, el regalo del uno al otro.

Le pasé la mano por el cabello todavía tan fuerte, espeso y sano.

Me abrió la túnica y me besó muy despacio el hueco de la garganta, los hombros y el escote.

— Pues abre el regalo —me dijo— y guarda silencio.

Los dioses nos arrebataron aquella tregua, nuestra pequeña isla de tiempo. Pasó enero y llegamos a mediados de febrero. A pesar de los mares que nos separaban, seguíamos recibiendo informes de Roma. Las fuerzas de Octavio aún se estaban preparando y él daba los toques finales a la campaña que había emprendido para ganarse los corazones y las mentes de los romanos.

Tal como ya he dicho, aún teníamos muchos partidarios en Roma. La familia de Antonio, sus antiguos vínculos con la aristocracia, sus servicios a la patria no habían sido olvidados. Por otra parte, nuestros sobornos habían servido para recordar a la gente que había otros poderes aparte de Octavio y sus seguidores. Por consiguiente, antes de abandonar la capital, a Octavio aún le quedaba mucho trabajo por hacer.

Un desapacible día de febrero Aulo Coso llegó en un barco con varias copias de los discursos de Octavio. El protocolo exigía que lo recibiéramos

amablemente, cosa que hicimos a pesar de que su llegada fue una desagradable sacudida y suponía un regreso al mundo exterior que nos esperaba.

Lo recibimos de una manera informal para que se sintiera más cómodo. Era un viejo amigo de la madre de Antonio y se había abstenido de tomar partido por uno u otro bando.

— Soy demasiado viejo y no le intereso a nadie —dijo—. Lo cual es una suerte. —Era tan delgado y reseco que no me extrañaba que nadie sintiera el menor interés por él—. Sigo echando de menos a tu madre —se limitó a decir.

— Yo también —dijo Antonio.

Había muerto mientras él estaba en la Partia. Por lo menos evitó enterarse de lo que allí sucedió, pues Antonio se hubiera visto obligado a contarle la verdad.

Ahora toda la familia de Antonio había muerto: su padre, sus dos hermanos y su madre. Al igual que la mía. Sólo nos teníamos el uno al otro.

— Debo decirte —dijo Coso— que los discursos y las acciones de Octavio han sido muy bien recibidos. Toma.

Le entregó a Antonio una copia del discurso que Octavio había pronunciado en las gradas del edificio del Senado.

Antonio lo leyó muy despacio. Su sonrisa se fue borrando a medida que lo leía. Después me lo pasó sin decir nada. Se levantó y rodeando con su brazo los hombros de Coso, lo acompañó a la columnata cubierta en la que solíamos mostrar las obras de arte a nuestros invitados.

Leí el discurso. Octavio había abierto todas las puertas y no había olvidado ninguna ofensa.

Tras pasar revista a sus poderosos recursos militares, empezaba a ensañarse conmigo.

Para nosotros, romanos y señores de la mayor y mejor parte del mundo, el hecho de ser pisoteados por una egipcia constituye un insulto a nuestros padres; y también a nosotros. ¿No nos comportaríamos de una forma deshonrosa si soportáramos humildemente las injurias de su gente, que, ¡oh, cielos!, son alejandrinos y egipcios (¿qué peor nombre o más auténtico se les podría aplicar?), son esclavos de una mujer y no de un hombre? ¿Quién no lamentaría ver a unos soldados romanos convertidos en guardias de esta Reina? ¿Quién no gemiría al ver a unos oficiales y senadores romanos adulándola como eunucos? ¿Quién no lloraría cuando viera y oyera a Antonio, el hombre que ha sido dos veces cónsul y a menudo imperator, abandonando todos los hábitos de vida de sus antepasados y adquiriendo unos hábitos forasteros y bárbaros, que no nos honran ni honran las leyes de los dioses de sus padres, para rendir homenaje a esa mujer como si fuera una Isis o una Selene... llamando a sus hijos Helio y Selene, asumiendo finalmente el título de Osiris o Dioniso, y no contento con eso regalando islas enteras y algunas partes de los continentes como si fuera amo y señor de toda la tierra y del mar?

Cerré los ojos un instante. Lo vi todo desde el punto de vista romano y comprendí que si Antonio pudiera regresar y mostrarse a la gente... Pero la hostilidad creada por Octavio lo impedía. ¡Qué preciso había sido en todos sus planes y en su perfidia!

Me obligué a seguir leyendo.

Tenía que saberlo todo.

Sin embargo, yo le tenía tanto aprecio que le cedí una parte de nuestro mando, lo casé con mi hermana y le otorgué legiones.

¡Como si todo hubiera sido un regalo de Octavio! «Le cedí, le otorgué...»

Más tarde, el aprecio que yo le profesaba era tan grande que no quise enfrentarme con él en una guerra por el simple hecho de que hubiera insultado a mi hermana o hubiera abandonado a los hijos que ella le había dado o hubiera preferido a la egipcia o hubiera legado a los hijos de esa mujer prácticamente todas vuestras posesiones o por cualquier otra causa. No me parecía correcto adoptar con Antonio la misma actitud que con Cleopatra, pues la consideraba, aunque sólo en razón de su origen extranjero, una enemiga a causa de su conducta, pero creía que a él, como ciudadano que era, quizá se le pudiera hacer entrar en razón.

Sentí que palidecía. ¿O sea que yo era juzgada sólo como extranjera mientras que Antonio, por ser romano, estaba libre de cualquier culpa?

Pero él ha contemplado mis esfuerzos con desdeñosa altivez, por lo que ni será perdonado por más que lo quisiéramos, ni será compadecido por más que lo intentemos. No le temamos por el hecho de que pueda inclinar la balanza de la guerra, pues no hizo nada de provecho en el pasado tal como bien sabéis vosotros los que lo derrotasteis en Mutina.

«

¡No hizo nada de provecho en el pasado!» Las mentiras me estaban haciendo temblar. ¿Nadie en Roma recordaba la Galla, Farsalia y Filipos? ¡Oh, qué frágil es la memoria de los hombres, cómo se erosionan sus hazañas! En tal caso, era cierto que César había muerto sin remedio.

Y, aunque alguna vez hubiera dado muestras de valor en sus campañas con nosotros...

¿Sus campañas con Octavio? ¿Cuando éste se quedaba en su tienda, enfermo y muerto de miedo? ¡Oh, cuántas mentiras!

... pero tened por cierto que ahora lo ha estropeado todo con la vida que lleva. Es una ley inevitable que un hombre acabe asimilando las prácticas de su vida cotidiana. Prueba de ello es que en la única guerra en la que ha participado en su vida y en la única campaña que ha hecho, regresó totalmente humillado de Fraaspa y perdió un elevado número de hombres en su retirada. Por tanto, si alguno de nosotros ejecutara una ridícula danza o se entregara a una conducta lasciva, semejante hombre tendría que cederle los honores a él, pues éstas son las especialidades que ha practicado. Sin embargo, ahora que la ocasión exige

recurrir a las armas y librar una batalla, ¿qué hay en él que nos pueda infundir temor? ¿Su condición física? Ya no está en la flor de la edad y se ha vuelto afeminado. ¿Su fortaleza de espíritu? Se comporta como una mujer y se ha entregado a placeres contra natura. ¿Sus partidarios? Mientras creyeron poder enriquecerse sin peligro, algunos se mostraron muy dispuestos a apoyarlo, pero ahora no querrán combatir contra nosotros, sus paisanos, en nombre de algo que no les pertenece en absoluto.

¡Era repugnante! Estaba tan furiosa que casi no podía seguir leyendo.

¿Por qué temerle, pues? ¿Por el número de personas que lo apoyan? Sin embargo, por muy numerosas que sean, no pueden conquistar la valentía. ¿Por su nacionalidad? Están más acostumbradas a acarrear fardos que a combatir. ¿Por su experiencia? Saben remar mejor que luchar en el mar. Por mi parte, me avergüenzo de tener que enfrentarme a semejantes criaturas cuya derrota no nos permitirá cubrirnos de la menor gloria mientras que, si fuéramos derrotados, nos hundiríamos en la ignominia. ¿Contra quién combatimos, en realidad? ¡Yo os lo voy a decir! ¿Quiénes son los generales de Antonio? ¡Mardo, el eunuco, Iras, la peluquera de Cleopatra, y Carmiana, la encargada de su guardarropa! Esos son vuestros enemigos. ¡En estos abismos se ha hundido el noble Antonio de antaño!

«

¡Como si Mardo no fuera mejor general que tú! —pensé—. Tú, débil inválido que no paras de toser y te sentirías tan impotente como una tortuga boca arriba sin Agripa, ¿cómo te atreves a compararte con Mardo?»

Sin embargo, el público de Octavio no sabría la verdad. ¿Cuántos habían alcanzado la mayoría de edad después de Filipos? ¿Cuántos habían muerto después de que los Idus de marzo se llevaran a César? La verdad no podía existir por sí misma como una formación de granito; era infinitamente cambiante y sufría los efectos de cuanto la rodeaba. El discurso de Octavio pasaría a formar parte de los archivos públicos y el polvo del tiempo lo validaría. En caso de que sobreviviera. La supervivencia de la verdad estaba más sujeta al azar... un retazo por aquí, un fragmento por allá conservado por casualidad.

Antonio regresó sin Coso y tomó el discurso doblado.

— Y yo que creía que Cicerón era malo —dijo jovialmente.

— Cicerón echó los cimientos sobre los cuales Octavio ha levantado su edificio —contesté—. Hace tiempo te reprendió porque bebías y tenías malas compañías. Incluso te reprochó tu cobardía por no haber estado con César en Hispania. ¿Recuerdas su maldición: «Lo marcaré con las más auténticas señales de la infamia y lo arrojaré a la perdurable memoria del hombre»? Todo eso se ha cumplido. Tenemos que darle las gracias por haber sembrado en un campo cuya cosecha está recogiendo ahora Octavio.

— Cicerón —dijo Antonio con tristeza—. Me parece que Octavio conseguirá protegerse la espalda. Como siga pronunciando estos discursos, en Roma no nos va a quedar ni un solo partidario, o por lo menos ninguno que se atreva a reconocerlo. Siempre habrá algunos que se agacharán y esperarán el resultado

antes de levantar la cabeza.

— ¡Pues entonces tenemos que asegurarnos el resultado!

Aparte de los discursos, los agentes de Octavio empezaron a descubrir «presagios» que proclamaban a los cuatro vientos para uso de los crédulos. Se decía que en todo el Mediterráneo las estatuas de Antonio eran alcanzadas por los rayos o bien empezaban a sudar misteriosamente sangre. Cuando no eran las estatuas de Antonio, eran las de Hércules o Dioniso, sus dioses. También decían que los niños habían empezado a jugar espontáneamente a la guerra en Roma bajo los nombres de antonianos y octavianos y, ¡oh, prodigio!, siempre ganaban los octavianos. ¡Menudo signo!

Probablemente la mejor indicación de los verdaderos sentimientos que se respiraban en Roma era un informe, según el cual un hombre había enseñado a dos cuervos para que uno dijera «Salve, Octavio, victorioso imperator» y el otro «Salve, victorioso imperator Antonio». Seguramente lo que quería era asegurarse las ventas, cualquiera que fuera el resultado.

A pesar de todo ello, yo no tenía miedo. Pensaba que no podíamos perder a menos que cometiéramos un gravísimo error, extremo que se me antojaba imposible. ¿Acaso no habíamos previsto todas las eventualidades? Nos habíamos preparado para enfrentarnos con el enemigo en cualquier lugar de la costa de Grecia, por tierra y por mar. Nuestros navíos oscilaban entre los «tres» —los más rápidos— y los «diez», que eran unas fortalezas flotantes revestidas de hierro y armadas con torres de catapultas. Y en el ejército teníamos una mezcla de núcleos de legiones romanas con soldados de caballería y tropas auxiliares. Estaríamos en condiciones de enfrentarnos con cualquier cosa que preparara el enemigo. No nos podrían pillar desprevenidos.

Cierto que también teníamos algunas debilidades. La peor de todas ellas era el problema de cómo seguir preparando nuestras fuerzas durante el invierno. El ejército estaba estacionado en distintos puntos para que la carga de alimentarlo fuera un poco más liviana; como ocurre con la langosta, un ejército acaba devorando cuanto crece a su alrededor. Importábamos los víveres, pero la sola presencia de un ejército es como el peso de un elefante sobre el terreno que lo rodea. Casi todas las legiones se concentraban cerca de nosotros en Patrás y Antonio las visitaba muy a menudo para darles ánimos... y dárselo a sí mismo. Allí estaba la Tercera Legión —la Gala— creada por César, que había combatido con él en Munda y con Antonio en la Parda. Estaba también la Sexta, la Acorazada, que había combatido con César en la Galia, Farsalia, Alejandría y Munda y con Antonio en Filipos y en la Partia... qué historia tan gloriosa. Y también la famosa Quinta Legión, la de los *Alaudae*, las «Alondras Cornudas», integrada por galos que habían servido bajo el mando de César en sus territorios natales y también en Hispania, Farsalia, Tapso y Munda y a las órdenes de Antonio en la Partia. El solo hecho de pasear entre ellas le infundía seguridad.

Varias veces lo acompañé y me emocioné casi hasta las lágrimas al ver el profundo afecto mutuo que se profesaban. Había oído decir que César mantenía un vínculo casi amoroso con sus hombres, pero no había comprendido hasta

entonces lo que eso significaba, pues no lo había visto con mis propios ojos. La manera en que Antonio y sus soldados se miraban, el tono que se ocultaba bajo el cordial timbre de sus voces, el afán de complacerse, el vínculo del sacrificio definitivo que tal vez se les exigiera, todo ello hacía que los hombres y su comandante formaran un solo ser. Es una magia que jamás se puede predecir, pues exige un cierto tipo de hombre por ambas partes.

A todos se les notaba la tensión de la espera, semejante a la de un caballo ansioso de lanzarse a la carrera. Hasta yo me daba cuenta.

— ¿Cuándo, imperator? —le preguntaban, tirando de su capa.

— Cuando avistemos al enemigo —contestaba él—. Ya no puede tardar.

Para la flota era peor que para el ejército de tierra. Por regla general, hay que evitar permanecer en el puerto, pues esta situación pudre los barcos y la moral de los hombres. Ciertamente que Agripa había mantenido una base naval en invierno cuando adiestraba a sus tripulaciones, pero había sido durante un breve período y los hombres habían estado ocupados con los ejercicios. Los nuestros languidecían junto a los remos.

— Antonio, ¿será una batalla naval y terrestre?

Sólo pude hacerle la pregunta cuando estuvimos completamente a solas. No comprendía cómo hubiera podido ser ambas cosas y, sin embargo, teníamos preparadas las dos fuerzas.

— No lo sé —confesó, dejándome boquiabierto de asombro.

— ¿Que no lo sabes? —pregunté—. ¿No eres tú quien tiene que decidirlo? ¿No vas a tomar la iniciativa?

— Todo dependerá del desarrollo de los acontecimientos. Lo mejor sería que pudiéramos derrotarlos en el mar e impedir su desembarco librando exclusivamente una batalla naval. Pero eso sería muy difícil. Los barcos no son tan manejables como las tropas. Ante todo porque el tiempo desempeña un papel demasiado importante. Además, la movilidad plantea un problema. Los barcos no se pueden mover más que mediante el viento y los remos, es muy distinto del avance de las tropas en tierra firme.

— Prefieres una batalla terrestre.

Había observado el cariño con el cual había dicho «el avance de las tropas en tierra firme».

— Confieso que sí. Tengo mucha más experiencia en tierra. Aunque he tenido cierto éxito en el mar, soy relativamente un recién llegado.

Se sostuvo la barbilla con las manos mientras contemplaba un pequeño mapa del golfo de Corinto.

— ¡Ah! Vosotros los romanos no lleváis agua salada en las venas como los fenicios y los griegos —dije—. Y tú perteneces a una familia romana muy antigua. —Hice una pausa—. En cambio. Sexto y su padre se encontraban a sus anchas en el agua. Y Agripa parece que también.

— Otra razón por la cual prefiero los combates en tierra. Agripa es como una foca: lleno de gracia en el agua, pero torpe en tierra.

— En tal caso, quizá convendría que les permitiéramos desembarcar tranquilamente para poder combatir en tierra.

— ¿Y no usar para nada la flota? No, por lo menos tendríamos que emplearla como barricada. Cuantos menos hombres consigan desembarcar, mejor. Y, si los pudiéramos atraer a Accio donde se encuentra el grueso de nuestra flota, nuestra superioridad numérica los aplastaría.

Otro punto débil era la extensión de nuestra línea de defensa, desde el norte de Grecia hasta África. Sin embargo, un axioma de la guerra es que la defensa tiene que ser amplia, mientras que el atacante es libre de elegir un punto y concentrar todas sus fuerzas contra él, cosa que resulta mucho más eficaz y económico.

Otra de nuestras desventajas era nuestra dependencia absoluta de los suministros por mar desde Egipto, a ochocientas millas de distancia.

Pero ¿de qué otra manera se hubiera podido hacer? Los escenarios bélicos cubrían vastas porciones de la geografía de la tierra. La autoridad de Antonio se extendía desde el Éufrates y Armenia hasta el mar Jónico y la Iliria y, a través de África, desde Cirene a Nubia. La de Octavio abarcaba desde Iliria hasta el océano occidental e incluía la Galla, Italia e Hispania hasta las Columnas de Hércules. Todo el mundo participaría en la guerra, aliado con un bando o con el otro. Las ganancias del vencedor serían impresionantes, casi inconcebibles. También lo serían las pérdidas del vencido.

¡Que empezara ya de una vez! No podía soportar la espera por más tiempo. Temía que perdiéramos el ímpetu en caso de que los enfrentamientos no se iniciaran cuanto antes. Pero tendría que ser Octavio quien marcara el ritmo. Así pues, conteníamos la respiración en Patrás, contemplando los grises y tormentosos mares, todavía atrapados en las garras del invierno.

LOS mares se mantuvieron agitados durante todo el mes de marzo. El invierno no soltaba su presa, como si quisiera impedirnos la acción. En aquellos momentos me pareció una crueldad, pero ahora me pregunto si no fue un acto de compasión, como si los dioses de los vientos se hubieran apiadado de nosotros y hubieran dicho: «Vamos a protegerlos un poco más; dejémoslos vivir en la gloria de lo no probado, de lo que aún no ha ocurrido, ahorrémosles lo que ya está escrito.» ¿Quién sabe? O quizá fue un simple hecho sin ninguna relación con el destino humano, uno de esos hechos que nuestras imaginaciones envuelven en sentimientos y maquinaciones.

A mediados de marzo —sí, en los Idus de marzo, debo pronunciar las palabras, aquel día por siempre maldito que me estuvo persiguiendo a lo largo de los años— el destino se abatió sobre nosotros como si tuviera una cita conmigo justo en aquella fecha. La estación de la navegación aún no había empezado oficialmente, pero Agripa, a través de la peligrosa ruta sureña, llevó la mitad de su flota hacia nuestra base naval de Metona.

Tras efectuar un rápido desembarco, atacó a Bogud y éste resultó muerto en la acción. La base naval se perdió y con ella perdimos en un instante uno de los puestos clave que protegían nuestra ruta de aprovisionamiento.

Recibimos inmediatamente los informes, pues nos encontrábamos a menos de cien millas al norte. Unos asustados mensajeros, temerosos de que descargáramos sobre ellos nuestro sobresalto y nuestra ira, comparecieron temblorosos sosteniendo en la mano los informes.

Era una de aquellas grises y desapacibles jornadas que suelen provocar sueño. Nos costaba concentrarnos en cualquier tarea, por cuyo motivo nos limitábamos a trazar perezosos círculos con los dedos en los mapas extendidos sobre la mesa. Me lo sabía todo de memoria, lo había repasado cientos de veces. Esta cueva, esta montaña, aquella isla...

La aparición de los mensajeros nos despertó de nuestro letargo. Antonio se levantó de un salto y alargó la mano hacia los despachos con el rostro visiblemente alterado. Ambos comprendimos que algo malo había ocurrido, pero no podíamos adivinar su alcance.

— Comprendo —le dijo Antonio finalmente a uno de los mensajeros—. ¿Y venís de allí? ¿Cuánto tiempo habéis tardado?

— He cabalgado dos días y una noche —contestó el mensajero—. Cuando salimos, aún se estaban librando combates en el puerto, pero prácticamente todo había terminado. Bogud ha muerto, su nave capitana ha sido capturada e incendiada y la ciudad fortificada ha sido tomada.

No fue necesario que yo leyera el informe. Mire a Antonio y me pregunté

qué íbamos a hacer.

— ¿Ténaro y Zákynthos siguen en nuestro poder?

— Que yo sepa, sí —contestó el mensajero—. No creo que hubiera dos acciones navales al mismo tiempo. Todos los esfuerzos de Agripa estaban concentrados en Metona.

— ¡Tan al sur! —se lamentó Antonio, dejándose caer en una silla.

Miró a su alrededor con expresión ensimismada y, por simple cortesía, les preguntó a los mensajeros si les apetecía un refrigerio.

— Necesitan una buena comida —dije yo, yendo directamente a lo práctico, tal como suelo hacer cuando se produce alguna crisis—. Llevan varios días sin comer. Nuestros sirvientes os atenderán —les dije. En cuanto se hubieron retirado, me volví hacia Antonio—. ¿Qué significa eso? ¿Cómo es posible que hayamos perdido nuestra fortaleza portuaria más segura e importante?

— Tan al sur —repetía una y otra vez Antonio—. ¿Quién hubiera imaginado que seguiría una larga ruta diagonal y nos atacaría por el flanco sur? Yo suponía que cruzarían por el norte donde la distancia es mucho más corta y nos sería más fácil interceptarlos. Ahora... ahora... ¿Es aquí dónde desembarcará el grueso del ejército? Menos mal que tenemos estacionado nuestro ejército en el centro para poder desplegarlo en cualquier dirección.

Sí, ésta había sido la finalidad. Pero tenía el inconveniente de que dondequiera que desembarcara el enemigo, lo más probable era que nosotros no estuviéramos allí. Eso era lo malo del establecimiento de una línea defensiva que permitiera anticipar los movimientos del enemigo.

— ¿Qué significa eso? —dijo regresando a mi pregunta—. Es difícil calcular exactamente las consecuencias. Ahora nuestros barcos de víveres tendrán que navegar dando un mayor rodeo mar adentro, pero aún pueden pasar. Todavía no se ha avistado ningún ejército de Octavio. Aún tenemos que ver qué terreno elegiré.

Sin embargo, muy pronto comprendimos el significado. Agripa dejó en Metona una poderosa escuadra que inmediatamente empezó a hostigar las restantes bases navales, atrayendo a los barcos y a los hombres al combate para debilitar de este modo nuestras defensas. Con la otra mitad de la flota, navegó por la esperada ruta norteña y trató de apoderarse de nuestra base de Corcira. A lo mejor pretendía establecer en ella su base principal y atacar nuestra base principal de Accio. Pero una tormenta le impidió apoderarse de la isla.

Su héroe Agripa resolvió el problema con sus constantes ataques contra nuestras bases. Muy pronto los barcos de Corcira tuvieron que salir a proteger las demás bases. Al parecer, toda la acción se había concentrado en el sur, por cuyo motivo el norte estaba casi desprotegido. Aprovechando toda aquella actividad y sabiendo que todos los ojos estaban clavados en Ténaro, Zákynthos, Ítaca y Cefalonia. Octavio consiguió transportar su ejército a tierra y desembarcó en Panormo, cerca del lugar donde César había desembarcado cuando perseguía a

Pompeyo. La localidad se encontraba a unas cien millas al norte de Accio y doscientas millas al norte de Patrás, donde nos hallábamos nosotros.

El ejército se desplazó rápidamente hacia el sur con la esperanza de caer sobre Accio y apoderarse de la base por sorpresa mientras la flota de Octavio atacaba la nuestra sin que el ejército sufriera el menor acoso enemigo. Su velocidad fue asombrosa: apenas cuatro días después del desembarco llegaron al puerto de Glycys Limen en la desembocadura del río Aqueronte, el último puerto antes de la entrada de Accio. Fue entonces cuando nos comunicaron por primera vez su llegada. Fue como si hubiera llovido del cielo.

Bueno, al final, había llegado el momento. Tras varios meses de espera, tendríamos que subir inmediatamente para salirle al encuentro. Octavio había tomado la iniciativa; ¿podríamos nosotros convertir nuestra posición defensiva en una posición ofensiva?

— No podrá tomar Accio —dijo Antonio, haciendo gala de una confianza que yo no consideraba justificada; al fin y al cabo, es fácil para un ejército apoderarse de una zona desprotegida—. La entrada del golfo sólo tiene media milla de anchura y los bajíos que hay junto a ella lo hacen todavía más estrecho. A ambos lados de la entrada hemos levantado unas torres de vigilancia que no permitirán el paso de ningún navío; las rocas de las catapultas y las bolas de fuego caerán sobre los hombres y los barcos por igual.

— ¿Cuánto tardaremos en llegar allí con el ejército? —pregunté.

— Saldremos inmediatamente —contestó—. El grueso del ejército de Patrás estará preparado para marchar con nosotros. Creo que podremos llegar en dos o tres días. Tenemos que rescatar la flota; si no aseguramos los accesos a Accio por tierra, las fuerzas de Octavio ocuparán la playa e impedirán que los suministros de víveres lleguen a los barcos estacionados en el golfo.

— ¿Y el resto del ejército?

— Nos seguirá lo antes posible. Aún no he recibido ningún informe sobre el tamaño del ejército que ha desembarcado.

— Podemos estar seguros de que será adecuado para la tarea —dije yo—

«Ya se habrá encargado Agripa de que así sea», pensé con tristeza.

El ataque de Octavio fue rechazado, tal como Antonio había predicho. Había intentado atraer a nuestros navíos a mar abierto, sospechando (acertadamente) que no teníamos soldados a bordo y que los barcos no tenían dotación suficiente para combatir. Pero nuestro comandante reaccionó con rapidez y colocó remeros y marineros en las cubiertas con armas fingidas. Los remos estaban colocados en posición de ataque y los barcos formaban una línea de batalla, dispuestos a enfrentarse con el enemigo. La estratagema engañó a Octavio. Este se retiró y se llevó los barcos al único fondeadero disponible, el de la bahía de Gomaros, justo por encima de la entrada del golfo. Y allí lo encontramos cuando llegamos a Accio.

Habíamos cabalgado al galope para plantarnos cuanto antes en Accio,

seguidos por el ejército, que avanzaba a marchas forzadas. El rocoso y estéril paisaje que atravesamos nos hizo comprender con toda claridad que no podríamos obtener víveres en caso de emergencia.

«¿Qué clase de emergencia? ¿La emergencia de quedar atrapados en Accio?» No tenía ni que pensarlo.

No creo que Antonio pensara que yo fuera capaz de seguir su vertiginoso ritmo. En cuanto se puso en marcha, se sintió dominado por una ardiente determinación y siguió adelante sin pensar en absoluto ni en sí mismo ni en su caballo ni en mí. Para cumplir su misión, cabalgó incansablemente hacia el norte sin apenas detenerse. Pero la emoción y la incertidumbre me dieron fuerzas y no me quedé rezagada.

Mientras cabalgábamos hacia la entrada del golfo no tardé en darme cuenta de las malas condiciones de aquellos parajes. El territorio que rodeaba la costa era bajo, pantanoso y carecía de árboles; no pudimos acercarnos mucho a la orilla porque el terreno era muy peligroso. Vi serpientes entre las altas hierbas y nubes de insectos que se elevaban de los pantanos a nuestro paso.

Unas columnas de humo se levantaban de lo que parecía ser un campamento en la península sur que guardaba la entrada del golfo. Era el promontorio de Accio, que daba nombre a toda la campaña. Cuando la gente dice «en Accio», se refiere a todo, a lo que ocurrió por tierra y por mar, pero, propiamente hablando, Accio era sólo aquel paraje.

Marco Gracio, el comandante de la guarnición, nos recibió en el cuartel general, donde desmontamos, rendidos de cansancio. Me temblaban las piernas y el suelo se me antojaba extraño bajo los pies.

La puerta se cerró a nuestra espalda. Antonio asió al comandante por los hombros.

— ¿Es grave la situación? —le preguntó—. ¿Cuántos son?

— Es un gran ejército —contestó cautelosamente Gracio—. Pero, como comprenderás, ¡yo no he sido invitado a pasarle revista! —soltando una triste carcajada—. Sin embargo, por lo que he visto, calculo que deben de ser unos ochenta mil hombres. No puedo saber cuántas legiones hay ni cuáles son. Por supuesto, son todos romanos... no hay tropas extranjeras ni auxiliares. —Se volvió hacia el criado que acababa de entrar con aguamaniles de agua fresca y toallas para nosotros—. Ah, aquí está.

Antonio extendió las manos sobre la jofaina mientras el criado les echaba agua encima.

— ¿Y dónde están? —preguntó.

— Han establecido un campamento en el promontorio norteño sobre terreno más elevado.

Terreno más elevado. Eran listos.

— La situación es buena, pero carecen de suministro de agua. Para eso

tienen que bajar al río Louros o a las fuentes de más abajo.

¡Un punto débil! Lancé un suspiro de alivio al oírlo.

— No es fácil rodearlo por el norte y sería muy difícil atacarlo por el sur, pues es cuesta arriba. Y el terreno llano de abajo puede servir como campo de batalla.

— O como campamento para nosotros —se apresuró a decir Antonio—. Tendríamos que establecernos aquí. De esta manera, dominaríamos los dos lados de la boca del golfo.

— Su posición tiene otro inconveniente —le dijo Gracio a Antonio—. La bahía donde Octavio tiene anclada la flota sólo es útil cuando hace buen tiempo, pues estando expuesta por tres lados, no ofrece protección contra las tormentas.

— O sea, que se verá obligado a buscar otra cosa —dije yo—. ¿Qué seguridad ofrece Leucas?

Leucas, una montañosa isla situada justo delante de Accio, estaba en poder de los nuestros y era una posición estratégica: mientras nuestros barcos pudieran desembarcar, seguiríamos recibiendo ininterrumpidamente suministros de víveres desde Egipto.

— La mayor seguridad —contestó Gracio.

Leucas era una isla sólo de nombre, pues el agua que la separaba de la tierra estaba tan llena de cañas y bancos de arena que ningún barco hubiera podido pasar por allí. Además, puesto que sus características eran las mismas que las de todo el territorio de Accio, nadie hubiera podido cruzarla. No admitía ni caballos ni barcos, tratándose de un punto intermedio entre la tierra y el mar.

— Me alegra saberlo —dijo Antonio.

Sus palabras hubieran podido convencer a cualquiera menos a mí. Yo sabía que visitaría inmediatamente la isla para asegurarse.

Ahora que las cosas se estaban convirtiendo en detalles concretos, parecía más tranquilo. Los detalles se podían estudiar, modificar y planear. Ya no habría más sorpresas, ahora que su mano gobernaba el timón. Es bueno que las cosas confusas empiecen a adquirir una forma conocida y se conviertan en algo manejable y de tamaño natural.

Me desperté antes del amanecer, temblando de frío. Una sola manta no era suficiente, a pesar de que yo me había envuelto en ella y llevaba... ¿llevaba todavía la ropa puesta? Me pasé las manos por los brazos y noté las mangas. Sí, estábamos tan trastornados y agotados que habíamos olvidado desnudarnos. Levanté la cabeza por encima de la manta y, bajo las sombras que preceden el amanecer, vi el hombro de Antonio todavía cubierto por la túnica parda.

Accio. Estábamos en Accio, acurrucados en una tienda. Era la mañana que tanto tiempo llevábamos esperando. Sin embargo, jamás la había imaginado de aquella manera.

La almohada estaba fría, pero hubiera tenido que dar gracias de tenerla.

Hundí la cabeza en ella y esperé a que Antonio se despertara. Entretanto, recé una oración tras otra por nuestro ejército, para que tuviéramos suerte, por nuestros aliados y nuestros hijos que aguardaban allá en Alejandría. «Que os podamos dejar una herencia de gloria y no de ignominia.». Que no seamos motivo de tristeza para ellos. Que, en nuestro intento de asegurarles el futuro, no vayamos a perderlo.

Eros entró de puntillas en la tienda y despertó a Antonio. Al verlo, comprendí que Canidio había llegado con sus legiones en algún momento de la noche y que todo iba bien.

Antonio se incorporó y sacudió la cabeza.

— ¡Antonio! —dijo Eros—. Ya han venido. Te están esperando.

El agua de lavarnos estaba tan fría que convirtió mi cara en una máscara. Cuando salimos de la tienda y echamos a andar por la sucia y dura calle, el cortante aire de la mañana no sirvió precisamente para calentármela. Gracio se unió a nosotros y abandonamos la zona fortificada para reunimos con nuestras tropas. Estas se extendían a nuestro alrededor, rodeando y abarcando todo el campamento. Once legiones —unos cuarenta mil hombres— eran un ejército muy numeroso. Pero ¿no había dicho Gracio que los soldados del otro lado del golfo eran el doble?

Aparte de los recién llegados, había setenta mil remeros que llevaban todo el invierno estacionados allí, más los soldados de la guarnición. ¿Cómo iban a permanecer todos juntos en aquel insalubre lugar? Sólo los desperdicios formarían una montaña. Pero de eso se encargarían los ingenieros militares y los zapadores; no todo era la gloria de la construcción de rampas y artefactos de asedio.

— ¡Salve! —Canidio se acercó al trote, levantando la mano a modo de saludo—. Nos presentamos ante ti y estamos esperando para establecer el campamento donde tú digas.

Delante de nosotros había un espacio alrededor de la guarnición, muy separado de la orilla. Antonio lo rodeó a caballo y regresó asintiendo con la cabeza.

— Creo que, de momento, conviene que los mantengamos a todos unidos. Cuando lleguen las tropas, que faltan las podremos distribuir al otro lado del golfo. Pero, como es natural, la última palabra la tienen los ingenieros.

Según la costumbre romana, se pasaron todo el día supervisando y trazando las líneas del campamento y, al caer la noche, los hombres ya habían levantado nuestra tienda y la estructura de madera que se utilizaría como cuartel general. Mientras trabajaban, nosotros comentamos la situación con Canidio, Enobarbo y Delio. Por supuesto, yo estaba presente, pero no tardé mucho en darme cuenta de que mi presencia molestaba a los demás comandantes, sobre todo a Enobarbo.

Nos sentamos alrededor de una alargada mesa de tijera en el cuartel general de la guarnición, donde Gracio había desenrollado un gran pergamino con

un detallado mapa de la zona. Gracio nos indicó sobre el mapa el lugar donde el enemigo había acampado y nos describió las características del paisaje: la localización de los pantanos y de los manantiales de agua potable y la elevación sobre la cual se había establecido el campamento.

Canidio lo estudió todo sin apenas pronunciar palabra.

Enobarbo hizo algunas preguntas acerca del estado de la flota.

— Hemos perdido bastantes remeros —contestó Gracio—. La enfermedad se ha cobrado su tributo.

¡Se habían perdido remeros! Yo había proporcionado remeros egipcios y griegos muy bien preparados. ¿Cómo los íbamos a sustituir?

— ¿Cuántos? —pregunté.

Enobarbo me miró con rabia.

Pero bueno, ¿es que ni siquiera podía hacer una pregunta?

— Yo diría que ya han caído más de diez mil —contestó Gracio.

¡Diez mil! ¿Y qué había querido decir con el «ya»?

— En verano, cuando el calor crea enjambres de mosquitos, la enfermedad aumenta —explicó Gracio.

— Pero en verano ya no estaremos aquí, naturalmente —dijo Enobarbo.

— No, claro —convino Antonio—. En cuanto las demás legiones y las tropas de los reyes se reúnan con nosotros, presentaremos batalla.

— ¿Una batalla en tierra? —preguntó ansiosamente Canidio.

— Depende del estado de la flota —contestó Enobarbo—. Ahora mismo sólo contamos con cinco escuadras, es decir trescientos barcos, dentro del puerto. Los demás están estacionados a lo largo de la costa.

— Perdimos varios en Metona —le recordé.

— Sí, es cierto, pero aún nos quedan siete escuadras. Cuando lleguen, podrán atacar la flota de Octavio desde el oeste y permitir que los que hay en el interior del golfo salgan y se incorporen al ataque.

— Octavio ha estado dando señales de que busca la batalla —le interrumpió Gracio—. Primero intentó atacar nuestra flota...

— Y lo engañamos con nuestra estratagema —le interrumpió orgullosamente Antonio.

Gracio asintió con la cabeza.

— Y ahora hemos visto a muchos hombres reunidos en las alturas. Ayer arrojaron bolas de fuego y piedras contra nuestro campamento. Quieren provocarnos para que entremos en combate.

— Porque nos doblan en número —dijo Canidio—. ¡No me extraña!

— Tenemos que darles largas hasta que dispongamos de todas nuestras fuerzas —dijo Antonio—. ¡Y entonces...!

Se golpeó una mano con el puño de la otra.

— Ahora mismo la flota enemiga no tiene un puerto muy seguro y, por consiguiente, les conviene entrar en combate cuanto antes —dijo Gracio.

— Pero, por lo menos, pueden entrar y salir cuando quieran —dijo Enobarbo—. En cambio, nosotros estamos atrapados en el interior del golfo. No podemos ir a ningún sitio a menos que nos abramos paso luchando. No podemos elegir ningún otro terreno de combate; el enemigo nos ha acorralado aquí dentro —añadió en tono exasperado.

— Cuando nuestro ejército cuente con todas sus fuerzas —intervino Antonio—, los rechazaremos y los someteremos. Su flota tendrá que retirarse.

— Se me ocurre otra idea —dijo de repente Enobarbo—. ¿No se declaró una guerra contra Cleopatra? Pues entonces, ¿por qué no desenmascarar la falta de honradez de Octavio? Tú —me miró directamente a la cara sin utilizar ningún título de cortesía— deberías regresar inmediatamente a Egipto con tu flota. Eso obligará a Octavio a seguirte, ya que a fin de cuentas afirma que tú eres su enemiga, y permitirá que Antonio y yo zarpeemos rumbo a Italia y la invadamos.

— Muy cierto. Si la Reina actuara como señuelo...

Antonio asintió con la cabeza y lo mismo hizo Canidio.

¡Pero qué ingenuos eran! Sin embargo, yo sabía que Enobarbo no era ingenuo; simplemente quería que me fuera.

— Y, si no da resultado, habremos dividido nuestras fuerzas —repliqué—. ¿Acaso vosotros, sabios comandantes, no habéis oído nunca el viejo dicho «divide y vencerás»? No. Me parece una mala idea.

Miré directamente a Enobarbo y éste me devolvió una mirada asesina.

— Tendríamos que colocar espías en su campamento —dijo Delio para cambiar de tema antes de que se encresparan los ánimos.

— Lo he intentado, pero no ha dado resultado —contestó Gracio—. Lo podemos volver a intentar.

Al final, llegaron todos: las restantes legiones y los ocho reyes que nos prestarían personalmente ayuda al mando de sus tropas y de las de los reyes que no podrían estar presentes, pero que habían aportado hombres y armas.

Habían llegado los trescientos senadores de Patrás y Atenas. Justo a tiempo, pues muy pronto nos enteramos de que Agripa había tomado Feúcas por sorpresa.

Leucas. Nuestra isla guardiana donde desembarcaban nuestros navíos de suministros. Me sorprendió la rapidez de la acción y comprendí la realidad de nuestra precaria situación. Era de todo punto necesario que atacáramos de inmediato antes de que empezaran a producirse las inevitables carestías. Al

principio, era Octavio el que buscaba una rápida confrontación mientras nosotros dábamos largas. Ahora habían cambiado las tornas.

La captura de Feúcas resolvió los problemas que tenía Octavio para fondear su flota. Ahora disponía de un lugar resguardado para sus barcos durante todo el tiempo que quisiera y sin temor a las tormentas. Su flota estaba segura y su ejército le garantizaba el suministro de víveres.

En cambio nosotros estábamos bloqueados. Tanto nuestro ejército de tierra como la flota estaban atrapados en Accio. Con sorprendente rapidez habíamos perdido nuestra ventaja estratégica; el cabo salvavidas que nos unía a Egipto se había cortado. Tendríamos que salir de allí o perecer.

Sin embargo, no había ninguna manera de obligar a un ejército atrincherado a combatir. Estaban protegidos en el promontorio como una tortuga en su caparazón. Se habían construido unos muros de defensa que bajaban hasta el mar e impedían que nosotros nos acercáramos para invadirlos.

Antonio y un contingente de caballería rodearon el golfo y salieron por el este, donde se introdujeron subrepticamente al otro lado de los muros y se apoderaron de los manantiales. Fe acompañaban los príncipes orientales que le habían proporcionado la caballería: Amintas, Deyotaro, Roemetalces. Las legiones romanas al mando de Canidio estaban preparadas para lanzarse contra los muros en cuanto les diéramos la señal.

El ataque a sus valiosos manantiales los obligó a salir de inmediato. Los combates fueron encarnizados, pero, de pronto, se produjo un suceso inesperado: nuestro fiel Deyotaro de Paflagonia desertó de repente y se alió con el enemigo. Aun así, nuestras legiones hicieron bien su trabajo.

Los muros se derribaron y nuestro ejército acampó alrededor de los manantiales, manteniendo en su poder ambos lados de la entrada del golfo.

Ahora sólo quedaba aislarlos del río Louros situado algo más allá de su campamento. Era algo que, afortunadamente, estábamos en condiciones de hacer.

No obstante, nuestra situación no tardó en agravarse. Agripa prosiguió sus ataques contra nuestras bases navales; no tardaron en caer las de Patrás e Ítaca.

Habíamos perdido por entero el golfo de Corinto y también el último paso abierto que les quedaba a los barcos para entrar directamente en Accio.

Ahora todo se tendría que hacer por tierra, a través de estrechos caminos y escarpados desfiladeros desde muy al sur. Pronto se empezó a notar la escasez de víveres; no es necesario que transcurra mucho tiempo para que casi doscientos mil hombres agoten las reservas. Recordé haber oído decir que los hombres de César se habían encontrado en una situación parecida en Grecia poco antes de su batalla con Pompeyo y se habían visto obligados a comer hierba. Por desgracia, nosotros ni siquiera teníamos hierba a mano.

A mediados de junio yo estaba sentada bajo un toldo delante de nuestro cuartel general. Hacía un calor sofocante tanto dentro como fuera y sólo se

encontraba un poco de alivio en aquel sombreado espacio.

El aire fresco que había soplado desde las montañas durante la noche ya había cesado.

Con la cabeza apoyada en el muro lateral del edificio, sentí que el sudor — a pesar de lo temprano de la hora— me empezaba a bajar poco a poco por el cuello y entre los pechos. Me daba aire con un pequeño abanico, pero sólo conseguía agitar la maloliente atmósfera delante de mi nariz. El hedor de los pantanos mezclado con la fetidez de los desperdicios de todo un ejército olía como un cadáver al tercer día.

Se había convocado una reunión, pero aún no se había presentado nadie. Muchos hombres estaban enfermos. La situación más grave se registraba entre los remeros, los cuales se contagiaban a un ritmo alarmante y ya se habían producido varias bajas entre ellos. Antonio había ido a inspeccionar personalmente los barcos con Enobarbo y Sosio, el cual había dejado el mando de Zákynthos a un comandante más joven. Tras haber perdido Patrás, Cefalonia y Leucas, Zákynthos ya no tenía demasiada importancia estratégica.

Me enjuagué la frente con un perfumado pañuelo con el cual pretendía contrarrestar las miasmas del pantano que me rodeaban. Las flores eran para otro mundo, un mundo perdido.

A través de la bochornosa atmósfera vi acercarse, o más bien arrastrarse, a Delio y Canidio.

A causa del calor, habían prescindido de su uniforme, exceptuando la obligatoria túnica interior que estaba sucia y manchada de sudor. La de Canidio era de un desteñido color amarillo mientras que la de Delio había sido azul en otros tiempos.

— Mis mejores saludos en este hermoso día —dijo Delio cuya voz destilaba tanto sarcasmo como sudor chorreaba su frente.

— ¿Dónde está nuestro imperator? —preguntó Canidio.

— Todavía con la flota —contesté—. Pero no tardará mucho en regresar.

— La flota se encuentra en muy mala situación —dijo Canidio—. Creo que la tendremos que abandonar.

— Eso lo decidirán ellos —contesté, utilizando un tono más cortante de lo que hubiera querido. El calor nos había despojado no sólo de la ropa exterior, sino también de la cortesía en el trato—. Tomad un poco de vino mientras esperáis — dije para cambiar de tema. Fuera había una mesita con una jarra y unas copas.

Delio se sirvió una copa, tomó un sorbo e hizo una mueca.

— Aquí lo que no falta es vinagre.

Las provisiones de vino aceptable hacía tiempo que se nos habían terminado y lo que ahora bebíamos era más medicinal que otra cosa. Pero por lo menos no nos hacía enfermar.

— Da gracias de que no tengamos que beber al agua de la zona —El carácter de Delio se había agriado tanto como el vino—. Ah, aquí vienen.

Lancé un suspiro de alivio al ver acercarse a Antonio y a otros dos.

— ¡Salve! —Jamás dejaba de asombrarme que Antonio fuera capaz de conservar la dulzura de su carácter en las más adversas circunstancias. En aquellos momentos incluso sonreía—. ¡Ah, mis capitanes!

— Sírvete un poco de este brebaje —le dijo Delio, indicándole la jarra.

Antonio así lo hizo, ladeando la cabeza.

— Cosas peores he bebido. En nuestra retirada de Mutina tuvimos que beber... bueno, no importa. Recuerda tan sólo que los asnos están preparados para proporcionarnos lo que nos falte. —Rozó mi hombro—. ¿Qué tal lo resistes?

— Yo ya estoy acostumbrada al calor —contesté para hacerle un reproche a Delio—. En Egipto no es que haga frío precisamente.

— Muy cierto. Bueno pues, ¿empezamos?

Antonio se acercó una banqueta y lo mismo hicieron los demás. Así nos reunimos los seis comandantes supremos bajo un improvisado toldo y una sombra cada vez más menguada.

— ¿Qué has descubierto? —le pregunté a Antonio.

Sacudió la cabeza.

— La situación es muy mala —reconoció.

— Mala y peor que mala —dijo Sosio—. Hombres y barcos han sido atacados. Los hombres por la enfermedad y los barcos por el gusano de la putrefacción de la madera.

Me hundí en el desánimo. La cálida temperatura del agua habría favorecido la aparición de los gusanos, el peor enemigo de un barco. No habíamos podido remolcar los barcos para calafatear las juntas de la madera durante el invierno, mientras que los de Agripa se habían pasado la temporada invernal en dique seco.

— Me temo que no habrá suficientes hombres para todos —dijo Enobarbo—. Un simple trirreme necesita ciento setenta remeros mientras que los navíos más grandes, bueno... —Empezó a toser y alargó la mano hacia una copa de vino, o más bien de sucedáneo de vino—. Perdón —dijo avergonzado por su ataque de tos.

— ¿Qué vamos a hacer con los remeros? —pregunté.

— Ya hemos tomado medidas —contestó Antonio—. Tratándose de una situación de emergencia, hemos tenido que reclutar a gente de la zona.

— ¿Qué quieres decir con eso de reclutar?

Se trataba de unos parajes despoblados y, de haber habido alguien, en modo alguno se hubiera ofrecido voluntariamente a prestar semejante servicio.

— Lo que quiere decir —intervino Enobarbo sin andarse con rodeos— es que estamos cogiendo hombres. Secuestrándolos, arrancando a los campesinos de sus campos, a los muleros de sus mulos y a los molineros de sus molinos.

¿A semejante extremo habíamos llegado? Me avergoncé.

— ¡No!

— La guerra no es una tarea agradable —dijo Antonio. Ahora se revelaba el soldado tan duro como el granito que se ocultaba tras el político—. Pero no podemos perder de vista nuestro objetivo esencial: ganar. Todo lo demás pierde importancia.

Sí. Ganar. Algunos de nosotros lo comprendemos. En cuanto a los demás, pues que se vayan al infierno. No saben lo que es derramar sangre y sacrificarse.

— ¿Saben remar? —me limité a preguntar.

— No —contestó rotundamente Enobarbo—. Bueno, pueden mover un barco. Para eso basta el poder de los músculos. Pero maniobrarlo y ejecutar tácticas navales, no, eso no está a su alcance.

— Pero es fundamental que, por lo menos, puedan moverlos —dijo Sosio—. De esta manera, podrán aprovechar cualquier oportunidad de fuga y alcanzar la seguridad.

— Conque es eso lo que estáis pensando —dije. Había comprendido su objetivo.

— Sí —dijo Antonio—. Ya lo hemos decidido. —Señaló con la cabeza a Sosio y Enobarbo—. Ellos efectuarán una rápida salida del golfo mientras nosotros... —señaló con la cabeza a Delio— actuamos de señuelo, cabalgando hacia el norte como si buscáramos la ayuda de Macedonia y de nuestro aliado el rey Dicomos. Eso llamará la atención de Octavio. Después, cuando los barcos se hayan escapado, nos reuniremos en el extremo más alejado de Grecia, lejos del alcance de Agripa.

Era un plan muy audaz que reflejaba el espíritu creador de Antonio en la batalla.

— ¿Y el ejército? —preguntó Canidio.

— Llevaré seis o siete legiones a bordo de los barcos —contestó Antonio—. El resto se quedará aquí bajo tu mando.

Canidio no parecía muy convencido.

— ¿Y qué voy a hacer? ¿Esperar a que me ataquen?

— No te atacarán —dijo confiadamente Antonio—. Octavio se desconcertará. Recuerda que sólo combate bajo el estandarte de Agripa y Agripa no estará allí.

— Sí, creo que todavía está ocupado en el golfo de Corinto —confirmó Sosio—. Ahora está atacando directamente Corinto y la base naval que está al mando de Quinto Nasidio.

— Muy bien pues —dijo Antonio—. Que se entretenga allí.

— ¿Y yo? —pregunté—. ¿Dónde querrás que esté?

— A bordo de tu nave capitana —contestó Antonio—. Tienes que salir de aquí.

Enobarbo posó su copa y experimentó un fuerte acceso de tos. Volvió a disculparse, diciendo que no era nada.

El toldo empezó a agitarse con un leve movimiento. Era casi mediodía y el ardiente sol caía a plomo. Antonio salió de debajo del toldo y, protegiéndose los ojos con las manos, miró hacia el horizonte.

— Ya empieza —dijo—. Muy pronto empezará a soplar la brisa de la costa y su frescor nos traerá un poco de alivio, amigos míos.

Delio soltó un resoplido como si fuera una agobiada bestia de carga.

— ¿Alivio? ¿Y eso qué es?

— Cuando no sopla el menor viento, una levísima brisa es como el paraíso —le dije.

— Tenemos suerte de poder contar con el viento cada tarde —dijo Antonio—. Y cada noche. Sopla desde la montaña toda la noche y por la tarde invierte el curso, cruza el agua y nos viene a ver aquí. —Esbozó una sonrisa—. El dios de los vientos hace lo que puede para aliviar nuestra situación.

— Bah —dijo Enobarbo—, si se preocupara por nuestra situación soplaría con fuerza para que pudiéramos rodear más fácilmente la isla de Leucas. Pero la verdad es que tendremos que navegar hacia mar abierto para alejarnos de ella cuando intentemos la fuga.

Antonio le dio una palmada en la espalda.

— Bueno, un experto marino como tú no tendrá ninguna dificultad.

— Ya —dijo Enobarbo soltando un gruñido—, pero ¿alguien podrá seguirme?

Aquella noche, sola con Antonio —el viento de la montaña refrescaba nuestra tienda, pero también nos traía los olores del pantano—, le pregunté cuál era la verdadera situación. Las puertas estaban abiertas y las ventanas le pedían a la brisa del este que entrara a aliviarnos.

Me contó con expresión grave lo que había visto aquella mañana.

— La flota está gravemente dañada —dijo—. Tanto los hombres como los barcos se encuentran en muy malas condiciones. —Hizo una pausa para escanciarse un poco de aquel vino también tan dañado; no se guardaba vino bueno para su consumo particular sino que bebía lo mismo que sus hombres—. Me temo que ya no están en situación de participar en una batalla.

Ahugué un grito. ¡Todos mis espléndidos barcos! ¡Mis hombres!

Se acercó a mí y me tomó las manos.

— No desesperes —me dijo. Me levantó la mano derecha y, sosteniéndola en alto, la estudió. Estaba contemplando el anillo de sello que años atrás había unido nuestras suertes en Antioquía—. Mi amadísima esposa, cuando nos unimos el uno al otro... —Me soltó la mano—. Quizá no era eso lo que tú imaginabas.

— ¿Qué quieres decir? —pregunté.

— Quiero decir que no prometiste soportar todo esto. —Hizo un gesto con la cabeza para señalar no sólo la estancia que ocupábamos, sino todo Accio—. Tú soñabas con unir dos imperios.

Sí, lo había pensado. Pero, con el paso del tiempo, me había ido sintiendo cada vez más unida a Antonio el hombre, no al triunviro.

— Nunca te abandonaré —le prometí—, y no deseo estar en ningún lugar más que a tu lado.

— Ya, pero el plan exige que nos separemos.

— Y que nos volvamos a reunir. ¿O no?

— Sí, pero primero...

Me soltó las manos y me expuso esquemáticamente el plan. Sosio sacaría los navíos del golfo aprovechando que Agripa aún estaba ocupado en el sur. Se producirían algunos combates con la pequeña flota de bloqueo, pero Sosio conseguiría derrotar al enemigo sin ninguna dificultad. Yo seguiría a la primera escuadra de navíos romanos y más tarde rodearíamos el Peloponeso hasta llegar a un punto seguro de la costa oriental de Grecia.

— ¿Y tú? —le pregunté.

— Distraré su atención cabalgando hacia el norte con un gran contingente de una o dos legiones —contestó.

— No me gusta que nos separemos y que no podamos reunirnos —dije.

Tenía muchas dudas, pero no quería desanimarle.

— Es nuestra única posibilidad. —Su tono de voz revelaba la gravedad de la situación—. No tenemos más remedio que hacerlo.

Traté de sonreír.

— ¿Por qué pues, cuando el destino no te ofrece ninguna alternativa, parece que disfrutas?

Me estrechó en sus brazos.

— Mi valiente capitana —dijo.

Se inclinó para besarme y yo se lo agradecí. Hacía tiempo que no nos abrazábamos y me sentía lejos de él.

Alargué la mano y acaricié su cabello húmedo de sudor.

— Te seguiré y seguiré tu fortuna por toda la tierra —le aseguré.

Jamás se me había ocurrido decírselo a ninguna otra persona sin la menor reserva. Hasta con César había impuesto ciertas condiciones.

— Que ella cabalgue sobre una marea de victorias —deseó, rodeándome con sus brazos—. Me dolería pedirte que compartieras conmigo otras cosas.

— Eso significa que no te fías de mí. Si esperas que sólo comparta tus momentos felices, no soy una verdadera esposa, sino simplemente una aliada política.

— No, tú no eres eso —me aseguró.

Me besó para demostrarme que era mucho más. Lo estreché con fuerza, sintiendo su cuerpo contra el mío. Lo amaba en toda su plenitud, la sólida carne que se mantenía firmemente asentada en el suelo y la mente que forjaba planes para el lejano futuro.

Nos retiramos a nuestro lecho. Yo lo abracé, murmurándole que lo amaba. Y era verdad; en Accio había descubierto una nueva faceta de su persona. Cuánto más lo conocía, tanto más lo amaba. Era un hombre que no podía decepcionar ni revelar defectos ocultos; era todo lo que exteriormente parecía.

A través de la ventana abierta la brisa de la montaña se extendía por toda la estancia como si quisiera serenarnos. Yo acogí con agrado su frescor cual si se tratara de un espíritu benigno que permaneciera en suspenso sobre nuestros ardientes cuerpos.

— ¿Te parece que éste es un lugar adecuado para hacer el amor? —me preguntó en un susurro.

En realidad, no lo era. Accio era enemigo de Eros, borraba el deseo y lo trastocaba de arriba abajo. Pero aquella noche nosotros conseguiríamos derrotarlo.

— El lugar adecuado para hacer el amor es aquel donde tú estás —le contesté. Y era cierto.

Lanzó un suspiro y yo comprendí que ya estaba harto de la larga continencia.

— Me entrego a tus manos —le dije, asiéndolo por los hombros para que se diera la vuelta. Permaneció tendido boca arriba en silencio para que yo hiciera con él lo que quisiera—. Oh, si un enemigo te encontrara así —murmuré.

— Jamás me encontrarán —dijo—. Sólo tú.

Zarpamos en las primeras horas de la mañana con seis legiones a bordo de nuestros navíos, armadas y preparadas para el combate, pero, tal como tantas veces había ocurrido en Accio, pareció que los dioses obraban en contra de nosotros. No soplaban el menor viento y no pudimos desplegar las velas. Después nos vimos rodeados por una espesa niebla que dificultó nuestros movimientos. Y, finalmente, ocurrió lo peor: a través de la bruma vimos una doble barrera de navíos enemigos, encabezados nada menos que por el implacable Agripa en persona. Varios de los barcos situados en primera línea se enzarzaron en

violentos combates, pero, sin la ayuda del viento y sin posibilidad de escapar, Sosio ordenó el regreso. Nos habían vuelto a sorprender y a derrotar. Por muy doloroso que fuera, tuve que permanecer humildemente en silencio mientras dábamos media vuelta y nos reuníamos con los navíos que ni siquiera habían conseguido salir.

Antonio regresó al enterarse de nuestro desastre. No lo hizo sólo por mí, sino también porque no quería abandonar su flota y la mitad de su ejército. Ahora estábamos de nuevo como al principio, menos por los desventurados barcos perdidos en nuestro fallido intento de fuga.

— Mira que haber niebla tan tarde... —dijo sacudiendo la cabeza— y Agripa presentándose en el momento más oportuno, tal como tiene por costumbre. Parece increíble.

— No olvides que también nos falló el viento.

— Qué extraño. —Antonio permanecía sentado con los brazos apoyados sobre las rodillas y las manos colgando—. Yo diría... no, jamás.

Estaba pensando lo mismo que yo. Pero no teníamos que dejarnos arrastrar por el pesimismo. Los dioses se complacían en ponernos a prueba para ver de qué madera estábamos hechos, eso era todo. Aquello no era el final.

— Ya es hora de realizar otra incursión en el río Louros —dijo—. Creo que esta vez nuestro ataque será contundente.

El día se mantuvo sereno y el viento —ahora obediente e ideal para una fuga, como si quisiera burlarse de nosotros— empezó a soplar muy temprano. Antonio se pondría personalmente al mando del ataque y al frente de la caballería romana con el apoyo de Amintas y sus jinetes gálatas; Delio aportaría la fuerza de dos legiones. En caso de que consiguieran forzar una batalla más amplia, Canidio y otras dos legiones estarían preparados para subir por la cuesta de la colina en cuanto recibieran la señal.

Como la otra vez, rodearían el promontorio de aquel golfo de diez millas de perímetro y se acercarían al río por el este. Si lograran sorprenderlos o derrotarlos rápidamente, las fuerzas de Octavio se quedarían sin suministro de agua. ¡Que bebieran agua de mar y se volvieran locos!

Yo esperé con Canidio, montada en mi caballo y protegida con yelmo y escudo. No, no pensaba combatir. No estaba adiestrada en el manejo de la espada o la lanza. No obstante no podía soportar tener que permanecer esperando sin ver nada ni saber lo que había ocurrido hasta mucho después de que todo hubiera terminado.

Canidio se acercó a mí. Su caballo estaba mucho más flaco de lo que hubiera sido deseable, pero no era de extrañar.

— Salve —dijo, refrenando su montura. Su yelmo brillaba bajo el ardiente sol, creando una intensa mancha de luz cada vez que movía la cabeza. Señaló hacia el este, desplazando su caballo en aquella dirección—. Hoy, con la ayuda de los dioses, el curso de los acontecimientos nos será favorable.

Sí. Con la ayuda de los dioses. Hasta aquel momento, los dioses nos habían negado obstinadamente su favor. Pero ya sabíamos que su rasgo más destacado era el carácter caprichoso. Un empujón de Apolo y Patroclo tropieza, un susurro de Atenea y se evita un golpe mortal... ¡Ojalá quisieran favorecernos aquel día! ¡Ojalá se pusieran de nuestra parte!

— Lo que tenga que ser, será. —Yo misma me extrañé de que tales palabras hubieran surgido de mis labios. No era eso exactamente lo que quería decir—. Y ocurrirá lo que nosotros queramos —le aseguré a Canidio.

A mi espalda esperaban pacientemente las legiones, tal como les habían enseñado a hacer. Percibía el olor del cuero de sus pertrechos y oía los murmullos de sus voces.

— ¿Cómo están los ánimos? —le pregunté a Canidio en un susurro.

— Si estuvieran un poco más altos me daría por satisfecho —contestó en tono malhumorado—. Las condiciones en que se encuentran los desmoralizan día tras día. Y, por si fuera poco, tienen que soportar las burlas del campamento enemigo, los mensajes que llevan las flechas y las piedras arrojadas directamente a nuestro campamento.

— ¿Y qué dicen los mensajes?

Me entregó en silencio un trozo de pergamino que guardaba en el interior de su guante.

— Éste lo he recogido esta mañana.

Lo abrí.

Antonio ya no es el que era. Estáis siguiendo a un loco. No puede cuidar de vosotros.

— Son las mentiras de siempre —dije, tratando de quitarles importancia.

— Sin embargo, se están cobrando su tributo —señaló Canidio— y me cuesta contrarrestar su efecto. Las mentiras los corroen como gotas de ácido. Se preguntan en su fuero interno cómo podrá Antonio otorgarles su porción de tierra cuando todo termine. Ahora Antonio no tiene derechos en Italia. Y eso es lo único que ellos quieren en realidad.

— ¡Pero el propósito de la guerra es ganar! De la misma manera que Octavio se apoderará de Egipto si gana (¡horrible pensamiento!, ¡insoportable resultado!), Antonio recuperará sus derechos en Italia.

Todo era muy sencillo.

— Se han vuelto pusilánimes —dijo Canidio sin andarse por las ramas—. Quizás ha habido demasiados años de guerras civiles y ya no creen en nada. Están cansados y quieren que todo termine.

— ¡Pues tienen que luchar para que así sea!

Pero yo no me estaba dirigiendo a los hombres; mi exhortación sólo fue escuchada por Canidio. Sus palabras eran siniestras y estremecedoras. ¿Habría

perdido Antonio la capacidad de animar y guiar a sus hombres? ¿Se habría hundido su suerte en el lodazal del temor de sus soldados? ¡Qué tremenda sería la caída, un acontecimiento inesperado provocaría el derrumbamiento de un imperio!

— Sí, lo sé —dijo Canidio.

Volvió bruscamente la cabeza hacia el este, clavando inmediatamente los ojos en aquella dirección.

Entonces vi que el sol arrancaba destellos de algo que se movía; al otro lado del golfo numerosos puntos luminosos danzaron mientras los jinetes bajaban a las marismas que protegían el acceso al valioso río.

— ¡Ya está! —exclamé casi en un susurro.

Pero los ojos de Canidio estaban clavados en sus legiones; se había olvidado de mí y lo único que ahora le importaba era el combate que tendría lugar en el río y la manera en que nosotros podríamos ganarlo. Se alejó al trote para ocupar su puesto y yo me quedé allí, contemplando las minúsculas figuras del otro lado del golfo. No se oía el menor sonido a través del agua; sólo los gritos de las gaviotas que descendían en picado y se zambullían en el mar.

Sujeté con fuerza las riendas de mi montura y esperé. En caso de que se produjera una carga colina arriba, pensaba seguirla desde la retaguardia. Procuraría no preocupar a Antonio colocándome en situaciones peligrosas, pero tenía que estar allí y participar en nuestras batallas.

Estaba temblando y me extrañó, pues no creía encontrarme bajo los efectos de la angustia de la espera.

«¡Oh, Zeus! ¡Oh, Hércules! ¡No abandonéis hoy a vuestro hijo, dadle fuerza y gloria! —recé—. Que Antonio cabalgue resplandeciente y penetre en las líneas enemigas dispersándolas y sembrando entre ellas la confusión.»

Poco después oí unos entusiastas vítores y aclamaciones; algo de trascendental importancia acababa de ocurrir, pero yo todavía no sabía lo que era. Vi unos caballos galopando hacia el oeste, pero ¿a quién pertenecían? ¿Estaría Antonio al frente del ataque? Se desplazaban con gran rapidez.

Llegó hasta mis oídos el inequívoco fragor de la batalla. Era un estruendo inconfundible incluso para quien jamás lo hubiera oído anteriormente. Un estudioso que sólo se hubiera dedicado a leer a Platón lo hubiera identificado inmediatamente.

Nuestras filas estaban erizadas de espadas desenvainadas y de impacientes caballos a punto de lanzarse al ataque. De repente, las lejanas líneas de Antonio parecieron partirse por la mitad: las de un lado siguieron galopando hacia el oeste; las demás se juntaron y bajaron por la pendiente de la colma en dirección a nosotros.

— ¡Canidio! —grité, buscándolo.

¿Qué había ocurrido? Necesitaba saberlo; me lo tenía que decir. Pero no lo

encontré.

Los legionarios resistieron sin ceder terreno. Sonó un cuerno. ¡La retirada!

¿La retirada? ¿Por qué teníamos que retirarnos? A mi alrededor, las tropas empezaron a retroceder, pero yo me desplacé a un lado y les cedí el paso. Muy pronto apareció Canidio con las filas de vanguardia, pero yo seguí esperando.

Reconocí el caballo de guerra bayo de Antonio con sus relucientes jaeces bajando por la pendiente, seguido por las tropas montadas. No se alejaba corriendo, pero cabalgaba con rapidez. Le hice señas mientras se acercaba. Él me indicó que me reuniera con él y así lo hice. Mantenía los ojos fijos al frente y no se volvió a mirarme.

— Antonio, ¿qué ha ocurrido? —le pregunté a gritos, confiando en que me oyera y me contestara.

No respondió. Se limitó a inclinarse hacia delante y a espolear su caballo.

— ¿Qué ha ocurrido? —volví a preguntar, inclinándome de lado hacia él.

— Amintas ha desertado y se ha llevado su caballería.

¡Amintas y los jinetes gálatas! ¡La columna vertebral de la caballería!

Experimenté un sobresalto tan grande que me olvidé de apretar las rodillas y poco faltó para que me cayera de mi montura. ¡Qué golpe tan duro!

— ¡No ha habido ataque! —dijo Antonio—. Nos han traicionado nuestras propias fuerzas.

¡O sea que el río aún estaba a salvo! Octavio podría beber toda el agua que quisiera y con absoluta seguridad.

Regresamos al galope a nuestro campamento con la caballería romana que nos quedaba. Canidio y Delio se encargarían de recoger a las legiones que no habían participado en el combate y regresarían detrás de nosotros al campamento. Antonio se retiró al cuartel general de madera, rechazando todas las preguntas y las súplicas. Eros lo siguió y fue rechazado. El joven salió con semblante entristecido. Los soldados se congregaron alrededor del cuartel general; estaban perplejos y querían que su imperator les explicara qué había ocurrido. Ni siquiera pudo entrar Sosio, quien, visiblemente ofendido, permaneció de pie junto a la entrada.

Antonio tenía que salir a dar explicaciones, yo me encargaría de que lo hiciera. Con el yelmo bajo el brazo, me abrí paso entre los soldados, utilizando el escudo para apartarlos. Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada por dentro.

— ¡Abre la puerta! —grité para que mi voz llegara a todas las estancias, dondequiera que él estuviera.

No hubo respuesta.

— ¡Abre esta puerta en nombre de la Reina de Egipto! —ordené.

Silencio. Empecé a aporrear la puerta y, al final, oí un ruido procedente del

interior.

— La Reina de Egipto pide entrar en este cuartel general —repetí.

— La petición de la Reina de Egipto tendrá que esperar de momento — contestó la distante y amortiguada voz de Antonio.

¿Cómo se atrevía a negarme la entrada delante de todos aquellos hombres? A lo mejor, las notas del enemigo tenían razón; ¡a lo mejor, era cierto que estaba perdiendo el juicio!

— ¡La Reina entrará! —grité.

— ¿Quién? —preguntó—. ¿Quién entrará?

— Tu esposa —contesté finalmente—. Tu esposa pide permiso para entrar.

Sólo entonces abrió la puerta y me franqueó el paso. Los soldados lanzaron vítores, pero yo estaba demasiado sorprendida como para enfadarme.

Una vez dentro, Antonio se sentó rígidamente y asió con fuerza los brazos de su asiento con la mirada perdida en la lejanía. Me situé delante de él y esperé a que levantara la cabeza y me mirara. Pero él la mantuvo obstinadamente al mismo nivel.

— ¡Antonio! —dije—. No me parece correcto. No puedes esconderte aquí dentro.

Al final, habló.

— ¿Es que no puedo disfrutar de un momento de intimidad? Necesito estar a solas un instante.

— Pero no en este momento —repliqué—. No inmediatamente después de...

— ¿La batalla? ¿Qué batalla? La Batalla Que Nunca Existió. ¡O puede que te refieras a la deserción! ¿Es eso lo que quieres decir?

— Sea lo que fuere, tienes que dirigirles unas palabras a tus hombres. Las necesitan. Confían en ti.

— ¿Para qué, para que lo comprendan? ¿Quieres que les diga lo que eso significa? ¿Que los mejores caballos han ido a parar a manos de Octavio? Y que Amintas... ¡Amintas, el príncipe que yo elegí y elevé a la dignidad que ahora ostenta y convertí en lo que ahora es! —Ahora empezó a emerger el dolor que se ocultaba detrás de la cólera—. A lo mejor, no sé elegir; a lo mejor, no tengo capacidad para discernir el carácter de un hombre. Confiaba en Artabaces y también confiaba en Amintas.

Levantó la barbilla y me miró, pero no me gustó la expresión de sus ojos.

— Dicen que fui un necio al confiar en ti —dijo—. Que lo único que siempre has querido es el poder que yo tengo para concederte territorios. —Soltó una carcajada, pero no fue de alegría—. Y eso es lo que he hecho en realidad. Las donaciones y hasta esta guerra...

Primero había tenido que humillarme en público y dirigirme a él en calidad de esposa delante de los soldados, y ahora eso. Procuré decirme que estaba trastornado por lo ocurrido y me dije que necesitaba desahogarse con lo primero que tuviera a mano. Pero me dolía que pudiera pensar semejante cosa aunque sólo fuera por un instante.

— Siento mucho que lo pienses —dije finalmente—. ¡Creo que he perdido más que tú en esta relación! —Tenía intención de contenerme, pero no pude evitar atacarlo—. ¡He gastado una fortuna y todo mi país corre peligro!

— ¡Siempre tu país! ¿No sabes pensar en otra cosa?

Fuera se oían los murmullos de los soldados. No tendría más remedio que salir a dirigirles unas palabras.

— Soy una reina —contesté—. Y eso es lo que tienen que hacer las reinas.

Se levantó y me asió con fuerza los hombros.

— Y yo que pensaba que eras mi esposa y tenías esta vocación por la más alta de todas.

— ¿Por eso le has abierto la puerta a la esposa y no a la Reina? ¿Por qué te empeñas en convertirlo en una contienda entre ambas? Son la misma persona. —Me estaba lastimando los hombros—. ¡Eres el imperator y tienes que regresar junto a tus hombres! Lo que tú y yo tengamos que decirnos como marido y mujer puede esperar.

— Claro —dijo sin dejar de apretarme los hombros—. Esta derrota es decisiva para las operaciones de tierra —dijo—. Yo no... yo no... —Parecía al borde de las lágrimas—. No sé cuál será el siguiente paso. No sé lo que va a ocurrir a partir de ahora.

— ¡No es necesario que ellos sepan cuál va a ser el siguiente paso! —le dije—. Sólo necesitan saber que su comandante es el de siempre y que pueden seguir confiando en él. Antonio, si los hombres pierden la confianza en ti, la batalla está perdida de antemano.

— ¿Qué batalla? ¿Qué batalla? —repetía una y otra vez—. Ya no puede haber ninguna batalla.

— Eso tú no lo sabes. Espera. Duerme. Piensa. Pero por el amor de Hércules, ¡sal y habla con ellos!

Apartó las manos de mis doloridos hombros.

— Sí. Lo haré.

Como si un espíritu hubiera penetrado repentinamente en él, salió y se dirigió a sus hombres. Oí su voz potente y segura, oí los vítores y las carcajadas. O sea, que los estaba convenciendo. Sentí que el alivio me inundaba como un refrescante río de montaña. Tal vez nos quedara aún alguna esperanza.

Aquella noche se hundió en la desolación. Les había pedido a Sosio y Enobarbo que se reunieran con nosotros después de cenar para calibrar la

situación de la flota, ahora que las operaciones de tierra se habían suspendido. Habíamos perdido varios barcos en el fallido intento de fuga y nuestro aliado Tarcondimoto, soberano de la alta Cilicia, había muerto en combate.

— Mira —le dije—, no todos los reyes clientes son desleales. Él ha entregado su vida lejos de su patria.

Me pareció una pena que hubiera perdido la vida en el mar, él que pertenecía a un país sin costa.

Antonio sacudió la cabeza.

— Pobrecillo.

— Si ahora nos rendimos, todo habrá sido en vano.

Temía que Antonio se encontrara al borde de la desesperación.

— ¿O sea que tendrá que haber más muertes para redimir la suya?

— Miró a su alrededor—. ¿Dónde están? Ya es tarde y yo estoy... muy cansado.

Se escanció una buena copa de vino.

Esperamos en silencio y, al cabo de un rato que pareció una eternidad, cuando Antonio ya se había bebido una segunda copa de vino, apareció Sosio. Su rostro habitualmente sereno estaba contraído en una mueca.

— Bienvenido —le dijo Antonio—. Procuraré no entreteneros demasiado. En cuanto venga Enobarbo...

— No vendrá, Antonio —dijo Sosio con voz trémula—. Se ha ido.

— ¿Con Octavio?

Antonio no parecía sorprendido, sino más bien resignado. Su actitud me alarmó mucho más que la partida de Enobarbo.

— ¿Ha dejado alguna nota? —preguntó como si se tratara de la invitación a una cena.

— Sí, aquí está.

Sosio se la entregó con una mano ligeramente temblorosa.

— Mmmm. —Antonio rompió el sello y la leyó—. Como un buen marino, ha embarcado antes de que la marea baje por completo. —Arrojó la carta sobre la mesa y añadió—: Léedla.

Dejé que la leyera primero Sosio y después la tomé. Enobarbo se había hecho trasladar al otro bando en una embarcación nada más oscurecer. Pero la carta tenía un tono extraño; era algo más que una despedida política.

— ¿Se le había agravado la tos? —pregunté.

Sosio tuvo que pensarlo.

— Pues sí. Anoche se acostó muy temprano y a la hora de cenar apenas

comió a causa de la tos.

A lo mejor, se había retirado para ir a morir lejos de allí. A lo mejor, había pensado que Octavio sería más compasivo con sus herederos de Roma si él le pedía perdón. A lo mejor...

— ¿Sus pertenencias están todavía en su cuarto? —preguntó repentinamente Antonio.

— Sí, todo está allí. Hasta su arcón preferido con refuerzos de latón.

Eso sólo lo hacía un moribundo.

— Se lo enviaré —decidió Antonio.

— ¡Antonio! —exclamó Sosio en tono de protesta—. ¡Un hombre tiene que pagar el precio de su deserción!

Antonio se encogió de hombros.

— Pero no con su arcón con refuerzos de latón —dijo esbozando una leve sonrisa mientras se servía un poco más de vino—. Sosio, si tú quieres imitar su ejemplo... —asintió solemnemente con la cabeza— hazlo ahora.

— ¡Antonio! —protestó Sosio en tono escandalizado.

— Lo digo porque, a partir de ahora, cualquier desertor que atrape será ejecutado para que sirva de escarmiento. Esto se está convirtiendo en una peligrosa hemorragia y tendré que adoptar medidas muy drásticas para restañar la herida. —Levantó la copa—. Pero a ti, amigo mío, te doy permiso si quieres.

— ¡Antonio!

— Muy bien. Pero debes saber que es tu última oportunidad.

Antonio tomó un buen trago. El vino... ¡oh, dioses, que no tengamos otra escena como la de Pérgamo! Lo observé atentamente.

A pesar de todo parecía completamente sereno, como si el sobresalto de aquel día lo hubiera afectado hasta el extremo de que el vino ya no pudiera hacerle el menor efecto.

— Creo que tenemos que volver a centrarnos en los barcos —dijo—. Después del intento de fuga, ¿en qué estado se encuentran?

Sosio le facilitó un rápido informe: había más barcos que remeros capaces de impulsarlos y los restantes remeros se encontraban en muy malas condiciones tanto físicas como morales. Sus cuerpos sufrían a causa de la escasez de alimentos —nuestra única fuente de cereales eran las bolsas que transportaban los aldeanos griegos a través de las montañas— y su espíritu sufría a causa de la inactividad, la falta de experiencia, la enfermedad y el fallido intento de fuga.

— Una mala combinación, Antonio —concluyó Sosio.

— Por todos los dioses, hombre, pero ¿pueden permanecer sentados y remar?

— Sí —contestó Sosio.

— Pues entonces remarán —dijo Antonio en tono sombrío—. Y muy pronto.

Al final, pudimos retirarnos a descansar. Los fieles Eros y Carmiana nos prepararon en silencio. Cuando nos quedamos solos, no dijimos nada. Las palabras parecían vanas. Antonio se tendió de lado y de espaldas a mí.

En el preciso instante en que mi mente empezaba a librarse finalmente de los acontecimientos de la jornada y la luz de la linterna colgante empezaba a difuminarse, se recibió otro mensaje. Antonio se incorporó y lo leyó a la débil luz de la linterna. Roemetalces de Tracia y Marco Junio Silano, uno de nuestros comandantes, habían huido al amparo de la oscuridad para reunirse con Octavio.

«

Tú sólo lo has visto ganar. Y no se conoce a un hombre hasta que se le ve perder.» Una vez Olimpo me había dicho estas palabras a propósito del triunfador de unas carreras de carros a quien yo había querido recompensar nombrándole supervisor de las caballerizas reales. Ahora las palabras me perseguían sin descanso.

«No se conoce a un hombre hasta que se le ve perder.»

La desesperación de Antonio, sus altibajos, su indecisión tras el fracaso de la segunda carga de caballería eran mucho peor que la derrota en sí. Contemplé con incredulidad cómo aquel hombre a quien yo creía conocer hasta lo más recóndito se quebraba como un barco atrapado en las rocas.

El príncipe Yamblico de Emesa y el senador Quinto Postumio intentaron escapar y fueron descubiertos y ejecutados por Antonio para que sirviera de escarmiento. De esta manera se puso término a las deserciones entre los de arriba, pero ¿cuánto tiempo tardarían los soldados en seguir el ejemplo de sus comandantes y empezar a desertar?

Achicharrarse: ahogarse de calor. Estar oprimido por el calor. Sudar profusamente. Eso es lo que hicimos nosotros en julio en Accio. Julio. El mes de Julio César. El día 12 de aquel mes, aniversario de César, celebramos una sofocante cena conmemorativa en cuyo transcurso los achicharrados invitados comieron unos platos muy sencillos servidos por unos achicharrados criados bajo una luna que parecía despedir calor.

La comida fue frugal: judías hervidas, espadañas tostadas (recordé los tallos de papiro tostados que se comían en Egipto y probé un sucedáneo), pan rancio y el omnipresente pescado. Y un vino tan agrio que daba ganas de vomitar.

Pensé en Mecenas y Horacio, que estarían paladeando el delicado y ambarino vino céculo en algún lugar de Roma.

— Apuesto a que hasta los preciosos criaditos de Octavio estarán bebiendo falerno —protestó Delio, repitiendo como un eco mis pensamientos mientras contemplaba su copa con el ceño fruncido—. Siempre y cuando los haya traído consigo, claro.

— Probablemente nunca viaja sin ellos —dije yo.

Estaba claro que, como muchos romanos, tenía a su disposición para sus placeres a los llamados *deliciae*. ¡Y, aun así, se permitía el lujo de insultar a Mardo por ser eunuco!

No me encontraba bien y me sentía débil e insegura. Me decía que era por las míseras raciones de comida que teníamos asignadas. Rezaba para que no fuera otra cosa. Enobarbo murió efectivamente a los pocos días de su partida. Ni siquiera los comandantes eran inmunes a las enfermedades que tantos estragos estaban causando entre las tropas.

A nuestro alrededor estaban nuestros oficiales y unos veinte senadores, ninguno de los cuales ofrecía demasiado buen aspecto. De vez en cuando se oía alguna tos discretamente reprimida. En medio de las incomodidades del campamento, las togas habían sido dejadas de lado y tanto los senadores como los oficiales sólo llevaban túnicas. Sin sus característicos atuendos, no era fácil distinguirlos.

Piqué un poco de comida; a pesar de que estaba medio muerta de hambre, no tenía apetito. La luna parecía mirarme con malevolencia.

— Qué lástima lo de Marco Licinio Craso —se atrevió a comentar alguien.

Craso, comandante de nuestra guarnición de Creta y las cuatro legiones que protegían la Cirenaica se habían pasado a Octavio.

Antonio lo encajó muy bien.

— Craso cambió por razones políticas, pero sus tropas no lo siguieron, lo cual es un gran honor para nosotros. Sí, se negaron a ser traidores y de este modo la Cirenaica aún está a salvo. Para sustituirle allí he nombrado a Lucio Pinario Escarpo, un pariente del gran César. —Volvió a levantar la copa—. ¡César, sigues estando entre nosotros!

— ¿Dónde estaba cuando lo de Corinto? —preguntó alguien.

Agripa había conseguido echar a Nasidio del mando de allí y ahora habíamos perdido todo el golfo de Corinto.

Pero Antonio se negó a responder a las provocaciones.

— Todo el mundo sabe que a César no se le daban bien los combates navales —dijo sonriendo.

— El general Atratino en Esparta también se ha ido —dijo otro— y me han dicho que Berytos se ha sacudido el yugo Lágida —añadió, volviéndose a mirarme con expresión acusadora. Experimenté un arrebató de furia ante el sarcástico comentario, pero no lo dejé traslucir.

— Berytos siempre ha sido un lugar muy turbulento —dije al final—. Los lugares como éste siempre se aprovechan de las situaciones inestables. Pero es algo puramente temporal —añadí—. Quinto Didio en Siria, con sus tres legiones, sigue siendo nuestro leal gobernador y resolverá el conflicto.

Procurando sonreír mientras tomaba un sorbo de aquel maldito vino, pensé que la verdadera diferencia entre nuestro campamento y el de Octavio no estribaba en la calidad del vino, sino en las discusiones, las riñas y las rivalidades existentes entre nuestros comandantes. Nuestra falta de unanimidad era más que evidente, mientras que en el cuartel general de Octavio probablemente todos estaban de acuerdo, lo cual nos colocaba en una situación de grave desventaja. «Hay fuerza hasta en la unión de los hombres más débiles», había dicho Homero. Por la misma razón, las disputas eran la ruina hasta de los hombres más fuertes.

— ¿Os habéis dado cuenta —preguntó alguien con sorna— de que nadie cruza las líneas para unirse a nosotros?

Un enjambre de insectos volaba por encima de nuestras cabezas, zumbando alrededor de las antorchas. Algunos se quemaban y emitían unos crujidos. Le hice señas a un criado de que los abanicara para alejarlos. Era aquella hora de la noche en que aún no había empezado a soplar la brisa que bajaba de la montaña.

Para mi alivio, la cena terminó temprano. En aquellas circunstancias cualquier reunión me resultaba molesta. Los invitados regresaron a sus tiendas, pues a nadie le apetecía permanecer mucho rato a la orilla del mar. Sin embargo, Antonio y yo nos quedamos a contemplar los navíos de nuestra flota que esperaban como animales encadenados a las aguas iluminadas por la luz de la luna. Permanecimos en silencio, de pie el uno al lado del otro en la orilla.

— Esta noche les has contestado muy bien —me atreví finalmente a decirle—. Lamento que tengamos que celebrar estas reuniones.

Lanzó un suspiro, quitándose la máscara de hombre jovial que acababa de interpretar.

— Si no lo hiciéramos, circularían rumores mucho peores. Dirían... ¡bueno, sólo los dioses saben lo que dirían! Tengo que dejarme ver habitualmente para calmarlos.

— Y para escucharlos.

— Sí, para escucharlos. Lo que dicen y lo que no dicen.

— Creo que esta noche ha sido más bien lo último.

— Sí, intuyo su estado de ánimo. Hay malestar general, temor, pánico... ¡todo eso no presagia nada bueno! —Soltó una breve carcajada y me rodeó el talle con su brazo—. Estás muy delgada. ¿Te encuentras bien?

— Sí —mentí. No quería aumentar sus preocupaciones—. Hacía tanto tiempo que no me rodeabas la cintura con tu brazo que casi pensé que te habías olvidado.

Se había mantenido apartado de mí, viviendo una continencia que hubiera escandalizado a Octavio. Pero cuando los espíritus están agobiados, huyen todos los apetitos.

— Jamás lo podría olvidar —murmuró—. No tomes mis ausencias por algo

deliberado.

Apoyé la cabeza contra su brazo para demostrarle que mi comentario no tenía importancia.

— Lo sé —dije al final.

Hacia finales del mes de Sextilis, coincidiendo con el cambio del tiempo, algo pareció cambiar en Antonio. Se sacudió de encima los nubarrones que lo envolvían y volvió a ser el mismo de siempre, levantándose con la sola fuerza de su voluntad del lodazal de desaliento en el que había caído.

— Ha llegado el momento —me dijo una noche con grave semblante.

Todo lo demás estaba igual que siempre: la misma vacilante luz de la lámpara, los mismos doloridos y vacíos estómagos, las mismas líneas de defensa. ¿Por qué ahora?

— Convocaré un consejo. La situación no se puede prolongar.

¡Por fin! ¡Por fin! Se rompería el punto muerto. Antonio había decidido el camino que iba a seguir. ¡Quisieran los dioses que fuera el más acertado!

— Sí —dije en un susurro, levantándome para acercarme a él.

Cuando apoyé la mano en su hombro, dio casi un respingo. Últimamente apenas nos tocábamos. Al final, me tomó la mano; la suya me pareció desconocida, pero, aun así, se la estreché.

— Creo que tendrá que ser por mar —se limitó a decir—. Todas nuestras rutas terrestres son demasiado peligrosas.

— ¿Por mar?

Durante mucho tiempo, ambas cosas habían tenido la misma importancia.

— Por mar podremos escapar —dijo—. Por tierra sería imposible.

— ¿Escapar?

¿A tal extremo habíamos llegado? ¿Sólo estábamos pensando en escapar?

Mi voz traicionó mi decepción.

— Llámalo retirada si lo prefieres —me dijo en tono cortante.

— ¡Haber reunido una flota y un ejército como éstos y no haberlos utilizado! Lamentaba la pérdida. Me parecía un despilfarro.

— Ni el ejército ni la flota son lo que eran —me recordó—. Si hubiéramos podido usarlos al principio... —suspiró—. Ahora todo ha cambiado. El peor delito que puede cometer un comandante es combatir la batalla de hoy con las tropas de ayer.

— Claro.

Tenía que fiarme de su experiencia, no fuéramos a complicar un error con otro mayor.

— Si pudiéramos sacar buena parte de la flota, retirarnos a Egipto y reagruparnos allí... —dijo pensando en voz alta—. Los seguidores de Pompeyo lo hicieron varias veces.

Pero, al final, el ejército de Pompeyo había perdido. En cuanto uno emprende la huida pierde la iniciativa y se convierte en perseguido, no en perseguidor. Sin embargo me abstuve de decirlo.

— O sea que Egipto será el teatro de las operaciones —dije con un hilillo de voz.

No me gustaba. ¿Y si Octavio nos persiguiera hasta nuestras orillas? No quería que hubiera combates allí. Por eso Potino había matado a Pompeyo, precisamente para evitarlo.

— No, no —me tranquilizó—. Allí simplemente nos recuperaremos y reuniremos nuestras fuerzas.

Había llegado el momento del consejo en el que nos veríamos por última vez antes de ocupar nuestros puestos. Todo el mundo tenía que saber exactamente cuál iba a ser su misión y nuestra estrategia suprema, lo cual no era tan fácil como parecía.

Los comandantes no estaban de acuerdo acerca de cuál sería la mejor estrategia. Sólo coincidían en que teníamos que hacer algo so pena de perecer en aquel desdichado lugar. Tanto el ejército como la flota se habían convertido en un estorbo demasiado grande como para abandonarlo y demasiado debilitado como para fiarnos de él. La única pregunta era, ¿cuál de ellos estaba en peores condiciones?

Sentados alrededor de la mesa de tijera estaban nuestros cuatro capitanes generales, los expertos Sosio y Publícola y los menos preparados Ínsteme y Octavio (nombre maldito en nuestro campamento), además de nuestro primer comandante Canidio y Delio.

Fue un espectáculo dolorosísimo. No obstante, hice el esfuerzo de permanecer en la orilla y ver cómo a los navíos destinados a ser destruidos se les prendía fuego con unas antorchas. Los barcos permanecían agrupados como unas personas que trataran de salvarse de una techumbre a punto de venirse abajo o de un terremoto, pero estaban condenados a no poder moverse, pues se hallaban firmemente sujetos por las anclas.

Como las personas atrapadas en un incendio, los había de todas clases: trirremes, quinquerremes e incluso «ochos» y «nueves». Los habían untado con pez y aceite para que ardieran mejor, como un sacrificio a nuestros errores. Desde la orilla los hombres arrojaron antorchas encendidas a las cubiertas y el fuego prendió enseguida.

— Oh, Antonio —dije, tomando su mano.

Me dolía verlo. Recordé mis orgullosos paseos por los astilleros cuando los estaban construyendo. ¡Mis hijos! Si la contemplación de la destrucción de aquellos barcos me causaba tanto dolor, ¿qué sería para una madre la pérdida de

un hijo?

— Tiene que ser —me consoló él.

— Ellos pagan el precio de nuestros errores de cálculo. Por lo visto, hemos cometido un fallo tras otro.

— En todas las guerras se hacen cálculos —dijo—. Su simple construcción fue un cálculo. Por eso las guerras resultan tan caras, todas las conjeturas que tenemos que hacer cuestan grandes sumas.

— ¡Pero ver arder el oro de esta manera!

— Piensa en todo el oro que descansa en el fondo del mar, perdido en los naufragios. Cuando huyamos de aquí, tendremos que rezar para que todo el tesoro que llevamos a bordo permanezca intacto. Pero tú estarás con él en la nave capitana, la más grande y la más fuerte.

Nunca me había gustado llevar tesoros a bordo de un barco. Pero ¿que podíamos hacer? ¿Dejárselo a Octavio? ¡Mejor que fuera a parar al fondo del mar!

El fuego se apoderó de las naves, pasando de un barco a otro y formando un horrible collar de llamas. Las amarillas piras reflejadas en las tranquilas aguas parecían el doble de grandes. Llegaban hasta nosotros los olores de los distintos tipos de maderas quemadas —desde el acre olor del cedro seco al olor a seta de las viejas y húmedas cuadernas—, envolviéndonos en un manto de humo. Me escocían los ojos, pero no podía apartarme. Era un funeral al que yo tenía que asistir. Se lo debía a mis barcos.

Antonio me rodeó con su brazo.

— Vamos —me dijo—. No es necesario que nos torturemos.

«Equivocaciones... errores de cálculo... informaciones erróneas...» El solo recuerdo me escocía como el humo, su prueba tangible. ¡Oh, el tormento del remordimiento! ¿Hay algo más diabólico y descorazonador? Me hacía dudar de todos los planes que habíamos establecido.

El fuego tiene una voz, una voz muy parecida a la del remordimiento: poderosa, penetrante y evocadora. Surgía de los moribundos barcos y parecía casi un silbido. Otros se habían acercado para mirar y yo estaba segura de que Octavio, desde sus alturas, contemplaría las aguas teñidas de rojo y aspiraría el olor de las cenizas. La gente pasaba a nuestra espalda sin decirnos nada. Poco a poco, fui consciente de la presencia de alguien que, en lugar de observar los barcos, nos estaba mirando a nosotros. Era un encapuchado cuyas facciones no podía distinguir.

— Antonio —pregunté finalmente—, ¿quién es ése? Nos está mirando con mucho descaro. ¿Le conoces?

Antonio escrudivió en medio de las sombras como si sus ojos pudieran traspasar en cierto modo la oscuridad.

— Su rostro me recuerda a alguien, pero no. —Levantó el brazo—. ¡Eh, tú! ¡Ven aquí!

El hombre permaneció un buen rato inmóvil y después se acercó a nosotros, como si fuera él quien nos hubiera llamado a nosotros y no al contrario.

Mientras se acercaba, se echó la capucha hacia atrás.

— Pero bueno, si es... —Antonio no recordaba el nombre.

— Hunefer —dijo el forastero—. Nos conocimos en Roma hace mucho tiempo, mi señor.

Ahora yo también lo había reconocido: el astrólogo egipcio que yo había enviado a Roma con Olimpo para que se introdujera en la casa de Antonio y espicara. ¡Más le valdría no traicionarme por mucho tiempo que hubiera transcurrido!

— Me alegro de conocerte —le dije con intención.

Hunefer asintió con un gesto.

— Y yo a ti. —Señaló los barcos—. Un día muy triste para nosotros.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Antonio.

— Llevo mucho tiempo siguiendo tu fortuna; he venido para compartirla.

— Bien, eso significa que debe de ser favorable, ¿de lo contrario no hubieras venido!

Antonio pareció alegrarse, como si la sola presencia de aquel hombre fuera un buen presagio.

— A lo mejor, lo hace por simple lealtad —me apresuré a decir.

No hubiese soportado que nadie nos dijera la buenaventura en aquel momento.

Aunque fuera de signo favorable. «Equivocaciones. Errores de cálculo. Informaciones erróneas.» Mala suerte. Desgracia.

— Ni siquiera los más leales servidores acuden corriendo a una casa en llamas —dijo Antonio—. O suben a bordo de un barco en llamas.

— A lo mejor se ha visto atrapado aquí como los demás —apunté.

— Mi señora —dijo Hunefer—, a veces el futuro se desenmascara como un invitado a una fiesta de disfraces. Entonces parece que tocamos el tiempo y no podemos apartar el rostro de lo que nos revela.

— Una vez me dijo que el espíritu de mi destino, mi *daimon*, quedaba oscurecido cuando Octavio se acercaba —recordó Antonio. Como es natural, yo ya lo sabía, pues Olimpo me lo había contado—. Tenías razón, amigo mío. Desde que Octavio desembarcó en Grecia... —Su voz se perdió sin terminar la frase—. Pero a lo largo de estos seis años, todo ha ido bien. Por consiguiente, en cuanto salgamos de aquí...

Lo dijo en tono de pregunta.

Hunefer permaneció tanto rato en silencio que, al final, Antonio terminó la

frase:

— Conseguiremos salir de aquí, ¿verdad?

¡Qué pena! Reducir su deseo de victoria a una simple huida.

— Una parte de ti, sí —contestó Hunefer muy despacio—. Otra parte de ti se quedará aquí.

— ¿Una parte del ejército o una parte de la flota?

— Los astros sólo dicen «una parte de ti» —contestó Hunefer—. No está claro.

— ¿Una parte de mí? —preguntó Antonio—. ¿Mi cuerpo? ¿Mis tropas? ¡Seguro que eso sí me lo puedes decir!

— Se refiere a los barcos —intervine rápidamente—. ¡A los barcos quemados! Es una parte muy considerable. También los remeros y soldados que han muerto... permanecerán aquí para siempre.

Miré enfurecida a Hunefer. ¡Viejo estúpido! Cualquier cosa que viera, mejor sería que se la callara. Ahora ya era demasiado tarde como para hacer algo que no supusiera un daño.

— No, mi señora —insistió el astrólogo—. Eso pertenece al pasado y ya está hecho. Lo de ahora...

De repente, comprendí de qué manera los dioses nos confunden con revelaciones parciales y veladas alusiones, sabiendo que las seguiremos hasta nuestra ruina. Y entonces, cuando nos ven sufrir, ellos se ríen. Así se divierten. Aunque fallemos al seguir nuestras propias ideas, tenemos motivos para enorgullecemos, pues significa que no somos unos juguetes de otros seres. Hasta las «equivocaciones, los errores de cálculo, las informaciones erróneas» poseen una innata valentía humana que no existe cuando nos limitamos a seguir las insinuaciones sobrenaturales. «¡Tanto si ganamos como si perdemos, que todo sea obra nuestra!», pensé. Me volví hacia el astrólogo.

— Ya basta. No te escucharemos.

Pero los golpes se sucedían sin interrupción. A primera hora de la mañana Canidio se presentó en nuestra tienda y nos comunicó la noticia: Delio había desertado y se había unido a Octavio.

Todavía aturdido por el sueño, Antonio sacudió la cabeza. Tenía los ojos empañados.

— Al final se ha ido —dijo. Lanzó un suspiro como si acabaran de echarle sobre la espalda otro saco—. Y conoce todos nuestros planes.

Estaba tan furiosa que casi echaba chispas, como si me hubiera alcanzado un rayo. Ya había planeado irse, pero esperó a que se celebrara el consejo para poder comunicarle a Octavio una valiosa información. Lo sabía con tanta certeza como si él hubiera dejado una confesión escrita.

— ¡El muy traidor! —grité.

— Ahora Octavio lo sabe todo —dijo Antonio—. Sabe todo lo que se ha discutido en mis consejos. —Hizo una pausa—. Delio, mi ayudante, mi compañero... —Se volvió a mirarme—. Si hasta te lo envié para que te llevara a mí, hace ya tanto tiempo.

Temí que se viniera abajo delante de Canidio.

— ¡No lo recuerdes! ¡No lo recuerdes! —le dije—. Quítatelo de la cabeza, arráncalo de tu memoria, no pienses en él ni lo recuerdes. Tiene que dejar de existir. No, nunca ha existido.

— Cuando regresó y me contó lo que habías dicho, que no pensabas ir a Tarso, yo...

— ¡Te he dicho que no pienses en él! —grité sin que me importara la presencia de Canidio—. ¡Y no ensucies los recuerdos que conservas de mí, asociándolos a él!

— Canidio —dijo Antonio sin la menor emoción en la voz—, puedes anunciar que sustituiré su mando por un tribuno. —Esbozó una trémula sonrisa—. No importa. No tiene importancia. Ahora podrá escribir una crónica de la guerra para su nuevo amo. Yo no quería ninguna crónica. No, nada de crónicas.

Rodeó el hombro de Canidio con un brazo mientras lo acompañaba a la puerta de la tienda.

La clara luz del día penetró en la tienda cuando levantaron el faldón. Vi el humo de los barcos muertos convertido en unas oscuras manchas en el brillante azul del cielo.

— Mi amigo —dijo Antonio, soltando el faldón y volviéndose a mirarme—. Mi amigo se ha ido. No creo que le envíe los arcones.

LOS barcos que quedaban —unos doscientos treinta, incluidos sesenta que formaban parte del orgullo de Egipto— estaban recibiendo a bordo a nuestros legionarios armados y listos para el combate. Habíamos ordenado que se subieran las velas a bordo, lo cual había creado una gran confusión entre los hombres y los comandantes. En los combates nunca se utilizan las velas pues obstaculizan los movimientos y ocupan mucho sitio. Por consiguiente, a última hora de la víspera Antonio había reunido por última vez a unos cuantos oficiales y les había revelado nuestro plan. Ni siquiera Delio lo sabía; si hubiera sospechado que se celebrarían otras reuniones, hubiera demorado su partida.

El plan era el siguiente: queríamos escapar con la mayor cantidad de barcos posible y poner proa a Egipto aprovechando las brisas vespertinas que nos empujarían hacia el sur. Era sencillo pero no fácil: una combinación exasperante. Para rodear con seguridad la mole de Leucas, tendríamos que adentrarnos en alta mar antes de que el viento hinchara nuestras velas desde popa y nos guiara en nuestro camino. Pero, para poder llegar hasta allí, tendríamos que superar el bloqueo de Agripa por medio de combates navales.

Lo peor que podría ocurrir era que Agripa se empeñara en seguir combatiendo en alta mar, donde nos podría atacar antes de que nosotros consiguiéramos aprovechar las brisas; y la hipótesis más optimista era que nosotros le hiciéramos creer que nos estaba atrayendo a alta mar, lo cual nos permitía elegir el lugar de la batalla. Su superioridad numérica necesariamente lo obligaría a buscar el mayor espacio posible para poder maniobrar; en consecuencia tendría que salir a alta mar.

Pero, en cuanto saliéramos, nosotros tendríamos la oportunidad de desplegar las velas y escapar. Sin velas, ellos jamás nos darían alcance. Los remeros por sí solos no nos podrían seguir mucho tiempo.

El plan parecía bueno y racional, la mejor manera de escapar de la prisión de Accio. No abrigábamos la esperanza de salvar todos los barcos, pero un buen puñado de ellos sería mejor que nada. Los barcos egipcios, junto con los navíos mercantes que quedaban, evitarían entrar en combate procurando mantenerse rezagados.

Al amanecer, unas largas filas de soldados pasaron por delante de nosotros para dirigirse a las planchas de los barcos. Se les veía satisfechos y animados. Algunos parecían más jóvenes y sanos que otros. Pensé que algunos enfermos habrían suplicado que les permitieran embarcar y los hombres más fuertes les habrían cedido su puesto.

Un veterano se detuvo en seco y se apartó de la fila.

— ¡Vuelve aquí! —le gritó el oficial, pero él no hizo caso y se acercó a Antonio.

Llegó a él corriendo y lo asió por el brazo.

— ¡Imperator —le dijo—, piénsalo bien! ¡No lo hagas!

Aunque Antonio estaba acostumbrado a la familiaridad con sus hombres, esta vez se molestó. No eran el momento ni el lugar más apropiados.

— Regresa a la fila, soldado —contestó, tratando de apartar los dedos del hombre.

— ¿No me recuerdas, imperator? —le preguntó el soldado. Era tuerto.

Antonio lo estudió detenidamente.

— No —contestó con toda franqueza.

— Estuve contigo en la Partia. Me visitaste en el hospital de campaña con la Reina. ¿No te acuerdas?

Era uno de los cien a los que Antonio había visitado. ¿Cómo iba a acordarse? Sin embargo, el interés de Antonio en aquella ocasión había sido tan grande, que el pobre hombre creía haber llamado especialmente su atención.

— Te comenté que me quedaban diez años de servicio —el soldado estaba firmemente decidido a conseguir que Antonio recordara la breve conversación de antaño—, y que había servido dos años al mando de César. Soy de la Campania.

— Sí... una tierra de buenos soldados —convino Antonio, quien seguía intentando apartar la mano del soldado.

— Ahora sólo me quedan cinco años. Pero he visto muchas campañas y todas por tierra. ¡No lo hagas! ¡No combatas en el mar!

Al final, pareció que Antonio lo recordaba.

— Ah, sí, estabas con Galo. Durante la retirada, perdiste un ojo.

— ¡Sí! ¡Sí! —El soldado se señaló el ojo—. ¡No desprecies mi herida! Me la hicieron combatiendo en tierra. ¡Y es en tierra donde hoy tendríamos que combatir! ¡Te lo ruego!

Antonio consiguió zafarse del veterano.

— Mi buen soldado, te agradezco tu preocupación —dijo finalmente—. Pero tienes que obedecer las órdenes. —Señaló la fila de soldados que estaban subiendo a bordo—. Regresa junto a tus compañeros.

Por un instante, pensé que el hombre acabaría arrojándose a los pies de Antonio y se negaría a moverse, pero se limitó a erguir los hombros, nos miró tristemente con el ojo sano y obedeció.

Por motivos de seguridad, los senadores subieron a bordo de los barcos egipcios que no participarían en los enfrentamientos. A bordo de una pequeña embarcación, Antonio se desplazó entre los navíos de la flota y se dirigió a sus hombres por última vez, exhortándolos a ser valientes y a cumplir el plan en la medida de sus posibilidades.

— Y vuestra mayor gloria —les dijo— será poder contar a vuestros hijos que estuvisteis con Antonio en Accio.

Mientras permanecía de pie en la pequeña embarcación con la cabeza descubierta, su hermosa voz pareció resonar sobre las aguas. El sol le iluminó el cabello y le confinó por un instante la apariencia de aquel joven Antonio que por primera vez había entrado a caballo en Alejandría.

Finalmente la embarcación lo acercó a la nave capitana, donde viajaba yo. Cuando subió a bordo, deseé con toda mi alma poder tener un momento para despedirme en privado de él. Por desgracia, ya no había tiempo para eso.

— Cuídate mucho hasta que nos reunamos en Ténaro. —Habíamos acordado que todos los barcos que escaparan se reunirían en la punta más meridional de Grecia—. Que todos los dioses te protejan.

— Y a ti también.

Era muy poco, pero ¿qué otra cosa hubiéramos podido decir? No nos tocamos, simplemente le cubrí las manos con las mías. No hubo abrazos ni besos, casi como si temiéramos abandonarnos a ellos. Y puede que efectivamente lo temiéramos, pues hubiera sido demasiado doloroso.

Después aparté las manos y nos separamos. Él subiría a bordo de su nave capitana en el ala derecha e inmediatamente nos pondríamos en marcha.

La batalla de Accio, la batalla por Accio, la batalla para escapar de Accio, se la llamara como se la llamara, tenía que empezar. Si el ala derecha recibía un castigo excesivo, era posible que se acabara lludiéndose sin que los que nos encontrábamos más retrasados pudiéramos hacer nada por impedirlo.

Resultó que los vientos tardaron mucho en llegar y los combates se iniciaron enseguida. Agripa, firmemente decidido a impedir que escapáramos, duplicó sus líneas y envió numerosas embarcaciones menores para hostigarnos y rodear los navíos de guerra de Antonio, cual si fueran castillos asediados. Los pequeños barcos de Agripa se lanzaban velozmente contra los grandes navíos, tratando de abrir un boquete en sus costados con los espolones, y luego se retiraban antes de que los sitiados pudieran arrojarles piedras o jabalinas. Atacaban las partes inferiores de los barcos, destrozando las palas de los remos y rompiendo los timones mientras los hombres intentaban abordar. Por nuestra parte, nosotros los rechazábamos con bicheros, les arrojábamos piedras y los aplastábamos con pesados proyectiles.

Los combates se hicieron confusos, barco contra barco y a veces dos o tres barcos de menor envergadura contra un navío mayor, como si fueran una jauría de perros que atacaran a un elefante. Se hundió el primer barco: uno de los nuestros de pequeño tamaño. Los gritos llegaron hasta mis oídos desde el otro lado del golfo cuando una embarcación de Octavio fue hundida por una certera piedra de catapulta. Después todos los choques y el griterío se convirtieron en un solo fragor y ya fueron indistinguibles. ¿Eran los suyos o los nuestros? En medio de las agonías de la muerte, todos tienen la misma voz.

Las líneas se habían disuelto en un confuso revoltijo. Ya no distinguía la nave insignia de Antonio, atrapada en medio de los violentos combates. El humo de los barcos incendiados se elevaba al cielo y ya estaban empezando a entrar en acción los arpeos y los puentes de abordaje mientras los soldados armados saltaban a las cubiertas de los navíos enemigos con las espadas desenvainadas. Algo más que el viento agitaba las aguas, azotadas por los trozos de madera y los hombres que caían; las saladas gotas que me mojaban el rostro estaban teñidas de sangre.

Los gemidos de los barcos que se desintegraban se confundían hasta tal punto con los gritos humanos que ambos sonidos se mezclaban en un prolongado aullido animal puntuado por los sordos ruidos de los choques y de los espolones contra los costados de los barcos. Yo veía las diminutas figuras que se volvían, rodaban y caían de las cubiertas al agua, golpeando los remos y rompiéndolos con un chasquido seco.

El fuerte viento creaba sobre la superficie del agua unas cabrillas teñidas con el rojo de la sangre de los hombres y con los reflejos de las llamas que se elevaban desde las cubiertas de los barcos incendiados cual si fueran cortinas agitadas por la brisa. El aceite hirviendo de los proyectiles de fuego se derramaba desde las cubiertas al agua, formando unas alfombras de llamas. Un humo negro y espeso se elevaba al cielo desde los puntos donde más encarnizados eran los combates, oscureciendo las siluetas de los barcos. De pronto, vi una brecha en el centro. Las alas derecha e izquierda habían conseguido abrirnos paso, siempre y cuando nos diéramos prisa. Estábamos lo suficientemente adelantados como para cumplir los planes y aprovechar la fuerza del viento.

— ¡Las velas! ¡Izad las velas! —ordenó el capitán.

Los hombres desplegaron e izaron rápidamente las moradas velas de lino.

Como un puño que golpeará la palma de una mano, los vientos las azotaron y las tensaron.

Los restantes barcos de la escuadra, al ver las velas reales desplegadas, imitaron su ejemplo. Gracias a la fuerza del viento y al tesón de los remeros, conseguimos cruzar casi volando en medio del terrible espectáculo de centenares de hombres flotando sobre las aguas —los muertos balanceándose y los vivos gritando y haciendo señas— y salir a mar abierto. Los grandes mástiles de los barcos destruidos giraban y daban vueltas en el agua cual si fueran radios de ruedas.

Las velas crujieron empujadas por el viento y yo me sentí al borde de la asfixia cuando atravesamos unas densas nubes de humo acre que velaban todo el panorama. Ni siquiera distinguí el navío de Antonio. Por todas partes seguían cayendo mortíferos proyectiles tan brillantes como estrellas fugaces. Uno o dos aterrorizaron sobre nuestra cubierta, donde fueron rápidamente apagados mediante unos pellejos mojados.

Una vez en mar abierto, nuestro barco navegó velozmente rumbo al sur, con las montañas de Leucas a nuestra izquierda. Adiós a Accio... Volví la cabeza y

contemplé el promontorio por última vez. Nos acompañaban otros barcos que habían obedecido la indicación de nuestras velas moradas. Ambos bandos seguían enzarzados en un violento combate. Recé para que no se volviera a cerrar la brecha antes de que nuestra última escuadra la cruzara. Las columnas de humo marcaban la línea del conflicto.

¡Ojalá el resto de nuestras fuerzas lograra retirarse y seguirnos!

Bajamos velozmente por la costa pasando por delante de Leucas, el canal abierto de Cefalonia (ahora controlado por las fuerzas de Agripa) y los emplazamientos que habíamos perdido, alegrándonos a pesar de todo de haber recuperado la libertad. Aumentó la fuerza del viento y vimos a popa un cielo tan negro como el humo; se acercaba una tormenta. Me agarré fuertemente a la barandilla, brincando cada vez que el barco penetraba en el seno de las olas. El viento agitaba mi capa, pero yo pensaba que, estando allí con la mirada clavada en la distancia, conseguiría que apareciera el barco de Antonio.

Al final, vi acercarse un quinquerreme cuya ligereza le permitió darnos rápidamente alcance. Ya casi lo teníamos encima, pero yo no lo reconocía. ¿Sería del enemigo? Se situó al costado y entonces vi a Antonio de pie en la cubierta, tiznado de humo y con los brazos ensangrentados. Nos estaba haciendo señas y no parecía haber sufrido ningún daño. Estaba a salvo. Estaba allí. Ordené a gritos que los hombres echaran una escala de cuerda y lo subieran a bordo. Las barandillas se llenaron de senadores y soldados que lanzaban vítores. Antonio subió con aspecto cansado y el rostro extrañamente inexpresivo. Contestó a los gritos de bienvenida de los hombres con un leve movimiento de la mano. Me abrí paso y lo abracé. Alargó un brazo y me estrechó. El otro brazo colgaba inerte junto al costado.

— Doy eternas gracias a todos los dioses —le susurré al oído—. Estamos a salvo.

No me contestó. Parecía aturdido.

— De ninguna manera —dijo al final—. De ninguna manera.

— ¿Cuántos te han seguido? ¿Y... —de pronto, se me ocurrió una posibilidad— dónde está tu nave capitana?

— No logré salir con ella y tuve que abandonarla. El plan ha fracasado. Estábamos tan estrechamente rodeados y acosados por los arpeos que la mayoría de los barcos no nos ha podido seguir. Todo el centro y el ala izquierda estaban cerrados. Sólo han podido escapar algunos barcos del ala derecha, precisamente la que se enfrentaba con Agripa. Nos están siguiendo. No sé cuántos son.

Los soldados se apretujaban alrededor de nosotros a la espera de que les dijera algo.

— Tienes que hablarles, Antonio —lo apremié como la otra vez.

Pero no podía dominarse. Sacudió la cabeza y se quitó el yelmo, sosteniéndolo como si fuera un cubo vacío.

— No, no puedo —musitó.

Dio media vuelta y se dirigió a la proa del navío.

Presenté excusas en su nombre, pero comprendí que debía ser yo quien se dirigiera a los hombres.

Antonio, tan acostumbrado a actuar en público, optó por encerrarse en sí mismo y yo comprendí que no podía invadir su intimidad. Sin embargo, me acerqué discretamente a la proa del barco, donde él estaba sentado con las piernas cruzadas, las manos sobre las rodillas y la cabeza erguida, mirando al mar. En su soledad, parecía una desolada estatua. Sólo podía inclinarme y suplicarle que me permitiera consolarlo.

En palacio había una criada cuyo hijo fue devorado por los cocodrilos mientras se bañaba en el Nilo y, desde entonces, llevaba encima un manto de tristeza tan impenetrable y su rostro estaba cubierto de tanta desolación que, hasta cuando sonreía, su sonrisa no era tal. Ahora el rostro de Antonio mostraba aquella misma expresión.

¡Sin embargo, él ya sabía cuál era el resultado más probable antes de embarcar! Había hablado con gran serenidad, señalando que la situación era casi desesperada y nosotros intentaríamos salvar lo que pudiéramos. En realidad, Accio se había perdido cuatro meses atrás, cuando Agripa tomó Metona.

Todo aquello no tenía por qué repercutir negativamente en la imagen de Antonio o en la de su mando. ¿Cómo hubiera podido repercutir, si no se había combatido ninguna batalla en tierra? Antonio había sufrido derrotas y reveses en otras ocasiones. ¿Quién no los había sufrido, salvo Alejandro? Lo importante no era la derrota, sino lo que uno hiciera después.

«Tú sólo lo has visto ganar. No conoces a un hombre hasta que lo ves perder.» No tenía que pensar que aquello era el final. Aún quedaba Canidio con su ejército, quedaba Egipto, quedaba...

Una ola le arrojó una fría rociada de agua salada a la cara y él permaneció sentado sin moverse, casi como si lo estuvieran azotando y recibiera los golpes de buen grado.

No pude contenerme y me acerqué a él.

— Antonio, Antonio —le llamé, secándole el frío rostro—. ¡Levántate y compórtate como un hombre!

Mis palabras sonaron más ásperas de lo que yo quería, pero era necesario que se levantara y reaccionara, de lo contrario, lo perdería todo, incluso a sí mismo. Sobre todo, a sí mismo.

— Ya no puedo ser llamado hombre —se lamentó—. He deshonrado el nombre.

— ¿Pues qué eres, entonces? ¿Un muchacho? ¿Un eunuco? ¿Acaso sólo son hombres los generales? No, un hombre es aquel que acepta cualquier carga que le depare el destino y mantiene la cabeza bien alta.

— Eso no son más que palabras bonitas de quien jamás ha saboreado la derrota —dijo, negándose a levantarse.

— Me apartaron de mi trono, ¿no fue eso una derrota? —repliqué—. ¡Qué fácil es olvidar las tribulaciones de los demás! Siempre nos parece que somos los únicos. Cuando César fue asesinado y su hijo se quedó sin herencia y Octavio fue nombrado heredero, ¿no fue eso una derrota? Cuando te casaste con Octavia y calificaste a nuestros hijos de bastardos, ¿no fue eso una derrota? Todo el mundo se burló de mí.

— Tú nunca has perdido cientos, no, miles de hombres, muertos por nada; no, no por nada sino muertos porque confiaron en ti, te siguieron, lo pagaron muy caro y tú no pudiste hacer nada por impedirlo —gritó—. Muertos, muertos, todos muertos en el fondo del mar, pudriéndose en la Partia y...

— ¿Ahora lo conviertes todo en una sola cosa? Lo de la Partia ocurrió hace cinco años y fue una guerra distinta. En las guerras muere gente. ¡Si no querías asumir esta responsabilidad, no hubieras tenido que ser soldado! —le grité directamente al oído sobre el trasfondo del viento.

Mantecía el rostro obstinadamente apartado.

— ¡Todos han muerto! —repitió—. Muertos, muertos, perdidos...

Se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

¿Y si alguien llegaba a verlo? ¡Qué vergüenza!

— ¡Chiss, calla! —le dije, sacudiéndolo por los hombros para que reaccionara.

Hubiera tenido que esperar hasta que estuviera en su cuarto. En aquellos momentos los marineros de la cubierta lo hubieran podido ver.

Pero no supo dominarse. Permaneció sentado con los hombros encorvados, ¡llorando como un niño!

— Lo he perdido todo, he extraviado el camino —dijo entre sollozos.

— No has perdido nada que no puedas recuperar —le contesté resueltamente.

— Mi buen nombre, mi confianza: eso no lo puedo recuperar. Lo primero me lo tienen que dar los demás y lo segundo me lo tengo que ganar yo, pero... no puedo.

— Sí, podrás —le aseguré—. Con el tiempo...

— No, nunca. Todo se ha perdido para siempre. Perdido en el agua. Estoy desarmado, ya no soy un comandante ni un general, ni siquiera un soldado.

¿El optimista Antonio había perdido para siempre su alegría y su buen humor? ¿Por qué será que algunas cosas nos destruyen y otras no, por más que sean tan duras como las primeras? A lo mejor, es que sólo podemos encajar un determinado número de golpes, y la Partia ya había rebasado el límite. Quizás el sueño que yo había tenido de su muerte había sido cierto, pero de una manera

distinta a la que yo imaginaba.

— No —dije, acunando su cabeza. Por primera vez, temía que estuviera diciendo la verdad—. No, tienes que seguir adelante. Tienes que resistirlo; eres lo bastante fuerte como para eso. ¡De lo contrario, significaría que Hércules no es tu antepasado!

Quería apelar a su antigua personalidad; siempre se había enorgullecido de ser descendiente de Hércules y ello le había servido para superar otros muchos momentos difíciles.

— Hércules me repudiará —sollozó—. Hércules se avergonzaría de mí.

El navío se balanceó y nos arrojó otro arco de agua de mar que empapó el cabello de Antonio, pero no sirvió para interrumpir su llanto.

— No se avergonzaría de ti por haber perdido en Accio, sino por lo que estás haciendo ahora.

Confiaba en que me comprendiera.

«No conoces a un hombre hasta que lo ves perder.»

— Hubiera tenido que morir. Me hubiera tenido que hundir con mi barco. Entonces por lo menos mis hombres no pensarían que su comandante los ha abandonado.

Apenas entendía sus palabras.

— No los has abandonado —rebatí—. ¿Acaso sobrevivir a una batalla es un abandono? Algunos salen vivos del campo de batalla y otros no. Eso no es un abandono, a menos que pienses que la obligación de todo el mundo es morir. Eso es lo que quisiera el enemigo.

Eché la cabeza hacia atrás y dijo en tono burlón:

— ¡Vuestra mayor gloria será poder decirles a vuestros hijos que estuvisteis con Antonio en Accio! ¡Oh, qué vergüenza! ¡Qué gran vergüenza!

— Antonio...

Se estaba torturando con más crueldad de la que hubiera empleado cualquier flagelador.

— ¡Vete! —dijo, empujándome con tal fuerza que me hizo tropezar contra unos cabos enrollados en la cubierta—. ¡Déjame!

Lo hice aunque no sin antes encomendar a un soldado que lo vigilara sin que él se diera cuenta y le impidiera saltar por la borda o clavarse el puñal si caía presa de la desesperación.

Estaba trastornada. No podía creer que hubiera llegado a semejante extremo.

Tardamos tres días en rodear el Peloponeso y llegar al cabo Ténaro con su pequeño puerto y su rada. Antonio no se movió de sitio y se pasó el rato meditando, llorando, recordando a los hombres y los sueños que había perdido.

Estaba destrozado como hombre y como general, abrumado por las pérdidas sufridas. Pero, cuando entramos en el puerto, se levantó, bajó y se aseó. El dolor inicial se había mitigado un poco y ahora había llegado el momento del funeral. Tenía que asistir a las exequias y comportarse con entereza.

Tras haber anclado, esperamos la llegada de los barcos que habían conseguido escapar y seguimos y también la de los grandes barcos de carga y la de los navíos de los pocos puertos que todavía conservábamos en nuestro poder, contamos las embarcaciones que nos acompañaban y les proporcionamos los suministros necesarios para la larga travesía de regreso a Egipto. En total habían escapado unos cien barcos. Todos los senadores se habían salvado y ahora estaban bajando al muelle; unos seis mil quinientos legionarios habían sobrevivido y se encontraban con nosotros. Mitrídates de Comagene y Arquelao de Capadocia seguían siendo fieles a nuestro bando, lo mismo que el rey Polemón del Ponto. Antonio se esforzó en saludarlos cordialmente a todos y darles las gracias por su lealtad. Sólo yo adivinaba la desesperación que ocultaban sus buenos modales. Al parecer, la buena cortesía es lo último que nos abandona cuando todo lo demás desaparece, como si quisiera burlarse de nosotros con sus huecos sonidos.

Al llegar el sexto día, en un pabellón levantado a toda prisa en la playa, Antonio ofreció un banquete de despedida a sus amigos. Antes habíamos subido a la acrópolis para visitar el templo de Poseidón y darle las gracias por nuestra milagrosa salvación. (Por lo menos, eso era lo que decían las plegarias oficiales.) Mientras contemplaba el agua que se extendía a nuestros pies, experimente el ardiente deseo de estar en las orillas que nos aguardaban en el lejano sur: Egipto.

Quería regresar a Egipto, dejar que Egipto me restableciera y que sus arenas me susurraran las soluciones a nuestro dilema. Egipto no me fallaría. Y yo no fallaría a mi tierra.

En aquella franja que se proyectaba como un dedo desde la montañosa columna vertebral de Grecia, sentía toda Europa a mi espalda.

Bajamos por la abrupta pendiente y entramos en la improvisada sala del banquete. Antonio se encargó de ofrecer un espléndido festín con la abundante pesca que Poseidón nos proporcionó y con carne de cabra montes de las cercanas montañas.

Antonio aún no me había dicho nada, de manera que yo era un invitado más. No tenía la menor idea de cuáles eran sus planes. Cuando todos terminaron de comer (observé que él apenas había probado bocado), Antonio se levantó para dirigirles la palabra. Tras darles las gracias por su lealtad, anunció su intención de liberarlos de sus compromisos.

— Hemos librado un buen combate, amigos míos —dijo, levantando su copa por ellos—. Pero a donde yo voy vosotros no podéis acompañarme.

¿Acaso...? ¡Oh, no! Pero era la costumbre romana. Los comandantes que se encontraban en su situación solían... y delante de la gente, además.

Otros debieron de pensar lo mismo que yo, pues se levantaron para protestar.

— ¡No, buen imperator! —le gritaron.

Antonio se conmovió casi hasta las lágrimas al ver su horror ante la amenaza de perderlo.

— No, no, mis buenos amigos —los tranquilizó—. Me retiro a Egipto. Vosotros no podéis acompañarme. No tendría sentido. Os aconsejo que hagáis las paces con Octavio.

Nuevos gritos de protesta.

Antonio levantó las manos.

— Escuchadme: no es necesario que me sigáis. Sería perjudicial para vosotros. Debéis aceptar lo ocurrido y buscar vuestra propia seguridad. Yo os puedo ofrecer un salvoconducto hasta Corinto y un lugar donde esconderos con mi mayordomo Teófilo hasta que lleguéis a un acuerdo con Octavio.

Los murmullos del pabellón se hicieron más insistentes.

— No temáis. César puso de moda la clemencia —dijo con una cautivadora sonrisa en los labios—. Estoy seguro de que Octavio seguirá su ejemplo. —Miró a su alrededor—. Reservará su cólera para la Reina y para mí, no para los demás.

En el estado de ánimo en que se encontraba, lo más probable hubiera sido que aceptara de buen grado aquella cólera como una especie de justo castigo.

Algunos hombres lloraban. Antonio se emocionaría sin duda al ver que a los ojos de los demás seguía conservando el honor.

Aquella noche acudió finalmente a mi alcoba, nuestra alcoba. Había cumplido con su deber, se había despedido honrosamente y ahora tendría que despojarse de todo lo que le quedaba y prepararse para el largo viaje que le esperaba.

Cuando los invitados hubieron partido, él se había quitado la máscara ahora se mostraba muy serio y abatido.

— No tengo ningún lugar adonde ir, como no sea ocultarme en el país de mi esposa y pedirle refugio. —Se sentó en el borde de la cama y el mueble crujió bajo su peso—. Soy un romano expulsado de las playas romanas.

Ya estaba cansada de oírle repetir lo mismo y no me quedaban palabras para tratar de convencerlo de lo contrario.

— Ven a la cama —me limité a decirle.

— Ya no soy un comandante de romanos; ahora me he convertido de verdad en lo que ellos me llamaban: un oriental, un forastero. Roma me ha desterrado.

Mientras hablaba, se desató las sandalias y se inclinó tanto hacia el suelo que yo apenas le oía. Poco a poco se fue desnudando él solo; desde su derrota, no había permitido que Eros lo atendiera. Después se tendió en la cama y se quedó mirando al techo.

Piqué el anzuelo.

— ¿Olvidas a Canidio y a sus cincuenta mil hombres? —Habíamos sido informados de que, según lo acordado, Canidio había iniciado la retirada del ejército para efectuar la marcha de regreso a Asia —. ¿Y las cinco legiones de la Cirenaica? ¿Y las tres de Siria? No eres precisamente un romano sin seguidores.

— Aaah —exclamó con un profundo suspiro.

Estaba agotado, y se quedó dormido de inmediato. Lancé un suspiro de alivio; era la primera vez que podía dejar de vigilarle. Aún temía que intentara seguir el ejemplo de Catón, Bruto o Casio. Su cortés actuación de aquella noche no me había engañado.

El descanso le hubiera permitido reparar su destrozado espíritu. Los dioses hubieran podido tener la amabilidad de concedérselo. Pero, en la hora más negra de la noche, un mensajero nos despertó para comunicarnos una noticia urgente: Canidio estaba allí.

— Que entre.

Me vestí con una túnica y ayudé a Antonio a ponerse un ropón. La noticia debía de ser terrible. Canidio hubiera tenido que estar con el ejército.

Bueno, pronto lo averiguaríamos. Que todos los golpes nos llovieran encima. Que todos los desastres se vaciaran sobre nuestras cabezas.

Antonio se levantó y se apoyó en una de las estacas de la tienda. Había sido arrancado tan bruscamente de las profundidades del sueño que seguía medio aturdido.

Entró Canidio sosteniendo una linterna en la mano. Elevaba el cabello enmarañado, el rostro sudado y sus prendas estaban manchadas.

— Perdóname, imperator —rogó, hincando la rodilla ante Antonio.

Antonio le tocó la cabeza.

— Te perdono cualquier cosa que sea. Ya no importa —respondió, y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse.

— El ejército se ha rendido a Octavio —dijo Canidio—. Y yo he tenido que huir.

— ¿Muchas muertes? —preguntó Antonio como si deseara que las hubiera habido: más hombres para sumarlos a su montaña de remordimientos y fracasos.

Canidio sacudió la cabeza.

— Ninguna.

Antonio se sorprendió.

— ¿Cómo?

— No ha habido muertes. No había combates. Habíamos iniciado nuestra marcha hacia Tracia cuando Octavio envió una columna para negociar la

rendición. Los hombres —los centuriones— sabían que podían negociar unas buenas condiciones y que Octavio estaba deseando evitar los combates. Regatearon con una habilidad que hubiera enorgullecido a un mercader de alfombras. Al final, los centuriones le han arrancado a Octavio la promesa de que conservará las seis históricas legiones como la Quinta, las *Alaudae*, las Alondras, y la Sexta, la *Ferrata*, la Acorazada, y...

Al oír aquellos amados nombres, Antonio lanzó un grito agudo que sonó como el aullido de un animal.

— ¡No! ¡No!

— Las demás serán absorbidas por otras legiones, según la costumbre — terminó Canidio—. Cobrarán lo que les corresponda y les ofrecerán tierras en Italia...

Antonio se volvió hacia mí sin prestar atención a Canidio.

— Sí, eso es lo que ellos quieren —dijo—. ¿Recuerdas a aquel veterano, el de la Partia, el que dijo cuando lo visitamos que quería su parcela de tierra en Italia y no en el extranjero? El viejo soldado... ¡oh, dioses!, ¿habrá muerto en Accio? ¡No hubiera tenido que permitir que subiera a bordo de aquel barco! ¡Si se hubiera quedado en tierra, ahora podría regresar a Italia!

Tras estas palabras, se arrojó sobre la cama y empezó a golpearse el pecho.

Canidio me miró con asombro.

— Lleva así desde la batalla —le expliqué—. No te alarmes.

Pero Canidio no pudo evitar alarmarse.

— Mi señora —murmuró—, éste es el espectáculo más triste que he visto en toda la guerra.

Al final, Antonio se incorporó y se enjugó las lágrimas de los ojos.

— Perdonadme —dijo—, pero el pobre viejo... —Sacudió la cabeza.

— He tenido que huir —prosiguió Canidio—. No podía abrigar la esperanza de que Octavio tuviera clemencia conmigo. —Hizo una pausa—. Pero tengo que decirte la verdad. Estuve con ellos hasta que terminaron las negociaciones. La versión de Octavio, que forma parte del acuerdo para halagar a las tropas, es que los hombres siguieron combatiendo valerosamente hasta que su cobarde comandante los abandonó.

No hubiera tenido que utilizar aquellas palabras, pero ¿qué sabía él?

Antonio lanzó un suspiro, sin pronunciar palabra.

— No hubo combates. Los hombres concertaron la paz sólo porque sabían que tú no podrías pagarles. No les quedaba más remedio.

— ¿Porque yo los abandoné, quieres decir? —gritó Antonio.

— Yo no he dicho eso, pero es un hecho. Su oficial pagador se había ido y

Octavio estaba cerca.

Ahora Antonio me miró enfurecido.

— ¿Qué es lo que me dijiste sobre Canidio y sus tropas? Ahora tendrás que rectificar. —Se encogió de hombros—. Ya todo ha terminado. Todo ha terminado. Venid, mis últimos compañeros. Mañana tenemos que hacer un viaje por mar.

Cuando Canidio se retiró, Antonio se tendió boca abajo en la cama y allí se quedó, tan inmóvil como si estuviera muerto.

La travesía desde Ténaro a las playas del norte de África duró nueve días. Tuvimos que dar un largo rodeo alrededor de Creta, pues ahora la isla pertenecía a Octavio y no podíamos acercarnos.

Antonio había conseguido dominar sus arrebatos y había entrado en una fase todavía más inquietante: un estoico desinterés por cuanto le rodeaba. Se mostraba atento, amable y animado, pero todo lo hacía con un desapego estremecedor. A media travesía, pidió de repente que lo llevaran a Paretonio en el extremo occidental de Egipto, donde había un pequeño puesto fronterizo, señalando que quería «inspeccionarlo» Pero ¿qué quería inspeccionar? Aquello no era más que unos cuantos edificios de adobe, un pequeño embarcadero y mucha arena, calor y escorpiones. En la cercana Cirenaica aún teníamos cinco legiones. Yo sabía que Antonio deseaba ocultarse allí, lejos de los ojos de la humanidad para lamerse las heridas. O tal vez para infligirse la herida que acabara con todas las demás.

Pero ¿qué podía hacer yo? ¿Prohibírselo? ¿No era yo quien le había recordado que aún era el comandante de unas legiones? Ahora decía que quería visitar un puesto militar. ¿Qué podía hacer? ¿Quedarme con él, vigilarlo? Era humillante para los dos y yo tenía que regresar a Alejandría antes de que se recibiera la terrible noticia de Accio. No me atrevía a retrasarme.

Desembarcamos muy cerca de Paretonio; la arena y las rocas de un blanco deslumbrante parecían irradiar calor. Asándose al sol estaban los achaparrados y pardos edificios con una o dos palmeras que no proporcionaban la menor sombra al mediodía. Varios camellos dormitaban tendidos alrededor de una especie de pozo.

Antonio recogió sus pertenencias y se puso el uniforme como si se estuviera preparando para asistir a una importante ceremonia. Con su atuendo militar, parecía el de antes, si no se le miraban los ojos. Pero la visera de su yelmo lo impedía.

Solos en el camarote, nos miramos el uno al otro.

— Antonio, inspecciona tu puesto y vuelve a bordo —le dije—. Te estaremos esperando.

No tardaría mucho en ver lo que había que ver.

— No —contestó—. Tengo que quedarme. Ya os seguiré. Te lo prometo.

— ¿Cuándo?

— Eso no te lo puedo decir.

— Por favor, no tardes. Te necesitamos en Alejandría. Los niños...

— Dale esto. —Se quitó las condecoraciones militares de plata y las depositó en mi mano—. Explícales para lo que eran. —Hizo una pausa—. Ahora tengo que irme.

— ¿Sin despedirte?

No podía creer que pudiéramos separarnos de aquella manera, como dos desconocidos.

— Será por muy poco tiempo —me dijo enigmáticamente.

Después se inclinó para darme un ceremonioso beso que acabó convirtiéndose en una verdadera muestra de amor.

Mientras él y sus dos amigos bajaban a la playa, vi que todavía llevaba la espada y el puñal. No me los había dado como recuerdo para los niños. Por lo visto, pensaba que todavía los necesitaría.

Nos encontrábamos a dos días de navegación de Alejandría y yo necesitaba aquel tiempo para pensar en lo que iba a hacer. Al no estar Antonio, me evitaba la angustiada tarea de vigilarlo. Experimenté una inmensa y triste sensación de alivio cuando zarpamos de Paretonio. A pesar de que la cegadora luz del sol me hacía daño en los ojos, contemplé cómo se alejaba la costa hasta que finalmente acabó desapareciendo en medio de una especie de llamarada blanca. Sabía que Antonio lucharía con su propio destino en aquel solitario puesto fronterizo, pero tendría que hacerlo solo, tal como en último extremo lo tenemos que hacer todos. Los demás se convierten en unas molestias superfluas cuando llega la hora suprema de la decisión.

Desde muy joven, yo sabía que tenía cierto poder de predicción. A veces experimentaba la inquietante sensación de que ocurriría esto y no aquello y, cuando se producía lo que yo había intuido, me decía que los dioses me habían otorgado el don de la profecía. Pero ahora sabía que lo que en realidad poseía era una gran habilidad para sopesar los factores y establecer hipótesis correctas, lo cual tal vez sea una característica mucho más útil para un gobernante. En aquel momento, sin embargo, estaba desconcertada y no adivinaba adonde iría Antonio. Todos los factores parecían pesar por igual y tirar de él en dos direcciones contrarias. De una forma egoísta, deseaba que desechara la tentadora idea de la costumbre romana de la espada y decidiera vivir y ocupar su lugar a mi lado. Siempre y cuando esta decisión no lo destruyera totalmente como hombre.

Así pues, lo encomendé a los dioses y llevé luto por él en mi corazón como si ya hubiera elegido el camino romano. Para cumplir con mi deber, Antonio tenía que estar muerto para mí.

Sabía con toda certeza (no por el don de la profecía sino por mis sagaces dotes adivinatorias) que Octavio tenía simpatizantes incluso en Alejandría. Siempre hay gente que desea un cambio y no está satisfecha del rey. Una vez me dijeron una verdad muy dura: no hay nadie cuya muerte no sea un alivio para

alguien. Ello es triplemente cierto en el caso de un monarca. Muy bien pues, tendría que golpear primero antes de que ellos me golpearan a mí, cosa que intentarían hacer en cuanto se enteraran de la noticia de Accio. Me quedaba todavía un poco de tiempo.

Tenía que llegar sola a Alejandría. Los demás barcos tendrían que esperar para que su aspecto no revelara la verdad. Entraría en el puerto con el barco adornado con guirnaldas como si hubiéramos alcanzado la victoria. ¡Sí! No revelaría ni siquiera con un parpadeo lo que realmente había ocurrido. Después correría a palacio y mandarían que mis enemigos —que sin duda habrían adquirido fuerza en mi ausencia— fueran detenidos y ejecutados.

Artabaces era nuestro enemigo. Antes de su captura, se había asociado con Octavio. Sin duda su amo lo volvería a sentar en el trono de Armenia y, de este modo nuestra clemencia al perdonarle la vida se revolvería contra nosotros.

Pues bien, yo lo impediría. No volvería a reírse cuando ascendiera de nuevo a su trono, tal como había sonreído al subir al lugar que nosotros ocupábamos en el Triunfo. Me alegraba de que Antonio no estuviera allí, así no tenía oportunidad de impedírmelo.

EL NOVENO ROLLO

EL *Antoniáda*, con su resplandeciente y dorada popa, las velas moradas cuidadosamente cepilladas para eliminarles la sal y su proa adornada con guirnaldas, entró triunfalmente en el puerto de Alejandría. Había ordenado que mis criados permanecieran en la cubierta ataviados con llamativos uniformes y los había amenazado con severos castigos si no saludaban alegremente con la mano y entonaban gozosos cantos. Por mi parte, me puse mis vestiduras y mi tocado real y permanecí de pie bajo el mástil donde todo el mundo me viera.

Jamás pudo ser más hermosa para mí la contemplación del blanco y purísimo Faro dándome la bienvenida a casa después del que había sido un largo y peligroso viaje. Me dolían las extremidades de cansancio, pero tenía que mostrarme fuerte y vigorosa. La alta serenidad del Faro, inmóvil a pesar de las olas que azotaban su base, me infundió fuerza. Las playas estaban llenas de una enfervorizada multitud que lanzaba vítores y arrojaba flores, que flotaban en el agua como pequeños puntos rojos, amarillos, morados y azules. El palacio, sobre su herbosa península, me estaba llamando. Más allá de la orilla se levantaban los edificios cúbicos, tan blancos como la sal. Cerré los ojos y formulé un juramento.

Tenía que conservar Egipto; los Lágidas no debían pagar las consecuencias de los fracasos romanos en el campo de batalla. Tendría que hacer todo lo necesario para conservar el país para mis hijos: me humillaría ante Octavio, abdicaría en favor de mi hijo, concertaría alianzas capaces de impedir que Roma nos devorara, liquidaría a mis enemigos. En caso necesario, incluso me mataría. Cualquier cosa. Ningún precio me parecía demasiado alto. No podía permitir que yo fuera la última de nueve generaciones Lágidas, ni que los herederos de Alejandro fueran vencidos y desaparecieran de la historia viva. Cualquier cosa. No debería detenerme ante nada.

Amarramos en el embarcadero real; inmediatamente envié mensajeros para que repartieran por toda la ciudad las proclamas de la victoria, que yo misma había redactado a toda prisa en mi camarote. Tras saludar con la mano a la multitud, entramos en palacio y desaparecimos de la vista del público.

Ahora ya podía empezar la verdadera tarea.

Subí por la escalinata de acceso a la sala interior del palacio, donde Mardo, Olimpo y los niños me esperaban. Prescindí del protocolo de la misma manera que Antonio se había desprendido de sus medallas y les arrojé los brazos al cuello, rebotando de alegría por volver a verlos. Rodear a Mardo con mis brazos me estaba resultando cada día más difícil; en su emoción, Olimpo olvidó su habitual reserva e incluso me dio un beso. Alejandro por poco me tira al suelo con sus efusiones, el pequeño Filadelfo se agarró a mis piernas y Antilo me saludó con una ceremoniosa inclinación de la cabeza.

Selene, un poco más distante, me dedicó una tímida sonrisa. A su

espalda... el corazón me dio un vuelco en el pecho cuando vi a Cesarión.

En mi ausencia, se había convertido en un hombre. Entre los catorce años y los más de dieciséis que ahora tenía, había pasado de la infancia a la edad adulta. Ahora, con unos movimientos que también habían cambiado, se acercó a mí y yo tuve que levantar los ojos para contemplarlo. Tomó mi mano en la suya, una mano muy grande que cubrió por completo la mía.

— Bienvenida a casa, madre —me dijo. Le había cambiado la voz.

Ahora me convencí más que nunca. Tenía que hacer todo lo necesario para preservar sus derechos y su trono. Haría todo lo que hiciera falta por mi hijo, el nuevo rey de Egipto.

— ¡Cesarión! —exclamé. Estaba tan asombrada por el cambio que me faltaban las palabras—. Te... te he echado de menos —le dije finalmente. Jamás me rebajaría a decirle la consabida frase de «Cómo has crecido».

— Y yo a ti. Me alegro de que por fin todo haya terminado y estés de vuelta a casa. Cuéntanos qué ha ocurrido. ¿Ha sido muy grande la victoria? ¿Cuántos barcos habéis hundido? ¿Dónde está Octavio? ¿Ha muerto? ¡Espero que sí! —añadió con una sonrisa.

— No canses a tu madre con tantas preguntas —le amonestó severamente Olimpo.

Entonces comprendí que éste había adivinado la verdad. Bueno, muy pronto la averiguaría.

— Todo ha ido bien —le aseguré a Cesarión—. Vamos a retirarnos a nuestros aposentos privados y allí os lo contaré todo. Todo...

En nuestras estancias más privadas, con las puertas cerradas y sin la presencia de los criados, les revelé la terrible verdad. La acogieron en sereno silencio. Sólo Cesarión me miró consternado y me pidió con insistencia que hiciera diagramas para hacerse una idea más clara de lo que había ocurrido, dónde estaba cada escuadra y dónde se habían desplegado las legiones...

— ¿Dónde está Antonio? —me preguntó Mardo finalmente.

Por su tono comprendí que estaba pensando que Antonio había muerto. Pero ¿cómo podía crearme capaz de mantener tanto rato en secreto un hecho semejante?

— Está... —¿cómo podía explicarlo sin aumentar su deshonra?— en Paretonio. Quiere inspeccionar las legiones del oeste en la Cirenaica.

— ¡Oh, no! —dijo Mardo.

— ¿Qué ha ocurrido?

— Las legiones se han pasado a Octavio. ¡Dejaron plantado a su comandante! El pobre Escarpo tuvo que irse y probablemente se ha refugiado en Paretonio. Nos hemos enterado de que Octavio ha nombrado comandante de las legiones a Cornelio Galo y sabemos que éste ya se encuentra en camino.

— ¿El soldado escritor de poemas? —pregunté.

Ahora podría sentarse en la playa arenosa y componer poemas sobre su glorioso amo y la caída de Antonio.

— El mismo —asintió Mardo—. O sea, que Escarpo y Antonio deben de estar juntos.

Justo lo que Antonio necesitaba. Dos generales abandonados por los suyos, compartiendo vino y desgracias en una choza de adobe. Sentí que el miedo volvía a apoderarse de mí. Recordé al rey Juba y a Petreyo, que se habían suicidado juntos precisamente en aquel lugar.

— Enseguida regresará a Alejandría —dije con la mayor convicción que pude. No podía dejar traslucir la angustia que me agobiaba—. Pero antes de que se divulgue la noticia, debemos tomar ciertas medidas. ¿Las legiones estacionadas aquí siguen siendo leales?

— Sí —contestó Mardo.

— En tal caso...

Mis órdenes se cumplieron de inmediato. Los «octavios» no habían ocultado sus elogios a Octavio y sus críticas contra nosotros; no fue difícil identificarlos y detenerlos. Descubrimos un arsenal de armas y una gran cantidad de correspondencia comprometedor. Los cabecillas fueron ejecutados y sus propiedades confiscadas. El elevado número de «octavios» que había en mi ciudad me provocó una honda conmoción. Era consciente de que todo el mundo tiene enemigos, pero aún así... ¡los muy ingratos!

Ordené que se construyeran nuevos barcos para sustituir los que se habían perdido en Accio. Cuando llegara Octavio volveríamos a combatir y esta vez mi flota no quedaría atrapada en un agujero infernal.

Una cosa era pasarse todo el día ocupada con todas estas cuestiones de vital importancia y otra muy distinta permanecer sola por la noche en mi alcoba. Entonces la oscuridad se cerraba a mi alrededor como un puño, dejando fuera toda esperanza o consuelo. Los aposentos de Antonio seguían vacíos, esperando el regreso de un amo que tal vez jamás volvería. Qué abandonadas y qué despreciadas parecen las estancias desiertas. Estaba segura de que Antonio ya ni siquiera se acordaba de ellas en su exilio de Paretonio. ¿La existencia cotidiana sería para él un esfuerzo? ¿Cada vez que amanecía pensaría quizá que aquella iba a ser su última jornada? ¿Y le debía de ocurrir lo mismo a cada puesta de sol? ¿Qué debe de tener de especial el día que parece susurrar persuasivamente a tu oído: «Este es el día que tú esperas»? Cada mañana me despertaba temiendo que fuera la última para Antonio y que muy pronto llegara a Alejandría un barco de velamen negro con su triste carga.

¿Y entonces qué iba a hacer yo? Sería como el funeral de César, sólo que mucho peor, pues esta vez el orador no podría ser Antonio. Su voz ya habría enmudecido para siempre.

¿Y si enviara en su busca un barco con soldados? No. De entre todas las

indignidades que había sufrido, ésta sería una de las peores: ser recogido y llevado a casa por una guardia armada para que ésta lo protegiera de sí mismo, como si fuera un lunático que pudiera hacerse daño sin querer. Significaría que yo no lo consideraba capaz de conocerse a sí mismo y decidir qué era lo mejor para él. ¿Cómo podía yo hacerle eso?

Tendría que mandar construir una segunda tumba al lado de la mía en el mausoleo. En aquellos momentos sólo había una. Era curioso que, siendo muy joven, cuando no parecía que tuviera necesidad de ella, se me hubiera ocurrido la idea de construirme un sepulcro. Entonces me había parecido casi un juego. Pero no volví a pensar en el asunto en cuanto tuve una familia: unos hijos y un esposo.

Al final, Antonio descansaría en Alejandría. El deseo que manifestaba en su testamento, lo que tanto revuelo había causado en Roma, se cumpliría precisamente por la indignación que había despertado. Bien pues, tendría que ser digna del sacrificio que él había hecho para alcanzarlo.

Todos aquellos horribles pensamientos me mantenían en vela noche tras noche. Durante el día, estaba tan agotada que la cabeza me daba vueltas y yo pensaba: «Esta noche dormiré como un tronco», pero no era así.

Los días pertenecían a mis deberes como reina y las noches a mis pérdidas como mujer. La verdad más dura para mí era el hecho de saber que ahora mi destino y el de Antonio se habían separado. Él había llegado al término del suyo mientras que yo aún tenía que recorrer el mío.

Antonio había sido llamado a una alta responsabilidad —la de convertirse en el sucesor de César y gobernar Roma—, había tratado de alcanzarla con todas sus fuerzas y había fracasado. Tenía razón. Todo había terminado. Por mi parte, yo había sido llamada a preservar y proteger Egipto y me había esforzado al máximo por cumplir mi misión. No era muy probable que lo consiguiera, pero todavía me quedaba alguna posibilidad. Y eso era lo único que yo pedía: una mínima posibilidad.

Ahora casi todo dependía de Octavio. ¿Qué haría? ¿Me perseguiría hasta las puertas de Egipto? ¿O daría media vuelta como un perro que se hubiera cansado de acosar una presa? Tenía muchos asuntos pendientes en Roma. ¿Qué haría con Egipto en caso de que se apoderara de él? Un sabio romano había comentado en una ocasión que Egipto sería «una pérdida si se destruyera, un problema si se tuviera que gobernar y un peligro si se anexionara». Tales consideraciones habían hecho dudar a Roma. Puede que ahora se repitiera la situación.

Si apareciera Octavio y Antonio hubiera muerto, ¿me obedecerían las legiones romanas estacionadas en mi territorio? ¿O se rendirían inmediatamente a Octavio? Yo podía contar con mi flota y con mis soldados egipcios, pero probablemente con nadie más. Una guarnición defendía el acceso oriental de Pelusio de la misma manera que Peretonio defendía el occidental. Sin embargo los enemigos aparecerían por tres lados, por el mar y por los dos accesos de tierra. Y todo convergería en mí en Alejandría. Tendría que enfrentarme sola con ellos. Ya no me acompañarían César ni Antonio. Mis protectores, antaño tan

poderosos gracias a la fuerza de Roma, habían caído y me habían dejado en el campo de batalla casi tan sola como estaba al principio, veinte años atrás. Más tarde había tenido que enfrentarme con Potino y el Consejo de Regencia. Ahora tenía delante todo el ejército de Roma con sus... ¿cuántas legiones? Unas treinta y cinco aproximadamente, contando las de Antonio.

Estuve casi a punto de echarme a reír al imaginarme las treinta y cinco legiones, con sus ciento cincuenta mil hombres armados con espadas y jabalinas, en pie de guerra para enfrentarse a una mujer. Hubiera sido todo un cumplido. Confiaba en que no sufrieran una decepción cuando vieran personalmente a su presa. Aunque me pusiera de puntillas, yo no era muy alta.

¿Y entonces qué harían? ¿Llevarme a Roma para hacerme desfilar en el Triunfo de Octavio, tal como había hecho Arsinoe en el de César? ¿Caminar aherrojada con cadenas de plata detrás del carro del vencedor, recibir los escupitajos de la gente, ser conducida al sótano de una prisión, estrangulada y arrojada a una cloaca? No, jamás lo permitiría. Estaba en mi mano impedirlo. Y tenía que hacerlo no sólo por mi orgullo de reina, sino también por respeto a César. El amor que él había elegido y la madre de su hijo no podía correr semejante destino. No era un final apropiado para la esposa de un dios. Entre la muchedumbre habría muchos que me recordarían caminando a su lado y compartiendo su gloria.

«No, Roma, jamás te volveré a ver con estos ojos», me juré.

Transcurrieron varias semanas sin que se recibiera la menor noticia. Mardo me mantenía debidamente informada de todos los chismes que circulaban y de todos los murmullos que llevaba el viento. Me dolía la cabeza cuando me sentaba con él en mis aposentos junto a mi mesa de trabajo, estudiando informes sobre nuestras cosechas, el cobro de los tributos, el progreso en la construcción de los barcos... hasta que un día recibimos una noticia.

— Octavio se encuentra en Atenas —dijo Mardo, leyendo la carta—. Toda Grecia se ha rendido a sus pies menos Corinto —soltó una carcajada—. Lo han iniciado en los misterios de Eleusis.

Yo también me reí al pensarlo. No podía imaginarme a Octavio creyendo en semejantes cosas; eran cosas demasiado sobrenaturales o emocionales para las personas como él. Pero suponía que lo debía de haber hecho para parecer más griego.

— Ha licenciado a gran número de soldados y los ha enviado a Italia — siguió leyendo Mardo.

O sea, que ahora sólo debía de haber unos setenta y cinco mil para perseguirme. ¡Menudo consuelo!

— El problema es cómo piensa pagarles —dijo Mardo en tono meditabundo.

— Apoderándose de Egipto —respondí.

De repente comprendí que así sería. Si consiguiera adueñarse de mi

tesoro, los problemas del gobierno y de la anexión de Egipto carecerían de importancia. Había financiado toda su carrera con promesas; ahora tendría que pagar. Y todo lo sacaría de mí.

¡Yo tendría que pagar mi propia derrota!

¡No, jamás lo permitiría! ¡Antes prefería destruir mi tesoro!

Con cuánta rapidez se estaban resolviendo las cosas, pensé. Las alternativas eran cada vez más escasas.

Diez días más tarde Mardo me leyó otro despacho. Ahora Octavio se había trasladado a Samos, donde establecería sus cuarteles de invierno.

— Eso significa que piensa atacarnos en primavera —deduje—. A no ser que decida hacerlo antes.

¡Qué poco tiempo! ¡Qué poco tiempo nos quedaba!

— Mmm... —Mardo parecía afligido y no hacía más que jugar con el broche de su capa—. Mmmm...

— ¡Si te duele demasiado leerlo, dámelo! —le dije.

— Muy bien pues.

Me la entregó.

Octavio había estado recibiendo a los reyes clientes y reorganizando los nombramientos. Los que le habían convencido de la sinceridad de su cambio de bando habían sido ratificados en sus puestos. Amintas de Galacia había sido confirmado en su trono, al igual que Polemón del Ponto, Arquelao de Capadocia, Maleo de Nabatea y Quinto Didio, el gobernador de Siria. No se lo reprochaba, Antonio había desaparecido. ¿Acaso tenían alternativa?

Lo decisivo no había sido la batalla naval de Accio, sino la rendición del ejército de tierra, pues con ello Antonio se había visto privado de su condición de cabeza de un bando romano.

Después leí lo de Armenia. A pesar de que yo me había encargado de ejecutar a Artabaces, su hijo Artajes se había apoderado del trono inmediatamente después de Accio y había mandado ejecutar alegremente a todos los romanos de la zona. Armenia ya no era una provincia romana. El regalo que Antonio le había hecho a Roma, el trofeo de sus guerras, le había sido arrebatado.

— ¿Es que no va a tener ningún monumento perdurable? —exclamé.

¿Sólo el monumento de mi mausoleo? ¿Para un hombre que había sido dueño de medio mundo, que había distribuido reinos y principados como un ama de casa distribuye los muebles de su hogar? ¿Nada de lo que él había creado perduraría? Me parecía el mayor de los castigos, pues rebasaría los límites de la vida.

— Es el destino de todos los vencidos —dijo lentamente Mardo—. Los vencedores se adueñan de todo lo que quieren y destruyen lo que rechazan. — Lanzó un suspiro—. Tú ya sabes que en nuestro país un faraón solía borrar el

nombre de su antecesor. Algunos nombres han desaparecido por completo, hasta el extremo de que ni siquiera sabemos que existieron.

Muy cierto, ¡pero que eso nos tuviera que ocurrir a nosotros!

«

Es el destino de los vencidos, los nombres se borran, nada existe, nada perdura.» Tenía que haber alguna manera de frustrar los planes de Octavio y de arrebatarse su victoria definitiva sobre nuestros recuerdos y nuestra existencia. Ya había visto de qué forma había creado su propia versión de los acontecimientos para glorificarse a sí mismo y ensuciar nuestra fama, señalando que los soldados habían seguido combatiendo con valentía hasta que Canidio los había abandonado. Y ahora estaba divulgando otra patraña: que yo había huido cobardemente de Accio y que, ciego de amor, Antonio me había seguido.

Cuando todo terminara, Octavio se inventaría su propia versión de la contienda y la nuestra caería en el olvido.

Fue entonces, en aquellos tristes días de finales de otoño, cuando la costa era azotada por los temporales y Alejandría se quedaba aislada, cuando empecé esta crónica de mí misma y de mis propósitos. Estaba firmemente decidida a escribirla para que quedara constancia de lo que efectivamente ocurrió y poder refutar las mentiras posteriores. ¡Pero no sería tan estúpida como para depositarla en un lugar público, tal como había hecho Antonio con su testamento! ¿Qué más fácil que apoderarse de unos archivos oficiales y registrarlos? No, esta crónica, esta declaración, esta confesión debía guardarse en un lugar muy seguro, donde Octavio no la encontrara. La enviaría a File para que se guardara en el santuario de Isis. Estaría fuera del alcance de Roma, a la espera del día en que hubiera oídos para escucharla y creer nuestra versión.

A su debido tiempo habría oídos que la escucharan. Isis sabría en qué momento revelarla.

Así pues, tomé a mi escriba de confianza y le referí la historia que habéis leído y que empieza con «A Isis, mi madre, mi refugio...» y llega finalmente hasta... aquí.

Descubrí que ocupaba mis días de una manera muy extraña, haciéndome revivir mi propio pasado mientras iba ensartando los acontecimientos como las cuentas de un collar, en la esperanza de que formaran un mosaico comprensible visto desde lejos. Puede que la lejanía sea el tiempo, lo cual significaría que a mí no me es posible comprender el significado de mi propia vida a medida que la voy viviendo. He intentado ser sincera y describir exactamente lo que ocurrió. A fin de cuentas, no serán mis contemporáneos quienes lean la crónica, sino otras personas que quizá no tengan conocimiento de los hechos que la rodearon y que, por consiguiente, la recibirán con una mentalidad abierta.

No obstante tenía otras cosas que atender; no sólo el pasado, sino también el futuro. Y el futuro estaba con Cesarión.

Disfrutaba de las horas que pasaba con él, pues éstas nunca son suficientes cuando una tiene que encargarse de altos asuntos de Estado.

Demasiado a menudo me había separado de mi hijo.

Una tarde en que se había levantado un fuerte viento, la puerta que daba acceso a la terraza de la azotea se abrió de golpe. Cesarión se levantó para cerrarla y, mientras lo hacía, me vino inmediatamente a la mente la imagen de César haciendo exactamente lo mismo: el mismo gesto, la misma puerta, la misma inclinación del cuerpo. Fue el día en que hablamos por primera vez de nuestro hijo; ahora aquel hijo —ya un hombre— ocupaba el lugar de su padre. Cómo se funden los días cuando se ven a lo largo de los años; con cuánta rapidez surgimos y desaparecemos. Qué joven era yo entonces, no mucho mayor de lo que ahora era Cesarión. ¡Y en cambio qué adulta me sentía! Mi corazón lloraba por aquella ansiosa e ingenua muchacha que tan feliz era en su ignorancia. Sin embargo, aunque ahora tampoco era vieja, experimentaba la necesidad de hacer un resumen, adoptar disposiciones con respecto a mi muerte y a mi sucesor... y eso era algo que destruía la juventud, independientemente de los años que una tuviera.

— Qué tiempo tan desagradable —comentó Cesarión.

Para él, la puerta era sólo una puerta que se tenía que cerrar, no un símbolo.

— Así Octavio no podrá acercarse —dije. Había llegado la hora. Me levanté y me acerqué a él—. Debes saber que ha de llegar el momento en que venga. Y, cuando eso ocurra, tengo intención de cederle mi corona y mi cetro, tal como suelen hacer los Reyes clientes.

Me miró boquiabierto de asombro. Tiene que aprender a disimular mejor sus sentimientos pensó el juez que había en mí.

— ¡No!

— Le pediré que te confirme a ti en mi lugar. Es una antigua costumbre y es probable que él la acepte. Lo conozco. Quiere que se le preste el debido respeto, pero cabe la posibilidad de que prefiera abandonar el camino más fácil y deje a un Lágida en el trono. —Le miré directamente a los ojos—. Ahora necesito que me digas con toda sinceridad: ¿te sientes preparado para asumir esta responsabilidad? Tendrás diecisiete años, sólo un año más joven de lo que era yo cuando me convertí en reina.

Me miró con cierta turbación, frunció el ceño y se mordió el labio. Otra costumbre que debería desterrar.

— Pero... ¿dónde estarás tú? —me preguntó finalmente.

Qué sagacidad la suya al hacer esta pregunta. Y yo tenía que responder.

— Me temo que, mientras yo viva. Octavio se mostrará... intransigente.

— ¡No debes pensar tal cosa! ¡No, no lo permitiré!

Me miró horrorizado y entonces yo comprendí que mi muerte lo dejaría huérfano. Antonio tampoco estaría. Diecisiete años son muy pocos para estar solo, demasiado pocos para tener una familia propia que lo consolara.

— ¡Por favor, no me pongas las cosas más difíciles! —le grité.

— Yo no quiero el trono si primero tienes que ir a humillarte ante Octavio y después te tienes que matar. ¿De qué crees que estoy hecho?

— Tanto si quieres como si no, tienes que aceptarlo. De lo contrario, Egipto se habrá perdido y el linaje de César morirá. ¿Por qué he vivido la vida que he vivido? Por Egipto, por ti y por tu herencia. ¡No conviertas ahora todo eso en un sacrificio inútil! —No había contado con la posibilidad de que el objeto de todos mis esfuerzos se mostrara recalcitrante, aunque hubiera tenido que hacerlo. Las personas son imprevisibles. ¡Qué ironía si ahora Cesarión no lo quisiera o se negara a aceptarlo!—. Creo que estás hecho de un material muy resistente —añadí al final—. Creo que eres el hijo de César y Cleopatra.

— ¡Ojalá no lo fuera! —replicó—. ¡Me exige demasiado! Nunca estaré a la altura de tus ambiciones y tus sacrificios. En cuanto a mi padre, ¡preferiría ser el hijo de un hombre mortal! ¡Alguien capaz de cometer errores, perder una o dos batallas y usar una palabra inadecuada de vez en cuando!

— Alguien como Antonio —dije—. Pero tú lo has tenido por padre, el único padre que has conocido. Los dioses han sido benévolos.

— ¡Y ahora él también se ha ido! ¿Por qué todo el mundo me abandona? —gritó, rompiendo en sollozos—. ¡No me dejes! —me suplicó, estrechándome con tal fuerza que casi me dejó sin aliento.

Puede que sus lágrimas fueran de niño, pero la fuerza de sus brazos era de hombre.

Aquello era horrible, mucho peor de lo que yo hubiera imaginado. No se lo hubiera tenido que decir en aquellos momentos. No existe ningún asunto de Estado que justifique la decisión de una madre de quitarse la vida, y mucho menos a los ojos de un hijo. Si los acontecimientos me obligaran, sería distinto...

— Muy bien —conseguí decir—, no cometeré ningún acto violento, pero exigiré que abandones Egipto cuando llegue el momento y busques la seguridad en otro lugar mientras yo me enfrento a él. ¿Querrás hacerlo?

Finalmente, bajó los brazos y me soltó.

— ¿Abandonar Egipto? —preguntó.

— No podemos permanecer los dos aquí —contesté—. Estoy segura de que lo comprendes. Yo me enfrentaré con él, pero sólo si tengo la certeza de que no podrá hacerte daño. Además, antes de tu partida, proclamaré que has alcanzado la mayoría de edad y que los egipcios ya tienen un hombre capaz de gobernarlos. De esta manera, será más fácil que Octavio te reconozca. ¿Estás de acuerdo con eso?

— A cambio de tu vida, sí.

Volvió a abrazarme, todavía temblando.

— No te vayas —me repetía—. No me dejes.

Al final se avino a soltarme. Cuando me aparté, comprendí que había llegado otro momento, a pesar de que yo no lo había planeado. Deposité en sus manos la caja donde guardaba las cartas que César me había dirigido. Nadie más que yo las había leído. Pero Cesarión las necesitaba.

— Éstas son las cartas que me escribió tu padre —le dije—. Ningún otro ojo las ha visto jamás, pero tú debes leerlas, pues te incumben directamente. Tal vez pienses que cometió algunos errores. Incluso hay algunas palabras tachadas. A veces, no las sabía elegir bien.

— Eso es porque escribía en griego —dijo Cesarión con una leve sonrisa en los labios.

Entregar las cartas era como abrir la puerta de mi alma. Pero él las necesitaba más que yo.

— Te quiero, madre —me dijo—. Perdona que prefiera tenerte a ti que tu trono.

Me esforcé por reírme y tomármelo a broma.

— Eso quiere decir que no eres un verdadero oriental, pues somos célebres por matar a nuestros padres para conseguir sus coronas. —Sin embargo, me alegraba de que mis hijos no siguieran la tradición de la dinastía en este sentido—. Debe de ser la influencia de tu sangre romana.

La siguiente fase de mi plan también fracasó. Quería que Olimpo me recomendara y proporcionara el mejor veneno para mí. El también se horrorizó. Habíamos estado hablando de otros asuntos y él había insistido en que comiera pepinos, lechuga y melones para contrarrestar los efectos de las privaciones sufridas en Accio, donde no había podido tomar ningún alimento fresco.

— Se veía a simple vista que allí casi os moríais de hambre —me dijo, tendiéndose en uno de mis bancos con las manos cruzadas detrás de la nuca.

— ¿Por qué, porque me podía poner unas túnicas que antes me estaban demasiado estrechas? —pregunté—. Pues a mí me encantaba.

— ¡Qué presumidas son las mujeres! Por si te interesa saberlo, el hecho de morir de hambre no mejora el aspecto de las personas aunque puedan ponerse túnicas más estrechas. Tu piel había perdido el color, el cabello estaba apagado y tenías muy mala cara.

— Bueno, ahora ya me encuentro mejor —sonreía—. Aquí hay comida en abundancia.

Toda la que había permanecido retenida en Egipto y que jamás habíamos recibido.

— Mejor, pero no bien del todo —dijo—. Tienes que recuperar tu forma guerrera para poder seducir a Octavio cuando llegue.

— Muy gracioso.

— Bueno, vale la pena intentarlo. A estas horas ya debe de estar cansado

de Livia. Otro romano casado se acerca a tu órbita... —Puso los ojos en blanco—. Dicen que siente debilidad por la cerámica de Corinto. A lo mejor te podrías esconder en un jarrón y salir por sorpresa de su interior.

¿Qué hubiera hecho sin Olimpo?

— Ya sabes lo que dicen —contesté—. No repitas jamás el mismo truco. Eso se parece demasiado a lo de la alfombra. —Hice una pausa—. No, se me ocurre otra cosa mejor. Pero necesito tu ayuda. Quiero el mejor veneno que me puedas proporcionar.

La sonrisa desapareció de su rostro.

— ¿Lo quieres envenenar?

— No. A él no.

Jamás había visto a Olimpo pillado por sorpresa y con todas las emociones a flor de piel, como lo vi en esa ocasión.

— ¡No! —dijo—. No puedo creer que seas capaz de pedirme una cosa así.

Se puso en pie de un salto.

— Mi querido amigo... —dije, levantándome a mi vez.

— ¡No! ¡He dicho que no! —El horror y la cólera luchaban en su interior—. ¡No puedo!

— Si tú no puedes, ¿quién podrá? —le pregunté—. Temo que llegue el momento en que sea necesario, en cuyo caso me vería obligada a tomar... medidas desagradables, a no ser que tú me ayudes.

— No puedo utilizar mis conocimientos de esta manera —protestó—. Y, aunque pudiera, jamás te ayudaría a... Eres mi amiga, mi compañera de toda la vida, más querida para mí que... que...

— ¡Razón de más para que me ahorres sufrimientos! ¿O acaso quieres que me torturen? ¿Que me lleven a Roma y me maten allí? ¿O que me obliguen a usar cuchillos o espadas? ¡Vamos, compadécete de mi situación!

Ahora me sentía atrapada. Le había revelado mis intenciones sin haber obtenido ninguna ayuda.

— La Cleopatra que yo conozco no se escondería de sus enemigos sino que se enfrentaría con ellos.

— Pienso hacerlo —le aseguré, y era verdad—. Intentaré conseguir cuanto pueda por medio de la diplomacia, el encanto y el sacrificio. Pero si fracaso, tengo que saber que no podrán humillarme ni torturarme. Necesito saber que yo gobierno mi destino final.

— Eso es muy prematuro. Por ahora, todo está tranquilo. Esperemos a ver qué ocurre.

¿Cómo era posible que no lo comprendiera?

— Ya sabemos lo que va a ocurrir —dije—. Tenemos que prepararnos.

Me dirigió una penetrante mirada.

— Has dicho la diplomacia, el encanto y el sacrificio. ¿Qué te propones hacer?

— Halagaré a Octavio, le ofreceré mi corona y me limitaré a pedirle que le otorgue el trono a mi hijo. Eso es la diplomacia. Esconderé mis tesoros y amenazaré con destruirlos si no accede a mi petición. Ya los estoy reuniendo en un lugar donde pueda prenderles fuego. Eso es el sacrificio. Y después, cuando finalmente me entreviste con él, le recordaré el amor y el respeto que César me profesaba. No se atreverá a insultar a la «esposa» de su «padre». Eso es el encanto.

Ése era el plan que pensaba llevar a la práctica. No quería morir, pero estaba dispuesta a hacerlo. Ahí estaba la diferencia.

— ¿Y si, cuando te vea, reacciona ante tu encanto de otra manera y exige una demostración?

También lo había pensado. No era probable; los enemigos no suelen despertar el deseo. Sin embargo, los conquistadores tenían por costumbre apropiarse de las mujeres como parte de su victoria. Y el hecho de apoderarse de la mujer de Antonio podría ser el triunfo final sobre su enemigo, la mayor ofensa que le pudiera hacer.

La idea me parecía repugnante; no sabía si la podría resistir, ni siquiera por Egipto ni por Cesarión. El veneno sería mucho mejor. Pero eso quizá lo tuviera que dejar para después; en realidad, después me vería obligada a tomarlo.

— Primero me emborracharía —conteste—. Y creo que tú no tendrías ningún reparo en proporcionarme alguna sustancia que yo pudiera añadir al vino para ayudarme a borrar el recuerdo de lo ocurrido.

Supongo que ésa era la respuesta que él esperaba. Le demostraba que yo deseaba vivir. Que lo creyera... ¡y que me consiguiera el veneno!

— No te detienes ante nada —me dijo sin poder disimular su admiración.

— Estoy desesperada —le confíe—. ¡No me falles!

— No te salvé cuando nacieron los gemelos para asesinarte diez años después. —Sacudió la cabeza—. No pienso proporcionarte un veneno.

— ¡Pues entonces eres más cruel que Octavio! —Bueno, ya me las arreglaría sin él, ya se me ocurriría algún medio. No obstante, seguía necesitando de él otro tipo de garantía—. En tal caso, quiero que me prometas otra cosa.

— Primero tengo que saber de qué se trata.

Cruzó los brazos sobre el pecho.

— Quiero que saques de Alejandría una copia de la crónica de mi vida y que la pongas en la base de la gran estatua de Isis en su templo de File. ¿Me prometes hacerlo? Es lo único que te pido.

— ¿Y tú? ¿Dónde estarás? Aún no estaba convencido.

— Me habré ido a Roma porque tú me habrás obligado —contesté. Era inútil seguir discutiendo—. ¿Me prometes llevar los rollos allí?

Olimpo lanzó un suspiro.

— Sí. Qué remedio.

— No, me lo tienes que prometer. ¿Me das tu palabra?

— Sí.

— En tal caso, sé que me puedo fiar.

El año siguió implacablemente su curso y llegó a su estación más oscura. Sin embargo, fuera no estaba más oscuro que en el interior de mi mente, donde el odio, el temor y la inquietud agitaban mi corazón. Empecé a preparar en serio a Cesarión, mostrándole los archivos y los inventarios y procurando enseñarle el valioso arte de gobernar: cómo elegir a los administradores, cómo recompensar a los buenos servidores y descubrir a los que engañan. Me pasaba horas y horas con Alejandro y Selene, contándoles historias de Antonio para que no olvidaran a su padre. Les entregué las medallas y les conté en qué batallas se habían ganado. Incluía también a Antilo que era en cierto modo el más desvalido de todos ellos. Había llegado solo a Alejandría como un forastero para ocupar su lugar junto a unos hermanastros desconocidos. Era huérfano de madre y había sido arrancado de la casa de su madrastra. Me compadecía de él y mi dolor me hacía imaginarme a Cesarión en su misma situación. Sin padre, ni madre, ni padrastro... bueno, por lo menos Antilo conocía a Octavio, pensé. Lo más probable era que Octavio lo acogiera y lo tratara con benevolencia. Jugaba con mi hijo menor, que había cumplido cinco años, disfrutaba con su alegre risa, sus regordetas manos y su imposibilidad de hacerme preguntas cuya respuesta me hubiera resultado excesivamente dolorosa.

SÓLO quedaba un lugar donde podía encontrar alivio. Sólo en el templo de Isis construido en la parte oriental del promontorio del palacio, donde el aliento del mar resuena en la sala como el rumor que se oye en el interior de un frágil caparazón de molusco aplicado al oído, encontraba un poco de paz. Desde el pórtico contemplaba las fulgurantes aguas de un azul profundo, en las que la blanca espuma que adornaba sus olas semejava un ribete de encaje. El aullido del viento, repetido por las gaviotas, parecía llamarme. En el interior del templo, la estatua de Isis, tan blanca como el marfil recién tallado, me invitaba a acercarme a ella.

Allí, a los pies de la diosa, la única madre que jamás hubiera conocido, podía apoyar mi cabeza y apartar a un lado todos los fingimientos. Ella lo sabía y lo veía todo, y yo podía confiar en ella. Eran las cosas que ansiábamos encontrar en nuestros compañeros terrenales.

«¡Oh, Isis ¡Madre mía! Me siento una niña sola y perdida...»

Mucho tiempo atrás mi madre había desaparecido en las cautivadoras y engañosas aguas azules del puerto, encomendándome a la protección de Isis.

«¿Qué quieres que haga? —le pregunté—. Sólo tú me puedes guiar. ¿Resistiré? ¿Voy a morir muy pronto? ¿Qué será de mis hijos? ¿Adónde irán, qué harás con ellos?»

»Oh, Isis, tú que controlas el destino, tú que abres y cierras las puertas de nuestro viaje, dime de dónde vengo, adonde voy y por qué. Dímelo. Estoy dispuesta a escucharte.»

Tan suave como el susurro del mar y el murmullo de las olas que besaban la base del templo, oí la voz del destino: «Aún te falta un poco más, te queda todavía un pequeño trecho que recorrer, sopórtalo con valentía y pronto podrás descansar a mi lado.»

A su lado. Mi mausoleo se alzaba junto al templo de Isis y estaba unido a él mediante un pasadizo. Bien.

«Mientras los hombres acudan a adorarme, mientras las mujeres vengan a rendirme homenaje, haciéndome ofrendas de flores y lavándose con el agua sagrada, mientras ellos sigan viniendo, tus restos terrenales también serán honrados. Tú, mi verdadera hija, formarás parte de mí y de aquellos que me aman hasta el estallido del fin del mundo... el fin de nuestro mundo.»

¿Entonces todo ha terminado? Aunque parezca imposible, sólo las estatuas perduran para siempre. Hasta Alejandro yace tan inmóvil como el polvo bajo su dosel, y eso que era más joven que yo.

¡Pero sólo seis años menos! ¡Yo tengo treinta y nueve! Demasiado joven.

¡Todo ha transcurrido con demasiada rapidez como para terminar!

Octavio... Octavio también tiene seis años menos que yo, exactamente la misma edad que Alejandro; no, no exactamente, en septiembre cumplirá la edad de Alejandro. Y entonces...

«¿Será entonces? —le pregunté a Isis—. ¿Será entonces pero no antes?»

Y ella me contestó: «Sí. Entonces.»

Sin embargo yo quería cambiar el destino y pensaba hacerlo. ¿Estaba realmente escrito o se podía anular? Si los dioses admiraban o aplaudían nuestros esfuerzos, ¿no tendrían el poder de cambiar lo que ya estaba escrito? Se habían compadecido de Psique y su denodado esfuerzo le había ganado un lugar en el monte Olimpo, y un sorbo de ambrosía había bastado para convertirla en un ser inmortal. Y Hércules... sus fatigas lo habían convertido finalmente en un dios.

Sólo los que luchan son dignos de una tregua. Por consiguiente, yo no había averiguado nada, excepto aquello que sólo mi propia determinación podría cambiar. ¡Qué fácil es someterse y qué grande la recompensa para los que resisten! De este modo, los dioses, con su arbitrariedad y sus premios a nuestra audacia, nos animan a rebelarnos.

— Me dijeron que te encontraría aquí.

Apenas oía la voz, pues era muy baja y procedía del pórtico. Me volví y vi la negra silueta de alguien que permanecía de pie con un brazo apoyado en la columna, una forma oscura sobre el blanco mármol.

— ¿Quién viene a molestarme? —pregunté.

No quería que ningún ser humano hollara el sagrado recinto.

Apartó la mano de la columna y se acercó a mí, sólo una silueta que se movía deliberadamente despacio...

— ¿No me reconoces? —preguntó la voz de Antonio, enmarcada por un halo de tristeza y decepción.

¡Estaba vivo! ¡Estaba allí, rechazando la muerte! Corrí a arrojarle los brazos al cuello, cosa que no esperaba volver a hacer nunca más.

El barco de las velas negras, el sarcófago, el funeral en el que nadie pronunciaría oraciones fúnebres... todas las angustiosas imágenes contra las cuales había luchado ya no existían y se habían esfumado como fantasmas de la imaginación. Su aliento era cálido, su carne sólida al tacto: aquello no era un fantasma.

— ¡Gracias, gracias sean dadas a todos los dioses! —exclamé.

Él también había desafiado sus órdenes y ahora vivía y estaba allí. Había vuelto la espalda a la sentencia de Roma.

— Tenía que volver a verte —dijo—. No podía irme con la despedida que tuvimos.

Se inclinó para besarme y me estrechó con fuerza entre sus brazos. Mi alma cantó de emoción al percibir su contacto e intuir la recuperación de su espíritu.

— No puedo abrazarte con toda la fuerza que quisiera. —Por encima de nosotros, Isis nos miraba con rostro inexpresivo.

Regresaríamos a palacio y él vería a sus hijos. ¡Qué contentos estarían! No experimentarían la pérdida que yo sufrí aquel sofocante día en el puerto. Le hablaría de todos los preparativos, le contaría las noticias.

— Ahora ya puedo soportarlo —dijo, apartándose de mí—. Quería despedirme debidamente.

— No te entiendo.

No era posible que hubiera recorrido aquel largo camino sólo para... me volví a mirar a Isis. ¿Sería ésa su voluntad, una cruel burla?

— Viviré aquí, pero no contigo —me dijo—. No soy una buena compañía ni soy digno de vivir en palacio. Viviré solo en una casita del puerto, cuanto más sencilla, mejor, esperando la inevitable aparición del vencedor.

— Pero... —No me salían las palabras. Aquello no encajaba. No tenía sentido, no respondía a ninguna exigencia de honor—. ¡Seguramente te propones otra cosa! ¿Por qué has vuelto, pues?

— Ya te lo he dicho: para verte.

— Pero me harás sufrir mucho ¿Cómo voy a vivir sola en palacio, sabiendo que tú estás en la ciudad y te niegas a verme? ¿Y los niños? ¿Cómo les podrás explicar, cómo les podré explicar yo a Alejandro y Selene que su padre está aquí, pero no quiere verlos? ¡Tienen miedo y están trastornados! ¡Te necesitan!

¿Qué locura se había apoderado de él?

— Ya no soy Antonio —respondió—. Es mejor que no me vean. Que me recuerden tal como era. Que aprecien las medallas, los recuerdos de un gran soldado. Pero no a este hombre, no a este hombre.

Alargó los brazos y después los cruzó sobre el pecho resignado.

— ¡Eres su padre! —le recriminé severamente—. A los niños las medallas y los honores les importan mucho menos de lo que tú te imaginas. Sólo buscan la vida y la presencia de sus padres. —Mi madre, hundiéndose bajo las olas, abandonándome... pero no lo había hecho a propósito—. ¡Eres cruel! —Al ver que no reaccionaba, le grité—: ¡Los dioses te castigarán por tus actos! ¡La crueldad deliberada es imperdonable! ¡Lo de Accio no pudiste evitarlo, pero eso es obra tuya! ¡Y lo pagarás!

No quería regresar a palacio, quería volverle la espalda y volvérnosla a nosotros, dejando que sus aposentos permanecieran vacíos. No quería volver a comportarse jamás como padre y esposo.

— Antonio murió en Accio —dijo en un susurro.

— Entonces ¿a quién estoy viendo?

Me parecía muy real.

— Una sombra, una oscura aparición.

— Pues que venga a nosotros.

— No merece la pena.

— ¡Si este hombre tan pusilánime es lo que queda de Antonio, has dicho la verdad! —me indigné—. ¡Este no es Antonio, el hombre bueno y generoso por encima de todo! ¡Este se parece más a Octavio! ¿Acaso se ha apoderado de ti y te ha convertido en una desalmada versión de sí mismo?

— Deja que me vaya en paz —me contestó—. Recuérdame tal como era.

— Imposible. Lo último que vemos de una persona es lo que conservamos. ¡Oh, Antonio! —Alargué los brazos hacia él—. Vuelve a mí. Reunámonos de nuevo, exprime un último placer y una última victoria de nuestros días...

Pero dio media vuelta y empezó a bajar las gradas del templo con la capa volando a su espalda.

Apoyé la cabeza en la base del templo de Isis y me puse a llorar. Antonio había interrumpido mi coloquio con la diosa y había regresado del lugar de los muertos sólo para volver a marcharse.

«¿Qué haré? ¿Qué haré?», le pregunté con voz suplicante.

«Deja que se vaya —me contestó—. Ahora sólo estás tú. Tú y yo. No me alejaré ni dejaré de sostenerte en la necesidad. Entrégate a mí. Ya no necesitas a los mortales.»

Anocheecía cuando abandoné el templo. El rosado reflejo del rojizo resplandor del horizonte iluminaba las columnas y arrojaba oblicuos rayos sobre el suelo, bañando el rostro de Isis con tonalidades de ser viviente. La marea había bajado y ahora habían quedado al descubierto las negras rocas mordisqueadas por las olas.

Estaba tan agotada como si hubiera librado una encarnizada batalla.

Temía regresar a palacio y enfrentarme con las preguntas y las miradas, pero, a diferencia de Antonio, haría un esfuerzo y daría la cara.

Me dolían los brazos después de aquella breve efusión amorosa que había traído a mi memoria olvidados recuerdos. Tenía que volver a olvidar la sensación de sus labios sobre los míos, pero lo tendría que hacer con rabia y decepción. ¡Mejor mil veces la despedida de Paretonio! Lo odiaba por aquella sorpresa y aquellas emociones que había vuelto a despertar en mí y jamás le perdonaría el sufrimiento que causaría a sus hijos. ¡Hasta el estilo romano de quitarse la vida me hubiera inducido a sentir más respeto por él! En ese caso hubiera estado triste; tras sus actos, en cambio, estaba indignada y me sentía traicionada.

«¡Corazón mío, tenemos que olvidarle!», dije severamente mientras regresaba a palacio. ¿Cómo podría enfrentarme con Mardo y decirle...?

No hubiera tenido que preocuparme. Era Mardo quien había hablado con él y le había indicado dónde encontrarme. Me estaba esperando con ansia.

— ¿Te ha...?

— ¡Sí! —contesté mientras la rabia y la tristeza se debatían en mi interior como dos gladiadores.

— ¿Y adónde...?

— Se ha ido... ¡no sé adónde! Dice que quiere vivir solo, que no quiere estar en palacio. ¡Oh, Mardo!

Su abrazo me proporcionó cierto consuelo. Mi querido Mardo, mi fiel y siempre constante amigo.

— Es un hombre roto —dijo—. No le juzgues con excesiva severidad.

— Pero ¿y los niños? ¿Cómo puede...?

— Le da vergüenza enfrentarse a ellos. —Mardo me acompañó a su más recóndito aposento—. Ha sufrido otro golpe.

— ¿Cómo?

— ¿No te lo ha contado?

— No. No ha dicho nada, sólo una breve despedida.

— Ya. —Mardo me indicó por señas que me sentara en uno de sus mullidos bancos.

Cuando me hundí entre los almohadones, experimenté una profunda sensación de alivio, pues llevaba varias horas de pie.

— ¿Qué le ha ocurrido? —pregunté.

Me importaba saberlo. Quería protegerle contra cualquier otro golpe.

Mardo tomó una jarra de vino y, sin preguntarme nada, escanció para los dos una dulce bebida de miel y zumo de uva recién exprimido. Me ofreció una copa que yo acepté gustosamente.

— Escarpo ha llegado hace unas horas —empezó—. Al parecer, Galo y sus hombres han llegado finalmente a la Cirenaica, donde los esperaban las antiguas legiones de Escarpo. Unieron sus fuerzas y Antonio decidió acudir al campamento y hacer un llamamiento personal a sus soldados. Permanecería delante de la puerta y les hablaría.

¡No! ¡Qué humillación tan grande! Sin embargo, el hecho de que hubiera decidido hacerlo significaba que no estaba totalmente vencido.

— Escarpo estaba con él y, a juzgar por lo que me ha dicho, fue algo terrible. Cada vez que Antonio levantaba la voz para hablar, y tú sabes que la tiene muy recia, Galo daba la orden de que sonaran las trompetas para acallarlo. La cosa duró varias horas. Al final, terminó el día y Antonio tuvo que retirarse sin haber conseguido que lo escucharan.

Una punzada de dolor me recorrió el cuerpo. «¡Ya basta, ya basta! —le supliqué a Isis—. ¡Que no le caigan más golpes encima!»

— Y entonces vino aquí —dije yo.

— Eso parece.

El último golpe lo debía de haber trastornado. Se había arrastrado avergonzado como un perro que busca un lugar tranquilo para tenderse a morir. ¡Oh, si lo hubiera sabido cuando estaba delante de mí!

— ¿Y no te ha dicho nada? —preguntó Mardo.

— No. —Seguramente pensó que no había nada que contar. ¡Oh, Antonio!
— No, nada en absoluto.

— ¿Pues qué hizo?

— Me miró, me besó y se despidió.

Me encogí de hombros.

— Musitó una sarta de tonterías sobre su deseo de vivir solo y esperar la llegada de Octavio.

Ahora yo también me sentía cansada y derrotada y buscaba un lugar tranquilo donde tenderme. No quería regresar a mis aposentos, donde entrarían los niños y donde estarían Iras y Carmiana. Comprendí, aunque sólo fugazmente, los sentimientos de Antonio.

— Mardo, ¿puedo ser tu huésped esta noche?

No tuve que explicarle el porqué.

— Me sentiría muy honrado —contestó—. Ya estaba preparado desde hace tiempo.

Mientras permanecía tendida en la cama con la cabeza hundida en las almohadas de plumas, sacrificio de unos jóvenes cisnes, mi contemplación de la estancia se tiñó con el tenue azul de los cortinajes de seda que rodeaban el lecho. Qué segura me sentía allí, qué protegida por las capas de lujo. Tal vez servían para eso, para proteger a Mardo del mundo exterior. A lo mejor, para eso sirve el dinero en último extremo: para protegernos contra el mundo y suavizar sus inclemencias.

Tener un amigo como Mardo en un momento como aquél era un bálsamo curativo. Yo, al igual que Antonio, necesitaba un refugio para recuperarme, pero no me quedaría mucho tiempo allí. Sólo aquella noche, sólo aquella noche... Mi querido Mardo. Nunca me fallaba.

Las sombras que arrojaban las lámparas de aceite suspendidas del techo creaban en las paredes unos dibujos en los que era fácil identificar personas, perfiles e historias. Las sombras, las sombras del Hades. ¿Estaban vivas? ¿Qué recordaban, qué sentían? Muy pronto lo sabría. Ser una sombra en la pared como las que estaba viendo en aquel momento era mejor que no ser nada. No quería apagarme, no quería morir. Pensarlo con tanto tiempo de adelanto agravaba la

situación, pero ser abatido de golpe tampoco era bueno. Pensamos porque somos seres humanos y cubrimos nuestras muertes con pensamientos como las flores cubren una tumba. Ser privado de esta oportunidad es morir como una bestia. No obstante, las bestias no envenenan sus últimas horas con pensamientos morbosos, por consiguiente, ¿qué es preferible?

El sueño me estaba envolviendo. Sentía cómo se difuminaban mis pensamientos; aquel largo día estaba tocando a su fin. Antonio. Mis hijos. Quedaban todavía muchas cosas pendientes. Pero sería mañana. Mañana...

En plena noche se levantó un fuerte viento que penetró a través de las ventanas cerradas e incluso se filtró por las esquinas y el calor de la cama. Una tormenta invernal, una de las últimas, pues el invierno ya estaba tocando a su fin. Al oír el rumor de las agitadas olas del exterior, me sentí de nuevo en Accio, prisionera del agua. Me incorporé, descorrí las cortinas y dejé que el frío me acariciara la piel.

El agua. El agua. Aquel rumor, el mismo e inimitable chapoteo que me había rodeado en todos los momentos trascendentales de mi vida. El puerto de Alejandría, el paseo en barca rumbo al oeste para reunirme con César, las travesías a Tarso y Antioquía y finalmente Accio... todos los momentos decisivos habían estado relacionados en cierto modo con el agua y los barcos. ¿Cuántos barcos esperaban todavía para decidir mi futuro? Estaba el barco en el que planeaba enviar a Cesarión a la India, la última batalla contra Octavio en el puerto, la embarcación fluvial que transportaría mi crónica al sur hasta File y Meroe, y quizás un barco para huir con Antonio hacia la seguridad. Más barcos. Más agua. Pero había un barco al que yo jamás subiría: el barco que tuviera que llevarme prisionera a Roma. No, antes que abordar aquel barco, prefería subir a la barca de Caronte y cruzar el río Estigia. Mi destino era el agua. La muerte en el agua. Qué extraño que el destino de la reina de Egipto, un país desértico, se hubiera decidido una y otra vez en el agua.

Les dije a los niños que Antonio estaba en Alejandría, pero que no se encontraba bien, lo cual era cierto. Me habían dicho dónde estaba, en una casita del lado occidental del puerto, y yo sabía que desde sus ventanas veía las luces de palacio y el puerto real con las doradas embarcaciones ancladas. Al parecer, se pasaba el día yendo de un lado para otro sin hacer nada, apenas comía y permanecía largas horas asomado a la ventana, contemplando el mar, siempre con la espada a punto. Yo me despertaba cada día preguntándome si un criado de rostro afligido se presentaría en palacio, diciendo: «Traigo una mala noticia.»

Su sarcófago ya estaba preparado en el mausoleo; era de granito rosa de Asuán y hacía juego con el mío. El hecho de que estuviera allí no tenía nada de particular, pues el mío llevaba años esperando. Más llamativo que eso era el montón cada vez más alto de los tesoros almacenados en la cámara más grande del mausoleo de mármol y pórfido. Una parte muy considerable de la sala había sido cubierta de pez y alfombrada de yesca, y encima se elevaba una pirámide de canela, perlas, lapislázuli y esmeraldas sobre una base de colmillos de elefante, lingotes de oro y barras de madera de ébano. Yo lo había supervisado todo

cuidadosamente y había dispuesto que los tesoros estuvieran apretujados en el menor espacio posible para que, una vez encendida la pez ardieran, estallaran y se fundieran. Así Octavio no podría apoderarse de una cantidad de dinero equivalente a toda la paga que les debía a sus soldados. Lo utilizaría para regatear y asegurarle el trono a Cesarión y, si eso no daba resultado, para darme el gusto de ver cómo las ávidas manos de Octavio se quedaban sin él. No era más que una parte de mi tesoro, pero suficiente para que Octavio lo tuviera en cuenta. Sólo un loco hubiera sido incapaz de impedir su destrucción. Y Octavio no estaba loco, sino que era un hábil negociante.

Para obtener concesiones hay que tener algo con qué negociar. Siempre me sorprendía de que muchas personas —por lo demás inteligentes— no comprendieran algo tan sencillo. Confiaban en los sentimientos, la compasión o la honradez cuando sólo el dinero o la fuerza tienen importancia. Bueno, la fuerza la habíamos perdido en Accio, pero seguíamos conservando el dinero.

— ¡Estas perlas un poco más apretadas! —les ordené a los obreros que estaban introduciendo unas perlas en unos sacos con incrustaciones de piedras preciosas y amontonando los sacos en la pirámide, una pequeña reproducción de las que había en el desierto—. ¡Tiene que haber la mayor cantidad posible!

Eran casi todas mis existencias de perlas, las más valiosas del mar Rojo, las pequeñas de Britania, las gigantescas y extrañamente hinchadas de los mares de más allá de la India. Eran vulnerables al calor y estallarían durante un incendio, llenando la estancia de iridiscentes fragmentos. En otra ocasión había utilizado mis perlas en una empresa desesperada en favor de Egipto —sonreí al recordar mi apuesta con Antonio— y ahora me volverían a ser útiles.

— ¡Muy bien! —dije, frotándome las manos en gesto de aprobación. El previsto despilfarro encerraba cierta fascinación. Era algo sublime—. ¿Y las esmeraldas?

Me mostraron unos sacos colocados en la parte inferior.

— ¡Necesitamos muchas más! —dije. ¿Eso era todo?—. Quizá tendréis que añadir algunas turquesas para ocupar todo el espacio.

Sí, ¿por qué no? Azul y verde juntos. ¿Estamos imitando a la naturaleza? Me reí y sentí que la cabeza me daba vueltas.

¿Era justo lo que estaba haciendo? ¿Estaba tan desquiciada como Antonio en medio de mi desgracia y de todas las cosas que estaban en juego? ¿Por qué me deleitaba tanto en aquella locura? Era algo más que un deseo de fastidiar a Octavio. Era el placer de la destrucción, el sacrificio, las extravagantes ofrendas a los dioses que nos habían condenado. Era una intoxicante y embriagadora mezcla.

— Sí, añadid unas turquesas —ordené—. Y, si eso no basta, poned también un poco de lapislázuli. —El lapislázuli, con sus preciosas y relucientes vetas doradas... ¡jamás adornaría la cabeza del Primer Ciudadano, el *Princeps* Octavio, incrustado en una corona republicana!—. ¡Echad un poco de lapislázuli! —repetí, soltando una carcajada destemplada.

Los hombres se inclinaron para dejar en el suelo las valiosas cargas que, formando una especie de solemne procesión de hormigas, iban sacando del palacio para preparar el gran nido del tesoro.

Octavio, que había sido llamado a Roma para resolver un conflicto, había regresado a Samos a la primera oportunidad. Mardo me entregó el despacho.

— No decepciona —dije.

Mardo asintió con la cabeza.

— Jamás.

— Me temo que a partir de este momento sus movimientos serán bastante previsibles. —Avanzaría muy despacio (*festina lente*, apresúrate lentamente) a través de Siria y Judea hasta llegar a las puertas orientales de Egipto—. Ahora somos nosotros los que tenemos que ser imprevisibles.

Que no sueñe con una fácil victoria o con que no haya sorpresas. Teníamos nuestra flota egipcia, las cuatro legiones romanas y el tesoro amontonado en el mausoleo. Y estaba Cesarión, casi un hombre adulto. De repente me di cuenta de que Cesarión tenía prácticamente la misma edad que Octavio la última vez que yo lo había visto. ¿Recordaría cómo era él a los diecisiete años? Octavio jamás se olvidaba de nada.

— Más reyes clientes se han reunido para besarle la mano —añadió Mardo.

— ¡Pensaba que ya no quedaba ninguno! —dije, procurando reprimir la amargura de mi voz—. ¿Quién más puede haber?

— Sí, tienes razón, casi todos los reyes se han inclinado ante él. Ahora son sobre todo pequeños territorios o ciudades como Tarso...

¡Tarso no! El lugar donde yo me había presentado ante Antonio, donde por primera vez nos habíamos amado, pisoteado por el tacón de Octavio, mancillado. Me dolió tanto como si me hubieran asestado un puñetazo en el estómago.

— Supongo que Antioquía también.

Profanaría ambos lugares.

— Todavía no —contestó Mardo.

— Pues entonces todavía me queda algún tiempo para recordar cómo era —dije—. ¿No hay nadie que nos siga siendo leal? —pregunté sin poder evitar aquel grito de desesperación.

— Pues sí —contestó Mardo—, y de un lugar inesperado: una escuela de gladiadores de Cicico en Bitinia que Antonio había mandado adiestrar con vistas a los juegos en honor de su victoria. Han desafiado al gobernador de allí y se dirigen a Egipto para combatir con nosotros.

O sea que todavía quedaba alguien. Me sorprendía. Y también me reconfortaba.

A continuación. Octavio se fue a Rodas, donde Herodes se presentó ante él

y le entregó sus símbolos reales. Herodes, que siempre había sabido hablar muy bien, dijo que se había mantenido fiel a Antonio y que, si Octavio aceptaba su juramento, le sería igualmente fiel a él. Octavio aceptó, probablemente porque no tenía a nadie más a quien colocar en su lugar, pues Herodes había tenido la precaución de ejecutar a su único y posible rival. Herodes iba acompañado de Alejas de Laodicea, quien se presentó meneando el rabo, ansioso de besar la mano de Octavio. Alejas, un antiguo amigo de Antonio, había sido enviado por éste a Herodes para pedirle que se mantuviera leal. En lugar de eso, ambos se habían pasado al bando de Octavio. Me alegré de saber que Octavio había ejecutado a Alejas en la creencia de que éste había instado a Antonio a divorciarse de Octavia, lo cual, a su juicio, era algo imperdonable.

Eso significaba —como si yo no lo supiera— que Octavio concentraría todo su ácido odio contra mí, pues, si el espectador Alejas había sido ejecutado por su intervención en el divorcio de Antonio, ¿qué sería de la mujer que lo había provocado?

— Ponedlos aquí —dije, señalando la caja de madera de sándalo cubierta con pan de oro y forrada con diez capas de finísima seda multicolor: un arco iris en una caja. La capa exterior era de color azul medianoche, la siguiente era morada y así sucesivamente en tonos cada vez más claros hasta llegar a la última capa de un reluciente color blanco. Un digno estuche para la diadema y el cetro de oro reales.

Carmiana e Iras, llevando cada una de ellas en sus delicadas manos uno de los dos objetos, los depositaron sobre la seda y los contemplaron con expresión apenada. Recordaban que yo los había llevado durante la ceremonia de las donaciones.

Tenía otros, naturalmente, pero aquéllos figuraban entre los más bellos. E irían a parar a las manos de Octavio.

¿Sentiría la tentación de probárselos? A última hora de la noche, ¿dejaría el estuche con indiferencia en su cámara y, cuando nadie lo mirara, sacaría la diadema y se la colocaría sobre la despejada frente? Al principio, notaría el oro muy frío, pero enseguida se sorprendería de la rapidez con la cual se calentaba en contacto directo con la piel. Uno se acostumbra fácilmente a estas cosas. Muy fácilmente, aunque sea un republicano convencido.

Qué ironía y qué broma de los dioses si al final Octavio acabara recorriendo el mismo camino que Antonio. La mejor manera de conquistar a un enemigo no consiste en aplastarlo, sino en corromperlo.

— Demasiado tarde para nosotros —dije acariciando la diadema.

Aunque Octavio se convirtiera en una copia de Antonio y comprendiera lo que había sucedido en Oriente y cómo había ocurrido, no nos serviría de nada.

— ¿Mi señora? —dijo Carmiana.

— Nada. Me estaba despidiendo de ellos. —Volví a acariciar los objetos—. Trataba de imaginar lo que experimentaría una persona que recibiera semejante

regalo. —Confiaba en que ejercieran en Octavio el esperado aunque improbable efecto. Su fulgor parecía un guiño de complicidad.

Cubrí a regañadientes su belleza con la seda. Bajé la tapa y cerré el estuche con la cerradura de oro y esmeraldas adornada con un nudo de Hércules realizado por mi orfebre.

— Un nudo que él tendrá que deshacer —comenté.

Pensé que su arrogancia lo induciría a compararlo con el nudo gordiano que Alejandro había cortado para apropiarse de sus reinos orientales.

Pero, a lo mejor, atribuía demasiada importancia a Octavio. La imaginación no era su principal rasgo.

El estuche iba acompañado de una carta oficial en la que yo depositaba el trono y sus símbolos en sus manos para que él tuviera a bien cedérselos a mi hijo como rey de Egipto, «un título que tú ya le has otorgado», le recordaba. Añadía que yo pertenecía a una larga y noble estirpe de reyes emparentados con el mismísimo Alejandro, que conocíamos Egipto y lo habíamos gobernado bien, y que él jamás podría encontrar a unos gobernantes más capacitados que nosotros para proseguir aquella labor. Empeñaba la lealtad de mi hijo y señalaba que él no había participado en los combates de Accio.

«Aunque me has declarado la guerra y me consideras tu enemiga, mi hijo se ha mantenido al margen de nuestras disputas y te servirá fielmente —le aseguraba—. Desde su más tierna infancia lo he estado preparando para las tareas de gobierno y no podrías encontrar a nadie mejor que él para ser —mi mano casi se rebelaba al escribirlo— el fiel servidor de tus deseos. —Tenía que ser. Tenía que decirlo—. Ten en cuenta su juventud y recuerda la tuya el día en que cayó César. De la misma manera que César supo ver en ti una promesa, estoy segura de que tú también la sabrás descubrir en este digno joven. No lo castigues por mis acciones, pues nada tiene que ver con ellas.»

Añadí otras consideraciones por el estilo sin disculparme en ningún momento, pero siempre subrayando que la responsable era sólo yo. Aborrecía a las personas que se negaban a asumir la responsabilidad de sus actos o alegaban haber sido obligadas a hacerlo. Sabía que Octavio también las aborrecía. Por eso no me disculpé. Me pareció que mi carta estaba situada en un punto intermedio entre el orgullo y la sumisión.

— Gracias, Carmiana e Iras —les dije—. Hacedme el favor de mandar llamar a Cesarión.

Quería que viera el tesoro y leyera la carta antes de enviarla. Tenía que saberlo todo.

No tuvo interés en abrir el estuche, pero leyó atentamente la carta. La volvió a enrollar y la guardó en su tubo de marfil.

— ¿Estás segura de que quieres hacerlo? —me preguntó—. Es algo completamente... impropio de ti.

— ¿Qué quieres decir?

— Eso de entregárselo todo con tanto afán de terminar de una vez.

— Es la única manera de evitar que todo termine de verdad —dije—. Si espero a que él me lo pida o si lo toma por su cuenta, jamás lo soltará.

Puso una cara muy seria y frunció el ceño, tal como tenía por costumbre.

— ¿Crees de veras que sus manos me otorgarán todo eso?

— Es posible —contesté—. Depende de la manera en que consiga su objetivo de conquistar Egipto. ¡Si le cuesta mucho, es posible que se ponga de mal humor! —Me eché a reír—. También cabe la posibilidad de que lo piense dos veces y opte por la prudencia de mantener a una dinastía nativa en el trono. En este momento hay muchas incógnitas. Sólo sé con certeza una cosa: tienes que prepararte para abandonar Egipto. —Al ver que abría la boca para protestar, intervine—: ¡Me lo prometiste! A cambio de que yo no...

Tuve que recordarle severamente nuestro pacto.

— Sí, sí —accedió—. Pero más adelante. Todavía no... Sacudí la cabeza.

— Tiene que ser muy pronto. Tendrás que viajar Nilo abajo hasta Coptos, una travesía de diez días. Después cruzarás el desierto hasta Berenice, en el mar rojo...

— ¿Cómo, en pleno verano? ¿Estás de broma?

— No, es necesario. Tienes que estar en Berenice a principios de julio para tomar un barco que te lleve a la India durante la estación de los monzones, el único período del año en que los barcos pueden navegar rumbo al este. Allí estarás a salvo y esperarás a que todo eso termine. Si Octavio te confirma en el trono, podrás regresar. Si no, tendré el consuelo de saber que has escapado de sus garras. Cualquier cosa que nos haga a los demás, ¡a ti no te afectará!

— ¿Crees de veras que podría respirar tranquilo, sabiendo que toda mi familia ha muerto y yo sobrevivo en un miserable exilio? —preguntó, mirándome ofendido.

— No vivirás en un «miserable exilio», sino que serás el hijo del gran Julio César y de la reina Cleopatra de Egipto. Dondequiera que vayas serás honrado. En estos momentos estoy en negociaciones con el rey Bharukaccha de la India para que te reciba. No será una mala vida. Recuerda que Octavio tiene dieciséis años más que tú y su salud siempre ha sido muy delicada. Un trozo de hueso que se le quede atascado en la garganta, una pequeña tos que se instaure en sus pulmones, un pequeño accidente a caballo puede cambiar el curso de los acontecimientos en un abrir y cerrar de ojos. No tiene hijos y es probable que los tenga: su matrimonio con Livia es tan estéril como una roca del Egeo. Vive y espera. —Le di una palmada en las mejillas—. Dicen que la India es una hermosa tierra llena de colores y perfumes. Yo siempre he querido conocerla.

Cruzó los brazos con expresión enfurruñada.

— No creo que preste demasiada atención a los colores y los perfumes —

se obstinó.

— Dicen que son algo extraordinario. ¡Si un muchacho de diecisiete años no responde a las sensaciones, significa que es una criatura muy desdichada! Te diré lo que he aprendido: los jóvenes tienen que tomarse las penas a la ligera y en eso cuentan con la colaboración de todos sus sentidos. —Le cogí la mano—. No nos olvides jamás a mí, a Antonio, a Alejandro, a Selene y a Filadelfo, y piensa que, cuando cantes, saborees una comida deliciosa o sientas que tu corazón se conmueve ante una exquisita obra de arte, nosotros estaremos viviendo contigo. Eso es lo único que te pido.

— No lo comprendo.

— Ya lo comprenderás. —Le acaricié su hermoso cabello tan suave como la seda—. Eso te lo prometo.

Después me volví bruscamente, fingí estar muy ocupada y tomé la carta.

— ¿Y bien? Tendrás que estar preparado. Será el mes que viene. —Ya estábamos en abril. No podía proseguir la conversación; Cesarión tenía que irse antes de que yo dejara traslucir hasta qué punto me costaba todo aquello—. Quizá convendría que tú mismo le escribieras una carta a Octavio. —Ahora deja que se vaya, me dije—. Puedes retirarte.

Se inclinó para darme un beso en la mejilla.

— Muy bien, madre.

Cuando oí que sus pisadas se perdían en la distancia, me incliné sobre el estuche y lloré; las lágrimas cayeron sobre los complicados adornos. Pero por suerte el oro era inmune a la sal y jamás se notaría.

El hecho de enviarle lejos de Egipto iba a ser lo más duro de todo, pues sabía que jamás volvería a verle y que yo incumpliría mi parte del pacto mientras que a él lo obligaría a cumplir su promesa. Pero era mi deber de reina y algún día él lo comprendería. En aquel momento, yo le había dicho la verdad.

El vasto puerto lucía sus colores más delicados: tenues azules, delicados verdes y una espuma tan blanca como la leche. No es de extrañar que pensemos que Venus nació de la espuma del mar, pues es tan etérea que parece increíble que podamos acercarnos y sumergir las manos en ella. Con los niños yo bajaba a menudo la gran escalinata de palacio que conducía al agua y los acompañaba a nuestro rincón especial, donde el agua era muy somera y ellos podían recoger anémonas y estrellas de mar.

Los delfines regresaban en primavera y se divertían saltando y mostrando sus lustrosos lomos.

En mi infancia solía pasarme largas horas allí, pero, como muchas otras cosas de aquella época —minúsculas pulseras de coral, historias ilustradas, cojines de juguete—, lo había arrinconado en mi mente y lo había olvidado. Sin embargo, como muchas de aquellas cosas, no merecía el olvido. Las horas que yo pasaba allí con mis hijos eran un alivio y un refugio, en el cual el tiempo

permanecía en suspenso y sólo se medía por la altura del sol en el cielo. Llevábamos unos sombreros de ala ancha para protegernos del sol y construíamos fuertes en miniatura con arena y caparazones de moluscos. La creación más ambiciosa de mis hijos era una reproducción del Faro; Alejandro quería que fuera tan alto como el original, pero se desmoronaba cada vez que alcanzaba el nivel de sus hombros.

— La proporción de agua y arena tiene que ser perfecta —sugirió Cesarión, que a menudo bajaba a inspeccionar los progresos pero nunca participaba; se consideraba por encima de aquellas menudencias—. Si hay demasiada, la arena no puede soportar el peso. Y, si no es suficiente, el sol seca la parte de abajo antes de que se termine la de arriba y todo se viene abajo.

El impaciente Alejandro propinó un golpe a la construcción y la derribó al suelo, exasperado.

— Si tanto sabes, ¿por qué no haces uno tú? —le preguntó a su hermano.

— No quiere mancharse la preciosa túnica —dijo Selene—. Ya es muy mayor para jugar con la arena —Ladeó la cabeza y miró a Cesarión con los ojos entornados—. ¿Verdad?

Los gemelos tenían ahora casi diez años y estaban a punto de dejar la primera infancia. Puede que por eso disfrutaran tanto de ella.

— No tiene tiempo —lo defendí yo—. Tiene que aprender muchas cosas.

Mi corazón sufría por él. Aparte las habituales lecciones con su preceptor Rodón, estaba aprendiendo todas las cosas que yo quería que se llevara grabadas en la mente y que, en circunstancias normales, hubiera aprendido a lo largo de varios años.

— Sí, es verdad —convino Cesarión—. Ahora mismo me espera Rodón. Me ha permitido salir a dar un paseo en pleno relato de las hazañas de Jerjes.

Dio media vuelta y volvió a subir la escalinata de palacio. Pobre niño. Pobre hombre.

Filadelfo estaba jugando con un trirreme varado, en cuya cubierta había colocado varios cangrejos. Seguía empeñado en que Alejandro y Selene subieran a bordo; a veces, éstos le seguían la corriente y se sentaban en el banco de los remeros tratando de bogar al unísono; por regla general, el barco se hundía a causa de la mala distribución del peso.

Yo me aferraba a aquellas valiosas horas de intimidad, sabiendo que estaban contadas.

Algunas mañanas bajaba a aquel lugar mucho antes del amanecer. Ahora tenía el sueño muy alterado y raras veces dormía toda la noche sin interrupción. El hecho de permanecer sentada en silencio en la escalinata, contemplando cómo la luz se iba extendiendo por el cielo y convertía la oscuridad del puerto en un suave resplandor nacarado era un bálsamo para mi alma. A veces evocaba los episodios de mi vida que deseaba incluir en mi crónica de aquel día.

Las gradas de mármol, resbaladizas a causa de la bruma matutina, se iban calentando bajo mi cuerpo mientras amanecía. Con los ojos clavados en el rojizo brillo de la cúspide del Faro y en el desierto y lejano horizonte, tenía que hacer un esfuerzo para pensar que estábamos amenazados. Todo estaba en calma y en orden, todo funcionaba con tanta suavidad como siempre y así seguiría... o eso me parecía a mí, por lo menos. Pero se tenían que hacer los preparativos pensando en que las cosas tal y como hasta entonces las habíamos conocido llegaban a su fin. En cuanto los primeros rayos del sol atravesaran la suave manta de nubes del este, me iría al templo de Isis y cumpliría el antiguo ritual del agua sagrada con el que iniciaba mi jornada. Después permanecería allí con ella hasta que comprendiera que ya era hora de tomar toda la serie de decisiones y a cumplir todos los deberes que me mantendrían ocupada a lo largo de la jornada hasta que iras corriera las cortinas de mi lecho por la noche para que pudiera descansar.

Estaba saboreando aquella hora privada cuando, de repente, vi una figura paseando por la arena en medio de la oscuridad. Puesto que el puerto oriental forma un amplio arco que se extiende desde el Faro hasta la punta más alejada del promontorio real, en la bajamar se puede recorrer toda la línea costera desde un extremo a otro. Pero, curiosamente, pocas personas lo hacían.

Miré con más detenimiento y me levanté, presa de un gran sobresalto. Era Antonio. ¡Vivo y lejos de su refugio! Llevaba mucho tiempo haciendo acopio de valor para recibir a un mensajero al medio día, cuando el sol caía sin piedad sobre nosotros, o al anochecer, cuando las cosas llegan a su término natural. Incluso había ensayado lo que iba a decir. Y el sepulcro ya estaba preparado.

Pero no esperaba aquella situación ni la había ensayado.

— Antonio.

Subió corriendo los peldaños y me estrechó con fuerza entre sus brazos.

— Mi queridísima esposa...

Pronunció atropelladamente las palabras junto a mi oído y me besó el rostro y el cuello como si no se atreviera a besarme los labios.

Estaba allí, vivo, entero y cálido. Pero experimenté una terrible sensación: en mi afán de ser fuerte, ya lo había enterrado y llorado en vida. Sus caricias no me parecían naturales y, sin embargo, sólo había dejado de existir en mi imaginación.

— ¡Antonio! —exclamé, apartándome de su abrazo—, estás... —Me rocé la parte del rostro donde su beso se había demorado sobre mi piel—. Estás... creía que...

Apartó los brazos y retrocedió...

— Claro. Perdóname. Pero no pensaba encontrarte aquí sentada como si me estuvieras esperando. Me he armado de valor. Quería escribirte y enviarte un mensajero, pero...

— Así está mejor —le interrumpí—. Me alegro de que nos hayamos

encontrado de esta manera. —La cabeza me daba vueltas—. Tienes que darme tiempo, explicarme... dijiste que jamás regresarías. Y yo temía...

— Sí, lo sé. Lo comprendo.

Se sentó en los peldaños, dejando los brazos colgando sobre las rodillas en aquella postura que yo conocía tan bien. Me senté cuidadosamente a su lado.

El corazón me martilleaba en el pecho. Me alegraba inmensamente de que siguiera con vida y estuviera sentado a mi lado, pero ahora todo me parecía confuso. Dondequiera que estuviera Antonio reinaba la confusión, sobre todo en mi corazón. Alargué trémulamente la mano y tomé la suya.

— ¿Te has recuperado? —le pregunté en voz baja.

— Sí. Necesitaba tiempo. Tiempo, silencio y soledad.

Comprendía lo que quería decir. Pero él no solía ser muy amigo del silencio y la soledad. Sin duda Accio le había cambiado mucho.

— Gracias sean dadas a los dioses. —Me incliné y le di un beso en la mejilla con cierta vacilación. Comprendí que él se había dado cuenta, pero no podía librarme de la cautela.

Apretó mi mano en la suya.

— ¿Puedo volver?

— Tus aposentos te están esperando. —No me pareció oportuno decirle que el sarcófago también lo esperaba—. Los niños te recibirán con inmensa alegría.

— ¿Y tú? ¿Tú me recibes?

— Qué extraña elección de palabras. Son demasiado suaves. Me he sentido desolada sin ti. —Una pausa—. Echaba de menos el espíritu de mi vida — dije al final.

Era algo que no se podía describir con palabras. Sin él, me faltaba la vitalidad.

Me incliné para darle un beso y me abandoné a la sensación.

— No tiene sentido morir antes de que a uno le llegue la hora —dijo—. Y eso es lo que yo he hecho. ¡Ahora lamento los meses perdidos!

— No podías evitarlo.

Cuando nos derriban, no tenemos más remedio que caer, pero si nos levantamos al cabo de un rato, podemos considerarnos afortunados.

— ¿Puedo entrar? —me preguntó humildemente—. Quisiera regresar antes de que empiece el ajeteo de palacio.

Me levanté y lo atraje hacia mí.

— Pues claro.

Juntos subimos la escalinata del palacio todavía dormido. Los pasillos estaban desiertos, las antorchas de las paredes chisporroteaban y las puertas permanecían cerradas. Antonio entró en sus aposentos y los contempló con cierto asombro.

— Me parecen tan distintos como un viejo amigo al que llevara tiempo sin ver —dijo. No había vuelto allí desde la derrota de Accio.

Descorrí las cortinas de la sala interior, dejando al descubierto los bancos, la mesa, el lecho donde me había pasado largas horas pensando en él... unas horas de las cuales jamás le hablaría.

— Creo que lo encontrarás todo en orden —le dije resueltamente, como si yo también llevara mucho tiempo sin ver aquellas estancias.

Paseó con asombro, tocando las distintas superficies. Al final, se volvió con los brazos extendidos.

— ¡Corazón mío!—me dijo.

Me arrojé en sus brazos y pensé que todos mis sufrimientos y mi resignación tendrían que desaparecer, pues ya no los necesitaba. Antonio había regresado y era el mismo de siempre.

— Mi amigo perdido —murmuré.

— ¿Por qué «amigo»? ¿Acaso no somos marido y mujer? —Sacudió la cabeza—. ¿O te has divorciado de mí?

Por el tono quejumbroso de su voz, comprendí que lo temía. Me dio un apasionado beso, como si quisiera convencerme de que me quedara con él.

Procuré tranquilizarlo.

— Yo no soy romana —le dije—. Yo no me divorcio por capricho o por un revés de la fortuna. Lo que ocurre es que temía ser una viuda, y no una esposa.

Lanzó un trémulo suspiro de alivio.

— Sigues siendo... seguimos siendo...

— Pero tienes que darme tiempo.

Mis palabras se ahogaron en una arremetida de apasionados besos. Era tal su vehemencia que yo apenas podía resistirla. Estaba claro que la apartada vida que había llevado en su refugio era contraria a su naturaleza.

— ¡Detente, Antonio, te lo ruego!

Pero lo que en realidad quería decirle y no podía era que temía que me tocara y que yo me abriera de nuevo a aquellos sentimientos. Había conseguido dominarlos y, si tenía que volver a reprimirlos, no lo resistiría.

Me soltó.

— Perdóname —dijo—. Me he olvidado de los buenos modales; el hecho de vivir solo conlleva estos defectos.

Hablaba en tono burlón, pero yo sabía que estaba dolido.

Antonio no podía esperar que yo me adaptara de inmediato a todos los cambios de su comportamiento: primero la retirada, después los dos regresos no anunciados, a continuación... ¿otra desaparición? Era demasiado doloroso.

Tenía que protegerme de alguna manera, por lo menos en aquel momento.

— No es cuestión de perdonarte —le dije al final. Tenía que elegir cuidadosamente las palabras para que no las malinterpretara—. No hay nada que perdonar. Sufrí mucho cuando te fuiste y temí que jamás regresaras. Sólo rezaba para que algún día volvieras a tus aposentos y te reunieras conmigo. Pero no sé por qué ahora me pareces más desconocido que en Tarso. Lo que hemos sufrido los dos en estos últimos meses nos separa. Tendremos que contarnos nuestras respectivas historias y averiguar lo que nos ha ocurrido.

— ¿No te alegras de que haya vuelto? —me preguntó, levantando la voz.

¿Pensaba volver a escaparse? ¡No lo permitiera Zeus!

— ¡Pues claro que sí! —le aseguré.

Comprendí que no sabía muy bien qué lugar le correspondía en el mundo. Pero no era posible que quisiera regresar sin más al mundo del que había huido. Era un mundo que había cambiado enormemente durante aquellos meses. Mientras él meditaba, Egipto y yo habíamos estado ocupados manteniendo tratos con Octavio y enfrentándonos a las consecuencias de Accio.

Sin embargo, ahora era un buen momento, un momento tranquilo para su regreso y para nuestro reencuentro.

— Claro que sí —repetí—. Deseo tu regreso más que nada en este mundo.

Y era cierto.

Mi madre me había sido arrebatada y jamás había vuelto. César también. Los muertos no suelen regresar a nosotros y, por consiguiente, me alegraba del regreso de Antonio. Pero él jamás debía enterarse de que yo lo había contado entre los perdidos sin remedio.

EL mar estaba en calma, con aquel verdeazulado especial tan típico de Alejandría y tan imposible de encontrar en las piedras preciosas; el turquesa era demasiado opaco, el aguamarina, demasiado pálido, el lapislázuli, demasiado espeso y obstinadamente oscuro. Pero la respuesta no vino del mar. Tal como correspondía al mensaje, la carta de Octavio llegó sigilosamente por tierra. La recibí a través de un mensajero normal: un grave insulto.

A la reina Cleopatra, intransigente enemiga de Roma:

Salve. He recibido tus muestras de sumisión y las agradezco. En cuanto a tus peticiones, no puedo contestar de momento. Son demasiados los obstáculos que se interponen entre nosotros. ¿Cómo puedo tomar en consideración la entrega de la corona siendo así que jamás has dado la menor muestra de buena voluntad? Tengo que asegurarme de que eres un ser pensante —extremo que siempre demostraste antes de tu alianza con el desventurado Marco Antonio— y eres fiel y digna de confianza. Por consiguiente, exijo una prueba razonable. ¿Qué podría ser? La cabeza del susodicho Antonio o su expulsión de tus dominios para entregarlo a nuestras manos. Es una fuerza agotada y un impedimento entre jefes de estado como nosotros.

Si lo haces, descubrirás que somos extremadamente razonables. Pero, primero, hazlo. De lo contrario, llegaremos a la conclusión de que no eres digna de confianza.

Imperator C. César

Leí una y otra vez la carta. Su audacia era estremecedora. O sea que tenía que sacrificar a Antonio... ¿y para qué? No lo especificaba. «Descubrirás que somos extremadamente razonables.» Eso no significaba nada. Octavio era lo bastante astuto como para no poner jamás por escrito nada que más adelante pudiera comprometerlo o acosarlo.

Observé que no me había devuelto el cetro y la corona. ¡Seguramente se pasaba el rato acariciándolos y arrullándolos! ¡Y aquel plural! Ya empezaba a comportarse como un rey.

La cabeza de Antonio. ¿Pensaba que colocaría a un criado detrás de los cortinajes listo para descargar el golpe en cuanto hubiéramos terminado de hacer el amor, acabando de este modo con la vida de Antonio cuando éste estuviera medio dormido? ¿Me creía capaz de darle un beso, acariciar su cabello, recibirle con gozo y planear su asesinato inmediatamente después?

«Oh, Octavio —pensé—, ¿te has creído todas las maldades que tú mismo te has inventado acerca de mí!» «La perversa Reina, esclava de su ambición. ¡Cleopatra! ¡Cleopatra la malvada!»

Cuando Antonio acudió a mis aposentos aquella noche, no pude evitar pensar: la cabeza. Cercenar aquella cabeza. ¡Qué propuesta tan terrible me había hecho Octavio, tratando aquella noble cabeza como si fuera un trozo de carne en un tenderete del mercado! ¿Toda la gloria se había reducido a semejante vulgaridad?

El final estaba a la vuelta de la esquina y lo único que podíamos hacer era recibirlo con honor. ¿Cómo se pueden abrir las puertas al enemigo con honor? No lo sabía. No se había escrito nada al respecto. Tendría que descubrirlo por mí misma.

Aquella amada cabeza más valiosa que todos los reinos; aquella cabeza que me había otorgado libertad y felicidad. Pensaba luchar hasta mi último aliento para conservarla. Octavio se equivocaba por completo en su suposición. Puede que también se equivocara en otras.

Rezará para que así fuera.

Los días iban transcurriendo plácidamente y sin sobresaltos. Ya no podía aplazarlo por más tiempo. Estábamos a finales de marzo. Cesarión tendría que irse. Nos habíamos enterado de que Octavio había trasladado sus legiones desde Asia a Siria. Había visitado Antioquía y había ocupado nuestro palacio, aquella reliquia azotada por las corrientes de aire donde habíamos disfrutado de tantas horas de gozo. Después se había desplazado al sur. Se encontraba a menos de quinientas millas de nuestra fortaleza de la frontera oriental mientras que Galo se hallaba a menos de doscientas millas de nuestra frontera occidental y ya se había apoderado de nuestra plaza fuerte de allí. No tardarían en rodearnos; aunque el desierto del sur permanecería abierto, Cesarión tenía que alcanzar Coptos a mediados de junio. Tenía que irse.

Pero ¡qué universo de dolor encerraban aquellas tres palabras! Tendría que dejarlo a merced del destino durante el resto de su vida. Sabía que, cuando zarpara, jamás lo volvería a ver. Lo acompañaría hasta el principal canal del Nilo y allí daría media vuelta para regresar. Zarpamos en una pequeña embarcación desde las gradas del puerto del lago y yo repetí el viaje que hiciera años atrás con Mardo, Olimpo y Nebamun, la vez que nos escapamos del palacio. Ahora mi hijo también huía.

Las cañas eran más altas que nunca y los barqueros tuvieron que hacer un gran esfuerzo para apartarlas. Las cañas agitadas nos inundaron de polen y obligaron a unas mariposas blancas a volar en círculo alrededor de nuestras cabezas. Inmediatamente nos adentramos en el canal que nos conduciría al Brazo Canópico del Nilo y, desde allí, al Nilo propiamente dicho. Casi aborrecí la suavidad de nuestra navegación. Me había encargado de que drenaran el canal y cortaran las malas hierbas y, por consiguiente, ahora la navegación era más rápida.

Al llegar al Brazo Canópico, izamos la vela para que recibiera el impulso de la brisa del norte y navegamos entre un paisaje de verdes campos, altas palmeras y mulos en sus norias.

— El Nilo empezará a crecer cerca de la primera catarata —le dije a Cesarión—. Pero tú tienes que llegar a Coptos antes de que se produzca la crecida propiamente dicha.

— Lo sé. —Ambos estábamos apoyados en la barandilla, contemplando el paisaje. En determinado momento, me cubrió la mano con la suya y me miró con una cautivadora sonrisa en los labios—. Lo he estudiado todo muy bien.

Otro viaje Nilo arriba con César, cuando aquel muchacho estaba todavía en mis entrañas. Sí, Cesarión estaba repitiendo un viaje que no recordaba.

— Pero tú sólo has hecho el viaje una o dos veces —le dije. Recordé la excursión que hicimos a Tentyra para mostrarle su retrato como faraón en los muros del templo—. Siempre es distinto cuando se vive un suceso después de haberlo estudiado en los libros.

Contemplé su firme y suave mandíbula y su cabeza ladeada en un ademán de confianza. Llevaba el colgante de la madre de César alrededor del cuello, el colgante que César me había dado cuando...

Tal vez lo peor del final de las cosas es el afán de recordar y volver a contar todo lo que ha ocurrido antes. Los recuerdos me estrangulaban tanto como la maraña de nenúfares que impedían el movimiento de los remos de las embarcaciones.

«Déjame estar aquí en esta cubierta con mi hijo, estar sólo aquí sólo con él y sólo ahora», recé.

Y me fue concedido de tal forma que todo lo demás desapareció como una envoltura hecha jirones, y aquellos días fueron sólo nuestros.

Cuando llegamos al Nilo propiamente dicho, una sólida barcaza nos esperaba en el embarcadero de Menfis. No estaba identificada como barcaza real, pues yo no quería que Cesarión fuera blanco de la atención de la gente. Pertenece a un mercader de cereales de absoluta confianza. A bordo se encontraban los soldados y los guías que debían acompañarlo a través de la calzada del desierto hasta llegar a Berenice y que formarían su guardia personal hasta que llegara a la India. Su preceptor Rodón lo acompañaría en el viaje con dos arcones llenos de libros.

Ya no podíamos aplazarlo por más tiempo. Teníamos que despedirnos.

— ¿No puedes acompañarnos hasta las pirámides? —me preguntó Cesarión, mirándome con expresión inquisitiva—. Podríamos hacer una excursión...

Y no veríamos nada, pensé, pues nuestros ojos estarían demasiado llenos de lágrimas.

— No, es mejor así. Volveremos juntos en días más felices —contesté,

contemplando su rostro como si aquella última vez me pudiera ofrecer algo distinto.

Se inclinó para besarme.

— Oh, madre —me dijo al oído.

— Que todos los dioses te acompañen —le susurré—. Y que tu padre te proteja.

¡Sí, que el dios proteja a su hijo! Lo estreché en mis brazos con toda la fuerza y durante todo el tiempo que pude. Después me vi obligada a soltarlo, a apartar los brazos y a retirarme.

El pequeño espacio de apenas dos palmos que nos separaba tendría que agrandarse hasta casi alcanzar la anchura del mundo. Era demasiado como para comprenderlo del todo.

— Adiós, hijo mío.

Dejé que fuera él quien se volviera y subiera por la plancha de la barcaza. Envié una plegaria tras otra a su espalda, suplicando a César que acudiera en ayuda de su único hijo y heredero en la tierra.

«¡No nos falles! —le grité desde lo más hondo de mi alma—. ¡No nos falles ahora!»

El triste viaje de regreso lo hicimos sin velas, dejándonos llevar río abajo por la corriente. La barcaza de Cesarión fue menguando hasta que desapareció. Poco antes de entrar en el Brazo Canópico, penetramos en un canal secundario y nos detuvimos en el embarcadero de Heliópolis, la antigua Ciudad del Sol situada cerca del lugar en el que todos los brazos del Nilo se juntan para crear el largo tronco que llega hasta Nubia. Era un lugar sagrado desde antes de la construcción de las pirámides y nadie conocía realmente su antigüedad. No quería bajar a tierra, sino tan sólo saludar al sumo sacerdote Nakht que vivía en el templo del Sol, hogar de las cobras sagradas, encarnación del ardiente ojo de Atón —el Sol como elemento destructor— y de la diosa Wadjyt, protectora de Egipto. Allí, en el baluarte de Ra, Nakht era soberano absoluto y defendía aquel lugar tal como yo defendía el vasto Egipto.

— Te saludamos y te damos la bienvenida, reina Cleopatra, Netjeret— Merityes, Diosa Amada de Su Padre.

Se inclinó en profunda reverencia en el embarcadero, acompañado por dos sacerdotes vestidos de blanco y, con mi permiso, subió a bordo.

— Divinísima Majestad —dijo—, te agradezco tu presencia aquí. Eres una respuesta a mis devotas plegarias, pues tengo una importante noticia que no podía confiar a un mensajero. —Me indicó los otros dos sacerdotes—. Estos hermanos míos en el servicio a los dioses proceden de los templos de File y Abydos.

Experimenté un sobresalto; ni siquiera lo había pedido en mis oraciones y, sin embargo, allí estaban las respuestas.

— Mi corazón se alegra de veros —contesté. Los dos máximos templos de peregrinación de Isis y Osiris habían acudido a mí en las personas de aquellos sacerdotes.

— Somos portadores de una importante noticia —dijo el más alto, el sacerdote de File—. El pueblo del Alto Egipto está preparado para levantarse y luchar por ti.

Me conmoví profundamente. Aquello significaba que me consideraban una auténtica egipcia a pesar de mi condición de Lágida. El ofrecimiento de luchar era la máxima prueba y el supremo sacrificio que se podía hacer. Pero no tuve siquiera que pensarlo.

— Dile al pueblo que acepto su lealtad y su compromiso y que me conmueve hasta lo más hondo de mi corazón que me amen como reina y como una de los suyos. Pero no quiero causar inútiles sufrimientos a mi pueblo.

Hubiera sido inútil que se levantaran contra veinte o más legiones romanas. Si ni siquiera Antonio había conseguido reunir tropas para la batalla en defensa de la línea del Nilo, ¿por qué iban a hacerlo ellos?

— Pero... —objetó el sacerdote de Abydos, mirándome consternado.

Levanté las manos.

— No creáis que menosprecio el ofrecimiento. Sin embargo, todo sería en vano y yo deseo evitarles unos esfuerzos desesperados que sólo darían lugar a duros castigos.

No tuvieron más remedio que aceptarlo.

— Muy bien.

— Con todo hay dos grandes servicios que sólo vosotros me podéis prestar.

Los hice pasar a mis aposentos privados y allí concerté con ellos los acuerdos necesarios: con el sacerdote de File acerca del testamento que le iba a enviar por medio de Olimpo y con Nakht de Heliópolis acerca de las instrucciones que debería seguir cuando llegara el momento. De esta manera me aseguraba la continuidad de mi vida y su final gracias a la misericordia de Isis.

Desde que partiera Cesarión, estaba un poco más tranquila. Había completado casi todas las restantes tareas. La pirámide del tesoro estaba preparada para ser incendiada en el mausoleo, los sarcófagos estaban colocados el uno al lado del otro y se habían enviado unas cartas a la Media, donde se encontraba la prometida de Alejandro, suplicando que éste fuera acogido allí junto con su hermana Selene. Sin embargo no se había recibido ninguna respuesta, por lo que ambos hermanos deberían permanecer conmigo en Alejandría. Eran tan jóvenes y encantadores que ellos solos se defenderían, al igual que Filadelfo, mi pequeño Puerco Espín. Cuando Octavio los viera, se emocionaría.

Alejandro era un niño fuerte y expansivo, mientras que Selene se mostraba más reposada y más comedida en el hablar. Ambos poseían una belleza capaz de ablandar los corazones de los enemigos.

Pediría el trono para ellos y, puesto que estarían allí, sería más fácil otorgarles la corona a ellos que a Cesarión, que estaba tan lejos. Ambos serían para Octavio unos títeres inofensivos. ¡Cuánto me dolía tener que utilizar aquella palabra! Octavio no se mostraría contrario a elevar al trono a unos niños indefensos, pensé yo, por más que fueran hijos de Antonio, pues ellos también formaban parte de la *gens* Julia. Dado que Octavio la consideraba sagrada e inherentemente mejor que cualquier otra, cabía la posibilidad de que quisiera conservarla.

La redacción de la crónica de mi vida me absorbió y me alivió durante los claros y soleados días de nuestra espera. Ya casi estaba a punto de llegar al presente y tenía el firme propósito de describirlo todo hasta el postrer momento. Entonces encomendaría a Olimpo la tarea de escribir el último capítulo. Lo podría hacer tomándose todo el tiempo que quisiera y desde la perspectiva que prefiriera. No habría la menor prisa. No esperaba que Isis revelara la crónica a los ojos de nadie hasta pasado mucho tiempo; es más, cuanto más se alejara de nuestra era, tantas más probabilidades tendría de que me escucharan con imparcialidad. Pero, como es natural, la decisión le correspondía a Isis. Mi tarea sólo consistía en escribirla.

Carmiana, Iras y Mardo se habían mostrado muy tristes y extremadamente solícitos conmigo y yo lamentaba que estuvieran tan vinculados a mi persona. No tenían la posibilidad de marcharse como Olimpo. A Olimpo lo dejarían tranquilo. Podría ir y venir a su antojo y cumplir la misión que yo le había encomendado. Aún teníamos cuatro legiones en Egipto, más las tropas egipcias y mi Guardia Macedonia. La guarnición de la fortaleza de Pelusio estaba integrada por egipcios dispuestos a cerrar el paso a Octavio. Contábamos también con una flota de unos cien barcos, en parte supervivientes de Accio y en parte de nueva construcción. Las legiones romanas contaban, además, con unas fuerzas de caballería muy bien preparadas. Nos habían comunicado que los gladiadores de Cicico proseguían su marcha para reunirse con nosotros tras haberse enfrentado en combate con Amintas y con los cilicios. Ciertamente, las fuerzas de que disponíamos nos hubieran permitido organizar una sólida defensa. Pero Antonio se negó a desplegar las legiones y a preparar una estrategia. Al parecer, consideraba que cualquier resistencia hubiera sido inútil.

— Su número es muy superior al nuestro —dijo—. ¿Por qué enviar a los hombres a morir innecesariamente?

El hecho de reconocerlo me había causado un profundo dolor, pero el precio que había pagado por tenerle a mi lado había sido el de verle abandonar el poder y apartarse del mando que durante tanto tiempo había ostentado.

Ahora la ciudad ya sabía lo que había ocurrido en Accio y contenía la respiración a la espera de los sucesos que se avecinaban. Alejandría sólo había doblado la rodilla ante César en una contienda provocada por los propios alejandrinos. Lo de ahora en cambio...

¿Habría un asedio? ¿Se librarían combates por las calles? Si la gente intentaba huir, ¿adónde iría? Los habitantes de la ciudad se estaban preparando

como buenos comerciantes y personas sofisticadas que eran: hacían inventarios, compraban y vendían e intentaban buscar medios para escapar, sobornar o regatear. Los conocía muy bien y sabía lo que se proponían. Ellos no estaban dispuestos a protagonizar actos heroicos como los de la ciudad de Xanthi, que había sido arrasada por las llamas para no rendirse, y tampoco estaban dispuestos a llorar y gemir como los troyanos. Seguían organizando sus elegantes banquetes y comentando las teorías de las distintas escuelas filosóficas acerca del sufrimiento. Bebían ríos de vino del más caro, se perfumaban y se cubrían de joyas como si quisieran aprovecharlo todo antes de morir. Expirarían envueltos en todas las cosas buenas de la vida.

Al anochecer, empecé a prepararme para el banquete de Antonio. ¿Acaso no era yo la más alejandrina de los alejandrinos? ¿No tenía derecho a disfrutar de mi propia versión del ritual que se celebraba en todas las mansiones de la ciudad? Sí, permitidme que me vista con mis mejores galas. Que Carmiana saque la túnica roja griega con ribete de perlas y orla dorada, y que me sujete los pliegues del hombro con el broche de piedras preciosas del Ponto Euximo que me regaló el rey del Ponto. Y alrededor del cuello quiero llevar el refulgente collar de mi boda.

La sala estaba llena de gente. ¿De dónde la habría sacado Antonio? Todos los invitados parecían muy contentos y lucían prendas de vistosos colores y fulgurantes joyas. Casi todos eran romanos, sin duda pertenecientes a las legiones, pero había también alejandrinos del Gymnasion, la Biblioteca, el Museion y sólo Zeus sabía de qué otros lugares. Mostraban el opulento y refinado aspecto propio de los aristócratas, exceptuando el simbólico grupito de filósofos, si bien hasta ellos ofrecían una próspera apariencia, pues casi todos pertenecían a la escuela de Epicuro.

En el aire se aspiraba el delicado perfume de los pétalos de rosa pisoteados. Respiré hondo, tratando de imaginar por un instante que estaba en un jardín y no allí, aunque me lo impedía el murmullo de las voces, el calor de los cuerpos y el tintineo de la música de los arpistas.

— Una corona, benignísima Reina —me dijo uno de los criados, acercándose a mí con una complicada diadema de hojas de sauce, bayas de beleño y amapolas. Dejé que me coronaran a pesar de que aquellas plantas estaban tradicionalmente asociadas a la vida de ultratumba.

Antonio me vio y se acercó inmediatamente a mí.

— Bienvenida, corazón mío —me saludó, ofreciéndome una copa rebosante de un vino aromatizado con perfume de rosas—. ¡Bebe, bebe agua del Lete y no recuerdes nada!

— ¡Ojalá fuera posible!

Pero el vino no podía hacerme aquel efecto.

— ¿Quién hubiera imaginado que fueran tantos? —dijo Antonio, mirando a su alrededor.

La sala estaba llena de gente que formaba vistosos remolinos alrededor de

los distintos personajes.

— ¿Tantos qué? —pregunté—. ¿Tantos alegres alejandrinos?

— Ya verás —dijo.

Vi unos trípodes que sostenían unos cuencos llenos de monedas de oro, en los cuales la gente introducía las manos al pasar y tornaba las que quería. Vi también algunos objetos conocidos: máscaras de actores, el busto de Octavio y unas vasijas de oro y plata expuestas en una mesa.

No veía triclinios ni mesas en ninguna parte.

— ¿Cuándo cenaremos? —pregunté.

Se encogió de hombros.

— Cuando nos parezca. No puedo predecirlo.

— Pero la comida...

— Por eso no te preocupes —me dijo alegremente—. La comida siempre estará en su punto. En la cocina están preparando una docena de bueyes en distintas fases de cocción para que siempre haya comida lista cuando decidamos comer.

Lo miré boquiabierto de asombro. ¡Qué despilfarro! ¿Acaso se había vuelto loco?

— ¿Para qué vamos a guardarla? —dijo, contestando a mis pensamientos—. Desnudemos los pastos y vaciemos las cocinas para saludar a Octavio. —Bebió un poco más del Lete, el agua del río del olvido—. Desnudémonos todos antes de que llegue la muerte.

Antonio siempre había sido muy aficionado al teatro. ¿Sería otra representación? ¿O acaso fingía ofrecer una representación para ocultar sus verdaderas intenciones?

— Ah, aquí está nuestro auténtico anfitrión —dijo, saludando a alguien disfrazado de Hades, señor de ultratumba.

Su negra capa se arrastraba por el suelo y llevaba alrededor de la cabeza una diadema de vacilantes llamas.

Se inclinó en silencio y yo vi a través de su antifaz unos iris oscuros.

— ¿Estás preparado para recibir a este numeroso grupo de invitados? —le preguntó Antonio—. Han venido para ser iniciados.

Hades volvió lentamente la cabeza.

— Puede que el grupo no sea tan numeroso como tú crees —dijo con una voz que parecía surgir de cuevas, pozos y cavernas con sus correspondientes escarceos, goteos y ecos—. No sufras una decepción si no todos ellos desean apoyar los pies en el borde de la noche. —Soltó una suave risita infinitamente desagradable—. Al fin y al cabo, aquí estamos todavía en plena canícula. Sin embargo, estoy seguro de que muchos harán que mi viaje haya merecido la pena.

Hizo una ágil reverencia y se perdió entre los invitados.

— ¿Qué es eso? —pregunté.

— ¿No te parece maravilloso? —dijo Antonio—. Es un conocido actor de las comedias griegas de aquí.

— ¿Comedias? Creo que se ha equivocado de oficio.

Antonio me acompañó pasando junto a un grupo de hombres y mujeres reunidos en torno a alguien que estaba disertando acerca del sentido de la vida.

— Es muy joven —comentó Antonio—. A todos los jóvenes filósofos les encanta hablar de este tema.

A mi espalda oí la monótona voz del joven.

— Tanto si uno existe como si no existe, tanto si uno y los demás existen en relación con ellos mismos y entre sí, todos ellos existen y no existen, parecen existir y parecen no existir —decía.

— Platón —me dije a mí misma más que a Antonio.

Arqueó las cejas con expresión asombrada.

— Mi pequeña alejandrina —me dijo cariñosamente—. ¿Te gustaría tal vez disertar?

— No —contesté—. Lo que yo he aprendido en la vida no sería de gran utilidad para los demás.

De mí no se podían extraer demasiadas normas generales.

Nos pasamos un rato saludando a los invitados y escuchando sus conversaciones. Curiosamente, nadie hablaba de Octavio ni de la situación política. Se hablaba sobre todo de modas, comida, diversiones y excursiones.

Al final, Antonio se dirigió a la parte anterior de la sala y dio unas palmadas.

— ¡Mis buenos amigos, cuya relación conmigo se remonta al primer invierno que estuve en Alejandría, sed todos bienvenidos! ¡Ah, qué tiempos aquéllos! ¿Recordáis nuestras visitas a Canopo? ¿Recordáis los banquetes y las carreras? Han transcurrido diez años; ¿cómo es posible? Ahora es el momento de embarcarnos todos juntos en una nueva aventura. Primero subastaré algunos objetos de aquellos tiempos. Podéis tomar el oro que os he dejado en los cuencos para pujar con él por los objetos, si así lo deseáis.

Señaló con la mano los objetos que yo había visto antes y un criado tomó el primero y lo mostró.

— ¿Qué voy a pedir por esta preciosa máscara de comedia con su compañera la tragedia? Puede que os hagan falta en los próximos días cuando interpretéis un papel.

»¿Qué voy a pedir por este busto de Cayo Octavio? Últimamente adornaba la sala de Marco Ticio. Eso os ayudará a identificarlo.

»¿Y eso? ¡Un soberbio modelo de orinal de oro macizo! Su fama ha llegado hasta Roma. Se puede usar para otras cosas, si uno quiere. ¿Para poner flores quizá?

En mi vida había visto una cosa igual. ¡Lo debía de haber encargado especialmente para la subasta!

Siguió haciendo rápidamente la subasta y, al final, terminó diciendo:

— Así me despido de mi antigua vida. Amigos —añadió—, hace tiempo fundamos una hermandad o sociedad que llamamos de los *Amimetobioi*, los Vivientes Incomparables. Ahora os propongo la creación de otra sociedad más acorde con los tiempos presentes y que la llamemos *Synapothanoumeoi*, la de Los Que Moriremos Juntos. Sí. Con los que quieran unirse a nosotros sellaremos el pacto danzando por la sala al son del arpa. Una danza de la muerte. Hades nos guiará.

El actor se situó al lado de Antonio y alargó en silencio una mano enguantada.

Los sorprendidos invitados se lo quedaron mirando y entonces, para mi asombro, un hombre se adelantó y tomó mi mano. Otro siguió su ejemplo hasta que, al final, todo el mundo juntó las manos y formó una cadena alrededor de las paredes de la sala.

— ¡Ahora! —indicó Antonio, haciendo una seña a los arpistas, quienes empezaron a tocar una suave melodía mientras los danzantes se movían muy despacio por la sala, cruzando sus pasos e inclinando la cabeza. Las flores que adornaban sus cabezas se estremecían a cada movimiento. La solemnidad de la danza hizo que ésta se convirtiera en una procesión fúnebre.

De pronto, una mujer se quitó las pulseras y las sostuvo en alto, haciéndolas tintinear como si fueran una matraca para animar el desfile; otras convirtieron sus joyas en címbalos, carracas y campanillas. El ritmo se aceleró hasta que todos nos pusimos a correr, golpeando ruidosamente el suelo de mármol con los pies. El cortejo se estaba volviendo cada vez más animado y la vida estallaba desafiante a través del duelo.

— ¡Vino! ¡Vino! —gritó un hombre, alargando la mano para que un criado se apresurara a depositar en ella una copa.

— ¡Aquí también! —gritó otro hasta que, al final, la fila se quebró y la gente empezó a tomar ansiosamente las copas de vino que le ofrecían.

— ¡Y ahora empecemos el banquete! —anunció Antonio.

A una indicación suya, un ejército de criados entró a través de todas las puertas de la sala y empezó a colocar mesas y triclinios. Lo habían ensayado todo a la perfección y en un instante consiguieron preparar un comedor para más de cien personas.

Los invitados se dejaron caer en los triclinios entre exclamaciones de placer. Antes de que sirvieran los platos, Antonio les volvió a dirigir la palabra.

— ¡Disfrutad del festín! Lo mejor de Alejandría está aquí para vuestro deleite. ¡Comed, bebed, jugad! Mientras tengamos provisiones, lo seguiremos haciendo. No nos aflijamos por el porvenir, recordad más bien el epitafio de un epicúreo: «No era, fui, no soy, me da igual.» Así se resumen todos los estados por los que pasa un alma en su camino hacia la eternidad.

Estaba claro que el juego le gustaba. ¿Quién era yo para estropeárselo? Mejor aquello que su solitario refugio. Sin embargo, yo estaba segura de que todo era un juego; no revelaba su auténtico estado de ánimo. Antonio era un comediante hasta la médula y siempre se refugiaba en los disfraces. Aunque aquella noche hubiera subastado las máscaras de la tragedia y de la comedia, tenía más en reserva.

En los triclinios la gente citaba a sus filósofos para ver quién aportaba más citas. Los comentarios eran muy ingeniosos, como todo lo alejandrino.

Yo tomaba sorbos de vino de mi copa de ágata sin apenas decir nada. Las exquisiteces de la huerta, el mar y el campo pasaban por mi paladar sin que yo me diera cuenta.

Hades comió con mucho apetito; para ser una sombra, estaba muy rollizo.

Aquella noche, mientras me preparaba para acostarme, amontoné mis joyas junto a mi bosque de frascos de perfume. Iras ya las guardaría por la mañana. Me quité la marchita corona de flores y la dejé al lado de las joyas.

— Te has superado —le dije finalmente a Antonio—. Nunca hubiera imaginado nada de todo eso.

Por su extravagancia, añadí para mis adentros. Confiaba en que la gente no pensara que estaba loco, aunque, en realidad, todo el mundo había participado con entusiasmo. A lo mejor estaban todos locos. Decían que en sus últimos días las personas que formaban parte de un grupo podían comportarse de una manera muy extraña.

Sin embargo, yo no me sentía partícipe de aquella confusión y desesperación. Aceptaba la posibilidad de que mi vida terminara y de que yo misma pudiera acabar con ella, pero se trataba de una circunstancia política, no filosófica.

Yo jamás glorificaría una necesidad política, envolviéndola con todas aquellas sandeces.

No experimentaba el menor deseo de morir, no ansiaba la muerte. Hubiera preferido mil veces seguir viviendo a no ser que ello fuera incompatible con el honor, el mío o el de mi país. La muerte, como la vida, debía tener una finalidad.

— ¿En qué estás pensando? —me preguntó Antonio en voz baja.

Ya se había acostado y mantenía los brazos cruzados detrás de la nuca—. Me gustaría conocer tus pensamientos.

«Estaba pensando que no estoy tan enamorada de la muerte como tú.»

De pie delante de nosotros, Antilo parecía más alto desde que alcanzara la

edad de vestir la *toga virilis*. La llevaba puesta en aquellos momentos y su blancura natural era tan pura como el mármol del Faro.

— Saludarás respetuosamente a tu primo —le indicó Antonio, dándole instrucciones—. Al fin y al cabo, te has criado en la casa de su hermana y le conoces de toda la vida. Llegaste a estar comprometido en matrimonio con su hija.

— Pero no lo conocía muy bien —protestó el muchacho.

— Nadie conoce bien a Octavio —dijo Antonio—, probablemente ni siquiera su hija. Pero eso no importa. Te envío como emisario mío para que lo saludes y le entregues estos presentes de oro. Entrégale también la carta, en la cual le recuerdo nuestros años de amistad, de gobierno conjunto y de vínculos de parentesco. Le pido que me conceda retirarme a la vida privada y vivir en Atenas. Así lo hizo Lépidio. Si se niega, entrégale esta carta personal.

— ¿Te parece prudente enviarlo hasta Tolemaida Ace? —le pregunté. No me gustaba la idea de enviar directamente a Antilo al campamento enemigo. ¿No había considerado Antonio la posibilidad de que Octavio lo tomara como rehén? Me parecía una temeridad.

— Todo irá bien —contestó Antonio—. Está sólo a trescientas millas por mar.

— ¡No me recuerdes lo cerca que está Octavio! —Por suerte, nuestro enemigo tendría que marchar por tierra desde mucho más lejos y a través del Sinaí—. Yo no me refería a eso. Quiero decir, ¿por qué vas a depositar a tu hijo en sus manos?

— Tengo que enviarle el emisario de mayor rango que pueda y ése es mi hijo mayor y heredero de mis bienes. Octavio no aceptaría a nadie de inferior categoría.

— Puede que responda de una manera que a ti no te guste —advertí—. Creo que es un grave riesgo.

Antonio lanzó un suspiro.

— Esperemos lo mejor. Recuerda, Antilo, que nadie tiene que conocer el contenido de la segunda carta más que Octavio en privado. Cuida de que así sea.

— ¿Qué le dices en ella? —pregunté con repentino recelo.

— He dicho nadie más que Octavio —contestó Antonio con firmeza—. Ni siquiera tú. —Apoyó las manos en los hombros de su hijo—. Confío mucho en ti. Esperaré la respuesta que tú me traigas.

El niño, ahora ya un muchacho, irguió los hombros, orgulloso de la misión que le había sido encomendada.

— Sí, padre. Me sentiré muy honrado de hacerlo.

Mientras esperábamos, Antonio y sus *Synapothanoumeoi* celebraron muchos banquetes por rotación en distintas mansiones de la ciudad. Cada uno de ellos intentaba superar en derroche al anterior, como si los participantes quisieran

gastarse todas sus posesiones terrenales en un estallido de gloria semejante a una pira funeraria. Pero a mí aquellos banquetes me parecían aburridos y no me distraían. ¿Por qué nadie ha escrito jamás que las orgías y los despilfarros impersonales dejan tanto espacio para la melancolía como el aislamiento absoluto? En ambos casos uno se siente igualmente solo.

Mardo llevó ante nuestra presencia a dos musculosos hombres vestidos de andrajos.

— Aquí están aquellos a quienes buscáis —les dijo. Dirigiéndose a nosotros, añadió—: Aquí tenéis a vuestros defensores.

Me eran absolutamente desconocidos.

— ¿Quiénes sois, mis buenos amigos? —les tuve que preguntar.

— Somos gladiadores de la escuela de Cicico, adiestrados para luchar en los juegos de vuestras victorias. ¡Que tal vez algún día volverán a celebrarse, si los dioses quieren!

El que hablaba era muy corpulento y llevaba la cabeza completamente rapada. Me pregunté qué armas debía de utilizar. ¿Las tracias?, ¿las samnitas? La red no se le debía de dar muy bien, pues tenía los brazos excesivamente cortos.

— Pero nos detuvo el rey Herodes cuando llegamos a Judea. El resto de nuestro grupo se ha quedado allí; nosotros hemos escapado para venir a ti.

Su compañero tenía las piernas largas y la piel morena, rasgos típicos de un nubio. Los buenos gladiadores procedían de todas las partes del mundo.

— ¿Y vosotros sois los únicos que habéis podido escapar? —preguntó Antonio.

— Lamentablemente sí, mi señor.

— Tú y tus compañeros habéis demostrado ser más leales que todos los reyes clientes con sus efusivos juramentos de lealtad —dijo Antonio. ¿Le tembló un poco la voz?—. Os lo agradezco profundamente. Sois unos héroes excelsos. —Se volvió hacia Mardo—. Dales el oro que merecen y dispón que se alojen en palacio.

— Os tendréis que volver a entrenar —les dije—. Aquí los juegos que solemos celebrar son griegos y no se mata a nadie. Pero no dudo que conseguiréis adaptaros.

Ambos inclinaron profesionalmente la cabeza.

Poco después regresó Antilo. Lancé un profundo suspiro de alivio al ver que Octavio no lo había retenido, tal como había hecho Herodes con los gladiadores, pero Antonio sufrió una decepción con la respuesta.

A solas con nosotros después de la cena de bienvenida, Antilo nos describió su experiencia.

— Me trató con mucha cortesía —dijo— pero como si yo fuera un desconocido. No tuvo conmigo la menor familiaridad y mucho menos cordialidad.

— ¿Habló contigo en privado? —preguntó Antonio.

— Sí, en el viejo palacio fenicio que utiliza como cuartel general —contestó Antilo—. Mira al mar y está tan cerca de la orilla que la rociada de las olas llega hasta las ventanas. Eso dificultaba un poco la conversación. Pero estuve a solas con él, exceptuando a los guardias, claro. Estaba sentado sin ninguna ceremonia e incluso cruzó las piernas. Me dijo que me acercara una silla y nos pasamos un buen rato charlando.

— Pero, bueno, ¿qué es lo que te dijo? —lo apremió Antonio.

— Cosas sin importancia. Ni siquiera me acuerdo. Se pasó el rato mirándome con disimulo.

— Sí, es lo que suele hacer siempre —dije yo, recordándolo.

— Estudió cuidadosamente los regalos y pasó las manos por el borde de la bandeja de oro. Dijo que no podía permitir que te retiraras a la vida privada en Atenas porque ahora la ciudad le era demasiado fiel como para que tú pudieras estar seguro allí.

Antonio no paraba de mover las manos, un gesto insólito en él.

— ¿Le entregaste la segunda carta? —preguntó al final sin poder contenerse por más tiempo.

— Sí. —El muchacho rebuscó en un estuche que llevaba y le devolvió la carta a su padre. Habían roto el sello original, pero le habían aplicado otro—. Me dijo que la leyeras en privado. Escribió en ella una respuesta muy breve. Un par de palabras.

— Bueno, pero ¿qué era? —preguntó Antonio, tomando la carta.

— No lo sé. De veras que no. No me lo dijo.

— Vaya. —Antonio manoseó la carta. Los demás lo estudiamos atentamente. Rompió el sello muy despacio y desenrolló la carta. Sus ojos se desplazaron al final. Una expresión de consternación se dibujó en su rostro—. Vaya —repitió, enrollando de nuevo la carta y guardándosela en el cinto—. Bueno, quizá tendremos un poco más de suerte en el futuro —dijo con una sonrisa muy poco convincente en los labios—. Estoy muy orgulloso de ti, hijo mío. Has llevado a cabo una difícil misión y lo has hecho muy bien.

Levantó su copa y nos pidió a todos que brindáramos a la salud de Antilo. La velada transcurrió entre charlas intrascendentes y sorbos de exquisito vino de Falerno. Yo insté a Antonio a que se volviera a llenar la copa repetidamente. Quería que se aturdiere un poco para que más tarde se quitara la ropa de cualquier manera. Pero para mi gran decepción, aquella noche se mostró insólitamente moderado en el consumo de vino. Al término de la velada se retiró a sus aposentos, anunciando su intención de dormir allí.

— Me duele la cabeza y prefiero estar solo —dijo—. Allí se oyen menos los ruidos de palacio.

Y se alejó, llamando a Eros.

Esperé hasta que me pareció que había transcurrido el tiempo suficiente y me dirigí sigilosamente a sus aposentos. El sorprendido Eros me abrió la puerta y yo me encaminé a la alcoba. Con un poco de suerte, Antonio estaría dormido. ¡Pero no! Tenía las lámparas encendidas y estaba leyendo. Se asombró al verme.

— No quería estar sola esta noche —le dije en tono de disculpa—. Pero me quedaré en este banco y no te molestaré si tanto te duele la cabeza.

— Bueno —me contestó con su sempiterna sonrisa en los labios—, tan mal no estoy. Por nada del mundo te desterraría a un banco.

Después nos intercambiamos varias frases, dándonos mutuamente seguridades. Al final, nos retiramos a la cama. (Yo hubiera preferido quedarme en el banco para poder levantarme sin que él se diera cuenta.) Antonio apagó todas las lámparas, pero tuve suerte de que brillara una luna casi llena, la cual arrojó a medianoche un claro haz luminoso sobre el suelo de la estancia. A aquella hora, la regularidad de su respiración me hizo comprender que estaba dormido.

Me levanté de la cama con todo el cuidado que pude y crucé la alcoba hasta el lugar donde Antonio había dejado la ropa al desnudarse. La carta estaba todavía en el cinto. La había tapado con la túnica. Deslicé la mano y enseguida encontré el estuche de cuero. Crucé sigilosamente la estancia y desenrollé la carta con el mayor cuidado que pude, justo al lado del rectángulo de luz de la luna.

Antonio se dio repentinamente la vuelta y yo me quedé petrificada. ¿Y si se despertaba y se daba cuenta de que yo no estaba a su lado en la cama? Me pareció que se había despertado y no me atreví a moverme. Pero después un adormilado acceso de tos me hizo comprender que no había recuperado la conciencia y se acababa de sumir de nuevo en el sueño. Esperé unos minutos más y alargué la carta hacia el haz luminoso para leerla.

Mi querido hermano, ahora me dirijo a ti como tal. Entre hermanos, declaro por la presente estar dispuesto a hacer cualquier cosa que el honor me permita. La muerte será mi amiga y nuestro vínculo, si con ella puedo garantizar la vida de la Reina. Gustosamente ofrezco mi vida a cambio de la suya y confío en que cumplas tu palabra una vez la hayas empeñado. Te pido que la dejes vivir, mejor dicho, te lo ruego. Cuando me des tu palabra, yo cumpliré inmediatamente mi promesa. Te saludo en la muerte, una muerte que gustosamente te ofrezco.

Marco Antonio, Imperator

Inmediatamente debajo de la firma y el sello de Antonio, unas escuetas palabras: «Haz lo que quieras. Nada podrá salvarla. Imperator C. César, *Divi Filius.*»

Sentí que un frío estremecimiento me recorría el cuerpo de arriba abajo. ¿Antonio había hecho aquel ofrecimiento sin decirme nada? Ahora Octavio rechazaba lo que él mismo había pedido y el propio Antonio le ofrecía. Se me ocurrió que en realidad no quería cortarle la cabeza a Antonio, sino tan sólo

demostrar su capacidad de conseguir que yo lo traicionara. Era un auténtico demonio. Temblando, enrollé de nuevo la carta, la dejé en su sitio y volví a la cama al lado de Antonio, reprimiendo el deseo de despertarlo y abrazarlo con más fuerza de lo que jamás hubiera hecho. Pero mejor dejarlo dormir.

72

El verano seguía su curso.

Recibimos informes sobre la partida de Octavio de Tolemaida y su avance hacia el sur. Se esperaba su llegada a Joppa de un momento a otro. Herodes le dispensaría un recibimiento de héroe y le ofrecería tropas, suministros y guías. Le seguían todas sus legiones. Octavio tendría finalmente la ocasión de marchar al frente de un poderoso ejército como un auténtico general y no uno de mentirijillas como el que había sido hasta entonces.

Aún disponíamos de tiempo para enviarle otro emisario. Tal vez todavía fuera posible sobornarlo. Tenía que enterarse de mi intención de incendiar el tesoro.

Teníamos que exagerar el tamaño y el poderío de las fuerzas que se enfrentarían a él y le opondrían resistencia; a lo mejor, optaría por seguir el camino más fácil de la negociación. A lo más que podíamos aspirar era al destierro y la abdicación para mí y el destierro de Antonio, a cambio de que Cesarión —o tal vez Alejandro y Selene— fueran nombrados gobernantes del país. En compensación, Octavio podría quedarse con el tesoro para pagar a sus soldados. De esta manera, ambos alcanzaríamos nuestros objetivos sin derramamiento de sangre: él, el tesoro; yo, la preservación de la independencia de Egipto —nominal, por supuesto— bajo los Lágidas. Egipto perdería su fuerza, pero al menos seguiría existiendo. No era totalmente imposible que yo pudiera conseguirlo.

Ésa sería mi propuesta, para lo cual pensaba enviar a Eufronio, el preceptor de mis hijos, como embajador.

— ¿Enviar a un maestro? —preguntó Antonio con incredulidad.

— Sí, ¿por qué no?

— ¿No te parece que Mardo o incluso Epafrodito serían una muestra de más respeto?

— No quiero ofrecerle ninguna muestra de respeto. El hecho de enviarle a Antilo no sirvió de mucho. Quizá convenga hacer justo lo contrario y enviarle a un criado. Eso le llamará la atención.

Había decidido que aquél sería el último llamamiento que le hiciera. Cuando estuviera más cerca, no tendríamos más remedio que recibirle en silencio.

La carta en la que reiteraba mi petición de que mi heredero fuera colocado en el trono en mi lugar iba acompañada de una buena suma de oro. En ella le decía que pondría el trono en sus manos a cambio de dicha garantía. Decía

también que una considerable parte del tesoro de los Lágidas estaba depositada en un lugar donde podría ser fácilmente destruida en un abrir y cerrar de ojos. Su negativa a acceder a mis peticiones le costaría literalmente una fortuna.

Pero él no deseaba tal cosa, ¿verdad? Le instaba a ser razonable y llegar a un acuerdo conmigo.

Sellé la carta, satisfecha de su contenido, pero sobre todo satisfecha de mi previsión al haber sabido conservar algo que poder ofrecerle. Tal como ya he dicho anteriormente, para negociar hay que tener algo que ofrecer, algo que la otra persona desee con toda su alma. La vida de Antonio no entraba en esta categoría y, por consiguiente, Octavio no había mostrado ningún interés en tomar en consideración su desesperada petición.

En esta miserable vida, lo que mueve al oyente no es la desesperación del suplicante, sino sus egoístas deseos. Si necesita un escabel y le sirve un espinazo doblado, perfecto; de lo contrario, lo aleja de un puntapié.

Justo en el momento en que Eufronio estaba a punto de partir, a Antonio se le ocurrió la idea de enviar una carta por su cuenta. Esta vez insistí en leerla, pues no deseaba que se repitiera el error de la anterior. ¿Y si, por simple capricho, Octavio aceptaba? Era lo bastante cruel como para hacerlo.

— ¿Un combate singular? —No era lo que yo esperaba que contuviera la carta—. ¿Qué quieres decir?

— Simplemente que, si él accediera a reunirse conmigo de hombre a hombre, y ambos pudiéramos combatir y decidir con ello el resultado, se ahorrarían muchas vidas.

¿Acaso estaba loco? ¿Jamás recuperaría el sentido común que tenía antes de Accio y se pasaría toda la vida reincidiendo en los pensamientos y los comportamientos extravagantes?

— Sabes perfectamente que Octavio jamás aceptaría semejante propuesta —le dije muy despacio—. Lo tiene todo que ganar y nada que perder. Este hombre cuenta con veinte legiones y no sabe luchar. ¿Por qué iba a aceptar un combate personal con un enemigo que es un buen luchador y se ha quedado sin ejército? Se burlará de ti. ¡No le envíes esta carta!

— ¿Qué otra cosa puedo hacer? —se lamentó Antonio—. ¡Algo tengo que proponerle!

— Es absurdo hacer propuestas que te consta que no serán aceptadas. No somos unos griegos de la época de los héroes; las cuestiones ya no se dirimen por medio de combates personales. No puedes interpretar el papel de Héctor. Sé que este papel te iría muy bien, pero no puede ser.

— De todos modos tengo que enviar la carta —dijo—. Tengo que hacer el gesto.

Epafrodito me mantenía informada acerca de los cambios de humor que se registraban en la ciudad. Ahora me visitaba muy a menudo para exponerme la

situación económica y comentarme la crecida del Nilo que aquel año prometía una abundante cosecha. También me manifestaba sus temores de que los judíos de Alejandría acogieran con agrado a Octavio por el hecho de presentarse en compañía de Herodes.

— No es que Octavio sea nuestro amigo, como sucedía con César —dijo—. Pero Herodes es su héroe y consideran que Judea es su patria.

Miré a mi ministro que, a pesar de los años transcurridos, seguía siendo tan apuesto como la vez que yo lo convencí de que colaborara conmigo.

— ¿Por qué primero dices «nuestro amigo» y después cambias y dices «su patria»?

Se rascó la frente.

— Me debato entre la simple observación de lo que hace mi pueblo y la posibilidad de unirme a él. Yo no comparto su pensamiento, no creo que Judea sea mi patria y considero una insensatez que unas personas que llevan muchas generaciones viviendo lejos de un determinado lugar lo sigan llamando su patria. Es una corrupción sentimental de su manera de pensar y eso puede ser muy peligroso. —Soltó una carcajada—. Ni siquiera podíamos leer nuestras sagradas escrituras en lengua judía y nos las tuvieron que traducir al griego, ¡y eso fue hace doscientos años! Llevamos mucho tiempo lejos de aquellas tierras.

Era tan vehemente en sus reproches que no pude por menos que sonreír.

— Bueno, los Lágidas llevan el mismo tiempo ausentes de Macedonia, pero seguimos llamando a la guardia de palacio la Guardia Macedonia —observé.

Soltó un resoplido como queriendo decir: «En tal caso, también sois unos insensatos.»

— Es difícil desprenderse de una identidad apreciada —comenté. Por eso le había dolido tanto a Antonio que lo declaran no romano. Pues si no era romano, ¿qué era?—. Sentiría mucho que los judíos, que constituyen dos quintas partes de la ciudad, se apartaran de mí para unirse a Octavio. —Una cosa era que desertaran los Reyes clientes, cuya lealtad era reciente, y otra muy distinta que lo hicieran tus propios ciudadanos—. ¿Hay algo más doloroso que la deserción? —pregunté.

— Probablemente, no —contestó Epafrodito—. Nos priva incluso de nuestros recuerdos, pues éstos siempre se tienen que ver a través de la mancha de la traición.

— Bueno, dejémoslo. —Me sentía profundamente abatida—. Vamos a estudiar este asunto de los impuestos sobre la importación —dije, echando los hombros hacia atrás—. Los barcos siguen viniendo. No sufrimos ningún bloqueo naval...

Era un día como todos los demás, tan claro y suave como los perfiles de un jarrón griego decorado, cuando llegó el mensajero. Mardo lo anunció soltando un resoplido.

— Un sujeto que se llama Tirso viene de parte de Octavio. —Ladeó la cabeza con expresión despectiva—. Supongo que querrás recibirlo, ¿verdad?

Me senté en mi trono mientras él esperaba en una estancia contigua. El aire, perfumado con las flores de los jardines que rodeaban el palacio, penetraba voluptuosamente a través de los ventanales abiertos, envolviéndome con su suave fragancia.

Ahora mientras lo escribo, comprendo que aquélla fue mi última audiencia oficial. La primera la había celebrado en aquella sala al lado de mi padre cuando éste empezó a enseñarme para que fuera su heredera. Me parecía ayer, como suele decirse. Siempre sabemos cuándo hicimos algo por primera vez, pero casi nunca somos conscientes —gracias a la misericordia de los dioses— de cuándo lo hacemos por última vez. Si lo hubiera sabido... Pero ¿había algo que yo hubiera hecho de una manera distinta? Nada. Nada, como no fuera prestar más atención a todos los detalles para recordarlos mejor.

— Tirso, enviado del campamento de Octavio César —anunció mi sirviente.

De esta manera, se satisfacía a ambas partes: el «Octavio» para mí y el «César» para él.

Entró un joven de elevada estatura y porte tan orgulloso como el de un águila. Permanecí sentada con la mayor majestuosidad que pude para que ningún elemento humano menoscabara el efecto del esplendor que me rodeaba. Me miró fijamente con la misma expresión que los viajeros que contemplan por vez primera la maravilla de las pirámides o el gran templo de Artemisa.

Cayó de rodillas a escasa distancia de mí.

— Oh, mi señora —exclamó, cubriéndose los ojos con una mano como si el espectáculo fuera excesivo para un simple mortal.

Sin embargo, el gesto había sido demasiado impecable, lo cual significaba que lo había ensayado.

— Levántate —le dije, extendiendo el cetro para indicar mi voluntad.

— Mis rodillas no me obedecen —contestó—. Tu magnificencia las ha debilitado.

— Ordénales que lo hagan —le insistí, pensando que los halagos eran excesivos.

Al final, se levantó sin apartar los ojos de los míos.

— Intentaré obedecer cualquier orden que tú me des.

— ¿Eres el ayudante de Octavio? ¿Cuál es tu nombre completo, Tirso?

— Julio César Tirso —contestó con orgullo.

— ¿Eres un liberto?

Me parecía increíble. ¿Octavio había enviado aun liberto para dirigirse a mí? ¡Era su respuesta al envío por mi parte de un preceptor! Había buscado a

alguien situado todavía más bajo en la escala social. En la siguiente ocasión me enviaría a un esclavo.

— Sí, mi señora. Fui liberado por la generosidad de mi antiguo amo y ahora mi protector, el imperator César, *Divi Filius*.

— Te refieres a Octavio.

Que empezara de una vez la contienda.

— Como tú quieras, mi señora. —El joven esbozó una vacilante y cautivadora sonrisa. Tenía unos ojos intensamente azules.

— Tu amo no estaría muy contento si viera con qué facilidad le quitas los títulos —señalé.

Otra sonrisa.

— Mi amo no está aquí, mi señora, y tú sí. Deseo complacerte y no decir nada que pueda ofender tus oídos. Si «Octavio» suena dulce a tus oídos, que así sea.

Qué complaciente. Me pregunté qué instrucciones le habrían dado. ¿Estaría pronunciando aquellas palabras siguiendo las indicaciones de Octavio? Lo que más dulce hubiera sonado a mis oídos hubiera sido oírle decir que Octavio había regresado a Roma para que mi reino y yo pudiéramos seguir viviendo en paz. Pero jamás podría oír tales palabras.

— ¿Dónde está ahora?

— En Ascalón.

¡Ascalón! Mi ciudad, la que tan importante había sido para mí en momentos trascendentales de mi vida. Ahora Octavio estaba allí. La idea me resultaba muy dolorosa.

— Está haciendo los preparativos finales para bajar por la calzada del desierto a través del Sinaí.

Hablaba en tono amable, no altivo.

— Y para atacar posteriormente Pelusio —deduje.

Pelusio era la clave de Egipto, su puerta oriental. Si cayera, el camino a Alejandría estaría expedito.

— Éste es el plan, mi señora. No te estoy diciendo nada que tú no sepas.

— En esta época del año, en los caminos del desierto hace un calor insoportable y hay que marchar durante dos días sin agua —le advertí—. Entre Rinocolura

^[8] y Pelusio no hay ningún pozo.

— Tenemos camellos.

— No podéis beber de sus gibas.

— Pero pueden transportar muchas botas de agua.

— No las suficientes para veinte legiones.

— Cada soldado también lleva agua.

— Ya basta de discusiones —resolví—. Te digo que será difícil y tú dices que ya lo sabes. Dejémoslo. Todas las batallas tienen sus desafíos. Por eso sería mejor que se pudieran evitar las batallas tal como Antonio y yo hemos propuesto. Espero la respuesta de Octavio a nuestros ofrecimientos y supongo que la traes tú.

Sus modales me resultaban tan placenteros que no podía ofenderme con su burlón afán de discutir.

— En efecto —asintió, soltando una breve y cantarina carcajada—. Pero no está escrita. Te la tengo que comunicar de palabra.

— ¿Y bien?

— La petición de Antonio... debía de ser una broma, ¿verdad? —preguntó, mirándome sinceramente desconcertado—. Mi comandante la ha rechazado diciendo que, si Antonio quiere morir, hay muchos métodos entre los que puede elegir.

En mi fuero interno me sobresalté. ¿Qué otra respuesta hubiera podido dar Octavio? Con ella avergonzaba e insultaba a Antonio por su insensato ofrecimiento.

— Comprendo —dije. Cuanto menos hablara, mejor.

»¿Y la mía?

— Ah, la tuya. Que le cederás Egipto sin resistencia si te prometes sentar a tus hijos en el trono como sucesores tuyos y no convierte Egipto en una provincia romana. Eso... se presta a muchas consideraciones.

— Le hubiera tenido que recordar que Roma se apoderó de Egipto cuando su... padre—adoptivo César participó en la Guerra Alejandrina, pero, haciendo gala de prudencia, no anexionó Egipto a Roma. César consideró conveniente dejar Egipto tal como estaba. ¿Sería su heredero político menos prudente que César el dios?

Estaba deseando conocer las verdaderas intenciones de Octavio; ¿por qué no hablaba claro aquel joven?

— César no se apoderó de Egipto porque él estaba cautivo... cautivo de tus encantos. No lo hizo por deferencia a ti. —El joven hizo una pausa como si dudara en añadir algo más—. Y su glorioso sucesor el joven general Octavio no es tan insensible a ellos como parece.

No lo esperaba. Qué trampa tan inteligente. Sin embargo tiempo atrás Antonio me había dicho en un susurro: «Sé que le gustas.»

— ¿De veras? —pregunté cautelosamente.

— Sí, aunque no sé si manifestártelo. —Parecía sincero—. Desea tener la oportunidad de demostrarte su amistad. Me entraron ganas de reír. ¡Mi amigo!

— ¿Por eso me ha declarado la guerra y me ha llamado ramera?

— A veces, cuanto más poderosos son los sentimientos, tanto más crueles son las palabras que usamos para disimularlos —me contestó galantemente.

— Estoy segura de que sus sentimientos con respecto a mí son muy poderosos, pero a causa del odio, no de la amistad.

— Te equivocas. Dale la oportunidad de demostrarte sus buenas intenciones. Recíbelo en Egipto tal como recibiste a César. Entonces te demostrará su benevolencia para contigo y con tus hijos.

— ¿Eso será antes o después de que yo le entregue a Antonio?

— Olvídate de Antonio —me contestó—. Carece de importancia entre grandes gobernantes de tu categoría.

— Comprendo —asentí. Y lo comprendía de verdad. Pero el deseo de Octavio de induirme a ser sumisa podía revolverse contra él en caso de que yo consiguiera entrevistarme con él cuando mi tesoro estuviera todavía a salvo—. Voy a recapitular mi situación. Sé que Octavio no desea mi persona, sino mi tesoro. Lo necesita para pagar a sus soldados que llevan años viviendo de promesas. Pero jamás lo conseguirá si no acepta mis condiciones. De lo contrario, lo destruiré. Te demostraré cómo. —Me levanté del trono y bajé para acercarme a él—. Acompáñame.

— Si lo recibieras tal como recibiste a César, comprobarías su benevolencia.

¿Por qué repetía constantemente aquella frase? ¿Insinuaba que lo recibiera en mi lecho?

— Si él fuera sincero en sus tratos tal como lo era César, podríamos llegar a un entendimiento —contesté.

— Eres joven —dijo Tirso, lanzando un suspiro—. ¿No crees que ya sería hora de que dejaras a los viejos? La juventud posee un encanto que la vejez no conoce.

— En tal caso, Octavio no me consideraría encantadora, pues soy mayor que él.

Me miró con fingido asombro.

— ¿De veras? Pareces muy joven.

— Será que me conservan las artes mágicas que Octavio asegura que practico —repliqué—. Él a mí me parece un niño.

— Oh, no, mi señora, tiene treinta y dos años. La misma edad que tenía Alejandro cuando murió. ¿Acaso era un niño Alejandro?

— Un glorioso y eterno niño—dios —contesté—. Ven.

Lo llevaría al mausoleo y le mostraría mi rescate.

Cruzamos varias salas del palacio. Al salir, la clara luz del sol me deslumbró. El sol estival, magnificado por el mármol blanco de la ciudad y el plano espejo del mar, era tan intenso que borraba los colores de cualquier cosa que iluminara.

— ¿Adónde vamos? —me preguntó, protegiéndose los ojos con la mano.

— A un lugar donde nunca penetra el sol —contesté, señalándole el recinto del mausoleo al lado del templo abierto de Isis—. A mi sepulcro.

— ¿O sea que, a pesar de que eres griega, has sucumbido a la fascinación egipcia por la muerte? —me preguntó con curiosidad—. Hasta en esta luminosa ciudad la sombra de la tumba se cruza en nuestro camino.

Nos estábamos acercando al edificio cuyas puertas parecían llamarnos.

— Crecer en Egipto es vivir en contacto con los muertos. Es algo inevitable. Los monumentos forman parte del paisaje. Nosotros no creemos que un cuerpo tenga que arder como una vela y ser guardado después en una urna. —Hice una pausa—. Pero para eso faltan todavía muchos años —le aseguré—, si Octavio se aviene a razones. ¿Por qué tendríamos que morir prematuramente ninguno de nosotros?

«Vamos a vivir —pensé con vehemencia—. Vivamos bajo el sol todos los años que la vida natural nos permita. Tal vez fuera posible. Si...»

Subí las gradas que rodeaban el mausoleo y entré. A mi lado, las sandalias claveteadas de Tirso rascaron el suelo de piedra.

Dentro las sombras nos envolvieron. Nuestros ojos tardaron un poco en adaptarse a la oscuridad.

— ¿Todo eso es para ti? ¿Y para Antonio? —preguntó Tirso en voz baja.

— Sí. Descansaremos en un lugar separado de los restantes Lágidas.

Estaba esperando que la oscuridad se disipara para poder mostrarle mi creación: mi tesoro—rehén. Allí dentro se estaba fresco, tan fresco como en un ambiente en suspenso y sin estaciones.

— ¿Por qué me has traído aquí? A mí no me gustan las tumbas.

— Pero es que ésta es una tumba muy especial. En primer lugar, por estas puertas. —Alargué el brazo y las señalé.

— ¿Qué tienen de particular?

— Ahora permanecen abiertas, pero están construidas de tal manera que sólo se pueden cerrar una vez. Cuando se deslicen por las guías de sus jambas, se cerrarán para siempre. Después del último entierro —el mío o el de Antonio—, cuando se retiren los deudos, las puertas nos sellarán en la soledad por toda la eternidad. Es una antigua idea egipcia aplicada a un templo de estilo griego. No nos molestarán los ladrones de tumbas porque no se enterrará junto con nosotros ningún objeto de valor.

Más que ver, presentí su estremecimiento.

— Vámonos.

No le hice caso.

— Los objetos de valor que te voy a mostrar se habrán entregado a Octavio y en el mausoleo no habrá ningún tesoro. Eso siempre y cuando Octavio acceda a mi petición.

Ahora ya nos habíamos acostumbrado a la oscuridad y veíamos cuanto nos rodeaba. Pasamos por delante de los dos sarcófagos y rodeamos las relucientes columnas negras para acercarnos a la montaña del tesoro.

Tirso se la quedó mirando con asombro. No lo esperaba.

Rodeé la pirámide del tesoro.

— Aquí hay oro, plata, perlas, lapislázuli, esmeraldas, todo en cantidad suficiente para pagar todas las deudas que tenga Octavio, por elevadas que sean.

Alargó la mano y tocó un lingote de oro.

— Ni siquiera está frío —se sorprendió.

— Es cierto —convine—. Quien diga que el oro es frío y duro jamás ha tenido el privilegio de tocar grandes piezas de oro puro. Es un metal muy suave y siempre deseoso de adaptarse a ti; y nunca se nota frío como el hierro. El oro es una sustancia muy misteriosa —dije, acariciándolo con cariño—. Tráeme la respuesta de tu amo cuanto antes, pues ya ves que tengo la posibilidad de destruirlo todo si su respuesta no me complace.

Le mostré la leña y la pez que había al pie del montículo.

— Él desea complacerte. —Tirso tomó mi mano y la besó—. Es su mayor deseo. —Se acercó un poco más sin soltarme la mano—. Confía en él y confía en el poder que ya ejerces sobre sus... sentimientos.

Volvió a besarme la mano sin soltármela.

— Pues entonces que deje de disfrazarlos y permita que afloren a la superficie —repliqué—. No se puede dar una respuesta a las intenciones ocultas.

Me siguió besando la mano mientras un mechón de su abundante cabello le caía hacia delante y me rozaba la muñeca.

— ¡Vaya! —dijo una áspera voz desde la puerta: la de Antonio.

Tirso se apartó avergonzado.

Antonio se acercó casi de un salto y agarró a Tirso.

— ¡Vaya! ¡Conque es eso lo que envía Octavio! ¡Un estúpido y servil muchacho! ¡Y tú! —añadió, acercándose a mí—. ¿Cómo permites que te babee la mano y lo animas a que lo siga haciendo? —Estuvo a punto de levantar a Tirso del suelo, agarrándolo por un hombro—. ¡Traicionándome a mí!

— No —contesté. No lo había interpretado bien y había estropeado mi

cuidadoso plan—. Ya basta. ¡Suéltalo!

— ¡No lo defiendas! ¿Cómo se atreve a tomarse estas libertades? —Acercó el rostro al de Tirso—. ¿Quién eres?

— Tirso, el amigo y liberto de Octavio —graznó el muchacho.

— ¡Un liberto! ¿Nos envía a un liberto como mensajero? ¿Y un liberto se acerca a la Reina de Egipto como un confidente? ¡Oh, qué insolencia!

— Mi señor —dijo Tirso—, no he hecho nada malo ni he cometido ninguna falta de respeto. La Reina me ha conducido aquí por motivos personales.

— ¿De veras? —dijo Antonio—. Y supongo que te ha invitado a que le tomes la mano, ¿verdad? ¡Tienes que aprender educación! ¡Guardias!

Los dos soldados que montaban guardia a la entrada del mausoleo respondieron a su llamada.

— ¿Mi señor?

— ¡Azotad a este hombre! —les ordenó—. ¡Llevedlo fuera y azotadlo!

— ¡Soy el enviado oficial de Octavio! —protestó el joven—. No te atreverás a...

No hubiera tenido que utilizar aquellas palabras. Intenté calmar a Antonio.

— ¡Por favor! —le rogué—. Es contrario al protocolo. Es indigno de ti.

— ¿Ahora lo defiendes? ¡Hubiera tenido que comprenderlo!

— Sólo intento impedir que lleves a cabo una acción precipitada que pueda dañar tu reputación.

— Dile a tu amo Octavio que, si quiere compensarlo, azote a Hiparco, mi antiguo liberto que desertó para unirse a él —le gritó a Tirso—. De esta manera, yo estaré doblemente satisfecho.

Soltó una áspera carcajada mientras los soldados se llevaban a rastras a Tirso.

— ¡Necio! —le grité—. ¡Lo has estropeado todo!

— ¿Qué es lo que he estropeado? ¿Tu doblez con Octavio? —replicó en tono despectivo.

— ¡Estoy tratando de salvar Egipto para mis hijos! ¡Es lo único que podemos esperar!

— ¿Y por eso atiendes y sonrías a cualquiera que te envíe Octavio? —gritó—. Me decepcionas.

— Estoy haciendo un trato, el trato más desesperado de mi vida. Este tesoro a cambio de la libertad de Egipto.

— Observo que no hablas para nada de «nuestra» libertad.

— Me temo que ésta no es probable que nos la concedan —dije—. Tengo

unas esperanzas limitadas, no unas esperanzas imposibles.

— ¿Qué te ha dicho?

— No ha contestado todavía a mi ofrecimiento. Por eso le estaba mostrando a Tirso el tesoro, para que comprendiera el verdadero alcance de lo que ofrezco. En cuanto al tuyo. Octavio lo ha rechazado, tal como yo sabía que haría.

— ¿Qué ha dicho exactamente?

— Que podrías encontrar otros medios para quitarte la vida.

— ¡Entonces puede que lo haga!

— Lo haremos los dos cuando llegue el momento. Ahora tranquilízate — dije, intentando calmarlo.

Pero mi espíritu estaba trastornado. Octavio no perdonaría el insulto de haber azotado a su enviado y endurecería su corazón contra mi oferta. Ahora ya ni siquiera la tomaría en consideración.

Oh, ¿por qué habría aparecido Antonio en aquel momento?

Regresé a toda prisa a mis aposentos alegando una reunión con Mardo, pero en realidad lo hice para pensar. A lo mejor tenía la oportunidad de arreglarlo. Pero Antonio no debería enterarse. Tenía que ver a Tirso antes de que regresara al campamento de Octavio. Tenía que decirle algo. Pero ¿qué? ¿Qué?

Ordené a uno de mis guardias que fuera inmediatamente al recinto de los castigos y ordenara el cese de la flagelación en caso de que ésta aún no hubiera terminado y que retuviera al hombre y después le dijera que me esperara. En cuanto el guardia se fue con la espada golpeando contra su costado, mandé llamar a Olimpo, quien no se alegró de que lo obligaran a interrumpir su cena.

— ¡Prepárame el mejor ungüento que conozcas para sanar las heridas! —le pedí.

Me miró con aire de superioridad.

— ¿Qué clase de herida? —me preguntó—. No todas son iguales. ¿Una herida por punción? ¿Una mordedura de perro? ¿Una herida de espada?

— Las magulladuras de una flagelación —contesté.

Me miró sorprendido.

— ¿A quién han azotado?

— ¡A la persona menos indicada! —contesté—. ¡Antonio ha despreciado todas las reglas del protocolo y ha mandado azotar al enviado de Octavio!

Hasta Olimpo se escandalizó.

— ¡No! —Después preguntó—: ¿Qué ha hecho para merecerlo?

— Nada —contesté—. Nada sino ser joven, pertenecer al bando más fuerte y comportarse como tal.

Era la verdad.

— Ah. —Olimpo sacudió la cabeza—. No es propio de Antonio. Está pasando por unos tiempos muy oscuros. Lo preparo ahora mismo. Creo que para la piel en carne viva lo mejor será una mezcla de barrilla tostada, vinagre, miel y hiel...

En su ausencia, redacté una estúpida nota para que Tirso se la llevara a Octavio, algo que yo pudiera firmar con el sello real. No importaba lo que dijera con tal de que no prometiera nada, pero le diera algo que pudiera abrir.

«Nobilísimo Oct...» No, aquel nombre no... «Joven César, ansío depositar todo mi tesoro a tus pies a cambio de tu solemne promesa de confirmar a mi hijo en el trono de Egipto...» Nada nuevo, pero al menos eran unas palabras.

Sosteniendo en mis manos la valiosa jarra de ungüento y envuelta en un holgado manto con capucha, bajé sigilosamente a los cuartos militares contiguos al palacio, donde Tirso estaba detenido.

Estaba sentado en un banco con el cabello pegajoso a causa del sudor y la cabeza inclinada entre las rodillas. Bajo la luz de las antorchas vi los verdugones de su espalda, unos pequeños surcos enrojecidos semejante a las minúsculas rodadas de una rueda. En algunos puntos la piel estaba desgarrada y colgaba a ambos lados. El joven gemía y se estremecía... ya no era el orgulloso enviado. Me acerqué a él y me eché la capucha hacia atrás. Sus ojos habían subido desde unas sandalias que no eran de soldado hasta llegar a mi rostro. Su sobresalto al reconocermé fue más que evidente. Pero no se levantó; tal vez pensó que todas las normas habían quedado anuladas.

— No puedo borrarle las heridas de la espalda —le dije—, por más que lo quisiera. Pero puedo ofrecerte esto, que favorecerá su curación.

Ojalá tuviera el poder de hacerlas desaparecer para que Octavio no las viera. Pero eso no estaba al alcance de Olimpo.

Antes de que pudiera contestar, me situé a su espalda y extendí el ungüento sobre sus heridas, rozándolas con la mayor suavidad que pude. Aun así, el joven hizo una mueca, pues eran profundas y estaban en carne viva. ¿Cuántas había? Conté unas ocho. ¿Cuántas hubiera habido si yo no hubiera interrumpido el castigo?

— Tenemos que pedirte perdón —le dije en un susurro.

Al final, decidió hablar.

— ¿Una reina le pide perdón a un liberto?

Ardía de furia.

— Cuando el liberto ha sido agraviado, sí —contesté—. Eso no hubiera tenido que ocurrir. Si puedes hacerlo, te ruego que lo borres de tu memoria. Sin embargo, no todo el mundo tiene la grandeza de espíritu necesaria y yo no me atrevo a abrigar esta esperanza. —Seguí aplicándole el ungüento en la espalda. Había sido tratado con gran crueldad—. No nos lo merecemos.

Estas últimas palabras parecieron ablandarlo. Volvió la cabeza y me dijo:

— Él no te perdona, pero yo te lo perdonaría todo. —Soltó una breve risita—. Me dijeron que era peligroso conocerte, pero que valía la pena correr el riesgo a pesar de todo. —Hizo una mueca cuando yo le rocé un verdugón más profundo—. Ahora comprendo lo que eso significa.

— ¿Quién lo dice? —pregunté. Tenía que saberlo.

— Casi todo el mundo en mi campamento. Incluso el propio Octavio.

— Pues dile que te he enseñado la verdad de la primera parte de la afirmación y que me gustaría hacer lo mismo con la segunda. Si... bueno, que lea esta nota que traigo para él.

¡Oh, Isis!, ¿qué estaba haciendo? ¿Aplicando un bálsamo a las heridas de un liberto y dirigiéndole veladas insinuaciones a mi mayor enemigo? Pero había prometido hacer cualquier cosa por Egipto.

— ¿Qué dice la nota? —preguntó Tirso.

— Bueno, eso sólo lo puede leer Octav... el imperator. —Hice una pausa—. Te traigo una capa para sustituir la que te han arrancado de la espalda. Tómala y, cuando la contemples, intenta recordar no las acciones de los soldados, sino lo que he hecho yo. —La saqué de una bolsa y se la eché sobre los hombros.

Era de la más fina y suave lana de Mileto. La ensangrentada espalda de Tirso la mancharía, pero necesitaba cubrirse para hacer el viaje y protegerse del polvo de la calzada. Confiaba también en que le sirviera de recordatorio visible de la visita secreta que yo le había hecho. Me abstuve de regalarle joyas porque no quería que se me vieran demasiado las intenciones.

Poco después, a primera hora de la mañana, Carmiana anunció a Epafrodito, quien entró a toda prisa con una bolsa bajo cada brazo.

— Majestad —dijo, haciendo una rápida reverencia—, tengo aquí los inventarios que me pediste, junto con las cifras del tesoro.

Sostuvo en alto una bolsa.

Necesitaba saber qué le entregaríamos a Octavio... y lo que intentaríamos salvar.

— Gracias —dije. Alargué la mano hacia los pergaminos y me parecieron muchos—. Resúmelos —le pedí, bajando las piernas al suelo desde el banco donde estaba recostada e indicándole unos asientos junto a la mesa de trabajo. Depositó la bolsa allí y la vació.

Desenrolló un pergamino.

— Aquí tienes los apuntes finales. —Señaló con un dedo una columna de cifras—. Lamento decirte que la economía de Egipto está muy sana. Hemos tenido la mejor cosecha en muchos años y la crecida del Nilo de este año promete repetir la hazaña. Las pérdidas de Accio se han recuperado y hasta se ha cubierto la destrucción de la flota que se dirigía al mar Rojo.

— Yo también lo lamento. Ojalá Octavio encontrara los graneros vacíos y un tesoro menguado. Lo has hecho todo muy bien, amigo mío. Me has servido fielmente a lo largo de todos estos años en contra de tus inclinaciones. A partir de hoy, deberás dimitir de tu cargo y regresar junto a los tuyos. Cuando llegue el momento, no te acerques a palacio. Deja los informes aquí y acepta mi agradecimiento como si fuera una despedida.

Me miró profundamente apenado.

— Parece una ingratitud.

— No, si yo lo ordeno —le dije—. Quiero que perezca el menor número de personas posible. De esta manera, triunfaremos sobre los romanos. Queda todavía una cosa: necesito un informe falso para entregárselo a Octavio en el que se excluya cierta parte de nuestra riqueza. Ocultaré algunas cosas que más adelante les puedan ser útiles a mis hijos. —Eché un vistazo a las cifras—. Creo que quedará suficiente para complacer a Octavio. No sospechará que faltan algunas cosas.

Epafrodito se inclinó y me cubrió las manos con la suya.

— No soporto oírte hablar así. Tan resignada a lo peor y a aceptar que todo ha terminado.

— Tenemos que esperar lo mejor mientras nos preparamos para lo peor. Nunca olvido, ni siquiera por un instante, que si Octavio muriera en la batalla, y no tiene por qué ser una gran batalla, pues las flechas vuelan igual de rápido en una pequeña escaramuza, todo cambiaría en un instante. Roma se quedaría sin gobernante y Antonio se convertiría de repente en el hombre decisivo y todos aquellos preparativos serían una broma. Pero...

Sabía que podía ocurrir, pero no podía contar con ello. Me levanté y tomé sus manos entre las mías. Me pregunté si alguna vez volvería a verle. Aquella prolongada y lenta bajada de la marea era muy dolorosa. La orilla quedaba cada vez más lejos y la teníamos que abandonar a la fuerza.

Dos semanas después:

— Un mensajero de Octavio, mi señora —anunció Mardo, asomando la cabeza por la mampara de marfil de mi estancia de trabajo.

Me lo dijo con tanta indiferencia que nadie hubiera imaginado el ansia con la cual estábamos esperando cualquier noticia acerca de su paradero.

Me levanté.

— ¿Acaba de llegar?

— Todavía lleva el polvo del camino en la capa —contestó Mardo.

El joven soldado iba efectivamente sucio a causa del viaje, pero yo observé que era un tribuno militar, no un soldado de infantería corriente. Estaba claro que Octavio había decidido enviar a alguien de más categoría que el anterior emisario.

— Te damos la bienvenida —saludé—. ¿Qué tiene que decirnos Octavio?

Permaneció de pie con los hombros erguidos, procurando disimular que lo estaba observando todo para presentar luego un informe.

— Mi señora, el imperator César desea comunicarte que se está acercando a la frontera de Egipto. En estos momentos descansa en Rafia.

— Ah, sí, Rafia. Un hito muy importante. Hace mucho tiempo, en la batalla de Rafia, Tolomeo IV utilizó por primera vez soldados egipcios para derrotar a su enemigo de Siria. Un momento decisivo. —Miré al joven—. Y supongo que Octavio espera que la hazaña se repita.

— Sería una suerte para todos nosotros si se repitiera —contestó el enviado—. Mi comandante te pide que le envíes la declaración de rendición a Pelusio.

— ¿Y por qué supone que se la voy a enviar?

— Porque dice que tú le has hecho un ofrecimiento basado en la premisa de que no haya derramamientos de sangre.

— Pero es que él no ha contestado a mi ofrecimiento y por eso yo he pensado que no quería aceptarlo.

Cuando él no contestaba, significaba que no había acuerdo. Por otra parte, después del trato que habíamos dispensado a Tirso, ¿qué otra cosa hubiera podido hacer?

— Muy al contrario. Pero la única manera de demostrarle tu buena fe es permitirnos pasar sin ningún impedimento a través de Pelusio.

Me eché a reír.

— Su descortesía al no contestar lo hace imposible. Ha despertado en mí ciertos celos acerca de sus intenciones. Ahora no puedo confiar en él.

¡Como si alguna vez hubiera confiado!

— Es justo lo contrario. Tienes que demostrarle que hiciste tu ofrecimiento de buena fe y que estás empeñada en evitar cualquier derramamiento de sangre aun a costa de algún sacrificio.

— Muchacho, ¿tú sabes qué ofrecimiento le hice?

— No, él no se lo ha revelado a nadie.

— Lo suponía.

Decidí no contárselo. O sea que se trataba de un asunto entre nosotros dos.

— ¿No ha enviado instrucciones al respecto ni ningún mensaje para mí?

— Te envía esto —contestó el joven, y abrió una bolsa de cuero de la que sacó una cajita.

La abrí y dentro encontré dos cosas: una moneda con una sibila y una esfinge, y un sello de jaspe con una esfinge.

— Si pretende desconcertame, lo ha conseguido —dije al final.

Tomé el sello y lo examiné cuidadosamente.

— Me pidió que te explicara que la moneda data de la época de César mientras que el sello es suyo. Te plantea un acertijo para que lo resuelvas de la misma manera que la esfinge, que es vuestra en Egipto y también suya, pues se trata de su sello personal, planteaba acertijos. Dice: «Hay espacio para dos en el misterio.»

No acertaba a imaginar qué podía significar. ¿Que ambos podíamos compartir el legado de César? ¿Que había habido profecías acerca de nosotros en los libros sibilinos? ¿Que pensaba entrar en Egipto para apoderarse de la esfinge egipcia, que él consideraba su símbolo? ¿Que sólo dos de los tres que éramos — él, Antonio y yo— sobreviviríamos? ¿Que había espacio en el mausoleo —el misterio de la muerte— para dos de nosotros? ¿O que dos podríamos compartir el tesoro amontonado en su interior?

— ¿Y qué voy a hacer yo con eso? —pregunté, extendiendo la mano en la que sostenía la moneda y el sello.

— Si en algún momento tienes algún mensaje para él, ponle el sello de la esfinge y él obrará inmediatamente en consecuencia.

Comprendí que el soldado no sabía nada más.

— Bueno, de momento no tengo más mensaje para él que el que tú le puedes comunicar de palabra: no puedo hacer ninguna concesión sin una petición formal y un acuerdo entre nosotros. Dile también que sigo empeñada en destruir el tesoro. Eso es todo.

— ¿Qué tesoro?

O sea que Octavio ni siquiera se lo había comentado.

— El ya sabe a qué me refiero. —Esbocé una sonrisa—. Dile que aplaudo su oscuridad y que trataré de resolver con calma el acertijo.

— ¿O sea que tenemos que avanzar hacia Pelusio?

Parecía decepcionado. Estaba claro que esperaban una capitulación.

— En la medida de vuestras posibilidades —contesté—. Y nosotros la defenderemos en la medida de las nuestras.

Celebramos una reunión familiar en el comedor de los aposentos de Antonio. Tenían que participar todos los niños, incluso los más pequeños. Todo seguía tranquilo y aterradoramente normal. No se había producido ningún éxodo en la ciudad, pues, ¿adónde hubiera podido ir la gente? Los alejandrinos siempre habían estado separados de Egipto y no era probable que se encontraran a gusto en los llanos campos de labranza del Delta o en unas tiendas del desierto. Si se alejaban por mar, no hubieran encontrado ningún destino que los acogiera. Por eso las cosas seguían igual que siempre.

El joven Antilo había pedido un plato romano que echaba de menos: jibias

rellenas y bulbos de gladiolo asados. Se disculpó señalando que ya sabía que era un plato muy local. Le dije que buscaríamos los bulbos de gladiolo en los almacenes del muelle y que, si no los hubiera, los sustituiríamos por cebollas. Pero conseguí encontrar unos cuantos. En Alejandría se encuentra de todo.

Alejandro y Selene tenían unos gustos más refinados, lo cual no era de extrañar, habiéndose criado en la corte más sofisticada del mundo. Pidieron camarones dorados y empanadas de cebollas albarranas, especificando que no querían aceite de oliva de segunda prensa.

— Qué remilgados son —comentó Antonio—. Pensar que mis hijos son tan remilgados.

— Yo no lo soy —intervino Antilo.

— Lo sé —dijo su padre—. Pero eso es porque viniste aquí cuando ya tenías los gustos formados.

— Tú tampoco —le recordé yo—. Y en cambio enseguida te acostumbraste.

— No, simplemente amplié mis gustos. Me siguen gustando los platos sencillos. —Se recostó en el triclinio y se apoyó en un codo—. Me complace teneros a todos reunidos a mi alrededor —añadió—. ¿Qué más podría desear un hombre? Tres hijos excelentes, una hija preciosa y una esposa extraordinaria. — Levantó la copa y brindó solemnemente por todos nosotros—. Estoy satisfecho de mi epitafio.

— ¡No hablemos de epitafios! —me apresuré a decirle—. Nunca podemos estar seguros de lo que se escribirá después acerca de nosotros.

— Pese a ello, no lo he hecho del todo mal —insistió Antonio.

— ¿Dónde está el pato? —preguntó Filadelfo, el pequeño Puerco Espín. Desde que lo llevaran a cazar a las marismas, decía que el pato era su comida preferida, aunque, en realidad, lo que le gustaba era el recuerdo de las embarcaciones, el agua y el susurro de las cañas. Yo había observado que siempre se lo dejaba casi todo en el plato. A sus cinco años, el pato era demasiado graso como para que pudiera digerirlo fácilmente.

— Enseguida lo traen —le aseguré.

Contemplé a mis hijos y eché profundamente de menos a Cesarión. Rezaba a todos los dioses, pidiendo que lo protegieran. Qué distintos eran mis cuatro hijos de mí y de mis hermanos. Mis hijos se querían y no había entre ellos ningún monstruo. Los Lápidas solían producir demonios en cada carnada, pero yo me había librado de aquel destino. Allí no había Arsinoes ni Berenices. A lo mejor, la introducción de sangre romana había evitado los malos resultados de muchas generaciones de endogamia.

— Si por casualidad vierais a Octavio a solas —les dije a mis hijos—, tratadlo con toda cortesía. No olvidéis llamarlo en todo momento imperator César. —Fue lo único que pude hacer para que no se me quebrara la voz—. No le gusta que lo llamen Octavio.

— ¿Por qué? —preguntó Alejandro—. ¿No es su nombre?

— Bueno, es uno de sus nombres. Es el nombre que tenía a tu edad. Cuando creció, adquirió otros que le gustaban más. De la misma manera que tú eres «Alejandro» y «Helios». Puede que algún día tú prefieras llamarte Helios. Entonces lo comprenderás.

— ¡No creo! —replicó—. Parecería demasiado presuntuoso.

— A algunas personas no les importa parecer presuntuosas.

— Me gusta que mis hijos no sean así —dijo Antonio.

— ¿No somos primos de Octavio? —preguntó Selene.

— Lejanos —contestó Antonio—. Él es sobrino nieto de César y yo soy primo de César en tercer grado. Ya podéis calcular el parentesco.

— Mmm. —Alejandro frunció el ceño y yo comprendí que lo estaba calculando mentalmente. Se le daban muy bien las matemáticas—. Necesitaría ponerlo por escrito —confesó.

— Me gustaría que accedierais a un capricho mío —les dije, sosteniendo en mi mano derecha la copa de ágata—. Ésta era la copa de mi padre. Recuerdo que una vez la llenó y se la acercó a los labios. Bebed de ella conmigo. —Hice una seña y un criado llenó la copa—. Me parece recordar que una vez me dijo que procedía de Macedonia, pero no estoy muy segura. En cualquier caso, yo siempre la asocio con él y ahora me gustaría verla en vuestras manos.

Tomé un sorbo y le pasé la copa a Alejandro.

Éste ladeó la cabeza, bebió y le pasó la copa a Selene. La niña cerró los ojos y levantó cuidadosamente la copa.

— ¿Filadelfo también? —preguntó.

— Todos —contesté yo.

Mi hijo menor tomó un buen sorbo y le pasó la copa a Antilo.

¿Qué sería de Antilo?, me pregunté. Antonio no había tomado ninguna disposición con respecto a él, como si no soportara la idea de hacerlo. Seguramente confiaba en que Octavio lo llevara de nuevo a Roma y cuidara de él. No había ningún lugar adonde enviarlo, ningún refugio; Egipto y la India no formaban parte de su herencia. Pobre Antonio, el romano exiliado. Mi corazón sufría por él.

— Hijos míos, puede que dentro de unos días Alejandría sea atacada —les dije—. Deberéis seguir las instrucciones que os dé el capitán de mi guardia por vuestra seguridad. Os hemos preparado unos escondrijos en unas galerías subterráneas de palacio. Allí hay comida, lámparas y agua. Cuando os den la señal, deberéis refugiarnos. No podemos saber qué ocurrirá después. Cualquier cosa que hagáis o sintáis, no olvidéis vuestra sangre. Es muy valiosa y será honrada incluso por el enemigo. No tengáis miedo.

— ¿No vamos a luchar? —preguntó Alejandro.

— ¡Por supuesto que sí! —contestó Antonio con su sonora voz de siempre—. Tenemos cuatro legiones a nuestro servicio, aparte la formidable Guardia Macedonia y los soldados egipcios. Y nuestra caballería está muy bien preparada. Yo mismo me pondré al frente de ella.

— Por no hablar de nuestra flota —le recordé yo—. Aún nos quedan unos cuantos barcos supervivientes de Accio y tenemos a punto los barcos de nueva construcción.

— Desplegaremos las líneas de batalla alrededor de la ciudad —dijo Antonio.

Era como si, sabiendo que todos los esfuerzos estaban condenados al fracaso, estuviera dispuesto a dar el todo por el todo. Pero antes hubiera tenido que reunir sus dispersas legiones, fortificar el Nilo y reforzar la guarnición de Pelusio con soldados egipcios. Demasiado tarde. La llama de la resistencia ardía en Antonio, pero su heroísmo brillaba más bien como una pira funeraria.

— Octavio ya ha iniciado la marcha sobre Pelusio —les expliqué a los niños—. Para ello, tiene que atravesar la calzada del desierto, un serpeante camino sin agua en estos sofocantes días de la canícula.

— Pelusio —suspiró Antonio—. Yo tomé Pelusio hace años.

— Sí, lo conoces muy bien —le dije.

— Cuando era un joven oficial de caballería y Gabinio decidió colocar de nuevo en el trono a vuestro abuelo Auletes... —se inclinó hacia Alejandro y Selene— por diez mil talentos; me envió a mí por delante para que tomara la fortaleza mientras él esperaba cómodamente en Judea. La tomé por asalto...

Había retrocedido en el tiempo como si los años se hubieran esfumado.

Incluso le había cambiado la voz.

— Es un lugar muy difícil de asaltar, pero yo encabecé un ataque impresionante y la fortaleza cayó. Querían matar a los prisioneros de guerra egipcios, pero yo me negué a hacerlo porque habían luchado con valentía y merecían que se les perdonara la vida. ¡Cómo se enfadaron conmigo! —añadió, tomando un buen sorbo de vino.

— Gracias a ello, te ganaste la simpatía de los egipcios —dije yo—. Tu clemencia los emocionó a todos.

— Sí, fue el principio de mi relación amorosa con Egipto —recordó Antonio—. A partir de aquel momento, nos convertimos en una sola cosa. —Hizo una pausa teatral—. Fue entonces cuando conocí a vuestra madre —les dijo a los niños, inclinándose hacia ellos en gesto de complicidad—. Cuando ella sólo era un poco mayor que tú —añadió, acariciando la barbilla de Selene.

— No me la puedo imaginar a esta edad —señaló la niña con la feroz ignorancia propia de los muy jóvenes.

— Pues la tenía —sonrió Antonio—. Era tan joven como Perséfone antes de que Plutón se la llevara. Tan joven como las flores que arrancaba. Y la amé

desde el primer instante en que la vi.

— Está exagerando —les dije a los niños—. Su memoria embellece el pasado.

— ¡No, es verdad! —insistió Antonio.

— Siempre tan galante —dije yo.

A lo mejor me avergonzaba de no haberle querido entonces y de no haber pensado que volvería a verle. Me parecía una ceguera por mi parte. ¿Cómo era posible que no me hubiera dado cuenta? El único recuerdo nítido que conservaba de él en aquella época era el de los festejos de Dioniso. Había hablado de vinos como un entendido y se había mostrado indulgente con la conducta de mi padre. Y yo se lo había agradecido.

— Puede que Pelusio resista —dijo Antonio—. A lo mejor. Octavio no logrará quebrar su defensa. Pero, cualquier cosa que ocurra, recordad que vosotros estaréis a salvo —les dijo a los niños—. Hay unas normas en la guerra, por las cuales los hijos de los personajes encumbrados siempre son tratados con cortesía. La costumbre la inició Alejandro con la mujer y los hijos de Darío. Pensaban que los ejecutaría o los vendería como esclavos, pero los trató con respeto. Incluso llegó a casarse con la hija de Darío.

— ¡Bueno pues, yo nunca me casaré con Octavio! —dijo Selene, echando la cabeza hacia atrás.

— Ya te he dicho que son unos presuntuosos —me dijo Antonio entre risas—. Escuchadme bien, hijos míos —añadió, mirándolos—. Tenéis que hacer cualquier cosa que sea necesaria.

Recordé de repente un verso de Epafrodito. «Sí, pues un perro vivo es mejor que un león muerto.»

Mientras hay vida, la rueda de la fortuna puede seguir girando y levantarte del polvo.

La dulzura de los higos y los dátiles con natillas de miel con que rematamos la comida no sirvió para elevar nuestro ánimo. Contemplé a mis hijos mientras comían y pensé que eran encantadores; sólo un monstruo les hubiera podido causar daño. Las crías de todas las especies nos atraen, incluso las de los cocodrilos y las cobras. Sólo los cazadores de corazón endurecido las matan sin pensar, condenándolas no por lo que son sino por aquello en lo que pueden convertirse. Me dolía el corazón por ellos. Rezaba para que la combinación de dudas políticas, pragmatismo y sentimientos familiares detuviera la mano de Octavio, quien no albergaba pensamientos tan nobles como Alejandro. Sin embargo, se sabía que siempre se mostraba considerado con sus parientes. La familia romana era su único y verdadero dios, a pesar de los muchos santuarios que había mandado erigir en honor de Apolo.

Le pedí a Isis que Octavio decidiera preservar la vida de aquellos niños.

Cuando los criados hubieron quitado la mesa, me levanté y extendí los

brazos.

— Venid todos aquí. —Quería abrazarlos a todos y que todos nos abrazáramos los unos a los otros. Los cuatro me obedecieron y, además, Alejandro y Selene me abrazaron los costados, hundiendo las cabezas bajo mis hombros; Filadelfo me rodeó las rodillas y Antilo y Antonio formaron una protectora muralla a nuestro alrededor. De una forma inesperada, cruzó por mi mente un pensamiento: «¡No me dejéis nunca!» Sin embargo, sólo atiné a decir—: Que todos nos recordemos siempre los unos a los otros y recordemos este momento.

EL DÉCIMO ROLLO

EL mar estaba en calma. Todo el mundo contenía la respiración. Al mediodía no soplaban el menor viento en las calles desiertas y los muros de los edificios irradiaban una luz cegadora y un intenso calor. Desde mi privilegiada posición en lo alto de las murallas del palacio, no veía el menor movimiento en toda la ciudad.

Me asomé al muro de la torre por el lado que miraba al puerto; abajo estaban las gradas de mármol blanco que bajaban al agua, visibles como unas líneas quebradas bajo la superficie. Era el lugar donde solían reunirse los criados, donde los niños chapoteaban y jugaban y donde estaba amarrado el pequeño trirreme. Pero aquel día sólo había soldados repartidos por todo el recinto: mi Guardia Macedonia, el último baluarte que un invasor tendría que vencer antes de entrar en el palacio.

Pelusio había caído apenas siete días después de que se recibiera la noticia de que Octavio se dirigía a Rafia. Seleuco, el comandante de la guarnición, había llegado a un acuerdo con el enemigo en lugar de luchar. ¿Quién se lo hubiera reprochado, con la clase de mensaje que Antonio había transmitido, creando una asociación de personas dispuestas a morir juntas? Sin embargo, la mala noticia iba acompañada de otra buena: nuestras fuerzas no eran tan inferiores en número a las del enemigo como nosotros pensábamos. Todas las tropas estaban concentradas en Alejandría, donde podríamos hacernos fuertes y combatir con la ventaja de defender nuestro propio territorio. Pero lo mejor de todo era que Antonio había despertado finalmente de su letargo y se pondría al frente de sus hombres como sólo él podía hacerlo. Los soldados lo seguirían, pues poseía una capacidad innata para inspirarles entusiasmo y sin duda llorarían de alivio y gratitud al ver que su comandante volvía a ser el mismo de siempre. Cuando apareciera Octavio, se llevaría una desagradable sorpresa.

Me aparté de la muralla, cuya luz cegadora me hería en los ojos. Destacando contra la blancura del mármol, el azul del mar era tan puro como el alma de un niño no nacido. Más allá del Faro y del rompeolas, el azul se extendía sin interrupción. No se vislumbraba ningún barco en el horizonte... todavía.

Mi flota esperaba en el puerto. Como en Accio. Había unos cien navíos de guerra tanto egipcios como romanos.

Los mensajes de Octavio habían cesado. Yo no había utilizado el sello de la esfinge, pues no tenía nada que comunicarle aparte lo que ya le había dicho. Por lo visto, estaba dispuesto a desafiar mi bravata —en caso de que la considerara en estos términos—, marchar sobre Alejandría y tratar de apoderarse del tesoro antes de que yo lo destruyera.

La intensidad de la luz y la radiación del calor me aturdía, pero hice un esfuerzo y me quedé donde estaba.

«Todo estará oscuro y tranquilo en el mausoleo —pensé—. Aprovecha el sol todo lo que puedas.»

Habíamos recibido informes sobre el avance de Octavio, naturalmente. Nuestros hombres habían regresado al galope para informarnos: «Ahora está en Dafne... ahora está cruzando el canal de Neco desde el Nilo de los Lagos Amargos. Ahora está en Pitón. Ahora en Heliópolis...»

Heliópolis. Cuando Octavio la dejara atrás y cruzara el Nilo propiamente dicho, ya le quedaría muy poco.

Llevaba siete legiones y Agripa no estaba con él. Avanzaba sin su brazo derecho, confiando en su suerte. En una horrible inversión de la situación: marchaba por el mismo camino que había recorrido César para defenderme y salvar Alejandría. César había avanzado con mucho cuidado y había sorprendido al enemigo; en cambio, nosotros sabíamos muy bien dónde estaba Octavio.

Cuatro días antes había sido visto en Terenutis, en el Brazo Canópico del Nilo, y la víspera ya estaba en Canopo, a quince millas de Alejandría.

Había sido una marcha muy rápida. ¿Concedería un descanso a sus tropas antes de la arremetida final? Los hombres estarían agotados después del esfuerzo ininterrumpido que habían realizado desde Rafia. Y él sabía sin duda que los combates por Alejandría serían muy encarnizados.

Nosotros teníamos cuatro legiones romanas y suficientes soldados egipcios como para formar una quinta, más un considerable ejército de caballería. Antonio había estacionado a los egipcios en lugares estratégicos de la ciudad y había reunido a los romanos justo delante de la Puerta del Sol en el este, listos para enfrentarse con Octavio.

Ahora que ya era tan tarde Antonio había recuperado su espíritu de lucha, como si Marte hubiese estado durmiendo y se hubiera despertado de golpe para unirlo con la sangre de la batalla. Desde la toma de Pelusio por parte de Octavio, había estado preparando y adiestrando a las tropas.

Algo en el horizonte... ¿unos barcos? Me protegí los ojos con las manos y agucé la vista, pero la sombra se desvaneció. A lo mejor había sido sólo una gaviota, vista por el rabillo del ojo. En la otra dirección, por el este, no podía ver nada desde el lugar donde me encontraba, pues me lo impedían las murallas de la ciudad.

Todo estaba a punto. Los niños ya sabían lo que tenían que hacer, sus refugios los esperaban en las entrañas del palacio. Mardo, Olimpo, Carmiana e Iras habían recibido las últimas instrucciones. Con mi habitual afán de perfección, había tratado de organizarlo todo hasta el último detalle. Sobre todo el último detalle.

No obstante seguía creyendo que aún nos quedaba alguna posibilidad no sólo de supervivencia sino incluso de victoria. Octavio lucharía con grandes desventajas: con unos soldados cansados que no cobraban la paga, se encontraban en un territorio desconocido y lo tenían a él por comandante. Octavio

no podía competir con un Antonio pletórico de fuerza ni con unas tropas descansadas que combatirían en la defensa de su propia ciudad.

Yo sostenía en la mano un ramillete de flores que ya se habían marchitado a causa del calor. Arranqué las flores una a una y las arrojé al agua de abajo, contemplando cómo volaban por el aire y caían al mar. Unas manchitas de color flotaron valerosamente, creando una especie de mosaico. Unas pisadas muy fuertes. Antonio apareció doblando la esquina, tras haber subido los peldaños de dos en dos a pesar de la pesada armadura y la espada que llevaba.

— ¡Ya está aquí! —anunció—. Lo acaban de ver en el Camino de Canopo. Los hombres avanzan a marchas forzadas. Debe de querer llegar aquí y establecer el campamento antes de la puesta del sol.

El penacho de su yelmo se agitaba y la visera me impedía verle los ojos, pero su voz sonaba joven y animosa.

— Yo no veo nada —dije.

— Muy pronto se tendrá que distinguir la polvareda. Piensa armar un buen alboroto. La caballería lleva una milla de adelanto y él la utiliza para reconocer el terreno. Los atacaremos antes de que encuentren un lugar donde descansar.

— ¿Cómo, ahora?

No era posible, ya era la tarde y... yo estaba convencida de que el enfrentamiento tendría que ser por medio de una gran batalla.

— Lo pillaremos por sorpresa —contestó Antonio—. Destruiremos su avanzadilla. —Dio una palmada a su espada—. ¡Ah, cuánto me alegro de poder comportarme una vez más como un hombre!

Acarició la espada como si fuera un olvidado animal doméstico.

— ¿Y qué haremos nosotros aquí? —pregunté.

Tendría que preparar el mausoleo, reunir a los niños... ¡Oh, dioses! ¿Lo tendríamos que poner todo en marcha en aquel sereno y despejado día? ¿Poner en marcha unos acontecimientos para que se deslizaran inexorablemente por su cuenta, como las puertas del mausoleo se deslizaban por sus guías?

— Reza a todos los dioses por nuestro éxito —me dijo, tomando mis manos entre las suyas—. Ellos te escucharán.

Contemplé su rostro bronceado por el sol y sus ojos todavía invisibles bajo la visera del yelmo.

— Bésame —le pedí de repente. Me pareció que, si no me besaba, no tendría suerte en la batalla.

Se inclinó rápidamente para darme un beso, pero su mente ya estaba lejos.

— Adiós pues —se despidió.

¿Eso era todo? Sabía que era todo lo que podía ser, pero me pareció una actitud muy fría.

— Adiós —repetí, contemplando cómo daba media vuelta y bajaba los peldaños en medio del revuelo de su capa. Me agarré al cortante borde de la muralla, incapaz de moverme, de apartarme de allí y de empezar a poner en marcha las cosas.

Ahora me pareció ver una tiznadura en el horizonte. Se acercaban los barcos. La flota de Octavio navegaba impulsada por los remos, no por las velas.

Por consiguiente, este décimo rollo tendrá que ser el último. Acabo de empezarlo. Y es bueno que así sea. El número diez tiene su mística; puede que no sea mágico como el siete, el tres o el doce, pero bastará para contener toda mi vida. Tenemos diez dedos, la formación de un niño dura diez meses lunares y la semana egipcia tiene diez días. Isis desde File visita a Osiris en su isla cada diez días, Y todos los hombres veneran el número cien, que es diez dieces.

Junto con todas las demás cosas, también he adoptado disposiciones para ti, rollo mío, en compañía de todos tus hermanos. Te seguiré escribiendo hasta que mi mano pueda. Y, si por casualidad, todo eso fuera estúpido y prematuro, puede que algún día haya veinte rollos, siempre y cuando mi vida siga adelante y no se detenga en un sofocante y sereno día.

La puesta de sol era de un intenso color morado, tan intenso como el mediodía al que había sucedido. El delicado violeta parecía surgir del mar y extenderse por toda la ciudad. Era una noche que a los alejandrinos les hubiera encantado para celebrar cenas, conferencias y discusiones, todas ellas amenizadas con dulces vinos de importación y toda suerte de exquisiteces. Pero en aquel lento ocaso no se observaba el menor movimiento en las calles.

Entraron los criados para encender las lámparas, los pocos criados que nos quedaban. Había despedido a los libertos y los había enviado a sus casas. Ahora sólo teníamos a los esclavos y a los servidores más fieles. Los ejércitos de criados que convertían el palacio en un lugar tan ruidoso y lleno de colorido ya no estaban. El resplandor de las lámparas de aceite creaba unos círculos amarillentos en la sala.

De pronto oímos un estrépito junto a las puertas. Mardo y yo permanecemos de pie, cogidos de la mano. Cualquier cosa que fuera, había llegado el momento. Cerré los ojos y respiré hondo varias veces.

Más ruidos, el rumor de los cascos de unos caballos y de unos hombres armados. Corrí a la ventana y miré. Los jinetes llevaban unas antorchas encendidas cuyo resplandor me permitió ver que eran romanos. Pero ¿qué romanos? Parecían muy contentos, se reían y daban enérgicos brincos.

De pronto vi a Eros con la cabeza descubierta. Estaba haciendo girar en círculo a su caballo y trazando arcos con su antorcha.

— ¡Eros! —grité y entonces vi a Antonio a su espalda.

Antonio levantó la vista y me miró con expresión exultante. Sin pérdida de tiempo, tomé la mano de Mardo y juntos bajamos a toda prisa los peldaños y salimos al patio donde se habían reunido los jinetes.

— ¡Mi Reina! —exclamó Antonio cuando nos acercamos a él. Se inclinó y me levantó del suelo hasta la altura de su silla sin dejar de besarme. Me quedé en suspenso en el aire mientras sus labios cubrían los míos sin apenas dejarme respirar—. ¡Lo hemos conseguido! —gritó mientras me ayudaba a sentarme en la silla delante de él—. Nos hemos abatido sobre ellos con tal rapidez que apenas han tenido tiempo de montar en sus monturas. Los hemos derrotado, hemos matado a unos cien y el resto ha regresado corriendo junto a Octavio. —Se rió y volvió a besarme—. ¡Hubieras tenido que oír sus gritos! ¡Parecían gatos escaldados!

Canidio había ayudado a Mardo a montar en su caballo y ahora ambos nos miramos sonriendo mientras una sensación de alivio nos inundaba y nos dejaba exhaustos después de la tensión.

Las instrucciones de muerte desaparecieron y nos parecieron una pesadilla obscena.

— ¡Vamos a celebrar un festín! —les dijo Antonio a sus hombres—. ¿Lo podemos organizar, amor mío?

— Las cocinas están preparadas —le aseguré.

Nos las arreglaríamos.

— Y vino también, en cantidad suficiente para alegrarnos sin que mermen nuestras facultades para mañana —precisó—. Y música...

— Sí —dije yo—. Esta noche, lo que sea.

Los detalles los averigüé después. Cómo cruzaron la puerta de la ciudad, galoparon camino abajo unas cinco millas, pasaron por delante de la arboleda de Némesis donde se levantaba un monumento conmemorativo en honor de Pompeyo y descubrieron los preparativos de un campamento. Los soldados habían empezado a cavar trincheras y a trazar calles, pero nada más. Estaban descansando con sus caballos y apenas tuvieron tiempo de montar cuando vieron que las fuerzas de Antonio se les echaban encima. Estaban agotados y no les quedaban ánimos para contraatacar. Muchos murieron inmediatamente y los demás se dispersaron y desaparecieron en todas direcciones.

— ¡Algunos de ellos hasta se adentraron en el mar con sus caballos! —exclamó Antonio—. ¡Como si esperaran que Poseidón acudiera en su ayuda! —Sus grandes manos rodeaban una gran copa de oro de cuyo vino tomó un buen sorbo—. Y aquí te presento al soldado más valiente de todos, mi lugarteniente Aulo Celso. Cabalgó directamente hacia ellos causando estragos a diestro y siniestro con grave riesgo de su vida.

Vi a un corpulento joven todavía vestido con su armadura, una manchada coraza de cuero y un maltrecho yelmo bajo el brazo.

Antonio había arrastrado a sus hombres a la fiesta vestidos tal como estaban.

Celso inclinó la cabeza.

— He cumplido con mi deber y ha sido un placer.

— Es demasiado modesto —dijo Antonio—. La verdad es que ha sido la mano de Marte. Estaría contento, mejor dicho, orgulloso, si alguno de mis hijos fuera tan buen soldado como él.

— Estoy viendo que necesitas un uniforme un poco mejor —le comenté al soldado—. Procuraremos que tu recompensa sea no sólo útil, sino también provechosa.

El bullicio en la sala aumentaba por momentos gracias al vino y a la sensación de alivio que todos experimentábamos. Fue casi como en los viejos tiempos, a pesar de que la tensión aún no se había disipado. Los hombres comieron y bebieron, pero no hasta el extremo de perder la cabeza. Al final, Antonio se levantó de su triclinio y extendió las manos para pedir silencio. Lo obtuvo muy pronto... demasiado pronto, lo cual significaba que el silencio había estado al acecho todo el rato.

— Amigos míos —se dirigió a ellos—, os alabo por vuestra valentía de hoy. ¡Pero por nuestros combates de mañana os exhorto a no flaquear! Pues mañana nos enfrentaremos con todas nuestras fuerzas al enemigo y él se enfrentará a nosotros con todas las suyas. No con una simple avanzadilla, sino con todo el ejército. Toda nuestra fortuna dependerá de esta batalla.

Los hombres lo escucharon atentamente, pero con rostros inexpresivos. No pude adivinar sus sentimientos.

— Desafié a Octavio a combate singular —dijo de repente—. Sí, lo invité a enfrentarse conmigo de hombre a hombre con la espada en la mano.

No creía posible que los hombres pudieran quedarse más inmóviles e inexpresivos de lo que ya estaban, pero así fue. Los soldados que llenaban la sala le miraron fijamente y sin parpadear.

— Y él se negó. Pero, más que negarse de plano, contestó con impertinencia, «Si desea morir, hay muchos otros medios entre los que elegir». Qué listo. Qué mordaz. Pero, mirad, tuvo razón. Lo he estado pensando mucho. —Alargó la copa para que se la volvieran a llenar. Un criado se acercó y él esperó a que terminara de escanciar el vino antes de reanudar sus palabras—. Y he llegado a la conclusión de que mañana buscaré vivir o morir con honor. Derrotar al enemigo sería un honor y morir en el campo de batalla también lo sería. En cualquiera de los dos casos, triunfaré. —Tomó un buen trago de vino—. Por consiguiente, bebed conmigo y escanciad libremente el vino, pues mañana será un día decisivo.

Ahora los más fieles seguidores de Antonio se congregaron a su alrededor para reiterarle su lealtad. Los músicos volvieron a tocar. El vino corrió en abundancia. Fuera, las calles seguían desiertas.

Espero en la alcoba. Todo está a oscuras a excepción de una lámpara. Carmiana me ha quitado la túnica y la ha doblado y guardado tal como ha hecho cientos —miles— de veces. Me pasa la camisa de dormir por la cabeza como si yo

tuviera previsto de veras dormir. Me sostengo el espejo de metal delante del rostro y, bajo la luz de la lámpara, veo sólo unos grandes ojos, libres ahora del alcohol que los perfilaba y con polvo de malaquita en los párpados. Unos ojos corrientes, ni siquiera cansados o rodeados de arrugas. No revelan nada, ni alegría ni temor. Sólo una leve curiosidad.

Sí, siento curiosidad. Todo se reduce a eso ahora. Las preguntas sin respuesta tendrán su respuesta mañana.

Ya está aquí Antonio... debo detenerme.

Entró en la alcoba con una lámpara.

— ¿Cómo? ¿Por qué tan oscuro? —preguntó, tomando su lámpara para encender todas las demás, incluso la almenara que había en un rincón. Mientras lo hacía, yo me aparté del escritorio, me dirigí a la cama y me acosté.

Le observé mientras se movía por la estancia. Aún no estaba doblegado por el cansancio y rebosaba fuerza.

— Bueno, ya es hora de descansar. —Se volvió para quitarse la armadura y la túnica. Lo hizo solo, sin molestar a Eros—. Dentro de unas horas os volveré a poner —les dijo a las prendas, dejando la espada y el puñal sobre el montón.

— Deja estas cosas —le pedí, extendiendo los brazos hacia él.

Se acercó tal como había hecho también cientos, miles, de veces y me abrazó. Todo lo que estábamos haciendo era una repetición de mil acciones anteriores: desnudarnos, abrazarnos, acostarnos. No había nada fuera de lo corriente, la cotidianidad de los hechos resultaba adormecedora.

— ¿Has hablado con los niños?

Sólo con eso traicioné la diferencia entre aquella noche y cualquier otra noche.

— Sí. Ahora mismo. Ha sido muy duro.

Al día siguiente abandonarían sus aposentos y bajarían a las salas especiales que les habían preparado.

— También lo habrá sido para ellos.

— Creo que para ellos es algo así como un juego —dijo—. A los niños les encantan los pasadizos secretos, las cerraduras y los escondrijos.

Lo estreché en mis brazos.

— ¿Por qué has encendido todas estas luces si lo que queremos es dormir? —le pregunté. No me apetecía tener que levantarme para apagarlas.

Se echó un poco hacia atrás.

— Porque quería mirarte —contestó.

No dijo: «Por última vez.»

Me emocioné.

— Pues mírame —susurré.

Estudió mi rostro con tanta atención como si estuviera examinando un texto.

— Durante años ha llenado mi visión —dijo—. Ha sido lo único que veía. No pude reprimir una sonrisa.

— Entonces son ciertos todos los desvaríos de Octavio —me burlé—. El triunviro no tiene ojos más que para la Reina, su mundo se ha reducido a su alcoba...

— No, eso es una tergiversación. Sólo quería decir que has llenado mi mundo, no que lo hayas oscurecido. Si acaso lo has embellecido y me has aclarado la visión.

No hizo falta que dijera todas las cosas que había hecho por mí y en mi nombre. Había llegado el momento decisivo. Dejé de mirarme, cerró los ojos, se inclinó hacia delante y me besó.

Nos estrechamos largo rato en un prolongado abrazo más allá de la pasión. Al final, mientras permanecíamos tendidos el uno junto al otro, tuve que decirlo.

— Mañana, cuando te vayas, me prepararé para ir al mausoleo. Carmiana, Iras y Mardo me acompañarán. Pero esperaremos a encerrarnos dentro hasta que sepamos con certeza lo que ha ocurrido. Si nos dicen que es Octavio el que cabalga hacia el palacio, jamás nos encontrará vivos. Y tampoco pondrá las manos en el tesoro. Pero no puede producirse ningún error. Tú y yo tendremos que ponernos claramente de acuerdo acerca de la señal. Si no oigo dos sonidos muy claros de trompeta y tu voz gritando «¡Anubis!», correré al monumento y haré todo lo que ya sabes.

— ¿Por qué Anubis?

— Porque cualquier otra cosa, mi nombre, el tuyo, Isis o Victoria, la podría gritar cualquiera. En cambio, a nadie se le ocurrirá gritar «Anubis». De esta manera, no podrá haber ninguna confusión.

— Entonces, ¿estamos de acuerdo en que si no derrotamos a Octavio, vamos a morir?

Aborrecía la palabra «muerte».

— Si no lo derrotamos, moriremos de todos modos, sólo que el lugar y el momento los elegirá él.

— Sí —convino Antonio, inclinando la cabeza.

— No hablemos más de eso —rogué.

— Es curioso la de veces que he adoptado disposiciones definitivas —dijo él—. En la Partia, en Paretonio... Entonces mis amigos no querían permitírmelo; en cambio, ahora tú, mi esposa, me instas a que lo haga.

Me llamó la atención que inmediatamente me hubiera visto como la enviada

de la muerte, más insensible que Eros o Lucilio.

— Entonces no era el momento —fue lo único que pude decirle—. Hacer las cosas prematuramente enoja a los dioses, pero demorar el momento apropiado obstaculiza los designios que ellos tienen para nosotros. —Le besé las mejillas y el nacimiento del cabello, allí donde los bucles se ensortijaban sobre su frente y sus oídos—. Quisiera conservarte para siempre —susurré—. Y lo haré, pero no aquí. Tendremos que seguir viviendo en los Campos Elíseos.

¿Creía de veras en su existencia? ¿Existían los Campos Elíseos, unos prados con mariposas y flores silvestres? Quería creerlo. Lo quiero creer ahora. Ahora...

— ¿No podríamos morir juntos? —me preguntó en tono quejumbroso—. Morir separados es un golpe muy duro.

— No es posible —contesté con firmeza—. Yo intentaría impedirte y tú intentarías impedirme a mí. Ninguno de los dos querría que el otro muriera primero y, mientras discutiéramos, Octavio se nos echaría encima. No, ésta es la única manera.

Pero lo abracé con fuerza, como si con eso pudiera evitarlo.

No podría acompañarle en la batalla; tendría que permanecer hasta el final en mi ciudad y él no podría eludir la tarea de ponerse al frente de su ejército. Al amanecer nos separaríamos y cada uno iría al encuentro de la muerte que le correspondiera. Sería absurdo que a mí me mataran montada a caballo y muy triste que él se escondiera en el mausoleo y eligiera mi modalidad de muerte, pues era la propia de los reyes y los faraones. Él tendría que morir como romano y yo como egipcia.

— Si quieres conservarme a tu lado —le dije—, combate mañana como jamás en tu vida hayas combatido. ¿Crees acaso que en este preciso instante Octavio no está adoptando disposiciones con respecto a su propia muerte? Puede que mañana sea él quien caiga, sin haber alcanzado siquiera la edad de Alejandro. ¡Está en tus manos!

— Puedes tener por cierto que haré todo lo que mi capacidad física me permita —me aseguré—. Pero los dioses...

«¡Malditos fueran los dioses! —se me ocurrió pensar impíamente—. ¡Nosotros los desafiaremos!»

Antonio cerró los ojos y permaneció tendido a mi lado, con un brazo alrededor de mis hombros y la mano colgando. En penumbra vi sus dedos doblados tal como suelen estar en momentos de descanso, formando un suave semicírculo. Su respiración no era tan profunda como durante el sueño profundo, pero se había quedado adormilado.

De repente, oí unos lejanos compases musicales. ¿Alguien en la silenciosa ciudad estaba despierto y celebraba una fiesta? Aquel silencio tan impropio de Alejandría había persistido hasta entonces.

Presté atención y volví a oír la música, ahora con más claridad. Eran flautas y panderos. Parecía una procesión lejana. Pero ¿quién podía desfilar por las calles aquella noche?

Me zafé del abrazo de Antonio y crucé el frío suelo de mármol para acercarme a la ventana. La suave luz de la lámpara de la alcoba enmascaraba la profunda noche del exterior. No veía nada. En todas direcciones la ciudad permanecía en silenciosa espera; en algunos lugares ardían antorchas, pero sólo la blancura de la piedra servía para iluminar el conjunto.

El mar reflejaba el estrellado y desierto cielo y la flota de Octavio permanecía anclada más allá del rompeolas. ¿Estaba el cielo ligeramente enrojecido hacia el este por las hogueras del campamento enemigo, o eran simples figuraciones mías?

Otra vez la música. Más fuerte y definida, procedente del otro lado de los muros de palacio, hacia el Camino Canópico. Un grupo de personas que cantaban, gritaban, tocaban la flauta y los címbalos. De un momento a otro aparecerían por el otro lado para dirigirse hacia el este y entonces quedaría a la vista.

El sonido parecía brotar directamente del suelo y estaba pasando justo bajo las murallas del palacio. Debían de ser muchos y ahora ya se encontraban al otro lado del Camino Canópico, pero yo seguía sin ver nada. Abrí la puerta de la terraza, salí, miré a la ancha calle de mármol de abajo y vi que estaba desierta, pero llena de un sonido que, de repente, me resultó fatalmente familiar. Lo había oído antes, la noche en que murió mi padre.

Era Dioniso, acompañado por su grupo de bacantes y adoradores. ¡Nos abandonaba! ¡Abandonaba a Antonio!

Ahora el ruido sonaba más lejano y estaba cruzando la Puerta de Canopo hacia el este.

El dios de Antonio lo había abandonado, tal como había abandonado a mi padre.

Era una despedida inequívoca y mortal.

Me agarré con fuerza a la barandilla mientras el corazón me martilleaba en el pecho. Sin su dios, sin Dioniso, Antonio estaba perdido.

¡Qué cobarde era el dios! Lo odiaba con toda mi alma ¿De qué sirve un dios que te abandona en la hora definitiva? No merece ser un dios, ¡es peor que Planco, peor que Ticio y que Delio!

¡Ojalá la casa de los Lágidas jamás hubiera mantenido tratos con Dioniso!

¿Lo habría oído Antonio? Regresé corriendo a la cama y me volví a acostar. Antonio parecía profundamente dormido. Mejor. Me tendí a su lado y observé cómo la estancia se iba aclarando poco a poco.

Pero tú, oh, Isis, jamás abandonarás a tu hija. Tú eres la diosa suprema, capaz de salvar. Tengo que confiar en ti. Incluso ahora. Sobre todo, ahora.

SE despertó con toda tranquilidad, si es que efectivamente había dormido. La estancia aún estaba casi a oscuras, pero aquel día —aquel día que se prolongaría eternamente y terminaría eternamente— tenía que empezar antes del alba.

Sacó los pies de la cama y sacudió la cabeza.

— He tenido unos sueños muy raros, unos sueños tan raros que mejor hubiera sido permanecer despierto. He soñado una extraña música.

Volvió a sacudir la cabeza como si quisiera despejarse.

— No pienses más en eso —me apresuré a decirle.

Echó un vistazo a la ropa y dio unas palmadas para llamar a Eros, que se presentó de inmediato. Debía de haber dormido al otro lado de la puerta, o más bien habría permanecido en vela, pues no era probable que ninguno de nosotros hubiera conciliado el sueño.

¿Habría Eros oído también la despedida? No se lo podía preguntar, pero, a juzgar por su pálido y ojeroso rostro, deduje que sí.

Sosteniendo en sus manos el cuenco de agua caliente, Eros dejó que Antonio se arrojara agua a la cara y el cuello y después, con mucho cuidado, secó el rostro de su amo.

Antonio se volvió a poner la ropa; la túnica interior de lana roja, la pesada coraza, el pañuelo para protegerse el cuello de las quemaduras del sol y las sandalias de correas anudadas alrededor de las piernas. A continuación, Eros le ajustó la espada a la derecha y el puñal a la izquierda. El pesado yelmo no se lo pondría hasta el mismo momento de salir.

Poco a poco la luz había ido penetrando en la estancia y ahora yo recorrí las cortinas para que entrara el día. Fuera el mar resplandecía y las dos flotas permanecían ancladas frente a frente.

Antonio y yo nos miramos desde extremos opuestos de la estancia mientras Eros se retiraba a una sala contigua.

Inmóvil en su armadura, Antonio parecía una estatua de Marte. La orgullosa cabeza del hombre que me había llevado consigo a lo largo de tantos esfuerzos y peligros me miró con infinita tristeza. No pude soportar la mirada de sus ojos, una mirada que decía: «Adiós, ahora tenemos que separarnos aunque no queramos.»

Me arrojé en sus brazos y lo estreché con fuerza, apoyando el rostro en el duro metal de la armadura. Ya estaba ensimismado, lejos de mí.

De pronto, sentí que me tiraba del pelo y me echaba la cabeza hacia atrás para besarme. Levanté el rostro para acercarlo al suyo y recibir el beso.

— Adiós, amor mío —fue lo único que le pude decir.

Comprendí que jamás volvería a verlo.

Dio media vuelta y abandonó la estancia sujetando el yelmo sin mirar hacia atrás.

Y así terminó. Ha terminado. Ahora espero a media mañana la noticia que no deseo recibir. Cuando él se fue, me vestí, llamé a los niños, los abracé y jugué un rato con ellos. Mardo está aquí, junto con los demás. Vino Olimpo. Le mostré los rollos y el lugar donde los había guardado. Me reiteró la promesa. Después me dio un beso en la mejilla y se retiró para esconderse en su casa hasta que pase el peligro. Le dije que sólo tendría que añadir este rollo a los demás. Lo llevaría conmigo dondequiera que estuviera. Pareció aceptarlo; por lo menos, no hizo preguntas.

Uno a uno todos se van. Me he quedado desnuda como un atleta antes de una prueba.

Mardo me roza el hombro.

— ¿Qué plan de batalla tienen? —me pregunta.

— Publícula estará al mando de la flota —contesto—. Antonio se pondrá al frente de la caballería y Canidio mandará la infantería. Esta vez no habrá posibilidad de que el enemigo se niegue a entrar en combate. Sólo llevan unas horas acampados y no han tenido tiempo de cavar suficientes trincheras como para resistir un ataque.

No habrá un segundo Accio.

Sacude la cabeza.

— ¿Y cómo lo sabremos?

— Por las voces de los soldados que vuelvan. Si hemos ganado, el grito será ¡«Anubis»!

— Muy apropiado —dice.

Mediodía, pero no tan caluroso como la víspera. La ligera brisa nos refresca. Subo nuevamente a las murallas y veo las flotas inmóviles, todavía ordenadas en líneas de batalla. ¿Por qué no se mueve nadie? ¿A qué esperan?

Asiendo con fuerza el borde de mármol, veo que, al final, los remos se mueven: los veo hundirse en el agua, levantarse e impulsar los navíos. Nuestra flota está abandonando el puerto para enfrentarse a la de Octavio.

Ahora los barcos del enemigo se mueven un poco y se retiran. Permanecerán al acecho como una pantera y dejarán que nos acerquemos a ellos. Por fin nos acercamos lo suficiente como para empezar a dispararles piedras y bolas de fuego. ¿Por qué no lo hacemos? ¡Disparad! ¡Sobadles una descarga!

Pero ellos siguen avanzando inofensivamente. Y en su lugar... no puedo creer lo que están viendo mis ojos... ¡se sitúan de costado y saludan a los barcos

de Octavio! Levantan los remos en un gesto de no agresión. Y enseguida... ¡lanzan unos gritos de compañerismo!

Unos gorros vuelan por el aire: júbilo, reunión. Las dos flotas se juntan fraternalmente. Nuestra flota, los navíos supervivientes de Accio y los barcos recién construidos, se han pasado al enemigo.

Eso sucedió hace varias horas. En aquel momento comprendí que la batalla estaba perdida. Dioniso nos había abandonado. Con mucha calma (¿por qué apresurarse?, todo había terminado), ordené que los niños se fueran a su escondrijo, tomé mi manto y este rollo, y me dirigí lentamente al mausoleo. Sus grandes puertas abiertas me dieron la bienvenida.

Nos seguían dos esclavos con un arcón que contenía mis vestiduras reales, la corona y el cetro. Era una corona más bonita que la que le había enviado a Octavio, tal como mi enemigo tendría ocasión de comprobar cuando la viera. Los seguía otro esclavo llevando un cesto de gran tamaño cerrado con una tapa. Los esclavos habían depositado ambos objetos en el suelo del monumento y se habían retirado.

Aquí no hay más luz natural que la que penetra desde el piso de arriba. Pero yo vacilaba sin querer seguir adelante con el plan por si oyera la milagrosa palabra *Anubis*.

Aún no sabíamos cómo le había ido al ejército al margen de lo que hubiera ocurrido en el mar.

En medio del tranquilo calor del mediodía me dirigí al contiguo templo de Isis para ofrecer mis últimas plegarias. Era una simple formalidad, pues ya no me quedaban palabras. Permanecí de pie delante de la estatua de la diosa tan blanca como la leche y le supliqué en silencio que ablandara el corazón de Octavio y salvara a mis hijos y a Egipto. «Míralos con misericordia —le rogué—. Que tu misericordia llegue también hasta Octavio.»

Fuera el mar besaba la base del templo y el puerto se estaba llenando de barcos que regresaban.

No quedaba mucho tiempo.

Bajé de la alta plataforma del templo y regresé al mausoleo. Ahora se oían unos gritos, un fragor de jinetes. Algo había ocurrido al otro lado de las murallas de la ciudad. Algo decisivo.

Le pedí a un criado que pasaba que corriera al Camino Canópico y me dijera qué ocurría. El criado me obedeció y se alejó corriendo.

Se oía ruido, mucho ruido, pero ningún sonido de trompeta que anunciara la victoria. Gritos y más gritos, rumor de cascos de caballos y pisadas.

Permanecí de pie en la entrada del mausoleo. No pensaba moverme de allí hasta que lo supiera; ahora ya no podía tardar mucho...

El muchacho regresó corriendo con la larga túnica volando a su espalda. Jadeando, se detuvo en seco delante de mí.

— Es... —casi no podía respirar—. Las legiones han sido derrotadas y la caballería se ha pasado a Octavio. —Dobló el tronco a causa de un doloroso calambre en el costado.

— ¿Las legiones han combatido y han sido derrotadas?

El chico asintió con la cabeza, con la cintura todavía doblada.

— ¿Y Antonio estaba al mando? ¿Se ha... está...?

— No lo sé. No creo. Parece que entre los hombres que regresaban no había oficiales, sólo soldados de a pie —contestó el muchacho.

O sea que Antonio había perecido en el campo de batalla. Era lo que él quería.

— Gracias —le dije al criado.

Quería ofrecerle una recompensa, pero sólo llevaba encima mis joyas. Me saqué los pendientes de perlas y los deposité en su mano.

Antes de moverme, cerré los ojos para que la tierra no diera vueltas a mi alrededor. O sea que eso es lo que se siente, así es cómo te lo comunican. Ni siquiera unas solemnes palabras finales revestidas de cierta dignidad. Sólo una conjetura, una deducción, una confusión.

«¿Se ha... está? No lo sé. No creo.»

Oh, Antonio, te mereces un anuncio mejor que éste y yo merezco saberlo con toda certeza. De otro modo, ¿cómo tendré el valor que necesito en esta hora? ¿Muerto en un campo? ¿Sería reconocible? Sí, claro, a través de los distintivos de su rango. Pero el enemigo se ocuparía de él. Oh, era demasiado doloroso como para soportarlo.

Y ahora yacía lejos de mí. Estaba anonadada, tan anonadada como si no lo hubiéramos preparado y nos cogiera por sorpresa. La crueldad de aquella situación me dejó sin habla, helada. Permanecí inmóvil, clavada en el suelo, mientras la gente corría a mi alrededor presa del pánico.

El mausoleo. Tenía que entrar. Tenía que regresar a su seguridad. Junto con Mardo, Iras y Carmiana. Hice un esfuerzo por dar media vuelta, abandonar el soleado exterior y volver a entrar en el mausoleo.

Ordené que se cerraran las puertas interiores. No las permanentes, pues ésas sólo se pueden cerrar una vez y primero teníamos que celebrar unos funerales. Pero eran unas puertas de roble muy sólidas, provistas de resistentes cerrojos y herrajes. Un enemigo hubiera necesitado un ariete para derribarlas.

Llevamos varias horas acurrucados aquí, a la espera de saber con absoluta certeza lo que ha ocurrido. Mi derecho a saber tiene que ser satisfecho, me digo; es sólo por eso y no por cobardía o arrepentimiento, por lo que no me atrevo a levantar la tapa del cesto...

¿Cuánto tiempo pueden vivir en este cesto? Muchos días, me han dicho. Las silenciosas criaturas permanecen inmóviles sin apenas respirar. Nakht había

cumplido muy bien mi encargo. Me dijo que eran muy valiosas. Pero ¿cuánto vivían aquellas criaturas? ¡Hay tantas cosas que quisiera saber, tantas cosas que quisiera aprender!, piensa la parte sana de mi mente. Soy joven y no quiero morir esta tarde. Esta tarde no... tal vez mañana por la tarde o por la noche, pero, ¡no esta tarde, dulce Isis!

Sin embargo, no fue más que una momentánea rebelión de mi deseo contra la firmeza de mi voluntad. No tiene que repetirse. Me incliné para ver si se oía algún sonido desde el interior del cesto para asegurarme de que la liberación estaba al alcance de la mano. Lo único que tenía que hacer era levantar una ligera tapa de mimbre.

A través de los barrotes de la puerta veía y oía que la ciudad era un hervidero de tropas. ¿Habría llegado Octavio? ¿Eran suyos los soldados? Subimos al piso de arriba que tenía una especie de balcón interior y unas ventanas que daban al recinto del palacio. Era la parte del edificio que no se había completado y dos de las ventanas carecían de barrotes.

Con tristeza contemplé el tumulto de mi amada ciudad, impotente y a la merced de un invasor, con las puertas de las murallas abiertas y los ciudadanos corriendo aterrorizados de un lado para otro. Y yo no podía evitarlo. Había dedicado toda mi vida a defenderla, pero mis esfuerzos habían sido varios, pues no había podido impedir la llegada de aquella triste hora. Mis alianzas, mis planes, mis estratagemas y mis sacrificios sólo habían servido para aplazarla, pero no para impedirla.

¿Por qué demorarlo por más tiempo? ¿Por qué seguir contemplando el terrible espectáculo del fracaso?; de repente, la muerte me parecía deseable. Di media vuelta para apartarme de la ventana y le hice señas a Carmiana y a Iras de que me acompañaran. Pero Carmiana, con el rostro muy rígido, me estaba indicando algo del exterior.

— Sí, es muy doloroso —le dije—. Pero no te tortures más contemplándolo. Tomé su mano.

— Mi señora, es que... mira adonde lo llevan —me dijo en un susurro, señalando con la mano un extraño y pequeño cortejo.

Hacia la derecha, por el camino del palacio, unos hombres transportaban en unas parihuelas un cuerpo rodeado por un grupo de criados.

A pesar de la distancia, vi que el hombre —pues era un hombre— estaba ensangrentado, pero seguía con vida. No mostraba la flaccidez propia de la muerte.

— Oh, amiga mía, es... es Antonio —dijo Mardo con un nudo en la garganta.

Sí, era él. ¿Había resultado herido en el campo de batalla y lo traían a palacio? ¿Había querido que lo llevaran junto a mí? Experimenté una oleada de alivio y le di gracias a Isis por estar todavía viva. Lo hubiera echado de menos si me hubiera armado de valor unos minutos antes.

Estaba tratando de incorporarse, pero le faltaban las fuerzas. Toda la parte delantera de su túnica estaba ensangrentada y la sangre chorreaba al suelo desde las parihuelas. Le habían quitado la armadura.

Uno de los criados aporreó la puerta, pero yo le dije a gritos desde la ventana:

— No podemos abrir ahora, de lo contrario Octavio entraría y se apoderaría del tesoro. Pero ¿no podríamos usar la ventana?

Había unas cuerdas procedentes de las inconclusas obras de albañilería del piso de arriba. Las arrojamos para que ataran las parihuelas. La altura era considerable y yo me pregunté si tendríamos fuerza para izar las parihuelas. Antonio era un hombre muy fornido y ahora era casi un peso muerto, pues no podía ayudarnos en nuestro esfuerzo.

Se le veía tan débil, tendido allí con la sangre escapándose a borbotones de la herida y el rostro intensamente pálido y sin apenas poder hablar.

— ¡Valor! ¡Valor! —le grité para darle ánimos mientras los cuatro tirábamos de las cuerdas hacia arriba para izar las parihuelas. No teníamos fuerzas suficientes y, cada vez que las parihuelas golpeaban contra la piedra de la pared, Antonio hacía una mueca de dolor.

— Date prisa —me dijo en un susurro que casi no pude oír.

Haciendo un supremo esfuerzo, los cuatro conseguimos izar las parihuelas hasta el alféizar de la ventana, desde donde las levantamos y las colocamos en el suelo.

— ¡Oh, amor mío, no te mueras sin mí! —oí que decía mi voz mientras me arrojaba sobre su pecho pegajoso de sangre. Ahora yo también estaba ensangrentada, pero era lo que quería. Me mojé las palmas de las manos con su sangre y me las pasé por la cara y el cuello. Después, sin darme cuenta, me rasgué la parte superior de la túnica, me la quité y le cubrí el pecho con ella. La sangre la empapó de inmediato.

— Mi señor, mi esposo, mi emperador —le susurré al oído—. ¡Espérame!

Sabía que nada lo hubiera podido salvar; la herida era mortal. Apenas podía hablar.

— ¿Cómo te la han hecho? —le pregunté, apoyando mi mano sobre la herida—. ¿Cómo han podido traspasar la armadura?

— Me la he hecho... yo mismo —contestó—. Ningún enemigo sino sólo Antonio. Sólo Antonio conquista a Antonio.

— Mi valiente imperator —susurré. Me incliné para besarlo. Sus labios ya estaban fríos.

— Eros —murmuró—. Eros...

— ¿Qué le ocurre a Eros?

Sólo entonces reparé en su ausencia.

— Me ha fallado —dijo Antonio, tratando de reírse, pero no pudo, pues le dolía demasiado—. Ha desobedecido mis órdenes. Cuando hubiera tenido que matarme y yo me había dado la vuelta, se mató él.

— Oh, amor mío...

Acuné su cabeza en mis brazos. No había sido el noble final que habíamos planeado, sino un final chapucero, doloroso y poco elegante.

— Un poco de vino —pidió con un hilillo de voz.

Le ofrecieron una copa y, con nuestra ayuda, consiguió incorporarse un poco y beber.

— Viene Octavio —dijo.

Tomó mi mano en la suya. Con la otra mano yo empecé a golpearme el pecho. Él trató de impedírmelo, pero no tuvo fuerzas.

— Por favor —musitó—, no me compadezcas por esta última jugada del destino. Recuerda toda la suerte que he tenido durante muchos años y piensa que he sido el hombre más ilustre y poderoso del mundo. Incluso ahora no he caído con ignominia.

— Sí —convine. Las lágrimas me impedían ver su rostro, ahora que aún estaba vivo y movía los labios—. No, se te ha concedido una muerte honrosa. Los dioses te han otorgado un último regalo.

Sentí que la presión de su mano se aflojaba y me soltaba la mía a regañadientes. Cerró los ojos y pareció concentrar todas sus fuerzas en una serie de actos respiratorios entrecortados, cada uno de los cuales hacía que brotara más sangre de la herida del pecho. Experimentó un último estremecimiento y dejó de respirar.

— ¡No! ¡No! —grité, como si quisiera obligar al pecho a seguir moviéndose. Pero no se movió y la mano resbaló y quedó inerte a su lado con la palma hacia arriba.

Los párpados estaban cerrados y las largas pestañas se habían juntado; ahora aquellas espesas y largas pestañas sobre las cuales yo solía gastarle bromas mantenían los párpados cerrados para disimular la dureza de la muerte y borrar su indecencia.

Antonio había muerto. Todo el mundo se estaba alejando.

— Señora. Señora.

Alguien estaba tirando de mí en un intento de separarnos. Mi cuerpo estaba casi pegado al suyo debido a la sangre. Lo abracé con todas mis fuerzas. No quería irme, no quería que me apartaran.

— Querida amiga —dijo Mardo—. Tienes que hacerlo. El ya se ha ido.

No quería soltarlo, pero me arrancaron de su lado y Mardo me tomó en sus brazos y bajó conmigo al piso de abajo, dejando a Antonio solo en sus parihuelas.

— No... —dije mirando hacia atrás.

— Tendrá un entierro como es debido —dijo Mardo—. Pero eso puede esperar. ¿Has olvidado a Octavio? ¡Ya debe de estar a punto de llegar!

Octavio. ¿Qué me importaba a mí Octavio? Nada me importaba en aquellos momentos, sólo permanecer en los protectores brazos de Mardo, mi más antiguo y verdadero amigo, y dejar de pensar. El mundo se había convertido en un reseco cascarón y Antonio yacía muerto allí arriba.

Apreté su brazo en silencio. ¿O acaso le dije algo? No lo sé. Sólo sé que, en medio del remolino de sensaciones en el que sentí que mi espíritu abandonaba mi cuerpo y regresaba flotando al piso de arriba para unirme con Antonio y huir de toda la sangre y la vileza de aquella hora, advertí que me depositaban en el suelo. Mardo me había dejado delante de las grandes puertas.

Me empujó hacia ellas apoyando las manos en mis hombros.

— ¡Mira allí! —me urgió.

No. No puedo mirar nada en tan inmediata sucesión. Pero él me empuja implacablemente hacia los barrotes.

Enjambres de personas. ¿Qué personas? ¿Y qué más da? Me siento muy débil, me agarro a los barrotes para sostenerme en pie. Hay sombras en la hierba. Han transcurrido varias horas desde que Antonio se despidió lenta y dolorosamente de este mundo. Es un tiempo más allá del tiempo. Me parece extraño que el tiempo verdadero haya transcurrido en el exterior. No deseo volver a entrar en él. Quiero permanecer en este lugar inmutable de piedra y puertas cerradas sin tiempo y sin estaciones.

— Señora —dice Carmiana a mi lado, secándome el rostro manchado de sangre con un pañuelo—. ¡Valor!

Ahora el tiempo vuelve a ocupar su espacio, como si fuera la cuerda de una polea que lo une todo. Veo la gente del exterior. Son soldados romanos. No los nuestros, si no otros: de Octavio.

Son hordas enteras, pisotean la hierba de los jardines de mi palacio, se sientan en las gradas del templo de Isis. Beben agua de sus botas, mondan fruta, se ríen. Para ellos es una fiesta: la obscena fiesta de la victoria, contemplada ahora por los vencidos. ¿Habría en el mundo un sabor más amargo que éste?

— Mira de dónde vienen —musitó Mardo.

Vi a un grupo de oficiales que avanzaban resueltamente hacia nosotros. ¿Se encontraría Octavio entre ellos?

Y después... y ahora... No puedo reconstruir cómo ocurrió y cómo pudo suceder tan rápido.

Un estrépito desde arriba, desde el lugar donde está Antonio. Loca de emoción, vuelvo la cabeza gritando: «¡Sabía que volverías!»

¿De veras lo sabía? ¿Esperaba que se incorporara y regresara a la vida y

me buscara gracias a la fuerza de una voluntad y un deseo más poderosos que la muerte? ¿O era simplemente la locura que se apodera de nosotros como consecuencia del carácter absoluto y definitivo de la muerte?

Alguien baja ruidosamente los peldaños del piso de arriba, su rostro y su figura permanecen envueltos en las sombras y, mientras yo me vuelvo a mirarle, me agarra por un brazo.

No es la mano de Antonio. Por consiguiente, tengo que acabar con todo aquello. Saco el puñal que guardo en el cinto y es curioso el pensamiento que flota en mi mente: «Lástima que no puedan ser las serpientes, ya no hay tiempo para las serpientes, sólo para el cuchillo. —Me entristezco—. En eso también he fallado.»

Una fuerte mano me lo arrebató y me retuerce dolorosamente la muñeca. Oigo el chasquido metálico del puñal en el suelo y una afanosa respiración.

— ¿Qué más hay aquí? —oigo que pregunta una voz. Me sacuden con tal fuerza que me crujen los dientes y me arrugan lo que queda de la túnica—. Entonces no hay veneno.

Nadie me había puesto jamás las manos encima de aquella manera ni me había tratado con semejante brusquedad.

— ¡Ya la tengo! —grita la voz—. ¡Ahora todo está seguro!

Dos hombres bajan del piso de arriba, se precipitan hacia la puerta y recorren los pestillos. Abren la puerta y aparece Galo con una sonrisa en los labios.

— Tú y tus servidores tenéis que acompañarnos —dice—. Es hora de descansar.

Se nos llevaron a punta de espada entre los soldados que bebían, sentados sobre la hierba. Al verme pasar desnuda y ensangrentada, todos me miraron en silencio.

Una prisionera en mi propio palacio. Me obligan a cruzar los majestuosos pórticos, las salas de mármol, los relucientes pasillos. Mis propios aposentos me están vedados. Mardo también ha sido privado de los suyos.

— ¡Por aquí no! —me advierten, cuando vuelvo la cabeza hacia el pasillo que conduce a mis aposentos.

Como si aquellos forasteros conocieran mejor mi casa que yo.

Nos conducen por un pasadizo abovedado hacia los aposentos de los huéspedes de menor rango, pero no sin que antes pasen por nuestro lado unas parihuelas que transportan un cuerpo inmóvil con el rostro discretamente cubierto y unos rígidos pies calzados con unas sandalias asomando por debajo del lienzo.

Las parihuelas procedían de los aposentos de Antonio.

— ¿Ahora ya no hay nada más? —pregunta uno de mis guardias.

— No. Ahora todo está limpio —le contestan.

Y se alejan a toda prisa.

— ¿Eros? —pregunto.

Ya conozco la respuesta. Lo han sacado del lugar donde cayó en la estancia de Antonio.

— Sí —contesta secamente mi guardia.

Pobre Eros. Si hubiera sido capaz de sentir algo, mi corazón se hubiera compadecido de él. Pero después de tantos horrores, uno más ya no aumenta la intensidad del dolor.

Utilizarían los aposentos de Antonio para alojar a sus enemigos. ¿Y los míos? ¿A quién estarían reservados los míos?

— ¿Quién tiene el honor de ocupar los aposentos de la Reina? —pregunto.

— Ya está allí. El imperator César.

O sea que Octavio ya ha entrado en Alejandría y ha tomado posesión de todo.

— ¿Cuándo llegó?

No paro de hacer preguntas mientras nos empujan hacia delante.

— Entró en la ciudad a última hora de esta tarde —contesta el soldado—. Lo hizo en un carro en compañía del filósofo Areyo. Convocó a todos sus oficiales en el Gymnasion y allí les aseguró que preservaría la ciudad por respeto a Alejandro, su fundador, y también por las múltiples bellezas que encierra y, finalmente, para complacer a su amigo Areyo.

— Muy noble —comento. Ahora se las daba de rey—filósofo—. Qué alejandrino.

— Se dirigió a los reunidos en griego —añade el hombre.

— Habrá sido una hazaña —digo en tono despectivo.

Todo el mundo sabía que sus conocimientos de griego eran muy escasos. Otro espectáculo del rey de las mascaradas.

— Aquí. —Se detienen bruscamente y me señalan una puerta.

La estancia del interior me espera. Es un lugar muy sencillo, algo que yo sólo asignaría al secretario de un emisario. Pero Octavio debe de necesitar todo el espacio de mis aposentos.

— Adentro.

Carmiana, Iras, Mardo y yo entramos.

— Os enviarán comida y ropa —dicen.

Se cierra la puerta.

En la estancia había cuatro camas —aunque en realidad eran más bien unos catres—, una jofaina, una lámpara y una ventana a la que se acababan de

colocar unos barrotes, pues todavía perduraba el olor de la piedra picada y del metal caliente. A través de ella podía ver el ala del palacio que aquella mañana — ¡aquella misma mañana!— todavía me pertenecía.

Carmiana había recogido el material de escritura, pero, al preguntarle yo dónde estaba el fatídico cesto, sacudió la cabeza.

— Lo he dejado olvidado, señora, te pido perdón. El cesto y el arcón se han quedado allí.

¡Otro golpe! Hasta eso me arrebatában.

A los pocos minutos nos entregaron una caja con ropa y mantas, pan y fruta. En mi obstinación, hubiera deseado rechazar ambas cosas, pero me tenía que quitar lo que quedaba de la ensangrentada túnica. Dejé que Iras y Carmiana me limpiaran la sangre con un lienzo húmedo. El agua del cuenco adquirió un tono rosado como si la sangre de Antonio la hubiera teñido. Cuando la arrojé por la ventana, me dolió que lo hiciera.

— Bueno... —dijo Carmiana, envolviéndome en una áspera túnica—. Ahora descansa.

Me tendí, pero sabía que no podría dormir. Fuera oía las voces de los soldados divirtiéndose en los jardines de palacio. La algarabía duró toda la noche.

A primera hora de la mañana entró un soldado sin llamar ni pedir permiso.

Me incorporé de golpe. Ya era hora de terminar con toda aquella situación.

— Exijo ver al imperator —ordené—. Inmediatamente.

Me miró, perplejo.

— El imperator tiene el día muy ocupado —me contestó—. Quiere visitar la tumba de Alejandro y después se tiene que reunir con los funcionarios del Tesoro.

¿O sea que no pensaba prestarme la menor atención? ¿Hasta qué punto pretendía humillarme?

— Dile que aplace la visita a Alejandro: no escapará de su tumba —dije—. Como todo el mundo, esperará al imperator. Tengo que hablar con él acerca del entierro de Antonio. ¡Por favor!

Mardo y las mujeres me estaban escuchando atentamente.

— Lo están asediando con toda suerte de peticiones para enterrar a Antonio —dijo el soldado—. Algunos reyes orientales y sus parientes romanos... todos compiten por este honor.

¡Ojalá hubieran competido por el honor de servirle cuando él los necesitaba!

— Tengo que ser yo y sólo yo quien lo entierre con mis propias manos — insistí—. ¿Acaso no soy su esposa y una reina?

— Le transmitiré tu petición al imperator —aseguró el hombre como si se tratara de un asunto sin importancia.

— ¡Y mis hijos! ¿Dónde están mis hijos?

— Bajo la vigilancia de una guardia de confianza.

— ¿Viven? ¿Nadie les ha hecho daño?

— No —contestó.

— ¿Lo juras?

— Por el honor del imperator —asintió—. No se les ha tocado ni un solo cabello de la cabeza.

— ¿Puedo verlos?

— Tendré que preguntarlo.

Me habían dejado reducida a una simple madre que deseaba ver a sus hijos, a una esposa que quería enterrar a su marido y a la que se negaba incluso la posibilidad de pedirlo como no fuera a través de un mensajero.

— ¿Qué está haciendo el imperator para no poder recibirme en cuestión de una hora?

— Está examinando el tesoro que acaban de sacar del mausoleo. Hay que hacer un inventario.

— Claro. —No habría manera de arrancar a Octavio de su preciado botín—. Pero allí hay algo mucho más valioso... el cuerpo de mi marido.

— Será retirado y tratado con honor —dijo el soldado—. Te lo puedo asegurar.

Mi primer día de cautiverio transcurrió muy despacio. A su manera, fue una suerte que me tuvieran encerrada en aquel confinamiento tan estrecho, pues me sentía tan débil y aturdida que lo único que podía hacer era permanecer tendida en la cama o bien mirar a través de la ventana. Con mis tres fieles amigos podía desahogarme, llorar y dormir según me apeteciera.

No recibí respuesta de Octavio, sólo una bandeja con la cena en cuanto se hizo de noche.

Mis guardianes se complacían en entrar en la estancia sin avisar y a las horas más intempestivas. Antes de que amaneciera, el mismo oficial entró, abriendo ruidosamente la puerta.

— ¡Señora! —dijo, inclinándose sobre mi lecho.

— No hace falta que grites tanto. Estoy completamente despierta. Pero enciéndeme la lámpara, por favor.

Llevaba una antorcha.

— Ahora mismo.

Se volvió para hacerlo. No era antipático aquel ruidoso soldado.

— ¿Cómo te llamas? —le pregunté.

— Cornelio Dolabela —contestó—. Conozco al imperator desde hace años y estoy a su servicio desde la última campaña. —Colocó la lámpara en su soporte—. Me complace anunciarte que mi comandante ha accedido amablemente a tu petición. Puedes tomar las disposiciones que desees sobre el funeral de Antonio y organizarlo como tú quieras. Serás trasladada a unos aposentos más cómodos y se te asignará uno de los más fieles y apreciados libertos del imperator.

— Doy gracias al imperator.

— Dice que no repares en gastos —añadió Dolabela.

— El imperator es muy generoso.

Bien se podía permitir aquel lujo, ahora que se había adueñado de mi tesoro.

El entierro de Antonio... ¿cómo lo puedo describir? ¿Diciendo que fue espléndido y digno de un rey? No se escatimó ningún honor terreno y estuvo rodeado de todas las deslumbrantes manifestaciones de majestad que tanto habían ofendido a Roma cuando se supo el contenido de su testamento. Fue colocado en un ataúd dorado sobre un pesado carro dorado, detrás del cual caminaban los deudos entre solemnes cantos fúnebres, como si se tratara de una lenta y prolongada representación del cortejo dionisiaco que había abandonado la ciudad tres noches atrás. El cortejo salió de palacio y recorrió la ciudad, pasando por delante de los lugares donde tan feliz había sido Antonio y donde ambos habíamos vivido nuestros mayores momentos de gloria. El Museion, el Gymnasion, el templo de Serapis, el ancho Camino Canópico, la Tumba de Alejandro, hasta regresar de nuevo al recinto de palacio, antiguo escenario de nuestros deleites.

Después entró en el mausoleo, donde esperaba el sarcófago de granito con la tapa levantada. El gran ataúd fue colocado en su interior y se cubrió con la tapa. El triste y melancólico rumor de las dos piezas al juntarse lo selló para siempre en su interior. Me arrodillé y deposité sobre la tapa un collar de flores como los que se colocaban los faraones, me incliné sobre la fría piedra y murmuré:

— Anubis. Finalmente Anubis, amor mío.

Fue mi despedida.

Eso fue lo que vio el pueblo.

Pero yo... yo vi otras cosas. Antes de que se cerrara el ataúd, había subido a la cámara donde éste descansaba sobre un catafalco. Los mejores especialistas del mundo se encargaron de mi amadísimo Antonio y lo prepararon lo mejor posible para el viaje. Cuatro grandes antorchas en trípodes de hierro ardían en cada esquina del catafalco. Me acerqué al ataúd y me incliné hacia él, temiendo lo que iba a ver.

Antonio parecía distinto, más encogido, como si toda su saludable corpulencia hubiera volado junto con su espíritu. No es propio de la naturaleza de la carne permanecer tan absolutamente inmóvil como él estaba en aquel momento.

Pude soportarlo porque no era él. Aquél no tendría por qué ser el último recuerdo que yo conservara de él, la imagen que yo llevara conmigo. Me incliné para darle un beso de despedida y entonces lo vi.

Sus manos eran las mismas de siempre y parecían vivas. La cicatriz de su mano derecha, la que Olimpo había curado y yo conocía tan bien: era Antonio. Todo él parecía concentrado en sus manos serenamente entrelazadas. Sus manos fueron mi perdición.

Apenas recuerdo nada de lo que ocurrió después, exceptuando algunos retazos de escenas que, curiosamente, conservo en mi memoria con tanta claridad como un cuadro y que son los que me han permitido contar los detalles arriba apuntados, pero se apoderó de mí una pena tan grande que lo único que pude hacer fue caminar casi a trompicones detrás del carruaje fúnebre mientras hacíamos el recorrido a través de la ciudad. Había mucha gente mirando, pero yo no la vi, sólo veía el lento y chirriante carruaje fúnebre y sólo sentía el dolor de la pérdida. Ahora sabía lo que había perdido, Antonio ya no estaba, Egipto había sido conquistado y sólo quedaban las heces de la derrota. Las oleadas de calor que surgían de las blancas calles y los blancos edificios de mármol me deslumbraban y me agobiaban. Me rasgué las vestiduras como cualquier viuda de aldea que sabe que su vida está destrozada, me golpeé sin darme cuenta, me arranqué el cabello, dicen incluso que aullé como una mujer del pueblo y que les grité mi dolor a los dioses. Pero lo único que yo recuerdo es el dolor que borraba todo lo demás, no lo que hice o dije. Había dejado de existir, hundida bajo una montaña de angustia.

Al regresar, me derrumbé en mi lecho. Había otra cosa, algo en lo que no había pensado de momento, pero que ahora me inquietaba y no me dejaba vivir. Dolabela se encontraba de servicio. Le vi de pie en la puerta, a una discreta distancia. Pero yo lo llamé, sabiendo que me lo diría.

— ¿Señora? —dijo, inclinándose sobre el lecho en el que yo me estremecía de frío a pesar del sofocante calor de aquel día.

— Antilo, el hijo de Antonio. ¿Dónde está? ¿No hubiera tenido que estar entre los deudos?

Su rostro se ensombreció.

— El joven Marco Antonio ha muerto —respondió finalmente—. Lo mataron los soldados cuando se refugió en el santuario del divinizado César.

— ¡No es posible que lo hayan hecho! ¿Cómo se puede haber cometido un error semejante?

Aunque, en medio de la confusión de un ejército invasor, cualquier cosa era posible. ¡Antilo!

— No no fue un error, mi señora —contestó el honrado Dolabela—. El imperator lo ordenó.

— ¡Oh, dulce Isis! —exclamé en voz baja.

Entonces era posible que se atreviera a asesinar también a mis hijos. Nosotros los Lágidas estamos condenados. Si no había tenido compasión de Antilo, que no suponía ninguna amenaza para él, que no reclamaba nada de lo que Octavio quisiera para sí mismo y cuyo único delito era el hecho de ser hijo de Antonio, ¿cómo iban a escapar los míos, doblemente condenados por ser también hijos de Cleopatra?

Fue entonces cuando la fiebre se apoderó de mí y entré en el delirio.

Todo había terminado y yo estaba dispuesta a morir. Las serpientes sagradas, las armas de mi liberación y el sello de mi filiación de Ra, ya no estaban en mis manos, pero me quedaba todavía un camino abierto: me negaría a comer, me dejaría arrastrar por la fiebre y me consumiría. Cuando queremos morir, nuestros cuerpos nos ayudan. No pueden mantener cautivo nuestro espíritu mucho tiempo. Nuestras voluntades son más fuertes que la carne y pueden conseguir que ésta se encoja y deje de vivir. Ni comida ni agua, no tomaría nada, me agitaría en la cama bañada en sudor y torturada por unos sueños tan espantosos que la negrura de la muerte sería para mí una dulce amiga.

Olimpo se sentó a mi lado en la cama, me apartó suavemente un mechón de cabello de la oreja y me dijo en un susurro:

— Tanto si quieres oírme como si no, escúchame.

No di la menor muestra de haberle oído.

— Octavio ha enviado un mensaje. —Oí el crujido del pergamino, pero no me moví—. Mardo te lo va a leer.

El chirrido de la cama me hizo comprender que se había levantado.

— Señora —dijo Mardo con su habitual dulzura—, es necesario que prestes atención. —Al ver que yo no contestaba, se inclinó un poco más hacia mí—. Octavio dice que, si no dejas de causarte daño, ejecutará a tus hijos. Sabe que estás intentando matarte y lo quiere impedir. Si tú mueres, tus hijos también morirán.

O sea que seguían vivos. Había respetado su vida... de momento. ¿Por qué? ¿Qué se proponía?

— ¿Me oyes? —preguntó Mardo en tono apremiante.

Asentí lentamente con la cabeza.

— Te oigo —contesté.

No me cabía la menor duda de que Octavio cumpliría su amenaza. Pero ¿por qué quería que yo viviera? Su tan cacareada «clemencia» no sufriría menoscabo por el hecho de que una obstinada mujer se dejara morir de inanición. No me engañaba pensando que Octavio deseaba mantenerme en el trono. Sólo había un lugar en el que era de todo punto necesario que yo me presentara viva: su Triunfo. Me quería exhibir. Y no quería verse privado de su trofeo.

Sin embargo, si él quería algo, aunque se tratara de algo tan humillante y repulsivo como eso, yo aún estaba en condiciones de negociar. Había perdido el

tesoro, pero conservaba mi persona. Merecía la pena correr el riesgo para asegurar las vidas de mis hijos, ya que no su trono.

Me sometí a los cuidados. Permití que Olimpo me diera cucharadas de sopa y dejé que me aplicara una refrescante loción por todo el cuerpo para bajarme la fiebre. Dejé de protestar, pero seguía sin responder a las atenciones que me prodigaban.

Yo quería asegurar la supervivencia de mis hijos, morir y ser enterrada al lado de Antonio. ¿Cómo conseguirlo? Mis pensamientos daban vertiginosas vueltas tratando desesperadamente de elaborar un plan. Pero me sentía muy cansada, vacía y confusa. Había probado tantos planes, había hecho tantas apuestas por esto y por aquello, que no sabía si sería capaz de hacerlo por última vez.

«Tienes que hacerlo. De lo contrario, todo lo demás no habrá servido de nada.»

Pero ¿qué camino seguir? ¡Ojalá conociera mejor a Octavio! No puedo adivinar sus pensamientos, pero tengo que hacerlo. Es la única oportunidad que me queda.

Tengo que recuperarme para enfrentarme a él de igual a igual. Que piense que las circunstancias no me han hundido y que sigo siendo una estadista con quien él tendrá que negociar... o a la que, por lo menos, tendrá que respetar.

Necesito unos cuantos días para recuperar las fuerzas.

— ¿Cuánto tiempo llevo enferma? —le pregunté a Olimpo.

Mi voz estaba mucho más débil de lo que yo pensaba. Era un simple susurro.

Corrió inmediatamente a mi lado.

— Han pasado cinco días desde el funeral —me contestó.

Cinco días. Me había pasado cinco días soñando. Eso significaba que Octavio llevaba ocho días en Alejandría y Antonio llevaba ocho muerto. Me estremecí y Olimpo se apresuró a cubrirme los hombros.

— Ve a ver a Octavio —le dije—. O pídele a Dolabela que vaya él. Comunícale que me estoy recuperando, pero que necesito una caja que dejé en mis aposentos y cuyo contenido le permitiré inspeccionar. Y mis pergaminos, los que dejé en mi cuarto de trabajo. Los necesito. Que él los vea para que sepa que no es una estratagema. La caja de marfil con cerradura —precisé—. Y los pergaminos de la caja de madera que hay al lado de la banqueta.

— Primero, más sopa —dijo Olimpo con firmeza—. Una deliciosa sopa de leche de cabra y cebada...

Temblaba y estaba muy débil, tal como descubrí cuando traté de incorporarme. Mis huesos parecían de gelatina. Tardaría tantos días en recuperarme como los que llevaba enferma.

Mardo trajo ceremoniosamente la caja y la depositó sobre la mesa.

— No ha puesto ningún reparo —dijo.

— Corred las cortinas. Apagad la luz. Tengo que dormir.

Tuve un sueño muy dulce en el que surcaba los senos de las olas en una embarcación con las velas hinchadas por el viento de poniente. Sabía, tal como se sabe en los sueños, que era un viento de poniente y que me llevaba a casa de vuelta a Egipto, dejando Roma a mi espalda. Me acompañaba Cesarión, todavía muy pequeño, y yo sostenía su mano en la mía. Me notaba en la boca el salado sabor de la rociada marina, experimentaba las sacudidas del barco al cortar velozmente las olas...

— ¡Señora! —Una apremiante voz me llenó el oído y una mano me sacudió el hombro—. ¡Señora! ¡Es Octavio!

Las palabras se mezclaron con mi sueño y fue como si los cabos del barco cantaran: «¡Octavio! ¡Octavio!»

Pero me seguían sacudiendo y las palabras eran cada vez más fuertes.

— El gloriosísimo imperator César —gritó la voz de un desconocido.

Abrí los ojos y le vi mirándome fijamente desde la puerta de la estancia. Era Octavio.

A pesar de que una fría sensación de reconocimiento me recorría el cuerpo de arriba abajo, me seguía pareciendo un sueño. Era él en carne y hueso, tal como se le representaba en los cientos de estatuas, monedas y efigies.

Se había abatido inesperadamente sobre mí y había ganado la partida; no me había dado tiempo para elaborar un plan acerca de la mejor manera de dirigirme a él, no había podido echar un vistazo a los pergaminos y ni siquiera me había levantado y vestido.

Yacía en mi lecho de enferma, sucia, desnuda, sudorosa y débil. Él tenía todas las ventajas y yo no podía enfrentarme a él de aquella manera.

Me estaba mirando con visible desagrado y recelo. Echando mano de toda la reserva de fuerzas que me quedaba en las piernas, me levanté de la cama y me acerqué a él. La debilidad me obligó a caer de rodillas delante de él y a abrazarle los pies. Me estremecí al tocarlos; todo aquello me parecía una parte de mi sueño febril. Era plenamente consciente de que sólo llevaba una fina camisa de dormir y de que mi cabello estaba desgredado y enmarañado.

— Levántate, levántate —me dijo con aquella voz que yo hubiera reconocido en cualquier lugar. Baja, apagada y mortalmente monótona.

En realidad, no tenía fuerzas para levantarme, por lo que permanecí acurrucada en el suelo, temblando.

— He dicho que te levantes.

Finalmente, una muestra de emoción: un atisbo de impaciencia y hastío. Se inclinó, me rozó el hombro y me ofreció la mano. Estaba tan seca como la piel de

un lagarto. Me ayudó a levantarme.

— Imperator —dije con una vocecita tan débil que parecía casi un susurro —, tú ganas. Salve, amo y señor, pues los cielos te han otorgado el dominio y a mí me lo han arrebatado.

Octavio le hizo señas a un corpulento guardia para que me ayudara a regresar a la cama. No opuse resistencia; no sabía qué hacer. Después, para mi horror, se sentó a mi lado en la cama.

Nos miramos el uno al otro. Traté de concentrarme en lo que yo veía y en no pensar en lo que él debía de estar viendo. Era curioso lo poco que había cambiado. Sin embargo, la edad infunde un nuevo carácter a las facciones. El rostro triangular, los ojos separados, las orejas pequeñas, la desdeñosa boca eran los mismos, pero la expresión de los ojos y la severa mueca de la boca habían desterrado la antigua suavidad y ésta había sido sustituida por una implacable cautela. «El muchacho romano», lo llamaba Antonio, pero no tenía nada de muchacho y no le quedaba ni un retazo de juventud.

Sus ojos de un gris azulado rodeados por un borde más oscuro me miraban directamente sin el menor recato. Aquel hombre no tenía miedo de mirar mientras que el muchacho solía disimular sus miradas.

«Qué duro te has vuelto», hubiera querido murmurarle. «Y tú qué vieja te has hecho», me hubiera contestado él.

— Espero que la Reina ya se esté recuperando —me dijo cortésmente.

— Poco a poco me voy restableciendo —contesté, haciendo un esfuerzo.

— Debes cuidarte —añadió—. Tu salud es importante para nosotros.

Tenía que pensar. Aquélla era mi entrevista con Octavio, tanto si quería como si no. Tenía que sacarle el mayor provecho posible.

— Te agradezco tu interés.

Seguía mirándome fijamente.

— Durante muchos años, tú has llenado mi visión —dijo al final—. Dondequiera que mirara, tú me bloqueabas el camino.

Cambió ligeramente de posición en la cama donde estaba sentado. ¡Estaba a punto de marcharse!

— Mi señor, ¿podemos hablar en privado? —le rogué—. ¿Puedo despedir a estos servidores?

Me miró con asombro.

— Los guardias... —objetó.

— Los guardias de la puerta no, naturalmente. Pero ¿y los demás?

Asintió levemente con la cabeza. Bastó aquel ligerísimo movimiento para que el amo del mundo despidiera a todos los que lo rodeaban.

Octavio y yo nos miramos el uno al otro a menos de tres palmos de distancia.

Traté de sonreír. Sabía que mi sonrisa hablaba en mi favor. Levanté la barbilla como si me encontrara mejor de lo que realmente estaba. Tendría que olvidar la sucia y transparente camisa que llevaba y el cabello despeinado.

Y tendría que procurar que él también lo olvidara.

— Mi señor —le dije—, ¿qué puedo hacer sino pedirte que recuerdes aquella noche de hace tanto tiempo, cuando nos vimos por vez primera en casa de César? Ambos le éramos muy queridos y sin duda él lamentaría que nos siguiéramos odiando el uno al otro. Bajo su sombra tenemos que reconciliarnos.

— Yo no te odio —dijo y yo percibí en su fría voz algo mucho peor que el odio.

— Tienes motivos sobrados para odiarme y, si no lo hicieras, serías tan divino como el mismísimo César. —Soltó una especie de gruñido y cruzó los brazos como si quisiera protegerse—. Pero te pido que consideres y respetes la confianza que me tenía el hombre a quien tú amas y reverencias más que a ningún otro que jamás haya vivido en este mundo —proseguí—. Deseo que leas estas cartas, las cartas que él me escribió de su puño y letra, para que averigües algo de mí a través de él y me puedas ver con sus ojos.

Me levanté, tomé la caja que había encima de la mesa y se la entregué.

Me alegré enormemente de haber conservado algunas cartas. ¡Que ellas hablaran ahora en mi defensa!

Octavio abrió la caja y sacó una carta. La leyó en silencio. Muy rápido... demasiado.

— ¿De qué me sirven ahora a mí estas cartas? —murmuré como si me dirigiera a César, encarnado en las cartas—. Ojalá hubiera muerto antes que tú. Pero puede que en este joven tú sigas viviendo en cierto modo para mí.

Octavio soltó otro gruñido y tomó otra carta. La leyó rápidamente y la dobló.

¡Esperaba que las leyera todas en otro momento y de una forma más exhaustiva!

— Muy interesante —se limitó a comentar.

Cerró la caja y volvió a moverse como si estuviera a punto de levantarse.

Tenía que pensar algo para entretenerlo y hacerle cambiar de parecer.

— Lamento que algunas de mis acciones le hayan causado a Roma tanta aflicción —dije finalmente—. No siempre somos libres de elegir el curso de nuestros actos.

— Al contrario —replicó—, siempre somos responsables de lo que hacemos y de lo que les obligarnos a hacer a los demás, induciéndolos al error y a la traición.

Se refería a Antonio. Quería decir que yo lo había llevado por el mal camino.

— Mi señor Antonio y yo no siempre estábamos de acuerdo en todo —dije. Y era cierto—. A veces él emprendía acciones y yo recibía el castigo. Soy consciente de que Roma me declaró enemiga a mí y no a Antonio. Sin embargo, no olvides que fue César quien me sentó en el trono y quien me declaró aliada del pueblo romano. —Hice una pausa. ¿Me estaba escuchando?—. Perseguí como tú a los asesinos de César y no descansé hasta que recibieron su castigo.

— Sí, ahora todos han muerto —dijo con satisfacción—. Han pagado el precio.

— No estamos muy lejos tú y yo en lo que queremos.

— ¿Y qué es lo que tú quieres? —me preguntó sin rodeos.

— Que la estirpe de los Lágidas conserve el trono. Ser aliada de Roma. Y vivir una existencia tranquila y apacible, incluso en el exilio en caso necesario.

Tardó un poco en responder y se pasó un buen rato reflexionando.

— Eso lo tiene que decidir el Senado —contestó al final—. Ahora que se va a restaurar la República... pero ten por seguro que yo defenderé todos tus intereses.

— Soy enteramente tuya, imperator —le dije—. Me encomiendo a tu clemencia. ¡Pero dame ciertas seguridades de que mis hijos ceñirán la corona!

Lanzó un suspiro como si el tema le resultara molesto.

— Haré todo lo que pueda —dijo—. Ciertamente, un linaje que lleva trescientos años gobernando...

Dejó la frase tentadoramente en el aire.

— Cuando te envié mis mensajes, te prometí mi tesoro a cambio de todo eso —añadí—. Ahora te cedo todo el tesoro, más de lo que había en el mausoleo. Aquí tienes una relación exhaustiva. —Me levanté y deposité la gran caja de madera en sus manos—. La mandé preparar para ti mucho antes de tu llegada. Repara en la fecha y el sello.

Se mostró inmediatamente interesado. La lista de las propiedades lo entusiasmó mucho más que las cartas de César. Era un hombre del presente y los sentimientos le importaban muy poco.

— Mmm. —Desenrolló uno de los pergaminos y lo sostuvo ante sus Ojos. Tenía unos brazos sorprendentemente musculosos. A lo mejor, las campañas lo habían fortalecido. Ya no tosía como antes.

»¿Y eso es todo, dices?

— Sí, todo lo que poseo. A cambio de las vidas de mis hijos y su derecho a ceñir la corona de Egipto.

— Mmmm. —Estudió cuidadosamente el pergamino y, de repente, rugió—:

¡Tú! ¡Mardo!

¿Pero qué hacía?

Mardo se presentó, desconcertado y a la defensiva.

— ¿Sí, imperator?

— Esta lista —dijo Octavio—. ¡Échale un vistazo! ¿Es una lista completa?

Mardo me miró pidiéndome instrucciones, pero Octavio estaba estudiando mi rostro para cerciorarse de que no le hiciera ninguna indicación. Me limité a sonreír.

— Yo... —Mardo estaba sudando. Vi en su frente unas gotas de sudor como perlas—. No, nobilísimo imperator, creo que hay algunas omisiones.

Me miró con una expresión de angustia infinita. En la duda, había optado por decir la verdad.

— ¡Ya! —dijo Octavio con una perversa sonrisa en los labios—. ¿Qué clase de omisiones?

— Creo que faltan algunas propiedades.

— ¿Qué clase de propiedades?

En un instante, Isis me concedió el poder que necesitaba y leí directamente los pensamientos de Octavio con tanta facilidad como él había leído el rollo.

«Quiere llevarte a Roma para su Triunfo, burlarse de ti y después matarte. No tendrá la menor compasión. Tu única esperanza de ganarle en ingenio y escapar es convencerle de que estás deseando vivir y todavía estás tramando intrigas terrenales. Intentará contrarrestarlas y, mientras él permanezca en guardia por un lado, tú podrás ir por el otro.

»Utiliza la falsa contabilidad para demostrárselo.»

— ¡Cállate, Mardo! —grité, abalanzándome sobre él. Los dioses que me habían otorgado la perspicacia me dieron también la fuerza para cruzar de un salto la estancia. Empecé a golpear con los puños los hombros y los brazos de Mardo y traté de abofetearle el rostro—. ¡Miserable traidor! ¿Cómo te atreves a traicionarme? —Me volví hacia Octavio y rompí a llorar—. ¡Oh, no lo puedo soportar! ¡Haberte tenido que recibir de esta manera cuando tú me habías honrado con tu visita y ser insultada después por mi propio criado! —Bajé los ojos—. Sí, es cierto. Había guardado algunas joyas y algunas obras de arte, pero sólo porque necesitaba algo para aplacar a tu esposa y a tu hermana en Roma. Sí, esperaba comprar la clemencia de las mujeres de tu familia, suplicándoles que tuvieran compasión de mí, de mujer a mujer. No sabía qué otra cosa hubiera podido hacer.

Se rió en tono condescendiente.

— Puedes quedarte con tus chucherías, naturalmente. No te preocupes por eso. Quédate todo lo que quieras.

— Pero si es que no son para mí, son para Livia y Octavia.

Me miró sonriendo.

— Sí, claro.

Volví a leer sus pensamientos. Creía que yo deseaba vivir y que utilizaba estrategias para mejorar mi suerte. Había ganado.

— Ten por cierto, benignísima Reina, que recibirás un trato muy superior al que imaginas —me dijo en un suave susurro—. Confía en mí. —Esbozó la primera sonrisa sincera de toda nuestra entrevista. Incluso vi algo más en sus ojos: la lascivia de que Tirso me había hablado—. Y ahora tengo que irme. No quiero cansarte.

Inclinó la cabeza y me besó la mano. El cabello le cayó hacia delante y, cuando enderezó la espalda, se lo alisó hacia atrás como si quisiera agradarme.

Me levanté para acompañarlo a la puerta.

— Eres muy amable, imperator —le dije.

Cuando el rumor de sus pisadas se alejó, me arrojé en brazos de Mardo.

— ¿Estás loca? —me preguntó éste—. ¿Qué es eso? ¿Qué has hecho? ¿Y por qué me has pegado? —añadió en tono quejumbroso.

— Rápido, antes de que regrese Olimpo. Tengo que decirte lo que he visto a través de Octavio. Sé lo que se propone hacer. Aún podremos cumplir nuestro plan inicial siempre y cuando consigamos hacerle creer que ya nos lo hemos quitado de la cabeza. He tenido que simular que tú habías dejado al descubierto mis manejos. ¡Tienes que estar preparado! ¡Ahora encontraremos el medio!

Experimenté en mi interior una sensación muy cercana a la felicidad. No supe lo que era entonces, pero ahora sí lo sé. Era la culminación, el triunfo, la dicha de sostener en mis manos la corona olímpica y colocármela en la cabeza.

OCTAVIO se excedió en sus atenciones. Al cabo de una hora, recibí unas bandejas llenas a rebosar de melones, granadas, dátiles e higos verdes, acompañadas por un ánfora de vino de Laodicea (Antonio no había conseguido acabar con todas las reservas de palacio a pesar de sus denodados esfuerzos). Hasta me envió a su médico personal para que «ayudara» a Olimpo, quien escuchó despectivamente su consejo.

Los higos eran deliciosos.

— Quiere que engorde —dije.

Quería que estuviera lo bastante fuerte como para caminar detrás de su carro triunfal a través de la ciudad de Roma y el Foro. Y también tendría que estar fuerte para arrastrar las pesadas cadenas. Sí, necesitaría muchos cuidados y buenos alimentos. Qué encantador era Octavio.

Envolvía su puñal con los empalagosos cumplidos que enviaba junto con sus obsequios. Le había halagado el hecho de que yo confiara en que él cumpliría mis deseos. Ya no tenía que pensar en los regalos para Livia y Octavia, sino en acicalarme.

Permanecí tendida en la cama, ahora cubierta con la mejor ropa de lino de palacio, enviada a toda prisa por Octavio, y decidí recobrar las fuerzas. La emoción y el peligro ya habían operado un cambio en mí. Recuperé el apetito y pronto nos terminamos las provisiones que nos había enviado Octavio.

— Pídele buey asado —le dije a Mardo—. Lo enviará en cuestión de una hora.

Y lo hizo. Oh, qué amable.

Por primera vez desde la caída de Alejandría, aquella noche dormí como un tronco.

Puesto que Octavio se mostraba tan deseoso de complacerme, aprovecharía para hacerle una petición muy en serio: ver a mis hijos. Le envié una sentimental y empalagosa carta y esperé. Poco después Dolabela llamó a la puerta con la respuesta en la mano. Octavio accedía a mi petición. Los niños serían conducidos a mis aposentos. Octavio me enviaba también mis túnicas y mantos del cuarto del guardarropa, gracias a lo cual me pude quitar la sucia camisa de dormir y vestirme debidamente. Era importante que mis hijos me vieran tal como yo quería que me recordaran.

— ¡Madre!

Los tres entraron muy emocionados en la estancia. La estridencia de sus voces me hizo comprender el alivio que sentían.

— ¡Queridísimos míos!

Me incliné para abrazarlos a los tres y los estreché con toda la fuerza que pude. Estaban allí, y vivos. ¡Con o sin corona, eso ya no importaba con tal de que sobrevivieran!

¿Se habrían enterado de lo de Antonio? A los pocos minutos, los acompañé a un banco que había junto a la ventana y los cuatro nos sentamos en él.

— Vuestro padre ha muerto —les dije.

Alejandro lanzó un grito.

— ¿Por qué? —preguntó.

— Cuando cayó la ciudad. Ya sabéis que perdimos la batalla.

— ¿Lo mataron en combate?

¿Cómo podía explicárselo para que lo entendieran?

— No, no durante los combates sino más tarde.

— Pero ¿cómo? ¿Cómo? —preguntó el niño con insistencia.

— Sí, ¿cómo? —repitió Filadelfo como un eco.

Sacudí la cabeza.

— Hubo una confusión —dije finalmente—. Hizo lo que tenía que hacer un hombre valiente. No hubiera estado bien que lo hicieran prisionero. Hubiera sido una deshonra.

Selene rompió a llorar.

— ¿Quieres decir que se mató?

Tenía que decirles la verdad.

— Sí. No tuvo más remedio que hacerlo. Eso no significa que os quisiera abandonar. Los gobernantes son distintos. Tenemos que hacer cosas que las personas corrientes pueden evitar.

— ¿No podía haber hecho otra cosa? —preguntó Alejandro—. ¿Tan malo era ser prisionero? Nosotros somos prisioneros, ¿verdad?

— Sí, pero por muy poco tiempo. Él hubiera sido prisionero para siempre.

— ¿Y tú? —preguntó Selene, mirándome directamente a los ojos. Siempre hacía preguntas muy incisivas, como si intuyera más cosas que los demás—. Si él no pudo soportarlo, ¿cómo puedes tú?

¿Por qué me había tenido que hacer esta pregunta? Olimpo y Cesarión me habían enseñado a no responder con sinceridad. No podía correr el riesgo. En cualquier caso, la confesión me hubiera resultado demasiado dolorosa. Ya tenía preparada la respuesta.

— Yo estoy demasiado bien vigilada como para poder hacer lo que hizo Antonio —contesté—. Octavio lo impediría. Por consiguiente, no os preocupéis. Supongo que iremos a Roma, aunque por separado. O, a lo mejor, vosotros os

quedaréis aquí y yo iré a Roma. Todavía no sé si seréis vosotros o Cesarión quien gobernará después de mí. El muy sublime Octavio lo decidirá.

— ¡Octavio! —dijo Selene—. Ya nos ha visitado y nos ha mandado llamar a sus aposentos. ¡Los que antes eran tuyos! Mostró mucho interés en nosotros y nos hizo un montón de preguntas.

— ¿Cómo qué?

— Sobre la comida que más nos gustaba, cuántos idiomas hablábamos, cuáles eran nuestros dioses protectores. Ya sabes, cosas de buena educación.

Sí. Cosas de buena educación.

— ¿Y qué os ha parecido? —pregunté.

— ¡A mí me da miedo! —contestó Filadelfo—. Te mira con una cara muy rara, aunque quiera hacerse el simpático.

Me eché a reír. Era una descripción muy certera.

— No le temáis —dije—. Ahora que ya tiene lo que quiere, lo más seguro es que sea amable. Pero vosotros tenéis que fingir que le tenéis simpatía. Es muy sensible a estas cosas.

— ¡Supongo que lo tendré que abrazar y llamar tío! —bufó Alejandro—. ¡Y no quiero! ¡Ha matado a mi padre! —De repente, preguntó—: ¿Cuándo será el entierro de mi padre?

— Ya se ha celebrado —contesté. Me dolió el corazón de pena al pensar que ni siquiera podría entregarle la espada de Antonio. Se la había quedado Octavio. Pero quizá fuera mejor. ¿Qué hijo apreciaría la espada que lo había privado de su padre?—. Y no fue Octavio quien mató a tu padre. Fueron... los azares de una guerra perdida.

Y de un imperio perdido y de un mundo perdido. Las pérdidas eran muchas y se extendían hasta la eternidad.

— ¿Por qué no nos dejaron asistir? —preguntó Selene.

— Quizá pensaron que sería demasiado doloroso —contesté.

«¡Por favor, que no me pregunte por Antilo! ¡Que no me pregunte si él asistió!»

Por la misericordia de los dioses, la niña me preguntó en su lugar:

— ¿Crees que Octavio nos obligará a vivir en Roma?

— Si gobernáis aquí, no. Pero, a lo mejor, os lleva para que hagáis una visita. ¿Tan grave os parecería eso?

Selene se encogió de hombros.

— Creo que no. Pero preferiría ir a la India.

Los estudié con detenimiento, probablemente con mucho más detenimiento que Octavio, tratando de grabarme sus imágenes para siempre en el corazón. Mis

tres preciosos niños, lo único que me quedaba de Antonio. Procuré disimularlo, confiando en ser más sutil que Octavio. Cuesta disimular que miras a alguien. La razón de mis miradas era que jamás volvería a verlos. Tuve que hacer un esfuerzo para que los ojos no se me llenaran de lágrimas, para que ellos no sospecharan nada.

— Cariños míos —dije, abrazándolos uno a uno—, saldremos de ésta y la recordaremos tan sólo como un mal sueño y sonreiremos al pensar en lo valientes que fuimos.

Fue muy duro verles alejarse, una de las cosas más duras que jamás he tenido que hacer. Ahora sólo me tenía que desprender de una cosa. Todo lo demás había desaparecido.

Deseé poder darles algún sabio consejo o pronunciar alguna acertada palabra de despedida. Pero no había palabras lo suficientemente sublimes o lo suficientemente amables.

Ya se habían ido, se los habían llevado a sus habitaciones debidamente custodiados. Todos sus movimientos estarían vigilados. Octavio los mantendría fuertemente apresados en su garra, tal como tenía intención de mantenerme a mí.

Cuando se fueron, un vacío se abrió a mi alrededor a pesar de las personas que me acompañaban. Iras contemplaba el mar y Carmiana estaba ordenando la ropa más por costumbre que por necesidad. Sus delicados dedos alisaban las sedas y las doblaban con tanta precisión que hubiera podido hacer montones de diez o quince prendas de altura. Era como si pensara que me las iba a poner todas. Sus silenciosos y conocidos movimientos me adormecían.

Mardo estaba leyendo, cosa para la cual no solía tener tiempo. Olimpo permanecía sentado con los brazos cruzados, mirando a su alrededor con expresión sombría. Parecía cansado y derrotado. Estábamos todos atrapados en una jaula.

Olimpo, mi querido y vehemente amigo —si es que lees este escrito, cosa que dudo mucho, siendo tan respetuoso de la intimidad de los demás como eres—, creo que ocultarte el secreto fue uno de los dolores más grandes de aquellos últimos días. No tuve más remedio («No tuvo más remedio; eso no significa que quisiera dejaros»), pero hizo que fuera más doloroso lo que ya era difícil. No poder decir adiós es un castigo terrible, tanto más doloroso cuanto más apreciamos a las personas. Por consiguiente, te digo ahora el adiós que entonces no pude decirte. Adiós, que todos los dioses te guarden. Y no olvides, no olvides jamás todo lo que sabes.

Fuera el día era fresco y despejado. Veía el mar y las olas sacudiéndose la espuma tal como las muchachas hermosas se sacuden el cabello, llamando a Alejandría e invitándola a jugar.

Alejandría. Se había salvado. Se libraría de las llamas, de los saqueos y de la destrucción que suelen ser las consecuencias de la derrota. Mi ciudad viviría y mis hijos también. Había tenido todo lo que podía desear.

El viento cantaba una alegre melodía, pero nosotros estábamos prisioneros allí dentro y sólo podíamos mirar a través de las ventanas. Era la media vida de un inválido.

Inválido. No válido. Nulo. Debilitar o destruir la fuerza. Eximir de un deber. Privar de una existencia efectiva o continuada. La sola palabra «inválido» encerraba todo un mundo de dolor.

Ahora yo era una inválida y sólo podría recuperar la validez a través de la muerte.

Con las cabezas inclinadas sobre nuestras ocupaciones, nos sumimos en nuestros pensamientos hasta que una llamada a la puerta nos devolvió a la realidad. Dolabela entró elegantemente vestido, tal como correspondía al joven y prometedor aristócrata que era. Pensé con aire ausente que era muy atractivo. Llegaría muy lejos en Roma.

— Majestad —me dijo—, ¿puedo hablar contigo a solas?

Asentí con un gesto y los demás se retiraron en silencio a la estancia de al lado.

— Bueno —le dije sonriendo—, ¿te apetece un refrigerio?

Octavio nos tenía tan bien abastecidos que casi hubiera podido alimentar una cohorte.

Sacudí tristemente la cabeza.

— ¿Qué ocurre, Dolabela? —le pregunté, alarmada por su actitud.

Cruzó la estancia con pasos vacilantes e hincó una rodilla en tierra delante de mí. Tomó una de mis manos y me miró con expresión implorante.

— Señora, mi estimada Reina, espero que me creas si te digo que en los pocos días que llevo a tu servicio como guardia, he aprendido a sentir un gran respeto y una gran simpatía por ti.

¿Qué le ocurría?

— ¿Qué intentas decirme? —le pregunté.

Temía saberlo. Su mirada era tan angustiada que necesariamente tenía que ser algo muy grave, pero yo estaba segura de que me diría la verdad.

— Acabo de oír al imperator hablando de sus planes —me confió en voz baja—. Dentro de tres días abandona Alejandría y regresa a Roma a través de Siria.

— ¿Y nosotros? ¿Qué será de nosotros aquí?

Ahora su voz era casi inaudible. No quería que nadie informara a Octavio de que él me lo había contado.

— Serás colocada a bordo de un barco y trasladada a Roma.

¡Tan pronto! ¡Sólo tres días!

— Y una vez allí ¿qué hará Octavio conmigo?

Dolabela apartó la mirada y respiró hondo para darse ánimos.

— Me obligará a desfilar en su Triunfo —respondí yo por él—. No temas decírmelo, pues siempre lo he sabido. ¿Estás seguro?

— Completamente. Estaba organizando los festejos. Se celebrarán tres Triunfos, uno por Iliria, otro por Accio y el último por Egipto. Tú serás su principal adorno.

¡Hasta podría figurar en dos! Puesto que si él dice que no fueron guerras civiles, significa que en Accio los romanos no lucharon contra unos romanos, sino contra Egipto.

Qué broma tan cruel.

— Puede que tengas que desfilar en los dos —confirmó tristemente.

— Te agradezco la advertencia —le dije.

¡Tres días!

— Lamento tener que decírtelo, pero hubiera sido más cruel que no lo supieras.

— Sí, te agradezco que lo hayas creído así.

¡Tres días!

— Si hay algo que...

— Sí, lo hay —contesté—. Déjame enviarle una petición a Octavio y entrégasela de mi parte. Por favor, trata por todos los medios de convencerle de que me lo conceda. Significaría mucho para mí, especialmente en las circunstancias en que me encuentro.

Con una extraña serenidad, me acerqué a mi escritorio, tomé un trozo de pergamino y elegí las palabras más adecuadas para una sencilla petición. Me quedaba muy poco tiempo. Tenía que engañar a los guardias acerca de mis intenciones, tal como había engañado a Octavio, para que se volvieran negligentes y descuidados y suavizaran su vigilancia.

Salve, gran imperator César, imploro de tu divina clemencia que me permitas hacer ofrendas y libaciones en el sepulcro de mi esposo y cumplir la antigua costumbre egipcia de ofrecer allí un banquete funerario. Sin él, su espíritu no podría descansar.

Le entregué la nota a Dolabela y éste la leyó con sumo cuidado y asintió con la cabeza.

— Haré todo lo que pueda, mi señora.

— Para mí es muy importante. No podría irme sin hacerlo. No creo que sea tan cruel como para negármelo. Los soldados me podrán vigilar constantemente.

Pero no en el mausoleo. Seguro que evitarían entrar allí y se conformarían

con vigilar las puertas e inspeccionar la comida que llevara. No sospecharían que el peligro esperaba dentro.

¡Confiaba en que el cesto estuviera allí, oculto entre las sombras!

— Haré todo lo posible —dijo—. Es una tarea muy dura.

— No te aflijas por ello. Soy yo la culpable. No es obra tuya. Tu gentileza alivia la carga. —Alargué la mano y le rocé el brazo—. Ahora vete y haz lo que te pido.

Asintió con un gesto, dio media vuelta y se retiró.

Qué poco tiempo. Llamé a mis amigos —pues más que simples criados eran amigos— para que entraran de nuevo en la estancia. No podría ocultarles lo que estaba a punto de ocurrir... excepto a Olimpo.

Tendría que sortearlo hábilmente. (¡Perdóname, querido amigo!)

— ¿Qué ocurre? —preguntó Mardo con su apacible voz anormalmente alterada. Le seguían los demás.

— Dolabela ha tenido la amabilidad de comunicarme que Octavio me quiere enviar a Roma para que desfile en su Triunfo.

«¡Que no empiecen a gemir y a protestar!», les supliqué a los dioses. Y mi plegaria fue escuchada. Mis compañeros, serenos y valerosos, se limitaron a inclinar la cabeza.

— Te prepararemos —dijo Carmiana.

Todos supimos a qué se refería... menos Olimpo.

— Octavio regresa por tierra, pues no le gustan los viajes por mar —dije. A mí sí me gustaban. Otra travesía rumbo a otro destino. Pero ésta no quería hacerla—. Puede que llegue a Roma antes que él.

Si las noticias eran llevadas realmente por el viento, seguro que así sería.

— ¿Y eso cuándo será? —preguntó Iras.

— Dentro de tres días —contesté. Me volví hacia Olimpo—. Ahora quiero que regreses junto a tu esposa. Eres el único de nosotros cuya familia no vive en palacio. Vete, te lo suplico. Has hecho todo lo que has podido por mí. ¡Mira cómo me estoy recuperando!

— ¡No, tengo que quedarme hasta que zarpe el barco! —protestó.

— No. ¿No recuerdas tu tarea? Es necesario que te vayas ahora. Aléjate de nosotros mientras puedas. Ya tienes los rollos terminados, excepto este último, que estoy acabando de escribir y terminaré antes de que se me lleven. Ven a recogerlo, te lo ruego; estará con mis objetos personales. Dejaré instrucciones escritas para que puedas hacerlo y ellos las acatarán. Después cumple tu promesa. A File. Cuando tú quieras. Tú sabrás el momento.

Tomó mis manos y me las comprimió tanto que me dolieron los huesos.

— No puedo irme sin más de palacio y regresar al Museion.

Le miré a los ojos y traté de hacerle comprender mi orden.

— Tienes que hacerlo —insistí—. Todo ha terminado. No me falles ahora.

— ¿Tan fácil es un final? —preguntó en un débil susurro.

— Tenemos que hacerlo sencillo —contesté—. No nos torturemos prolongándolo.

Me soltó las manos, pero me siguió mirando como un halcón. Después, algo se rompió en su interior, se inclinó y me abrazó. Me dio un beso en la mejilla y yo noté que la suya estaba húmeda.

— Adiós, queridísima amiga —se despidió—. Te he preservado hasta el momento presente. Ahora tengo que encomendarte a los dioses.

Se apartó y se alejó resueltamente hacia la puerta de espaldas a mí.

— Lo has hecho muy bien —le dije—, pues llevo mucho tiempo avanzando hacia esta hora.

Salió a trompicones de la estancia como si le doliera algo. Oí una breve discusión entre él y los guardias romanos, pero éstos no habían recibido orden de detenerlo y tuvieron que dejarlo pasar.

Cuando estuve absolutamente segura de que se había ido —¡qué sensación tan desolada!—, reuní a los tres restantes a mi alrededor.

— Escuchadme bien —les dije en voz baja para que nadie me oyera—. Mañana llevaremos a cabo nuestro plan. Le he pedido permiso a Octavio para visitar el mausoleo y cumplir los ritos finales en honor de Antonio. Vestiremos nuestras mejores galas y celebraremos un banquete fúnebre en la intimidad. ¿Me habéis entendido? Pediré que Octavio me preste mi corona y mis joyas. No se negará. Después prepararemos la partida y haremos nuestro viaje.

— ¿A Roma? —preguntó Mardo, torciendo irónicamente la boca. Levantó a propósito la voz por si alguien estuviera escuchando.

— Sí, viajaremos dócilmente a Roma —contesté sonriendo—. Nos iremos todos juntos.

— Pues ya podemos empezar a prepararnos —dijo Iras.

— Sí, tenéis que ayudarme a elegir la ropa para el acontecimiento más importante de mi vida.

En ese momento me alegré de que Octavio me hubiera enviado tantas prendas de mi guardarropa. Tendría dónde elegir y aquella ocupación me ayudaría a distraerme en las siguientes horas.

Carmiana me fue mostrando en silencio cada prenda, desdoblándola y alisándola. Acababa de doblar la última y pronto tendría que deshacer el trabajo que había hecho. El dolor de aquella tarea formaba parte de un dolor mucho más grande.

¿Cuántas veces lo habría hecho? ¿Para cuántas audiencias y reuniones me habría vestido? Cada una de ellas me había parecido esencial, cada una había sido importante, pero ninguna había tenido la trascendencia del acto que nos aguardaba.

Crujidos de sedas que susurraban en todos los colores del sol y de los campos: blanco, primavera, helecho, amapola, el azul del mar alrededor del Faro. Cada una de las prendas había sido motivo de alegría para mi corazón en su momento, pero ninguna me parecía apropiada para... eso. Necesitaba una túnica especial para mi encuentro definitivo con Isis.

— Toma.

Allí estaba. Jamás me la había puesto. Era de un verde tan puro que, a su lado, las esmeraldas parecían sucias y la hierba, apagada. El verde de los campos de Egipto, el verde intenso de sus cosechas bajo el sol, resplandeciente bajo el ojo de Ra. El verde me parecía el más egipcio de todos los colores: el Nilo, los cocodrilos, los papiros. Y Wadjyt, la diosa cobra del Bajo Egipto, cuyo nombre significa «la verde».

— Me pondré ésta.

Alargué la mano y la tomé de manos de Carmiana.

La fina seda era suave al tacto. El escote era bajo y cuadrado. Perfecto. Eso me permitiría ponerme un collar de oro como los que se veían en las pinturas de las antiguas tumbas.

— ¿Y el cabello, mi señora? —me preguntó Iras.

— Como tendré que ponerme el tocado real, deberá ser un peinado sencillo.

— Cuanto más sencillo, mejor —convino Iras.

— Tendremos que pedir que nos envíen aceites de baño y perfumes —observó Carmiana—. Tienes que llevar un peinado perfecto. Todo tiene que ser perfecto.

— Octavio nos enviará todo lo que le pidamos —dije—. Vamos a hacerle la petición ahora, para que tenga tiempo de enviarnoslo todo mañana por la mañana.

Cuando ya estaba oscureciendo, entró el corpulento guardia para encender las lámparas y lo saludamos cordialmente. Embozó una turbada sonrisa y nos deseó una buena velada.

— La cena ya está en camino —anunció—. Confío en que te resulte sabrosa.

— Hay muy pocas cosas que no sean de mi agrado. No soy remilgada.

Agitó la tea que utilizaba para encender las lámparas.

— Eso facilita las cosas —dijo, haciendo una pausa—. En cuanto a tus peticiones, espero una pronta respuesta.

— Sé muy bien que el imperator está muy ocupado —le dije.

— Pero de eso no se olvidará.

En cuanto terminamos de cenar y los sirvientes hubieron retirado los platos, permanecemos esperando en silencio. En las últimas horas, no hay nada que ayude a entretener la espera. Fuera estaba oscuro y a través de las ventanas penetraba una suave brisa que agitaba las llamas de las lámparas. Oímos el rumor del agua en el rompeolas. El puerto quería jugar y nos decía: «¡Escuchadme! ¡Os estoy llamando! ¡Tomad vuestras embarcaciones y venid a navegar!» Puede que los enamorados, los amigos, los niños y los ciudadanos libres aceptaran la invitación.

Sí, la ciudad era libre y perduraría. Y mis hijos tomarían el testigo que yo les dejaba, tal como yo había tomado el de mi padre. Había hecho todo lo posible para que así fuera. Cesarión... ¿dónde estaría? ¿De camino hacia la India? Había hecho todo lo que estaba en mi mano. Ya no quedaba nada pendiente. A un hijo lo había enviado lejos y a los otros los había dejado para que obedecieran y apaciguaran al vencedor. Eran los únicos dos caminos que les quedaban. Estaba segura de que uno de ellos les sería útil.

Nos tendimos en la oscuridad como si quisiéramos dormir. Nos estiramos como Nut, la diosa del cielo, que cada noche se traga el sol y lo alumbraba cada mañana. Percibo la suave sábana bajo mi cuerpo, cubriendo toda la longitud de la cama.

Qué cerca está el Viejo Egipto esta noche, cerniéndose sobre mí como Nut, rodeándome protectoramente. En nuestra última noche, los dioses se inclinan y nos tocan.

Amanecer. Amanecer del décimo día, el último día. O sea que el diez es mi número sagrado, el que me ha sido reservado. Los diez rollos son emblemáticos. Aún conservo conmigo este décimo y tengo intención de guardarlo hasta el final. Aún me quedan algunas cosas que decir.

— ¡Se ha concedido la autorización! —anunció el corpulento guardia, entrando en la estancia con una radiante sonrisa en los labios—. Me complace decirte que el imperator ha accedido benignamente a que abandones el palacio y acudas a la tumba de Antonio tal como has pedido. El mismo te proporcionará los alimentos tradicionales para el banquete y los guardias que necesites. Lamenta no poder asistir personalmente, pero sus pensamientos te acompañarán.

Incliné la cabeza.

— Doy las gracias al imperator.

— Además, te envía la corona, las joyas y otros símbolos. Puedes quedarte lo que quieras; ya te lo había dicho. Ahora mismo están en camino.

— ¿Y los aceites especiales? —preguntó Carmiana.

— Ah, sí, claro.

O sea, que todo está autorizado. Pero el «benigno» imperator aún no ha

tenido a bien informarme de que me llevan a Roma. Un descuido, sin duda.

Ya ha llegado el momento. El baño está preparado. El valioso aceite de loto se vierte desde su delicada botella y se mezcla con el agua caliente. Yo floto en el perfumado estanque y permanezco inmóvil. Me lavan el cabello con agua de lluvia y me lo enjuagan con agua perfumada traída desde el sagrado manantial de Heliópolis. Iras me lo peina y me lo deja suelto para que se seque.

Abrimos el cofre de las joyas. Están todas allí; Octavio no ha tocado nada. Allí está el soberbio collar con sus capas de cornalina, lapislázuli, oro y turquesas. Cubre desde el cuello hasta más abajo de los hombros. Está también el collar de mi boda, la fantasía de hojas de oro.

— Los dos —digo—. ¿Por qué no? Vamos a ver por qué no.

El tocado tiene forma de buitre, la diosa protectora del Alto Egipto, cuyas plumas me envuelven la cabeza. Las alas forman unos escudos alrededor de mis mejillas. Sobre mi frente, un ancho *uraeus*, la cobra sagrada del Bajo Egipto con el capuchón extendido, a punto de atacar.

Ya me siento muy lejos, separada de Carmiana, Iras y Mardo. Cuando me visten con las distintas prendas, símbolo del poder, siento que me convierto en otra cosa, a pesar de que son las mismas que me ponía para que se operara la transformación. Ahora ya está hecho y soy otra criatura.

Aunque mis hijos irrumpieran en la estancia y aunque me dijeran que podía regresar a mi antigua vida, no serviría de nada. El cambio es fundamental e irreversible. Para que la muerte se pueda anticipar a sí misma.

Llegan los guardias para escoltarnos.

Nuestro pequeño cortejo avanza majestuosamente. Me cuesta caminar con todas las pesadas prendas que llevo, el collar y el tocado. Debajo de todos los adornos mi cuerpo se siente pequeño y liviano, pero aun así se asfixia y está encadenado.

Más allá de la puerta abierta del mausoleo me acerco al sarcófago de granito perfectamente sellado, terminado y definitivo.

Sostengo en mi mano las guirnaldas de flores, las guirnaldas faraónicas de aciano, sauce, olivo, amapolas y lengua de buey. Me arrodillo y las coloco sobre la fría piedra. Después vierto el sagrado aceite sobre la piedra y lo extiendo con los dedos hasta conseguir que el granito resplandezca como un espejo.

— Oh, Antonio —le digo. Creo que puede oírme, pero también sé que los soldados del exterior me están escuchando atentamente—. Amado esposo, con estas manos te enterré. Entonces eran libres. Ahora estoy atada como cautiva y cumplo estos últimos deberes con una guardia de vigilancia cuya misión es procurar que me conserve sana para la celebración de nuestra derrota. Tengo que ayudarlos a regocijarse con nuestra caída.

»Ya no esperes más ofrendas por mi parte; estos son los últimos honores que Cleopatra puede rendir a tu memoria. Me alejan a toda prisa de ti. Nada nos

pudo separar en vida, pero ahora, en la muerte... —levanto un poco más la voz— en la muerte, nos amenazan con la separación. ¡Se me parte el corazón! Tú, un romano, has encontrado la tumba en Egipto y yo, una egipcia, buscaré este favor, y sólo éste, en tu país. —De pronto, los soldados desaparecen de mi conciencia y nos quedamos solos Antonio y yo. Ahora le hablo sólo a él en un susurro—. Pero, si los dioses de abajo con quienes tú estás ahora pueden o quieren hacer algo, pues los de arriba nos han traicionado, no permitas que tu esposa sea abandonada; no permitas que me lleven al Triunfo para tu ignominia y escóndeme y entiérrame aquí contigo, pues de entre todas mis amargas desgracias, nada me ha afligido más que estos breves días en que he vivido lejos de ti.

Lloro... yo que me creía por encima de todos los sentimientos.

La vida sin él... ¿la había vivido?

Los soldados se aproximan para oír mejor. Yo me levanto e, inclinada sobre el sarcófago, lo beso. La dura y fría piedra es mi lecho. Ya no hay más palabras. Espero que el nudo de la garganta se afloje.

Ellos también esperan en tensión. Carmiana, Iras y Mardo no se atreven a moverse y nadie me toca. Al final, me aparto del sarcófago.

— Y ahora vamos a celebrar el banquete fúnebre —digo.

El que está al mando de los soldados da la orden y, tan rápido que apenas parece haber transcurrido un instante, entra una procesión de platos que colocan delante de nosotros sobre una mesa ceremonial.

En los tiempos antiguos, las tumbas egipcias tenían unas cámaras donde la familia del difunto podía celebrar banquetes delante de su estatua. Su espíritu salía y se reunía con ellos.

— Os doy gracias —digo—, pero, puesto que no sois egipcios y no pertenecéis a su familia, os ruego que os retiréis y vigiléis en la puerta. Y, por favor, transmitidle este mensaje el imperator, expresándole mi gratitud.

Le entrego la nota al jefe.

Los soldados se retiran cortésmente.

— Por favor, cerrad las puertas.

— ¿Veremos? —pregunta Carmiana en un susurro.

— A su debido tiempo —contesto. Ahora ya no hay prisa. Hagámoslo todo en orden, tal como estaba previsto—. Extended el banquete.

Es un ágape digno de los dioses. Allí está la tradicional ofrenda funeraria de la cerveza, el pan, el buey y el pato: «Todas las cosas buenas y puras con las cuales vive el dios, para el *ka* de Marco Antonio, muerto.» También está el pan romano y el vino preferido de Antonio. Lástima que no tengamos apetito.

Pero, para que se pueda cumplir el ritual, probamos un poco de todo. No queremos que los cocineros se hayan esforzado en vano.

— Dame el rollo —le pido a Mardo, quien lo saca de la bolsa junto con los

instrumentos de escritura—. Por favor, concededme unos momentos para escribir.

En la penumbra extendiendo el rollo y anoto lo que ha sucedido desde que salimos de palacio. Son unas breves y apresuradas frases.

Perdonadme. No dispongo de las palabras ni de las condiciones adecuadas. Pero tendrán que seros suficientes, Cesarión, Olimpo y quienquiera que necesite saber lo que ocurrió en estas últimas horas. Ahora lo dejo para esperar el final.

— Ahora —le digo a Iras—, puedes ir a ver si todo está tal como yo he pedido en mi oración.

Con su gracia de movimientos —¡oh, cómo la echaré de menos!— Iras se dirige a la parte más oscura del mausoleo. Esperamos. Isis no me fallará. Me espera. Ha apartado la mano de los soldados, ha vendado los ojos de los que buscaban para que ahora yo pueda venir a ella en el momento preciso.

Iras regresa de nuevo a la luz, sosteniendo en alto el cesto.

— Lo han dejado —anuncia—. Pero el arcón con la ropa y la corona ha desaparecido.

El arcón era muy grande y contenía un tesoro. Un polvoriento cesto se pasa fácilmente por alto. Sobre todo, si contiene unos higos... unos higos oscuros, bulbosos y cubiertos de moho. Para enmascarar el característico olor de las serpientes... un olor muy parecido al de los pepinos en el campo, iluminados por el sol. Nakht lo hizo muy bien.

— Dámelo —le pido. Pesa mucho, más de lo que esperaba.

Deposito el cesto sobre la mesa funeraria y levanto la tapa. Advierto un ligero movimiento en su interior, un suave deslizamiento. Después algo se yergue. Tomo la serpiente en mi mano. Es gruesa y fría, casi toda de color oscuro, con la parte inferior más clara. Parece muy dócil.

La saco lentamente del cesto. Es más larga de lo que yo pensaba, tanto como la longitud de mis brazos. Cuando la saco, veo más movimiento en el cesto. Nakht ha enviado dos. Muy previsor de su parte.

— Aquí está —digo, contemplando la serpiente. Sus oscuros ojos se clavan en los míos. Su lengua se mueve, tanteando. La sostengo en alto.

Mardo, Iras y Carmiana retroceden. No pueden evitarlo.

— Señora... —dice Carmiana, pero sus protestas mueren en sus labios.

La criatura parece un poco lenta. Permanece en la palma de mi mano como si fuera un animal doméstico. Pero no disponemos de mucho tiempo. Octavio no tardará en recibir la nota y lo sabrá.

Le golpeo la cabeza y se echa hacia atrás, emitiendo un silbido. Inmediatamente aparece aquel capuchón conocido a través de miles de representaciones e incluso presente en mi corona.

Ataca con tal rapidez que mis ojos no pueden seguir el movimiento. Me

muerde el brazo y clava los dientes en él. Son como unas pequeñas agujas o unos minúsculos alfileres.

Ahora espero. Con inmenso júbilo sé que he sido liberada. Sólo podré escribir un poco más. La serpiente me ha mordido en el otro brazo, pero aún tengo cosas que hacer antes de quedarme dormida. Siento un hormigueo en el brazo; los dedos se me quedan fríos, como si no me pertenecieran. La pérdida de sensibilidad va subiendo progresivamente, pero no es dolorosa. También me afecta la mente; siento que una despreocupación —más mortal que el dolor— se apodera de mí. Es una confusa sensación de desinterés... ¿Por qué preocuparse? ¿Por qué molestarse en terminar la tarea?

Porque soy la Reina y mi voluntad es más fuerte que el veneno. Cumpliré con mi deber hasta el último momento.

Ahora te cierro y te encomiendo a Olimpo. Que mi historia se conserve y que sobreviva la verdad. Cuesta mucho abandonar el mundo. He hecho todo lo posible, lo he servido y lo he amado con todo mi ser.

Isis, ya viene tu hija. Te suplico que extiendas tu manto y la recibas. Ha recorrido un largo camino para llegar hasta ti.

Noto algo que me tira hacia abajo. Ahora tengo que cerrarte, rollo. Adiós. *Vale*, tal como dicen los romanos. Tenemos que separarnos. Recuérdame. Que vivas mil años —diez mil— para que yo también pueda vivir.

Tranquilo, corazón. Obedéceme y detente, pues ya he terminado.

EL ROLLO DE OLIMPO

¡NECIO! ¡Qué necio soy! No he sospechado nada a lo largo de todos estos meses. No puedo creer que haya vivido engañado hasta semejante extremo. Pero ¿acaso tu camino no ha sido mejor que el mío? ¿Qué podía ofrecerte el mío? Me avergüenzo de haberte conocido mucho menos de lo que creía. Mi propio sentido de la responsabilidad me inducía a creer que podía controlar los acontecimientos, o más bien (mira, hasta en eso me quiero halagar) temía favorecerlos. En su lugar, permanecí sentado como una roca, pensando que era sabio y fuerte cuando, en realidad, sólo era un estorbo y un obstáculo entre nosotros.

El sol se estaba poniendo y yo acababa de cenar cuando entraron los soldados. (¿Por qué escribo todo esto como si tú no lo supieras todo y como si no lo contemplaras en cierto modo? Estoy nervioso y trato de serenarme. Hablo atropelladamente.) Eran tres sujetos gigantescos cuyos gruesos petos y altos yelmos los hacían todavía más gigantescos. Uno de ellos me agarró por el hombro y me sacudió tan fuerte que temí que se me fueran a saltar los dientes.

— ¡Griego asqueroso! —gritó—. ¡Griego asqueroso, embustero y traidor!

Después me arrojó contra la pared con tal violencia que rebotó y caí de bruces al suelo.

Me levantó y me gritó más cosas al oído. Todos aquellos golpes y aquellas sacudidas me estaban provocando náuseas y yo temía vomitar directamente sobre las sandalias del soldado, que se agitaban peligrosamente delante de mis ojos.

— ¡Tú que lo has hecho lo puedes deshacer!

— Suéltalo, Apio —dijo uno de los otros—. De nada servirá que éste también muera.

— Como no lo arregle, morirá —replicó mi atormentador.

En cuanto oí la palabra «morirá», lo comprendí. Y, curiosamente, experimenté una extraña sensación de alivio. (En ese caso, ¿por qué había intentado impedirlo? ¿Por qué te había impulsado a recurrir a lo extravagante?)

— La Reina ha... ¡tienes que salvarla! —gritó Apio, el que mandaba.

— ¿Dónde está? ¿Qué ha ocurrido?

Una pregunta comprensible, ¿no te parece?

— Lo sabes muy bien —contestó—. ¡Tú lo has organizado!

Me sacudió el brazo y empezó a empujarme hacia la puerta. Como medida de precaución, otro soldado me acercó un puñal a la espalda... como si me hicieran falta los empujones.

Cuando llegamos al mausoleo, una gran multitud se había congregado en

el exterior, pero la puerta estaba estrechamente vigilada. La gente intentaba atisbar el interior, pero los soldados apartaban a los curiosos a punta de lanza. Sin embargo, los mirones me abrieron paso en una exagerada muestra de respeto cuando me escoltaron adentro.

En medio de la semipenumbra vi más personas en el interior, pero yo no tenía ojos para nadie. Sólo para ti.

Te felicito. Lo dispusiste muy bien, como siempre has hecho. Quizá todo lo demás no fue más que una preparación de tu golpe definitivo, tu obra maestra.

Estabas tendida sobre la tapa de tu sarcófago, tan inmóvil como si fueras de piedra, con tus vestiduras reales, la corona y los brazos cruzados con el cayado y el mayal sobre el pecho. No cabía duda de que estabas completamente muerta. No había ninguna posibilidad de rescate ni de salvación.

Pese a ello, me acerqué mientras los soldados miraban con ansia... como si yo tuviera el secreto de la vida y de la muerte, siendo así que no era más que un pobre mecánico que algunas veces podía llamar a las puertas del mundo de ultratumba cuando los dioses me lo permitían.

Debo decirte (si eso todavía es importante para ti) que estabas arrebatadoramente hermosa. Cualquiera que fuera el medio que hubieras elegido, no te dejó la menor huella y más bien sirvió para realzar tu belleza. O puede que sólo fuera la alegría de la partida. ¡Eras tan feliz de poder escapar!

Sólo cuando aparté los ojos de tu rostro vi los cuerpos acurrucados de Iras y Carmiana al lado del sarcófago. Me incliné y las toqué. También estaban muertas.

Antes de hablar, tomé tu mano para asegurarme. Aún quedaba un vestigio de calor.

— No se las puede salvar —dije.

— Los psili pueden obrar milagros —intervino uno de los soldados—. El imperator ya ha mandado llamarlos.

Le miré sorprendido.

— ¿Han sido unas serpientes? —pregunté.

— Eso creemos —contestó uno de los soldados—. Encontramos un rastro fuera y este cesto...

Me mostró un cesto de boca ancha con unos higos dentro.

Te estudié cuidadosamente y me pareció distinguir dos minúsculas señales en uno de tus brazos, pero no hubiera podido asegurarlo.

Serpientes. Muy apropiado. No sólo son sagradas en Egipto, sino que además están asociadas al poder de ultratumba y a la fertilidad. Puede que te hiciera un favor, negándome a facilitarte otros venenos más convencionales.

Llegaron los psili en medio de un gran revuelo. Los hombres de esta tribu son famosos por su presunta inmunidad a los venenos de las serpientes y por su

capacidad de succionar el veneno de la herida de una víctima y resucitarla. Pero llegaron demasiado tarde a pesar del alboroto que armaron alrededor de tu brazo.

No obstante, pronto encontraron un blanco para sus atenciones, pues unos apagados gemidos procedentes de la parte de atrás del mausoleo revelaron a Mardo, inconsciente en el suelo. Se situaron a su alrededor, localizaron la mordedura en la pierna y empezaron a someterla a un enérgico tratamiento.

Entretanto llegó Octavio, furioso y más pálido que la cera. Se encaminó directamente hacia el sarcófago y se te quedó mirando tanto rato que pensé que jamás se iba a apartar de tu lado. Su rostro era impenetrable. Al final retrocedió diciendo como si hablara solo:

— Muy bien pues, accederé a su petición. —Sacudió la cabeza y sólo entonces miró a su alrededor—. ¿Todos muertos? —preguntó.

— Mi señor, la Reina ya estaba muerta cuando entramos —contestó el jefe de la guardia—. Las doncellas estaban a punto de morir. Una estaba aquí... — Señaló el inerte cuerpo de Iras—. Y la otra estaba enderezando la corona de la Reina. La agarré del brazo y le pregunté:

«—Señora, ¿está bien lo que ha hecho tu ama?

»Y ella me contestó:

«—Extremadamente bien, tal como corresponde a la descendiente de tantos Reyes.

»Dicho lo cual, también cayó muerta.

— Dijo la verdad —comentó Octavio con una extraña sonrisa en los labios, una sonrisa de admiración. Lo impresionaste. El hecho de que hubieras conseguido burlarlo te granjeó su respeto—. Preparadlos a todos para el entierro que ella ha pedido —añadió, entregándole la nota al guardia. Después te miró casi con afecto—. La nota habla en tu favor. —Su mirada se desvió hacia el otro sarcófago—. Tú y Antonio descansaréis juntos aquí. No, la muerte no os separará.

Acto seguido, dio media vuelta.

— Mi señor —dijo uno de los guardias—, aquí hay uno que ha sobrevivido.

Recogieron a Mardo y lo depositaron a sus pies.

Octavio soltó una carcajada.

— ¿Conque eso es todo lo que han conseguido los esfuerzos de los psili? A mí no me sirve de nada, ni a nadie en estos momentos. Retírate de la vida pública si te recuperas —le dijo, despachándolo—. Vamos —indicó a sus guardias. Se detuvo bruscamente y se volvió hacia mí. No pensé que me hubiera visto y tanto menos que me recordara—. Olvidaré las palabras que me dijiste en Roma acerca de las falsas reclamaciones del hijo de la Reina —me dijo—. Te aconsejo que tú también las olvides.

Y se fue sin más.

Los psili se retiraron y lo mismo hicieron los miembros de la guardia

adicional. Llegaron los encargados de preparar a los difuntos y yo te contemplé por última vez.

Por mucho que miremos, al final tenemos que dejar de mirar y retirarnos. Es lo que los vivos están obligados a hacer. Por mucho que miremos, nunca estamos preparados para marcharnos.

Pero yo no podía quedarme a vivir en el mausoleo. Tú me habías encomendado una tarea. Mi trabajo me reclamaba.

Sí, estuvo bien hecho y fue muy apropiado para la descendiente de tantos reyes. Yo te saludo y te lloro.

Amiga de mi infancia, esperaba compartir también contigo la vejez. Pero las diosas no envejecen.

DE Olimpo a Olimpo:

Puesto que siempre he llevado unas notas médicas muy meticulosas (se equivocan quienes piensan que tengo una memoria prodigiosa; simplemente tengo un sistema prodigioso para anotar y organizar lo que averiguo), describiré brevemente lo que ocurrió en los tumultuosos días que siguieron a la muerte del último enemigo de Octavio, la reina de Egipto Cleopatra la Grande. Pues fue en verdad la más grande de los gobernantes de Egipto, un genio político que convirtió el débil país que había heredado en algo ante lo cual hasta Roma temblaba. ¿A quién sino a un genio político de primera magnitud se le hubiera ocurrido la idea de utilizar a los romanos para amenazar a Roma? También fue la última que reinó en Egipto como país libre. Sí, puede que estas notas sean necesarias algún día, aunque sólo sea para refutar la versión oficial de los acontecimientos y mostrar un punto de vista distinto.

Tomé el último rollo de la Reina del lugar donde descansaba cuidadosamente enrollado (¡qué propio de ella!) muy cerca de su tumba y me lo llevé a casa, donde lo leí para mi gran asombro y dolor. Mardo fue trasladado a mi casa, donde Dorcas y yo lo cuidamos. Su recuperación fue muy lenta, pero, tal como yo le dije, fue su grasa lo que lo salvó. Eso y el hecho de que la serpiente lo hubiera mordido por debajo de la rodilla y ya hubiera mordido a otras tres personas antes que a él y seguramente no le quedaba mucho veneno. He observado que las personas gruesas sobreviven a las mordeduras venenosas mejor que las delgadas. ¿Será que la grasa atrapa los venenos?

Se pasó varios días con fiebre, delirando, murmurando y gimiendo, con la pierna hinchada y la piel tensa y brillante. Pero, al final, lo fue superando y pudo contar lo ocurrido durante las últimas horas en el mausoleo. Cómo se celebró el banquete fúnebre, cómo se habían enviado las serpientes desde Heliópolis gracias a un acuerdo concertado meses atrás y de qué forma se habían introducido en el mausoleo, donde las esperaban. Había dos, pero sólo se había usado una. ¿Adónde habría ido a parar la otra? Un misterio: las dos habían desaparecido en las arenas del exterior. Mardo me contó de qué manera se había organizado todo y lo bien que se habían desarrollado los planes. La nota enviada a Octavio era una petición de ritos funerarios. En cuanto la leyó, Octavio comprendió lo ocurrido y envió rápidamente a unos soldados para tratar de impedirlo.

El veneno debió de actuar muy rápidamente, pues no disponían de mucho tiempo para llevar a cabo su plan. Mardo me dijo que los áspides eran muy valiosos y procedían de Heliópolis, donde se criaban por sus rápidas y mortales mordeduras. En Alejandría los áspides normales se utilizan como el medio más humano e indoloro de ejecución, lo cual quiere decir que aquéllos debían de ser especiales.

El funeral fue espléndido, pero sólo un eco de otras celebraciones de Alejandría. La ciudad estaba de luto por haber caído finalmente en manos de Roma y haber perdido a su orgullosa Reina. Los ciudadanos contemplaron en silencio el paso del cortejo, despidiéndose no sólo de Cleopatra sino también de su libertad y de la gloria de que gozaba Alejandría entre las demás ciudades. Mardo y yo estuvimos presentes, él con la ayuda de unas muletas.

Iras y Carmiana fueron enterradas al lado de su ama y Octavio mandó erigir una estela conmemorativa en su honor. Tal como ya he dicho, creo que se sintió cautivado por el valor y la gracia de la escena fúnebre del mausoleo.

En cuanto terminó el funeral. Octavio se dedicó a visitar la ciudad. Quiso ver la tumba de Alejandro, pero no contento con contemplar al conquistador, insistió en que retiraran el cristal para poder tocarlo. Debía de pensar que, de esta manera. Alejandro le transmitiría su fuerza; al fin y al cabo, ambos tenían la misma edad y eran dueños de un inmenso imperio. Ciertamente, Octavio controlaba ahora unos territorios casi tan vastos como los de Alejandro. Por consiguiente, tenía que ser su sucesor. De pronto, ocurrió un desafortunado contratiempo: un trozo de la nariz de Alejandro se desprendió en la mano de Octavio. ¿Qué significado se le podía atribuir? ¿Que el grande rechazaba a Octavio, o que le cedía una valiosa reliquia? Como todos los acontecimientos simbólicos, el hecho se prestaba a muy vanadas interpretaciones.

Poco después Octavio ordenó que todas las estatuas de Antonio fueran derribadas, pero un oportuno soborno de dos mil talentos por parte de un leal amigo de Cleopatra impidió que las suyas también fueran destruidas y de este modo permanecen en pie en todo el país.

Los enemigos tenían que ser castigados: Canidio fue ejecutado y lo mismo les ocurrió a varios senadores demasiado fieles a la causa de Antonio.

Haciendo alarde de su célebre moderación, dicen que Octavio no se llevó nada del palacio, excepto una copa de ágata, una antigua posesión de los Lápidas. Era una que Cleopatra tenía en gran aprecio, pero el vencedor puede quedarse lo que se le antoje, tanto si es grande como si es pequeño.

Detrás de su sonriente rostro. Octavio procedió a llevar a cabo la acción que ya tenía planeada, tal como sus palabras en el mausoleo me habían revelado. La describiré lo más brevemente posible, pues demorarse en ella es sufrir la impotencia de la rabia y el dolor más hondo que quepa imaginar.

Utilizando a unos rápidos mensajeros. Octavio consiguió dar alcance a Cesarión y Rodón antes de que subieran a bordo del barco que los tenía que llevar a la India. El dinero hizo que Rodón convenciera a Cesarión de que regresara a Alejandría, donde Octavio deseaba nombrarlo rey. Una vez allí, siguiendo el práctico consejo de su amigo filósofo Areyo, que había parafraseado a Homero, al decir que «demasiados Césares no son una buena cosa». Octavio ordenó matar a Cesarión.

Una vez resueltas estas cuestiones. Octavio se despidió de Egipto, llevándose la copa de ágata, la victoria y los tres hijos restantes de Cleopatra.

Puesto que la madre se había negado a adornar su Triunfo, se tendría que conformar con los hijos.

MIS deberes aún no habían terminado. Pensaba que, con la partida de los romanos, terminarían, pero no fue así. Las obligaciones y las responsabilidades de los que estamos vivos no terminan de una forma tan clara y nítida como las de aquellos que han elegido la muerte. La vida sigue adelante y va imponiendo intermitentes e inesperadas exigencias a nuestras lealtades. La honradez y el respeto humanos me obligaron a seguir a los hijos reales y a vigilarlos en Roma, aunque desde lejos. Al parecer, estaba condenado a seguir atendiendo las necesidades de la Reina mucho más allá de lo que yo había imaginado al hacerle mi promesa.

Los seguí hasta Roma y llegué en plena canícula. Los niños estaban alojados todos juntos en casa de la sufrida Octavia. Los podía ver cuando paseaba por el Palatino al atardecer. Parecían contentos y yo los veía jugar alegremente en el jardín con sus hermanastros, los demás hijos de Antonio. Octavia presidía ahora un hogar con nueve hijos, los suyos, los de Fulvia y los egipcios. Julia, la única hija de Octavio, debía de visitar la casa a menudo, lo cual significaba que las edades iban de los diecinueve años de Marcela a los seis del pequeño Filadelfo. Yo no me daba a conocer a ellos, pues me parecía mejor así, pero permanecía muy cerca de sus vidas, espiando desde el camino de la parte exterior de su casa.

Octavio tardó mucho en regresar por tierra. No volvió hasta el mes de marzo e inmediatamente empezó a organizar los detalles de su Triunfo. Mejor dicho, de sus Triunfos, pues se celebrarían tres durante tres días seguidos. Eligió el mes llamado Sextilis, el mes de la caída de Alejandría. Recorrería las calles el mismo día en que el cortejo fúnebre de Cleopatra había recorrido las calles de Alejandría. Le gustaban los detalles de este tipo.

Entretanto, mientras esperaba su llegada, la ciudad empezó a preparar los agasajos y los honores que pensaba tributar a su amo. El Senado aprobó una resolución, por la cual se condenaba a Antonio, se declaraba maldito el día de su nacimiento y se prohibía la utilización de los nombres Marco y Antonio juntos. Su nombre debía ser borrado de todos los monumentos como si jamás hubiera existido. El día de la caída de Alejandría fue declarado afortunado en el calendario e incluso se propuso que, en adelante, los alejandrinos celebraran el nacimiento de una nueva era, el primer día de un calendario modificado. Propusieron también que se concedieran a Octavio poderes de tribuno vitalicios, que se rezara por él en todos los banquetes tanto públicos como privados y que se hicieran libaciones en su nombre.

Nuestro viejo amigo Planco, el del cuerpo pintado de azul y la oportuna deserción, creó un nuevo nombre y un nuevo título para C. Julio César Octavio, *Divi Filius*: Augusto, el Venerado. Era una especie de alusión divina, no lo bastante descarada como para irritar a los viejos republicanos; majestuosa a pesar de todo,

aunque oportunamente vaga. Octavio se mostró muy complacido y permitió que el título se otorgara a su cabeza coronada de laurel. Ahora se había convertido en el imperator César Augusto, dejando a su espalda todos los vulgares nombres anteriores que hubiesen delatado sus orígenes.

Tendrían que dedicarle un mes, tal como se había hecho con César. Todo el mundo pensó que, como César, elegiría el de su nacimiento, que era septiembre. Pero no fue así. Eligió el mes de Sextilis, el de su gran victoria. A partir de entonces dicho mes se tendría que llamar Augusto.

Así pues, los días trece, catorce y quince de agosto, los cortejos triunfales recorrerían ruidosamente las calles. Se dijo que las celebraciones fueron todavía más fastuosas que las de César y tanto Horacio como Virgilio escribieron encomiásticos versos conmemorativos. Los niños fueron exhibidos, pero respetaron sus vidas.

Y ahora vamos al Triunfo alejandrino, el último y el más impresionante. Participaron las vírgenes vestales, los senadores y los soldados, pero todo quedó eclipsado por los trofeos que se mostraron. Un hipopótamo y un rinoceronte avanzaron pesadamente por la Vía Sacra; unas hileras de exóticos prisioneros nublos embellecían el Foro y los carros del botín se balanceaban sobre los adoquines a causa del peso de los valiosos objetos que transportaban. He dicho que Octavio no se llevó nada de Alejandría, pero, como es natural, se apropió del tesoro que tan lejos había ido a buscar. La cantidad de oro que se transportó a Roma dio lugar a que los índices de los tipos de interés bajaran del doce al cuatro por ciento.

Desfiló también una representación del Nilo con sus siete brazos, seguida por unos carros que transportaban estatuas egipcias arrancadas de sus templos.

Al final, apareció Octavio en su carro, saludado por la multitud como el conquistador del mundo. En lugar de que un esclavo le sostuviera simplemente una corona sobre su cabeza, había optado por ceñirla directamente. Y después... ¡oh, vergüenza!, caminando encadenados detrás del carro, Selene y Alejandro flanqueando al pequeño Filadelfo y seguidos por una enorme y horrible efigie de su madre con unas serpientes enroscadas alrededor de los brazos.

Sus brillantes ojos miraban con arrogancia y sus manos estaban cerradas en puño. Se la representaba recostada sobre un banco, pero no con languidez. Irradiaba fuerza y determinación. ¿Se la quería presentar como a una enemiga codiciosa que suponía una gran amenaza para Roma? Cualquiera que fuera la intención, la multitud prorrumpió en gritos y aclamaciones. ¿La aplaudía o bien se alegraba de su desgracia? Probablemente ambas cosas a la vez. Las serpientes eran una alusión a Isis y a su muerte, lo cual no era indigno de ella. De esta manera, Cleopatra había evitado participar en el victorioso desfile de Octavio y él la saludaba, mostrándola como una formidable enemiga. Al lado de su imagen caminaba un actor recitando una oda de Horacio sobre su muerte:

Buscó una forma de muerte más noble
Y, siendo mujer, no temió enfrentarse con la espada
tras haber buscado refugio en remotas playas.

Con rostro sereno contempló la ruma de su palacio
y, abatida por la pena, tuvo el valor de sostener
en sus manos unas repugnantes serpientes para que
el veneno mortal penetrara en su cuerpo,
negándose a permitir que las despiadadas naves liburnas
la llevaran a participar en el Triunfo del soberbio
vencedor, tras haber sido privada de sus posesiones,
ella que era todo lo contrario de una mujer humilde.

Cuando terminó el triunfal desfile, Octavio bajó del carro e indicó a los niños que se acercaran. Había llegado el momento en que los prisioneros eran conducidos a una celda de la cárcel y estrangulados mientras el vencedor daba solemnemente las gracias en el templo de Júpiter Capitolino. Pero Octavio subió las gradas del templo con los hijos de Antonio y Cleopatra. Después los niños fueron enviados de nuevo a la casa del imperator.

Y ahora me dirijo de nuevo a ti, mi amiga y mi Reina. Es curioso que la muerte no nos impida seguir hablando con nuestros seres queridos. O más bien pasamos por distintas fases: al principio, cuando el abismo es reciente y, por consiguiente, todavía no muy grande, hablamos libremente con ellos y los sentimos a nuestro lado. Después, la tristeza, la contemplación de la tumba y del asiento vacío crean una espesa muralla entre nosotros. Más tarde, el tiempo, que es tan fluido, disuelve las barreras y nos encontramos unidos nuevamente como al principio.

Es lo que me ha ocurrido a mí contigo. En cuanto se desvaneció la separación, pude completar el viaje que tú me habías encomendado.

Pues sí, los rollos abultan mucho y son muy pesados. Se necesita un arca muy grande para albergarlos. Tengo los diez.

Me fue beneficioso abandonar Alejandría. El ejercicio de la medicina me exige más de lo que puedo abarcar, pues me he convertido en un personaje extremadamente famoso por haber sido el médico de la Reina. Me atribuyen el mérito de haberte proporcionado los áspides, lo cual no es cierto, pues no tuve nada que ver con ello, y también el de la milagrosa salvación de Mardo, la cual tampoco es obra mía sino de la suerte que tuvo al ser mordido en último lugar y ser tan grueso.

Mientras navego por el canal y bajo por el Nilo, evoco nuestra excursión infantil de hace tiempo. Egipto jamás cambia: las mismas palmeras, las mismas casas de adobe, las mismas pirámides. Es bueno que lo recuerde. Aquí, más allá de Menfis, dudo mucho de que la gente sepa que Octavio es el nuevo «faraón».

Sí, Octavio ha asumido esta nueva identidad. Se hace pasar por tu heredero. ¿No te parece gracioso? Por el hecho de haberse llevado a Alejandro, Selene y Filadelfo a su casa de Roma, se cree el continuador del linaje. Tengo entendido que se están grabando en los templos unas escenas en las que se le representa con la corona faraónica, ofreciendo sacrificios a Horus y Osiris. Desde luego, no pienso detenerme para verlas.

Egipto, Egipto, el eterno Egipto, siempre singular. El nuevo «faraón» lo ha declarado una provincia especial que ningún destacado ciudadano romano podrá visitar sin una autorización expresa. Se conservará como un inmenso jardín de recreo para Octavio. Cornelio Galo será su supervisor, pero no la gobernará. No habrá gobernador.

Y ahora ya estoy muy cerca de File, donde cumpliré mi solemne promesa y completaré mi último deber para contigo. Después podrás descansar, sabiendo que todo se ha cumplido según tus deseos.

Ya no quiero pensar en Octavio ni en nada de lo que hay más allá de esta

pequeña isla, con su exquisito templo y su santuario de Isis. Blanca y lo bastante pequeña como para poder ser perfecta, se extiende ante mí y siento el deseo de tomar posesión de ella. YA matrimonio entre Egipto y la gran dinastía que tanto llegó a identificarse con el país que conquistó es una hazaña lágida. Tu antepasado Tolomeo V está grabado en los muros y tu padre Tolomeo XII adorna los pilones que guardan el sagrario interior. Y dentro, en medio de la protectora penumbra, se encuentra la gran estatua de tu diosa—madre Isis. Allí depositaré el legado que tú me confiaste y se lo entregaré a ella. Dejaré también el pobre apéndice que yo he escrito. Aquí tiene que estar, pues es la conclusión de la crónica.

Todo este templo es tuyo. En algún rincón invisible para mí se encuentra la cámara donde tú te desposaste con César. Tú perduras aquí, más allá de la garra aniquiladora de Roma.

El anciano sacerdote ha aceptado los rollos sin hacer ninguna pregunta. Me ha mostrado el hueco del pedestal de la gran estatua de Isis donde se guardan las reliquias sagradas. Allí ha depositado reverentemente los diez rollos. Espera este último, pero tiene paciencia, mucha, muchísima paciencia. No me costaría creer que lleva aquí desde los días del primer Lágida.

Después me muestra su tesoro: una estatua tuya labrada en tamarisco. Es de tamaño natural y las voluptuosas curvas y colores de la madera le confieren tal calor que, por un instante, me parece que eres tú la que tengo delante de mis ojos. El hecho de contemplarla me causa dolor y alborozo. Me dice que la piensa cubrir con pan de oro para que perdure muchos siglos y tú puedas ser adorada al lado de Isis. Ya tienes muchos devotos que vienen aquí a rendirte homenaje. Sin embargo, en cierto modo no me parece bien cubrir la vitalidad de la madera, que es una materia viva, con la severa eternidad del oro. Sin embargo, de esta manera te transformas en diosa y sólo así podrás perdurar, elevarte en la imaginación de los hombres y reinar para siempre.

Me dice que File es una corrupción griega del antiguo *pilak* egipcio, que significa «el final». La isla era en otros tiempos el confín de Egipto, el confín de la comprensión de nosotros mismos. Por consiguiente, es tu final, el lugar definitivo de descanso de tus pensamientos, tus obras y tu vida, protegidos por los dioses y salvados de la destrucción. Tú nunca morirás, rodeada por los brazos de Isis.

Al final lo creo y te entrego con gozo.

Nota de la autora

CUANDO me dispuse a escribir una biografía novelada de Cleopatra, experimenté dos reacciones contradictorias, ambas basadas en conceptos erróneos.

La primera de ellas era: ¿Por qué escribir un libro sobre Cleopatra? El público lo sabe todo acerca de ella, ¿no es cierto? Sus perfumes, sus serpientes, sus argucias, sus amantes.

Pero no es así. Buena parte de lo que se sabe acerca de Cleopatra procede directamente de los ataques de sus enemigos. El hecho de que algunos de sus enemigos fueran poetas y escritores de la talla de Cicerón, Virgilio y Horacio dio lugar a que la versión de los acontecimientos que éstos facilitaron perdurara y fuera ampliamente conocida y a que se suprimiera oficialmente la otra versión de la historia.

La segunda reacción, opuesta a la primera: se saben tan pocas cosas sobre Cleopatra y su época que es imposible escribir algo significativo acerca de ella. Una vez más no es así. Se tienen muchos datos acerca de ella, desde la lista de idiomas que hablaba hasta los nombres de sus criados, el timbre de su voz o su preferencia por los objetos de cerámica coloreada de Roso, en Siria. Otros aspectos se pueden deducir: por ejemplo, debía de ser bajita y delgada para haber podido pasar inadvertida en el interior de una alfombra enrollada. Es cierto que fue introducida en los aposentos de César en el interior de una alfombra o de una cama portátil.

Después de una batalla, una de las prerrogativas de los vencedores ha sido desde siempre la de ofrecer una versión oficial de sus hazañas y destruir y suprimir otras versiones. Antes de la batalla final que se describe en este libro, ambos bandos tenían sus fieles partidarios; después de la victoria de Octavio, los de Antonio y Cleopatra fueron silenciados.

Pese a ello, se ha conservado el suficiente material no oficial a través de fuentes indirectas como para que resulte factible reconstruir la versión de la historia de Cleopatra. Al contar la versión de Octavio, tres antiguos historiadores que escribieron de ciento cincuenta a doscientos cincuenta años después — Suetonio, Plutarco y Dión Casio— conservaron sin querer buena parte de la versión del otro bando. Plutarco resulta especialmente útil, pues, en la famosa historia de sus últimos días y de su muerte, se basa en las memorias de Olimpo, el médico de Cleopatra. Al llegar a este punto, el relato de Plutarco pasa de la hostilidad (versión de Octavio) a una cierta simpatía hacia la figura de Cleopatra, un brusco cambio que incluso se conserva en Shakespeare. (Por eso la Cleopatra del V Acto es marcadamente distinta de la del resto de la obra.)

En cuanto a los personajes que forman parte tanto de la leyenda como de la historia —y aquí tenemos cuatro: Cleopatra, César, Octavio y Antonio—, importa

saber lo que es real y lo que no.

Muchas de las cosas que se describen aquí podrían parecer inventadas, pero son hechos documentados. Tras ocultarse en el interior de una alfombra, Cleopatra conoció a César y ambos se convirtieron en amantes aquella misma noche; el hermano de Cleopatra y sus consejeros los encontraron juntos a la mañana siguiente. Ella le dio a César un hijo a quien éste permitió llevar su nombre.

Dicen que Cesarión guardaba un gran parecido con su padre, sobre todo en sus movimientos y su manera de caminar. Se sabe que César padeció de epilepsia en sus últimos años.

Cicerón conoció a Cleopatra en Roma y, a juzgar por los comentarios que hizo acerca de ella en sus cartas, parece que le tenía manía.

La famosa oración fúnebre de Antonio en el funeral de César («Amigos, romanos, compatriotas...») es una creación de Shakespeare; la histórica, sacada de Dión Casio, es la que se reproduce aquí.

Las escenas del campo de batalla también son históricas, al igual que los mordaces ataques personales de Octavio contra Marco Antonio y Cleopatra y viceversa. Una ironía de la historia es el hecho de que la única carta de Antonio que se conserva (porque fue citada por Suetonio) sea una severa carta dirigida a Octavio, reprochándole sus múltiples aventuras amorosas.

Mardo, Olimpo, Iras y Carmiana son figuras históricas, pero sus aspectos y personalidades son fruto de mi imaginación. Epafrodito es un personaje imaginario, pero cabe suponer que Cleopatra debía de tener un sagaz ministro de finanzas. Casi todos los restantes personajes son reales; no he necesitado añadir demasiados y sólo he inventado algunos de importancia secundaria.

La famosa escena en la que Cleopatra conoció a Antonio vestida de Venus es verídica, aunque no debió de producirse en una barcaza, tal como comúnmente se cree. Las barcazas no podían navegar en el mar y su uso estaba limitado al Nilo. Por consiguiente, Cleopatra debió de utilizar un navío normal, especialmente equipado. Es cierto que ofreció un banquete en honor de Antonio con una alfombra de pétalos de rosas de un palmo de grosor y que hizo una apuesta con él sobre los gastos y fingió beberse una perla disuelta. Otra noche Antonio la invitó a ella a una ruidosa «cena de soldados».

El criado personal de Antonio se llamaba efectivamente Eros y prefirió quitarse la vida antes que matar a Antonio. Octavio ordenó matar a Cesarión y a Antilo, y es cierto que uno de los pocos objetos que se llevó del palacio de Alejandría fue una copa de ágata que había pertenecido a los Lágidas.

Las emisiones de monedas son las que aquí se describen y solían acuñarse para celebrar importantes acontecimientos políticos.

Es cierto que Cleopatra se quitó la vida mediante la mordedura de un áspid egipcio, que, según las antiguas creencias de dicho país, confería un significado simbólico a la muerte. Es probable que lo eligiera por este motivo y por su efecto

rápido e indoloro.

Pero esto es una novela y en sus páginas también hay creaciones imaginarias. Una de las más importantes es la madre de Cleopatra y su muerte. Curiosamente dada la fama de Cleopatra, se ignora la identidad de su madre. Se supone que era una hermanastra de Tolomeo XII y que murió cuando Cleopatra era muy pequeña. Más no se conoce. Se supone también que los hermanos menores eran de otra madre, pero no se sabe con certeza.

No he seguido el relato según el cual Cleopatra le envió a Antonio una falsa nota sobre su muerte y entonces Antonio pensó que ella lo había traicionado. Todo eso procede de crónicas hostiles y, según los modernos historiadores, no es verosímil. También omito la tradicional historia del viejo con el cesto de higos y las serpientes. No se sabe exactamente cómo las consiguió, pero sí está documentado que en el interior del mausoleo se encontró un cesto de higos sin las serpientes.

Puesto que no se ha conservado la correspondencia de César, Antonio y Cleopatra, me la he tenido que inventar.

¿Qué aspecto tenía Cleopatra? La creencia moderna según la cual no era agraciada no coincide con la de los historiadores de la antigüedad. Dión Casio dice: «Pues era una mujer de extraordinaria belleza y en su mejor época era muy atractiva; poseía una voz encantadora y tenía el arte de ganarse la simpatía de la gente. Siendo agradable de ver y de escuchar, con capacidad para seducir a todo el mundo, incluso a un hombre saciado de amor que ya no estaba en la flor de la edad, consideró conveniente conocer a César y echó mano de su belleza para reclamar sus derechos al trono.»

Floro (75 — 170 d.C.) dice que se arrojó a los pies de César, quien «se conmovió ante la belleza de la joven, acrecentada por el hecho de que, siendo tan hermosa, hubiera sufrido una afrenta»; más adelante dice que ella apeló en vano a Octavio, «pues su belleza no pudo triunfar sobre el autodomínio de Octavio».

Según Apiano, «Antonio se sorprendió de su ingenio y de su belleza» y «se dice que se enamoró de ella la primera vez que la vio cuando era todavía una niña y él era caballero mayor de Gabinio en Alejandría».

El conocido comentario de Plutarco según el cual, «su belleza no era en sí misma tan extraordinaria como para que ninguna otra se le pudiera comparar» no significa (tal como algunos pretenden) que fuera fea. Todos los comentarios parecen apuntar en el sentido de que era considerablemente agraciada, aunque no poseyera una belleza convencional. No se ha conservado ninguna estatua de Cleopatra, aunque algunas se han identificado como tales por su parecido con la efigie que aparece en las monedas. Hay dos tipos de monedas en las que su aspecto es sorprendentemente distinto: una atractiva de estilo helenístico y otra de apariencia tan tosca como la de un ídolo en las monedas que comparte con Antonio.

¿Cuál debía de ser el color de su tez y su cabello? Los Lápidas eran griegos macedonios y el color de los ojos y el cabello de aquel pueblo oscilaba

entre el claro (rubio y de ojos azules) y el oscuro (negro y de ojos castaños). El color de la tez variaba también entre el claro y el mediterráneo «aceitunado». La he imaginado con el cabello negro porque su abuela (su antepasada no Lágida) era medio siria y medio griega. No existen pruebas de que tuviera antepasados egipcios; sin embargo, Cleopatra tenía una afinidad espiritual con sus súbditos egipcios, hablaba su idioma y honraba su antigua religión.

¿Qué fue de los hijos que sobrevivieron? Todos se criaron en casa de Octavio. Cleopatra Selene se casó más adelante con Juba II de Mauritania; ambos reinaron como rey y reina de Mauritania desde el 20 a.C. al 23 d.C. y tuvieron dos hijos, Tolomeo de Mauritania y Drusila. Según una fuente, Alejandro Helios y Filadelfo se fueron a Mauritania con ellos.

Tolomeo de Mauritania reinó entre el 23 d.C. al 40 d.C., pero cometió el error de ir a Roma a visitar a su primo Calígula, quien lo mandó asesinar. Algunas fuentes señalan que Drusila fue la primera esposa de Marco Antonio Félix, el procurador romano de Judea (se le menciona en los Hechos de los Apóstoles, 24, 1 — 23), pero después se pierde su rastro. Por consiguiente, no hay descendientes conocidos de Cleopatra más allá de la segunda generación.

A Antonio le fueron mejor las cosas. A través de su hija mayor Antonia, que se casó con Fitodoro de Tralles, se convirtió en el antepasado de reyes y reinas de la Armenia Menor, partes de Arabia, el Ponto y Tracia Oriental. Por otra parte, a través de sus dos hijas habidas de Octavia, se convirtió en el antepasado de los emperadores Calígula, Claudio y Nerón. Para entonces, Roma ya había abrazado las costumbres que tanto la horrorizaban en Antonio y Cleopatra: la monarquía divina y las extravagancias orientales. Por consiguiente, a pesar de Octavio, ambos acabaron triunfando.

Debo confesar que mi fascinación y acercamiento a Cleopatra se inició en mi propia infancia. Puede decirse que he esperado cuarenta años a escribir este libro. Hice el primero de mis viajes a Egipto en 1952, escribí mi primera versión de su historia como ejercicio escolar en 1956 y, desde que trabajo activamente en este libro, he regresado cuatro veces a Egipto, he viajado a Roma, Israel y Jordania y he visitado el Museo Británico con asiduidad. He tenido el privilegio de pasar los últimos cuatro años casi exclusivamente en presencia de Cleopatra y ahora abandono su compañía a regañadientes.

Incluyo aquí algunas de mis fuentes para quienes pudieran estar interesados.

Fuentes antiguas: La *Guerra civil* de César, Libro IV; *The Alexandrian War* («La Guerra Alejandrina»), Cambridge, Loeb Classical Library, números 39, 402; Virgilio, *La Eneida*, Libro VIII; Horacio, IX Épodo; Lucano, *Farsalia o Guerra civil*. Libro X, un exuberante, atrevido e imaginativo relato sobre la época de César y Cleopatra en Alejandría. Lucano llena todos los huecos que dejó el discreto César en sus relatos de los mismos acontecimientos.

Apiano de Alejandría, en *Historia romana: Las guerras civiles*. Libros II—V,

escrita hacia el 140 d.C. ofrece una crónica relativamente imparcial de la historia de Antonio, pero echa la culpa de su desgracia a Cleopatra y lo mismo hace Veleyo Patérculo hacia el 30 d.C. en *Historia de Roma*, Libro II, aunque también es contrario a Antonio y Cleopatra. Cicerón ofrece un considerable material contemporáneo en sus cartas a Ático y en sus Filípicas contra Antonio.

Las tres principales fuentes de las impresiones personales sobre los personajes son, en cambio. *Los doce cesares* de Suetonio, escrita hacia el 110 d.C. (incluye biografías de César y de Augusto); las *Vidas paralelas* de Plutarco, escritas hacia el 1220 d.C. (incluye biografías de César, Bruto y Antonio y es nuestra fuente más importante sobre Cleopatra a través de Olimpo) y Dión Casio, *Historia romana*, escrita hacia el 220 d.C. Dión ofrece un marco cronológico muy útil para los episodios de Suetonio y Plutarco.

Como es natural, hay que incluir a Shakespeare con su *Julio César y Antonio y Cleopatra*, ambas inspiradas en Plutarco.

Una obra moderna básica es *Cambridge Ancient History* (Cambridge University Press, Londres, 1934, volúmenes IX y X; segunda edición del volumen IX, 1994).

Entre las modernas biografías de Cleopatra cabe citar Michael Grant, *Cleopatra* (Dorset Press, Nueva York, 1992 [reimpresión de la edición de 1972]), una biografía exhaustiva, imparcial y amena; Ernle Bradford, *Cleopatra* (Hodder and Stoughton Ltd, Londres, 1971) [versión en castellano: Salvat Ed., Barcelona, 1995], una historia de la reina muy bien escrita y bellamente ilustrada; Arthur Weigall, *The Life and Times of Cleopatra* (Thornton Butterworth Ltd, Londres, 1914), un temprano pero interesante relato escrito por el inspector general de Antigüedades de Egipto; Jack Lindsay, *Cleopatra* (Cox amp; Wymnan Ltd, Londres, 1971), especialmente interesante en relación con las profecías y el simbolismo; Hans Volkmann, *Cleopatra: A Study in Politics and Propaganda* (Sagamore Press, Nueva York, 1958), uno de los primeros en examinar la leyenda de Cleopatra desde este punto de vista, haciendo especial hincapié en la maquinaria de propaganda de Octavio; Lucy Hughes—Hallett, *Cleopatra, Histories, Dreams and Distorsions*, (Harper amp; Row, Nueva York, 1990), una fascinante mirada sobre la forma en que Cleopatra ha sido vista a través de los tiempos, en la que se revelan tantos datos sobre ella como sobre nosotros.

En cuanto a los demás personajes principales, hay muchas biografías sobre César. Recomiendo *Julius Caesar* de Michael Grant (M. Evans amp; Co, Nueva York, 1992 [reimpresión de la edición de 1969]) [versión en castellano: *Julio César*, Bruguera, Barcelona, 1971]; Ernle Bradford, *Julius Caesar: The Pursuit of Power*, Hamish Hamilton Ltd., Londres, 1984); Matthias Gelzer, *Caesar: Politician and Statesman* (Oxford, Basil Blackwell, 1968); Christian Meier, *Caesar* (Londres, Harper Collins, 1995 [edición original alemana, 1982]); J. A. Froude, *Caesar, A Sketch* (Scribner's, Nueva York, 1914), una de las primeras «psicobiografías».

Respecto a Marco Antonio, no se encuentran tantas biografías entre las que elegir. Merece la pena leer, *Mark Antony* de Eleanor Golz Huzar (University of Minnesota Press, Minneapolis, 1978); *Marc Antony: His World and His*

Contemporaries de Jack Lindsay's (Routledge amp; Sons, Ltd., Londres, 1936) está muy bien escrita y *The Life and Times of Marc Antony* (G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1931) completa el trío.

Aparte de las biografías, recomiendo varios libros acerca de la época en general y otros temas específicos. *Alexander to Actium* de Peter Green (University of California Press, Los Ángeles, 1990) es un inmenso y amplio panorama excelentemente escrito sobre los trescientos años del Período Helenístico; Paul Zanker, *The Power of Images in the Age of Augustus* (University of Michigan Press, Ann Arbor, 1988) [versión en castellano: *Augusto y el poder de las imágenes*, Alianza, Madrid, 1992] es un cuidadoso e interesante estudio sobre la forma en que Octavio utilizó las imágenes para crear su propio mito; Robert Alan Gurval, *Actium and Augustus* (University of Michigan Press, Ann Arbor, 1939), es un detallado estudio sobre los símbolos que utilizó Octavio tras haber derrotado a Antonio.

JohnM. Carter, *The Battle of Actium: The Rise and Triumph of Augustus Caesar* (Weybright and Talley, Nueva York, 1970) es un valioso estudio sobre la situación, muy favorable a Antonio; Ronald Syme, *The Roman Revolution* (Oxford University Press, Oxford, 1939) [versión en castellano: *La revolución romana*, Taurus, Madrid, 1989], es el clásico estudio sobre el período y ofrece una imagen justa de Octavio.

Sobre temas más generales, Roland Auguet, *Cruelty and Civilization: The Roman Games* (George Allen amp; Unwin Ltd., Londres, 1972) [versión en castellano: *Los mejores romanos*, Aymà, Barcelona, 1972] describe los juegos y los espectáculos en todos sus más cruentos detalles; Guido Majno, *The Healing Hand: Man and Wound in the Ancient World* (Harvard University Press, Cambridge, 1975) ofrece un apasionante y ameno relato sobre la medicina antigua por parte de un eminente médico/científico moderno; Ilaria Gozzini Giacosa, *A Taste of Ancient Rome* (University of Chicago Press, Chicago, 1992), revela todo lo que usted siempre ha querido saber sobre los banquetes romanos y la manera en que se ofrecían.

Interesante también *The Army of the Caesars* (Scribner's, Nueva York, 1974), de Michael Grant, sobre los pertrechos y las tácticas; Judith Swaddling, *The Ancient Olympic Games* (British Museum Press, Londres, 1980); y Lionel Casson, *Ships and Seafaring in Ancient Times* (British Museum Press, Londres, 1994), una fascinante guía sobre lo que ocurría antiguamente en los mares.